650

GUILLERMO FURLONG, S. J.

HISTORIA DEL COLEGIO DEL SALVADOR

Y DE SUS
IRRADIACIONES CULTURALES Y ESPIRITUALES
EN LA
CIUDAD DE BUENOS AIRES
1617 - 1943

II
PRIMERA PARTE
1868 - 1943



BUENOS AIRES - MCMXLIV

HISTORIA DEL COLEGIO DEL SALVADOR
EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES



Guillermo Furlong Cardiff

GUILLERMO FURLONG, S. J.

HISTORIA
DEL
COLEGIO DEL SALVADOR

Y DE SUS IRRADIACIONES CULTURALES Y ESPIRITUALES EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

1617 - 1943

II

PRIMERA PARTE

1868 - 1943

OBRA EDITADA POR EL COLEGIO DEL SALVADOR, DURANTE EL RECTORADO DEL R. P. ANDRES F. LINARI - BUENOS AIRES 1944

Imprimi potest

TOMAS J. TRAVI. S. J.
5-VIII-1944.

Puede imprimirse.

ANTONIO ROCCA, Vic. Gral.
20-VIII-1944.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

INDICE DE CAPITULOS

TOMO 2º — Libro 4º — Parte 1ª — 1868 - 1902

TOMO 2º — Libro 4º — Parte 2ª — 1902 - 1943

LIBRO CUARTO

1868 / 1943

PARTE PRIMERA

1868 / 1899

Capítulo I

ANTES DE LA REAPERTURA DEL COLEGIO 1841 - 1868

1 — *La dispersión de los Jesuítas en* 1841: 2 — *En* 1857 *vuelven los Jesuítas a establecerse en Buenos Aires;* 3 — *Residencia de la Cruz* (1859): 4 — *Proyéctase la fundación del Salvador;* 5 — *Primeros pasos: solar, recursos, etc.;* 6 — *Los Padres ocupan el solar en* 1865.

1. En octubre de 1841, como ya relatamos, clausuróse el Colegio de San Ignacio y los Padres se dispersaron, yendo a vivir en las casas de las familias que los habían querido hospedar. Rosas, su ministro Arana y don Tomás Anchorena hicieron lo posible por reabrir el Colegio y, como paso previo, ordenó el Gobernador la reapertura de la Iglesia y señaló como capellanes o encargados de la misma a los Padres Francisco Majesté y Miguel Cabeza. Pero no fué posible reunir a los demás jesuítas dispersos para reabrir el Colegio, y el Padre Cabeza se negó a estar asociado al Padre Majesté cuando éste dejó, en 1843, de pertenecer a la Compañía.

Estos hechos irritaron a Rosas, quien por decreto del 22 de marzo de 1843 ordenó que todos los Jesuítas que hubiese no ya en la provincia de su mando, sino en la República toda, salieran de ella, por vía marítima, en el término de ocho días. El 29 de marzo de ese año se embarcaron para Montevideo los Padres que había en la ciudad de Buenos Aires, quedando como hasta entonces, los que moraban en las demás ciudades de la República. Rosas no pudo tolerar esa existencia de Jesuítas en otras provincias y entre 1843 y 1848 presionó de tal suerte a los gobernadores respectivos, que éstos llegaron a temer las consecuencias que les podría acarrear el proteger y aun el conservar en su seno a los hijos de Loyola. En 1844 tenían éstos sendas casas en Córdoba y en San Juan de Cuyo, y en 1846 fundaron la Residencia de Catamarca, pero dos años después, a causa del rencor de Rosas, había Jesuítas dispersos en las provincias de la Confederación, pero no tenían casa o colegio alguno visiblemente jesuítico. La mayoría de los Padres pasaron a Chile, al Brasil, al Uruguay y a Bolivia. En 1853 se hallaban algunos Padres en Buenos Aires, y sabemos que pasaron por esta ciudad en camino a Córdoba, los Padres Bernardo Parés y Manuel Martos y

dos años más tarde se encontraban en Buenos Aires los Padres José Ugarte, Francisco Enrich y Mariano Capdevila.

2. En 1857 se hallaban en Buenos Aires, y estaban radicados nuevamente en la ciudad, los Padres Juan Coris, Mariano Rueda y Pedro Saderra, y a todos tres se les asigna, en el Catálogo de ese año, el cargo de "misioneros", siendo el primero de ellos el superior de los mismos. Al año siguiente se había agregado a los dichos el Padre Ignacio Gurri. En 1857 se hicieron cargo del Seminario Conciliar, ubicado en la Quinta de Salinas, siendo su primer superior y organizador el Padre Juan Coris, de cuya gloriosa actuación en el Colegio de San Ignacio hablamos ya largamente, y de cuya no menos gloriosa actuación en el Colegio del Salvador nos ocuparemos a su tiempo [479].

En 1859 abrieron los Padres otra casa o residencia, que se llamó De la Cruz, en la calle Piedras, cerca de la iglesia de San Juan. En esa casa falleció en 1859 el Padre Francisco Ramón Cabré, recién llegado de Montevideo, y le asistió el Padre José Sató, superior entonces de esa residencia. En ese mismo año de 1859 abrióse la casa de Córdoba, y tres años más tarde el Colegio de Santa Fe.

3. La Residencia de la Cruz se abrió el día 14 de marzo de 1859 y en una casita que se alquiló en la calle Piedras, Nº 121, a media cuadra de la Iglesia de San Juan. Aunque había en dicha Residencia un pequeño oratorio, solían los Padres habitualmente salir a decir misa a la mencionada iglesia, ocupada ya entonces por los Padres Bayoneses, o a Santo Domingo, San Francisco o San Ignacio, iglesias todas muy cercanas. Iban también muy frecuentemente a la capilla de unas Monjas Irlandesas, a las que atendían muy especial y empeñosamente.

No sabemos si fué causa o efecto del trato de los Jesuítas con estas Religiosas el que llegaran a intimar tanto con el gran capellán de la colectividad irlandesa Padre Antonio Fahy. Este santo y fervoroso sacerdote fué desde 1859, si no antes, un íntimo amigo de los Jesuítas y, cada dos por tres, se lee en el Diario de la Residencia que había él ido a la casa de los Padres o éstos a la casa de Fahy. Como veremos más adelante fué este hijo de Erin quien vendió a los Jesuítas el terreno en que se edificó el Colegio del Salvador.

También aparecen entre los bienhechores de la Residencia de la Cruz don Gabriel Bernardo, don Felipe Lavallol, don Manuel Errasquín, don Félix Frías y don José López Seco. Lavallol, Frías y López Seco parecen haber sido los consejeros y confidentes más íntimos de los Padres de entonces, esto es, de los Padres Sató, Saderra, Rueda, Coris, Solanellas, Ramón Cabré, Barceló y los Hermanos Gabriel Fiol y Martín Potellas.

Cuando se hizo público que los Jesuítas pensaban en abrir su Colegio en Buenos Aires, clausurado en 1767 por un despótico monarca y en 1841 por un Gobernador atrabiliario, los pasquines de la época pusieron el grito en el cielo, tratando de crear un ambiente en contra de la reapertura del más antiguo y del más benemérito instituto de segunda enseñanza que había existido en la ciudad de Garay.

Un escritor de la época, íntimo amigo de los Padres que moraban en la Residencia de la Cruz, y a quien hemos mencionado ya, salió a la arena y con argumentos y con hechos concretos refutó los sofismas, las fantasías y las calumnias que con tanta abundancia y tan mala fe, publicaban los mencionados diarios y periódicos de la época. Basta abrir los cuatro tomos de los escritos periodísticos de Don Félix Frías, para llegar a la conclusión de cuán generosa como acertada fué la defensa que hizo él, y en repetidas ocasiones, de la Compañía de Jesús en general y de la enseñanza de los Jesuítas en particular.

Suya es, además, una carta del 12 de marzo de 1866, escrita al gran orador de Notre Dame, el célebre Padre Félix, en la que el mismo Félix Frías, refiere lo que había hecho en este sentido:

> Mi objeto es enviarle algunos escritos, que acabo de publicar en la prensa de estos países, en defensa de nuestras creencias, y de los Padres de la Compañía de Jesús, que tienen algunos colegios en la República Argentina, mi patria, y tratan de fundar uno en esta Capital. Como V. verá, estos Religiosos son aquí insistentemente hostilizados por la prensa, cuya redacción está siempre inspirada por juicios inexpertos, ignorantes, y dominados por las ideas de una incredulidad lamentable.
>
> Creo haberlos reducido a silencio, desde que les he hecho conocer los frutos actuales de la enseñanza de los Jesuítas, tanto en Francia como en los Estados Unidos, pero como sus ataques se han de renovar, me sería muy útil recibir de Europa algunas noticias fidedignas del estado actual de los establecimientos de la Compañía, y de las simpatías que despiertan en el público, principalmente en esos dos países...".

Tres meses antes de escribir Don Félix Frías esta carta al gran orador francés, había escrito a nuestro gran tribuno el Padre Joaquín María Suárez, y por el contexto de la carta de este Padre, Superior a la sazón de todos los Jesuítas en estas partes de América, se deduce que Don Félix Frías fué uno de los más grandes y más fervorosos propulsores en la fundación del Colegio. Copiamos algunos párrafos de la carta que a 15 de enero de 1866, escribióle el Padre Suárez:

Me tomo, pues, la libertad de molestar por medio de la presente su atención, puesto que el asunto . . . acerca del futuro colegio urge, y debo tocar todos los resortes que nos den alguna esperanza o probabilidad de conseguir los recursos indispensables para la pronta terminación de la obra emprendida.

Como Ud. no ignora, al comenzar el mes de diciembre se puso de nuevo manos a la obra suspendida hacía algunos meses, contando con los $ 25.000.— moneda corriente que entregó Don Pedro Pereira, provenientes de una testamentaría, de que es albacea; más $ 26.000 que yo tomé en empréstito sin rédito, más $ 15.000 que donó el Sr. Deán Palacios, y alguna que otra limosna que ha ido cayendo.

Hasta ahora se sigue trabajando con actividad, y asegura el arquitecto que en abril quedará enteramente concluída la obra, si no se interrumpe. Pero, entre tanto los fondos están para concluirse, y no veo por más que me hilo los sesos cómo hallar los fondos que para concluir nos faltan. El compromiso en que nos vemos es tanto mayor, cuanto me dice el arquitecto que en el estado a que ha llegado la fábrica no puede de modo alguno suspenderse sin grave perjuicio de la misma, pues están principiando el segundo piso.

En consecuencia estoy tomando varias medidas, con la esperanza de que algunas por lo menos, nos proporcionen algunos fondos. Entre ellas una sería el que Ud., ni lo juzga conveniente, se dirigiese de nuevo al Sr. Gobernador de esta provincia, o a su Ministro en solicitud de alguna cantidad para el objeto indicado. Recordará Ud. que cuando le entregaron la primera cantidad, que si no me engaño, fueron $ 15.000 moneda corriente, le dijeron, según me refirió Ud., que al fin del año próximo pasado, o a principios de éste, le podrían entregar para el mismo objeto otra cantidad . . . Contentándome con haber expuesto a Ud. mi idea, dijo como debo a su bien conocida prudencia, aventajado juicio y bien probada experiencia, el juzgar y decidir de su oportunidad y conveniencia . . .

No dudo que se servirá Ud. con esta ocasión indicarme cualquier otro medio que para conseguir recursos pueda ocurrírsele, pues sería una lástima el que contra la expectación general de todos los buenos, se retarde indefinidamente la apertura del colegio por falta de algunos fondos, conseguidos los cuales, no dudo que en todo abril o mayo podrá tener lugar la

apertura del dicho colegio tan deseado, y tan contrariado hace ya cerca de año y medio.

No sabemos si fué el Padre Saderra o el Padre Sató su sucesor en el gobierno de la Misión, o el Padre Coris, u otro Jesuíta, el que dió al Colegio su actual denominación. Sin duda alguna que todos ellos habrían deseado se llamara Colegio de San Ignacio, pero descartaron ese patronímico para no suscitar suspicacias y confusionismos; de esto no nos cabe la menor duda. Pero ¿por qué lo llamaron Colegio del Salvador? En Zaragoza tienen los Jesuítas un Colegio de ese apelativo, pero su fundación es posterior a la del Colegio de Buenos Aires. No pudo, por ende, haberse tomado el título de un colegio inexistente. Creemos que la ocasión de dar esta denominación al Colegio fué la preexistencia de uno del mismo patronómico en la ciudad de Montevideo, fundado por quien fué un gran amigo de los Jesuítas, en especial del Padre Cayetano Carlucci. Juan Manuel Bonifaz, célebre maestro rioplatense, fundó colegios en Buenos Aires, primero, y en Montevideo, después, y por razones que ignoramos cambiaba con harta frecuencia los apelativos de los mismos. En Buenos Aires fundó el Gimnasio Argentino, que llamó después Liceo Argentino, y más tarde denominó Colegio Bonaerense, y en Montevideo fundó el Colegio Oriental, que se llamó después Colegio del Salvador (1858-1862) y que se llamó más tarde Colegio de la Unión. El Colegio del Salvador estuvo ubicado en lo que era entonces uno de los suburbios, el del Cordón, y es hoy una parte céntrica de la ciudad. En la época en que Bonifaz tenía allí su Colegio del Salvador (1858-1862), tenía íntimas relaciones con los Jesuítas, sobre todo con el Padre Carlucci, durante el curso del año 1874. Es muy conocida la composición poética que en elogio de este Jesutía y en nueve idiomas, compuso el bueno de Bonifaz, y cuyos primeros versos dicen así:

Ista tua eloquentia (latín).
mon cher père Carlucci (francés)
¡Ah! spande grande luci (italiano)
na nossa intelligencia (portugués) . . .

Sospechamos que a los Jesuítas de aquella época les debió agradar, y no sin razón, el patronímico que dió Bonifaz a su Colegio en el Cordón, y lo adoptaron para el de Buenos Aires, al tratarse de la fundación del mismo.

4. Hemos mencionado ya los dos hombres que más habían de contribuir a la fundación del Colegio del Salvador: el Padre José Sató y el Padre Juan Coris. El primero, así por ser superior de todos los Jesuítas en estas regiones desde 1867, como por sus relaciones con todas las mejores familias de Buenos Aires y sus vinculaciones con los caballeros que había él conocido otrora, cuando niños, en el Colegio de San Ignacio, ardía en deseos de fundar un colegio que fuera la continuación de aquél. Sabía muy bien que la Universidad, que tenía entonces en propiedad el viejo edificio del histórico colegio, jamás renunciaría al mismo, entregándolo a sus antiguos dueños, y por ende discurría dónde y cómo levantar otro. Un grupo de caballeros, ignoramos por desgracia sus nombres, escribieron en 1863 al entonces Provincial de la Provincia de España, Padre Fermín Costa, solicitando de su generosidad y amor a estas regiones la fundación de un colegio que fuera la continuación del que habían tenido los Jesuítas en Buenos Aires desde 1617. Aun más: urgían la pronta construcción y apertura de dicho instituto docente.

El Provincial de España aceptó la propuesta pero bajo triple condición, que notificó al Padre Sató: primera, que en caso de abrirse este colegio habría de ser contando tan sólo con los Padres y Hermanos que había en Buenos Aires, ya que era del todo imposible enviar otros sujetos desde Europa, a ese fin. En segundo lugar, los caballeros empeñados en esta obra, u otros, habrían de correr así con la construcción del edificio como con su total amueblamiento. La tercera condición era que se comenzara por un curso y se fuera añadiendo otro más cada año. Recomendaba el Provincial que en cuanto fuera posible se diera largas al asunto, a fin de que más adelante se pudiera emprender la obra con mayor número de sujetos.

5. Pero el Padre Sató se vió impulsado a iniciar de inmediato el colegio al comprobar que los mencionados caballeros aceptaban, en un todo, las indicadas condiciones, y de inmediato y en compañía del mismo Padre Sató, buscaron en las afueras de la ciudad un solar adecuado. El solar que caía sobre Callao, entre Corrientes y Cuyo (hoy Sarmiento) y que llegaba hasta la calle Montevideo por estar entonces sin abrirse aún en muchas partes la calle Garantías, hoy Rodríguez Peña, les pareció el más indicado, y

trataban de comprarlo, cuando un viejo amigo, el Presbítero irlandés, religioso domínico ex-claustrado, Antonio Fahy les ofreció un terreno más alto topográficamente y más asequible económicamente.

El infatigable Padre Fahy, que llegó al país en 1843, había adquirido dos manzanas de terreno, que se unían por sus ángulos, ubicados entre las calles Callao y Ayacucho. En una, la ocupada actualmente por el Colegio Lasalle, edificó el Hospital Irlandés, que transformó después en una casa de enseñanza dirigida por las Hermanas Irlandesas, Hijas de la Misericordia [481].

La otra manzana, que daba frente a la calle Callao, había de ser la futura sede, la iglesia o capilla irlandesa, con la sede social de los mismos, pero en 1864 sólo era un campo cubierto de matorrales con un galpón y una sencilla vivienda en el extremo sudeste, junto a las vías del Ferrocarril del Oeste que en ese punto torcía hacia la calle Corrientes, después de haber ido hasta entonces por la calle Parque o Lavalle.

Callao no era una avenida, ni siquiera era una calle, en esa época. Era tan sólo un ancho camino intransitable en el invierno por sus famosos pantanos, y cuyas espesas capas de polvo cubrían en verano los tunales que lo cercaban. Las carretas que venían del campo, rumbo al mercado de abasto, solían generalmente entrar por Callao, y no tan sólo en 1868 sino aun diez, y quince años más tarde. Sabemos que en 1882, y por razón de lo intransitable que estaban los caminos a causa de las lluvias, regresaron los Padres del Colegio, que habían estado veraneando en Ramos Mejía, en dos carretas tiradas por bueyes.

Aunque algo excesivamente distante del casco de la población, cuyo límite occidental terminaba entonces a la altura de la Plaza Lavalle, si bien había algunas quintas más al occidente, preveía el Padre Sató que el incremento que estaba tomando la ciudad era tal que, en el espacio de diez o quince años, estaría el Colegio, allí situado, en el centro mismo de la ciudad. Recordaba, sin duda, cómo en algunos de aquellos años, habían aportado a Buenos Aires más de 40.000 inmigrantes, y era hombre demasiado inteligente para no colegir las consecuencias de ese enorme aporte inmigratorio sobre el desarrollo de la ciudad de Garay.

Por otra parte el terreno, ofrecido en condiciones las más halagüeñas económicamente, era una manzana, cuyo frente sobre Ca-

llao tenía 114 metros, estaba en un punto bastante alto, libre así de ser el receptáculo obligado de todas las aguas en las épocas de lluvia. Prueba de ello era que las vías del tren estaban un metro más bajo que el terreno del solar adyacente, mientras que apenas llegaban dichas vías a Corrientes iban sobre alto terraplén.

Talvez llegó también a noticia del Padre Sató otra particularidad de este solar, y muy simpática, a la verdad. Hasta la expulsión de los Jesuítas en 1767 había formado parte de la Quinta de Alquizalete, o del Convictorio de Alquizalete, llamada también Quinta de los Padres. En la apertura de calles, efectuada en 1780, quedó limitada dicha Quinta en su parte norte por la calle Parque o Lavalle, pero con anterioridad a esa fecha comprendía todo o parte del solar ocupado en la actualidad por el Colegio del Salvador.

A 10 de diciembre de 1864 se compró esta cuadra de terreno abonando por el mismo 300.000 pesos, moneda corriente, lo que venía a ser más o menos unos 10.000 pesos de nuestra moneda actual. Se formalizó la escritura a nombre del Padre Sató y éste, a 22 de septiembre de 1876, traspasó dicha propiedad a los Padres José Guarda, José María Rovira, Antonio Martorell y José Gasset [480].

Otra circunstancia imprevista allanó la dificultad de los sujetos. Por ley del 15 de febrero de 1865, artículo 2°, el Presidente Mitre creaba el Seminario Conciliar: por una arbitrariedad en extremo regalista, se obligaba al Diocesano entre otras cosas a proponer al Gobierno sus empleados y profesores, el plan de estudios y hasta el reglamento para el régimen interior. En su consecuencia el Seminario se trasladó a una casa situada en la calle Alsina, bajo la dirección del doctor don Martín Boneo, quedando las clases de Teología y Cánones a cargo de los Padres Jesuítas Saladino y Del Val, que no pocos sacrificios tuvieron que imponerse para atravesar los inmensos barrizales que los separaban del nuevo Seminario.

Con esto, los demás Padres que hasta entonces se habían dedicado a la enseñanza de los jóvenes seminaristas, consagraron en adelante todos sus desvelos al Colegio del Salvador, cuyas paredes iban levantándose con relativa lentitud después de haber rodeado el terreno con un muro que se llevó a cabo con una celeridad pasmosa. Acababa por otra parte de llegar, llamada por el Padre Parés, una expedición con destino a la Asunción del Paraguay, pero las per-

turbaciones políticas en que andaba envuelto este país, obligaron a los recién venidos a hacer alto en la Capital, donde no poco hubieron de contribuir al desarrollo de la piedad en el clero y en todas las clases sociales, tanto de la ciudad como de los pueblos circunvecinos.

Alguna mayor dificultad hubo de presentar la cuestión pecuniaria: pues siendo así que la obra no era pequeña, los fondos con que se contaba, se reducían a alguna que otra cantidad siempre exigua, ofrecida por personas bienhechoras. A todo hizo frente el celo infatigable, la rara modestia y fino trato del laborioso Padre Sató, que por todas partes se abría paso con aquel silencio y sencillez que siempre le fueron tan peculiares. Reconozcamos también que al lado del Padre Sató hubo otros dos hombres muy beneméritos del Colegio: el Padre Joaquín M. Suárez, Superior de la Misión desde el 14 de septiembre de 1861, y que tanto hizo para fundar el Salvador, y el Padre Bernardo Parés que le sucedió en el cargo de Superior el día 11 de mayo de 1867, cuando el edificio estaba ya muy adelantado. Quiso Dios llevarle para sí, unos meses antes de inaugurarse el primer curso, el día 30 de noviembre de 1867.

Con el Padre Parés perdió el Colegio del Salvador uno de sus sus principales apoyos. Cuando el Provincial de Aragón (España) lo nombró Superior de la Misión Argentino-Chilena, dijo estas palabras: "A pesar de las gravísimas razones que Vuestra Reverencia me alega, me es absolutamente imposible descargarle del peso que Dios Nuestro Señor acaba de poner sobre los hombros de Vuestra Reverencia; yo no tengo aquí a quien enviar para cargo tan levantado: tampoco lo veo ahí, pero Vuestra Reverencia puede asociarse como ya le decía en mis anteriores al sujeto que mejor le parezca, tanto de esa Misión como de la de Chile" [482].

Dios dispuso que el compañero con quien compartiera el Padre Parés los trabajos de la difícil misión, fuera el Padre Sató, el cual, nombrado de inmediato para sucederle, continuó la obra comenzada del colegio de Buenos Aires, con un tesón digno de su constante laboriosidad.

Pero las grandes necesidades de la República junto con la escasez de sujetos eran un obstáculo para que el Colegio del Salvador, que se iba a inaugurar, llenara la expectación pública y los

altos fines de su institución en una ciudad que contaba ya con 170.000 almas y cuyo incremento asombroso saltaba a la vista.

6. Gracias a la generosidad y actividad de la Comisión de Caballeros, se cercó toda la cuadra con una tapia y a mediados de 1865 se dió comienzo a la construcción del edificio, o sea, de la parte que cae sobre la calle Callao. Había unas casuchas "que aun quedaban en pie en el terreno que se había comprado" y a ellas pasaron los Padres Miguel Cabeza y Luis Pí, según nos informa el Padre Nicasio Mola en unos *Apuntes Históricos* que nos ha dejado [483].

Reunidos los Padres más respetables de la Misión, convinieron en la imposibilidad de poderse sostener a un mismo tiempo el Colegio de la Asunción, en la ciudad de Córdoba, y el naciente de Buenos Aires. Vista por otra parte la mayor necesidad que existía en la Capital y la comodidad con que los alumnos de Córdoba podrían trasladarse al Colegio de Santa Fe; determinaron la clausura del Colegio de la Asunción, con lo cual quedaba allanado el camino para la apertura del que había de ser muy pronto, el orgullo de la República Argentina.

Se habían encomendado los planos del Colegio y de la Iglesia a un notable artista, el arquitecto Pedro Luzetti, y sabemos que ya a mediados de 1866 había el Padre Parés aprobado sus planos y determinado con él la construcción inmediata de todo el ala de edificio sobre Callao, planta baja y primer piso.

Esa parte del edificio se comenzó a construir a fines de 1866 por más que en el *Registro autógrafo de cartas* del Padre Parés tenemos una minuta que podría inducirnos a creer que se comenzó a edificar mucho después. En 12 de septiembre de 1867 escribía al Provincial de España: "Van los planos del Colegio e Iglesia de Buenos Aires, reformados por el H. Sáez. V. R. los hará ver por quien lo entienda y si los aprueba, podrá ordenar que no se varíen para no gastar en hacer y deshacer con disgusto de los bienhechores y vergüenza de los Nuestros" [484].

La frase "reformados por el H. Sáez", nos indica que los planos ya habían sido enviados con anterioridad al Provincial y que habían sido objetados en algún sentido, de suerte que fué menester modificarlos, y corrió con esa tarea el mencionado Hermano Sáez. No nos consta la capacidad científica del arquitecto Luzetti, pero

sabemos que el Hermano Antonio Sáez era un hombre de grandes dotes en materia de construcciones civiles y militares.

Nacido en Granada el día 6 de mayo de 1825, tenía sólo nueve años de edad cuando pasó a Madrid con el fin de iniciar sus estudios en el Colegio, llamado de la Madera, dependiente de la Universidad, y en ese instituto se dedicó a las matemáticas y al dibujo preferentemente. A los 14 años ahondó, con profesor particular, las matemáticas y el dibujo, al propio tiempo que frecuentaba la Academia de Artes y de Pintura. Sólo tenía 16 años cuando entró en la Academia de Ingeniería Militar, donde por espacio de cuatro años se dedicó con especial ahinco a las Matemáticas, Física, Mecánica y Arquitectura. En el arte de hacer planos y de trazar edificios así civiles como militares descolló entre sus compañeros, de suerte que en 1860 y 1861 formó parte de la Comisión de Fuertes y Construcciones militares. A fines de 1861 el Gobierno español le envió a Filipinas para la realización de varias obras de esa índole, y dos años después pasó a Roma, donde el General de la Compañía de Jesús le recibió en la misma, destinándole al Río de la Plata. Hecho su noviciado en Córdoba, bajo la dirección del Padre Escatllar, se le envió, pocos meses después, a Buenos Aires para encargarse de la edificación del Colegio. Mientras trabajaba en las obras del mismo, hizo los votos religiosos el día 1º de marzo de 1867, y año y medio más tarde fallecía en la paz del Señor, el día 8 de octubre. En 1870 ocupó su puesto, a lo menos como sobrestante de las obras en construcción, el Hermano Ignacio Rota [485].

Cuando el Hermano Sáez pasó a mejor vida debió de estar bastante adelantada la construcción del Colegio, ya que cinco meses antes, la consulta de Misión, esto es, el Padre Superior y sus consultores, eran de parecer, y de parecer unánime, que se podía proceder a la apertura del Colegio. Dicha consulta tuvo lugar el día 6 de junio de 1867. Tal fué el sentir de todos, no obstante ser pocos los Padres y Hermanos que había disponibles para hacerse cargo del Colegio.

Capítulo II

REAPERTURA DEL COLEGIO EN 1868

1. — *E. P. Juan Coris y los primeros profesores;* 2 — *Los primeros cincuenta alumnos;* 3 — *Los registros del Padre Puigdollers;* 4 — *Apertura del curso: 1º de mayo de 1868;* 5 — *Profesores fundadores;* 6 — *Personalidad del Padre Coris;* 7 — *Los mejores alumnos.*

1. Para rector del Colegio fué elegido el Padre Juan Coris, profesor otrora en el Colegio de San Ignacio, en la época de Rosas. Se hallaba en Córdoba, pero en las primeras semanas del año 1868 estaba ya en Buenos Aires y el día 1º de mayo inició oficialmente su gobierno. Como ministro del Colegio y prefecto de estudios y de disciplina fué nombrado el Padre Luciano Puigdollers, a la sazón en el Colegio de la Inmaculada, en Santa Fe. El Padre Luis Pí, que estaba ya en Buenos Aires, además de Procurador de la Misión, tomó a su cargo la enseñanza de la lengua francesa. El Padre Cabeza, además de procurador del Colegio, fué nombrado Padre Espiritual del mismo. Además del Padre Pí, eran profesores los jóvenes jesuítas Justiniano Rueda, Egidio Sánchez y Rafael Tumulo. El primero enseñaba Geografía, el segundo la lengua latina, la Geografía y la Historia, en una sección de primer año, y el tercero las mismas materias en la otra sección del mismo. Como prefectos o cuidadores de la disciplina, además del Padre Carlos Soler y del Escolar Rueda, ya nombrados, estaban los Escolares Alejo Tores e Ignacio Torre. Uno y otro estudiaba Física y Matemáticas, bajo la dirección del Padre Manuel Freixes. El primer portero que tuvo el Colegio del Salvador, desde su reapertura en 1868, fué el benemérito Hermano Antonio Binimelis y el primer cocinero el Hermano Francisco Datti. El Hermano Luciano Serra tuvo a su cargo la sacristía, el Hermano Ignacio Rota la carpinteria, los Hermanos Antonio Piñón, Santiago Altés y Agustín Balcells se ocupaban en diversas necesidades del Colegio. El día 13 de noviembre de ese mismo año 1868 el Padre Juan Pujol sucedió al Padre Sató en el cargo de Superior de la Misión, y quedó desde entonces incorporado al Colegio este insigne varón. Sus dos cargos concretos fueron: Prefecto de la Iglesia y "Operarius pro Anglis", esto es, Capellán de la Colectividad Inglesa.

Sabemos que el Padre Coris, no bien llegó a Buenos Aires. trabajó e hizo imprimir un prospecto en el cual se exponían el fin y disciplina del nuevo Colegio y se estipulaban las condiciones que habían de llenar los alumnos que desearan ingresar en él. Se repartió entre las principales familias de la ciudad; y de tal manera respondieron éstas al llamamiento, que en menos de diez días ya se habían cubierto las cincuenta plazas de que se podía disponer por el momento y que fueron las primicias de los copiosos frutos que se habían de recoger en los años sucesivos.

No hemos podido hallar, ni aun en los diarios y periódicos de la época, el texto del prospecto que hizo publicar el Padre Coris, pero suponemos que sería, a lo menos en lo fundamental, el mismo que se reeditó en enero de 1871, y en el que se indica la índole de la instrucción a darse en el nuevo establecimiento de educación, las condiciones de ingreso al mismo, y demás pormenores de esa índole [486].

Los cuatro primeros artículos del Prospecto-Reglamento de 1871 rezan así:

> Artículo 1º — El fin de este establecimiento, es proporcionar á los jóvenes una cristiana y esmerada educacion, para que sólidamente instruidos y completamente morigerados sean con el tiempo ciudadanos útiles a la patria, apoyo y consuelo de sus familias.
>
> Art. 2º — Preside el establecimiento un Superior con el título de Rector. Hay ademas un segundo superior con el título de Ministro, el cual tiene mas inmediato y contínuo cuidado de los alumnos, un Procurador, los Catedráticos correspondientes y los demás individuos que reclama el buen régimen del Colegio.
>
> Art. 3º — Los alumnos están distribuidos en varias divisiones o brigadas segun su edad y estudios á que se dedican, y cada una de ellas tiene un Padre con el título de Prefecto que continuamente la vigila y preside en todas sus distribuciones, y un camarero para el servicio de los alumnos que la componen.
>
> Art. 4º — Ejercer una dulce y paternal vigilancia, exitar una laudable emulación, mover el corazón por los principios de la conciencia y del honor con todo lo que despierte los sentimientos mas nobles y elevados; tales son siempre los medios empleados con preferencia en la dirección de los jóvenes, cuidando con su influjo de prevenir las faltas para que no haya lugar de correjirlas.

No podía ser admitido como pupilo sino aquel que tenía los requisitos que indica el

Art. 5º — Para ser admitido en clase de alumno interno se requiere: 1º que no padezca el aspirante enfermedad alguna perjudicial á los demas ó que requiera especial cuidado; 2º que no haya cumplido 12 años de edad; 3º que dé alguna garantía de su buena conducta; 4º que quede aprobado en un examen de lectura, escritura y elementos de Aritmética y Gramática castellana; 5º que no siendo de la ciudad, tenga un encargado en Buenos Aires, ó persona que le acuda con lo necesario y lo reciba en su casa, cuando haya de salir del Colegio. Difícilmente se admitirán los que procedan de otros establecimientos.

Los motivos que podían determinar la expulsión de un alumno se indicaban en el

Art. 6º — La inmoralidad, la insubordinación y la desaplicación habitual é incorregible serán motivos de espulsión; la que sin embargo nunca tendrá lugar sin aquellas precauciones que eviten hasta donde sea permitido los disgustos de las familias y el deshonor del expulsado.

Otros puntos de disciplina referentes a modalidades del Colegio, comprendían los tres artículos siguientes:

Art. 7º — Los alumnos pueden ser visitados por sus familias ó encargados solamente los domingos á la hora y en el lugar destinados al efecto.

Art. 8º — Aquellos, cuya conducta y aplicación no lo hubieren desmerecido, saldrán una vez al mes á casa de sus padres ó encargados, en el día designado, excepto el tiempo de Cuaresma y el primero y último mes del año escolar.

Art. 9º — No será permitido á los alumnos recibir ni enviar cartas, billetes, dulces ni otros objetos, sinó por medio de los directores del Colegio. Tampoco podrán tener dinero en su poder.

Por lo que toca a la vida de piedad en el Colegio es bien explícito el

Art. 10. — Los alumnos asistirán todos los días á la Santa Misa, rezarán el Rosario por la tarde y al levantarse y acostarse algunas breves oraciones, confesando y comulgando cada mes.

Si damos grande importancia á la parte moral y religiosa, considerándola, como la base de una verdadera y sólida educación, no por eso se descuidará el inculcar á los alumnos frecuentemente y de un modo especial en las conferencias de urbanidad, ese espíritu de franqueza y libertad morigerada, que todo jóven de finas maneras debe tener en el seno de su familia y de la sociedad.

El artículo 13 se refiere a la salud corporal, y lo transcribi-

mos, aunque precediéndolo de los artículos 11 y 12 que se refieren a otros tópicos:

> Art. 11. — Fuera de los libros adoptados en el Colegio para las clases y ejercicios de piedad, los alumnos no podrán tener otros sin permiso del P. Rector.
>
> Art. 12. — Dos veces al año se remitirá á las familias, que viven lejos de Buenos Aires, un informe de cuanto en el Colegio concierne á sus hijos.
>
> Art. 13. — Se cuidará de la salud y desarrollo físico de los alumnos con esmero, por los medios adecuados, cuales son, tiempo para recreo, juegos gimnásticos y paseos, alimento sano y abundante servido en almuerzo, comida, merienda y cena. Por ligeras indisposiciones no saldrán del Colegio, donde serán atendidos cuidadosamente; pero sí en las graves á juicio del facultativo y del Rector.

El largo artículo 14 se refiere todo él a la indumentaria escolar, y aunque algunos de sus incisos hagan sonreír a los lectores modernos, los Jesuítas no creaban nuevas modas sino que tomaban discretamente lo que estaba entonces en boga, así en Europa como en la Argentina:

> Art. 14. — Todo alumno debe tener á su entrada y segun el modelo adoptado en el Colegio los objetos siguientes: 1º una marquesa de hierro, dos colchones, uno de lana y otro de paja, dos almohadas con las fundas y sábanas correspondientes, sobrecama, alfombra, silla y taburete, una cómoda, una mesita de noche con todo lo perteneciente á la limpieza, como aljofaina, jarra, tijeras, peines, cepillos de ropa y calzado, etc. 2º El uniforme, que se compone de una levita de paño azul oscuro, pantalón de lo mismo para invierno, y blanco para verano, chaleco de casimir negro rasgado con botones dorados y en verano de piqué color ante con botones plateados, corbata de seda negra, gorra azul turquí con dos galoncitos de oro, un par de botines finos y ademas un *milord* de castor, color lila oscuro para abrigo en invierno y un medio uniforme ó sea saco negro. Dentro del Colegio vestirán una blusa de orleans color oscuro, con un cinturón de charol negro, hebilla de acero y lo demás á gusto de sus Padres. 3º De repuesto deberá el Colegial tener en el establecimiento dos trajes completos para el uso diario, dos mudas de ropa interior, con dos pares de calzado, dos tohallas, dos servilletas, con aro de metal blanco, todo decente y en buen uso. Todas las prendas y objetos del Colegial deben estar marcados con el número que se le hubiere señalado á su ingreso; advirtiendo que no se recibirá el objeto, que pudiendo, no tenga la marca sobredicha.

Completaba este artículo, en cuanto a los alumnos pupilos, el siguiente:

Art. 15. — Todos los sábados antes de las 4 de la tarde se entregará al portero del Colegio la ropa limpia en una bolsa destinada al efecto, enviando los lunes de 9 á las 12 del dia á recoger en otra la ropa usada.

Los cuatro artículos siguientes se refieren a la vida escolar:

Art. 16. — El curso de estudios comprende ademas de una clase preparatoria todas las materias del plan de estudios vigente en la Universidad en lo tocante á la segunda enseñanza, sin perjuicio de ampliarlas y añadir otras clases y asignaturas que se crean convenientes para la mas completa instrucción de los jóvenes.

Art. 17. — Además se proporcionarán á los Sres. pensionistas, profesores de música vocal é instrumental, dibujo y pintura, segun el número de familias que lo solicitaren á su cuenta y prévio permiso del P. Rector, quien lo concederá siempre que la asistencia á las nuevas clases no sirva de obstáculo al aprovechamiento del alumno en aquellas en que estuviere matriculado.

Art. 18. — Un Padre con el título de Prefecto de estudios atenderá de un modo especial al progreso literario de los estudiantes.

Art. 19. — Para mas estímulo de los jóvenes tendrán lugar durante el año varios ejercicios literarios á los cuales podrán asistir las familias ó encargados de los alumnos.

Art. 20. — El curso siempre se concluye con la solemne distribución de premios en la que se recompensa por concurso el mérito distinguido de los alumnos tanto en su conducta y aplicación como en sus adelantos literarios.

A la pensión de los alumnos se refieren los dos últimos artículos:

Art. 21. — La pensión de todo colegial interno será de 500 pesos, moneda corriente mensuales ó su equivalente, cuyo abono se hará en tres pagos anticipados, el primero al principio del curso, el segundo á primeros de Junio, el tercero el 1º de Octubre. En la pensión están comprendidos toda clase de gastos menos los de papel, libros y demas útiles para las clases y los de enfermedad grave (caso de quedarse el alumno en el Colegio), que formarán cuenta separada, con los indicados en el art. 17.

Art. 22. — El alumno que entrare principiado el trimestre solo pagará lo correspondiente á lo que falte por concluirse; el que saliere antes de concluirse á no ser por mutuo convenio ó por enfermedad grave, no tendrá derecho á devolución alguna.

Sólo al final de este Prospecto-Reglamento y como algo muy secundario, se dice que en el nuevo Colegio "admítense también alumnos externos, los cuales deberán conformarse con los regla-

mentos del Colegio, que les conciernen, y cumplir con los deberes así religiosos, como literarios, que les están prescritos".

No era, ciertamente, que el Colegio se propusiera tan sólo admitir a alumnos pupilos, y sólo por razones especiales, a alguno o algunos en categoría de externos. Era la lejanía del casco de la población y la pésima índole de los caminos que unían a ésta con el Colegio, lo que determinó a los Padres del mismo, a no pensar en tener externos. Los hubo, sin embargo, desde el segundo año, y en 1870 fué menester poner un extenso palenque, frente al Colegio, donde pudieran los alumnos externos guardar los caballos en que venían montados.

Publicado por el Padre Coris el prospecto, a que nos hemos referido ya, "las familias más conocidas de Buenos Aires, (son palabras éstas del doctor Santiago G. O'Farrell), sólo pensaron en llevar sus hijos al nuevo Colegio, atraídos por la justa fama de que gozaban los Padres de la Compañía de Jesús como eximios educadores".

2. He aquí la lista de los cincuenta alumnos admitidos en 1868, con el número de orden que se les asignó:

Nº 1	Sr.	Manuel Jesús Costa	Nº 30	Sr.	José Ignacio Pérez
„ 2	„	Luis Garrido	„ 31	„	Gregorio Morán
„ 3	„	Narciso Lugones	„ 32	„	Carlos Lastra
„ 4	„	Eduardo Frías	„ 33	„	Miguel Lastra
„ 5	„	Antonio Lago	„ 34	„	Simón Llanos
„ 6	„	Eduardo Carranza	„ 35	„	Genaro Llanos
„ 7	„	Rodolfo Solveira	„ 36	„	Belisario Llanos
„ 9	„	Raúl Harilaos	„ 37	„	Pío Puiggarí
„ 10	„	Horacio Harilaos	„ 38	„	Manuel F. Vega Belgrano
„ 11	„	Carlos Tarragona	„ 39	„	Carlos Manuel Vega Belgrano
„ 12	„	Herminio Constanzó			
„ 13	„	Alberto Marcó del Pont	„ 40	„	Hernán Ayerza Zabala
„ 14	„	Justo Gualberto Urquiza	„ 41	„	César Adrogué
„ 15	„	Alfredo Froilán Urquiza	„ 42	„	Alberto Navarro Viola
„ 16	„	Roberto Urquiza	„ 43	„	Mariano José de la Torre
„ 17	„	Pedro Romero			
„ 18	„	José M. Frías	„ 44	„	Mariano J. Tarragona
„ 19	„	Guilermo Frías	„ 45	„	Gabriel López Hernández (salió en 17 junio 1868)
„ 20	„	Ladislao Gache			
„ 21	„	Carlos Gache			
„ 22	„	Alberto Ramos Mejía	„ 45	„	Joaquín Berraondo (sucedió al anterior en 5 julio 1868)
„ 23	„	Ricardo Molina			
„ 24	„	Juan Arana			
„ 25	„	Belisario Arana	„ 46	„	Justo José de Urquiza
„ 26	„	Enrique Fernández	„ 47	„	Cayetano de Urquiza
„ 27	„	Juan J. Blaquier	„ 48	„	Ramón Machalí
„ 28	„	Joaquín Corvalán	„ 49	„	Juan José de Anchorena
„ 29	„	Manuel Pérez	„ 50	„	Octavio Rossi

3. De todos ellos tenía el Padre Puigdollers dos registros: uno de los antecedentes familiares y otro de los rasgos psicológicos de cada uno. Tenemos a la vista el primero de estos registros, pero sin las 35 primeras páginas que se han extraviado, de suerte que se inicia con el alumno Belisario Llanos que es el trigésimo sexto en la lista que acabamos de transcribir. Belisario era hermano de Simón e hijo de Pío Llanos y de Agustina Martínez, nació el 3 de junio de 1858 en Buenos Aires, y estaba confirmado y vacunado cuando ingresó al Colegio el día 7 de mayo de 1868. Pío Puiggari había entrado el día 1º de mayo y era hijo de Miguel y de Matilde Llobet. Manuel Félix V. Belgrano y Carlos Manuel V. Belgrano, también entraron el día 1º de mayo, y eran hijos de Manuel V. Belgrano y Manuela Belgrano. Hernán Ayerza, hijo del Dr. Toribio de Ayerza y de Adelaida Zabala no estaba confirmado al ingresar al Colegio el día 1º de mayo de 1868, pero estaba vacunado. Entraron en la misma fecha César Adrogué, hijo de Esteban Adrogué y de Isidora Amester; Alberto Navarro Viola, hijo de Miguel y de Carmen Susviela; Mariano José de la Torre, hijo de Juan Climaco y de Manuela García de Zuñiga. Era natural de Montevideo, donde nació a 14 de diciembre de 1854. Justo José de Urquiza y Cayetano de Urquiza, eran hios del Excmo. Sr. General D. Justo José de Urquiza y de Doña Dolores Costa. El primero entró en el Colegio el día 18 de mayo de 1868, habiendo tenido que salir por enfermedad el 8 de septiembre del mismo año. Ramón Machalí era hijo de Ramón y de Estela Cazón, y Juan José Anchorena era hijo de Pedro y de Mercedes Aguirre. Entró al Colegio el día 14 de mayo de 1868. Octavio Rossi, el último en la lista de los alumnos fundadores, fué admitido el día 25 de mayo de 1868. Era hijo de Octavio Rossi y Manuela Bedoya.

De mayor interés es el otro registro del Padre Puigdollers. Como ya anotamos, era este Padre muy minucioso y en su libretita consignó datos de interés sobre el carácter, cualidades, idiosincrasias, talentos, etc., etc., de cuantos niños hubo en el Colegio durante los tres años que ocupó él la prefectura del mismo.

Más de treinta años hace que terminó su viaje mortal el Padre Puigdollers, y la mayoría de los que fueron sus súbditos en las aulas del Salvador han llegado asimismo a la meta final, que es de suponer que fué la dichosa que todos esperamos.

Nietos y biznietos de aquellos antiguos exalumnos frecuentan

ahora las viejas aulas y no dudamos que tendrán gusto en conocer los detalles que hoy se publican por vez primera. He aquí algunas notas del Padre Puigdollers:

Manuel Jesús Costa: "su carácter es dócil, pero muy vivo. Su conducta moral ha sido siempre muy buena".

Luis Garrido: "se consigue mejor de él la aplicación y enmienda de sus defectos por medio del cariño mezclado con seriedad".

Miguel Bernardo Lugones: "ha sido vacunado y su carácter es juguetón y distraído".

Eduardo Frías: "su carácter es vivo pero dócil, consiguiéndose de él la aplicación y enmienda de sus faltas por medio de la seriedad y algo de cariño".

Eduardo Carranza: "es tímido y lloroso, pero vivo. Usar con él del cariño y del estímulo".

Rodolfo Solveira: "su carácter es bondadoso, y su conducta siempre ha sido buena".

Raúl Harilaos: "su carácter algo duro e inobediente. Hay que usar de seriedad y cariño".

Horacio Harilaos: "es dócil y su conducta ha sido siempre buena".

Herminio Constanzó: "es dócil pero callado, consiguiéndose mejor de él la aplicación y enmienda de sus faltas por medio de la suavidad".

Alberto Marcó: "carácter algo taimado. Usar con él de la persuación y la seriedad".

Justo G. Urquiza: "su carácter dócil (muy tímido) y su conducta moral ha sido siempre muy buena".

Alfredo F. Urquiza: "carácter bueno pero vivo".

Rafael Amoedo: "su carácter es tímido y dócil, consiguiéndose mejor de él la aplicación de sus defectos por medio del cariño".

José M. Fías: "carácter altivo pero dócil".

Guillermo Frías: "su carácter es benigno y su conducta moral ha sido siempre buena".

Carlos Gache Martínez: "su carácter bondadoso, pero fuerte al enojarse".

Juan Arana: "su carácter algo turbulento, pero su conducta moral ha sido siempre buena".

Juan Manuel Pérez: "su carácter es dócil, es estudioso y sensible".

Manuel F. Belgrano, hijo de Manuel Vega Belgrano y Manuela Belgrano: "su carácter es dócil pero reservado". Hay una nota que dice así: "El general Belgrano era padre de la señora y tío abuelo de don Manuel".

Carlos M. Belgrano: "su carácter es muy vivo y desaplicado. Hay que usar de la suavidad mezclada con seriedad".

Hernán Ayerza: "su carácter es juguetón, consiguiéndose mejor de él la aplicación por medio de la persuasión".

Justo Urquiza: "hijo del Excmo. señor general don Justo José de Urquiza; está vacunado; su conducta siempre ha sido buena".

Norberto Rafael Fresco: "su carácter es insistidor".

Juan José Anchorena: "conducta buena".

4. Con los cincuenta alumnos ya indicados se abrieron las aulas el día 1º de mayo de aquel año 1868. Sólo sabemos que la inauguración se hizo con alguna solemnidad, habiendo dirigido la palabra a todos, con un discurso en lengua castellana, el Padre Luis Pí. Fué acto de modestas proporciones y se realizó en el patio del Colegio.

5. Cabe al citado Padre Luis Pí la gloria de haber sido el primer sacerdote de la Compañía de Jesús que enseñó en las actuales aulas del Colegio del Salvador. Recordemos, aunque sólo sea de pasada, que era hijo de Barcelona, donde nació el 21 de octubre de 1818 y había ingresado en la Compañía el 7 de julio de 1844, en Francia. Antes de entrar en la religión había estudiado la retórica, la filosofía y la teología en el Seminario de Barcelona, pero después de ingresar en ella estudió dos años la teología en Lovaina, Bélgica, y enseñó las letras humanas en los Colegios de Lille y de Namur, llegando a dominar el idioma francés. En Bélgica y en España fué también profesor de Lógica y Metafísica, de Retórica y Humanidades. Regresó a España en 1857 y fué ministro y superior de la Residencia de Manresa, hasta que se le destinó a la Argentina. Después de ocuparse en la enseñanza durante el primer año de vida del Colegio del Salvador, fué destinado al Colegio de Santa Fe, pero regresó en 1871, y ejerció el cargo de ministro hasta 1873. Desde este año hasta 1880 tuvo su residencia en Córdoba, de donde pasó por tercera vez al Salvador en dicho año y donde se hallaba cuando a 22 de agosto de 1887 partió a la eternidad. Sus restos mortales fueron sepultados en la Recoleta y el *Diario* del Colegio anota, como algo extraordinario, el hecho de que ocho coches acompañaron sus despojos mortales hasta dicha necrópolis.

El Padre Luis Pí fué el primer sacerdote que enseñó en el Colegio del Salvador reabierto en 1868, pero hubo dos jóvenes que también enseñaron en el decurso de ese primer año: los entonces maestros, y después Padres Rafael Túmmolo y Egidio Sánchez.

El joven Rafael Túmmolo había nacido en Nápoles el 19

de octubre de 1844, e ingresó en la Compañía en octubre de 1859. Hizo parte de sus estudios en su ciudad natal, pero los completó primero en Dublín y después en Avignon de Francia. Había ya estudiado la Retórica durante dos años y la filosofía durante tres años y había sido profesor de los jóvenes estudiantes Jesuítas en Balaguer, España, cuando fué destinado al Río de la Plata. Frisaba en los 24 años de su edad cuando en 1868, fué, a una con el Padre Pí y con el joven Egidio Sánchez, y Mr. Kirwan, uno de los primeros profesores del Colegio del Salvador reabierto en 1868. Estuvo después en Centro América y regresó a su patria donde se ordenó de sacerdote y llegó a ser uno de los moralistas más apreciados. Existe una *Teología Moral* Gury-Túmmolo. Alto y fornido en lo físico, era todo bondad y afecto para con todos. En la Congregación General 27ª reunida en Roma en 1923, era el Padre Túmmolo el decano de los profesos, y en esa oportunidad manifestó a los Padres Gambón, Llussá y Añón, asistentes a dicha Congregación General, sus gratísimos recuerdos del Colegio del Salvador. En 1933 sabemos que vivía aún este anciano y venerable varón.

El joven Egidio Sánchez era uruguayo, nacido en el Sauce, cerca de Pando, Canelones, el 1º de septiembre de 1845. Su señora madre, doña Mariana Vera, estaba emparentada con el célebre obispo Mons. Jacinto Vera. Antes de ingresar en la Compañía, como ingresó en 1865, había estudiado latín y francés en Montevideo, y así se explica que, apenas terminado su noviciado en Córdoba se le destinara al Colegio de la Asunción que, en esa ciudad, tenían entonces los Jesuítas, y abierto el Salvador, se le destinara al mismo.

Comenzó por enseñar el primer curso de latín, la historia y la geografía, en primer año, pero fué, año tras año, subiendo con sus primeros alumnos a segundo, tercer y cuarto año, de suerte que le tuvieron a él por profesor así en humanidades como en retórica. En 1873 fué enviado a Europa y en Château Dussède, en el Alto Garona, estudió la filosofía y las ciencias, y en Veruela, Aragón, la teología. En 1881, ya sacerdote, le hallamos nuevamente en el Colegio del Salvador, como profesor.

Años más tarde fué enviado a Chile, donde estuvo muchos años como profesor en el Colegio de San Ignacio y como operario. Habiendo regresado a la Argentina en 1892, pasó la mayor parte de su larga vida en Córdoba, donde falleció el 6 de noviembre de

1924. Seis años antes, al celebrar el Colegio del Salvador, su primer cincuentenario, asistió el venerable, ágil, alegre y bromista anciano, a dichas fiestas constituyendo, sin duda, una de las notas más simpáticas en la celebración de las mismas.

Como ya dijimos ,enseñó el Padre Sánchez, en el curso de 1868 la ínfima gramática, la historia y la geografía en primer año. mientras que el mencionado Padre Túmmolo enseñó la gramática suprema, o segundo año, y la historia y geografía, correspondientes a ese curso. El Padre Pí enseñaba francés y Mr. Kirwan, de quien no tenemos antecedentes algunos, enseñaba inglés. Estas clases de idiomas eran entonces optativas.

El primer portero del Colegio fué el Hermano Antonio Binimelis, a quien reemplazó en 1869 el Hermano Mauricio Balaguer, y sucedió a éste en 1877 el Hermano Santiago Altés, a quien tanto recuerdan aún los antiguos exalumnos del Salvador. Además de portero, era prefecto de los criados, comprador y hortelano.

En 1918 escribía el doctor Santiago G. O'Farrell:

> Sentiría levantarse una protesta, bien merecida por cierto, formulada por mis amigos los ex-alumnos [de los primeros tiempos] si no recordara yo al Hermano Santiago Altés, el portero del Colegio, a quien todos apreciábamos como a un hermano para corresponder al cariño paternal con que nos trataba.
>
> Ninguno encarnó tan a lo vivo la tradición del Colegio como ese Hermano venerable en quien no podríamos sorprender otra falta en su vida ejemplar, que la excesiva bondad con que disimulaba cuando alguno de los alumnos llegaba al Colegio vencida ya la hora reglamentaria", 7 ½ a 8 por la mañana, y de 2 a 2 ½ por la tarde [487].

6. Pero el alma del Colegio en 1868 y en el siguiente año de 1869 fué el insigne jesuíta Padre Juan Coris, rector del Colegio, aunque sólo tenía el título de vicerrector. Ya hemos recordado los servicios excepcionales prestados por este gran jesuíta a la cultura nacional, y hemos anotado sus egregias cualidades como hombre y como sacerdote, como maestro y como guía de la juventud. El Colegio del Salvador se une y enlaza con el Colegio de San Ignacio, aquel mismo que fundaron los Jesuítas en 1617 por medio de este Padre y por medio del tantas veces recordado Padre Sató, iniciadores ambos y fundadores de este Colegio. El Padre Coris descansó en la paz del Señor el día 19 de julio de 1870, a la temprana

edad de 63 años, de los que 43 había pasado en la Compañía de Jesús.

Había nacido en Vulpellach (provincia de Gerona), a 29 de septiembre de 1806. Sintiéndose llamado al estado eclesiástico, estudió en Gerona, Retórica y Filosofía; pero aspirando a la vida de perfección entró en la Compañía de Jesús en Madrid, el 15 de junio de 1826, contando diecinueve años de edad. En el Colegio Imperial de aquella Corte, enseñó Humanidades y Retórica por espacio de cuatro años, ordenándose de sacerdote el día 24 de marzo d 1834, es decir, pocos meses antes del asalto y de la matanza de religiosos, que tuvo lugar en aquel Colegio (julio de 1834), y de la que se salvó el P. Coris por disposición especial de la Providencia. Llegó a Buenos Aires el 9 de agosto de ese mismo año. En la capital argentina se entregó generosamente a las tareas de la enseñanza en el Colegio de San Ignacio, donde fué prefecto de estudios y profesor de Retórica, al propio tiempo que ayudaba, cuanto le era posible, en el desempeño de los muchos y variados ministerios espirituales, para los cuales eran requeridos los Padres. Disuelta la Compañía a causa de las arbritrariedades de Rosas, pasó el Padre Coris a Montevideo y de ahí a Río de Janeiro y a Santa Catalina y a Porto Alegre y otra vez a Montevideo y, finalmente, a Buenos Aires. Casi siempre añadió a su cátedra de retórica, para la cual era eximio, el ser superior y lo que es más raro el misionar, sobre todo en las vacaciones de verano. Fué seis años superior de la residencia de Porto Alegre, cinco del colegio de Santa Catalina, tres en Santa Lucía (Uruguay), nueve en el Seminario episcopal de Buenos Aires (Regina Martyrum), del cual fué el primer Rector, uno en el noviciado de Córdoba, del que lo era desde el 15 de octubre de 1866 hasta su traslado a Buenos Aires, con el fin que ya conocemos.

Fué el Padre Coris de trato afable y de excelentes prendas para la oratoria, las cuales aprovechó en un crecido número de misiones que dió en casi todas las Provincias Argentinas y hasta en las regiones del sur del Brasil. Su muerte fué sentidísima, pues eran muchos sus discípulos, amigos y admiradores. El 11 de julio de 1870, en la Quinta de Salinas, hoy Regina Martyrum, terminó el Padre Coris su no larga pero sí dinámica y laboriosa vida. Su bondad había hecho simpática, desde el primer día, la vida escolar en el Colegio del Salvador [488].

Conservamos de este gran jesuíta no pocos cuadernos repletos de poesías suyas, latinas en su mayoría y tan frescas y cabales que constituye un placer el leerlas. *Verus Jesu Socius* es el título de uno de esos cuadernos y en él describe el Padre Coris el retrato de un verdadero jesuíta.

Quantum Adae fert propago
Est Jesu vivens imago
Verus Jesu socius.

. . . .

Non doctrina, non aetate
Non gradu sed pietate
Fies Jesu Socius.

Nisi piam ut parentem
Sanctam ames paupertatem
Non es Jesu Socius.

. . . .

Illam ni serves ut murum
Religionis securum,
Non es Jesu Socius.

En versos endecasílabos consignó los nombres "de los jóvenes que estudiaron algo conmigo en Santa Lucía en 1854

Hic studiis dediti per binos circiter annos
Convenere duo fratres Inocentius unus,
Ast alius Raphael Yeregui, quos inclyta semper
Montevideo dedit juvenes: hos nobilis aequat
Ille Monasterio, nam plusquam monachus ipse,
Atque Leon, non ungue valens, nec fronte minaci,
Pectore sed miti semper; quem pone Madruga
Impiger exurgit, sommum lectumque relinquens,
Nec versus fugiat nostros Anferil amicus,
Quem mediis quamvis genuit Catalaunia saxis,
Esse tamen placidum dictis factisque probavit
Innumeris: vultu gaudens Echague modesto,
Cui placet excelso veniens sacra musica coelo.
Carminibus te junge meis: insignis ille
Iampridem multis merito tam charus amicis
Segui nunc versus claudat, nam Claudius ipse
Dicitur, in Sancta natus et ille Fide.

En otra composición poética nos dice quienes fueron en Buenos Aires "algunos de sus alumnos entre 1857 y 1864

Duteil, Achával, Miseretti, Massa, Viñales,
Casas, Galloso, César, Benavente, Miñones,
Kelly, Cernadas, Pirán, Latorre, La Sota,
Merchant et Reyes, Basabilbazo, Villegas,
Constansó, Méndez, Escurra, Diazque Hyacinthus,
Martínez parvus, magnus Beovide, Novóa,
Massini, Torres, Millán, Besaso, Viola,
Atque Bonarensis, Nazar Benedictus, et hujus

Ernestus frater: sequitur quem nulla figura,
Nec carmen vincire potest Labarriere ille
Gallia cui nomen, Bonas Auras praebuit ortum.

Y véase con que elegancia y gracia describe a los alumnos que tuvo en Buenos Aires en 1860 y en los años siguientes:

Espinosa regit pueros, et Consulis arma
Dextra gerit; prímos occupat unde locos.
Hunc sequitur, similíque nitet fulgore Lihtemberg
Qui puer; at pueros Consul et ipse regit.
Hos prope florenti surgit Crux parvus ab horto
Missus; et hic simili robore bella gerit.
Quem contra vibrare solet fesa tela Pereda.

Tal era el temple y espíritu del hombre que gobernó, tal vez con excesivas condescendencias, los destinos del Colegio del Salvador en 1868 y 1869. El año escolar de 1868, no obstante las dificultades inherentes a los comienzos de toda obra de esta índole, transcurrió satisfactoriamente y al trabajo de los Profesores correspondió la docilidad y la aplicación de los alumnos. En julio de aquel primer año estuvieron éstos dispuestos a rendir un examen público que, además de satisfacer plenamente a las familias, movió a los Padres a proseguir con actividad siempre creciente lo que faltaba en la construcción del Colegio, a fin de que al iniciarse el curso de 1869 pudieran ingresar 130 alumnos con toda comodidad.

7. La solemne distribución de premios se tuvo el día 20 de diciembre. Los cuatro primeros premiados eran otros tantos alumnos internos que durante todo el año se habían distinguido por su irreprensible conducta y constante aplicación: Eran estos los jóvenes:

Hernán Ayerza
Luis Garrido
Rodolfo Solveira
Mariano J. Tarragona

mientras que Raúl Harilaos y Justo G. Urquiza merecieron el primer y segundo premio en la clase de latín; Eduardo Carranza, Raúl Harilaos y Rodolfo Solveira "iguales en mérito" se llevaron el premio en castellano; Mariano J. Tarragona se llevó el premio en caligrafía; Enrique Fernández en religión; Justo Urquiza en francés y Alberto Navarro Viola en inglés.

No se publicó a fines de 1868 un libro o folleto con los nombres de los premiados, como se ha hecho desde 1869, pero se publicó una hoja (24 x 34 ½ centímetros), con los nombres y los premios de los pocos alumnos que hubo en el Colegio en aquel primer año de su reapertura. En 1893 y en 1918, al celebrarse las Bodas de Plata y las Bodas de Oro del Salvador, se reeditó esta hoja.

Capítulo III

PRIMEROS AÑOS: 1869 - 1874

1 — *El curso de* 1869; 2 — *Algunas dificultades;* 3 — *El Padre Guarda y la disciplina escolar;* 4 — *Profesores en los años* 1870-1874; 5 — *El Padre Camilo Jordán;* 6 — *La "Corona Poética" de* 1872; 7 — *El curso de* 1873; 8 — *Homenaje a Mons. Aneiros;* 9 — *Personalidad del Padre Guarda.*

1. No obstante el deceso del Hermano Antonio Sáez, que tuvo lugar el día 8 de octubre de 1868, y que era, como ya dijimos, el sobrestante y como el constructor así del Colegio, como de la iglesia, estaba aquél virtualmente terminado al abrirse, a 4 de febrero de 1869, el segundo curso escolar.

Abrióse éste con 130 alumnos internos, distribuídos en cinco divisiones o brigadas, además de 50 alumnos externos que frecuentaban las mismas clases. El primer alumno nuevo que se inscribió en 1869 fué Justo Miguel Piñero, hijo de Justo María y de Vicenta Pacheco, entrando con posterioridad Martín Blaquier, hijo de Juan Blaquier y Agustina Oromí; Arturo Amoedo, hijo de Rafael y de Higinia Martínez; Agustín Saturnino Zemborain, hijo de Agustín y de Jacinta Unzué; Jorge Gorostiaga, hijo de Eustaquio y de Carmen Figueroa; Bernardino Bilbao, hijo de Rafael y de Guadalupe Guido; Diego Lamas, hijo del General del mismo nombre y de Mercedes Delgado, nacido en el Salto Oriental en 1858; Guillermo J. Galbraith, hijo de Pedro y de Catalina Buky, natural de Gualeguaychú (Entre Ríos); Luis Goyena, hijo del gran tribuno católico Pedro Goyena y de Emilia Del Río; José y Manuel Aldanondo, hijos de Antonio y de Luisa Echeveste; Angel Alvear, hijo de Torcuato y de Elvira Pacheco; Jorge y Luis Peralta Ramos, hijos de Patricio y de Cecilia Robles, eran algunos de los otros alumnos que ingresaron en 1869 al Colegio y que representaban las mejores y más históricas familias del país.

2. La prosperidad del Colegio ofendía a ciertas personas y se vió bien claro en lo que pasó a fines de ese curso, al ir los alumnos a la Universidad para rendir el examen final, acompañados de sus profesores. Véase lo que leemos en un viejo documento:

"Ya a fines del curso escolar del año anterior, habían quedado los alumnos oficiales resentidos con la cruda lección que hubieron de recibir al contemplar nuestros exámenes inmensamente superiores a los suyos; este año [de 1869] no quisieron sufrir impunemente tamaña afrenta; y prevenidos de antemano con coles y otras inmundicias que hubieran a las manos en la misma plaza, lanzaron contra los Padres y nuestros alumnos, tal lluvia de proyectiles que tuvieron que poner a prueba todos los preceptos de la paciencia y caridad cristianas; y a pesar de que la insolencia de nuestros adversarios excedió los límites de la más grosera petulancia, supieron los Padres con su ejemplo de humildad y paciencia captarse de tal manera las simpatías y la admiración aun de nuestros peores enemigos; que motivó el que se abriera una suscripción encabezada por los principales caballeros de la ciudad, que exigieron del gobierno un castigo ejemplar de los culpables y un escarmiento para que no se volvieran a repetir en lo sucesivo tan desagradables escenas" [490].

3. Recordemos en este lugar que la comunidad del Salvador que en 1868 constaba de ocho Sacerdotes, tres estudiantes jesuítas y siete Hermanos Coadjutores, había incrementado en 1869, contando con ocho Sacerdotes como el año anterior, pero con ocho estudiantes jesuítas y doce Hermanos Coadjutores. El Padre Coris y el Padre Puigdollers fueron rector y prefecto, respectivamente, en dichos años, y los Padres Miguel Cabeza, José Sató y Carlos Soler se ocupaban primordialmente en los ministerios sagrados, sobre todo en los que ejercían en la Capilla Pública con que contó el Colegio desde el principio. Entre los sacerdotes de 1869 hallamos al Padre José C. Cubas, catamarqueño, hijo del célebre político José Cubas ejecutado el 4 de noviembre de 1841, por orden de Rosas. Su hijo José ingresó en la Compañía en enero de 1846 y, después de una vida plena de abnegación y de sacrificios por el bien de las almas, falleció en Valparaíso de Chile el 28 de octubre de 1870. Mientras el Padre Cubas enseñaba francés, el Padre Luis Masarrasa corría con toda la clase de ínfima, el Padre Carlos Soler y el Escolar Túmmolo con primer y segundo año de bachillerato. Eran prefectos o cuidadores de la disciplina escolar, al propio tiempo que estudiaban la Filosofía bajo el magisterio del Padre Félix Del Val los escolares Egidio Sánchez, Francisco Roca, Ignacio Torre, Justiniano Rueda, Miguel Tugues y Pedro Mendieta.

Desde 1870 comenzó a destacarse entre todos los profesores del Colegio un joven venido pocos años antes de Italia, y cuyo prestigio fué acrecentándose día a día, hasta llegar a su culminación

a fines del siglo XIX. Nos referimos, claro está, al Padre Camilo María Meucci Jordán, que llegó en aquel año de 1870 con el fin primario de terminar sus estudios teológicos como los terminó bajo la dirección del Padre Francisco Ginebra, talento de primera fuerza que brilló notablemente en el campo de la Filosofía y bajo el magisterio del Padre Félix Del Val, gran teólogo y gran orador, a quien el joven alumno habría de eclipsar tan en breve. El 18 de enero ordenóse Jordán de sacerdote y pocos días después decía su primera misa en la Capilla Pública del Colegio. Meses más tarde, el 21 de junio de aquel mismo año 1871, apareció en toda su grandeza el orador inigualado, al que Buenos Aires habría de escuchar desde el púlpito de la Catedral durante casi un cuarto de siglo sin interrupción, sin cansarse jamás de oír sus sabias enseñanzas envueltas en el rico manto de su sin par elocuencia [491].

4. Desde el 30 de enero de 1870 fué rector del Salvador el Padre José J. Guarda y lo gobernó sabia y prudentemente hasta el 27 de junio de 1874. A fuer de imparciales hemos de transcribir aquí algunas frases que ponen de manifiesto que en los dos años que habían precedido, no todo corrió con la perfección debida. Una vieja crónica del Colegio, después de aludir a la piedad de los alumnos, asevera que

> "esta misma base de piedad en la que desde el principio estribó la instrucción de los alumnos los libró en gran parte de la crisis verdaderamente lastimosa porque hubieran atravesado, gracias a la mala inteligencia de algunos de los profesores, que con excesiva independencia quisieron poner en práctica sus apreciaciones personales y que dieron origen a que el Padre Superior de la Misión tomara cartas en el asunto y renovara para el año 1870 la mayor parte del personal. "Ayudaba a empeorar la situación el estado lastimoso de salud en que se encontraba el Padre Coris, Rector del Colegio. A pesar de la grande experiencia de sus numerosos años de gobierno, sus fuerzas se hallaban agotadas: su nativa benignidad estaba reñida con toda negativa: con lo cual y con la impertinencia de las familias de los alumnos y la condición muelle de éstos, que necesitaban un Superior que les fuera a la mano en sus caprichos de niños, la disciplina se fué relajando de tal manera que se hizo imprescindible un cambio de Rector. Se llamó al Padre Guarda que con un nuevo ministro, el Padre Manuel Martos enderezó sin violencia, una situación que comenzaba a ser lamentable" [492].

Fué su brazo derecho, o prefecto de estudios, en 1870 el Padre Manuel Martos, en 1871 el Padre Luis Pí y en 1872 y 1873

el Padre Francisco Borrós. El cambio de profesores fué relativamente escaso en los años del rectorado del Padre Guarda. Entre los profesores de 1871 aparece el Padre Luis Sanfuentes que, además de la clase de Gramática Superior, tuvo a su cargo las clases de matemáticas y de inglés. El Padre Tugues es maestro de la clase de Infima Gramática. En 1872 el Padre Cayetano Carlucci reemplaza al Padre Saderra en la clase de Teología Moral, y el Padre Pedro Vilardell toma a su cuidado la clase de Infima Gramática y la historia de la literatura, y el Padre Armengaudio Vocos enseña la historia de Grecia y Roma, el Padre Andrés Jofre los elementos de latinidad y el Padre Morell la aritmética, mientras que el Padre Jordán, que en 1870 estudiaba la teología y en 1871 cuidaba además de la disciplina, es el primero que en 1872 enseña la Retórica, y el segundo curso de matemáticas y la historia medioeval, al propio tiempo que es Prefecto de la Congregación Mariana.

5. Desde aquella lejana fecha de 1871 hasta el año 1911, año de su deceso, la acción del Padre Jordán no tiene rival en el Colegio del Salvador, siendo él, en tan largo lapso de años el hombre que más contribuyó a prestigiar el Colegio. Durante muchos años fué profesor de retórica y de filosofía, director de las academias y de las Congregaciones, rector por espacio de seis años, y entonces y antes fué el Padre Jordán el oráculo de Buenos Aires por su elocuencia sabia y avasalladora, como consignaremos extensamente al referirnos a su deceso.

6. A este eximio jesuíta, orador y literato, se debe el singular entusiasmo con que los jóvenes humanistas y retóricos de aquellos primeros años empuñaban la lira y soltaban la vena poética. Fueron los primeros alumnos de retórica, disciplinados por el Padre Jordán, quienes organizaron una *Corona Poética* que denominaron *El Progreso de Plata* o *La República Argentina desde* 1852. El Sr. José Ricardo Molinas, uno de los socios fundadores del Colegio, fué el principal organizador y suyo fué el discurso de apertura del acto. Desarrolló esta proposición: la República Argentina desde 1852 ha progresado más que ninguna otra nación en iguales circunstancias, y terminó con estas líneas: "Me complazco en repetirlo: sin que creamos haber llegado al apogeo de la civilización y del progreso, en la corta época de nuestra existencia hemos tripli-

cado los esfuerzos de otras naciones, alcanzando todos los elementos de una civilización que será cada día más robusta y vigorosa. Trabajemos por ella, sin olvidar jamás que no hay verdadero progreso social sin religión y moral, como no lo hay para el individuo destituído de inteligencia y de corazón" [493].

Genaro Llanos, otro de los alumnos fundadores, compuso una poesía sobre la batalla de Caseros, la que declamó el niño Norberto R. Fresco, que con el correr de los años sería Presidente del Directorio del F. C. Entre Ríos y Director y Jefe de Asuntos Legales del F. C. S.

La fiera metralla, tremenda rugiendo,
Esparza doquiera la muerte y pavor:
La bomba traidora del cielo cayendo
Reviente encendida con crudo fragor.

Declamó asimismo el niño Fresco la composición de Ventura Fernández, intitulada *El Soldado Argentino* y declamó el poema polimétrico de José J. Pérez rotulado *La Beneficencia*:

Mas ay! que el hambre cruda mi cuerpo ya aniquila...
El aterido invierno me anuncia triste fin.
La descarnada muerte sobre mi sien se cierne,
No muerte de valiente, la del mendigo vil.

Ruge después una terrible tempestad, y continúa el poeta:

Tal dijo: y el trueno con fiero rugido
Oyóse en el bosque vecino estallar,
Y el rostro lloroso, mendigo cuitado
Se vió por la oscura pendiente cruzar.

Otro gran caballero, desaparecido hace pocos años, y que ocupó posiciones tan distinguidas en la sociedad porteña, el entonces alumno César Adrogué compuso un elogio de *"La Fraternidad"*, que declamó el que fué después distinguido abogado José M. Malbrán. Eduardo Arana Ibáñez compuso unas sáficas al cedro del Plata, y las declamó el niño Francisco Ayerza:

Se embota el hacha del feroz labriego
en la corteza de su duro tronco
nunca le aterra de huracán altivo
bramido ronco

pero asombrado el poeta ante árbol tan privilegiado se pregunta qué árbol es ese, y responde:

Tú eres el cedro, juventud querida,
que se alza al lado del fecundo Plata,
y el cristal puro del estenso río
tu faz retrata.

Alberto Navarro Viola cantó las glorias de la Musa Argentina y Hugo Soto declamó su polimétrica composición, de la que tomamos estos versos:

Son cantos patrióticos
que lucen brillantes
cual vagos relámpagos
en negro turbión.

Cual llamas fosfóricas
altivos, gigantes,
cual cedros del Líbano,
cantares de Sión...

Mariano de la Torre García Zúñiga cantó las glorias del indio americano y Juan J. Blaquier enalteció al inmigrante, Genaro Llanos, ya citado, ponderó las maravillas del Vapor, y Herminio Constanzó las del Telégrafo, y Belisario Llanos los beneficios de la Agricultura, y Hernán Ayerza los de Banco Naciona, y los de todos los bancos, Monte Píos y Seguros Mutuos. El joven alumno Bernardino Bilbao, después ilustre abogado y gran caballero y católico verdaderamente modelo, declamó una poesía latina:

Divitis argento niteant laquearia tecti
et picti testudine postes:
Purpureo vestes perfundat concha colore
distinguant gemmaeque coronam
Quique bibit Tigrin, quique ustis imperat Afris
huic gaudens obtemperet uni;
Non magae propositi quatient hunc cuncta teracem.
quam zephyrus si verberet arces.

Terminó el acto con un himno *A la Bandera*, compuesto por el alumno Alberto Navarro Viola y declamado por el Sr. Hugo Soto, pero coreado por todos los alumnos del Colegio, según la música que le había puesto el profesor del mismo, Sr. Juan B. Bugni.

En elegante volumen publicóse en aquel mismo año las poesías y discursos de este acto y no cabe duda que fué él todo un acontecimiento en la Buenos Aires de entonces y los concurrentes debieron disfrutar aquellas poesías tan de la época. Cierto es que

aquel acto acrecentó el prestigio que ya tenía el Colegio, como le acrecentó el que tuvo lugar a fines del año escolar de 1873.

7. En el curso de este año llegaron de Europa ocho grandes cajones conteniendo aparatos para los gabinetes de Física y Química, y por otra vía se enriqueció el Colegio con una valiosa colección de minerología. La Anua de 1873 nos informa que a fines del año de 1872 se había terminado el ala de edificio que existía paralelo a Callao y perpendicular a la iglesia, y que se unía a ésta a la altura de su cúpula. Era una inmensa mole de cuatro pisos de altura, esto es, piso bajo, dos pisos altos y un desván o mirador, cuya altura era de dos metros. Los estudios, las clases y los gabinetes tenían allí un local tan amplio como adecuado. Desde las galerías que daban al oriente se podía ver en toda su amplitud la ciudad bonaerense, mientras que desde las ventanas que daban al occidente se podía ver la verde campaña, sólo cortada en un punto del horizonte por la Penitenciaría.

Esa parte del Colegio se terminó a fines de 1872, y a fines de 1873 se terminó de construir otra inmensa ala de edificio, también de tres pisos, pero sin desván o mirador, y sólo con techo a dos aguas. Estaba ubicada sobre la calle Parque o Lavalle, entroncada en sus dos pisos inferiores con los de la fachada y llegando por el otro lado hasta el portón que entonces existía sobre esa calle, y a 35 1|2 metros de Callao. Actualmente dos ventanas adyacentes han venido a ocupar lo que otrora fué portón. Toda esta ala de edificio carecía de galerías, pero en su primer y tercer piso había un corredor junto al muro que daba a la calle Lavalle, mientras que su segundo piso era un vasto salón dormitorio.

El año 1873 transcurrió sin mayores novedades, si bien la Carta Anua recuerda un hecho de escasa trascendencia y otro de mucho mayor importancia: la visita de un Obispo de los Estados Unidos y la constitución pontificia del arzobispo de Buenos Aires.

En el decurso de ese año visitó el Colegio, y moró de ordinario en él, Monseñor Juan B. Miege, Obispo de Kansas, en los Estados Unidos, quien había venido a nuestra República con el fin de recoger limosnas para las destartaladas iglesias de su diócesis. Mientras estuvo en el Colegio consagró el Prelado veintiún aras para los futuros altares de la iglesia.

8. Fué también en ese año que Monseñor Federico Aneiros fué preconizado arzobispo de Buenos Aires, y el 19 de octubre del mismo año recibió el palio. Toda la República exteriorizó su júzilo ante un hecho de esta índole, en particular los católicos que veaín ya la proximidad de la persecución religiosa. El Colegio quiso celebrar en forma digna este acontecimiento y, al efecto, organizó una velada literaria análoga a la del año anterior.

Los poetas y los declamadores en esta oportunidad fueron los mismos. El Sr. Ricardo Molinas tuvo el discurso inaugural:

> Una lágrima sobre la tumba de un muerto; una flor sobre las sienes de un vivo; he aquí el sencillo argumento de la *Corona Poética*, con que los alumnos del Colegio pretenden también en este año orlar la frente de su querida patria.

y a continuación recordaba el deceso de Mons. Escalada y la promoción de Mons. Aneiros al episcopado bonaerense. Félix M. Rivas compuso una canción alegórica que declamó el Sr. Norberto R. Fresco, y cuyas reminiscencias de Espronceda son demasiado visibles:

Al plácido viento tendida la vela,
rielando la luna serena en la mar,
no corta las aguas, mas rápida vuela
la nao que vieron los siglos bogar . .
Ya mil veces
a la orilla
nuestra quilla
aportó;
mudo el orbe
en homenaje
vasallaje
nos rindió . . .

Juan J. Blaquier recordó a Mons. Escalada y es el título de su composición: La viudez:

Murió el Pastor . . . ! con su fatal guadaña
de senectud feliz la muerte cruda,
cual troncha el huracán la débil caña
cortó el hilo sañudo . . .

y sobre el mismo tema escribió una elegía en lengua francesa el alumno Pedro Dufour y la declamó el Sr. Carlos Doynel. Una ple-

garia declamada por Mariano Acosta, Juan J. Urquiza y Pablo Cárdenas fué compuesta por los alumnos Alberto R. Mejía, Saturnino Zemboraín y Enrique Allende. Alfonso Saterain y José Gorches, Mariano de la Torre y Félix M. Rivas, Enrique Acebal y Francisco Ayerza, Pedro Acebal y el ya recordado Norberto R. Fresco, Guillermo Galbraith y otros varios pulsaron la lira con fervor inusitado y muy al gusto de los tiempos pasados. El acto se clausuró con un canto, intitulado *Una lágrima y una flor*, compuesto por Félix M. Rivas con música del maestro Juan B. Bugni.

9. El Padre José Guarda gobernó el Colegio hasta el 27 de junio de 1874, en que le sucedió el Padre Esteban Salvadó. En ese año tuvo el Padre Guarda por ministro del Colegio al Padre Antonio Dalmau, mientras que el Padre Mariano Alli era el Prefecto General. El Padre Ramón Serrat que enseñaba la teología dogmática a los jóvenes jesuítas que cursaban sus estudios eclesiásticos, enseñaba las matemáticas en los cursos superiores del Colegio. Enseñaba la teología moral el Padre Cosme Roselló, la Física y la Cosmografía el Padre Miguel Codorniú, y era profesor de francés el Padre José Morell. El Padre José Antillach tenía a su cuidado la clase de Gramática Media, y enseñaba la historia antigua, mientras que el Padre Estanislao Soler era profesor de latín y castellano, de álgebra y de la historia de la Edad Media. El Padre Poncelis, aunque aparece en la lista de los profesores del Colegio en 1874, no pertenecía al profesorado del mismo sino al del Seminario Conciliar, en el que enseñaba las humanidades y la retórica.

El Padre Guarda, segundo rector del Colegio, desde su reapertura en la calle Callao, fué, sin duda, el hombre que más hizo para encauzar la disciplina y dar al incipiente instituto docente el carácter de seriedad y de firmeza que le ha caracterizado. Era este Padre natural de Urgel, en la Provincia de Lérida, y había ingresado en la Compañía en 1850. Cursó sus estudios, parte en Francia, y parte en Bélgica. Embarcóse para Buenos Aires en 1863 y fué desde entonces hasta su muerte, acaecida en Villa Devoto en 1908, un infatigable obrero de la gloria de Dios. Después de enseñar un año en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, fué cuatro años Ministro del Colegio de Córdoba (1864-1868), de donde pasó a ocupar el rectorado del Salvador (1870-1874). Enviáronle después los Superiores a Santa Fe, y en 1877 se incorporó

al Seminario de Buenos Aires, de donde no había de salir en más de treinta años. Varón santo, obsesionado siempre y doquier con el ideal de la santificación propia y de la salvación de las almas, consagróse total y abnegadamente a la felicidad de las mismas. Dura, aun hoy, el aroma de sus virtudes y de su vida irreprochable. Después de los Padres Sató, Coris y Salvadó, es el Padre Guarda a quien más debe el Colegio en sus orígenes.

Capítulo IV

LOS MINISTERIOS ESPIRITUALES (1868-1898)

1 — *Los Padres Soler, Boguñá y Sató en Buenos Aires y en el Uruguay;* 2 — *El Padre Saderra misiona en Cuyo;* 3 — *Ministerios en la Capilla pública del Colegio;* 4 — *Cuando el cólera en* 1871; 5 — *Ministerios de los Padres Cabeza y Saderra, Cariucci y Dalmau, desde* 1873; 6 — *Las Conferencias Vicentinas;* 7 — *El Catecismo y las Cuarenta Horas;* 8 — *El Apostolado de la Oración;* 9 — *Las Congregaciones Marianas.*

1. Primero en la Capilla de Regina Martyrum, calles Victoria y Sarandí, después en la Residencia de la Cruz (1859), en las proximidades de la Iglesia de San Juan, calles Alsina y Piedras, y finalmente en la Capilla Pública del Salvador (1865 ó 1866), aun antes de inaugurarse el Colegio del mismo nombre, ocupábanse celosamente los Padres Jesuítas, residentes en Buenos Aires, en todo lo que se refería a la salvación de las almas.

Los Padres Carlos Soler, Juan Boguñá y José Sató iniciaron en 1868 un intenso apostolado popular, ya mediante misiones en los pueblos vecinos como por medio de tandas de Ejercicios Espirituales que daban ya al clero, ya a comunidades religiosas, ya a agrupaciones de fieles que se reunían a este fin en la tradicional Casa de Ejercicios de la calle Independncia. La Carta Anua de 1869 nos informa que en ese año dos Padres acompañaron por espacio de dos meses al señor Obispo de Buenos Aires visitando las diversas parroquias de la arquidiócesis, llamando con justicia la atención el espíritu de sacrificio que presidía todas sus obras y ministerios apostólicos.

Otros dos Padres, Pedro Saderra y Carlos Soler por espacio de cinco meses acompañaron a don Jacinto Vera, vicario apostólico; siendo indecible el fruto que recogieron en las regiones del Uruguay tan faltas de obreros evangélicos. Grande fué el consuelo que recibieron estos obreros de la viña del Señor al encontrar en el pueblo de Dolores la cruz de la misión que en 1841 habían colocado otros varones no menos apostólicos, los Padres Bernardo Parés y Anastasio Calvo.

Regresaron por fin de Montevideo; y, después de haberse empleado durante la semana santa en predicaciones y en preparar va-

rias comunidades religiosas y colegios para la comunión pascual, recibieron orden del Padre Pujol, Superior de la Misión, de acompañar de nuevo al mismo señor Vicario en sus excursiones apostólicas, no sin haber dado primero los Ejercicios a los encarcelados, los cuales recibieron la comunión y la imposición del escapulario del Carmen de manos del señor Vicario apostólico, excepto dos musulmanes y algunos protestantes. Fué tal la concurrencia, sobre todo de italianos e irlandeses, que se aprovecharon de estas santas misiones, que hubo necesidad de llamar por telégrafo al Padre Sató para satisfacer los deseos y necesidades espirituales de aquellas gentes abandonadas.

2. En 1870-72, el Padre Saderra, del Colegio del Salvador, junto con el Padre Reppeti, de Santa Fe, acompañaron al Obispo de Cuyo Wenceslao Achával para recorrer la provincia de Mendoza, cuyos pueblos encontraron en la más completa desolación; muchos, sin sacerdotes, y algunos que ni los habían conocido en los largos años que llevaban de existencia; si a esto se añade el cisma originado por la ingerencia del gobierno en los asuntos eclesiásticos, fácilmente se echa de ver lo que tendrían que sufrir ambos Padres para esparcir la buena semilla entre aquellas gentes abandonadas. Y si mucha necesidad había en la campaña, no la había menos en la ciudad donde los Padres tuvieron no poco que hacer, especialmente entre el clero y comunidades religiosas, avivando el espíritu en algunas de ellas.

Monseñor José A. Verdaguer, autor de la *Historia Eclesiástica de Cuyo*, consigna como un hecho de trascendentales proporciones la continuada misión que en Mendoza y en San Juan dieron los dos Jesuítas mientras acompañaban al señor Obispo en la primera visita que hacía éste a su vasta diócesis, y talvez se deba atribuir a ellos, en parte a lo menos, las sabias ordenaciones que, después de su gira apostólica, impartió Mons. Achaval a su clero sobre el hábito clerical, sobre el estudio y la piedad, sobre la predicación y la enseñanza del catecismo, etc. [495].

3. Más modestos, aunque no por esto menos fructuosos ni menos importantes eran los ministerios espirituales que durante el año se llevaban a cabo en la modesta capilla de nuestro Colegio del Salvador. Todas las festividades del Señor y de la Santísima Virgen se celebraban con la pompa y solemnidad que permitían las

estrecheces del lugar; y era cosa de lamentar que siendo tan solicitados los Padres en todas partes, y acudiendo tan numeroso concurso de fieles a nuestra capilla, no se les pudiera atender como su piedad requería ni pudiesen los Padres desplegar las alas de un celo tanto tiempo cohibido en la pequeñez de un insignificante oratorio: ni siquiera nuestros alumnos podían asistir a las funciones religiosas sin grave incomodidad.

4. Pero fué en 1871 que tuvieron los Padres del Salvador amplísimo campo donde ejercer los ministerios sagrados y es de justicia el asentar que supieron y quisieron aprovechar la heroica oportunidad. Ya en 1868 se venían produciendo casos aislados de enfermos de cólera, pero a principios de aquel año cayó sobre la República y en forma terrorífica la fiebre amarilla. Se clausuró el colegio, regresando todos los alumnos a sus casas o a las de sus tutores, y consagrándose los Padres todos a socorrer a tantos como eran víctima del terirble flagelo. Desgraciadamente el mal era de tal índole que muy comúnmente privaba de todo conocimiento a los atacados de la enfermedad, de donde poco podían hacer los Padres, no obstante su celo, en gran parte de los casos.

El Padre Sató tuvo especial cuidado de la colectividad inglesa e irlandesa, ya que con la desaparición del sacerdote Antonio Fahy, víctima él mismo del flagelo, fué él como el capellán nato de los de lengua inglesa, y lo siguió siendo hasta el fin de sus días. El Padre José Ziltmayer, que acababa de llegar de Chile, fué el capellán de la colectividad alemana, mientras que los demás Padres iban y venían donde quiera eran llamados. El Padre Jordán, que, aunque joven era tan enfermo que se le daba pocos años de vida, no fué menos asiduo que fervoroso en asistir de día y de noche para cuantos casos se le requería. Otro tanto hay que decir de los Padres Del Val, Saderra, Sanfuentes, Riera y demás sacerdotes.

La Compañía de Jesús estuvo, en esta oportunidad, en el mismo plano de heroísmo que las demás órdenes religiosas y que el clero secular, ya que todos ellos desafiando los más grandes peligros de contagio, estremaron sus empeños en esta ocasión hasta sucumbir tantos de ellos como los Padres Irigoray, Larrouy, Isasmendi, De la Vaussièse, Heredia, Machado, Fahy y Ramón Riera, este último de la Compañía de Jesús. Su compañero de proezas el Padre Jordán compuso un elegante epitafio latino para poner so-

bre su tumba y que traducido al castellano decía así: "Suplicámoste, benignísimo Salvador de los hombres, que concedas la paz eterna al Rvdo. Padre Ramón Riera, Sacerdote de la Compañía de Jesús, el cual administrando los últimos auxilios de la Religión a los enfermos, mientras una fiebre pestífera dominaba en la ciudad, fué arrebatado por el mismo contagio, el día 12 de abril del año de nuestra salvación 1871". Además del Padre Riera falleció también a causa de la fiebre amarilla el estudiante Gregorio Biosca. El primero era natural de Santa María de Manlleu, Barcelona, en 1834 y había entrado en la Compañía en 1862, siendo ya doctor en leyes. Era hombre de relevantes prendas y muy afecto a la enseñanza. El segundo era también español, natural de Lérida (1840) e ingresó en la Compañía en 1861. Acababa de llegar al Colegio del Salvador para proseguir sus estudios.

5. Monseñor Aneiros no bien asumió el gobierno de la arquidiócesis inició una serie de misiones a los pueblos vecinos, llevando casi siempre consigo a Padres del Colegio, los cuales eran, a su vez, llamados por los señores párrocos, de suerte que algunos sacerdotes, entre ellos los Padres Miguel Cabeza y Pedro Saderra, hasta 1873, Cayetano Carlucci y el mencionado Padre Cabeza, en los años siguientes, Antonio Dalmau, desde 1874; Antonio Martorell, desde 1875 y sobre todo los Padres Anselmo Aguilar y José Antillach, desde 1877, recorrieron de continuo la Provincia de Buenos Aires, y aun algunas vecinas, hallándolos ora en Capilla del Señor y en Navarro, ora en San Fernando o La Magdalena, ora en Dolores o en Lobería, ora en la Bajada del Paraná o en Mercedes del Uruguay. A ellos se agregó después el Padre Fausto Legarra en 1878, y el Padre Juan Auweiler en 1880, y el gran Jordán desde 1888, año en que los Superiores le quitaron las clases a fin, sin duda, de que pudiera satisfacer los continuos pedidos que de todos los ámbitos de la República llegaban al Rector del Salvador solicitando la presencia y la palabra del gran orador. Mientras el Padre Anselmo Aguilar fué a fines del pasado siglo y principios del actual el gran orador de la campaña bonaerense, y se sentía en su ambiente cuando se hallaba en medio de nuestros modestos paisanos, era el Padre Jordán el orador de los grandes púlpitos en los centros culturales de la Repúbica.

6. Fué en la Residencia de la Cruz, Casa precursora del Co-

legio del Salvador, donde Félix Frías, uno de los caballeros que más frecuentaban a la sazón el trato de los Jesuítas, solía ir en compañía de don Andrés Fouet, Comandante de la Marina de Guerra francesa, a quien se suele considerar como el fundador de las Conferencias Vicentinas en la República Argentina. No podemos establecer categóricamente que fué en esa Residencia de la Cruz que nacieron las célebres y beneméritas Conferencias, pero hay sospechas fundadas para opinar afirmativamente. No se fundó, es verdad, allí sino en La Merced, la primera Conferencia en el curso de 1859, pero la índole no parroquial de aquella casa no se prestaba a dicha fundación.

Fué ciertamente en la Iglesia del Colegio del Salvador, y por obra del Padre Camilo Jordán, que se fundaron las Conferencias Vicentinas para Señoras, según el tipo o carácter de las existentes en Madrid. Es el mismo Padre Jordán quien nos ofrece valiosas noticias a este respecto en carta suya del 24 de febrero de 1897:

"Años atrás existían ya en Buenos Aires varias congregaciones como la de *Damas de Caridad, de Beneficencia, de Misericordia* que se dedicaban a aliviar las miserias de los pobres; pero estas corporaciones eran más filantrópicas que caritativas. A mediados del año 1889 varios caballeros y señoras principales entraron en deseos de fundar, bajo la dirección de los Jesuítas las verdaderas Conferencias de San Vicente de Paúl, tal cual existen en Madrid. Este pensamiento se realizó presto fundando una conferencia en nuestra iglesia del Salvador.

El día 2 de Marzo del mismo año 92, el Ministro de Culto, Justicia é Instrucción pública remitió a la señora presidenta de la conferencia copia legalizada del decreto del Sr. Presidente de la república, por el cual quedaban aprobados los estatutos de la asociación y reconocida esta como persona jurídica. Pronto estas conferencias se multiplicaron de un modo asombroso por toda la nación, y en 1892 se imprimió el reglamento para el uso de las asociadas. En 20 de Enero se constituyeron de un modo permanente las conferencias de señoritas aspirantes con reglas peculiares. A fines de 1894 existían en la república 125 conferencias con un personal de 1.953 socias activas y 1.826 aspirantes. Como ve V. R., no hablo más que de las conferencias de señoras, pues estas son las únicas confiadas a mi dirección. En solo esta capital hay 30 de ellas, sin contar las conferencias y talleres de aspirantes.

Cuatro palabras ahora acerca de la organización de las conferencias de señoras y de los talleres de señoritas aspirantes. En las primeras entran por regla general señoras que ya tienen estado; en las segundas, jóvenes de dieciseis a veinticuatro años. Unas y otras cuentan con socias activas, honorarias y suscritoras. Las primeras se procura que no pasen de un

número moderado, como 30 poco más o menos, por las razones que indica el reglamento: en pasando de dicho número ,se desprende una nueva conferencia. Cuando en una ciudad hay más de una conferencias, se forma un consejo particular que las presida, así como a todas las conferencias y consejos particulares preside un consejo general y único. Uno de nuestros Padres es el director del consejo general, del consejo particular de la capital y de la provincia de Buenos Aires, y de la conferencia-modelo del Salvador. El mismo es director del consejo particular de los talleres de Buenos Aires y de la provincia y del taller modelo del Salvador. De este modo puede el Padre imprimir el genuino movimiento moral y religioso a todas las conferencias de la república.

"Por lo que toca a los frutos espirituales, se han hecho en el último año 318 bautizos y 66 confirmaciones; se han distribuido 814 primeras comuniones; y 1.429 niños han sido enviados á la doctrina, 1.639 a la escuela, 18 al colegio de Artes y Oficios y 138 a diferentes asilos. En subvención a escuelas se han gastado 4.112.75 pesos,, y algunas conferencias, como la de San Cristóbal (capital), han establecido sus colegios propios. En ellos se ha recogido gran número de niños que se encontraban en el mayor abandono religioso, y allí son dirigidos por un personal de Hermanas de la Caridad venidas expresamente de Europa.

"Dos palabras sobre el bien material que las Conferencias prestan a los pobres de Cristo. En 1892 atendieron a 2.936 familias pobres; en 1893 a 3.159 familias; en 1894 a 2.919. Las entradas de la sociedad en 1893 subieron a la cifra de 254.000 pesos, y las salidas a 198.000. En 1894 las primeras fueron de 294.000 pesos, y las segundas 228.000. Toda esta cantidad de dinero se emplea en carne, pan, leche y toda clase de alimentos para las familias pobres, en ajuares y utensilios, en repatriar extranjeros desdichados, en subvencionar asilos y escuelas pobres, etc. [496].

7. Terminemos este capítulo recordando que el primer domingo de Pascua de 1877 se inauguró en la iglesia del Colegio el catecismo a los niños de la barriada, habiéndose comenzado en dicho día, y bajo la dirección del Padre Antonio Martorell, y con una asistencia de 150 niños y niñas, de los que veinte hicieron ese año su primera comunión. Dicho Catecismo tuvo sus épocas de mayor y de menor auge hasta que a principios de este siglo corrió al cuidado de un hombre verdaderamente excepcional, el Padre Pedro Cendra, y en su tiempo la concurrencia de niños y niñas jamás bajaba de mil, y en ocasiones, ascendía a mil doscientos y mil trescientos, con 250 y aun 300 primeras comuniones al año.

El 1º de enero de 1878 se estableció el culto hasta entonces desconocido, y hoy ya generalizado, de las Cuarenta Horas, atribuyéndose, a lo menos en parte, a esta devoción un aumento considerable en las comuniones de parte de los fieles.

El Apostolado de la Oración se fundó en la Iglesia del Salvador el día 29 de agosto de 1876. El número de inscriptos en los primeros años fué bastante numeroso, pero bien pronto comenzó a decaer. En el primer año, 1876, se inscribieron 475 asociados 157 en 1877, 104 en 1878, 32 en 1881 y 36 en 1882. En 1886 el Padre Anselmo M. Aguilar, director Central del Apostolado, emprendió la reorganización del Centro, nombrando al efecto grupos de celadores y celadoras, y tuvo la satisfacción de ver floreciente como nunca, hasta entonces, el Apostolado de la Oración. en nuestra iglesia. Sólo en el curso de 1887 se inscribieron 3340 asociados, y en el de 1889, 1060. Los socios inscriptos desde 1886 hasta 1896 ascendieron a 8552. Tenían su Comunión de regla cada primer viernes y todos los primeros domingos de mes, además de sus pláticas periódicas, y las reuniones frecuentes ya de celadores ya de celadoras. Cooperaban en especial al mayor culto durante el mes de junio y muy en especial el día del Sagrado Corazón. El santo Padre Aguilar que en 1886 tomó tan a pecho el Apostolado de la Oración, la dirigió incansablemente hasta 1924, treinta y ocho años arreo, hasta que por su vejez tuvo que abandonar ese cargo, en el que había puesto todos sus entusiasmos de sacerdote celoso y abnegado.

En la Residencia de la Cruz había fundado el Padre Sató una Congregación de Nuestra Señora "pro puellis", para Señoritas, y es curioso que al trasladarse este Padre al Colegio del Salvador, trasladó a la Capilla del mismo la dicha Congregación, y así aparece él, como director de la misma desde 1868 hasta 1877, año en que pasó el Padre Sató al Seminario Bonaerense, con el cargo de rector del mismo. También se trasladó a la Capilla de Escalada en la Quinta de Salinas, donde estaba el Seminario, la mencionada Congregación.

Aunque en la Capilla del Colegio existían éstas y talvez otras prácticas piadosas de índole habitual, no era en ella sino en las grandes iglesias de la ciudad a donde los Padres acudían, a lo menos, los domingos y días festivos para ejercer los ministerios sagrados. La *Carta Anua* de 1872 nos informa que los señores Párrocos de la ciudad pedían constantemente la ayuda de los Padres del Colegio.

Capítulo V

LA IGLESIA DEL SALVADOR (1870-1899)

1 — *Se coloca la primera piedra en* 1870; 2 — *Las limosnas y suscripciones;* 3 — *Pío IX y la rifa a favor de las obras de la Iglesia;* 4 — *Félix Frías, el gran bienhechor de la Iglesia;* 5 — *Las obras efectuadas en* 1870 *a* 1874; 6 — *Inauguración de la Iglesia el día* 23 *de Junio de* 1876, *y obras posteriores;* 7 — *Altares, sacristía, órgano, etc.;* 8 — *Capilla de la Buena Muerte;* 9 — *Consagración de la Iglesia en* 1898.

1. Donde los primeros Padres del Colegio del Salvador ansiaban ejercitar los ministerios, sin cortapisas ni limitaciones, era en el mismo Colegio, pero la suma estrechez de la Capilla Pública que utilizaron desde 1868 hasta 1876, les cortaba las alas de su fervor y tronchaba sus iniciativas espirituales. Era una sala exigua de 32 por 5 metros, lo que es actualmente la sala de visitas y prefectura del Colegio actual. La suma estrechez del local existente y el magnífico terreno adyacente al Colegio, reservado para Iglesia, movieron el corazón del hombre providencial, destinado por Dios para todas las obras de su mayor gloria, el Padre José Sató para la pronta construcción de un templo que con su amplitud y magnificencia llenara los fervientes anhelos de los buenos, y donde los Padres encontraran un ancho campo para los ministerios de la gloria de Dios y bien de los prójimos. Las circunstancias no podían ser más favorables. Era Vicario capitular y obispo de Aulón el doctor don Federico Aneiros, uno de los mayores bienhechores de la Compañía y que más tarde, arzobispo de Buenos Aires, había de llevar su entusiasmo por los Jesuítas al heroísmo de verse envuelto en la propia ruina de los mismos; era Ministro de la Gobernación don Emilio Castro, que había cursado en el antiguo Colegio de San Ignacio y un gran número de familias de lo más selecto de Buenos Aires, se mostraban entusiasmadas y ofrecían parte de sus bienes para la pronta realización de tan santa obra.

Aunque la suma de que se podía disponer, a fines de 1870, no llenaba ni de mucho las necesidades que traía consigo la grandiosidad del templo proyectado, se puso manos a la obra; y confiando el éxito a la Divina Providencia, se colocó la primera piedra el día 3 de diciembre de 1870, fiesta de San Francisco Javier.

He aquí la inscripción que con motivo de tan solemne acto eterniza los nombres de nuestros insignes bienhechores.

D. O. M.
ET
JESU, HOMIN. SALVATORI.
HOC. TEMPLUM
FIDELIS. POPULUS. ET. SOC. JESU. PP.
PIO IX PONTIFICE MAXIMO
ARGENT. REIP. PRÆSIDE.
D. DOMINICO. SARMIENTO
BONAER. PROVIN.
GUBERN. D. ÆMILIO. CASTRO
D. FRIDERICO. ANEIROS.
EPISCOPO AULONENSI
BENEDICENTE
III. NON. DECEMB. ANN. MDCCCLXX
ERIGUNT. DICANT. CONSECRANT.

Aunque no consta en la inscripción, no queremos pasar por alto los nombres de don Felipe Llavallol, don Antonio Marcó del Pont, doña Justa Villanueva de Armstrong y las señoras Elisabet Emma, Justa, y Dolores Armstrong, hermanas, que figuraron como padrinos y madrinas en la colocación de la primera piedra.

2. Las limosnas no eran tan abundantes como se creyó que serían, y en 1872, año en que se iniciaron las obras del templo, se hizo un nuevo llamado a la generosidad de los fieles. El mismo Padre Sató pasó en esta oportunidad una nota a todas las personas que pudieran y quisieran ayudar a tan magna como santa obra.

Muy señor mío:

Las circunstancias porque ha pasado el país, impiden hoy a la mayor parte de las personas caritativas que habían empezado a concurrir a la obra del templo ,Calle de Callao, esquina a Tucumán, el continuar prestándole este servicio. Habiendo ocurrido al Superior Gobierno de la Nación, él ha manifestado la imposibilidad en que está de exceder el presupuesto.

"Esto obliga a la Comisión de la obra a tener que molestar a nuevas personas, eligiendo entre ellas a las que más se distinguen por su respeto a la religión en beneficio de cuyo culto se erige aquel tmplo, y por su amor al progreso del país, del que va a servir de ornato el notable edificio.

"Y contando a Ud. en ese número, me permito suplicarle quiera cooperar a que la obra empezada no se suspenda como ya sería llegado el

caso de que así sucediese; fijando Ud. a continuación la cuota con que se sirve suscribirse, especificando si por una sola vez o por mensualidades: calculando que estas no excederán de doce.

"La tarjeta adjunto que tengo el honor de presentar a Ud. es una litografía del verdadero frontis del templo.

Que Dios premie esta buena obra es el voto de S. S. y capellán

N. N.

Se conservan aun varias de las tarjetas a que se hace referencia en esa nota suplicatoria, e ilustramos estas páginas reproduciendo una de ellas. Eran estampas elegantes y finas, de 6½ x 10½ centímetros, con filete dorado y la imagen en color azulado. No debieron de ser pocas las limosnas que en 1872 y 1873 se recogieron, pero eran muy inferiores a las necesidades, ya que la Carta Anua de 1874 expresa que fué en este año que la obra del templo tomó singular impulso, no menos que la del Colegio, y así debió de ser ya que en febrero de 1875 estaba terminada toda la iglesia y se estaba trabajando en la linterna de la cúpula.

La iglesia del Salvador es una de líneas netamente jesuíticas. Se encuentra dentro de un rectángulo formando con su crucero el tipo perfecto de iglesia cruciforme. Tiene tres naves; la central atravesada en cañón corrido, interceptada en el crucero por la gran cúpula. Las naves laterales están divididas en cuatro tramos hasta llegar al crucero, tramos separados entre sí por los arcos formeros que unen los grandes machines de la nave central a los muros laterales. Cada tramo está abovedado con casquetes esféricos o bóvedas baidas. Un primer tramo del templo forma el acceso al mismo, y su ancho es algo mayor que la nave central, pero menor que el conjunto, porque a uno y otro lado se encuentran las bases de las torres.

La nave central está iluminada por ocho ventanales, cuatro por banda, que abren directamente sobre el cañón, originando así ocho lunetas, de proporciones bellas y perfectas. Vidrios de colores, formando adornos tan simples como agradables a la vista, cierran dichos ventanales.

La cúpula apoya sobre pechinas esféricas y arranca de un alto tambor con ocho ventanales, terminándose con una linternilla con ocho aberturas. La altura desde el pavimento hasta la bóveda de la preciosa linternilla es de 59 metros, y así ésta como la cúpula toda fué construída sin andamios internos. Los arquitectos que

pudieron ver la forma, cómo se construía, quedaron sorprendidos, ya que los constructores ubicaron en un punto equidistante de las pechinas una alta vara y en ella colocaron un aro a la que iba sujeta una cuerda. Haciendo girar a ésta y acortándola, según iban ascendiendo, dieron a la cúpula su forma exacta, sin complicaciones algunas de variados andamiajes y medidores.

En cada tramo lateral de la iglesia se hallan altares, los cuales ocupan el espacio entre los contrafuertes. Por encima de cada altar hay un ventanal de medio punto, cerrado con vitrales de color, pero que deja entrar a las naves laterales y aun a la central una luz discreta. El órgano y coro ocupan el espacio del primer tramo de entrada, en piso alto.

Desde su origen hasta 1942 las naves colaterales fueron de dos pisos, pues una tribuna o galería perimetral las dividía a la altura del tercio superior de los arcos que las separan de la nave central. Esa galería subsiste aun en los cuatro macizos que sustentan la cúpula y a ambos costados del coro, formando así el primer piso de las torres.

El crucero ocupa todo el ancho total del templo. Dos grandes altares, los de la Inmaculada y San José, han ocupado siempre los brazos del mismo, brazos abovedados en cañón perpendicular al de la nave central. Por encima de los dos indicados altares se abren grandes ventanales de iluminación, con vitrales de idéntica factura que los demás del templo.

El presbiterio es rectangular, elevándose sobre cuatro gradas de mármol que realzan su esplendor. Puertas a cada lado comunican respectivamente con la Capilla de la Buena Muerte y con la antesala de la Sacristía. Las tribunas perimetrales que, suprimidas en el cuerpo principal, subsisten, según dijimos, a la altura del crucero, tienen dos amplios balcones que dan al presbiterio, exactamente encima de las puertas a que acabamos de referirnos.

El orden arquitectónico interno de la iglesia es corintio: un entablamento con su friso decorado corre por todo el recinto de la misma, apoyando sobre pilastras estriadas.

Por encima del altar mayor, un gran ventanal de medio punto ilumina el presbiterio, ventanal que abarca todo el ancho del mismo, que es de nueve metros. En cada una de las pechinas se encuentran sendas telas que representan a S. Ignacio, S. Javier, S.

Luis Gonzaga y S. Juan Berchmans. Las medidas de la iglesia, que acabamos de describir, son: 63 metros desde la puerta que da acceso al atrio hasta la pared contra la cual se apoya el altar mayor, y 26 metros entre las paredes laterales contra las que están adosados los altares laterales. La altura de la nave central es de 30 metros.

Tales son los rasgos fundamentales y las principales medidas del templo que iniciado en 1870, y comenzado a construir en 1872, recién a mediados de julio de 1876 estaba substancialmente terminado.

3. Abrióse al culto el día 23 de junio de 1876, aunque todavía sin revocar del todo y sólo con altares improvisados. Se imponía terminar en forma definitiva la casa de Dios y dos personas ayudaron grandemente a ello: S. S. Pío IX y el Sr. Félix Frías. Habiendo ido a Roma el arquitecto que construía la iglesia, el señor Pedro Luzetti, llevó consigo todos los planos de la misma y, en una entrevista con el Padre Santo, Pío IX, los mostró a Su Santidad, manifestando lo que estaba ya hecho y lo que faltaba por hacer, y la escasez de recursos que para ello había. La *Carta Anua* de 1877 que nos ofrece estos datos, no consigna la fecha en que Luzetti hizo ese viaje, pero nos ofrece otras noticias muy dignas de ser conocidas.

> Entrególe entonces Pío IX para el culto de la Iglesia el cáliz de oro que él mismo usaba en la celebración del Santo Sacrificio de la Misa. No contento con este don, el Arquitecto le pidió algo para seguir la obra, y entonces fué cuando nuestro amado Pontífice, sacando de su bolsillo la sencillísima caja de marfil que usaba [para tomar rapé], se la entregó con estas palabras: "Creo que si la ofrecen como premio de una rifa, por ser recuerdo del Papa, no será difícil entre los buenos católicos argentinos recoger alguna limosna para la obra de la Iglesia". Tanto el cáliz como la caja llegaron sellados y autenticados con el sello y firma del maestro de cámara Mons. Macchi y asegurados con carta del Procurador general de la Compañía, el P. Betti. Por medio del mismo Padre Betti, dirigimos una carta a Monseñor Macchi, rogándole agradeciese en nombre nuestro a su Santidad tal beneficio" [497].

Esto leemos en la *Carta Anua de* 1877, y en el *Diario del Colegio,* a 8 de julio del siguiente año leemos que "a las 3 comienza la rifa de la caja regalada por su Santidad Pío IX de santa memoria para que se rifase en beneficio de nuestra Iglesia. Tocó la

suerte al número 1248. Para este objeto se arregló el salón como para una solemne distribución de premios, y luego en presencia de todos los niños cinco de éstos, tres de los mayores y dos de los pequeñitos, pusieron dentro de la urna uno por uno todos los números que debían entrar en suerte, cantándolo antes en voz alta por los menos dos veces. Hecho esto se procedió a sacar la suerte". Parece que los "niños cantores" de la suerte, tres alumnos mayores y dos menores, realizaron con probidad su cometido.

Sabemos que ascendió el producto de esta rifa a 5.000 pesos fuertes, cantidad nada despreciable, pero que en 1879 quedó eclipsada por la magnífica donación de 20.000 pesos fuertes que para terminar las obras del templo, y algunas del Colegio, hizo el gran caballero, Sr. Félix Frías "scientia ac religione valde conspicuus", según se lee en las *Anuas* de ese año [498].

4. Es ciertamente una altísima gloria del Colegio del Salvador el haber contado siempre, y en grado superlativo, con la amistad de este gran argentino, una de las figuras próceres en nuestra historia política, social y aun literaria. El joven que en 1841 luchó al lado de Lavalle y, después de la muerte del malogrado caudillo acompañó sus restos mortales hasta depositarlos en la Catedral de Potosí, en octubre del citado año; el caballero que, años más tarde, asistió a la muerte del General San Martín, en tierras francesas, y defendió, años después, los derechos argentinos a la Patagonia, contra las traicioneras actitudes, aun de argentinos extranjerizados, fué desde su niñez un admirador de los Jesuítas, no obstante no haberse educado con ellos, y en 1858, en 1866 y en 1875 salió a la palestra, en defensa de los mismos, como recordaremos en otra parte de esta historia.

Hemos recordado la participación que tuvo Frías entre 1866 y 1868 en la construcción del Colegio, y aquí hemos de destacar que su valiosa e ingente donación de 20.000 pesos fuertes para las obras de la iglesia constituyen a Don Félix Frías el más grande de los bienhechores de la misma, por lo que respecta a su construcción.

5. Entre 1870 y 1874 las obras de la iglesia continuaron, aunque con no breves interrupciones, ya que el aumento constante de alumnos, exigía con mayor premura la terminación de obras

escolares, indispensables para la buena marcha del Colegio. No obstante todas las interrupciones, a mediados de septiembre de 1874 estaba ya cerrada la bóveda de la iglesia y se trataba de colocar en lo más alto de la misma la gran cruz que se había hecho trabajar. Leemos en un periódico de la época:

> El Domingo [27 de setiembre], a las 2 de la tarde tuvo lugar la bendición de la cruz de la cúpula de la Iglesia del Salvador. A dicha hora llegó al Colegio el Exmo. Sr. Arzobispo acompañado de varios sacerdotes y se dirigió al nuevo templo, donde revestido de los ornamentos sagrados, hizo la solemne bendición de la Cruz, que fué besada por S. S. R., los sacerdotes presentes, los seminaristas y los alumnos del Colegio del Salvador. Terminado este acto, S. S. R. tomó la palabra y comentó, breve pero bellamente, las palabras de San Pablo: *Nos autem gloriari oportet in Cruce Domini-Nostri Jesuchristi*: Es necesario que nos gloriemos en la cruz de Ntro. Sr. Jesucristo: en seguida pronunció un hermoso discurso el R. P. Camilo Jordán de la Compañía de Jesus manifestando la gratitud de los Padres a cuantos habían contribuido a la fábrica del grandioso templo, y haciendo alusión a la serpiente de metal que Moises levantó en el desierto y a cuya vista recuperaban la salud los enfermos; exortó a volver los ojos a esa cruz sacrosanta en las adversidades de la vida. Luego se retiraron S. S. R., los sacerdotes y colegiales, tocando su banda de música los huérfanos de la epidemia mientras que besaba la Santa Cruz la concurrencia que era mucha, atendido lo poco que pudo esparcirse la noticia, pues no se habían hecho invitaciones, y recién el día antes se tomó la determinación de bendecir la Cruz en ese día, aniversario del en que el Sumo Pontífice Pablo III aprobó solemnemente el glorioso instituto de la Compañía de Jesús con la honorífica bula que empieza *Regimini militantis Ecclesiae*, dada el 27 de Setiembre de 1540.
>
> La hermosa Cruz tiene cinco varas de alto sin contar el mundo y su pie, con lo que cuenta ocho varas. En su centro ostenta este signo J. H. S. Jesús Salvador de los hombres" [49].

El mismo periódico en su número del 14 de noviembre de 1874 publicaba este aviso: "*Iglesia del Salvador.* A los artistas y entalladores se participa que se desea un presupuesto para ejecutar el diseño de las tres grandes puertas del frente de la Iglesia sobre la calle de Callao, y además la grande puerta sobre la calle de Tucumán. Para ver el diseño y presentar las propuestas, pueden dirigirse al Seminario Conciliar al toque de las oraciones".

La razón de dirigir a los interesados al Seminario Conciliar era porque allí se hallaba, a la sazón, y no en el Colegio, el hombre que tan a pechos tomó la construcción de la Iglesia, el Padre José Sató.

6. En el periódico porteño *La América del Sur* hemos podido ver una simpática nota que a mediados de ese mes envió el Padre Sató a todos los bienhechores de la iglesia, comunicándoles la terminación substancial de las obras de la misma y su próxima inauguración. Terminaba el buen Padre Sató su invitación general advirtiendo que no "se pasan invitaciones particulares por la circunstancia de no estar todavía el Templo en caso de poderse bendecir solemnemente y consagrarse". Notemos que es en este documento, único que hemos visto hasta ahora, donde se dice que el Arquitecto Sr. Pedro Luzetti era el autor del plano y de la obra [500].

Se abrió, en efecto, el templo el día 23 de junio de 1876, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, y fué el Padre Sató el primer sacerdote que celebró el santo sacrificio de la Misa en su recinto. A las 6 de la mañana, estando ya completamente lleno todo el espacioso templo, subió al altar el sacerdote que tanto había hecho por ver terminada esta nueva Casa de Dios y puerta del cielo. Tres horas más tarde el señor secretario de la Curia, el Presbítero Antonio Espinosa cantó una misa solemne, y predicó uno de los Padres del Colegio, probablemente el mismo Padre Sató aunque no nos consta. Quedaron a almorzar ese día en el Colegio así el Sr. Arzobispo. que llegó para la misa cantada, como el Sr. Ministro Iriondo y el doctor Emilio Lamarca. Después del almuerzo hubo una solemne *Proclamación de Dignidades* y un acto literario, todo él referente a la nueva iglesia, y terminado éste, se pasó del Salón de Actos a la iglesia, donde el Sr. Arzobispo dió la bendición con el Santísimo a todos los concurrentes.

Se inauguró en ese día la iglesia aunque estaba aun sin terminar. La *Carta Anua* nos dice que "die Santissimo Jesu Cordi sacra apertum publico cultui templum solemni festo celebratur; quod quidem licet nondum interius perfectum, decenter tamen praeparatur". Para el día de San Ignacio, 31 de julio, de ese mismo año, además del altar mayor, que era el que hasta entonces había servido en la capilla pública, se armaron otros dos altares en los dos cruceros de la iglesia.

En agosto de 1877 sabemos que se empieza "de nuevo" a trabajar en ella, esto es, en las tribunas que estaban sin terminar, y en revocar lo que faltaba aun en la nave central. Desde el 24 de febrero se clausuró la iglesia, a fin de trabajar en ella con mayor libertad, y se pasó el Santísimo a lo que hacía de sacristía, conver-

tida durante ese lapso de tiempo en iglesia pública. Hasta los confesionarios se trasaladaron a dicha sacristía.

Aunque sólo se indica que en ese tiempo "se blanqueó" la Iglesia, es probable que se realizaran otras obras, y consta que a 22 de abril de ese mismo año de 1879 se comenzaron a revocar las naves laterales. A fines de 1879 se dió principio al embaldosamiento de todo el templo ,trasladándose al efecto el altar mayor, al espacio existente entre los dos púlpitos y cerrando toda la parte del crucero por medio de una cortina, que caía detrás del improvisado altar. Bajo el arco existente en la nave derecha se ubicó el altar de San José, y detrás del mismo la sacristía provisional. Dicho embaldosamiento, comenzado a 15 de diciembre de 1879 no había aun terminado a fines de febrero del siguiente año.

En agosto de 1882 había aun frente a la iglesia, y cerrando el atrio por Tucumán y Callao, una tapia, parte de la cual cayó al suelo el día 20 de dicho mes y año, mientras la iglesia estaba llena de gente, por ser día domingo. No hubo desgracia alguna, pero fué menester habilitar la puerta lateral que da acceso a la calle Tucumán para dar salida al público, ya que quedó impedida la salida por Callao. Tres años más tarde, a 14 de julio de 1885, quedó puesta la hermosa verja que cierra ahora el mencionado atrio o pretil, y días más tarde se comenzó a colocar el embaldosado del mismo. Al propio tiempo se colocaron las nuevas y definitivas puertas del templo y los portones de hierro de la mencionada verja. Con alguna solemnidad, según parece, "se abrieron por primera vez así dichos portones de la verja de hierro como las puertas de Callao, terminada ya la plazuela", según reza el *Diario* del Colegio, al referir la solemnidad del día 31 de julio de 1885, fiesta de San Ignacio.

A 20 de febrero de 1888 nos informa lacónicamente el *Diario* del Colegio que en ese día se quitaron los andamios que se habían colocado en la cúpula de la iglesia para quitar las cortinas y pintar los vidrios. Suponemos que hasta entonces los ocho grandes ventanales de la cúpula tenían vidrios sencillos o blancos y, con el fin de oscurecer la iglesia cuando se quería y alejar los rayos solares que pudieran molestar a los concurrentes, había por la parte interior, cortinas o mamparas manejadas sin duda desde la misma iglesia. La desaparición de las mismas se pudo hacer pintando, como se indica, los vidrios simples que entonces había.

El 19 de abril de ese mismo año se puso un segundo techo a la iglesia, ya que la existente con anterioridad permitía la entrada a las aguas en épocas de fuertes lluvias. No se puso capa de ladrillo y argamasa de unos cuantos centímetros de grosor, sino que se cubrió toda la iglesia con otro techo, independiente del primero que es de bóveda, y distante de él 30 y aun 50 centímetros. Pocos meses más tarde se inició el dorado de todo el templo y se ejecutó lentamente. Se consideró terminado el día 31 de diciembre de 1890. *Templi exornatio,* escriben las Anuas de ese año, *quae duobus abhinc annis erat incoepta, sub hujus anni initium perfecta est. Quod si peritis hominibus credendum est, ut vera artis gemma existimanda est*". "La decoración del templo que duró dos años, terminóse a principios de éste. Si hemos de atenernos a lo que aseveran los peritos, trátase de una verdadera joya del arte".

7. Antes de referirnos a la consagración de la iglesia en 1898 digamos dos palabras sobre sus altares, sacristía, torres, etc.

Cuando a 23 de junio de 1876 se abrió la Iglesia al público había un altar mayor interino, y ostentaba "una colosal imagen y preciosísima del Salvador con su corazón divino" según se lee en un periódico de la época. En 1885 existía ya el plano del futuro altar, pero como era imposible hacerlo por falta de recursos, un artista madrileño peritísimo en la perspectiva lo trabajó sobre maderas de tal suerte que eran muchas las personas que creían se trataba de un altar de bulto, siendo tan sólo un dibujo. El Hermano Hilario Xandri, maestro también él en la perspectiva y buen juez en la materia, nos asegura que la obra del artista madrileño era superior a toda ponderación. Este ficticio altar se inauguró el 27 de octubre de 1887. A los seis años se hizo una nueva mesa para este altar, como también un sagrario y un templete. Otro insigne artista, el Hermano Favre fué su autor, y todo se ejecutó en casa, con la sola cooperación de algunos sirvientes de casa, entre ellos el habilidoso Nicolás Erice. La obra del Hermano Favre hacía juego con el ficticio altar y con las ficticias imágenes del artista madrileño, pero la suntuosidad de la iglesia del Salvador reclamaba un altar verdaderamente digno de la misma.

Existía, dijimos, desde 1885 el proyecto del futuro altar y hemos de agregar que un gran retablista romano, el ingeniero y arquitecto Arístides Leonori lo había proyectado, pero ocho años

más tarde, tres insignes bienhechores de la iglesia, las hermanas Ema, Isabel y Justa Armstrong, convinieron en costearlo. La muerte de una de ellas impidió la realización total de los deseos de esas tan generosas como piadosas mujeres. La obra no se hizo con toda la esplendidez que se había proyectado, pero se hizo con tanta que aun hoy sigue siendo uno de los altares más armónicos, solemnes, devotos y artísticos existentes en Buenos Aires. Aunque encargado a un especialista de Marsella, desde hacía no pocos años, fué recién en 1897 que se comenzó a erigir todo él a base de mármoles y de bronces.

Más adelante describiremos con mayores detalles este monumento de la piedad y del arte. En mayo de 1897 llegó la estatua del Sagrado Corazón para el altar mayor, y las de San Miguel y Santa Rosa para el altar de la Inmaculada.

El altar de San José, reemplazado en 1940 por el actual, se comenzó a hacer el 22 de septiembre de 1880; en febrero de 1881 llegó la estatua, que es la actual, y el 2 de marzo estaba todo terminado, a excepción del lóculo donde debía depositarse el cuerpo encerado del mártir San Fidel. La víspera de San José, de ese año, y estando ya colocado el santo mártir, bendijo el altar el Padre Antonio Martorell. Cuando en 1929 se puso el cuadro de Nuestra Señora de los Milagros en la parte inferior del altar de San José, se deshizo a ese efecto el lóculo ocupado por la estatua yacente de cera, del Mártir San Fidel, y se llevó a la misma a un depósito de la sacristía. Suscitóse, entonces, la duda sobre si dentro del cuerpo de cera del Mártir había, o no, huesos del mismo. El señor Nicolás Erice pudo comprobar la existencia de los mismos imbuídos en la cera, por lo cual se colocó aquella estatua en una urna y se le trasladó primeramente a la Capilla de los Alumnos y, después, a Córdoba.

Con anterioridad al incendio había el señor Andrés Costa regalado a los Padres del Colegio y habían éstos colocado en uno de los altares de su capilla pública una estatua de la Purísima, la que después del incendio volvió a dorar, a sus expensas, el citado caballero. Completó la obra de su esposo, la señora viuda de Costa donando 21.000 pesos para un nuevo altar. También se encargó a Marsella, y se inició su construcción en noviembre de 1895, y el altar de la Purísima, que así se ha llamado siempre, se inauguró el día 28 de febrero de 1896.

Los dos altares provisorios dedicados a San Ignacio y a San Francisco Javier fueron dignamente sustituidos por otros de mármol en 1882 y 1889. A principios de 1882 llegaron los mármoles y bronces para el de San Ignacio, y aunque se concluyó el día 24 de mayo de 1882, no se inauguró hasta el día 31 de julio, fiesta del santo. "A las 6 1|2 dice misa el Padre Ministro [Juan Cherta] inaugurando el altar nuevo de San Ignacio y estrenando la casulla regalada por D. María Carmen Clemente de Guerra". Había sido también ella quien había costeado el dicho altar. La estatua actual se puso en 1903 y procede de los talleres barceloneses de Flotats.

Los mármoles para el altar actual de San Javier llegaron de Francia en octubre de 1889 y el altar se inauguró el día 3 de diciembre del mismo año. El entonces Obispo de Montevideo, Monseñor Jacinto Vera, que a la sazón se hallaba en el Colegio fué quien dijo la primera misa en dicho altar y en el día ya indicado. Este altar fué costeado por la señora Casilda Cazón de Piaggio, quien igualmente costeó en 1881 el altar de San José, al que nos hemos referido ya. Doña María de los Campos costeó, en esta misma época, el altar de Nuestra Señora del Carmen. Tanto este altar como el de San José no eran de mármol, sino sólo imitación mármol. Uno y otro eran, no obstante, dignos monumentos de la piedad y del arte. El de San José era de unas proporciones bellísimas y cuadraba a la perfección en el crucero de la iglesia. El del Carmen ostentaba, debajo de la imagen de Nuestra Señora, que es la actual, un grupo escultórico de las almas del purgatorio. Cuatro tallas policromadas surgían de entre las llamas: las de un anciano, una anciana, un joven y una jóvena todos ellos en actitud suplicante [501].

También en 1882, y al mismo tiempo que se renovaba el altar de San Ignacio, se renovó el altar de San Juan Nepomuceno, colocando en el centro del mismo la hermosa y sugestiva estatua del santo y a ambos lados dos óleos que habían pertenecido al gran bienhechor de la iglesia, señor Félix Frías, representando el uno de ellos a San Ludovico y el otro a San Félix. Se costeó este altar con una parte de la limosna ofrecida en 1879 por tan insigne bienhechor.

En el decurso de 1890 se erigieron los dos altares a San Pedro Claver y a San Alonso Rodríguez, costeado el primero de

ellos por el doctor Emilio Lamarca, y el segundo por otro gran amigo del Colegio, el señor Héctor Soto.

La amplísima sacristía se construyó al propio tiempo que la iglesia, aunque la pequeña puerta que la une directamente con el corredor de tránsito se abrió el 30 de noviembre de 1885. En los dos meses siguientes se revocaron sus paredes que hasta entonces habían estado tan sólo blanqueadas y en febrero de 1886 estaba ya todo terminado. Los dos grandes bienhechores, ya mencionados, Emilio Lamarca y Héctor Soto costearon en 1887 y vieron colocados en la sacristía la víspera de la Inmaculada de ese mismo año la actual amplísima cómoda y el armario que se apoya contra la pared que separa la sacristía de la Capilla de la Buena Muerte. En julio del siguiente año se colocó el otro armario similar y la larga y elegante mesa.

El día 2 de junio de 1875 se compró un armonium para la Capilla Pública, gracias a las limosnas que a ese fin recogió la Sra. María Carmen Clemente de Guerra. En diciembre de 1885 llegó un gran órgano, que se estrenó el 31 de ese mes y año en el Te Deum de acción de gracias, aunque le faltaban aun algunos registros. Un cuarto de siglo después fué reemplazado aquel órgano por el actual, de fabricación alemana. Llegó en junio de 1908 y lo bendijo, el día 30 de julio, Monseñor Antonio Espinosa, Arzobispo de Buenos Aires, siendo madrinas la Sra. de Arzeno y la de Avalle. Se estrenó al siguiente día, fiesta de San Ignacio. Cuenta este órgano con 30 registros y 60 tubos, y su costo ascendió a 30.000 $. El viejo órgano fué enviado al Colegio de la Inmaculada de la ciudad de Santa Fe.

En 1882, gracias al legado de 6.000 pesos fuertes que dejó a su muerte la piadosa señora Petronila Rodríguez se pudo embellecer la iglesia con una fachada digna de su magnificencia y con las dos torres laterales, donde descansan las campanas y el reloj.

Las dos torres estaban ya terminadas en 1883, pero fué recién en 1887 que se colocaron las cuatro grandes campanas que todavía redoblan tan armoniosamente. El día 13 de junio de ese año se subió una de las cuatro, y el día 14 las otras tres. Fueron trabajadas en la fundición de Emilio Vauthier en Saint Emilien, cerca de Burdeos. La una pesa 43 quintales, 1 arroba, 7 libras y está dedicada al Sagrado Corazón de Jesús y tiene esta inscripción: "Cor Jesu Salvatoris Mundi, miserere nobis". La segunda pesa 23 quin-

tales, 1 arroba y 7 libras, está dedicada a la Purísima Concepción y lleva esta leyenda: "Regina sine labe concepta, ora pro nobis". La tercera campana pesa 22 quintales, 1 arroba y 16 libras y su dedicatoria dice así: "Sancte Joseph, protector noster, intercede pro nobis", y la cuarta que pesa 13 quintales, 1 arroba y 3 libras está dedicada a San Ignacio: "Sancte Pater Ignati, da robur, fer auxilium". En los pesos indicados no se incluye el de los badajos. El acorde de estas magníficas campanas es do, re, mi, sol.

El reloj de la torre se colocó en 1896 y fué costeado por unos caballeros de la colectividad española. El mismo año se reemplazó la iluminación a gas por la eléctrica.

Los grandes óleos que se hallan sobre las paredes colaterales del Altar Mayor, fueron pintados en Roma por Nobili, en 1899' y colocados en 1900 [502]. María Avalle obsequió en 1901 ocho magníficas colgaduras para los días de fiesta, y en 1905 una bienhechora, cuyo nombre ignoramos, donó siete mil pesos para las 16 colgaduras que siguen aun usándose.

La Capilla de la Buena Muerte existía, aunque en forma muy modesta, en 1884, fecha en que se pensó en hacer de ella un santuario de la piedad y del arte. La idea fué, según dicen, del Padre Camilo Jordán, y ya en abril de 1885 habían comenazdo a llegar de Europa los variados y abundantes mármoles para el friso y las columnas de la futura capilla, y el 22 de abril de 1887 llegaron los que habían de constituir el precioso altar. El día 18 de diciembre de ese año se inauguró habiéndolo bendecido el Sr. Arzobispo y dicho a continuación la santa misa. El Padre Jordán predicó en la función de la tarde. Los cuadros al óleo que adornan las paredes de esta capilla vinieron de Roma en 1892, y toda ella se decoró en el curso de 1896.

8. Dicha capilla no tiene sino 6 por 14 metros, y en este reducido espacio, el arte ha acumulado tantas bellezas, que si no temiéramos profanarlo, diríamos que, sin dejar de ser un lugar de oración, parece un museo. Efectivamente: según la bella frase de un observador, *no hay un palmo sin algo de arte.* Por de pronto el paralelepípedo rectangular total, queda interrumpido en medio, por un templete con su cimborio, sostenido por ocho esbeltas columnas, que llegan al techo, abierto en círculo; allí una galería rodea la cornisa y sobre la baranda levántanse cuatro pares de án-

geles, en forma de cariátides orantes, sobre los cuales se apoya la cúpula a manera de capacete o corona imperial, sostenida en el aire, en el fondo de cuyo cupulín, aparece Jesucristo en actitud de bendecir. El altar es de severo estilo romano y todo de preciosos mármoles y bronces dorados. Seis columnas sostienen la bóveda de la hornacina, completada por un sencillo remate, aunque de detalles prolijos en la ornamentación. Con muy buen gusto se hallan esparcidos acá y acullá símbolos en bronce de la Pasión y todo él respira sobriedad, riqueza y majestad. El grupo del Calvario, es decir, Jesucristo crucificado, la Virgen, San Juan y Santa María Magdalena, formado por bellísimas estatuas de talla, es de gran efecto [503].

Toda la capilla, incluso los techos, está cubierta de artísticos cuadros adosados a las paredes y acomodados a las diferentes figuras geométricas que éstas ofrecen. Los hay copias y los hay originales. De los primeros los más notables son el *Descendimiento* de Volterra y el llamado *Pasmo de Sicilia* de Rafael. Los segundos, casi todos del pintor romano Nóbili, que los ejecutó de 1891 a 1895, son los siguientes: *Anunciación, Belén, Degüello de los Inocentes, Huída a Egipto, Nazaret, Muerte de San José, Despedida de la Virgen, Bautismo en el Jordán, María al pie de la cruz y Triunfo de la santa Cruz.* Algunos de estos cuadros tienen bellezas pictóricas de primer orden.

9. La consagración de la iglesia se efectuó, bajo el título del Salvador, el día 30 de mayo de 1898, y uno de los testigos oculares, el entonces estudiante Juan Isern, nos ha dejado un relato muy suyo, que queremos trasladar aquí.

> El hecho culminante del curso en este colegio de Buenos Aires ha sido la erección del nuevo altar mayor y consagración de nuestra iglesia. Consta todo él de mármoles y de bronces, y aun cuando el estilo es compuesto en armonía con la ornamentación general del templo, sin embargo la selección y colorido de las piedras, la profusión de pormenores exquisitamente ejecutados, los mosaicos marmóreos en los frisos, en las hornacinas y en el tabernáculo, la brillantez de tanto bronce en los capiteles, en los basamentos, en los astrágalos y en las puertas, soberbias hojas metálicas que dan entrada al presbiterio, forman un conjunto tan grandioso y tan embelesador, que no sabe uno qué admirar más, si la riqueza de los materiales o la abundancia del arte. A todo esto hay que añadir 14 candelabros rameados, de bronce también dorado, que forman otras tantas pirámides de

luces, distribuidos por el altar y derramados por el presbiterio, con sus ángeles o sus columnas de riguroso estilo romano, que los sostienen; el frontal, primoroso alto-relieve que representa al Niño Jesús en el templo en medio de los Doctores; el tabernáculo para la exposición, con sus seis columnas de malaquita verdes como de esmeralda, y su cimborio dorado y sus ángeles en adoración; el comulgatorio, obra de delicada labor, que ella sola bastaría para gran loa de nuestro templo, en donde de ónix son todas las pilastras, y de ónix las basas y el cornisamento, y por fin el bellísimo cuadro de la Transfiguración, copia de Rafael, que ocupa el hemiciclo superior desde el tímpano hasta la bóveda y que en forma de transparente ofrece a la vista el espectáculo de una verdadera visión. No debía faltar a este cúmulo de bellezas reunidas para la glorificación del Corazón Sacratísimo de Jesús, una imagen que dignamente lo representase. Y a la verdad, la sagrada efigie que ocupa el centro del retablo, obra del reputado artista Flotáts, de Barcelona, es una de las que a mi ver llenan menos imperfectamente las exigencias, imposibles de realizar en una imagen verdadera de nuestro divino Redentor. De Flotáts son también las dos estatuas, de la Santísima Virgen y de la B. Margarita Alacoque, que se hallan en las hornacinas laterales.

Terminada la colocación del altar, quedaba preparado nuestro templo para la ceremonia de la consagración, y nuestro actual Sr. Arzobispo quiso tener el gusto de efectuarla. Debía ayudar al Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Dr. D. Ladislao Castellanos, el señor Obispo de La Plata, Dr. D. Mariano Antonio Espinosa, y el 30 de Mayo se dió comienzo a la ceremonia, con los Maitines que se recitaron fuera del templo, ante las sagradas reliquias de los mártires Lucio y Epímaco, que el día siguiente debían conducirse procesionalmente y en hombros de sacerdotes al sepulcro abierto en la gran ara del altar mayor. El día de la consagración el templo presentaba un aspecto inusitado: apagadas todas las lámparas, y cerradas todas sus puertas, estaba por defuera rodeado de numeroso gentío, entre el cual adelantaba la procesión pausadamente entonando sus cánticos y largas oraciones y repitiendo varias veces las Letanías de los Santos. Luego los dos Prelados, acompañados tan sólo de los indispensables asistentes, penetraron en el santo recinto para proseguir en la consagración de la parte interior. Aquí el ritual se complica, sin dejar de ser cada vez más bello e interesante. La unción sagrada de las paredes con las cruces de mosaicos y bronce que se fijan en las pilastras, los dos Ritos latino y griego representados por los alfabetos de las dos lenguas, que escribe el Prelado sobre el pavimento, con su báculo pastoral, cruzándose a manera de dos inmensas diagonales que van de ángulo a ángulo del templo, la traslación devota y ternísima de los venerandos despojos de los mártires entre inciensos y cánticos, que no parecen otros sino los que resonaban en las Catacumbas, el público que se desborda por el templo detrás de las reliquias, las campanas y el órgano que rompen su silencio, y finalmente el santo sacrificio celebrado por el Ilmo. Sr. Arzobispo sobre aquel nuevo altar y sobre aquel nuevo sepulcro; he aquí los

actos principales de este ceremonial, que es sin duda, uno de los más bellos y expresivos de que usa la Iglesia.

Inútil es decir que la comunidad toda entera estaba muy ocupada en los diferentes oficios que se iban ofreciendo: el P. Rector tomó a su cargo obsequiar a los padrinos y madrinas que debían asistir a la ceremonia en calidad de tales y que eran las personas más ilustres de la ciudad y que más habían contribuido con sus limosnas a la erección del nuevo altar. Se hallaban entre ellas el hijo del Presidente de la república, D. José Uriburu, que fué en representación de su señor padre.

Al día siguiente de la consagración 31 de Mayo, se celebró la inauguración solemne del altar, con misa a toda orquesta, que celebró el que es hoy Obispo de Delfos y Vicario general del Arzobispado, Dr. D. Juan N. Terreros, y predicó durante la misma un entusiasta sermón el P. Anselmo Aguilar: ardían en el altar 420 luces, la iglesia estaba llena de gente, y en el presbiterio se estrenó una riquísima alfombra, regalo de una piadosa señora.

Tal es el enfático relato del Padre Isern. Alude él, en las cláusulas transcritas, al bellísimo cuadro de la transfiguración de nueve metros de diámetro, que ocupaba el hemiciclo superior, desde la cornisa hasta la bóveda, encima del Altar Mayor, pero esa obra de arte fué destrozada en 1906. En la primavera de ese año un golpe de viento lo desgarró lastimosamente. Con laminitas de transparente mica se unieron sus partes, pero no dejaba de notarse las junturas, y en 1909 se le reemplazó por un "vitreaux" de factura alemana.

Capítulo VI

EN EL RECTORADO DEL PADRE SALVADO (1874 - 1887)

1 — *El edificio del Colegio en* 1874; 2 — *El curso escolar de* 1874; 3 — *Una nota del P. Salvadó al rector de la Universidad;* 4 — *Actos literarios en el decurso de* 1874; 5 — *En vísperas del curso de* 1875: *el profesorado;* 6 — *Persecución antirreligiosa;* 7 — *Mons. Aneiros devuelve a los Jesuítas su iglesia de San Ignacio;* 8 — *La conspiración contra los Jesuítas y su Colegio del Salvador.*

1. El Padre Esteban Salvadó se hizo cargo del rectorado del Colegio el día 27 de enero de 1874. Sus dos predecesores, los Padres Coris y Guarda, habían dado fin al edificio del Colegio y dejaban la iglesia sin terminar, es verdad, pero tan adelantada en su construcción que hasta se había cerrado ya la cúpula. Quedaba, todavía, por rebocar, pero la parte más costosa y más difícil estaba ya terminada.

El Colegio con la iglesia formaban un sólido bloque de edificación, de 114 metros de largo por 33 de ancho, estando lo restante de la manzana dedicado a huerta. Lo edificado en 1875 no ocupaba sino algo menos de la mitad de aquélla. Una tapia de dos metros y medio circundaba la huerta, en toda la parte que corresponde hoy a la calle Ríobamba, prolongándose por Tucumán hasta el fondo de la iglesia y por Lavalle, entonces calle Parque, hasta el portón que entonces existía, veinte metros más hacia el Este, esto es, hacia Callao, que el actual.

Sobre la calle Callao sólo tenía el Colegio dos pisos, planta baja y primer piso, pero sobre la calle Lavalle tenía entonces una ala de edificio que constaba de planta baja y dos pisos. Tenía 28 metros de extensión desde lo edificado sobre Callao hasta el portón. Paralelo a la fachada, y unido a ella al sud por el ala de edificio que acabamos de recordar y al norte por la construcción de la iglesia y en el centro por el salón de actos, equidistante de ambas edificaciones externas, había dos magníficos bloques de edificación, uno a continuación del otro, o si se quiere, un solo bloque de 95 metros de largo, cortado en su parte central por el salón de actos

que, corriendo en sentido transversal, tenía su escenario incrustado en dicha ala de edificación.

Aunque toda esa ala paralela a la de la fachada constituía, como dijimos, un solo bloque de edificación, muy diversas eran sus características a uno y otro lado del salón de actos, ya que al septentrional tenían espléndidas galerías en la planta baja y en sus dos pisos superiores, mientras que al mediodía, aunque la edificación era airosa, constando también de planta baja y dos pisos, carecía de galerías. Dijimos que toda esta ala constaba de planta baja y dos pisos, pero hemos de agregar que por encima de éstos había, en toda su extensión, un desván o mirador tan amplio que venía a constituir un tercer piso o, contando la planta baja, un cuarto piso.

La parte septentrional, o sea, la que corría entre el salón de actos y la iglesia y caía sobre el actual Jardín del Sagrado Corazón, era tan majestuosa como bella, por su triple galería con arcos escarzanos, y severas pero artísticas pilastras, las cuales en los dos pisos superiores, y en su frente inferior, estaban unidas por elegantes rejas.

A fines de 1874 las aulas escolares y los salones de estudio se hallaban en esta ala de edificio, mientras que en su continuación; o sea, en la parte que iba desde el salón de actos hacia la calle Lavalle estaban en la planta baja los comedores, en el primer piso los dormitorios, los cuales continuaban por Lavalle hasta Callao, en el otro ala de edificio, a que nos referimos más arriba, mientras que en el segundo piso estaban los gabinetes. En el segundo piso del ala sobre Lavalle vivían los jóvenes jesuítas, no sacerdotes aún, y a quienes en la nomenclatura de la época se denominaba "maestros".

Fuera de lo indicado no había sino una pequeña edificación sobre Lavalle, a la parte de poniente del portón, donde se hallaba la carpintería y herrería, y los dormitorios de los sirvientes. Todo lo demás de la manzana era huerta, en la que abundaban los árboles frutales y las hortalizas. Sabemos que hacia lo que es ahora le patio de las clases, en el ángulo formado actualmente por Ríobamba y Tucumán, había una noria y en el ángulo opuesto, Ríobamba y Lavalle, la caballeriza. El Hermano Francisco Datti, que era el hortelano en 1874, tenía también allí una animada conejera.

2. Tal era el estado material del Colegio en 1874, al hacerse cargo del gobierno del mismo el Padre Salvadó. El año escolar se inició el día 2 de marzo con 170 alumnos internos y 40 externos. Fué en este curso que se agregó el segundo año de filosofía, la que tomó a su cuidado, el Padre Jordán que ya tenía el primer año de filosofía, y fué también en este curso que se inició la enseñanza de la Química, cuyo primer profesor no nos consta, pero suponemos que lo sería el Padre Miguel Codorniú, que enseñaba, a la sazón, Física y Cosmografía.

Se pudo haber suprimido en este año el estudio del Griego, pero el Colegio no cedió en este punto no obstante habérsele notificado, con fecha 17 de julio de 1874, por parte de la Universidad que "por el presente curso, el estudio del Griego no es obligatorio para los alumnos de los Colegios Particulares". El Salvador, que no tenía la inopia de helenistas de otros colegios, siguió enseñando el idioma de Platón hasta 1885 ó 1886.

3. Como todo el año de 1874 fué un año de desencadenada persecución contra el Catolicismo y sobre todo contra las instituciones docentes católicas, temióse al fin de curso algún atropello o desmán con ocasión de los exámenes. Véase lo que a 10 de noviembre de ese año escribía el Padre Rector al Sr. Rector de la Universidad:

Sr. Rector de la Universidad:

El infrascrito, Rector del Colegio del Salvador, urgido por las instancias de muchas familias, que educan sus hijos en este Colegio, acude a V. S. humildemente suplicando:

Que por razón de las actuales circunstancias, conceda a los estudiantes de este Colegio rendir sus exámenes anuales en el mismo establecimiento, sea bajo la presidencia de una comisión, sea bajo otra forma que V. S. determinare, sin perjuicio de los derechos y atribuciones de la Universidad.

Lo excepcional del estado presente, la intranquilidad de los espíritus y la alarma que fácilmente introduce cualquier incidente, y aun un rumor cualquiera, mueven poderosamente a los padres, y más aún a las madres de los alumnos no sólo a procurarse la mayor tranquilidad y seguridad posible, sino aun a abreviar el tiempo de permanencia de los hijos en el Colegio.

Como por otra parte la Facultad de Humanidades no ha reglamentado todavía la forma de los exámenes anuales, espero que V. S. no hallará inconveniente en acceder a tan justa demanda, y por cuanto es puramente excepcional para el presente año, y no se opone a ninguna orden establecida por la nueva organización de la Universidad.

Es gracia, etc.

D. G. a V. S.

Esteban Salvadó.

4. En las postrimerías del curso escolar de 1874 sabemos que el joven alumno Bernardino Bilbao defendió, en un acto público, toda la filosofía estudiada en los dos cursos, habiendo sido cuatro de sus compañeros los que arguyeron en contra de las tesis sustentadas por él. También los concurrentes al acto podían argüir o poner sus dificultades [504].

El año terminó con una *Academia científico-literaria por los alumnos de Ciencias Naturales y Literatura*, a la que siguió la tradicional *Distribución de Premios*. El señor Norberto Fresco abrió el acto con un discurso preliminar, el señor Alfonso Salterain habló sobre la combustión del hierro y del hidrógeno, el señor Enrique Acebal sobre la inflamación del azúcar cristalizado y del éter nítrico, el señor Francisco Ayerza acerca de la acción del sodio del potasio sobre el agua, el mencionado señor Fresco acerca del fósforo en el agua, en el oxígeno y en el yodo; el señor Pedro Acebal disertó sobre las fuerzas centrífugas, Guillermo Galbaraith sobre el peso del aire, Enrique Allende sobre la imanación por las corrientes y molinete de Barlow y Emilio Ygartúa sobre los tubos de Geisler y carrete de Ruhnzkorff. La parte literiara corrió a cargo de los señores Bernardino Bilbao, Hugo Soto, José Marcos Mallerán, Bernabé Ferrer, Carlos del Castillo, Gregorio Palacios y Manuel Pérez. Los alumnos que en este curso llevaron mayor número de premios fueron: Bernardino Bilbao, Vicente Carmona, Santiago y Luis Klappenbach, Hugo Soto, Bernabé Ferrer, Pablo Cárdenas, Augusto Pieres y Luis María Boerr.

5. En los meses de verano, de 1874 y 1875 se construyeron cien mesitas de luz para los dormitorios de los pupilos, ochenta y seis pupitres para los salones de estudio, y se hicieron refacciones y ampliaciones en diversas dependencias del Colegio, además de las obras que se realizaban en la iglesia.

El Padre Antonio Martorell era el ministro del Colegio, a principios de 1875, y el Padre Mariano Albi, era el prefecto de estudios y de convictorio. Eran dos hombres en los que podía el Padre Salvadó confiar ilimitadamente. El Padre José María Rovira era sub-prefecto de estudios. Entre los profesores, la mayoría de ellos los mismos que en 1874, recordemos al Padre Jordán, quien tenía a su cargo las dos cátedras de Filosofía, y al Padre Gregorio Pano, a quien se había encomendado la clase de Gramática Media,

y al Padre Codorniú que había de enseñar la Química y la Historia Natural. El Maestro Mauricio Morera tenía a su cargo la clase de Infima y una de las clases de Griego; el Maestro Miguel Tugues tenía la Clase de Gramática Suprema y enseñaba francés; el joven Estanislao Soler tenía la clase de Retórica y enseñaba las matemáticas elementales en uno de los cursos inferiores. Sumamente enfermo y generalmente postrado en su lecho estaba el Padre Luis Mazarrasa, mientras que el Padre Antonio Dalmau solía estar fuera de casa, misionando en la campaña, y el Padre Lorenzo Wolter estaba consagrado a los intereses espirituales de la colectividad alemana, mientras otros padres, como Ramón Serrat y Matías Lawels, eran operarios y apenas tenían conexiones con lo que era propiamente el Colegio como institución docente.

Además de los maestros o jóvenes jesuítas ya nombrados, hemos de recordar a otros que cuidaban de la disciplina escolar y tenían algunas clases inferiores. Eran ellos los jóvenes Pedro Villardell, Miguel Infante y Valentín Francolí. Los Hermanos que en 1875 moraban en el Salvador eran nueve: Antolín Arrieta, Antonio Binimelis, Juan Bella, Ignacio Rota, Guillermo Bode, José Calbó, José Schorro, Nemesio Rojas y Mauricio Balaguer.

6. Sumamente halagüeño era el prestigio que auroleaba en 1875 al Colegio del Salvador y era evidente que su labor educacional era ya entonces, y de día en día, habría de ser más y más beneficiosa para los intereses de la Iglesia y del Estado. Los buenos católicos veían esta realidad con inmensa satisfacción y gozo, pero las sectas juraron su aniquilamiento. Ya en 1873, si no antes, el "jesuítismo" era para ellos lo que el trapo colorado para los toros.

En su número del 15 de enero de 1875 la *Revista Masónica Argentina*, revista destinada exclusivamente "a los intereses morales de la Orden", publicó un artículo cuyo título era: "Los hombres de negro ropaje", y en el que se leía:

> "La Masonería... no puede ni debe tolerar al Jesuitismo, particularmente cuando hace sentir cerca de ella la influencia de sus infernales doctrinas, porque el jesuitismo no es una religión, sino simplemente un fenómeno teológico, político y social, que como todos los productos deformes y horrorosos hacen retirar de ellos la vista con espanto, y el estómago con asco, y obligan a rechazarlos y a combatirlos cuando a su repugnante aspecto añaden su mortífera acción. Es el jesuitismo un reptil tan venenoso y tan insoportable, que la misma Inquisición lo miró con recelo hasta

que en sus manos indirectamente cayera, y hoy mismo le vemos atizar la tea de la discordia por doquiera donde una desinteligencia política divide a los pueblos en América y en Europa, haciéndose insoportable en Chile como en Alemania ,en el Brasil como en España; llamándose allí monárquico y aquí Republicano; partidario de la tolerancia en Norte América y de la mordaza en Europa; Sacerdotes de Cristo entre los cristianos y apóstol de la Idolatría entre los idólatras de la Indo-China y no se llaman petroleros sin duda porque no se han apoderado todavía del petróleo que aun conservan las clases desesperadas en los grandes centros de molicie y de miseria.

Damos por esta vez el grito de alarma a nuestros hermanos. Cuidado con los Jesuítas que se relacionan con nuestras familias. Cuidado con el confesonario.

Las sectas masónicas argentinas, dirigidas desde afuera por las logías brasileñas y apoyadas desde adentro por todos los elementos más contrarios a la Iglesia y aun al buen orden social, no buscaban sino una oportunidad para dar un golpe contra el jesuítismo, cuya sede en Buenos Aires era el entonces flamante Colegio del Salvador. La ocasión ansiada se presentó muy en breve.

7. El 28 de julio de 1870 falleció Monseñor Escalada y el 25 de julio de 1873 fué promovido al arzobispado de Buenos Aires Monseñor León Federico Aneiros. Meses más tarde, en las elecciones practicadas en la provincia de Buenos Aires fué electo Monseñor Aneiros para diputado al Congreso Nacional. Con anterioridad, 1870-1873, había ocupado una banca en la primera Legislatura provincial de Buenos Aires y había defendido con valentía y con elocuencia muy suyas los derechos de la Iglesia.

Pero su elección para el Congreso Nacional fué un golpe demasiado fuerte para los demo-liberales que comenzaban ya a pulular. Ver a un Arzobispo en el recinto de las Cámaras nacionales, siempre alerta en defensa de Cristo y de su Iglesia, era algo que les parecía bochornoso. Los espíritus fuertes no lo eran tanto que pudieran tolerar semejante intromisión de la Iglesia en los asuntos de la Nación.

El 14 de mayo de 1875 renunció Monseñor Aneiros a la diputación, pero cuatro meses antes, en enero de 1875, había concentrado en la Iglesia Metropolitana las dos parroquias de Catedral al Norte y Catedral al Sur, que hasta entonces se hallaban en las iglesias que habían pertenecido a los Padres de la Merced y a los

Padres de la Compañía. Entregó a continuación las dichas iglesias a sus antiguos amos. Estaban ciertamente en las atribuciones del señor Arzobispo y a él incumbía, y sólo a él; el cambiar parroquias y entregar las iglesias a quienes creyera mejor, pero no lo entendieron así los liberales de la época ni los liberales de hoy día. Cómica a más no poder es, por ejemplo, el criterio del señor Carlos Correa Luna quien todavía en 1925 condenaba los "avances" del S. Arzobispo [505] al pretender devolver a los Jesuítas su iglesia. El pensamiento de que pudieran los Jesuítas volver a ocupar la iglesia que estaba en la misma manzana que el Colegio Nacional y la Universidad, sacó de quicio a no pocos liberales, cuyas palabras y actitudes acusaban contorsiones de culebras heridas. Llegaron en su frenesí a excitar la fantasía de los estudiantes con las fábulas más inverosímiles y con los pronósticos más descabellados.

A 15 de febrero de 1875 dió Monseñor Aneiros una serena y noble pastoral ,dirigida a los fieles de la parroquia de la Catedral al Sur.

"No puedo persuadirme, decía en ella, que no quereis en esta casa a los santos sacerdotes que la construyeron desde sus cimientos, con los hermosos edificios del Colegio Nacional y de la Universidad. . ., a aquellos sacerdotes que sólo la violencia de un rey colérico y engañado echó de aquí en el siglo pasado, y, en este siglo el genio de aquel hombre cuyo retrato no pudo recibir aquí honores sacrílegos, arrojó en aquellos años que nunca podrá olvidar Buenos Aires; unos sacerdotes que son tan distinguidos por la ciencia como por la virtud, siempre celosos obreros del Evangelio, enemigos irreconciliables del vicio; sacerdotes a quienes odian y persiguen los impíos, los incrédulos, los malvados. . ." [506].

Esto escribía Monseñor Aneiros, pero *El Nacional*, a su vez, estampaba estas líneas: "No, no tema el pueblo; los Jesuítas pasaron ya como pasaron los bárbaros derechos feudales, como pasó la esclavitud, como pasaron todas las ignominias que martirizaron al espíritu humano. No habrá extremo, por violento que fuese. a que no tuviese derecho de llegar el pueblo, si las convulsions de un tremendo cataclismo, trajeran en los Jesuítas los miasmas sociales a la superficie". Estas líneas aparecían en un artículo rotulado "Contrapastoral", bajo las iniciales L. V. V., correspondientes a Luis V. Varela. A este caballero contestó "El Católico", único órgano periodístico que valientemente defendió al Sr. Arzobispo y a los Jesuítas [507].

"La "Revista Masónica Americana" comentaba también, con

igual demagogia y con ira igualmente concentrada, la pastoral de Monseñor Aneiros. Era precisamente esa Revista la que había roto los fuegos: pronto se siguieron nuevas protestas de "La Tribuna", en la que nos encontramos con frases como estas:

"El Señor Arzobispo de Buenos Aires ha tomado la palabra y hace saber al pueblo que los rumores que circulan son positivos.

"Es su intención entregar la Iglesia de San Ignacio a los jesuítas si el Gobierno consiente en ello.

"No se ha detenido ahí el Señor Arzobispo.

"Su Pastoral es un tejido de injurias a los que protestan contra la vuelta de los jesuítas y una defensa más heroica de los descendientes de Loyola.

"Hoy, podemos decir ya, que jamás se cometió error mayor que entregar el arzobispado de Buenos Aires, al señor Aneiros.

"No le bastan al Prelado Diocesano las dificultades que el país atraviesa y viene con toda imprudencia a arrojar la semilla de una discordia profunda en el seno de una sociedad tan trabajada y tan dividida como la nuestra.

"Para el Señor Arzobispo los jesuítas son otros tantos Jesucristos que se sacrifican por la humanidad y son unos malvados todos los que se oponen a que su influencia se extienda en Buenos Aires.

"En todos los tiempos, pueblos, reyes y papas han perseguido la funesta influencia de los jesuítas arrojándolos de todas partes y hasta prohibiendo la existencia de la Orden.

"El Papa actual, en la primera época de su reinado, combatió a los jesuítas, que hoy han logrado dominarlo, porque los años han apagado su inteligencia.

"Institución creada por un soldado ignorante, los Jesuítas se han hecho aborrecer en todo el mundo, dando lugar en todas las épocas a las más ruidosas cuestiones y señalándose siempre su permanencia en los pueblos por abusos y excesos que han llamado la atención.

"Constituyen los jesuítas una sociedad más bien regimentada y con una disciplina más severa que un batallón de línea. No hay en ellos más que una voluntad absoluta —el General de la Orden—. Nadie conoce los estatutos de la sociedad; pero se sabe que su mote o divisa es la *hipocresía y la ambición.*

"Los Jesuítas, según la frase feliz de un escritor, no son otra cosa que una espada desnuda, cuya empuñadora está en Roma y la punta en todas partes.

"No estamos al alcance de esa punta; ¿por qué hemos de recibir el presente griego que de ella quiere hacernos el Arzobispo?

"No: las imposiciones del fanatismo y de la vulgaridad no deben dominarnos.

Todos los diarios anticatólicos, sobre todo los italianos y españoles, como *L'Operario Italiano*, redactado por Basilio Cittadini y *El Correo Español* que dirigía Enrique Romero Jiménez y en el que colaboraba el sacerdote apóstata Emilio Castro Boedo, hostigaban, día a día, a las turbas contra el Colegio, sin que las autoridades pusieran coto a sus difamaciones y procacidades, apesar de que, por razones políticas, estaba la provincia de Buenos Aires, y por ende la ciudad del mismo nombre, en estado de sitio.

8. El 24 de febrero terminaba el estado de sitio; y dábanse cita las logias y clubs antirreligiosos para el 28 de febrero, mientras que una comisión iba recolectando dinero y firmas para echar a los Jesuítas de Buenos Aires.

Don Antonio Acevedo, que tenía un hijo en el Colegio, había avisado unos días antes al Padre Albi, que día tras día se reunían en la calle de Santa Fe en casa de un señor Storci, italiano, multitud del pueblo al parecer también de italianos, quienes después de haber permanecido una o dos horas en dicha casa, salían en tropel muy agitados y algunas veces con banderas desplegadas y dando voces contrarias al orden, y de amenaza contra el Colegio; de todo lo cual habló el Padre Albi con los demás Padres.

Unos diez días antes, recibió el Padre Rector aviso, de un antiguo discípulo del Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, de que varios estudiantes de la Universidad, se comprometían con juramento a incediar el Colegio. Pero no le parecía cosa creíble ni de consecuencia; lo comunicó sin embargo a agunas personas quienes lo tomaron a risa.

No dejaron los superiores de manifestar temores de algún insulto, pero nunca de la barbarie que presenció efectivamente Buenos Aires. Porque si bien alarmaban los ánimos en sumo grado aquellos datos, los calmaban otros hechos que, si no les tranquilizaban del todo, a lo menos no dejaban temer más que gritos y tal vez pedradas desde la calle por algunas turbas fanatizadas, que serían pronto disueltas por la autoridad.

En primer lugar muchas personas de posición y de la misma autoridad, consultadas expresamente por los superiores, creían que la impía propaganda de la prensa liberal, no era un ataque especial contra los Jesuítas y menos contra el Colegio; sino que todo se dirigía contra el Sr. Arzobispo. Esto mismo tranquilizó los temo-

res que le manifestaron los Padres Superior y Rector, al despedirse aquél, algunos días antes para Santa Fe. Y el mismo Luis Varela, uno de los que más furiosa y hostilmente hablaba contra los Jesuítas, por la prensa, aseguró al doctor Castillo, amigo del Colegio, que él quería atacar únicamente al Sr. Arzobispo, y que nada tenía que ver con los Padres Jesuítas.

Por otra parte todos los días se pedía la colocación de nuevos niños en el Colegio. Los alumnos y las familias, que tenían en él a sus hijos, acudían al Colegio en los últimos días hasta el mismo 28, arreglando los muebles para el ingreso que debía efectuarse al día siguiente. Tantas familias, de todos colores y partidos, que podían saber bien lo que había que temerse y no obstante se mostraban tan tranquilas hasta el último momento, no podían menos de inspirar la misma seguridad a los Padres del Colegio.

Además, personas amigas ofrecieron avisarles de lo que ocurriera. El señor don José Gabriel García Zúñiga, presbítero, estuvo en el Colegio el 27 por la noche a avisar al Padre Rector, que en la conferencia que acababa de tener por encargo del Sr. Arzobispo con el Gobierno de la Provincia, éste le había prometido que no habría desorden alguno, que haría todo lo posible para impedir el meeting, encargándole que así lo comunicase al Sr. Arzobispo y a los Padres del Colegio. En vista de todo esto, y al leer en las invitaciones para el meeting, que se trataba de una manifestación pacífica, nada dsagradable se temió.

A pesar de todo, no estaban tranquilos los ánimos de los Padres y mucho menos los de los Superiores. Tanto el Padre Superior, antes de su partida para Santa Fe, que verificó el 19 de febrero, como el Padre Rector, visitaron personalmente a varias personas de autoridad, así para aconsejarse y averiguar lo que podía temerse, como también para prevenir e impedir con su influjo lo que se pudiese. Con este fin visitaron al señor Ministro del Interior, Doctor Don Simón Iriondo; al vicepresidente de la República, Don Mariano Acosta; al Presidente del Senado, Doctor Don Miguel Navarro Viola; todos amigos del Colegio, para que influyeran en los ánimos de otros. Todos ellos aseguraban que nada había que temer. El Padre Rector, si bien exteriormente mostraba tranquilidad y confianza, no dejaba de informarse de cuantas personas iban al Colegio ,las cuales le tranquilizaban continuamente.

Llegado el 28, por la mañana, hizo llamar a un amigo para

que le diese cuenta de lo que pasaba. Vino poco después de mediodía, alarmado por los grupos que ya recorrían la ciudad con música y banderas y dando gritos de mueras a los Jesuítas. Por aquel mismo tiempo el Hermano portero recibió a una señora que fué agitada a la portería gritando que corrían ya muchas turbas con banderas, donde se leían estas inscripciones: *Abajo los Jesuítas,* etc. Inmeditamente el Padre Rector, reuniendo por tercera vez a los Padres, escribió una nota al señor Presidente, Doctor Avellaneda, exponiéndole que en vista de lo que estaba pasando, se veía en la imprescindible urgencia de acudir a él y pedirle garantías. Esta nota, como veremos más adelante, no se abrió hasta la scuatro de la tarde.

Otras señoras fueron también al Colegio comunicando lo que ya otros había dicho, y entre ellas la señora doña Magdalena Fonseca, la que envió su sirvienta como a las dos de la tarde.

A la misma hora vino el Profesor de Francés, Mr. Klein, quien estaba con deseos de acompañar al Padre Albi en aquella hora en que suponía debíamos hallarnos atribulados. Poco tiempo después vino doña Josefa Navarro Viola pidiendo hablar a algún Padre, más el Hermano portero, a fin de que no se hallase en casa ninguna señora si llegasen a venir las turbas, la despidió, rogando a esta señora, sumamente afecta a nuestra Compañía, que se apresurase a avisar a las familias vecinas conocidas, que tuviesen sus puertas abiertas, para no tener que aguardar los Padres en la calle, en el caso que fuese asaltado el Colegio. De estos últimos avisos no tuvo noticia el Padre Rector.

Tales mensajes aumentaban el temor del que los sabía, como también esta circunstancia en que se fijaron algunos Padres: que el domingo 28 por la mañana no entraban hombres en la capilla para oír la Santa Misa, en el número que solían venir otras veces; de suerte que en la Misa de las doce, hubo muy poca asistencia, cuando generalmente la capilla solía llenarse en esta hora, los domingos anteriores.

Los prohombres del *Correo Español* y los del *Club Universitario,* de reciente fundación, llevaban adelante sus vandálicos proyectos. Presidía dicho Club el Sr. Pascual Beracochea pero ya sólo nominalmente. Era su verdadero presidente y caudillo el doctor Luis V. Varela. Había éste, a una con Castro Boedo, tomado por asalto el mencionado Club Universitario, y habían arrastrado

a los estudiantes y, con ellos, al populacho. Todos partieron con pendones y banderas al Odeón, llamado entonces Teatro de Variedades, situado en la calle Esmeralda al 300.

El teatro abrió sus puertas de par en par, y, en breve, insignias y banderas tremolaban doquier así en el escenario como en los palcos. Cuando se hubieron acallado los acordes de la banda, el Sr. Beracochea presentó al presidente de la Comisión de protesta contra la pastoral, al entonces joven Adolfo Saldías, y después de una breve alocución de éste, concedióse el uso de la palabra a Antonio Balleto, quien leyó un proyecto de protesta que debía ser firmado por todos los presentes. Entre aplausos, vivas y mueras siguió Balleto comentando la Pastoral con una ironía tan simplista como adocenada. Hablaron en seguida Telémaco Susini, Romero Jiménez y algunos otros; pero cuando el entusiasmo y las protestas rayaron en verdadero frenesí, fué al presentarse, y pedir la palabra el sacerdote apóstata Emilio Castro Boedo, tristemente conocido por su vida nada casta y por su soberbia y arrogancia ilimitadas.

El presidente de la Comisión Central creyó conveniente que tan magna asamblea, que, según él, así representaba y tan unánimemente, la voluntad del país, debía disolverse en la Plaza Victorio junto a la columna histórica de la libertad, símbolo y recuerdo de pasadas glorias. ¡Sarcasmos humanos! Junto a la columna de la libertad, una reunión de ilotas esclavizados a facciones extranjerizas, pues tremolaban abundantemente al aire, para vergüenza del país, banderas italianas y españolas! En letreros llevados a mano se leía: "Protesta contra el Arzobispo", "Abajo los Jesuítas", "Separación de Iglesia y Estado". Así las cosas, llegaron al escenario de sus desmanes en donde no faltó una voz sacrílega que, al grito de "¡al Palacio Arzobispal!", dió la clarinada para dar principio al crimen, asaltando, saqueando y poniendo fuego a la morada del Sr. Arzobispo.

Serían cerca de las tres de la tarde del tristemente memorable 28 de febrero de 1875. Al grito de "al Palacio Arzobispal", una avalancha enfurecida se precipitó ciega hacia la puerta del edificio, lanzando piedras y pidiendo a gritos que se presentara Monseñor Aneiros. Felizmente el Prelado se encontraba a la sazón en San José de Flores.

Poco antes habían llegado los agentes de seguridad, pero tam-

bién ellos fueron repelidos a viva fuerza. Era Jefe de Policía don Enrique B. Moreno, más tarde representante diplomático ante el Gobierno de Italia. Le acompañaban los comisarios de órdenes, 1ª y 2ª Sección, los señores Anzó, Wright y Suárez. Poco afortunado anduvo Moreno, pues aunque logró sortear las pedradas y despreciar los silbidos hasta conseguir subirse a una de las rejas del Palacio Arzobispal y desde allí medio arengar a las turbas; pero sus voces fueron desoídas y sólo consiguió recibir una lluvia de barro que apagó sus palabras y las de sus acompañantes.

Minutos más tarde la turba dominaba el Palacio y arrancaba de su frontispicio el escudo nacional que lo decoraba.

Acababa de resonar terrible como el rugido de una fiera un grito potente: "Al Colegio de San Ignacio", "A la Merced". El torrente estaba desencadenado; bastaba uno solo que abriese los diques en alguna dirección para que aquel ciego y necio fanatismo se desbordase. Fué éste el periodista español ya mencionado, doctor Enrique Romero Jiménez. Es el protagonista que decide el crimen, dirigiendo la multitud por la calle Bolívar hasta el templo de San Ignacio, primera Iglesia de los Jesuítas de Buenos Aires. Nada se opuso ante aquella horda inconsciente e ignorante. Removieron las piedras del pavimento y con ellas derribaron las puertas de la sacristía por donde entraron los más osados a consumar su obra destructora.

En la Iglesia de San Ignacio no dejaron un farol, un banco, una silla o algún otro objeto servible que no lo convirtieran en añicos. San Francisco, por estar cerrado, y el vecino templo de Santo Domingo, por la oportuna intervención de 25 hombres de tropa, se libraron de igual desgracia.

En vista de esto, a los gritos de "¡Iglesia libre!" "¡Estado libre!" y de los consabidos denuestos antijesuíticos, la multitud, dice el parte policial del comisario de la sección 7ª, "dirigió su marcha por la calle Cuyo hasta la de Callao y por ésta hasta la del Parque, donde está ubicado el Colegio del Salvador". "Al llegar allí —continúa— no eran menos de 1.500 individuos extranjeros en su totalidad, es decir, italianos y españoles, cuyas banderas ostentaban, leyendas en género blanco con inscripciones negras".

Según el cronista de un periódico [508], las incripciones decían: "Protestamos contra las pretensiones del arzobispado". "¡Abajo los jesuítas!". "Estado libre, Iglesia libre". "Libertad de conciencia".

"Club Clemente XIV". "Parroquia del Pilar". "Abajo el jesuitismo". "Separación de la Iglesia del Estado". "Libertad de cultos". "Club Alsina". "Club calle Salta". "No queremos el jesuitismo". "Protestamos". etcétera.

"Al frente de esta turba, escribe gravemente un comisario, no se ha visto otra persona conocida, según el testimonio de muchos empleados de policía y de particulares, que don Enrique Romero Jiménez, ignorándose quiénes fueran los demás. al menos por la generalidad de los espectadores".

Capítulo VII

ASALTO E INCENDIO DEL COLEGIO

1 — A las tres y cuarto de la tarde del 28 de febrero; 2 — Las turbas asaltan el Colegio; 3 — El supuesto asesinato de uno de los manifestantes; 4 — Algunos Jesuítas huyen saltando por la tapia de la calle Río Bamba y otros por el portón; 5 — Caso especial de algunos Jesuítas; 6 — Heridos y maltratados; 7 — El H. Binimelis; 8 — En lo de Klappenbach, Ayerza, Allende, Zavala, Guerra, Tupper y Martindale; 9 — Profanación e incendio.

1. Expuestos en el capítulo anterior los antecedentes del asalto al Colegio por parte de la chusma, incitada y capitaneada por las logias masónicas y los llamados clubs liberales, veamos la situación en que se encontraban los Padres del Colegio y la forma en que los halló el trágico suceso del 28 de febrero de1875.

Véase cómo el joven jesuíta Valentín Francolí, testigo ocular de los hechos, los relató después en un documento que se ha hecho clásico por su veracidad y exactitud [509].

> Como a las tres y cuarto de la tarde, cuando la mayor parte de los Padres y Hermanos rezaban o iban a rezar, unos el Breviario y otros el Rosario, se oyó una espantosa y descompasada gritería de *abajo y mueran los Jesuítas.* Era una numerosa turba que furiosa, frenética y volando se dirigía al Colegio, capitaneada por algunos que, montados a caballo, llevaban izadas banderas argentinas, italianas, españolas y otras blancas con las inscripciones que dijimos. Apenas llegadas aquellas hordas al Colegio, llovió sobre los vidrios y ventanas un diluvio de proyectiles, mientras algunos más desenfrenados forzaban a golpes y hachazos la puerta principal, que acababa de cerrar el Hermano Portero, quien al oír aquella infernal vocería, había también cerrado la puerta del zaguán, corrió de inmediato a avisar lo que pasaba a los Hermanos Coadjutores que estaban rezando en un salón. A los Padres no les dió aviso, porque ya habían salido de sus aposentos y corrían por la casa azorados.
>
> El Padre Rector, al oír el asalto, entró en la capilla para encomendar el negocio a Dios Nuestro Señor, pero apenas hincado le obligaron a levantarse y salir de la capilla las muchas piedras que entraban con furia por los agujeros que abrían en los postigos de las ventanas. Los demás Padres estaban en el ala del edificio que mira a Callao y al oír el ruido de las piedras y el infernal clamoreo de la multitud que llenaba aquella calle, salieron de sus aposentos y se fueron hacia el interior del edificio. Se encontraron la mayor parte de los Padres y Hermanos en el plano de la scalera, de los alumnos, en el primer piso y frente al dormitorio de

la cuarta división. Desde el portón de hierro que daba al patio del Norte. viendo [los Padres y Hermanos del Colegio a] la chusma que gritaba desde la calle, y asaltaba la muralla del patio, arrojando piedras y ladrillos, se decían mutuamente ¿qué hacemos? ya están aquí; y preguntaban todos por el Padre Rector. Al instante bajó el Padre Albi en busca de éste, a quien encontró cerca de la escalera y se junto con él. Al llegar allí recibió una tristísima impresión al ver al señor Da Rocha, ex vicecónsul del Brasil, el cual con su señora estaban arreglando la alcoba del niño que ponían en el Colegio, y estaba también con ellos.

2. Entre tanto, ya algunos de los asaltantes habían penetrado en el Colegio del modo siguiente: Uno más atrevido que hacía flamear la bandera argentina, subió con insolente intrepidez la tapia que va desde la capilla a la Iglesia nueva. Permaneció algún tiempo indeciso sobre la muralla, clavó la bandera, y medio agachado iba arrancando los ladrillos que enviaba con furor donde asomaban algunos de los Padres. Aplaudido e incitado por las turbas que con inmenso clamoreo le gritaba *¡adelante!* saltó la tapia.

Una vez en el patio dió una mirada vaga y espantosa a su alrededor, y temiendo no sé qué al verse solo, volvió a subir la tapia que había saltado, sobre la cual se encontró ya con tres que siguieron su ejemplo. Animado con tales compañeros, bajó con ellos al pequeño atrio de la capilla. Abrió la puerta que separaba de la calle dicho atrio, en el que entró una multitud furiosa, con seis o siete banderas, y con esos elementos forzaron la puerta de la capilla adonde penetraron y cometieron los estragos y sacrilegios que relataremos más adelante. Embistieron con igual furor una puerta del mismo atrio que daba al patio, hendida la cual, ocupó dicho patio otra horda salvaje, que repartía piedras y ladrillos por todas las ventanas. En eso entraron dos policiales en el mismo patio, y las turbas, temerosas, despejaron algo aquel sitio, saliendo muchos a la calle. Mas viendo que los policiales nada hacían, volvieron a entrar, en mayor número, y con nuevo furor, y cual torrente que se desborda, invadió aquella multitud, arrebatada de la sed de destrucción y saqueo, las clases y el salón de estudios que daban al patio.

El Padre Rector que no había visto esta escena, consternado con tanto estruendo, y sin saber que ya estaba dentro la turba, preguntado por los demás Padres y Hermanos que con él estaban: "¿Qué hacemos Padre?": contestó: "¿Qué hemos de hacer? . . ." Nadie respondió, y muchos con él fueron replegándose hacia el sur del Colegio, en el corredorcito, al cual daban los aposentos de los Padres, varios de los cuales aguardaban allí consternados como todos. Reunidos allí la mayor parte de los Padres y Hermanos, algunos de ellos, como el Padre Jordán, Padre Serrat y los Escolares Tugues, Codorniú, Soler y Francolí, propusieron al Padre Rector hacer un voto a San José; a lo que contestó el Padre Rector: "Si yo ya le había prometido una novena de comunidad"; y como insinuasen algunos que además se podría prometer el consagrarle el Colegio, todos acep-

taron inmediatamente, y confiados en la protección del Santo, volvieron por el mismo corredor en dirección al centro del Colegio. Mientras todavía estaban hablando y haciendo la dicha promesa, el Padre Albi que les vió agrupados, desde el extremo Oeste de dicho corredor, les gritó: "Ya han entrado. Vamos a la huerta".

En aquel momento, la chusma que llenaba la calle Callao, a fuerza de los horrorosos golpes y hachazos, acababa de abrir una brecha en la puerta principal. El Padre Rector, que desde el corredor de los Padres había vuelto a la escalera central, vió desde allí cómo entraban por dicha brecha los que llevaban banderas, y eran seguidos por otras turbas que penetraban en la sacristía, sala de visita y corredor del ala Oeste, donde estaban las clases, rompiendo y destrozando cuanto encontraban, infundiendo terror y espanto en todas partes.

Como creciera por momento el estruendo, la desolación y el asalto en el entresuelo, y las turbas fanatizadas corrían ya a la escalera del primer piso, no quedaba otro remedio que huir a la huerta por la enfermería que estaba en el ángulo opusto. Entre tanto se asomaron el Padre Albi y el Padre Martorell a la ventana que daba a la calle Lavalle, la que vieron todavía despejada y en ella a un oficial que era simple espectador. Gritáronle: "nos están asaltando la casa"; mas él, según las órdenes que parece había recibido, no hizo caso alguno. Así pues el Padre Albi, después de haber gritado a los Padres: "¡por la enfermería!", siguió detrás de ellos, precipitándose como diez y ocho o veinte de ellos por la escalerilla de mano recién construída para bajar de la enfermería a la cocina.

El señor Da Rocha permaneció en el mismo plano de la escalera principal, esperando a las turbas, habiendo antes encerrado a su señora y niño en un camarote de los que tenían persianas y puerta. Allí parece que pudo conseguir de los jefes del tumulto que le acompañaran con la señora y niño, defendiendo sus vidas después de muchos sobresaltos. El Escolar Morera, que por indicación del Padre Albi se había quedado en el dormitorio para hacerles compañía, permaneció solo y oculto en un camarote. mientras que el Padre Cabeza y los Hermanos Torres, Villardell y Schorro subieron al mirador, con la falsa creencia de que llegaría a tiempo la autoridad, y el Padre Mazarrasa, que apenas se podía mover por su enfermedad, ofrecía a Dios su vida encerrado en su aposento.

El Hermano Portero, después de haber ido cerrando puertas y ventanas, como lo hicieron otros Hermanos exponiendo sus vidas, y después de haber entrado en la capilla de los niños en busca del Padre Rector, como no le encontrase volvió al patio que encontró muy lleno de gente frenética que gritaba: "¡Aquí hay uno!". Díjoles él con una serenidad que sólo Dios podía darle en tales circunstancias "¿Qué quieren ustedes? Aquí estoy; tanta bulla y tanta gente para un solo hombre"; y conociendo a un tal Machali, alumno que había sido de nuestro Colegio: "¿Usted también por aquí, señor Machali?". Tiráronle entonces algunas piedras: mas él evadióse hacia el comedor de los niños, que estaba en el ala sur del

Colegio, y llegando cerca del refectorio de los Padres, se encontró con otra turba numerosa que le atajaba el paso. Pudo con trabajo penetrar en el corredorcito nuevo, que iba desde el comedor a la cocina y huerta, y cerrar la puerta que ponía en comunicación el último brazo nuevo, con el comedor de los niños. Sin esa precaución no habría habido salida para ninguno de nosotros, porque los asaltantes forzaban y trataban de derribar esta puerta, a cuyo pie llegaba la escalerilla de la enfermería, en el momento crítico en que la mayor parte de los Padres y Hermanos se precipitaban por ella, como dijimos, y detrás de los cuales bajaba también el Padre Rector. Atravesaron volando el corredorcito que llevaba a la huerta, llegados a la cual el Padre Albi pidió a gritos la llave de la puerta excusada que daba a la calle Lavalle para fugar por ella y refugiarse todos en alguna casa vecina. La llave no se encontró. El Padre Albi dió entonces el grito de: "a la carpintería", y corrieron todos a la carpintería, sita en el extremo Oeste de lo que era la huerta.

Los Padres Rector y Ministro iban detrás de los demás Padres y Hermanos, corriendo también, cuando andados apenas veinte pasos oyeron que la turba llegaba a la puerta de la huerta, y que gritaban: *¡allá van!* Entonces el Padre Rector creyó prudente detenerse y volver hacia los asaltantes para impedir que disparasen algún tiro a los que huían, dando así tiempo a que se salvasen, saltando la tapia los que pudiesen. Volvióse pues hacia las turbas, juntándose luego el Padre Albi, que andaba todavía allí cerca, por causa de la llave que buscaba, y seguido inmediatamente del Padre Ministro, que por otra vereda se dirigía también a la carpintería.

Al llegar el Padre Rector donde estaban los primeros asaltantes, que era a la entrada de la huerta, les dirigió la palabra, amonestándoles con gran mansedumbre e interrogándoles por qué cometían aquel atropello; que si pretendían algo en nombre del pueblo, debían nombrar una comisión, formular su petición y conferenciar pacíficamente. En ese mismo sentido les habló el Padre Albi. Apenas les oían unos cuantos que estaban cerca de ellos, pues toda la casa estaba ya invadida, y era tal el estruendo de los muebles y vidrios rotos, que más bien parecía aquello un huracán que echaba la casa al suelo, que una invasión de seres racionales. Algunos de ellos trataron entonces de poner orden y pedir calma. Pero ya no era tiempo; los mueras, la vocería, los golpes de todas las ventanas, puertas, y vidrios por una parte; y los aullidos de muchos que clamaban por los frailes, por los Jesuítas, para degollarles, por otra, ahogaron las voces y deseos de los pocos que se espantaban de la obra de sus manos cuando ya era tarde. Con todo, les prometían salvar las vidas y les acompañaban hacia el interior del edificio, llegando hasta el patio interior, al cual daban algunos de los aposentos de los Padres, la capilla y comedor de los niños.

Aquí se les presentó ante sus ojos el horrible espectáculo de una inmensa chusma, que arrebatada en delirio de furor robaba y destrozaba cuanto hallaban. Unos rompían puertas y ventanas, otros saqueaban los cuartos del Padre Superior, Rector, Procurador, etc.; y el comedor de los niños; rom-

piendo y destrozando los cuadros y lámparas y cuanto podían. El cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, que estaba en un extremo de dicho comedor, lo colgaron de los hierros de una ventana, y con impiedad inaudita y crueldad satánica lo apedrearon hasta hacerlo añicos. Otros andaban corriendo por el patio con lanzas y banderas desplegadas, algunas de las cuales habían sacado de las clases, dando gritos de *abajo y mueran los Jesuítas.* Casi por todas las sesenta y seis ventanas que daban a ese patio, asomaban cabezas y brazos, gesticulando, rompiendo vidrios y postigos, vociferando todos en infernal confusión.

Desde que entró en dicho patio el Padre Albi, se puso a hablar con un oficial que les acompañaba, el cual se le dió a conocer por un tal Lamas, cuya familia cordobesa había él conocido por tener un hijo en nuestro Colegio. Conversaban, pues, como conocidos; mas aquel hombre al parecer no muy en sí, se puso un sombrero de teja que acababan de tirar a sus pies. Quitóselo el Padre de la cabeza diciendo: "no es este tiempo de burlas". Entre tanto se agrupaban a ellos muchos de la turba, a los cuales quería el Padre hablar, pero no podía ser entendido, según era infernal la confusión y alboroto que allí reinaba, y que en vano trataba de dominar con voces y palmadas. Estando cerca de la puerta del comedor de los niños, dijo el Padre a aquellos foragidos: "¿Qué van a hacer a este pobre viejo?". Inducidos ellos a alguna humanidad, le acompañaron hasta la calle por el comedor de los niños y le salvaron como veremos.

Se encontraron pues en el patio interior, rodeados por la chusma, los Padres Rector, Ministro y Albi por largo rato, y más tarde el Padre Serrat, el cual, con los tres primeros vió el saqueo que sufrían los aposentos, y cómo se llevaban objetos sagrados de la capilla de los niños a la calle, para cebar la grande hoguera que habían encendido frente a la puerta del Colegio. El Padre Rector, en vista del escrutinio y destrucción que sufría el archivo de la Misión, el cual estaba en el aposento del Padre Superior, no pudo menos de decir a los saqueadores: "Respeten a lo menos estos manuscritos, que de nada les servirán a ustedes". En medio de tantos destrozos y peligros, instaban los Padres para que les sacasen de allí y les salvasen las vidas, como prometían; pero lo cierto es que se detenían ante los clamores de unos y las amenazas de otros que se les echaban encima, y no sólo no podían, pero ni se atrevían a llevar. Sólo con trabajo les defendían allí mismo.

3. Pasados algunos minutos en esta terrible lucha, en que los prisioneros tuvieron que oír y presenciar groseros insultos, vino uno de la turba anunciando que un Jesuíta había asesinado a uno de los manifestantes. Al aír esto creció la furia a tal punto, que aun los dos o tres que se ofrecieron defenderlos, se disponían a ultimarlos allí, haciéndoles pedazos, como gritaban los demás. Trabajo costó al Padre Rector el contenerles diciéndoles con energía,

que primero debía consignarse la verdad del hecho, y luego averiguar quién fuese el autor, que hasta que se constatase no debía darse crédito a la voz de uno que podía haber propalado aquella voz para azuzar al populacho contra ellos. El Padre Albi negó el hecho y aseguró ser imposible; porque no teníamos armas, y además porque a haber sucedido lo que decía, mal podía haberlo hecho uno de los Padres, ya que se hallaban en la huerta, como había visto el oficial Lamas. Medio calmado con esto los asaltantes, aunque nada dispuestos a perdonarles, se acercó un negro con un corte en el brazo y chorreando sangre a mostrarlo al jefe que estaba al lado del Padre Albi, señalando como autores de aquellas heridas a los Padres, y en ese momento un segundo confirmó la noticia de que un *ciudadano había muerto* diciendo que él acababa de bajar del primer piso donde estaba el cadáver con el vientre abierto. Por esta muerte pedía la muerte de los Jesuítas.

Uno de los bandidos, hombre sin entrañas, que estaba solo junto a los cuatro Padres para tener segura la presa e inspeccionar si se cumplían las órdenes dadas a aquellas hordas, respondió que si aquello era cierto, morirían los Padres Jesuítas. Estos creyeron entonces llegados su último momento. Gritos de muerte y exterminio partían de todas partes. Con todo, el Padre Albi con mucha serenidad y con grande valor, se ofreció a ir con uno de los tumultuosos al lugar donde decían hallarse el muerto, dispuesto a que vengasen con su vida la del asesinado, si uno de los nuestros le hubiese ultimado. He aquí como lo cuenta el mismo Padre [510].

"No pudiendo convencerme que fuese verdad el asesinato (pues por una parte sabía de cierto que ninguno de los nuestros estaba en disposición de oponer tal resistencia, y por otra no creía que ellos se hubiesen peleado entre sí) ; pues le veíamos con mucho orden para la desvastación; en medio de tanto desorden, determiné cerciorarme por mis propios ojos, y al efecto acompañado del oficial Lamas, seguí al último que había venido a dar la noticia. Al pasar por el corredor del piso bajo, vi el destrozo que hacían en las clases. Tanto este corredor como su correspondiente en el primer piso, y las escaleras, se hallaban atestadas de gente; de suerte me parecía imposible no cediese la escalera central a tanto peso. Yo, con trabajo, pasé siguiendo al susodicho oficial, que iba abriendo camino y llamaba la atención, de vez en cuando, dando vivas a la Argentina. Al pasar por el dormitorio del Padre de la cuarta división, ví salir a algunos con almohadas nuevas de los niños y vi cómo destrozaban las máquinas y armarios del gabinete de Física. Entonces me quejé a los que estaban delante de mí,

de que se hiciera tanto daño con objetos tan preciosos. Algunos de ellos se volvieron a mí, dirigiéndome las puntas de las banderas y dando gritos de muerte. Salvo en medio de tantos peligros llegué finalmente a la enfermería, y junto a la escalera excusada, que nos había servido para bajar a la huerta, encontré efectivamente el cadáver de un joven, al parecer de veintidós años, en cuyo pecho, que tenía descubirto y junto al corazón, se veía una profunda puñalada. Alrededor de él se encontraban varios hombres, uno de los cuales de peor catadura, tenía en la mano un puñal que parecía ser el mismo que había abierto tal herida por el tamaño y configuración de uno a otra. Mientras observaba el cadáver, oí a varios que pedían mi muerte, diciendo que nosotros le habíamos asesinado. En aquel instante me dí por muerto; mucho más, al oír la imprecación que me echó el que blandía aquel puñal. No hice caso a estas amenazas, y seguí observando algunos momentos más aquel cuadro, diciendo que era preciso averiguar quién había sido el autor de aquel atentado. Dicho esto, me volví por el mismo corredor por donde había venido, teniendo que abrirme paso con mis propias manos por entre la multitud que estaba apiñada; muchos se dirigieron hacia mí hostilmente, causándome varias contusiones; y al bajar la escalera de los dormitorios recibí una herida grave en la cabeza, de la cual me manó mucha sangre hasta cubrirme el rostro. Al llegar al fin de la escalera, me abandonó el oficial que hasta entonces había ido junto a mí".

Libre el Padre Albi por especial providencia de Dios de tantos riesgos y enemigos entró en la sala de recibo, donde halló a unos cuantos bandidos que acababan de destruir los pocos muebles que habían allí quedado, y quienes hicieron salir al Padre.

Como queda referido, hicieron el Padre Rector y demás Padres y Hermanos que en el corredor de los Padres con él se hallaron, la promesa de rezar una novena y consagrar el Colegio a San José si se dignaba librarles de aquel peligro, y conservar la vida de todos. Oyó el glorioso Patriarca esas preces, y por la intercesión del Santo, la Providencia, que siempre vela por sus hijos y que no permite caiga un solo cabello de sus cabezas sin su expresa voluntad, libró a todos milagrosamente, si bien permitió para sus altos fines que fuese casi todo el Colegio convertido en pavesas. Veamos cómo salvó Dios a todos los Padres y Hermanos tan providencialmente, empezando por los que salieron primero.

4. Llegados como cinco a la carpintería (extremo Oeste de lo que era entonces Huerta y hoy son las clases sobre Ríobamba), y habiendo el Hermano Rota aplicado una escalera de mano que tenía en la carpintería a la tapia, subieron algunos y no atreviéndose

a saltar a la calle por temor de que hubiese quienes aceleracen su muerte ,se detuvieron, quedando sólo encima el Hermano Martorell, quien viendo aquella calle despejada, se descolgó. Siguió su ejemplo el Padre Jordán, el cual acosado por el mismo temor preguntó, parado sobre la escalera, más que con el gesto que con la voz: "¿puedo bajar?" Hizo esta pregunta a una multitud que en ese momento doblaba la esquina, donde la calle Ríobamba encuentra la de Lavalle, gente que por de pronto no distinguió el Padre si eran curiosos o asaltantes. Nada le contestaron, y cerciorado así de que no se las había por lo menos con asesinos, se lanzó de la tapia abajo, seguido por los Hermanos Codorniú, Soler, Bode, Balaguer y Miguel Tugues. Este último se refugió en la casa de la señora madre del Doctor Castillo, llamado por ella misma, mientras que los seis primeros se dirigieron a la casa de enfrente, cuya puerta vieron abierta, y a instancias del dueño de la casa, inglés de nación y protestante, el cual les gritaba: "acá, Padres, aca. Entren en mi casa"; y les dijo al llegar, "no teman; yo les defenderé, pues tengo armas".

Introducidos en un pequeño dormitorio ,levantó una alfombra y la trampa que conducía a un sótano, al cual les incitó a bajar. Iban a bajar los compañeros del Padre Jordán, cuando él, en momentos tan críticos y de peligro, recelando de la fidelidad del caballero, le suplicó no les obligase enterrarse en aquella bodega. A esto accedió sin dificultad aquel honrado hombre. Sin embargo, a la primera amenaza que hicieron los asaltantes para entrar en esa casa, tuvieron que esconderse en el sótano .Ya no eran sino cinco: pues el Hermano Balaguer, no gustando de entierros en vida, saltó la tapia del jardín de la casa, y otras tres murallas hasta salir a una calle y fué a refugiarse a la casa de Huérfanos, dirigida por las Hermanas de Nuestra Señora del Huerto. Pasada la primera tormenta, salieron del sótano los que allí se hallaban. Apenas se habían recobrado del primer susto, cuando de repente entraron los niños de aquel caballero al dormitorio, llorando y clamando: "van a derribar la puerta; papá ya no puede resistir más". Ese anuncio lo fué de muerte para el Padre y para los Hermanos. La señora doña Catalina de Galbraith, y otra señora que habían acudido a dicha casa, les vuelven a encerrar en el sótano, y al llegar ellos al fondo, sienten personas que corren sobre sus cabezas atravesando de un lado a otro del aposento que estaba sobre la trampa. Imagi-

naban que ya los asaltantes estaban dentro; el Escolar Codorniú gemía apoyándose en el Padre Jordán; otro de los Hermanos recordó al Padre que podía absorverles: "Sí, lo haré, dijo, y a mí me absolverá. . . Dios". Aquellos momentos fueron de agonía; el Padre deseó haber muerto en el Colegio, como temía había sucedido a varios de los Padres. Mientras hacían el acto de contrición y aguardaban la muerte por momentos, ábrese la trampa y "¡suban Padres!" les dicen las dos señoras, de que poco ha se hizo mención; "no hay peligro ya". Acababa de tener lugar en la casa, una de esas escenas que leemos a veces en las historias sagradas.

Los incendiarios del Colegio pretendían echar abajo la puerta de la casa del caballero que hospedaba a los Padres, de cuyo escondite se habían apercibido, pero el honrado caballero se había subido a la azotea de su casa para prevenir el asalto, y al observar los movimientos de la turba, bajó precipitadamente en busca de sus armas. Su esposa lloraba y suplicaba que no se expusiese; los niños y las niñas lloraban también, queriéndole estorbar el paso. El caballero, armas en mano, triunfó de esos obstáculos, y gracias a lo macizo del portón de su casa y a su decisión, logró hacer frente a la turba y guardar cerrada la puerta. Desde entonces empezaron así el Padre como los Hermanos a estar seguros y fueron muy obsequiados por los de esa casa, donde permanecieron hasta la noche.

El octavo que saltó por la misma tapia que flanqueaba la calle de Río Bamba, fué el Padre Wolter. Viendo por casualidad, un momento después de llegado a la carpintería, que el Hermano Rota se disfrazaba con ropa que le ofrecieron los sirvientes, hizo otro tanto. Así disfrazado pasó entre la chusma que invadía la huerta; mas viendo que el gentío aumentaba, saltó a la calle dirigiéndose a casa de una familia alemana conocida suya, que le proporcionó traje más decente y generosa hospitalidad.

Cuando el Padre Jordán y sus compañeros saltaban la tapia, buscaron los otros que habían corrido a la carpintería un escondite en el cuarto a ella contiguo, y algunos se disfrazaban cuando oyeron que los revolucionarios iban a perseguirles allí. En efecto, cuando las turbas desenfrenadas llegaron a la huerta, como se dijo, gritando: "¡allá van los frailes!" si bien el Padre Rector les habló, como hemos dicho, para impedir que disparasen a los que fueron a la carpintería, no obstante tres o cuatro de aquellos canallas corrieron en persecución de los que huían. Juntóse el Maestro Infante

para calmarlos, asegurándoles que todos saldrían como deseaban. Con esto llegaron donde estaban los demás Hermanos, y al verlos se mostraron algo sensatos, y repetían: "vayan a la gente; no les maltratarán, le garantimos la vida". Decíales el Escolar Infante: vayan ustedes delante a abrir paso, e iremos al Padre Rector". Así hablando, llegaron a la despensa vieja, cerca de la cocina, donde les detuvo una nueva partida de asaltantes, garrote en mano. El Escolar Infante fijándose en uno que tenía trazas de estudiante, le habló en estos términos: "Usted que parece más sensato, ponga en salvo mi persona y a las de mis compañeros". A lo que él y otros contestaron: "Nada haremos a sus personas; sólo queremos que salgan; dejen ustedes el Colegio que no les pertenece; pues es propiedad del pueblo, y por lo tanto podemos disponer de él a nuestro antojo". Y repuso el que parecía ser estudiante de la Universidad: "Ustedes no entenderán estas ideas y doctrinas, pero ellas son así". Déjese usted de doctrinas, díjole el Maestro Infante, lo que importa es que nos salve usted la vida". Pidiéndole nos condujese al Padre Rector, no se atrevió a ello, pero ofreció su chaqueta al Maestro Infante, quien la rechazó por no hallarse en disposición de recibirla. Fijándose este joven en el Escolar Infante, le dijo: "¿cómo usted, tan joven, es Jesuíta?". Eso mismo, le respondió, le probará nuestra integridad".

Llegó, en el interín, a la misma despensa el Hermano Arrieta, que acababa de cerrar varias puertas y ventanas del Colegio, y de pedir la absolución al Padre Rector, a quien vió al pasar por el corredor de la cocina. Juntóse este Hermano a los que allí estaban, como también el Hermano Bella que llegado a la mitad de la huerta, acababa de evadirse de la amenaza y espantosa vista de un facineroso, que llamándole con un nombre afrentoso le dijo: "Te doy una puñalada".

Todas estas noticias las tomamos del relato del Maestro Francoli, quien agrega a continuación:

> Junto con la mucha gente que iba entrando por el corredor de la cocina y por la puerta de la calle Lavalle, forzada y rota, aumentaban los gritos de, *¡afuera! ¡afuera! ¡que salgan!* Los primeros asaltantes les decían: "salgan pronto, pues en pos de nosotros seguirán otros que les atropellarán". Así que por aquella puerta, cuya llave no se encontró a tiempo, salieron el Padre Savels y los Hermanos Infante, Murgadas, Francoli, Arrieta, Bella y Rota; los siete juntamente. Apenas pusieron el pie en la calle, es-

perando tal vez una mirada compasiva, la chusma que había en ella y mucha de la que estaba en la calle Callao, fué de tropel tras ellos gritando como en triunfo: "¡Viva! ¡ya no hay frailes! ¡mueran los frailes! ¡afuera!". Y entre tanto los acariciaban con piedras que la mano del Señor desvió de sus cabezas. Uno de la turba, encarándose con el Hermano Rota, que iba desfrazado, y que apesar de esto no se apartaba un dedo de los demás que vestían la sotana, prefiriendo padecer con ellos que pasar desconocido, gritó: "este es uno de ellos" y queriendo cerciorarse si era o no sacerdote, le echó el sombrero por tierra; mas al verle sin corona: "dejémosle, dijo, debe ser un sacristán". Mas el Hermano con admirable mansedumbre se agachó y tomó el sombrero como si nada le sucediera. Aquella calle fué para el Padre y los Hermanos, calle de amargura. Rodeados de chusma, como corderos entre lobos, fueron acompañados entre amenazas e insultos, atajados sus pasos, aunque otros menos furiosos cuando la turba desbocada les acometía, se interponían, gritando: "Orden, señores, prudencia".

De este modo, entre gritos de muera y de orden, fueron conducidos por la calle Lavalle, hasta la de Río Bamba, donde un hombre, al parecer decente, detuvo al Escolar Infante por el brazo al grito de "a la comisión". A esto repuso el Hermano: "déjese de comisión, y pónganos en salvo". En esto doña Josefa Navarro Viola, vecina del Colegio, de quien se hizo mención, y que como una heroína corría de un lado a otro para defender y salvar a los Padres, se acercó a los religiosos prisioneros diciéndoles: "dejen, Padres, a esta canalla, vámonos a una casa particular". Los que hacían de jefes de la chusma lo impidieron por dos veces sin que cediera aquella señora en el afán de salvar a los Padres a quienes iba agarrando del brazo sucesivamente. En medio de una aterradora vocería, se distinguían gritos como: *a una casa de depósito. Vayan a las monjas. ¡No!: pues si van haremos allí lo mismo que en el Salvador*... En tan crítica situación y agonías de muerte, pues no sabían dónde eran conducidos, y aumentaba la turba en furor se acercó al Escolar Infante un joven que le exhortaba se metieran en una casa particular. Contestóle: grite. "¡Viva la República! ¡Viva la libertad!; y con este grito que dió aquel buen joven, la turba asintió a lo que antes rehusaba. De este suerte, escoltados por tanta chusma fanatizada, llegaron el Padre Savels y los seis Hermanos arriba dichos, milagrosamente ilesos a casa de un señor católico, llamado Klappenbach, el cual salió hasta el medio de la calle, y tomando al H. Murgadas del brazo, los introdujo a su casa, cuya puerta había golpeado de antemano la fervorosa doña Josefa Navarro Viola. La turba, formando una muralla, se detuvo como las aguas del Jordán, a las órdenes de los tres que montados a caballo llevaban banderas izadas, y dejaron libre paso a los siete que entraron en aquella casa bienhechora, y luego se disolvió.

El Padre Serrat salió por la misma puerta de la calle Lavalle como dos mintuos antes. Había estado en el patio interior, como hemos dicho, hablando con las turbas que entre otras cosas le decían: "No buscamos a ustedes, sino a los setenta que han venido del Brasil (que tales noticias

había hecho correr la prensa anticatólica). No tienen ustedes la culpa, sino el Arzobispo... El pueblo no les quiere a ustedes, etc". En esto recibió un golpe en la cabeza con un pedazo de silla; otro le tiró el bonete al suelo y algunos, agarrándole del brazo, le decían: "No tenga usted miedo; véngase con nosotros" sin que valiera el responderles que le dejaran, por lo menos, ir a buscar el manteo y sombrero. Hallándose a la mitad del patio, sin decir palabra alguna a los manifestantes que le silvaban, volvióles las espaldas y como quien iba por algún negocio, atravesó el patio y, por el corredor de las clases y el de la cocina, salió a la calle que pudo atravesar sin ser injuriado, y entró en la casa de doña Carmen Clemente de Guerra, que le acogió caritativamente.

Asimismo, sin ser ultrajado y por la misma puerta, salió el único con manteo y sombrero, que tomó, así que oyó gritos y pedradas, y se refugió en una herrería vecina. Fué éste el Padre Torrents.

Fué sacado algo después por la misma puerta el Hermano Piñón, que fatigado por el asma, se había sentado en la escalera de la enfermería, cerca de la cocina, donde le vió al pasar el Padre Rector, rodeado de chusma, sin que pudiera hablarse. Al cabo de un rato de descanso, los mismos que le habían acompañado hasta ese punto, diciéndole que no podía permanecer allí, le condujeron por la calle Lavalle, hasta la farmacia de un señor navarro, don Martín Aztiz, que estaba en la esquina frente al Colegio. Muy pronto tuvo el pobre y anciano Hermano en dicha casa la compañía del Padre Albi y del Hermano Morera, a quienes conservó Dios la vida providencialmente.

5. Como referimos ya, el Hermano Morera se ocultó en un camarote del dormitorio de la cuarta brigada, de donde salió al rato y con los brazos abiertos se dirigió a uno de los bandidos que tenía un madero en actitud amenazante, diciéndole: "¿qué os he hecho?". Contestando aquel y otros facinerosos que invadían el dormitorio: "¡a la calle! ¡a la calle!" le empujó hacia la escalera. Mientras bajaba, le iba dando golpes, hasta que dejándole solo, le tiraron algunos palos. Entre tanto no hacía él otra cosa que repetir: Jesús, salvadme: y salió tan turbado por la puerta principal, que ni vió la grande hoguera que llenaba el frente.

Envuelto por la muchedumbre que por todas partes le acosaba, algunos jóvenes le decían: "Padre ,no tema; le vamos a salvar". En esto, uno, que parecía ser respetado por la chusma, añadió: "Padre, soy enemigo acérrimo de ustedes; sin embargo le voy a salvar"; al que contestó el Hermano con un abrazo y estas palabras: "en usted, señor, confío". En efecto, aquel y otros jóvenes le acompañaron a la Farmacia donde se había refugiado el Her-

mano Piñón, cuya vista y compañía le alivió la pena que había sentido en verse solo.

Por lo que toca a la peligrosa salida del Padre Albi, habiendo recibido varias contusiones y una grave herida en la cabeza, llegó a la sala de visitas donde como queda referido, encontró cuatro o cinco facinerosos que acababan de destrozar lo poco que había quedado. Uno de éstos le dió un fuerte golpe en las espaldas, otro le agarró del brazo, gritando: "¡a la calle!". Llegado a la cual, fué empujado, algo de lejos, a la hoguera, en la que vió arder los muebles de la portería ,sacristía y salas de recibo. El Padre, resistiendo el empellón, pudo echar a andar por la vereda que estaba despejada. Mientras iba sin sabr a dónde, y oía los desaforados gritos que daba la muchedumbre de la otra parte de la hoguera, recibió una pedrada en el ojo derecho la que le llevó los anteojos.

Perseguido sin tregua, corría el Padre con intención de alejarse del lugar de la catástrofe, cuando al pasar por delante de la Farmacia del señor Aztiz, fué llamado por este buen vecino, quien le hizo entrar en la trastienda, donde estaban los Hermanos Morera y Piñón.

Libres de tantos peligros, de todos los cuales los salvó el Señor, apenas reunidos los tres en dicha trastienda, un nuevo incidente vino a aumentar su pena y temor. Llegó frente a la farmacia una turba furiosa que clamaba que se les entregara al Padre que acababa de entrar, a quien acusaban de haber cometido una muerte, y juntando las obras a las amenazas, descargaron una lluvia de piedras sobre los objetos y armarios del farmacéutico. Diciéndoles éste, por sí y sus dependientes, que saliesen ocultos, pues de un momento a otro temía ser asaltado; trocada la sotana por la ropa que les prestaron algunos jóvenes que les habían salvado, salieron por una puerta escusada de aquella casa. Ridículamente disfrazados y escoltados por aquellos jóvenes bienhechores, fueron conducidos a la casa de uno de ellos llamado Erausquin, donde fueron atendidos con grande amabilidad y curados de sus heridas.

Veamos ahora cómo fueron sacados los Padres Rector y Martorell. Transcribimos del relato del Maestro Francolí:

Cuando el Padre Albi fué a averiguar si era, o no, verdad el asesinato que anunciaban dos de los asaltantes, y después de haberse el Padre

Serrat escapado del patio interior, como se ha referido, el Padre Rector y el Padre Martorell se encontraron en él rodeados de individuos sedientos de sangre de Jesuítas. Defendidos por dos o tres de aquéllos, que antes dijimos trataron de salvarles, pudieron llegar a la calle Callao. Muy pronto el Padre Rector perdió de vista al Padre Martorell, que quedó envuelto como él, en la muchedumbre. El Hermano Torres, muy afligido, vió desde el mirador, cómo sacaron al Padre Rector por la puerta de la capilla, rota, como se dijo, por los asaltantes, y le entraron en una casa de enfrente. En efecto, al llegar el Padre Rector a la calle, viendo con horror a su derecha la grande hoguera y un gentío inmenso, y a su izquierda, a lo largo de la calle, mucha gente también, afectado por diversos sentimientos, y más que todo con el pensamiento fijo en los demás Padres y Hermanos que no había podido salvar y que habían desaparecido de su lado, sin saber su suerte, titubeó un momento en salir del Colegio, pues aunque veía demasiado claro que todo era inútil en aquel momento, todavía deseaba quedarse allí para probar si podría hacer algún bien a los que quedasen dentro. Pasando por el corredor de las clases y por el patio de la tercera y cuarta Brigada había recibido ya varios golpes en las espaldas y en la cabeza, y considerando la inutilidad de cualquier otra tentativa, pues por detrás le acosaban con toda clase de proyectiles, como se dijo, y no podía más que exponerse a una muerte cierta, cedió a las instancias que le hacían dos jóvenes, que no se habían apartado de él, para que saliera a la calle y se salvara en una casa particular. Así, pues, se dejó llevar acompañado de ellos, atravesando la ancha calle, y dirigiéndose adonde le dirigían. Llegado a la vereda de enfrente, viendo que le hacían entrar en una casa que él no conocía, se detuvo temiendo poner en peligro a los dueños de aquella casa. En aquel momento un joven arquitecto, vecino del Colegio, vino corriendo hacia él y dándole un buen empujón le dijo: "éntrese nomás". Con esto se vió el Padre dentro de la casa, de donde no le permitieron salir, por más que lo pedía, para no ponerles en peligro, ni la señora de la casa, ni el dueño señor Guillermo Tuper. Este caballero cerró inmediatamente la puerta y se quedó afuera. Pero pronto recibió un tajo en los labios causado por una de las astillas que tiraban al Padre Rector. A los que querían asaltar esta casa, los rechazó valerosamente aquel honrado caballero, aunque protestante.

Allí encontró el Padre Rector a un alumno de nuestro Colegio, que se hallaba en él desde algunos días, niño de trece años, llamado José Luis de Alba, quien había corrido con los demás Padres a la Huerta y había vuelto a entrar en el Colegio detrás del Padre Rector. Este había visto en la enfermería el cadáver y había sido importunado por los asaltantes para que les dijese qué Padre le había asesinado. A instantes de este niño y de los señores de la casa que le hospedaron, se escondió el Padre Rector en un sótano, cuando la chusma trataba de entrar en la casa, mientras que al niño le pasaron a una casa vecina, y de allí a la de un primo suyo, pues tenía su familia en Río Cuarto.

El Padre Rector permaneció en dicha casa hasta que por la noche, a porfía, se lo llevó a la suya el doctor don Pedro Palacios, que tenía su hijo en nuestro Colegio.

Por lo que toca al Padre Martorell, cuando el Padre Rector le perdió de vista, quedó envuelto en la multitud. Le quitaron el bonete, uno le detuvo del brazo queriéndole pegar, e injuriándole largo rato, hasta que dos hombres le sacaron de las manos de aquel foragido a quien otros sujetaron. Luego un joven protestó que le siguiera, que antes sería él pisoteado que permitir que le mataran. Le condujeron por el corredor de enfrente al aposento del Padre Rector a la portería. Al pasar por delante de la sala de recibo, vió echar por tierra el escaparate e imagen de Nuestra Señora del Carmen que allí había. Llegó de este modo, y medio empujado, a la puerta principal. Apenas le vió la chusma de la calle, gritaron: *a la hoguera*. Mas los dos que le guiaban y tenían del brazo, le dirigieron hacia la calle de Tucumán. A los pocos pasos una mano infame le agarró del pecho, y rasgándole la sotana, le robó el reloj. Enseguida recibió un golpe en la cabeza, y vió empapada en sangre la mano que aplicó a la herida. Mientras decía ¡Señor, perdonadles! recibió un segundo golpe más recio y se desvaneció; pero conducido por aquellos jóvenes que le acompañaban, pudo llegar a casa de don Andrés Costa, distante como doscientos pasos del Colegio. Este caballero, amigo de los Padres, así que vió al Padre, abrió la puerta de fierro, y mucho tuvo que hacer para impedir que asaltaran la casa los que perseguían a su huésped. Allí fué curado el Padre con todo esmero, y, terminada la curación, uno de los asaltantes que le había ayudado a curar, puesto de rodillas le pidió perdón. En esta casa permaneció el Padre hasta el 6 de Marzo, día en que fué enviado a Santa Fe.

Algunos otros jóvenes trataron de salvar la vida al enfermo postrado en cama, Padre Mazarrasa, a quien encontraron en su aposento, consumido como estaba por la tisis y sin poder hablar. Hicieron un hatillo de su sotana, faja, diurno, etc., y lo demás que él quiso salvar; y habiéndole disfrazado con ropa que le prestaron, sacáronle por la puerta de la Iglesia, con mucho cuidado, y lleváronlo a la casa de uno de ellos.

6. El Padre Miguel Cabeza, septuagenario, y los Hermanos Estudiantes Alejo Torres y Pedro Vilardell, el Hermano Coadjutor José Schorro y cuatro sirvientes habían estado media hora en el mirador presenciando los destrozos y el asalto del Colegio y la expulsión violenta de varios Padres, cuando oyeron destrozar los muebles del segundo piso. En vista de todo lo acaecido y de lo que acaecía, perdieron toda esperanza de socorro por parte de la autoridad. Entonces pidió el Hermano Vilardell al Hermano Schorro alguna llave para abrir la ventana que daba sobre la

nave lateral de la Iglesia en construcción. Abrían esta ventana para buscar algún escondite, cuando algunos facinerosos, rompieron la puerta que estaba en el centro del largo mirador, y que el Hermano Vilardell había cerrado. El Padre Cabeza huyó entonces a la azotea, corriendo detrás del Hermano Torres, pero no atreviéndose a pasar como él a la cornisa de la Iglesia, retrocedió. Allí, pues, le agarró un mulato, que le acompañó hasta la ventana del mirador, y descargó sobre su cabeza el primer golpe, que fué muy fuerte, mientras que otro bandido levantando el garrote, y en tono de amenaza, hizo salir de su escondite al Hermano Vilardell, que se había ocultado detrás de una pared. Obediente al grito de "¡abajo, canalla! ¡vengan para acá!, el P. Cabeza que iba delante del Hermano Vilardell y del Hermano Schorro bajaba los tres o cuatro escalones que llevaban de la azotea de la Iglesia al mirador, cuando recibió un segundo golpe tan recio y terrible, que cayó allí mismo sin sentido. En los mismos escalones recibió el Hermano Schorro tales porrazos que le derribaron al lado del Padre Cabeza. El Hermano Vilardell veía horripilado todo esto y vióse constreñido a entrar en el mirador, mal de su grado, pues el que le había hecho salir de su escondite le seguía con el palo levantado para descargarlo sobre él, si se detenía, y delante estaban los que con tanta cortesía acababan de saludar a sus compañeros, dispuestos a recibirle del mismo modo, gritándoles entre tanto: "¡pillos, ladrones, asesinos!". Para evitar algún porrazo, pasó corriendo aquel verdadero vericueto, donde eran muchos los que sin compasión querían darle en la cabeza. Al sentir sobre sus hombros aquella tempestad, buscó refugio bajo una mesita que había en el mirador. Dios, que no quería que dicho Hermano muriese todavía, le libró de uno de aquellos desalmados, que se agachó junto a él, y forcejeaba para sacar de la cintura un revólver, cuando fué llevado por una oleada de gente que se dirigía a otro punto. Cobijado el Hermano bajo aquella mesita y chorreando sangre de sus heridas, ofrecía a Dios la vida y lo que por su amor padecía, cuando se le acercó otro pretendiendo herirle con un cuchillo, de quien le libró el Señor como del primero. Inmediatamente otra chusma le obligó a salir de allí y descargó sabre sus espaldas y cabeza, tal lluvia de garrotazos, que a no dejarse caer como muerto le hubieran sin duda acabado. Tendido y tan mal parado, aumentóle su pena el ver

al Padre Cabeza echado en tierra y sin movimiento; pegada su frente venerable al suelo, enrojecidos sus blancos cabellos por la mucha sangre que chorreaba de sus heridas. Vió al mismo tiempo pasar al Hermano Torres, acompañado con grande algazara de muchos foragidos que lo golpeaban sin piedad.

Saltado que hubo el Hermano Torres a la cornisa de la Iglesia, como se dijo, anduvo como seis metros por aquella alta cornisa, hasta llegar a la esquina del crucero. Aquí alcanzan a verle las turbas (que todo lo invadían sin dejar rincón que no examinasen) y le gritaron: "¡abajo, fuera, canalla!" añadiendo mil insultos acompañados de ladrillazos. Tuvo, pues que deshacer el camino andado, y volver a entrar por la misma ventana por donde había salido, teniendo la fatalidad de ser visto por el último de aquellos que habían hecho volver al mirador a los tres, que hemos referido; el cual así que le vió, le comenzó a gritar "¡abajo, afuera!" y el Hermano le preguntó entre otras cosas y con gran mansedumbre: "¿me asegura usted la vida?" —Contestóle que sí; y para confirmarlo, le tomó del brazo y descargó el primer golpe sobre su espalda. A los pocos pasos ve tendidos al Padre Cabeza y Escolar Vilardell, chorreando sangre. Llegáronse entonces a él varios foragidos, uno de los cuales le dió un golpe en la cabeza con furia tal, que lo arrojó contra la pared: mas él se apoyó con una mano en el suelo para no caer del todo. Levantado apenas, recibió en los brazos y en la cabeza un sinnúmero de golpes. Al llegar a la escalera que bajaba del mirador, aquel sujeto inhumano, que prometiera salvarle la vida, con toda su rabia y aliento le dió un empujón escalera abajo, que a no ser la señaladísima protección de la mano del Señor, se hubiera allí estrellado. A palos y garrotazos fué llevado hasta el patio. Mientras hacía esfuerzos para saltar una cerca de madera, que había en medio del gran patio junto a la Iglesia, uno de aquellos hombres le tenía del brazo, y otros le daban de golpes sin compasión ni descanso, defendiendo el Hermano con el otro brazo, el que lestimaran su ya machucada y herida cabeza. Pasada con suma dificultad, la cerca y chorreando sangre, dirigió a uno, que instigaba a otros para que le pegasen, estas sentidas palabras: "¿no ve cómo estoy?" "¿por qué quiere que me peguen más?". Entonces uno, que creyó el Hermano que era el que prometió salvarle la vida, le llevó hasta la puerta de la capilla, y de un empujón le arrojó a la multitud, que le recibió también con golpes y palos. Acosado por todas partes, empezó a correr hacia la calle Lavalle, evitando a todos los que le salían al encuentro. Cerca de la esquina de Lavalle, el General Vedia detuvo a muchos de los que perseguían al ensangrentado Hermano. Luego un joven Luzurriaga, oficial que era de Policía, vestido de particular le gritó: "venga, Padre, yo le salvo"; y tomándole del brazo, siguieron corriendo hasta media manzana, donde les abrió la puerta de su casa el señor Romero; quien después de dejar entrar a algunos conocidos la cerró, y tomó dos revólveres para de-

fenderse de la chusma, que pedía a gritos les echasen fuera al Padre, e insultaban a las señoras, que estaban en las ventanas de la casa, porque albergaban al fraile.

Libre de una bala que pasó entre él y el señor Lusurriaga, cuando corrían por la calle, y de tantos otros peligros, habiendo quedado muy herido y sin fuerzas, era hora de tratar de su curación. Sentado, pues, en una silla y bañado todo en sangre, que le manaba en abundancia de seis heridas graves en la cabeza, le hicieron quitar la sotana y camisa empapadas en sangre, y le cuidaron con solícita caridad, los jóvenes Fiorini y Pozzo, a quienes edificó sumamente la paciencia del Hermano. Dos botellas de árnica no lograron restañar la sangre, teniendo que acudir al percloruro de hierro, que le hizo sufrir intensamente. Todavía le quedaba, después de aquel dolorosísimo remedio una herida chorreando. Insinuó que desearía llamasen al médico del Colegio, Dr. Lucilo del Castillo; mas sólo fué encontrado el doctor Montes de Oca, que le afeitó la mitad de la cabeza, y curadas con mucho afectos las heridas, le vendó lo mejor que pudo.

Volvamos ahora a los tres que quedaron tendidos en el mirador. El Hermano Schorro menos mal parado y conservando más fuerzas que sus dos compañeros, al segundo grito de: *¡Abajo canalla!* se levantó y bajó al primer piso recibiendo numerosos golpes de la chusma, que todo lo invadía y gritaba: *¡degüéllenle!* Al doblar la escalera, un bandido de vista espantosa, furioso y con un cuchillo en la mano, le tomó del brazo e iba a descargar el golpe, cuando, por providencia de Dios, dos hombres le sacaron de las manos de aquel verdugo y le condujeron por el patio de la Iglesia que estaba llenísimo de gente. Allí, entre gritos de muera, golpes e insultos, le sacaron la faja, el rosario, la caja de anteojos y otros objetos que le encontraron en los bolsillos. Con mucho trabajo le sacaron aquellos dos caballeros por la puerta de la capilla, que parecía un infierno, y le condujeron a la casa de un pobre albañil, italiano, no muy distante del Colegio. En esta pobre casa estuvo como dos horas, y le curaron las tres heridas que le manaban mucha sangre.

Los bandidos, de los cuales se escapó el Hermano Schorro, en la manera que hemos dicho, y que quedaban en el mirador dispuestos a cometer cualquier atentado, intentaron echar al Padre Cabeza por una ventana; pero siendo éstas altas y pequeñas, y habiendo el Padre vuelto en sí, y conservando bastantes fuerzas, resolvieron llevárselo por la escalera. Dando el grito de: "levántese; para abajo", le tomó del brazo uno de aquellos foragidos, y bajando la escalera registrábanle los bolsillos. Díjoles el Padre con admirable mansedumbre: ¿qué buscan? —Armas: respondieron. A lo que replicó el Padre: ¿qué armas he de tener yo aquí?

En el ínterin, viendo el Maestro Vilardell (que permanecía tendido y como muerto) que ya bajaba la chusma con el Padre, creyéndose no ser visto, echó a correr intentando como antes esconderse. Mas uno de los que iban detrás, se dió vuelta, le vió y gritó: allá corre uno. Vuelan, pues, algunos contra él, pero él al ver esto, se finge exánime y se deja caer. Entonces tres o cuatro, en quienes hizo algún sentimiento la vista de sus heridas y rostro ensangrentado, le levantaron, prometiéndole que le salvarían la vida. Le importunaron para que les dijera dónde estaban los otros Padres, como condición para libertarse. No lo puedo decir, replicó Vilardell, porque no lo sé. Habiéndole sacado de los bolsillos cuanto tenía, conducido por tal gentuza, llega hasta donde estaba el Padre Cabeza en el primer descanso de la escalera, y allí la providencia le deparó a un hombre honrado que debía salvarles. En efecto, se compadece de los dos un señor Moreira, quien gritó a las turbas: "Señores, la manifestación ha sido bien hecha; pero déjenles por humanidad". Los tomó del brazo y les acompañó en dirección a la cocina, por el corredor de las clases. Uno de la turba iba a clavar un puñal en las espaldas del Padre Cabeza, cuando el señor Moreira dió un golpe contra el brazo del asesino, haciendo caer el cuchillo. Libre de éste y otros peligros, llegaron al corredorcito de la cocina, donde vieron el fregadero hecho un horno, y al salir por la puerta de Lavalle, las turbas impresionadas con la vista lastimosa que ambos ofrecían, cubiertos de sangre, les abrieron paso; y una respetable señora doña Carmen de Clemente, viuda del coronel don José de Guerra, estando en la puerta de su casa, enfrente de la del Colegio, les acogió con toda caridad. Allí les curó con cuidadoso cariño un practicante y el médico doctor Lucilo del Castillo. El mismo joven que había salvado al Hermano Moreira, entró en dicha casa como de visita y queriéndose dar a conocer al Maestro Vilardell, le dijo: ¿Me conoce, Padre? Yo soy Matías Erausquin, siempre me encuentro con los malos. Aunque acérrimo enemigo de ustedes, voy ahora a ayudarlo a curar. Mientras esto hacía exclamaba: ¡qué dura cabeza tiene, Padre! y luego dijo: "le hablamos en confianza para que no se formen ilusiones: fuimos autorizados por el Gobierno, para hacer lo que se ha hecho". [511].

El Padre Cabeza tenía dos graves heridas en la parte superior de la cabeza; una de tres pulgadas de largo, otra de cuatro y media que llegaba hasta el cráneo, que por milagro de Dios no fué abierto en dos partes. Al Maestro Vilardell le salió una erisipela en el rostro a resultas de la calentura; de la cual y de las cuatro o cinco heridas en la cabeza y muchas en el cuerpo sanó a las dos semanas; al cabo de las cuales fué a Santa Fe.

7. El último en salir del Colegio fué el Hermano Antonio Binimelis. Al oír el asalto, corrió a su oficina, esto es, a la ropería para cerrar las ventanas. Cerradas todas las del corredor de los Padres que dan al patio interior, y todas las puertas de

los aposentos del ala del Este del Colegio, se puso en acecho en una de aquellas ventanas que miran al patio interior, por un postigo entreabierto, desde donde presenció los hechos, que hemos ya referido. Vió salir a los Padres Rector, Ministro, Albi y Serrat de dicho patio, y cómo muchos de la chusma salieron con roquetes ,albas, estolas y otros objetos de culto, y hasta con los ramos de flores que se hallaban en la capilla pública, dentro de las urnas de los santos cuerpos de los mártires San Aurelio y San Fidel. Sólo con la especial gracia con que Dios asistía a todos, se explica que ni este Hermano que tenía un genio muy fuerte, ni otro alguno de los Jesuítas prorrumpiese en algún acto de impaciencia o imprecación en medio de los hechos inicuos que presenciaban.

Amenazado con un pedazo de silla por un bandido que desde el patio alcanzó a verle, volvió por segunda vez a la ropería. Allí estuvo más de un cuarto de hora, sentado delante de un Crucifijo, sin acertar a rezar ni saber qué partido tomar. Pasó luego a la Biblioteca, de donde regresó por tercera y última vez a la ropería; de la cual después de mucho rato y de haber visto desde una rendija de la puerta varios asaltantes, que empuñando teas encendidas y vomitando blasfemias, iban y venían de la escalera de mármol al corredor de los Padres, disfrazándose de civil, tuvo que salir de allí a menos de morir asfixiado por el humo, que llegaba a la ropería por el corredor de los Padres, en cuyo extremo se hallaba.

Casi sin ver, y sofocado por el humo, traspasó todo ese corredor, y al llegar a la escalera de mármol, vió hecho un horno todo el corredor del ala del Sur. Apenas llegado al pie de la escalera, le asió del brazo un hombre que le dijo con énfasis: ¿Usted es Jesuíta? Sí señor; le dijo intrépido el Hermano, ¿qué se le ofrece? "No tenga usted miedo" respondió el caballero, le voy a salvar. Acompañóle, pues, y al llegar delante del aposento del Padre Rector, le tomó otro del brazo, ofreciéndose también a salvarle. Llegados al zaguán, que estaba cuajado de gente que gritaba: ¡muera, muera!, le dieron muchos golpes, mientras uno que llevaba una bandera se la ponía entre las manos, y daba a la multitud las voces de ¡orden, respeten a la bandera!... a lo que respondían: ¡muera, échenlo a la hoguera! ¡a la hoguera! Diéronle en el umbral de la portería tales golpes, que cayó sin sentido, y lo hubieran echado a la hoguera, a no haber sido por la compasión de algunos y el esfuerzo de los dos que le habían prometido salvarle; arrastrándole éstos por la vereda, pudieron lle-

varle a la calle Lavalle, y en brazos lo condujeron, después de golpear en varias puertas, hasta que la casa de unas señoras Girales, le recibieron muy piadosamente. Hasta la esquina no recobró el sentido, y se encontró con varias heridas en la cabeza, una grave cerca del párparo derecho y otra en la mejilla izquierda. Esto tuvo lugar como una hora después del asalto al Colegio.

8. En la calle de Río Bamba entre las de Tucumán y Viamonte, vivía el señor don Félix Klappenbach, escribía después Francolí, honrado caballero y buen católico, que tenía tres hijos en nuestro Colegio, el cual informado por doña Josefa Navarro Viola del asalto y expulsión de los Padres del Colegio, salió apresuradamente en busca de ellos, y como queda referido, hizo entrar en su casa al Padre Savels y los seis Hermanos que salieron a la vez. Inmediatamente se fué a la policía en busca de la tropa y a echarles en cara tanta indolencia. Envióse a la casa de aquel buen católico un piquete de vigilantes para defenderla, y él salió con el intento de auxiliar a otros Padres. Al cabo de un rato volvió a su casa, diciendo a los siete hospedados: "El Colegio está ardiendo".

Como a las cinco visitó el Jefe de Policía a los religiosos refugiados en esta casa, mostrando grande indignación y sentimiento por los escandalosos hechos que acababan de tener lugar; y dijo que él mismo había recibido golpes e insultos por tratar de contener a la multitud; añadió que estaba a nuestra disposición, que pidiesen cuanto necesitaban los Padres, y si quería que condujera otros compañeros a dicha casa.

A tantas ofertas, respondieron que le agradecerían les trajeran a aquellos Padres y Hermanos que no estuviesen seguros o quisiesen juntárseles. La señora doña Catalina de Galbraith, hermana política del señor Klappenbach, acompañó al comisario de Policía que el jefe mandó en busca de algunos Padres. Muy presto fueron conducidos a casa del señor Klappenbach, y a instancias de aquella señora, el Padre Jordán y los Hermanos Codorniu, Tugues Soler, Bode y Martorell, disfrazados todos del mejor modo que pudieron. Al propio tiempo trajeron al Padre Mazarraza, los mismos que le habían disfrazado y sacado del Colegio. Al dar los Padres las gracias a aquellos humanitarios caballeros, y al decirles que Dios les pagaría aquel rasgo de generosidad, contestaron: que

no esperaban recompensa alguna, pues lo que hoy hacían por el Padre, mañana otros lo harían por ellos.

Entrada la noche, conmovió sumamente los corazones de todos los Padres y Hermanos que se habían ya reunido en casa del señor Klappenbach, la lastimosa vista del Hermano Alejo Torres y del Hermano Binimelis, ambos heridos y vendados, débil el primero, y cubierto de costras negras, formadas por el percloruro de hierro, con que le habían restañado la sangre. No es fácil explicar el sentimiento y afecto con que le abrazaban mutuamente todos los Padres y Hermanos, después de tan horrible tormento; y mirándose como resucitados por el favor de Dios. A no tardar abrazaron también al Padre Serrat, que fué acompañado de la casa de la señora Carmen de Guerra a la del señor Klappenbach, por el doctor Lucilo del Castillo y doctor Ayerza y el comisario de Policía.

Llegaron pues a reunirse en aquella piadosa casa cuatro Padres, y trece Hermanos, donde fueron visitados por varios caballeros, que pedían con insistencia hospedar a algunos de los nuestros. Fueron asimismo a visitarlos y a tomar sus nombres y ofrecerles seguridad algunos encargados de Policía. Después de prometer doscientos soldados de guardia, dejaron desamparada la casa aun los pocos que antes la custodiaban. En el interin, para mayor seguridad y siguiendo el parecer de los amigos que los invitaban afectuosamente a sus casas, se distribuyeron los Padres y Hermanos en el orden siguiente:

El Padre Jordán y el Maestro Infante a la casa del doctor don Toribio Ayerza, médico muy distinguido, que tenía tres hijos en nuestro Colegio, además de otros tres que había educado también en nuestros Colegios de aquí y de Santa Fe. Al Hermano Murgadas le condujo a la suya el doctor Cepedano,, desde la del doctor Ayerza. Los Hermanos Codorniú, Soler y Martorell, fueron acompañados por el señor don Benigno Allende, a su propia casa. El Padre Serrat y el Hermano Binimelis a la de la señora madre del doctor Castillo, médico de nuestro Colegio. Este llevó a la suya a los Hermanos Torres, grevemente herido y Francoli, algo enfermo para cuidarles afectuosamente, como lo hizo con los demás Padres y Hermanos heridos. El señor don Benjamín del Castillo, su hermano, dió asimismo generosa hospitalidad al Hermano Bella.

El Hermano Arrieta fué trasladado a la casa del joven don Ignacio Masini por el señor don Antonio Zavala, el cual condujo a la suya a los Hermanos Tugues y Rota; y allí los tuvo hasta que pasaron después al Seminario. El doctor don Miguel Navarro Viola condujo a su casa al Padre Savels, y el doctor don Joaquín Cullen, amigo sincero de nuestra Compañía, de la que fué discípulo en Santa Fe, llevó a la casa del señor Fresco, donde él vivía, al enfermo Padre Luis Mazarrasa. El Hermano Bode fué asilado en una casa de la calle Tucumán, a veinte pasos de nuestra Iglesia.

En cuanto a los once restantes, el Padre Rector fué conducido a la casa del doctor don Pedro Palacios, el cual a todo trance quiso llevárselo de la casa del señor Guillermo Tupper, que le había asilado y defendido.

El Padre Albi y los Hermanos Morera y Piñón, acogidos en casa del anciano señor Erausquin, tío del joven Matías Erausquin, e importunados por los caballeros de aquella familia, para que les ocupasen en lo que quisiesen o tuviesen menester, mandaron una carta al Padre Sató y otra al señor don José María Soto, amigo nuestro. Este, después de anochecido, les visitó y trasladó al Padre Albi y al Hermano Morera, a su casa, donde fueron tratados como miembros de la familia, y les puso en camunicación con el Padre Rector y con la mayor parte de los otros Padres. El Hermano Piñón quedó en casa del señor Erausquin.

El Padre Torrents pasó de la casa donde se refugió, como a las tres y media a la de doña Carmen de Guerra, donde estuvo dos semanas en compañía de los gravemente heridos Padre Cabeza y Escolar Vilardell, mientras que el Padre Martorell permanecía seguro en casa de don Andrés Costa y el Hermano Schorro en la del doctor Floro Costa, donde estuvo dos días sin saber nada de los demás Padres y Hermanos: los cuales a su vez, no sabían su suerte ni su paradero; y de quien afirmaron los periódicos que había muerto. El Padre Wolter se hallaba en la casa de huérfanos de las Hermanas del Huerto.

Los que penetraron en la capilla, ubicada entonces entre la Iglesia actual, y la actual portería del Colegio, y que fué lo primero que asaltaron las turbas, cometieron en el acto mil profanaciones, rompiendo y saqueando cuanto se les ofrecía. Luego empezaron a sacar bancos, sillas, ornamentos, cálices y otros ob-

jetos del culto divino, que depositaban en medio de la calle, prendiciéndoles fuego; así se inició la inmensa hoguera, de que se ha hecho mención.

Para que fuera más manifiesta a todo el mundo la verdadera causa, que inducía a tantos impíos al asalto del Colegio, despedazaron y maltrataron muchas reliquias, como también los dos cuerpos de los Santos Mártires Aurelio y Fidel, precioso obsequio que el Papa Pío IX había hecho a los Padres Jesuítas: rompieron y apuñalearon varios cuadros y pinturas de los Santos. Un gran cuadro de Cristo orando en el Huerto, conserva aún los señales de los dos grandes tajos, muy prolongados en el rostro, y una enorme puñalada al lado del corazón que le infirieron entonces los asaltantes. De igual modo se ensañaron en el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, a cuyo altar prendieron fuego; y lo propio hicieron con los retratos de San Francisco Javier y de San Francisco de Borja y de otros muchos. Pero especialmente mostraron su encarnizamiento y su cólera sacrílega contra San Ignacio de Loyola, clavándole el cuchillo en la garganta y en los labios. Muchos otros cuadros, tanto en la capilla pública, como de la privada y de otros puntos del Colegio, fueron rotos y maltratados, como puede verse en los que se conservan actualmente en el Museo. Histórico del Colegio. Saquearon y violaron los tres altares de la capilla y despedazaron las imágenes, abrieron de un hachazo el sagrario, se llevaron los copones llenos de formas consagradas para arrojarlas a la hoguera, y según se afirma, llegaron a pisotear las que cayeron en tierra.

En medio de tantos sacrílegos profanadores no faltaron piadosas matronas y cristianos caballeros que salvaron de la capilla lo que pudieron; y es digna de eterna memoria, una devota mujer italiana, que con valerosa intrepidez, despreciando los gritos y amenazas, se metió en el fuego para recoger las partículas que pudo, y llevólas a la Iglesia más cercana.

El señor Arzobispo, para informarse de lo ocurrido, escribió a la Madre Superiora de las Hermanas de la Misericordia, la cual respondió con la siguiente carta ,que para mayor inteligencia de estos hechos trasladamos aquí [512].

"Al Excmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, doctor don Federico Aneiros.

"Muy Ilmo. y Rvmo. señor: Todo lo que sabemos es que el domingo, entre las tres y cuatro de la tarde, vino al convento una pobre mujer trayendo tres veces hostias que había alzado de la calle, donde fueron arrojadas con una porción de ornamentos de altar y mueblería de la capilla del Salvador, para ser quemados. La amenazaron quemarla igualmente, si volvía; pero ella, en su aplicación, no hizo caso de sus amenazas.

"Como habíamos oído decir que se vió a los anticristianos vaciando en la calle el copón, temíamos mucho que verdaderamente fuese el Santísimo. Así lo recibimos en purificadores con toda veneración; y la sacristana, entre las lágrimas de todas las Hermanas, lo puso en un tabernáculo que hay vacante en la sacristía, con una lámpara encendida.

"La H. Sacristana, a la mañana siguiente ,informó al Padre Alemán [el P. Wolter] que vino a decirnos la misa, de todas las circunstancias; y él dijo después que había hecho lo preciso.

"La primera vez que venía la pobre señora traía una hostia grande, y las otras dos veces, hostias chicas. Pero . . . ¡ay, en qué estado! . . . Pisoteadas y mezcladas con vidrio roto y con sangre!, etc.

"Indigna, hija en J. C. de V. S. Rma. *Sor María Evangelista.* — Colegio de las Hermanas de la Misericordia. — Marzo 7 de 1875".

Cansadas las perversas manos de muchos asaltantes del saqueo y destrozos, se dedicaron al incendio. Todavía no habían salido todos los Padres del Colegio, y mientras muchos de los facinerosos destrozaban aún y robaban sin distinción lo sagrado y lo profano, fueron derramando petróleo (del que en la despensa hallaron y del que habían traído en carros, según que afirmaron muchas personas haber visto) el cual echaban también con bolsas grandes de estopa y lienzo empapado, mientras que otros iban con teas encendidas, prendiendo fuego por distintos puntos. principiando por los altos y siguiendo por el segundo y primer piso; de suerte que, cuando salió el Hermano Binimelis, ya ardía la capilla que estaba debajo de la ropería, y muchos otros sitios del Colegio. Al cabo de una hora, ya era presa por las llamas todo lo que era propiamente Colegio.

A los bomberos que vinieron después, les cortaron las lanzaderas, impidiendo el uso de las bombas. Ardió pues, todo, sin que nadie disminuyese el furor de las llamas.

Cuando se empezó a quemar el Colegio, el señor don Clodomiro Mora fué al cuartel del Parque, que estaba donde hoy el Palacio de Justicia o Tribunales, a pedir auxilio a la tropa, y se le contestó que esta había sido licenciada ese día, no habiendo más que la guardia, la cual no podía acudir.

Fuera de esto ,se dijo, que la súplica enviada por los Padres del Colegio al Presidente de la República, a las doce del día, como queda referido, no fué abierta hasta las cuatro, por no suponer que su contenido fuere de urgencia, siendo así que el sobre llevaba en grandes letras la palabra *urgente*. Esta es la voz que corrió. Sin embargo, lo que parece cierto es que el Presidente, al saber del tumulto en el Palacio del Arzobispo, y tal vez algo de lo que sucedía en el Colegio del Salvador, abrió la nota, y como cosa de la jurisdicción de la Policía y del Gobierno Provincial, la remitió a éste. Pero no se hallaban en casa ni el Gobernador, ni alguno de sus ministros. De modo, que aquella tarde, estaba la Ciudad sin Gobierno, y sin policía, en manos de las turbas. Así que no faltaron avisos al Gobierno, por cuanto además de los dichos, el señor don Fernando García del Molino y el señor Fernández Blanco, verbalmente, pusieron en conocimiento del Presidente de la República, el asalto al Palacio Arzobispal y el que se iba a dar al Colegio del Salvador.

Por fin ,a instancias de algunos caballeros honrados o amigos de los Padres, fué enviada al Colegio la tropa de línea, que se presentó cuando todo ardía y estaba ya consumado el crimen.

Con todo, tal vez impidió que los vándalos fuesen al Colegio de los Padres Bayoneses y al Seminario, del cual habían ya salido el Padre Sató y demás Padres y Hermanos, que en él moraban ese año, y se habían refugiado en la casa de un protestante, y en algunas otras. Lo mismo hicieron los jóvenes seminaristas.

La llegada de la tropa cambió el aspecto de las cosas, ya que se ordenó a la multitud alejarse del Colegio que ardía en todas sus partes. Pero la policía no fué, en un principio obedecida, antes comenzaron algunos foragidos a arrojar piedras a los soldados mismos. Estos recibieron entonces la orden de usar de las armas de fuego, y quedaron tendidos en la calle cinco heridos y dos muertos. Huyeron entonces todos los participantes en el saqueo e incendio del Colegio, y los comisarios Uballes, García e Igarzabal sólo pudieron atrapar a algunos de los principales autores de aquella "manifestación comunista", según se expresaba entonces un cronista.

Al caer de la tarde, a eso de las 18 horas, el fuego había ya realizado su tarea, y comenzaron a derrumbarse los techos, convirtiéndose en pavesas las tres cuartas partes del edificio del Colegio.

Pero fué Dios servido que quedase intacta y libre del incen-

dio la grande y esbelta Iglesia en construcción ,porque, primeramente, el viento sopló de Norte a Sur, y alejó de ella las llamas, y habiendo los asaltantes atado a una larga maroma, que colgaba de la altísima cúpula, madera y virutas encendidas, se quemó la cuerda, como era natural, viniendo abajo toda la leña, que no llegó a dañar los andamios de la cúpula. Y aunque prendieron fuego en la maderas y cimbras que estaban amontonadas en tres puntos distintos, sólo se quemó un pedazo de techo de una nave lateral.

Capítulo VIII

DESPUES DEL INCENDIO

1 — *Robo y saqueo en la noche del 28 de febrero;* 2 — *Curioso incendio del día 1º de marzo;* 3 — *Ventajas espirituales;* 4 — *Luis Varela y las Logias protestan contra el asalto e incendio;* 5 — *En la Cámara de Diputados el día 1º de marzo;* 6 — *Miguel Navarro Viola y Guillermo Rawson en el Senado;* 6 — *El Juez del crimen y los crímenes del 28 de febrero.*

Perpetrados en el edificio del Colegio y en la Capilla pública y en la privada los atentados y sacrilegios ya anotados, dispersos los Padres y Hermanos, heridos algunos de los mismos, y todos ellos con el corazón traspasado ante el espectáculo de tanta ruina y de tan bochornoso asalto, quedaron humeantes las ruinas y surgían de vez en cuando nuevas llamaradas de entre las mismas, iluminando a la vez a los espíritus serenos sobre los desgraciados sucesos de aquella tarde. Quedaron custodiando las ruinas y la pequeña parte del Colegio, que había quedado libre del incendio, algunos policiales, los cuales lo hicieron tan mal, que durante la noche del domingo y la del lunes robaron ellos, u otros, mucho de lo que las perversas manos de los asaltantes y las mismas llamas habían respetado o abandonado.

Estaban en el segundo piso del ala Este, sobre Callao, que es la que se salvó del incendio, la ropería, la biblioteca y los aposentos de los Padres, que habían quedado intactos y libres del saqueo, ya fuera porque los asaltantes no penetraron en el corredor al que dichas piezas daban; ya fuera que por la oscuridad, que el Hermano Binimelis le dió, cerrando todas las puertas y ventanas, y por el humo que iba penetrando en dicho corredor, nadie se atrevió a ir por el mismo. Mas por la noche, ocultados los policiales por las tinieblas fueron sacando, ellos u otros, lo mejor que pudieron escoger en la ropería, no dejando más que lo usado o lo enteramente inútil. Del mismo modo desaparecieron de la biblioteca los clásicos españoles y los libros más preciosos, dejando muchas obras truncas, no pocas de las cuales habían sido echadas a la calle o al fuego.

Véase lo que, a este efecto hallamos en una nota que forma

parte del *Sumario policial*, levantado después de los sucesos del 28 de febrero:

El vigilante de bomberos Federico de Nápoli, que vive Rivadavia 520, fué tomado como a las tres y media de la mañana del día primero del corriente con un atado de libros, e interrogado de dónde los traía, declaró que del colegio del Salvador, que estaba quemándose, y que allí los recibió del oficial de bomberos don Juan Tanca, quien le dijo que los llevara a su casa, calle de Mayo 226. Interrogado el oficial don Juan Tanca, expuso: que dirigiéndose al vigilante bombero Federico Nápoli, le dijo llevase a una casa frente al colegio del Salvador, unos libros salvados del incendio, y no oyéndole éste bien le preguntó a dónde y entonces le dijo a casa, y creyéndoselo dicho vigilante fué a llevárselos; pero que su intención no fué esa, sino que, incomodado por la pregunta tan intempestiva que le hacía, le contestó indistintamente aquello. Los libros a que antes me refiero han sido entregados a la oficina de depósitos, como consta en el adjunto recibo. y en cuanto al bombero vigilante Federico de Nápoli, que es italiano, de 33 años, casado, blanco, sabe leer y escribir, tuerto del ojo izquierdo, queda en este departamento a disposición de V. S. y le aviso a sus efectos".

Relación de los libros encontrados en poder del bombero vigilante Federico de Nápoli, que se remiten a la oficina de depósitos: 9 volúmenes escritos en italiano, titulados: "La civiltá catolica"; 1 volumen escrito en francés titulado: "Vie de N. S. Jesucristo"; 1 volumen titulado: "Reducción de monedas extranjeras" y un tarro conteniendo rapé.

2. El lunes, 1º de marzo, cuando ninguna señal de fuego había, como a las nueve de la noche, no se sabe por qué casualidad, si porque había quedado fuego sepultado bajo los escombros, o porque clandestinamente viniesen algunos enemigos a incendiar de nuevo el ya arruinado edificio, lo cierto es que de repente se levantaron furiosas llamas que acabaron de devorar con mayor ardor que el día anterior, el ala central, donde estaba la capilla, y un dormitorio de los niños, y toda el ala del lado de la calle Lavalle, donde estaba el comedor de los alumnos, aposentos de los profesores y un dormitorio de los alumnos.

Salían las llamas con tal furia, que llegaban hasta las casas de la otra parte de la calle, cuyas puertas se tuvieron que mojar para que no prendiera en ellas el fuego, teniéndose que desocupar alguna de las casas de enfrente. Hasta las dos de la noche duró el tal incendio, hasta que desplomándose, todos los techos y algunas paredes ahogaron el fuego.

Así, pues, de todo el gran Colegio sólo quedó, como hemos

indicado, libre del incendio, el ala que mira a la calle Callao, y la parte recién construída, aquel año, que comprendía la cocina, fregadero y despensa, y dos largos corredores que en los patios de la primera y segunda división se habían edificado al principiar el curso del 1874. Todas estas partes, excepto los dichos corredores, quedaron sin embargo en tal mal estado, que fueron menester veinte días de trabajo y unos 5.000 pesos para que fuesen habitables. Todo lo restante quedó reducido a pavesas. Se perdieron las clases con todos sus utensilios, los dormitorios con todos los camarotes, camas y mueblería de los niños, el Gabinete de Física y Química, con todos sus ricos y numerosos aparatos, y la preciosa colección de Botánica, y la colección de más de dos mil minerales, los altares de la Capilla pública y los de la Capilla doméstica, con la mayor parte de los ornamentos sagrados y no pocos de los libros más preciosos de la Biblioteca, el archivo de la Misión, con casi todos los documentos y muchos otros objetos, que sería largo enumerar.

3. Tantas pérdidas materiales, escribía después el Padre Francolí, fueron compensadas con las muchas ganancias morales, pues el Señor se dignó regalarnos mucha pobreza, desprendimiento e indiferencia práctica, rodeada de sus compañeras: la penuria, y la falta de muchas cosas, la estrechez y mortificación, juntas con grande resignación y alegría interior. Fuera de esto y de la grande corona de gloria, que Dios preparará misericordiosamente para los que por su amor padecieron, los buenos aumentaron su devoción y afecto a nuestra Compañía, quedó toda la ciudad indignada en vista de tanta barbarie, sembrando el terror y abominación contra los cómplices de tal vandalismo en todos los pechos honrados, los enemigos que nos querían fuera, reprobaron el hecho, los masones se dividieron, los mismos promotores del alboroto se avergonzaron, y nadie quería ser autor de tan nefandos atentados.

Para que se pueda juzgar mejor de esta impresión, vamos a extractar los principales trozos de algunos documentos oficiales y protestas particulares, que se apresuraron a dar luz por aquellos días.

4. El mismo Luis Varela, que en hojas sueltas y en el diario *La Tribuna* había publicado pestes contra los Jesuítas, espan-

tado de su obra y queriendo eludir la responsabilidad, fué el primero en protestar en estos términos: "Hemos sido los primeros en atacar el entronizamiento de los Jesuítas entre nosotros, hemos sido los primeros en aplaudir las protestas, pero somos también los primeros en condenar" el asalto al Salvador.

La misma noche del 28 escribió una protesta el Presidente del Club Universitario, donde entre otras cosas dice: "El incendio y el asesinato al lado de la profanación sacrílega, son crímenes que no pueden inspirarse por hombres honrados, por hombres libres, por hombres que han probado respetar las instituciones", etc.

A su vez el Club Universitario, que como hemos dicho, convocó al pueblo a la manifestación del 28, publicó también su protesta, de la cual copiamos el siguiente párrafo: "*En nombre de la constitución*, de las leyes, de la civilización, de los sentimientos humanitarios, la Comisión Directiva del Club Universitario condena enérgicamente los actos salvajes del fanatismo, de la intolerancia, cometidos a la sombra de la bandera generosa y pura que la juventud levanta con fe y entusiasmo".

La gran mayoría de los estudiantes de la Universidad protestaron también el 1º de marzo con la siguiente publicación:

> "Para evitar las erróneas interpretaciones a que pudiera dar margen el título de la asociación Club Universitario, los infrascriptos estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, declaramos que dicho Club no representa sino a los miembros que lo componen, y de ninguna manera a los firmantes que protestan enérgicamente contra los hechos criminales y vergonzosos que han tenido lugar el día de ayer, y que sublevan la indignación de todo argentino". (Siguen las firmas).

5. El mismo día, 1º de marzo, la Cámara de Diputados sancionó una minuta de comunicación al Gobierno de la Provincia en la que se lee [513]:

> "Ante el asesinato e incendio producido por turbas que no respetaron a su paso la Religión ni el Estado, pues que profanaron los templos y resistieron la autoridad, los legítimos representantes del pueblo creen afectados los intereses generales de la Provincia, y en uso de la facultad que les confiere el artículo 87 de la Constitución, vienen a V. E. declarándole que su opinión de ciudadanos y legisladores les aconseja dirigirse al Poder Ejecutivo, para que éste lo haga al Poder Judicial, pidiéndole en nombre de la humanidad que preste atención preferente al enjuiciaminto de los autores de los crímenes cometidos ayer: que habilite todos

los días y todas las horas para adelantar el proceso por momentos; que aplique a los asesinos e incendiadores todo el rigor de las severas leyes penales, y cumpliendo implacablemente aquella sentencia, devuelvan a Buenos Aires la tranquilidad perdida, reparando así, en parte, las ofensas hechas a la Constitución, que garantiza a todos los habitantes los derechos que los asesinos e incendiarios han hollado, y la injuria que han inferido a la civilización".

Con fecha del mismo día el Ministro de Guerra y Marina, escribió en estos términos [514]:

"Al señor Provisor y Gobernador del Arzobispado.

"Se ha recibido la nota de Su Señoría de esta fecha, y en su consecuencia se han tomado las disposiciones convenientes para cortar o castigar cualquiera agresión que en prosecución de los sucesos del 28 se intentase ahora.

Creo inoficioso hacer saber a Su Señoría, que el crimen de ayer ha causado una impresión profundamente dolorosa, tanto al Presidente de la República, como a todos sus consejeros, y puedo asegurarle que, si desgraciadamente se repitiesen los hechos que motivan esta nota, el castigo sería ejemplar.

Sin perjuicio de las medidas administrativas que adoptará el Gobierno, me es satisfactorio decir a Su Señoría que la justicia nacional tomará en este incidente la parte que legalmente le corresponde, para que el delito sea penado en la forma que su gravedad merece.

Dios guarde a Su Señoría. — *A. Alsina.*

Asimismo, el 1º de marzo, el Ministro del Interior pasó este documento al Gobierno de Buenos Aires:

Al Exmo. señor Gobernador de la Provincia.

Recibo encargo especial del Presidente de la República para llamar la atención de V. E. sobre los hechos que han ocurrido en el día de ayer. Su gravedad misma justifica esta intervención del Gobierno Nacional; porque crímenes como los perpetrados son, no solamente contra la ley escrita, sino contra la humanidad y la civilización, y atacan en su fundamento los objetos para los que se han establecido todos los Gobiernos.

Hay además en ellos un rasgo que los distingue, puesto que conspiran contra los templos, los altares y ministros de la Religión que profesa la mayoría del pueblo argentino y que el Gobierno Provincial está encargado de proteger según la Constitución.

El señor Presidente sabe que V. E. moverá a los tribunales para que repriman rápida y severamente los delitos cometidos, ya que no han podido ser evitados, con esta justicia imparcial y elevada que no distingue opinión ni nacionalidades, que recae del mismo modo sobre propios y extraños, y que es la única que tranquiliza y aplaca satisfaciendo la concien-

cia pública. Pero las consideraciones invocadas inducen al Gobierno General a asumir esta actitud en una emergencia tan grave.

Existen en la ciudad algunas fuerzas de línea. V. E., como encargado de mantener el orden público, las tendrá sin necesidad de requesición previa, a su disposición, siempre que se trate de reprimir hechos semejantes. El Ministro de la Guerra ha dado ya las órdenes competentes para que la acción de V. E. pueda ejercerse sin demora.

En la prosecución de los juicios será necesario hacer pesquisas, y tal vez prisiones numerosas. V. E. puede igualmente emplear la fuerza de línea para vigorizar la acción de la policía local.

Dejando así cumplido el encargo del señor presidente de la República, tengo el honor de saludar a V. E. con toda consideración.

Simón de Iriondo

Los periódicos que tan alevosa y hasta frenéticamente habían promovido los sucesos del 28 de febrero, como *La Tribuna, La Nación, La Libertad, El Correo Español,* y aun las mismas logias, se apresuraron a sacudir de sus hombros el oprobioso sambenito, que pudiera denunciarlos a los ojos del público como autores, instigadores,o en alguna manera cómplices de los actos de salvajismo llevados a cabo por turbas ebrias, por muchedumbres fanatizadas y azuzadas por la prensa liberal. *La República* y *La Pampa* declararon con noble franqueza la culpabilidad de toda la prensa liberal en los escandalosos y criminales sucesos del 28, sólo que queriendo buscar compañeros en la desgracia, adjudicaron su parte al Señor Arzobispo, achacándole haber sido él el promotor de aquel tumulto con la famosa Pastoral.

Pero lo más estupendo, es la protesta publicada por el mismo Supremo Consejo de la masonería argentina, y es como sigue: "Para destruir los rumores que intencionalmente se han hecho circular de que la masonería había tenido parte en los disturbios del 28 de febrero, el Supremo Consejo, en asamblea del lunes 8 del corriente, acordó publicar en varios periódicos la siguiente declaración:

Habiéndose atribuído, por personas ignorantes y fanáticas, a la masonería regular argentina los excesos bárbaros, que turbas desenfrenadas perpetraron el 28 del mes pasado en el Palacio Arzobispal y en el Colegio del Salvador, el Presidente legítimo de la masonería regular argentina, ha recibido autorización especial de su consejo supremo para declarar:

1º Que la masonería regular argentina es completamente ajena por su constitución a toda cuestión religiosa y política.

2º Que su misión filantrópica y liberal no tiene más esfera de acción que la propaganda y la caridad.

3º Que en consecuencia rechaza como calumniosa toda solidaridad en los sucesos criminales de que antes se ha hecho referencia, y que condena y excluye a aquéllos de sus miembros que por un extravío deplorable se hubiesen asociado a escenas repugnantes, que la masonería y la moral reprueban".

6. Por su parte, el Senado de la Provincia de Buenos Aires sancionó e hizo suyo el manifiesto que presentó el doctor Miguel Navarro Viola, presidente de la cámara alta. En los considerandos preliminares se dice que

"Visto el incalificable atentado cometido el 28 de Febrero, víspera del día en que después de tres meses de vacaciones debían volver al *Colegio del Salvador* dirigido por Padres de la Compañía de Jesús, unos doscientos niños pertenecientes a familias distinguidas del país.

Que los que prepararon y dirigieron el salteamiento espiaron ese instante preciso para no permitir la enseñanza en el establecimiento, violentando así con marcada insolencia la voluntad de esas doscientas familias indefensas contra el acto de barbarie que coartaba la libre elección de la enseñanza de sus hijos garantida por las constituciones de la Nación y de la Provincia.

Que fueron a la vez violados los sagrados derechos de seguridad y de propiedad en las personas de unos 28 jesuítas y en el edificio que con donaciones de las familias de los niños y otras habían construído hacía siete años, y que por las constituciones y leyes del país les pertenecía en absoluta propiedad.

Que el atropello a las personas y a su derecho de propiedad fué hecho en la manera brutal de los crímenes de la Comuna de París, empleando el puñal y hachando las cabezas de los sacerdotes. . . ; lo más soez del pueblo europeo empieza hoy a ser dirigido en muchas partes del mundo civilizado con designio comunista y socialista por jefes de su catadura; siendo uno de los caracteres que distinguen su villana empresa, el incendio, para procurar a sus descamisados el trabajo en la reedificación de lo que les hace destruir.

Que esta vez, la primera que cosa semejante se ha hecho en territorio argentino fuera de los incendios causados por los bárbaros del desierto, el lujo de destrucción ha sido excedido por los bárbaros de la civilización que derramaban petróleo y alquitrán y escalaban por muchos puntos el magnífico edificio elevado sobre un cuadrado de 150 varas, y que costaba muchos millones de pesos; habiendo formado además una enorme hoguera a la que iban a parar todos los objetos sagrados para la religión católica, cuya creencia no sólo está garantida como todas las

demás por ambas constituciones, sino que aun goza de preferencia en cuanto el Estado nacional y el provincial tienen la obligación de costear su culto.

Que para que no quede duda del cinismo con que se hacía el ataque directo, no ya a los jesuítas que sólo sirvieron de pretexto, sino a la religión católica, —basta recordar: que los hechos brutales comenzaron por el palacio arzobispal buscándose en él al venerable jefe de la Iglesia para asesinarlo, como lo declaraban con gritos descompasados, yendo más tarde parte de los foragidos a ver si descubrían su paradero en San José de Flores; y contentándose por el momento con pisotear el escudo que estaba sobre la puerta del palacio y que lleva las armas argentinas; con romper todos los vidrios, servicio de mesa y muebles, y herir a la servidumbre de la casa; con atacar, en fin, el convento de franciscanos y la Iglesia de San Ignacio.

Que las primeras naciones del mundo nos dan ejemplo de la influencia social y política que atribuyen a la religión sobre la civilización moderna nacida del cristianismo; acabando de ocuparse recién en estos días el Parlamento de Inglaterra en largas y luminosas sesiones, de los ritos de la iglesia anglicana como una de las más altas cuestiones de Estado.

Que entre nosotros social y políticamente la opinión pública rodea a la religión católica, según consta de los debates sucesivos habidos tres veces en el período de veinte años entre los delegados del pueblo: cuando se dictó por primera vez una Constitución para la Nación, y una para el Estado de Buenos Aires, y cuando esta ha sufrido últimamente reformas, y propuesta entre ellas la religiosa, fué desechada después de largos e ilustrados debates; debiendo en su consecuencia continuarse por los poderes públicos la protección a la religión católica cuyo culto costean.

Que esa religión que el pueblo por sus constituciones ha levantado en alto, ha sido escarnecida y vilipendiada el día 28, hasta el procaz sacrilegio de arrojarse las hostias consagradas que se han encontrado en la calle y que piadosas mujeres, exponiéndose a ser sacrificadas, han recogido y llevado a un sacerdote para que las consumiese.

Que los Poderes públicos en vista de tantos actos nefandos y bochornosos, faltarían a sus más sagrados deberes y aun a su propio decoro. si en guardia de la Constitución y de las leyes del país, no procediesen respectivamente con la digna actitud de iniciativa que les compete y que reclaman los criminales desastres causados por turbas colectivas asalariadas, formadas casi en su totalidad de extranjeros, exhortadas y conducidas por jefes condignos, al asesinato, al incendio y al pillaje.

Que no puede tolerarse el ultraje a la religión y a la civilización del país, amparados los salteadores con banderas y estandartes, y condecorado uno de sus jefes principales, venido con ellos de la Boca, con una banda; como queriendo imponer con todos esos signos al pueblo libre y extranjeros pacíficos, que tienen el derecho de no depender sino de Dios y de la Constitución del país [515].

El mismo día dos de marzo suscribieron la siguiente manifestación los caballeros más conspicuos de Buenos Aires y la elevaron al Señor Gobernador de la Provincia:

Exmo. Señor:

Las atrocidades y los escándalos que han afligido y avergonzado a esta ciudad hace dos días, por su naturaleza, por su plan y rapidez de su ejecución, manifiestan la existencia de elementos sociales, perversos y organizados, que amenazan la vida y la propiedad del vecindario, la libertad y la civilización. Es deber y derechos de todos, Exmo. señor, precavernos contra el vandalismo, cuya primera irrupción acaba de conmover tan horriblemente a los habitantes de Buenos Aires, que no recobrarán la quietud, nacida de la libertad, garantizada por la ley, y necesaria para el desarrollo regular de las sociedades, antes que sean aplastadas rigurosa y eficazmente, esas fuerzas disciplinadas para el mal, que se descubren en medio de la sangre y del incendio.

Usando del derecho constitucional de petición y representación pacíficas ante los poderes públicos, los abajo firmados venimos en consecuencia ante el señor Gobernador, a trasmitirle las alarmas y el clamor del vecindario honrado; a pedirle por todos los medios directos, que la Constitución y la crisis tremenda que atravesamos, ponen en sus manos, obre enérgicamente para restablecer la paz y asegurar nuestra vida y la de nuestros hijos; a asociar nuestra voz y nuestra queja a la noble declaratoria de la Cámara de Diputados de la Provincia, y asegurarle, por fin, que somos eco de una opinión unánime que rodeará las autoridades con tanto mayor entusiasmo cuanta mayor severidad empleen para perseguir y castigar a los autores del ignominioso atentado del domingo". (Siguen las firmas).

Buenos Aires, marzo 2 de 1875.

No menor indignación ni menos vivas protestas manifestaron las demás provincias de las Repúblicas, entre ellas, las de Córdoba, y Santa Fe principalmente.

Ante una manifestación tan pública y general de autoridades y particulares, aunque era evidente que no todas las protestas eran hijas de la sinceridad, se creyó entonces que no sólo era inútil, sino hasta contraproducente, una protesta de parte del Rector del Colegio.

Recordemos aquí que cuando a 17 de agosto de ese mismo año de 1875 el Sr. Ministro de la Nación elevó su mensaje a las Cámaras, fué el doctor Guillermo Rawson, el ex-alumno del Colegio de San Ignacio, en la época de Rosas, quien nuevamente y

valientemente levantó su autorizada cuanto elocuente voz para denunciar ante la Nación los sucesos del 28 de febrero.

Dijo entonces el doctor Rawson:

"Sr. Presidente: no solamente hay en el mensaje o informe el grave error que vengo combatiendo, sino que también contiene reticencias que no están bien en documentos de esta naturaleza. Era esta una excelente oportunidad, señor para que el P. E. hubiera expuesto con franqueza y sin dejar sombra alguna lo que él creía respecto a lo ocurrido el 28 de febrero, sus causas, su extensión, su filiación y sus consecuencias. En términos vagos aunque sugestivos, el Sr. Ministro parece significar que los sucesos mencionados tenían atingencias políticas; y adelantando enseguida sus sugestiones, habla de agitadores políticos, de la revolución recientemente sofocada, y aun agrega que la parte que silencia es en el interés de la eficacia de la amnistía política que está ejecutándose lealmente.

"Con entera seguridad puedo afirmar, señor, que toda connivencia política ha sido ajena a aquellos vergonzosos acontecimientos. El pueblo entero de Buenos Aires, todos cuantos han podido observar cómo se prepararon y se deesenvolvieron los sucesos, saben perfectamente que las insinuaciones del señor Ministro pretendiendo responsabilizar a un partido político de lo acaecido, son destituídas de todo fundamento de la verdad, y lo único que se extraña es, cómo el P. E. que posee tantos medios de investigación, haya sido, sinembargo, el único equivocado en tan injusta como errada apreciación.

"Las manifestaciones de la prensa que prepararon la reunión de "Variedades" para proclamar una protesta contra el señor Arzobispo y contra los Jesuítas habían venido de los dos partidos políticos, sin otra diferencia que la que nace de la índole de cada redacción más o menos impetuosa y discreta. Precisamente el periódico que más se distinguió por el calor de sus excitaciones fué periódico conocidamente enrolado en el partido gubernista, y la víspera misma del 28 ese mismo periódico publicaba la más ardiente producción de la literatura de esos días. En la numerosa reunión del teatro, según es notorio, oradores de uno y otra partido tomaron la palabra, y no fueron los más impetuosos, por cierto, los que pertenecían a la profesión política de la oposición. En esa reunión figuraba también una bandera, cuyos lemas mostraban que tampoco eran los revolucionarios vencidos los que la seguían. En fin, la preparación irreflexiva de la reunión, la reunión misma son prueba evidente de que para nada figuraba un elemento político, procediendo a fines u objetos de ese carácter. Y si los hechos llegaron al extremo de la barbarie, yo me complazco en creer que esos extremos no estaban en la mente de aquéllos de una y otra denominación política que habían contribuído a realizarlos en límites compatibles con la civilización. No conozco, en la República Argentina, señor, un partido bastante corrompido para tomar sobre sí la responsabilidad de aquellos atentados. Rechazo, pues por mi parte, y con

toda la energía de mi alma la insinuación contenida en el mensaje, y la rechazo en cuanto ella es aplicable a cualquiera de los partidos en que la sociedad política está dividida.

"El mal viene más bien de los sedimentos sociales donde se encuentran amenudo elementos de desorden y de barbarie; y no es poca la responsabilidad que pesa también sobre las autoridades nacionales y provinciales, que pudiendo evitar el desarrollo y la consumación de aquellos crímenes, los dejaron desenvolverse con culpable negligencia.

"Se sabe que el primer asalto de la muchedumbre fué al departamento del Arzobispado. Está situado como sabemos, en la plaza de la Victoria, al lado de la Catedral, enfrente de la Policía, de la municipalidad, de la cárcel pública, y a la una de la tarde, bajo los resplandores del hermoso sol de Febrero, en presencia de la autoridad y de la fuerza pública, el establecimiento ha sido atacado, invadido y destrozado brutalmente; el escudo nacional enblema, y protección de aquella casa ha sido arrancado y arrojado al suelo, y si los que estas tropelías ejecutaban no hubieran tenido prisa de ir a otra parte inmediatamente, es probable que a la devastación hubiera seguido el incendio. Todo esto sucedía, señor, a la luz del día, en la plaza principal de la más culta y populosa ciudad de la República, en medio de la paz, en un establecimiento colocado bajo la jurisdicción y bajo la protección del Gobierno Nacional. La fuerza pública estaba cerca, casi en contacto con la escena que tuvo lugar, y sin embargo no hubo un solo acto de represión decidido por ser eficaz.

"De allí se encaminó el tumulto al Colegio del Salvador, proclamando sus designios hostiles, y aun, se dice, anunciando el propósito de incendiar la casa: —Lo que allí pasó lo saben todos. No se trataba ya de un establecimiento nacional, sino de un hogar privado: ese hogar fué violado despedazando las puertas, sus indefensos habitantes, débiles ancianos en su mayor parte, fueron atropellados en sus personas, maltratados y heridos gravemente con indudable designio de asesinarlos, la casa fué saqueada y finalmente devorada por el incendio. Durante una hora y media continuó la obra de devastaciones y sólo al fin de este tiempo llegaba la fuerza pública en número reducido, bastando entonces la actitud decidida de esa fuerza de 25 hombres para dispersar instantáneamente aquellos millares reunidos y excitados por la misma impunidad.

"Desde ese momento cesaron los escándalos, lo que prueba sin sombra de duda que ellos habrían podido evitarse si la medida tardía se hubiera adoptado en el principio, y se habría ahorrado así la consternación y la vergüenza que aquellos sucesos representan.

"Así terminadas las cosas, y cuando ya bastaban simples medidas de policía, según lo declara el Sr. Ministro, para evitar el peligro de la repetición y para llevar a la sociedad la seguridad y la confianza no alcanzo a comprender la necesidad que indujo al Poder Ejecutivo a declarar en estado de sitio la provincia entera de Buenos Aires con setecientos mil habitantes, como si se hubiera querido castigarla con la privación de sus

garantías constitucionales por un crimen de que ella había sido víctima en su propio honor.

"Pero todavía hay algo muy notable en conexión con este desgraciado suceso. Los crímenes de ese día han quedado de todo punto impunes. Un establecimiento nacional ha sido asaltado e invadida, derribando el escudo que lo caracteriza y lo defiende, un establecimiento privado ha sido también saqueado e incendiado y sus moradores maltratados con heridas graves, todo esto se ha verificado en el centro de una ciudad populosa, en la mitad del día, con millares de testigos, entre los cuales pueden mencionarse agentes de la autoridad; y a pesar de todo esto, señor, a la hora que hablo, no sólo no hay un reo convicto, y penado, sino que todos están en libertad, y según parece, por falta de acusación fiscal; y todo esto, no obstante los medios ordinarios que el estado de sitio le proporciona, entre los cuales conviene mencionar la movilización de mil guardias nacionales que el señor Ministro no recuerda en su informe. El crimen ha quedado sin castigo; y esto no ha de atribuirse seguramente a la connivencia del partido revolucionario que no tiene las responsabilidades del poder, ni siquiera las de la influencia. El crimen ha quedado sin castigo, según parece, porque no ha habido acusador fiscal para perseguir a los autores.

"Ojalá que el señor Ministro hubiera sido menos reticente en sus informes, y nos hubiera dado al Senado y al país una explicación satisfactoria que afecta profundamente el crédito y la honra de los argentinos".

El Jefe de Policía, Sr. Enrique B. Moreno, renunció a raíz de la interpelación que la Legislatura dirigió al Gobierno, sobre los sucesos vandálicos del día 28, y el Gobierno mismo, alarmado ante la insolencia de las turbas capitaneadas por el doctor Saldías y por sus adláteres, declaró el estado de sitio en toda la provincia de Buenos Aires y puso sobre las armas a la guardia nacional, lográndose al fin, entre las más severas medidas, ahogar el fermento de la anarquía que ya se diseñaba.

6. El Juez del crimen, doctor Mariano Demaría, se instaló en el departamento de Policía y publicó un edicto llamando al pueblo a denunciar a los culpables. Muchas prisiones se llevaron a cabo, y a los pocos días el expediente pasaba de las mil fojas. El 20 de abril de ese mismo año se expidió el Fiscal, doctor Benjamín Victorica en estos términos:

"Ya que la autoridad y fuerza policial, que debieron responder de la seguridad y del orden no cumplieron su misión en ese aciago día para prevenir y contener esos atentados y aprehender *infraganti* a los malhecho-

res, el Juez supo elevarse a la altura de su austero deber para tratar de encontrar a quienes debiera responsabilizar como promotores, autores y cómplices principalmente del asalto, incendio y pillaje del Colegio del Salvador, que tanto alarmaron e indignaron a esta sociedad, por lo mismo que eran los primeros de esta naturaleza que venían a ofenderla. Cuánto debió afectar a ese funcionario celoso de su deber, la necesidad en que se ha creído ver de expedir el autor de sobreseimiento consultado, lo muestra bien la enérgica voluntad con que ha procedido en la pesquisa. Sea dicho esto en su justificación, cuando el Fiscal se ve en la necesidad de reprobar en parte el procedimiento, y de impugnar los fundamentos de ese auto de sobreseimiento [516].

De este vista del Fiscal vamos a copiar algunas líneas más, pero poniendo iniciales tan sólo siempre que él nombra a los acusados en esta ocasión:

J. E. — El único cargo que resulta contra este preso es haber conducido una bandera argentina perteneciente al Club Clemente XIV, cuyo Club se encontró en la Plaza de Victoria y pasó por el Colegio del Salvador.

No hay otro indicio de que hubiese penetrado al Palacio Arzobispal ni al Colegio.

F. A. G. — El mismo cargo que el anterior.

J. A. — El mismo cargo; y aunque consta que algunos individuos penetraron con banderas al Palacio, no se denuncia a A.

M. C. — Está indiciado sólo por pertenecer al Club Clemente XIV, el cual Club se halló en la manifestación en la Plaza de la Victoria y pasó por el Colegio del Salvador, sin que conste que penetrase. Ninguna otra denuncia de hecho culpable.

A. A. — El mismmo cargo, aseverando en su confesión que se separó del Club antes de que éste fuese al Colegio.

G. Ll. — Un solo testigo preso por esta causa afirma que lo vió tirar piedras al Colegio.. Niega el cargo y no conoce al testigo que lo denuncia.

Cierto el hecho si lo fuese, bastaría como pena con la prisión sufrida.

J. L. M. — Denunciado por un testigo de haber dicho que aplaudía los sucesos del 28 y que había tomado parte en ellos. Afirma que sólo habló de que la manifestación había estado espléndida, niega su concurrencia a los hechos culpables sin que haya un solo dato que lo denuncie.

J. O. — Por llevar una bandera en la manifestación cuyo cargo niega.

L. P. — Está preso por habérsele encontrado una toalla que dice recogió en la calle. No consta que penetrase al Colegio por una sola denuncia.

L. C. — Un testigo declara que tiró piedras al Colegio. Ningún

otro cargo. No se le denuncia otro hecho culpable. Siendo cierto el hecho, bastaría la prisión sufrida.

A. C. — Por pertenecer a uno de los Clubs que fueron a la Plaza de la Victoria y haber estado entre la multitud que fué al Colegio, no se le denuncia de haber penetrado en él, ni de ningún otro hecho culpable.

A. S. — Está prevenido por ser Presidente de las Asociaciones que promovieron la manifestación y de haber solicitado los salones del Club de la Boca para tener allí reuniones. El Jefe de Policía informa a f. 111 que no sólo no participó de los desórdenes en el Palacio Arzobispal, sino que lo ayudó a contener la multitud.

J. G. — Por pertenecer al Club General Belgrano que se halló en la manifestación: no consta que tomase parte en los delitos sino por presunción emanada de aquel hecho.

P. C. — Se le hace cargo de ser Presidente del Club General Belgrano y un testigo preso por esta causa afirma que atropelló el Palacio Arzobispal, lo que el procesado niega.

A. B. — Se le hace cargo de haber estado en la Plaza de la Victoria, siendo uno de los que tomó la palabra en Variedades. Este individuo está comprendido en el sobreseimiento de f. 5, que V. E. debe aprobar en esta parte.

P. B. — Por haber sido uno de los que presidieron la reunión en Variedades, comprendido también en el sobreseimiento de f. 5.

O. S. — Por haber invitado a la reunión de Variedades, siendo el que invitó a G. a la formación del Club de la Boca. Se excusa con los propósitos lícitos de esas reuniones en su origen.

No consta participación alguna personal en los delitos. A este procesado se refiere la apelación interpuesta y venida de hecho ante V. E. por denegación. Corresponde que V. E. haciendo lugar a ella, sobresea en la causa a su respecto.

A. A. — Por haber estado con el Club Clemente XIV. No se le denuncia por hecho alguno culpable.

F. C. — Por pertenecer al Club Belgrano. Declara que algunos de este Club penetraron al Palacio Arzobispal: no se le denuncia por hecho personal culpable.

M. M. — Haber sido portador de una bandera y ser de los que encabezan el Club de la Boca. Ha negado el hecho sin que se le denuncie de hecho alguno culpable.

P. L. — Por pertenecer a la gente que vino de la Boca y tomó parte en la manifestación. No se le denuncia de hecho culpable personal. Sobreseído a f. 4, debe V. E. confirmar;

A. M. — Por haber sido portador de una bandera italiana. No se le denuncia haber penetrado al Palacio, ni menos al Salvador.

J. A. — Por pertenecer a uno de los Clubs como secretario y haber venido entre los que encabezaban la reunión de la Boca que llegó a la plaza. No se denuncia contra él hecho alguno personal culpable sino la sospecha emanada de aquel cargo.

E. G. — Por haber venido entre los que encabezaban la gente de la Boca y por haber solicitado los salones de la sociedad Progreso. No se le denuncia ningún otro hecho que le indicie de culpabilidad.

J. T. — Por haber encabezado la reunión de la Boca y haber tenido reuniones en su casa. Confiesa el primer hecho y dice respecto al segundo: que como su casa es un café, allí acostumbraban asistir algunos de los que formaban aquella, pero sin que allí se organizasen. Ningún dato existe de participación en los delitos.

M. S. — Por haber pertenecido a las reuniones que tomaron parte en la manifestación, sin que se le indicie en hecho alguno personal culpable.

A. R. — No hay otra denuncia que la de C. B. a fojas 302 que informa haberle oído jactarse de haberse encontrado en la destrucción del Colegio del Salvador. A este preso no se le ha tomado confesión, pero tampoco hay otro cargo que el que resulta de aquella declaración, negada por él. Los declaraciones que se refieren a este procesado, que no corroboran aquélla, se registran a fs. 336, etc.

J. S. — Por haber venido presidiendo el Club de la Boca y que aunque esto está comprobado por muchos testigos, él lo niega en su confesión. No se le denuncia de hecho alguno personal culpable.

J. F. — Un testigo declara que ha oído decir a muchas personas que F. tomó parte en los sucesos del 28 y que se había ocultado. Pero no nombra a ninguna de esas personas. Hay alguna contradicción en las declaraciones que se le refieren; pero no se le indica suficientemente a juicio del Fiscal.

V. B. — Un testigo dice que lo oyó jactarse de haber estado en el Colegio y otro también lo oyó decir que estuvo. No se le denuncia directamente por ningún hecho culpable.

Como V. E. lo observa por la relación que se acaba de hacer y cuya exactitud ha procurado el Fiscal, los indicios que pesan sobre la mayor parte de ellos son remotos sin que aparezca medio de adelantar la comprobación a su respecto.

V. E. debe sobreseer en la causa respecto de los mencionados, y de los demás comprendidos en los sobreseimientos del juzgado de primera instancia [517].

La resolución de la Cámara, fué en todo de acuerdo con el Vista fiscal que acabamos de recordar.

Mientras la Justicia obraba con tanta lenidad, los enemigos de los Jesuítas no sólo seguían ofendiendo a las víctimas del 28 de febrero pero en corresponsalías, remitidas a diarios de Europa, falseaban monstruosamente los hechos, haciendo aparecer a los Padres del Colegio como autores principales de lo ocurrido ya que habían ellos excitado a las turbas por sus innobles procederes.

El Padre Salvadó en 14 de setiembre dirigió a este fin una nota que debemos transcribir con la respuesta que a ella dió el doctor Demaría, Juez del Crimen, como ya dijimos:

Buenos Aires, setiembre 14 de 1875

Sr. Juez de 1ª Instancia en lo Criminal.

El Rector del Colegio del Salvador en la causa criminal seguida de oficio por este Juzgado contra los incendiarios de aquel establecimiento ante Vd. como mejor haya lugar en derecho me presento y digo: Que los tristes sucesos que dieron origen a este proceso y que tan profundamente afectaron esta Sociedad, han sido comentados en publicaciones extranjeras atribuyéndonos actos de represalias y violencias impropias de nuestro carácter.

Es notorio, Señor Juez, y debe constar de este proceso, que en el asalto e incendio de nuestro Colegio opusimos la mayor resignación a las violencias de que fuimos víctimas; sin que el menor acto ni la menor palabra de nuestra parte sirviera de pretexto a aquellos excesos.

Es también notorio; y debe constar en autos, que incitados por la Autoridad para mostrarnos parte en este juicio declinamos ese derecho, como impropio de nuestro carácter.

No entra en nuestra mente hacer ostentación de una conducta, que consideramos estrictamente ajustada a nuestros deberes, pero consideramos necesario desvanecer los cargos injustos que se formulan contra nosotros.

A este solo objeto,

A Vd. suplico se sirva ordenar se me expida certificado en forma sobre lo que conste del proceso sobre los hechos que dejo indicados. Es justicia.

Esteban Salvadó

He aquí el texto de la certificación expedida por el juez, en conformidad con la nota anterior [516]:

Certifico en cuanto haya lugar que en el proceso a que se refiere este escrito, no existe constancia alguna de que, cuando fué asaltado el Colegio del Salvador el veinte y ocho de Febrero del corriente año, hubiese mediado por parte de las personas que habitaban la casa, la menor palabra o acto que provocara el atentado; ni tampoco que opusieran resistencia de ningún género durante esos hechos. Que de foja setenta vuelta a setenta y cinco vuelta del proceso (plenario) se encuentra la renuncia que de su derecho a mostrar parte en el juicio, hicieron las referidas personas ofendidas. Y en cumplimiento de lo mandado extiendo el presente que signo y firmo en Buenos Aires a veinte y cinco de Setiembre de mil ochocientos setenta y cinco.

Diego Pambo
Secretario

Sobrada razón tenía el Padre Salvadó para solicitar esta manifestación a su favor y a favor del buen nombre del Colegio, ya que, como indicamos, se remitieron a Europa corresponsalías entera y maliciosamente calumniosas. De ellas se valió el anónimo autor de la *Historia de la América del Sur*, impresa en Barcelona, por Jané Hermanos en el decurso de 1878, y en cuya página 159 se lee:

> "Presentándose los estudiantes ante la casa de estos religiosos, pidieron permiso para atravesar sus patios, considerándola como propiedad nacional. La puerta se abrió. El estudiante portador de la bandera, joven de 20 años llamado Luzini franqueó el primero el umbral: cuando arrojándose sobre él los Jesuítas, emboscados traidoramente, le derribaron al suelo y le cortaron la cabeza con las afiladas hojas de sus cuchillos y puñales. El camarada que le seguía cayó con el pecho traspasado; un tercero recibió en el vientre una espantosa puñalada; otros rodaron ensangrentados al suelo. La multitud fuera de sí, desbordaba, se arrojó sobre las asesinos dándoles muerte en el acto. . .

La noticia de haber sido asesinado el joven Talémaco Susini, no Luzini, había corrido como cierta en la tarde del 28 de febrero, y *El Nacional* la puso en su relato referente al incendio, pero en *La Prensa* del 2 de marzo, página 1ª, columna 5ª, el mismo interesado hizo contar "que yo no he asistido ayer al Colegio del Salvador entre los asaltantes, ni he llevado bandera alguna", y el mismo periódico *El Nacional*, que había dado la noticia falsa, la retiró en su número del día 3, y declaraba además lo que sigue:

> Hay un hecho que está evidentemente comprobado, y que en honor de la verdad rectificando lo que hemos dicho a este respecto, lo garantimos: los Jesuítas no opusieron la menor resistencia; y aun después de verse heridos y cubiertos de oprobio, no ha salido de sus labios una palabra dura.

No obstante esta realidad y el testimonio del Juez Demaría, la versión publicada en la *Historia de la América del Sur*, llegó hasta el *Grand Dictionaire Universel du XIX Siecle*, dirigido por Pierre Larousse, y en su tomo 16, Supplément, París 1877, p. 197, columna segunda, se reproduce el extravagante y calumnioso relato aperecido en dicha Historia, aunque se consigna con exactitud el nombre de la primera víctima de los Jesuítas: Susini, y no Luzini.

> Les Jésuites, agents actifs de l'oppresseur lors de la guerre de l'independance, avaient fui Buenos - Ayres en même temps que les Espagnols.

L'Etat avait transformé les établissements abandonnès par eux en lycées et en hôpitaux; les pères étaient revenus discrètement, se gardant bien d'eveiller les soupçons et attendant patiemment que l'heure fût venue; ils demasquèrent subitement leurs batteries après l'election d'Avellaneda, non moins dévoué à leur ordre, paraît-il, que l'archevique de Buenos - Ayres, Aneiros. . . L'archevêque demanda formellement la restitution des immeubles devenues propriétés de l' Etat en 1816. La population s' émut au delà de toute expression. Le 28 février 1875, les étudiants promenèrent une bannière portant ces mots: *Protestation contra les Jesuites,* et se presenterent devant la maison de ces religieux. La considerant comme propriété nationale, ils demandá en traverser les cours. La porte s' ouvrit. L' etudiant qui tenait le drapeau, jeune homme de vingt ans, nommé Suzini, avait à peine franchi le seuil, qu' il fut saisi par les Jesuites embusqués, renversé à terre et complétement décapité par les lames reunies de leurs couteaux et de leurs poignards. Le camarade qui suivait fut frappé en pleine poitrine; un troisième reçut sans le ventre une offreuse blessure; d' autres encore roulèrent ensanglantés sur le sol . . .

Difícilmente se podrían reunir en menor número de palabras, mayor número de dislates, errores e infundios. ¡Y pensar que el *Grand Larrouse,* la cristalización suprema de los grandes progresos científicos del siglo de las luces, estampó tamañas imbecilidades!

A los ochenta y un años de edad, y después de una carrera brillante en la magistratura, falleció en Buenos Aires el día 1º de junio de 1936, el joven Telémaco Susini, tan criminalmente asesinado por los Jesuítas en 1875, según el *Gran Dictionnaire* de Larrouse [518].

Capítulo IX

EL AÑO ESCOLAR DE 1875

1 — *Regresan los Padres al Colegio;* 2 — *La Comisión reedificadora;* 3 — *Los bienhechores del Colegio;* 4 — *El tesorero Jayme Lavallol;* 5 — *El discurso del Dr. Emilio Lamarca;* 6 — *Restauración de edificio arruinado;* 7 — *Iniciación del curso escolar de* 1875; 8 — *Temores y sobresaltos;* 9 — *La función de desagravio en la Catedral;* 10 — *Los Padres Albi y Mazarrasa;* 11 — *"El Genio del Mal".*

1. Como ya indicamos, los Padres y Hermanos del Colegio, a raíz de los luctuosos sucesos del 28 de febrero, fueron distribuídos en casas de familias amigas y afectas a la Compañía de Jesús, y hemos de agregar que todos ellos, no bien se supo donde estaban alojados, fueron visitados por la mayor parte de los alumnos del Colegio y de las familias principales de la ciudad, que, dándoles el pésame, les aliviaban tanta pena con benévolas palabras y limosnas. En los primeros días, era tanta la concurrencia de caballeros honrados y hasta de señoras principales, que les visitaban, que parecía haber jubileo en las casas de sus huéspedes bienhechores. No obstante creyeron conveniente los Superiores ir alejando del lugar de la catástrofe a algunos de los Padres y Hermanos, por cuanto no se veía tranquilidad en la población, y los mismos sacerdotes seglares se hallaban a cada paso expuestos a insultos de la gente baja, que alentada con la impunidad de la víspera, creían llegada la hora de acabar con todo lo que era Iglesia, dogma y moral.

En pocos días salieron de Buenos Aires hasta diez y ocho de los Padres y Hermanos, yendo unos a Santa Fe, otros a Córdoba y otros a Rosario y a Montevideo. Esto excitaba las quejas de gran número de familias, y sobre todo de los que tenían sus hijos en el Colegio; pues todos manifestaban que los Padres no debían abandonar el campo a los enemigos de Dios y de su Iglesia, temiendo no sin razón que la salida de los Jesuítas de Buenos Aires pudiera aparecer como una victoria de los sectarios. Por otra parte, la clausura del Colegio y la salida de los Padres los aquietarían y ya no se envalentonarían más las sectas, detendrían sus pasos, y no se arrojarían contra las demás órdenes religiosas y contra el

clero secular, a quienes se había no pocas veces insultado y befado en las calles en esos aciagos días. Todo esto era de temer entonces, porque en ese sentido se había declamado furiosamente en la reunión de variedades, donde fué aplaudida la proposición de exterminar desde el Arzobispo hasta el último sacristán.

Querían por lo tanto dichas familias que permaneciesen los Jesuítas en Buenos Aires, ofreciéndoles varias de ellas sus propias casas para empezar inmediatamente las clases, mientras se reedificase el Colegio. Todo esto no podía menos de servir a los Padres de gran consuelo en medio de la tribulación, y sobre todo cuando veían todas estas demostraciones acompañadas del cariño y afecto de los alumnos, que los asediaban de continuo preguntándoles cuándo abrirían las clases, y protestando muchos de ellos, que no irían a otros Colegios que no fuesen de los Padres Jesuítas.

Felizmente se pudo habilitar el Colegio con prodigiosa celeridad, ya que a 5 de abril de 1875 escribía el Padre Salvadó:

> Reparada el ala del Callao, la única que respetaron las llamas, abrimos las clases para externos y medio pupilos a instancias de muchas familias, habiéndose ya formado una Comisión de personas respetables, a saber: D. [José] Manuel Estrada, presidente; D. Jaime Lavallol, tesorero; D. Luis Boynet, revisor; Dr. D. Eduardo Lahitte, Dr. D. Emilio Lamarca y D. José María Cullen. Dicha Comisión se encarga de esta ala y reedificación de lo restante del Colegio.

2. La Comisión de Caballeros, cuyo número ascendió a treinta y tantos, se reunió a principios de mayo de ese año en el Palacio del Arzobispado, con el fin de arbitrar los medios para reedificar el Colegio. Unánimemente determinaron que, a todo trance, se debía reedificar y se debía reabrir en ese mismo curso, y que ninguna otra protesta más elocuente podrían ellos elevar contra los efectos criminales de los incendiarios y malevos del día 28 de febrero, que el asumir esa doble actitud. Se comprometieron además a buscar los recursos necesarios, mientras que el Sr. Arzobispo tomaba a su cargo el persuadir a los Padres del Colegio la inmediata reapertura del mismo, en caso de opinar los Jesuítas en otra forma.

Días más tarde se imprimió una hoja, suscrita por los caballeros que, en aquella reunión, fueron designados para constituir la Comisión encargada de la reconstrucción del Colegio. He aquí el texto y las firmas de este documento:

Sr. D. . . .

La Comisión encargada de la reconstrucción del Colegio del Salvador, tiene el honor de dirigirse a Vd. con la firme esperanza de que, abundando Vd. en los mismos sentimientos, querrá también coadyuvar a sus esfuerzos.

En un principio, se inició una suscripción por cantidades de alguna consideración, la cual, si bien fué recibida con aceptación de las personas que se iban invitando; pero pronto la crisis, pronunciándose más y más cada día, no sólo impidió a la Comisión el proseguir la suscripción, sino que aun hizo imposible el recaudar todo lo suscrito.

Estas dificultades unidas a que, en la construcción del local que ahora sirve para alumnos externos y medio-pupilos, los gastos hechos han sobrepasado el cálculo de los presupuestos, han puesto a la Comisión en la dura situación de no poder satisfacer los compromisos contraídos, encontrándose con un fuerte déficit.

Con el objeto, pues, apremiante de atender a estas deudas, y para concluir siquiera el local ya medio preparado para algunos internos, nos hemos decidido a acudir a Vd. y a los padres de familia que se interesan en esta obra, para abrir una nueva suscripción que a nadie sea gravosa en las actuales circunstancias.

Se admitirán, pues, suscripciones mensuales de pequeñas cantidades, aunque sean de a 25.— $ m|c., por el término de un año.

La Comisión y los Directores del Colegio quedarán a Vd. sumamente gratos por los esfuerzos que haga Vd. para reunir entre sus relaciones cuantas suscripciones le sea posible.

Buenos Aires, Mayo 13 de 1875

AA. SS. SS.

José Manuel Estrada — Eduardo Angel Lahitte — Norberto Fresco — Octavio Rossi — José M. Cullen — Adolfo E. Carranza — E. Lamarca — L. Doynel — Jaime Llavallol.

N. B. — La persona encargada de presentar esta invitación, lo está también para recibir la contestación y colectar las piadosas donaciones.

Más adelante nos vamos a referir a este grupo de caballeros, cuyos nombres conservan y conservarán los anales del Colegio del Salvador nimbados por la gratitud más íntima y profunda, ya que fueron ellos el alma de aquella campaña que, en momentos de crisis económica tan intensa como jamás se había visto hasta entonces y en momentos en que una ola de desenfrenado anticlericalismo se desataba sobre la ciudad de Buenos Aires, salieron valientes a la palestra en defensa de los intereses de la Iglesia.

3. Aunque la lista de los que secundaron a esta Comisión

es larga, creemos de nuestro deber el consignarla aquí. La justicia y la gratitud a tantos bienhechores así lo exigen:

Achával, Domingo	2.000
Acosta, Mariano	5.000
Agüero, Adelaida C. de	350
Allibortondo, Martina	325
Alsina, Adolfo	2.500
Aneiros, Federico	14.000
Anchorena, Pedro	5.000
Anchorena, Tomás	12.500
Arana de Bilbao, Francisca	1.000
Arana, Pascuala	750
Arévalo, Nicanor	1.200
Arisotti, Inocencio	500
Armstrong, Familia de	50.000
Armstrong, Ema	12.000
Armstrong de Elortondo, Isabel	22.000
Armstrong, Justa Villanueva de	12.000
Atucha, Adela Z. de	8.000
Ayerza, Toribio	5.000
Argerich, Mercedes	75
Bayá, Juan Antonio	5.000
Bayá, Elvira C. de	1.200
Barrios, Florentino	400
Bence, Federico	10.000
Benítez, José Francisco	12.000
Bookey, Patricio	175
Bosch, Francisco	5.000
Bosch, Genaro	100
Brid, Angel	5.000
Brid, Luisa	30
Brunel, Carmen N. de	100
Bustamante, Manuel	800
Cadelago, Ernesto	450
Cambra, Pbro.	500
Carabasa, José de	5.000
Caride, Vicente	300
Caride, Alejandro	100
Carbone, Enrique	1.050
Carranza, Manuel	275
Carranza, Eduardo	5.000
Carrasco, María B. de	1.333
Cibils, Federico	5.000
Castro de Llambí, Manuela	525
Casares, Mariano	5.000

Coronel de Fernández, Josefa	5.000
Coronel, Petrona, Cf. Lamarca	
Costa, Andrés	5.000
Cullen, José María	20.000
Díaz, Miguel	200
Dorrego de Basualdo, Angela	5.000
Dorrego, Mercedes	5.000
Dorrego de Miró, Felisa	5.000
Dorrego de Basualdo, Magdalena	5.000
Dorrego, Inés Indarte de	20.000
Durañona, Dr.	10.000
Dose, Dolores A. de	12.000
Echevarría de Saravia, Juan	600
Elía, Isabel F. de	800
Elizalde, Nicanor	25
Escalada, Victorino	3.000
Escalada, Manuel Ma.	350
Escalada de Wilde, Dolores	350
Escobar, Francisca	300
Espinosa, Antonio	600
Esteves, Miguel	100
Esteves, Saguí, M.	100
Estrada, José M.	5.000
Ezcurra, N. de	600
Fanego, Pbro.	200
Fernández, Juan A.	5.000
Figueroa, Gregorio	150
Figueroa, Livia P. de	600
Font, Bernardo	2.000
Fresco, Norberto R.	300
Frías, Félix	5.000
Frias, Juan	10.000
Gómez, Florentina Pareja de	600
Gorostiaga, José B.	5.000
Gorostiaga, Elisa	250
Gorostiaga, Rosario	250
Gorostiaga, Pablo	100
Graña, Joaquín	150
Güiraldes, Juan Francisco	5.000
Gobierno Nacional	75.000
Indarte de Dorrego, Inés	20.000
Irigoyen, (Maestro del Perú)	5.000
Iraola, Mauricia	1.000
Jacobé, Ciríaca I. de	1.000
Kenny, Tomás	500

King, Santiago	25
Lamarca, Petrona Coronel de	5.125
Lamarca, Emilio	12.000
Lezama, Isolina D. de	25
Linares de Picado, Francisca	220
Llanos, Pío	650
Leguina, Ezequiel	10.000
Lahitte, Alfredo	10.000
Lahitte, Eduardo	5.000
Lavallol e hijos, Jaime	25.000
López Seco, Francisco	5.000
López Seco, José	300
Llames, Francisco	300
Llames, Esteban	300
Martí, Francisco	3.687
Martínez de Hoz, Josefa F. de	12.500
Mazzini, Esteban	100
Molina, Luis P.	300
Moreira, Antonio	500
Moreno, José M.	12.500
Muñiz, Juan	300
Miró, Felisa Dorrego de	5.000
Navarro Viola, Miguel	10.000
Nevares, Nicanor	1.000
Ochoa, Angela S.	1.000
O'Gorman, Cura de S. Nicolás	50
Olivero, Francisco	300
Olmos, Félix	500
Orr, Carlos	100
Otero, Rosa	300
Palacios, Pedro	5.000
Pareja de Gómez, Florentina	600
Pereira, Leonardo	5.000
Pereira, Antonia J. de	1.500
Pérez, Fernando	10.000
Picado, Francisca Linares de	220
Ponce, Nieves P. de	5.000
Portugués, José	5.000
Prudent, Tomás	7.200
Real, Ana G. de	300
Real de Fresco, Teresa	600
Reynoso de Pacheco, Dolores	5.000
Riglos, Marcos	500
Rocha, Patricio	600
Saavedra, Luis María	1.000

Saguí, M. Esteves	100
Sánchez, Ladislao	5.790
Saravia, Juana Echevarría de	600
Santa Coloma de Haedo, Rosa	300
Terrero, Juan M.	500
Umbiain, Juan A.	1.000
Uraga, Feliciana J. de	5.000
Urribellarea, Manuel	5.000
Vázque, N. (panadero)	528
Velarde, Manuel	100
Velázquez, Miguel A.	300
Vidal, Dolores G. de	500
Videla, Jacinto	1.000
Videla, Juan	375
Villanueva de Armstrong, Justa	12.000
Villanueva, Claudia	20
Viola, Julián	5.000
Zamudio, Eulogio V.	175
Zubiaure, Benjamín	30
Zubiaure, Alfredo	278
Zúñiga de Cosio, Estanislado	5.000
Zúñiga de Anchorena, Clara G.	20.000
Zupasnabar, Gregorio	300
Yrumain, Delfina	1.000

4. Las cantidades que acabamos de consignar fueron efectivamente obladas por sus generosos donantes, aunque algunos, por razones diversas, fueron remisos en hacer la entrega y otros tuvieron que rebajar la cantidad que, en los primeros fervores, habían prometido. En 25 de diciembre de 1875 escribió el señor Eduardo A. Lahitte al señor Juan Antonio Bayá recordándole su compromiso "para que con su buena voluntad contribuya a ampliar" las cantidades ya recibidas y, a 30 del mismo mes y año, le pedía que se entrevistara con José Manuel Estrada (padre) quien "al principio de los trabajos dijo se suscribiría con cien mil pesos, y más tarde con cincuenta, y hasta este momento no ha contribuído" y le solicitara su óbolo.

Aunque la suma de todas las donaciones mencionadas parece ingente y a ellas hay que agregar los 75.000 que donó el Gobierno Nacional y los 5.750 que fueron robados en efectivo el día 28 de febrero y que el Juez, que entendía en la causa, entregó en junio de ese año, no era ciertamente suficiente para la reconstrucción del Colegio. Fué necesario pedir prestado al Banco de la Provincia,

como se hizo en mayo 20 de 1876 solicitando 150.000 pesos, en junio 10 solicitando 20.000 y en agosto 8 solicitando 10.000 pesos. Respecto de estos préstamos escribía al Padre Rector del Colegio el tesorero de la Comisión Dr. Jayme Lavallol lo siguiente con fecha 4 de febrero de 1877:

"Mañana debemos arreglar en el Banco de la Provincia la letra que allí tenemos pendiente de 180.000 y que con la amortización del 5 p % quedará reducida a $ 171.000. Los nueve mil pesos de esta amortización con más dos mil novecientos noventa y dos por el interés de 90 días sobre $ 171.000 a razón del 7 p % anual, hacen la cantidad de $ 11.992 que es lo que debe oblarse mañana.

"Como las entradas que tiene la Comisión son solo, puede decirse, lo que recoge la distinguida Señora de Lamarca, tendrá V. R. a bien ayudarme para esta oblación con 8000 $ del Banco, a cuyo efecto incluyo a V. R. un cheque por esa suma a fin de que se sirva devolvérmelo firmado. Yo pondré el resto, más de los $ 200 valor del sello. . . [519].

Jayme Llavallol

Del mismo tesorero de la Comisión es otra misiva, que merece ser conocida. Fué escrita al Padre Rector, mes y medio después de la anterior:

"Por mi hermano Félix he sabido el generoso donativo del Señor Portugués en beneficio de la obra del Colegio y quedan en mi poder los mil pesos fuertes en oro, importe de esa donación.

"Mi idea sería o entregar toda esa suma al Señor Trabuco, o dividirla entre éste y el Señor Spinetto que son hoy nuestros principales acreedores. . . [520]. *Jayme Llavallol*

Sabemos que el Sr. Spinetto y Cía. debía cobrar a fines de 1875 la suma de 49.600 pesos por materiales suministrados, pero hizo donación de 5000 pesos al Colegio cobrándose tan sólo 44.600. Igualmente V. Zamboni e Hijos vendió al Colegio las columnas de fierro y los tirantes de los techos valuados en 23.500 pesos, pero donó 2500 al mismo. A principios de julio de 1877 las cantidades recaudadas ascendían a 438.017 pesos, a los que había que agregar los 8.000 pesos por los tirantes del viejo edificio que fueron vendidos, y los 5.425 pesos que pudo proporcionar el mismo Colegio, además de las cuotas de suscripción prometidas pero no recibidas aún. Ese total de 1.032.638 pesos, moneda corriente, fué toda ella insumida en la construcción, quedándole al Colegio crecidas deudas que fué lentamente abonando. Téngase presente que 1 peso, moneda corriente, a que aquí hacemos referencia era apenas en su valor adquisitivo, diez centavos de nuestra moneda actual.

5. Cerraremos este punto referente a la suscripción planeada y realizada por aquella Comisión de dignísimos caballeros, con el discurso que en la Distribución de Premios, a fines del curso de 1875, pronunció el secretario de la misma, el doctor Emilio Lamarca. Leyóse primero, en dicha oportunidad, el informe que presentó la Comisión encargada de la reconstrucción del Colegio del Salvador, y acto continuo subió a la tribuna aquel gran ciudadano y preclaro hijo de la Iglesia, y pronunció este breve pero enjundioso discurso [521]:

Con la lectura de este informe quedaría cumplida la voluntad de la Comisión. Sin embargo, señores, pido me escuséis si, obedeciendo a un impulso que nace del corazón, me atrevo a dirigiros algunas palabras que ciertamente creo encontrarán eco, pues responden a un deseo noble. Aliéntame, además, la confianza de que a nadie, mejor que a este núcleo brillante de la sociedad argentina, pudiera apelar para hacer efectiva la digna y enérgica protesta que se levantó contra el atentado de 28 de Febrero.

No es mi ánimo hablar del Jesuíta, a quien miro con profunda gratitud y respeto, porque en él veo al maestro, al guía querido de mis primeros años. No os hablaré, pues, de los hijos de Loyola derramando su sangre en las Indias por la fé católica, y oponiendo su valerosa falange a ese formidable empuje que a través de los siglos viene amenazando ruina a las naciones. Creo inútil recordaros cuánto debe a ellos la fe y la civilización en América, y que ellos también, —y en esta misma ciudad—, prefirieron salir, sacrificando todo, antes que sancionar la apoteosis de la tiranía. No seguiré esta corriente de ideas: sería exponerme a que se creyese que el afecto que profeso a mis maestros me hace hablar con pasión.

Son motivos de otro orden los que me mueven a insistir en la necesidad imperiosa de llevar a cabo la reconstrucción de este Colegio. Son motivos de decoro y de dignidad nacionales: porque, mientras quede un ladrillo fuera de su lugar, mientras un solo tizne manche las paredes de este establecimiento, subsistirá el oprobio y pesará sobre nosotros el reproche que ha lanzado la prensa europea, en mengua de Buenos Aires, al ver que bastaba un puñado de dementes para subvertir el orden, desafiar a la autoridad y producir una escena digna de las leyendas de la barbarie.

En mis manos he tenido las notas en que los ministros argentinos remitían al Gobierno las tiras impresas de los diarios extranjeros que daban cuenta del atentado del 28, reprobándolo altamente. Hasta el periódico oficial de Bismarck, lo condenaba, —y naturalmente—: el canciller del Imperio Alemán se resistía a concebir un pueblo volviendo sobre sí mismo, para destruir sus propias obras; y a pesar de la cruzada que ha emprendido contra el catolicismo, no le era dado admitir como medios de hostilidad actos, que responden al vértigo de pasiones desenfrenadas, y que

son el resultado de la más funesta propaganda, tan funesta que los mismos diarios, que desgraciadamente la fomentaron, retrocedieron espantados ante sus efectos, y . . . protestaron!

Esa protesta vino tarde: recaía sobre males consumados. Y no es con protestas que se levantan paredes derribadas, ni es con protestas que se reparan los ultrajes inferidos a la moral pública.

A los Señores del Cuerpo Diplomático, que nos honran con su presencia, les suplico, que, si han mencionado aquel hecho en sus correspondencias, digan que una Comisión, nacida del pueblo y auxiliada por el pueblo, los ha invitado a asistir a este acto de reparación, y que sobre los escombros que dejó un grupo de malhechores, que esta sociedad rechaza de su seno, se vuelve a levantar un gran Colegio.

Al señor Calvari, nuestro Cónsul en Italia, que hoy nos acompaña, le ruego que, ya que le fué imposible contestar al Sumo Pontífice que no eran exactos los telegramas que le anunciaban el incendio del Salvador, diga a Su Santidad que los argentinos hacen desaparecer todo rastro de ese crimen, que no afectó, ni nunca pudo afectar seriamente el buen nombre de un pueblo que se honra en ser cristiano. Si para el Padre de los fieles, si para el Anciano Venerable del Vaticano, esto es un consuelo, pedidle, señor, que bendiga esta obra, y que obtenga del Altísimo que ella constituya, *para siempre* una gloria de esta ciudad, un triunfo de nuestra fé y libres aspiraciones.

Falta ahora que nuestra propia prensa manifieste al mundo entero que el pueblo argentino vuelve por su crédito levantando espontáneamente y por sus propios esfuerzos los muros que una turba criminal destruyera en pocas horas. Probaremos así que la explosión de esos odios, que no tienen su origen en nuestro suelo, jamás encontrarán pábulo en un pueblo que reacciona inmediatamente, con fuerza y con decisión, contra todo acto que atente a sus libertades. Borraremos así también de nuestra memoria, y de la de nuestros hijos las ignominias de aquel día.

No hay argentino, señores, que al pensar en los ulteriores destinos de su patria, no crea ver bosquejarse allá, en el tiempo y en el espacio, los perfiles majestuosos de una gran Nación. Pero, para realizar cuanto antes ese porvenir glorioso, es menester recordemos que cada uno de nosotros tiene una misión que llenar, que cada ciudadano se debe a su época y a su país. Es así como se encadenan las generaciones. Es así como el patriotismo abraza el pasado, el presente y el futuro.

Y la patria no es sólo la dilatada extensión del territorio que pisamos, el sol que nos alumbra, y el cielo que inmortaliza los colores de nuestra bandera: —el alma, la vida de todo esto, es la suma de todos nuestros hechos, de todas nuestras instituciones y monumentos, de todas nuestras tradiciones y costumbres.

Cooperemos, pues, en todos estos sentidos al engrandecimiento de nuestro país. Atraigamos también a nuestras playas las fuerzas vitales de la Europa; pero, no atraigamos sus vicios, ni permitamos que el cáncer que corroe a algunas de las sociedades del viejo mundo, se extienda has-

ta infiltrar en la nuestra el elemento corrosivo del socialismo, elemento que gasta paulatinamente todos los resortes del progreso, y los destruye en silencio, para operar el desquicio con más escándalo, para consumar sus ruinas con mayor estruendo.

El día 28 hemos visto las sombras de París y el reflejo de sus incendios. El día 28 de Febrero parecía que la Constitución era un *sarcasmo*. Y digo sarcasmo, señores, porque todas las libertades que ella garante fueron conculcadas, y desconocidos todos los derechos. Fué desconocido el derecho de propiedad, entregando a las llamas un edificio público; fué desconocido el derecho de libre enseñanza, persiguiendo y dispersando a públicos catedráticos, y arrancando con amenazas a las primeras familias de Buenos Aires el derecho de escoger educadores para sus hijos; —fué desconocido hasta el derecho de existencia, cuando una mano furiosa acometió con el puñal a pacíficos ciudadanos—, porque, señores, también el sacerdote es ciudadano; fué desconocida y conculcada la libertad de conciencia, la libertad religiosa, profanado con sacrílega saña los objetos más sagrados del Culto, y de aquel culto precisamente que ampara nuestra carta fundamental.

Perdonad, señores, si ha habido vehemencia en mis palabras: ella está *sobradamente* compensada por la enormidad del hecho que recuerdo. Además, pienso como católico, siento como argentino —¡pienso y siento como vosotros!—. Y entonces, señores, en nombre de vuestras creencias, en nombre de la libertad, en nombre de los más sagrados deberes del civismo, os pido contribuyáis a impedir que las ruinas del Salvador continúen por más tiempo sirviendo de monumento conmemorativo de un hecho, que es un bochorno que es una afrenta para la civilización.

Lavadla, señores.

Si la diligencia y el espíritu de sacrificio de los miembros de la Comisión no tuvieron límites ni conocieron eclipses, tampoco los tuvo la solicitud y el empeño de los Superiores y de los Padres en secundar la obra de aquellos insignes bienhechores y de tantos otros que se desvivían por ver inaugurado nuevamente el Colegio.

El Padre Baltasar Homs que era el superior general de todos los Jesuítas en estas regiones se hallaba en Santa Fe cuando acaeció el incendio del Colegio y no pudo regresar a Buenos Aires, no obstante sus deseos de hacerlo, hasta mediados de marzo. A 3 de ese mes el Padre Rector, Esteban Salvadó, le había enviado este telegrama: "Todos salvos; los heridos van bien, sin peligro. Gran reacción [a] favor; y quieren decididamente reedificar el Colegio. Escriba órdenes [para] proponer abrir clases externos inmediatamente".

6. La Comisión reconstructora había hecho, por medio de peritos, un estudio sobre lo que podía restaurarse del arruinado Colegio. Se calculó en 5.000.000 de pesos, moneda de la época. unos 250.000 en nuestra moneda actual, los perjuicios y se calculó que sería menester otro tanto para restaurar las partes derruídas. Era menester echar abajo el ala norte, o sea, el que paralelo a la fachada, caía sobre el jardín del Sagrado Corazón ya que las llamas lo habían totalmente destrozado. Aun más: urgía derruirlo pues amenazaba ruina. Así se hizo en efecto, aunque dejando las paredes maestras de la planta baja y las del primer piso; dentro de las primeras se ubicaron seis aulas de estudio, cuatro grandes y dos pequeñas, y en el primer piso se construyó, años más tarde, un amplio dormitorio. El ala sud, o continuación del anterior, pero al otro lado del salón de actos, quedó también totalmente deshecho y se calculó en un millón de pesos, moneda de la época, su reconstrucción.

A lo menos hasta el día 10 de marzo toda la actividad de tres cuadrillas de obreros fué demoler las partes que amenazaban ruina o no eran ya aprovechables, y pocos días después se había ya comenzado a reconstruir, tal vez con excesivo apresuramiento, algunas de las secciones más aprovechables.

Aun cuando las clases se inauguraron el día 5 de abril, las obras siguieron haciéndose sin interrupción durante gran parte del curso.

Se improvisaron aulas, además de las ya indicadas en el salón de actos que estaba parcialmente construído, y allí se ubicaron también las salas de visitas y la Capilla de los alumnos. Casi todos los cuartos que daban sobre Callao y que hasta el incendio fueron las piezas de los Padres, fueron destinados a fines escolares.

Con fecha 29 de marzo de 1875 publicó el Padre Salvadó en los periódicos de Buenos Aires la siguiente carta :

Señor Director del "Católico Argentino".

Muy señor mío: Accediendo a los deseos de muchas y respetables familias, tengo el placer de participar a Vd. que desde el Lunes próximo 5 de Abril se reabrirán las clases de este Colegio, en el local que ha quedado libre del funesto incendio.

No siendo posible que por ahora se reciban pupilos; solamente se admitirán medio-pupilos y externos.

La hora de ingreso para los medio-pupilos será de 7 a 8 de la mañana, y la salida de 5 a 6 de la tarde.

Para todos, las horas de clases serán de 9 a 11 y de 3 a 5. Los idiomas de 1 a 3.

La Pensión de los medio-pupilos es de 350 ps. m|c. al mes; debiendo traer cada uno su mesa de estudio, igual a la que usaban, una silla y un cubierto.

En los días Festivos asistirán a la Santa Misa, a las 8 y 1|2, después de la cual oirán una breve exhortación moral y podrán retirarse a sus casas.

Para la ida y vuelta podrán contratar un Omnibus las Familias que le deseen.

Queda de Vd. affmo. S. S. *Esteban Salvadó* 522.

7. Y el 5 de abril, a los treinta y seis días del incendio, abrióse nuevamente el Colegio, como si nada hubiese sucedido. Las clases se abrieron, aunque con no poca estrechez e incomodidad, ubicadas unas en diversas salas de las que había en el ala de edificio que da a Callao, otras en el salón de actos, y las más y mejor acondicionadas en los salones de la planta baja del ala de edificio, paralelo al jardín del Corazón de Jesús, otrora patios de recreo de los alumnos. El Colegio prosiguió sus actividades científicas y literarias, aunque en medio de paredes ennegrecidas por el humo, y a la vista de abundantes ruinas, y con el estrépito de la piqueta que derruía los muros calcinados y del acarreo de los materiales carbonizados .

No habiendo local para albergar pupilos, pasaron éstos, en su mayoría, al Colegio de los Padres Bayoneses. Sólo se admitieron alumnos medio-pupilos, quienes venían por la mañana y regresaban a sus casas por la tarde, después de las clases. Estos medio-pupilos bien pronto pasaron de cien, y había unos cincuenta externos. La falta de local era tan grande que varios Padres y Hermanos iban cada tarde a Regina, calle Sarandí entre Rivadavia y Victoria, para pasar allí la noche, regresando por la mañana al Colegio.

El *lectio brevis* se tuvo el lunes 5 de marzo, y al siguiente día llegaron de Rosario, donde se hallaban los Padres Camilo Jordán y Antonio Dalmau, y en el mismo tren llegaron, procedentes de Santa Fe, los Padres Estanislao Soler y Miguel Codorniú. El Padre Jordán se encargó de la cátedra de filosofía y de historia moderna y contemporánea; el Padre Codorniú inició sus clases de física, química e historia natural, materias en las cuales era eximio, aunque la arqueología y la numismática eran ciencias muy de su agrado; al Padre Soler se le encargó la retórica, y enseñaba además la geometría y la historia de la Edad Media. El Escolar Valentín Franco-

lí enseñaba el curso de gramática suprema; el Padre Pedro Villardel el de gramática media y el Padre Miguel Infante el de gramática inferior. El Padre Gregorio Pano, que llegó de Europa en agosto de ese año. junto con los Padres José M. Rovira y Salvador Barber, tomó la clase del Padre Villardel, y el Padre Rovira, además de sub-prefecto general de Estudios y disciplina, tomó a su cuidado el gobierno de una de las brigadas o divisiones.

8. Los sucesos del 28 de febrero llegaron a perturbar no poco las facultades mentales del citado Padre Villardel, y estando este Padre en Rosario, poco antes de abrirse el curso, después del incendio, encontróse allí con el doctor José María Cullen, gran amigo del Colegio, y escuchó estas palabras nada tranquilizadoras: "Nosotros tenemos buena voluntad, pero ustedes no están seguros".

Y así era en efecto: cuando para el 18 de abril dispuso el Sr. Obispo una función de desagravio, que se realizó con toda tranquilidad, corrieron voces de que las turbas iban a efectuar otro asalto al Colegio, y tanto crédito se dieron a esos rumores que se ordenó a los niños no venir ese día al establecimiento. El 25 de mayo de aquel año fué otro día de alarma infundada, como también el día 5 de junio. En esta postrera fecha hubo un funeral por el Coronel Calvetti y después del mismo bajaron por la calle Lavalle, en dirección a Callao, un grupo de hombres dando vivas y mueras. Creyóse en el primer momento que venían contra el Colegio. El 12 de octubre fué un día más amenazador. Romero Jiménez en las columnas del *Diario Español* había estado incitando a las turbas sectarias contra la Iglesia y, en particular, contra los Jesuítas, y se podía temer cualquier atropello. Un piquete de soldados se estableció ese día en el Colegio para defenderlo en cualquiera eventualidad. Otro tanto se hizo en la noche del día 23 de ese mes, en el que se presentaba en el Tatro Colón el drama antijesuítico intitulado "El Judío Errante", basado en la novela de igual epígrafe compuesto por Eugenio Sue. Sólo un Padre y un Hermano permanecieron en el Colegio aquella noche y se retiraron del mismo todos los objetos de algún valor, y los libros y papeles del archivo.

Una de las causas de mayor intranquilidad en el curso de 1875 se debió al hecho de que en la pequeña Buenos Aires de entonces funcionaban dos comisiones igualmente empeñosas en recoger fondos: la que tan a pechos había tomado la reconstrucción del Co-

legio del Salvador, y otra que se proponía levantar una estatua a Garibaldi. Véase lo que a 17 de abril de 1875 manifestaba la revista religiosa que entonces se publicaba en Buenos Aires, intitulada *El Católico Argentino*: [523] .

Hemos leído en los diarios la esposición que una Comision de italianos garibaldinos hace al público de Buenos Aires, con el objeto de levantar una suscricion para el *gran enemigo* del Catolicismo, el General Garibaldi.

Jamás hubiesemos dedicado una línea a semejante asunto si los señores de la Comision al dirigirse al público, se hubiesen mantenido en los justos límites, concretándose a pedir un auxilio para su héroe; pues el necesitado está en pleno derecho de pedir en todas partes, y desde que los liberales italianos no disponen de medios bastantes para proporcionar á su gefe las comodidades que desean, bien hacen en recurrir á la generosidad de este pueblo.

Mas los Sres. de la Comisión no se contentan con esto; sinó que para mover al público á contribuir con su óbolo, principian por insultar y calumniar á los Padres Jesuítas, llamando a sus colegios *templos de la corrupción y de la inmoralidad*, arrojando también de este modo el lodo del insulto y la calumnia sobre las doscientas respetables familias de esta ciudad que envían sus hijos á esos *templos* y sobre las distinguidas personas que se ocupan en recolectar fondos para reconstruir el Colegio de los Jesuítas.

¡Cortés manera de implorar la clemencia de un pueblo! Es digna del *liberalismo*.

Se lamentan además los señores de la Comision garibaldina, que en las penosas circunstancias porque pasa el país, se busquen recursos para hacer desaparecer las ruinas del Colegio del Salvador. ¡Selecta hipocresía *liberal!*

¡Cómo! ¿Os compadeceis de las miserias del pueblo y levantais suscriciones para Garibaldi? A lo menos al contribuir el pueblo para un tal Colegio, se hace un bien á sí mismo, porque levanta un edificio que a la par que hermosea la ciudad proporciona un asilo á la juventud estudiosa. Pero las sumas para el General Garibaldi que bienes pueden traer á Buenos Aires?

Aprendamos, lectores, una vez más á conocer, cual es el amor que tienen al pueblo los enemigos de los Jesuítas, titulados amigos de la civilizacion y del progreso.

Esa esa la gratitud con que pagan la generosa hospitalidad con que les brinda este generoso pueblo.

Un día antes de abrirse el Colegio, el día 4 de abril, abrióse al público la Capilla que hacía las veces de iglesia, y que se hallaba, como dijimos, sobre la calle Callao, entre la iglesia en construcción y la portería. Un grupo de señoras, en su mayoría personas modes-

tas de la vecindad, tomó a su cuidado todo lo referente a este recinto sagrado y se desvelaron por dotarlo de todo lo necesario así para el culto como para la piedad de los fieles.

9. Quince días más tarde, y por voluntad expresa del Sr. Arzobispo, túvose en la Catedral una función de desagravio, por los crímenes cometidos el día 28 de febrero, y en esa función predicó el mismo Monseñor Aneiros, con una valentía e intrepidez verdaderamente ejemplares. Tomó por texto aquellas palabras de San Pedro: *Sed libres, no haciendo de la libertad máscara de la malicia; obrad como siervos de Dios"* [524].

¡Qué vergüenza para nuestra humanidad!, podemos decir con un célebre orador contemporáneo, después de diez y nueve siglos de Evangelio y más de cuarenta de Filosofía hay necesidad de demostrar al mundo que es un error negar la existencia de un solo verdadero Dios Creador y Soberano Señor del mundo, lo mismo que afirmar que fuera de la materia nada existe! La luz de la razón como la de la revelación conspiran a mostrarnos claramente al ser soberano principio y fin de todo sin cuya existencia nada puede comprenderse de cuanto ven nuestros ojos y contempla nuestro espíritu.

Si la vida se trasmite y no viene de fuera, es necesario subir hasta el primer productor de la vida, un creador, un organizador de todas las cosas, un dominador soberano, cuyas leyes rigen el universo y al que la conciencia humana debe someterse, lo mismo que los astros colocados en el firmamento del cielo. Por el contrario si la materia tiene en sí mismo la razón de su ser, entregamos al hombre a la brutalidad de sus instintos, no teniendo otro freno que sus deseos y pasiones, sin que sea suficiente a contenerlo su sola razón y conciencia.

No nos detengamos en probar la existencia del Soberano autor de la libertad y de ésta en el hombre, ni tampoco en refutar el sistema de aquellos malvados que enseñaban también un Dios malo y autor de toda la maldad, porque estas palabras de suyo se destruyen.

Ahora bien, señores, Dios ha dado al hombre también la ley, como lo muestra la razón junto con la revelación. En vuestro corazón está escrita esa Ley, y luego en las famosas tablas y en el sagrado Evangelio. Era necesario y conveniente, Sres., poner ese límite, y no hay derecho alguno para salvarlo. ¿Qué derecho puede tener el hombre para oponerse a la ley de Dios? El es súbdito, pobre, ignorante, siempre dependiente desde que nace hasta que muere. ¿Qué derechos puede tener contra Dios? La rebelión siempre produjo males, el Angel rebelde cayó. ¿No lo creéis? Adán rebelde murió. ¿No lo creis? ¿Qué es la historia de la rebelión sino el sinónimo de las desgracias y males de la humanidad? y entonces ¿cómo podremos ni recordar el Edén perdido y las lágrimas que jamás cesamos de verter? ¿Cómo hablaros del cristianismo y su cruz, herencia preciosa

de los santos? ¿Qué os he de decir de la Reforma Protestante, sus trastornos, divisiones y guerras? Preguntad a la famosa revolución de 1792 cuanto costó aquella libertad y progreso, y en 1871 no llegaron hasta nosotros los horrores de aquella prueba política y social que hizo la Comuna de París?

Es, señores, una hipocresía detestable, convertir la libertad, el más grande regalo de Dios, la imagen divina en el hombre, la facultad de enseñorearse del Universo y elevarse hasta las alturas, convertirla, con el nombre de virtud, en desobediencia y ofensa de Dios. No es, no puede ser Dios insensible, porque es padre, y no puede mirar sin horror tanto atrevimiento, porque es santo y no puede dejar de castigar tanto crimen, porque es justo y las justicias de Dios son terribles como Dios mismo. Nada choca ni irrita más al hombre que la hipocresía, y queréis que Dios se muestre insensible cuando ella es la máscara con que se trata de destruirle y en efecto en cierto modo lo derriba el hombre arrojándolo de su corazón. Desgraciado mortal, mejor te fuera no haber nacido. ¿Cómo te ríes. Pero ¿cómo huirás de la ira de un Dios que tan terribles amenazas te ha hecho en las sagradas Escrituras? Tu único refugio es Dios mismo, acude a su misericordia, abrázate de él que es tu Padre, dí la verdad, confiesa tu pecado y serás salvo.

Ahora, señores, ¿podré yo dudar un momento de vosotros que tan edificante os mostráis en el templo del Señor y en esta fiesta solemne; podré yo dudar que habéis visto y descubierto, también el velo de la malicia en la libertad de los tristes acontecimientos que hoy deploramos? Visteis, sí, conculcadas todas las leyes divinas y humanas. A Dios en su real persona velada en el sacramento eucarístico desconocido, ultrajado, pisoteado le visteis. Al hogar en su más sagrada personalidad, el Templo y la Escuela violado, despojado, incendiado. Al hombre en su más sagrada personalidad, el Sacerdote y el Maestro le visteis insultado, acometido, arrojado, estropeado herido. Oisteis, Sres. oísteis, ¡muera y eso lo oísteis muchos días antes, y en ese día cuántas horas y cuántas veces lo oísteis, y después también lo oísteis. Pero Sres., decid como el Apóstol, Oh, libertad! la han hecho el velo y máscara de la malicia más execrable!

¡Oh, libertad! ¿cómo remediaremos o impediremos estos males, cuando menos cada uno individualmente? Con la santa y preciosa libertad de los hijos o siervos de Dios, como el mismo Apóstol nos lo enseña.

La libertad es la facultad de hacer el bien y huir el mal. Tal es la libertad de los siervos de Dios que libremente obedecen a su Señor, cumpliendo todos sus mandamientos, obedeciendo y respetando las autoridades legítimas en conciencia, y liberal y generosamente sirven en esto, haciendo los sacrificios necesarios, mortificando el orgullo y vencidas las pasiones.

Nada en contra de tan santos principios. No podemos obedecer a nadie, sea cual fuere, que pretenda cosa contraria a la ley divina y a los deberes del cristianismo, pues que desde el primer día prometió solemnemente vivir en la fe, observar los mandamientos, renunciar a Satanás, negarse al

Mundo, a sus pompas y vanidades. Son traidores los que proceden de otra manera.

La vida del cristianismo es más que ninguna otra una milicia cuyo estandarte es la Cruz. ¿Se exige algo al cristiano contra la ley de Dios? ¿Quién lo exige? Son las potestades de este mundo? A ellas tiene que contestarles: Primero debemos obedecer a Dios que a los hombres. Nos amenazan con la fuerza. "No querais, dice Jesucristo, temer a los que sólo pueden sacrificar el cuerpo, pero no dañar el alma". Tiene el cristiano todo derecho a defenderse adoptando los recursos que la naturaleza y la ley de la sociedad en que se halla le proporcionan.

Pero cuando se encuentran abandonado de todos, sólo a merced de la violencia de sus enemigos, no puede cederles, debe abrazarse con la cruz, resignado, paciente hasta el sacrificio, sostenido por la gracia de Jesucristo, alentado por sus promesas y premios eternos. "A nosotros nos corresponde gloriarnos en la cruz de Jesucristo, dice San Pablo. El martirio es nuestro deber en tales casos, si queremos pertenecer a Jesucristo, jefe de los mártires y a su iglesia, que ha heredado la corona del martirio".

Este es el lenguaje de la religión: lo contrario pertenece a la carne y la sangre.

Pero el cielo se ha encargado de custodiar nuestra libertad. El misterio de la gracia contiene el secreto de la fortaleza cristiana, con la que el más débil mortal se hace superior a sí mismo, al demonio y al mundo, desafía los tiranos, se abraza con la cruz y la muerte, resignado y hasta contento.

No olvidemos que este día señores, está destinado a celebrar el patrocinio del glorioso Patriarca San José, patrono de la iglesia. El que trabajó tanto por la verdadera libertad y redención del mundo, hoy merece ser invocado en su favor. Lejos del mundo despreciado, pobre, laborioso, perseguido, fué libre observante de la ley hasta el sacrificio.

¿Qué se necesita para la libertad del mundo? Una esposa del Espíritu Santo, su María lo será; porque ha encontrado un esposo digno sobre la tierra. ¿Qué se necesita un Redentor? Es Espíritu Santo descenderá, María será la madre, José el padre.

Hay quien hace de la libertad, el velo de la malicia, como el bárbaro Herodes que manda degollar al niño, José lo salvará en el destierro y lo protegerá hasta que dueño de sí mismo por la edad, se lance al gran mundo. Bien pueden los siervos de Dios poner su libertad bajo el amparo de José constituído por Dios, protector de María, y de Jesús para serlo de todo el mundo.

Iglesia de la Santísima Trinidad de Buenos Aires: aunque seas una parte de la herencia de Jesucristo, no puedes seguir otras huellas que las de la Esposa del Redentor. Para gloriarte de pertenecerla no puedes andar por otra senda. Si nacistéis como ella, con la sangre de los mártires, no debes considerar extraño y ajeno de ti el sufrimiento. Es cierto que después de diez y nueve siglos cristianos y de la historia de tus servicios a esta tierra que civilizaron tus Apóstoles, tenías derecho a respirar cuando menos el aire puro de la libertad. Es cierto que cuando en Buenos Aires lo gozan

tantos, todos diré mejor, sean ciudadanos o extranjeros, paganos, judíos, protestantes, sectarios, hay injusticia atroz en tratarle como se ha hecho más de una vez. Pero tu fe, tu esperanza y amor, hoy más que nunca deben ponerse en el cielo y honrar e invocar a aquel a quien puso Dios por protector de su sagrada familia en la tierra: el glorioso patriarca San José.

¡Sagrada Compañía de Jesús! Si algún elogio hice de las luces, virtudes y servicios de tus hijos, lo haría mayor después del 28 de febrero. Si algo he dicho de vuestros enemigos, ¿qué menos puedo decir después de ese día?

Una palabra y concluyo. Padres y madres de familia.

Escribiendo un profesor de Francia a otro en 1871, le decía estas palabras, que se hallan impresas: "Algunos de esos jóvenes malvados que se hicieron tiranos de la Comuna, se hallaban hace apenas algunos meses tranquilamente sentados en los bancos del aula. ¡Ah! maestros impíos que creyeron muy natural sembrar el ateísmo en sus tiernas inteligencias. ¿Tendrán éstos el derecho de sorprenderse de que sus discípulos hayan derramado el petróleo incendiario? Una vez que se hace desaparecer a Dios, ¿qué resta sino sacrificar al egoísmo el Universo?". Llamo la atención sobre estas palabras y os pido las meditéis seriamente, por lo pasado y para el porvenir.

10. El año escolar transcurrió sin novedad, aunque la comunidad del Colegio perdió a 5 de mayo y a 31 de julio dos de sus componentes, los Padres Luis Mazarrasa y Mariano Albi. El primero había nacido el 9 de septiembre de 1840 en Santander e ingersado el 10 de septiembre de 1857 en la Provincia de Castilla, de la que pasó a la de Aragón. Se hallaba postrado en el lecho cuando acaeció el asalto e incendió del Colegio, pero unos jóvenes le salvaron la vida, como ya dijimos. Agreguemos aquí que éstos le llevaron a la casa de uno de ellos, llamado Norberto Fresco, donde se le atendió "cuidadosamente". Como su mal era la tisis y había en esa casa criaturas de corta edad, se le trasladó después a la casa de las señoras López y de aquí al Seminario de Regina donde entregó plácidamente su alma a Dios el día 5 de mayo. El caso del Padre Albi fué del todo inesperado. Unos días antes el Dr. Lucilo Castillo le vió y no creyó se trataba de cosa alguna trascendental. Era la opinión así de ese facultativo como del hermano enfermero. Pero uno y otro reconoció su error en la mañana del día de San Ignacio, 31 de julio, al ver al enfermo en el trance de la agonía. Una peritonitis le había llevado rápidamente a ese extremo. Había este Padre nacido en Manresa (18 de enero de 1841) e ingresado en la Compañía el 13 de mayo de 1857. Fué en el aciago día 28 de febrero

uno de los más impertérritos y fué de los últimos en abandonar el Colegio.

11. El curso escolar terminó con una Corona Poética, con la consabida Distribución de Premios y con la exposición que en nombre de la Comisión reconstructora hizo el doctor Emilio Lamarca sobre la labor de la misma. La Corona Poética, intitulada "Odio y Amor" se refería a los sucesos del 28 de febrero. La primera parte, rotulada *El Genio del Mal,* comprendía las siguientes composiciones:

La orgía, canción original del Sr. D. José Marcos Malbrán, declamada por por él mismo.

La tempestad, alegoría. Dodecasílabos original del Sr. D. Nicanor Arévalo, declamadas por D. Carlos María del Castillo.

El asalto, polímetro francés, original del Sr. D. Carlos Doynel, declamado por él mismo.

El sacrilegio, elegia original del Sr. D. Santiago Klappembach, declamada por D. Nicanor de Elía.

A las ruinas, silva original del Sr. D. Pedro Esquivel, declamada por D. Ceferino Araujo.

Terror y Esperanza, himno; música del Sr. D. Juan B. Bugni, profesor del Establecimiento, cantado por los alumnos del Colegio.

La segunda parte, intitulada *La Caridad,* comprendía las siguientes composiciones:

La víctima, dísticos latinos, originales del Señor D. Nicanor Arévalo, declamados por D. Juan José Urquiza.

Un recuerdo y una lágrima, redondillas originales del Sr. D. Manuel Pérez, declamadas por él mismo.

El ángel de caridad, oda original del Sr. D. Santiago Klappembach, declamada por D. Nicanor de Elía.

El consuelo, composición inglesa del Sr. D. Guillermo Galbraith declamada por él mismo.

La esperanza, canción original del Sr. D. Bernabé Ferrer, declamada por D. José Marcos Malbrán.

La oblación, polímetro castellano, original del Sr. D. Hugo Martín Soto, declamado por él mismo.

El triunfo, himno final, original del Sr. D. Lorenzo Montero, cantado por los alumnos del Colegio.

Los alumnos más premiados en este año de 1875 fueron Santiago Hechart, Vicente Martínez de Carmona, Rafael Carrasco, Nicanor Arévalo, Fernando García ,Pedro César Pairó y Emilio Igartúa.

Capítulo X

RECTORES Y PROFESORES DESDE 1876 HASTA 1887

1 — *El Padre Esteban Salvadó;* 2 — *Rector firme y prudente;* 3 — *El homenaje de* 1894; 4 — *Profesores y prefectos durante el rectorado del Padre Salvadó* (1874-1887); 5 — *Valentín Francolí, Luis Soñé, Julián Requena;* 6 — *El Colegio del Salvador en* 1881, *según el Padre José Saderra.*

1. El Padre Esteban Salvadó que entró a gobernar el Colegio en enero de 1874, estuvo al frente del mismo hasta el 10 de mayo de 1887, fecha en que le reemplazó el Padre José Reverter. Durante doce largos años rigió el Padre Salvadó el Colegio, debiéndose en gran parte a él el que se abrieran de inmediato sus aulas a raíz del desastre del 28 de febrero. Por lo que toca a la organización interna del Colegio, había ya el Padre Guarda hecho todo lo que convenía hacerse, y el Colegio gozaba de justa fama, pero le cupo al Padre Salvadó el darle su organización externa, esto es, su posición respecto de los planes pedagógicos propiciados por las autoridades civiles. Fué él quien con habilidad y con prudencia fué conformando la situación jurídica del Colegio como instituto particular, independiente en todo de los del Estado, menos en el examen global del último curso. Pequeño de cuerpo y notablemente delgado, tuvo el Padre Salvadó un ánimo viril y una fuerza de voluntad inquebrantable. Así los sacerdotes como los caballeros todos acudían a él en busca de consejo, y todos, a una, admiraban su acierto en los negocios espirituales. Por la juventud y niñez sintió siempre una predilección tal que le llevó a todos los sacrificios en pro de su aprovechamiento espiritual e intelectual.

Recordemos algunas fechas de su larga y fecunda existencia. Nacido en Reus, en la Provincia de Tarragona, España, a 10 de marzo de 1836, entró en la Compañía en Loyola el 25 de mayo de 1854. Estudio la retórica en Hagetman, en Bélgica, y la filosofía en Salamanca, de donde pasó a Loyola primero y al Puerto de Santa María, después, para enseñar las Humanidades y la Retórica.

La salud del Padre Salvadó era, en 1863, tan indeble que se creyó que tal vez los aires de América podrían salvar su vida. Así

fué en efecto. Nunca gozó de una salud robusta, pero desde que pisó nuestras playas hasta su muerte, acaecida en 1894, tuvo los suficientes fuerzas físicas para trabajar como trabajó, tenaz e ininterrumpidamente. Como no era aún sacerdote cuando vino a la Argentina, cursó los cuatro años de teología en el Colegio de la Inmaculada, siendo al mismo tiempo, prefecto de brigada y aun, a las veces, profesor de matemáticas, y en los últimos tiempos Prefecto general del Colegio y Prefecto de la Academia Literaria.

Ordenóse de sacerdote el 15 de marzo de 1868, y dos años después, el 23 de enero de 1870, fué nombrado Rector del Colegio de la Inmaculada, y fueron las relevantes prendas que mostró en ese rectorado las que movieron a los superiores a darle igual cargo en el Colegio del Salvador.

2. No vemos muy airosa su acción cuando el incendio del Colegio, ni es fácil justificar su falta de previsión ante los hechos que iban siendo del dominio público desde hacía muchos meses, pero después de la catástrofe fué el Padre Salvadó quien más tenazmente abogó por la rápida reapertura del Colegio y nadie trabajó más incansablemente en esa tan difícil empresa. Ni fué menos eficaz su influjo cuando después de reedificado completamente el edificio, tuvo que impedir, e impidió, el que se incendiera moralmante el Colegio con tantos decretos y leyes tan molestas como sectarias que se expedían en contra de la enseñanza que se daba en el Colegio. Recuérdese cómo en esa misma época vióse obligado el Colegio de la Inmaculada, de Santa Fe, a cerrrar sus puertas, no obstante hallarse propiciado y escudado por el gobierno de esa provincia.

Con prudentes y firmes resoluciones, con atinadas respuestas, con escritos y razones incontrastables, sostuvo airosamente el Padre Salvadó la justicia, la dignidad y la vida misma del Colegio del Salvador. Fácil sería abonar con documentos lo que llevamos dicho ya que en el Archivo del Colegio existen abundantes los papeles que hacen al respecto. Para que el lector palpe por sí mismo la prudencia y fortaleza de este gran rector del Salvador vamos a reconstruir uno de los hechos menos trascendentales pero de los más expresivos, relacionados con la mentalidad opaca cuando no sectaria de quienes estaban entonces al frente de la dirección de la enseñanza.

La siguiente nota, suscrita por el Padre Salvadó a 30 de abril de 1879 orientará al lector sobre el tema [525]:

Sr. Presidente del Consejo Escolar de la Piedad.

Habiendo recibido ayer, a las 3 p. m., por un repartidor de ese Consejo seis planillas de Estadística escolar; he sospechado que haya habido equivocación de parte del repartidor.

Efectivamente, el Colegio del Salvador (sin que por esto pretenda eludir el cumplimiento de sus deberes ante la pública autoridad) no es Colegio de instrucción primaria, sino de segunda enseñanza para estudios universitarios, exigiéndose al ingreso de sus alumnos el que éstos hayan recibido ya la referida instrucción primaria.

Y como a esta razón se agrega el que por vez primera se pide a este Colegio el llenar las planillas trimestrales, me he confirmado en la idea de haber equivocación, como dije ya, en el repartidor.

En consecuencia, pido al Sr. Presidente se sirva declararme su mente respecto de la obligación que incumba a este Colegio. De paso haré observar al Sr. Presidente la casi imposibilidad de llenar las mencionadas planillas, por no estar conformes con los grados y cursos de este Colegio, acomodados como están para los estudios universitarios.

Saluda al Sr. Presidente con toda consideración.

S. S. S.

Esteban Salvadó

La respuesta a esta nota tan digna y verídica es de una indignidad irritante. Tenemos el original a la vista:

Sr. Rector del Colegio del Salvador.

El Consejo que presido ha tomado en consideración la nota pasada por Ud. en la cual pretende demostrar la imposibilidad de llenar las planillas trimestrales, fundándose en la instrucción secundaria de los alumnos, los cuales siguen los cursos Universitarios.

El Consejo no ignora esos detalles que el Sr. Rector ha tenido a bien suministrarnos, como no ignora también de que en ese Colegio se da instrucción primaria.

Finalmente el Art. 58 de la Ley de Educación se refiere a todos los Colegios en general que están bajo la jurisdicción de los Consejos Escolares.

Dios guarde al Sr. Rector.

D. Salvarezza

Véase la mesurada e inteligente respuesta del Padre Salvadó:

Sr. Presidente del Consejo Escolar del distrito de la Piedad:

Recibida la nota de Ud. fecha ayer 19 del corriente, en que me con-

testa que el Consejo Escolar que Ud. dignamente preside "no ignora los detalles que he tenido a bien suministrarles, *como no ignora también que en este Colegio se da instrucción primaria;* espero de Ud. me permitirá rectificar la idea del Consejo, que en letra subrayada consigna.

En este Colegio, Señor, a mi juicio no hay ninguna clase puramente primaria. Si alguna instrucción primaria se da, es porque de ella no se puede totalmente prescindir, en cuanto ella es la base de iniciación para toda instrucción superior. Así en ciertas clases de la Universidad y de los Colegios Nacionales, como por ejemplo, de Idioma Nacional y de Aritmética, no puede menos de repetirse y complementarse lo perteneciente a las escuelas primarias. Y esto sucede con mayor razón en los primeros cursos, adonde entran alumnos no siempre dotados de la completa preparación previa. En estos casos, repitiendo las palabras del Rector del Colegio Nacional en su memoria de 1877, es forzoso que los Colegios de segunda enseñanza acometan *juntos* su tarea propia, y la que incumbe a las Escuelas primarias.

En esta virtud, y con el objeto de graduar y proporcionar mejor al alcance y capacidad de los niños que nuevamente ingresan en este Colegio, se ha tenido que distribuir el primer curso universitario en dos o tres grados del mismo curso; lo mismo que en el Colegio Nacional (memoria citada) las primeras clases se componen de tres categorías de alumnos: 1ª los que están bien preparados; 2ª los que sólo poseen el *minímum* de conocimientos elementales exigidos para el ingreso; 3ª los rezagados de exámenes anteriores. Y esto es acaso lo que a los Señores del Consejo ha inducido a creer que en este Colegio se da instrucción primaria.

En cuanto a la referencia, que al Art. 58 de la Ley de Educación común hace la nota que contesto, confieso al Sr. Presidente, que siempre he estado en la inteligencia de que dicha Ley de Educación común era sinónima de Ley de Educación primaria.

Dios aguarde al Sr. Presidente.

Esteban Salvadó

Al pasar esta nota, conferenció el Padre Salvadó con el Presidente de dicho Consejo, Dr. Salvarezza quien atendió las razones expuestas, diciendo que las elevaría al Consejo Superior. Así lo hizo, y el Consejo no creyó oportuno insistir más en este punto. Sólo dos años más tarde, el entonces Superintendente D. Domingo Sarmiento, en 9 de mayo de 1881, pidió oficiosamente a este Colegio el número de alumnos, y el de Profesores, lo que vino a confirmar la tesis del Padre Salvadó de que el Colegio del Salvador no estaba comprendido en el artículo 58 de la ley de Educación común.

Incidentes de esta índole eran tan frecuentes, que pudieran llamarse diarios, y tan ingratos que sólo un varón de la paciencia y

aguante del Padre Salvadó los hubiera podido tolerar, y los toleró durante doce años, los siete primeros con título de Vicerrector, y los últimos, desde el 1º de agosto de 1811 hasta el 10 de marzo de 1887, con el de Rector. Pasó después el Padre Salvadó al Colegio de Santa Fe donde ejerció los cargos ora de Ministro, ora de Prefecto de estudios. Desde el 25 de diciembre de 1880, y a raíz de la enfermedad del Padre Baltasar Homs, fué nombrado el Padre Salvadó Superior de la Misión, que así se llamaba otrora lo que es hoy la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús.

3. Falleció en Santa Fe el 6 de junio de 1894, a los 58 años de edad y 40 de vida religiosa. El día 10 recibióse en Buenos Aires la noticia de su muerte, e inmediatamente los ex-alumnos del Colegio consiguieron todas las facultades para traer el cadáver desde Santa Fe y darle sepultura en la iglesia del Colegio. Desgraciadamnte la lentitud de los despachos telegráficos hizo fracasar este empeño ,pues se llevaba el féretro al cementerio, y con bastante retraso, cuando llegó el despacho de Buenos Aires. La higiene y la prudencia hizo que se prescindiera de lo actuado tan empeñosamente en la capital. El jueves 19 de julio se resarcieron los amigos del Padre Salvadó, realizando en su memoria un espléndido homenaje. Se tuvo un funeral, el más suntuoso, en el que ofició el Canónigo Castrelos y predicó Mons. Pío Stella, obispo auxiliar de Montevideo, que vino el día antes a ese solo fin. "La iglesia fué decorada, leemos en una reseña de la época ,de riguroso luto por un adornista. Asistieron los alumnos todos que se colocaron desde los púlpitos hacia abajo. El crucero se utilizó para el catafalco y para asientos para caballeros quienes lo ocuparon todo" [526].

Terminada la parte religiosa, los caballeros, señoras y los alumnos se reunieron en el gran patio del Sagrado Corazón, en donde se hizo la entrega de la placa de bronce, la mayor que se había fundido hasta entonces en Buenos Aires, destinada para el zaguán de la portería, y en obsequio del finado. Hablaron en esta oportunidad los doctores Emilio Lamarca y Santiago Klappembach, y les agradeció el homenaje el Padre Rector, Ramón Barrera. Se repartieron entonces unas tarjetas litográficas con el retrato del Padre Salvadó y una reseña biográfica. La placa, a que nos hemos referido, lleva esta leyenda:

STEPHANO. SALVADO. S. I. SACERDOTI
BENE. DE. RELIGIONE. CONSILIO
ET. LITTERIS MERENTI. HVIVSCE. COLLEGII
PER. ANNOS. XIII. MODERATORI
ET. AB. EIVS. SICARIA. EVERSIONE. RESTAURATORI
AD. SANSTAE. FIDEI
CVIVS. COLLEGII. RECTOR. ETIAM. EXTITERAT
ÑVPER EXTINCTO
EIVS. OLIM. ĀLUMNI. AMICI. LAVDATORES
HAEC. VOTA. IN. TANTO. FVNERE
DOLENTES. SOLVVNT
ANNO. A. CHRISTO. NATO. MDCCCXCIV

Tal es el texto latino de la ática inscripción que ostenta la preciosa lápida, y cuya versión castellana ponemos a continuación:

AL . PADRE . ESTEBAN . SALVADO
SACERDOTE . DE . LA . COMPAÑIA . DE . JESUS
BENEMERITO . POR . SU . VIRTUD
DON . DE . CONSEJO . Y . SABIDURIA
POR . XIII . AÑOS . RECTOR . O . MAS . BIEN . PADRE
DE . ESTE . COLEGIO
Y . SU . RESTAURADOR . DESPUES . DE . DESTRUIDO
POR . LAS . TURBAS
Y . FALLECIDO . HACE . POCO
EN . SANTA . FE .
DE . CUYO . COLEGIO . TAMBIEN . HABIA . SIDO
RECTOR . SUS . ANTIGUOS . ALUMNOS . AMIGOS
Y . ADMIRADORES
AFLIGIDOS . POR . TAN . GRAN . PERDIDA
LE . RINDEN . ESTE . ULTIMO . TRIBUTO
EN . EL . AÑO . DEL . NACIMIENTO . DE . CRISTO
DE . 1894

Agregamos a estas elogiosas palabras que se hallan esculpidas en el bronce, otras que se profirieron en 1894 y que no deben olvidarse.

¡Lo que era la sola presencia del Padre Salvadó! "Brillaba en su rostro, aseveró, entonces, el doctor Emilio Lamarca, la ciencia del que es sabio de corazón, y mereció como pocos el nombre de prudente; se esmeraba en medir y pesar sus razones antes de enunciarlas, desconfiaba de sí mismo y asechaba la oportunidad de hablar con fruto: así logró dejar en cuantos le conocieron esa inolvidable impresión que sólo produce el hombre entendido, cuyo espíritu se impone y se hace apreciar. Huía de toda

verbosidad pero tenía en cambio genuina elocuencia y gracia en el decir, la moderación residía en sus labios, era claro y sobrio en la exposición, y por lo tanto su doctrina era fácil, persuadía sin violencia y se había conquistado el crédito de varón discreto y de juicio exacto.

Era, a manera de los ancianos de la epístola a Tito: "honesto, sano en la fe, en la caridad y en la paciencia, con esa dulzura que nace del dominio de sí mismo complacía a chicos y grandes, y su palabra penetraba en el oído de los hombres, cualquiera que fuese su rango o clase social. Se hacía entender de todos, como el apóstol".

Recordemos también aquellas frases que el entonces jovencito de rubios cabellos y de ágiles meneos, y hoy venerabilísimo anciano, doctor Santiago Klappembach, expresó tan brillantemente [527]:

¡Felices tiempos que venís a mi memoria impregnados con el suave y delicioso perfume de la mañana de la vida; yo no os olvidaré jamás, como tampoco podré olvidar al P. Salvadó que, cual sombra benéfica, extendía sus alas sobre nuestras cabezas, presidiendo nuestras alegrías, alentando nuestros trabajos, y mitigando nuestras contradicciones! Cuando los años blanqueen mis cabellos y hagan titubear mis pasos, yo os recordaré todavía haciéndoos conocer de mis hijos, para que procuren imitar vuestras virtudes y hacerse hombres como vos os habéis esforzado en formarlos durante vuestra no corta y provechosa vida. Yo evocaré esos días cada vez más lejanos; y al evocarlos sentiré, como siento ahora, algo que flota en la atmósfera que nos rodea, despertando en las almas la ambición de la justicia, llenando el corazón de fortaleza, y dando vigor a la voluntad para cumplir con el deber en todas las circunstancias de la vida. Y ese algo que flota en el aire y que siente el alma, es el espíritu del P. Salvadó, que desde las regiones de la inmortalidad, nos muestra toda la excelencia de una vida dedicada a la enseñanza, de la cual no pudieron separarle, ni las diarias y pesadas tareas del rectorado, ni las contradicciones de los poderes públicos, ni la sorda guerra de pedagogos infatuados, ni la barbarie de turbas fanatizadas que en hora aciaga dieron en tierra con cátedras y altares, que sus esfuerzos y constancia levantaron aún más en pocos meses.

Durante el largo rectorado del Padre Salvadó, no fueron pocos los cambios de personal en el profesorado del Colegio. El Padre José María Rovira que era el ministro en 1876, en vez del Padre Martorell que lo había sido el año anterior ,tomó también a su cargo en ese año el cargo de Prefecto general, y ejerció ambos oficios hasta 1878, fecha en que le suplió, en ambas ocupaciones, el Padre Salvador Barber. En 1879 sucedió a este Padre el Padre Juan Cherta. Este insigne varón fué ministro y prefecto general durante ocho años, o sea, desde 1879 hasta 1886.

El santo Padre Guarda, que había sido rector, era en 1876 profesor de Teología en el vecino Seminario, pero pertenecía a la comunidad del Salvador. Otro tanto acaecía con el Padre Manuel Poncelis, profesor de retórica en el dicho Seminario. Además de los profesores ya conocidos, como los Padres Codorniú, Infante, Soler, Francolí, Morera, etc., pasó al Salvador en 1876 el Padre José Gasset y tomó la clase de Gramática Media. El Padre Soler reemplazó al Padre Jordán en la clase de Retórica, y éste tenía las dos clases de Filosofía.

El Padre Anselmo Aguilar fué destinado al Colegio en 1877 y era, a la par, de Pascual Durán, Salvador Villarubias y Pedro Casabayó, prefecto de las diversas brigadas o divisiones. El jesuíta mejicano Padre Nicasio Mola enseñó la historia moderna y el Padre Soler, además de la retórica, había tomado la enseñanza de la historia natural. A lo menos eran tres los profesores de griego en 1877, los ya mencionados Maestros Francolí e Infante, y el Maestro Llord. Como operario pasó el año en el Colegio el Padre José Reinal, de tan santa y profunda actuación, años más tarde, así en Santa Fe como en Villa Devoto.

En 1878 terminó el tiempo de su rectorado del Colegio de Santa Fe el Padre Manuel Freixes, y los superiores le destinaron al Salvador, donde llegó a adquirir gran prestigio como profesor de Química y Física. Diez años justos estuvo enseñando estas asignaturas. Regresó a Santa Fe ,donde falleció en diciembre de 1893. Aunque no ocupó dichas cátedras durante tantos años como el P. Joaquín Terol, fué sin duda el P. Freixes su más digno precursor. También en 1878 hace su aparición en el Colegio el entonces Maestro y después Padre Cosme Conillera, de cuyo trato exquisito y nobilísimo corazón se hacen lenguas cuantos le conocieron y trataron. En 1878 era prefecto de división a la par de los Padres Durán, Vilardell, Morera y Tate. Este último estuvo desde 1878 hasta 1883. siendo aún estudiante, y además de la prefectura, fué profesor de inglés y de francés, idiomas que hablaba con toda perfección. La clase elemental ínfima estuvo en ese año al cuidado del Padre José Vives y la ínfima de Gramática al cuidado del Padre Francisco Morgadas.

Levísimos son los cambios de personal en 1879. El Padre Santiago Riba fué nombrado sub-ministro y sub-prefecto general de estudios y disciplina, siendo así un ayudante del Padre Cherta,

cargos que al año siguiente tomó el Padre Julián Requena y conservó hasta 1886. Los beneméritos prefectos de división en 1879 son seis: los Padres Durán, Vilardell, Tate, Conillera, Chorro y Codorniú. Este último tenía la salud muy resentida y compartía su labor con el joven jesuíta Pablo Gualdo.

Tres eximios varones sobresalen en el profesorado de 1880: el Padre Jordán, que en ese año enseñaba la Lógica, la Metafísica y los Fundamentos de la Fe; el Padre Julián Requena quien, además de ser el sub-ministro y sub prefecto general, era profesor de Economía Política y el joven Vicente Gambón que inició su carrera, que había de ser tan brillante, en el Colegio del Salvador, enseñando la Retórica, la lengua griega, la geometría y la Historia de América. Se le encargó, además, la dirección de la Academia Literaria.

Desde 1877 hasta 1880 fué profesor en los grados el Padre Sabino Menéndez, varón insigne por su eximia santidad, como lo recuerdan aun hoy día los santafesinos, entre quienes pasó los más y los mejores años de su apostólica vida. En el curso de 1882 llegó al Colegio e inició su magisterio con la enseñanza de la aritmética el que había después de llegar a ser uno de los historiadores argentinos de más sólido prestigio: el Padre Pablo Hernández. En ese mismo año hallamos al Padre Requena al frente de la Academia Literaria, mientras el Padre Gambón era sub-director de la misma. En 1883 el Padre Mariano Camps, gran misionero, años más tarde, en la provincia de Córdoba, enseñaba la Historia Natural, y se contaba entre los prefectos de brigada a otro gran jesuíta, el Padre Juan Bautista Juan. Entre los profesores de este año de 1883 estaban, además de no pocos de los mencionados en años anteriores, los Padres Francisco Morgadas, José Clos, Ramón Barrera y José Iglesias.

En 1886, último año de rectorado del Padre Salvadó contaba el Colegio con un total de 42 sujetos. El Padre Cherta seguía actuando de ministro y sub-prefecto general de estudios, teniendo al Padre Barber como ayudante en ambas ocupaciones. El venerable Padre Buenaventura Filiú era padre espiritual, el Padre Conillera corría con las Congregaciones Marianas, el Padre Camps, además de la Historia y Geografía, enseñaba Economía Política; el Padre Freixes seguía rodeado de sus aparatos de física y tubos de ensayos químicos; el Padre Codorniú llevaba de

frente, no obstante su débil salud, las clases de Historia Natural, Cosmografía y Trigonometría; los Padres Juan Santandreu y Luis Pí eran confesores asiduos en la iglesia del Colegio. Un nuevo profesor hallamos en este año de 1886: el Padre Evaristo Jordán, y un nuevo prefecto de brigada: el joven Pío Oliveras .Desde 1880, estaba en el Colegio y lo acreditaba con su santa vida e infatigable espíritu de trabajo, sobre todo entre los católicos de lengua y raza alemana, el Padre José Auweiler, de quien nos ocuparemos más extensamente en otro lugar de esta historia.

Desde 1876 a 1886 contó el Colegio con un numeroso y selecto grupo de Hermanos Coadjutores, como los Hermanos Antolín Arrieta, Carlos Degener, Ignacio Rota, Santiago Altés, Juan Gavirondo, Luciano Serra, Mauricio Balaguer, Francisco Datti, Juan Bella, José Schorro, José Tugues, Nemesio Rojas, Antonio Binimelis, Luis Casal, Manuel Molina, Luis Sañé, Juan Ribolleda, que se incorporó al Colegio en 1883, José Zuazo que llegó al mismo en 1884, y los Hermanos José Benedicto e Hilario Xandri que tan beneméritos habrían de llegar a ser en los anales de nuestro Colegio.

5. Durante el rectorado del Padre Salvadó pasaron a la eternidad, a recibir la recompensa de sus trabajos y desvelos, el Padre Mariano Albi, el Escolar Valentín Francolí y el Hermano Luis Sañé. De la destacada actuación del Padre Albi, durante los sucesos del 28 de febrero de 1875, nos hemos ya ocupado. Nació en Manresa, Cataluña, en 1841, ingresó en la Compañía en Loyola en 1857, y vino a la Argentina en compañía del Padre Parés. Estudió la teología y se ordenó de sacerdote en Buenos Aires, y se hallaba al frente del Colegio, como Prefecto general del mismo, cuando los sucesos de 1875, los que le afectaron en forma tal que desde entonces se resintió seriamente su salud. Falleció en la madrugada del día de San Ignacio de 1875, exclamando lleno de satisfacción "moriatur anima mea morte justorum". Conducido sus restos mortales a la Recoleta, hizo uso de la palabra, con su inigualado talento y genio, el señor José Manuel Estrada, uno de los muchos caballeros que apreciaban en lo justo las prendas y virtudes del Padre Pí.

Tres años más tarde terminó sus días el estudiante Valentín Francolí, que también estuvo en el Colegio cuando los sucesos de

1875, y que él, como nadie, historió después en una extensa y bien pergeñada relación, base de la que nosotros consignamos en estas páginas. Era catalán, habiendo nacido en Igualada el 11 de septiembre de 1850 e ingresado en la Compañía el 15 de julio de 1868. Antes de venir a la Argentina, había hecho los estudios de humanidades y de filosofía, y hacía cuatro años que enseñaba la gramática en el Salvador cuando una fiebre cerebral le privó de la razón y fué necesario llevarle a una casa de salud. Todos los remedios fueron vanos. Falleció el 6 de marzo de 1878, dejando gratísimo recuerdo en cuantos le habían conocido.

El 11 de agosto de 1885 terminó su carrera mortal el Hermano Luis Sañé, que había nacido en Manresa, Barcelona, en 1843 y había ingresado en la Compañía en 1862. Tres años más tarde llegó a tierras argentinas y en 1871 fué destinado al Salvador donde trabajó con gran empeño y solicitud en todos los cargos que le encomendaron los superiores.

El Padre Julián Requena falleció en 1897, en el Seminario de Buenos Aires, pero había actuado con anterioridad y con singular esplendor en las aulas del Salvador, según ya hemos consignado. Había nacido en Villena, en la diócesis de Cartagena, en España, el 3 de enero de 1845 y había ya terminado sus estudios en el Seminario de Murcia, y se había ordenado de sacerdote, cuando ingresó en la Compañía en 1873, y en la pequeña y lejana Andorra. Arribó a Buenos Aires el día 14 de agosto de 1879 y destinado de inmediato al Colegio del Salvador. Fué un segundo Jordán por su elocuencia y por su don de gentes, por sus dotes literarias y por su sana pedagogía. Durante seis años contribuyó eficazmente al prestigio del Colegio del Salvador, al que siempre profesó inmensa simpatía. En 1896 fué nombrado rector del Colegio Seminario de Montevideo, pero a los cuatro meses falleció tan inesperada como santamente.

Lejos también del Colegio del Salvador, pero muy unido por el afecto y por los amigos que aquí tuvo, falleció en 1893, y en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, del que fuera rector, el Padre Manuel Freixes. Sus conocimientos de las ciencias físicas eran vastísimos, según era la fama que en Buenos Aires, Montevideo y Santa Fe, llegó a granjearse en esta materia. Sabemos que en los muchos años que enseñó en Buenos Airs, no sólo los amigos del Colegio, como Emilio Lamarca, Santiago Estrada y sobre todo Jo-

sé Manuel Estrada, pero aun persones ajenas al Colegio gustaban pasar algunas horas en los gabinetes oyendo los comentarios y las explicaciones del Padre Freixes referentes a las últimas novedades científicas. No obstante su saber y su fama de sabio, era varón modestísimo y sencillísimo, y tenía una gran habilidad para platicar a los niños, sobre todo a los pequeños. Nacido en Lérida el 1º de enero de 1830, falleció en Santa Fe el 22 de diciembre de 1893, según ya apuntamos, asistiéndole en sus últimos momentos el Padre Esteban Salvadó quien año y medio más tarde habría, también él, que volver a la casa paterna.

Regresó a ella el 16 de junio de 1882, el Padre José Sató. Era a la sazón, rector del Seminario Conciliar, ubicado en la Quinta de Salinas o Regina Martyrum. Como ya hemos consignado, fué este insigne Jesuíta uno de los hombres que más se empeñaron en la fundación del actual Colegio, y fué el hombre que más trabajó a favor de la construcción de la Iglesia.

Nacido en Manresa, provincia de Barcelona, el 2 de abril de 1815, entró en la Compañía, en Madrid, el 14 de diciembre de 1827. Allí se hallaba cuando los sangrientos sucesos de 1834, de los que le libró Dios providencialmente, pues en tres ocasiones estuvo en peligro de ser asesiado. Desterrado de España en 1835, pasó a Roma, hasta que en 1838 fué destinado a la Argentina, donde se ordenó de sacerdote en 1838. Fué, como ya dijimos, uno de los profesores y prefectos del Colegio de San Ignacio, aun antes de 1838 hasta la dispersión en octubre de 1841.

Después de haber fundado la Residencia de Porto Alegre, en el Brasil, y de haber residido algunos años en el Uruguay, fué nombrado Superior de la Misión desde 1858 hasta 1861. Fué de los primeros Jesuítas que pasaron de la Residencia de la Cruz al local del futuro Colegio del Salvador, y ya hemos consignado su actuación tan intensa a favor así del Colegio como de la Iglesia. Desde 1874 hasta 1882 ocupaba el rectorado del Seminario Conciliar, donde falleció. Aquejado del asma que le fatigaba, desde hacía algunos años, estuvo todo el día 15 de junio confesando, por ser víspera del día del Sagrado Corazón de Jesús, y en este día y festividad, entregó su hermoso espíritu al Creador.

Durante las solemnes exequias que se hicieron por el eterno descanso del infatigable Padre Sató, exequias que estaban presididas por Monseñor Aneiros, un grupo de caballeros que se habían entre-

vistado con el señor Presidente de la Nación, obtuvieron el que los restos mortales del Padre Sató fueran inhumados donde quisieran los Padres Jesuítas. Estos no dudaron que la Iglesia del Salvador era el recinto que debía conservarlos, pero el señor Arzobispo se opuso a este proyecto y obtuvo que fueran conservados en la Iglesia del Seminario, ubicado entonces en lo que es ahora la Residencia de Regina [528].

6. Vamos a cerrar este capítulo referente a los superiores y súbditos, directores y profesores del Colegio del Salvador, desde 1876 y 1886, con el texto de un documento valioso, o sea, el "memorial" que después de su visita al Colegio en julio y agosto de 1881 dejó el entonces Superior de la Misión, Padre José Saderra:

> Aun cuando hay para alabar a Dios del buen espíritu que reina en este Colegio, del empeño y abnegación con que todos en general se esmeran en cumplir con sus propias obligaciones; sin embargo para que el bien que se hace a gloria del mismo Dios, no sufra nunca detrimento, y se consolide siempre más la buena armonía que suaviza los trabajos, dejo como recuerdo los avisos siguientes.
>
> 1. Los Superiores no se olviden del espíritu con que se ha de gobernar en la Compañía. N. P. General suele recordar siempre a los que elige para algún gobierno lo que a él mismo se encarga en las bulas apostólicas con estas palabras: "In sua praelatione benignitatis, ac mansuetudinis charitatisque Christi; Patri Paulique formulae semper sit memor etc.". Así pues, la caridad para con los súbditos, el cuidado solícito de que no les falte lo conveniente, la afabilidad y paciencia en escucharlos haciéndose accesible a ellos son cualidades que no deben faltar nunca ni a los Rectores, ni a los Ministros. Al P. Ministro en especial corresponde informarse de vez en cuando si a alguno de la Comunidad le falta lo correspondiente, para proveer.
>
> 2. Los súbditos por su parte no se olviden de las reglas que hablan de la pobreza, para contentarse aun cuando se les diese lo peor de casa. Téngase además en la memoria la carta de N. S. Padre sobre la Obediencia, y las reglas que hablan de esta virtud, porque del olvido de esta carta y reglas pululan no pocas de las observaciones y quejas contra lo que disponen o niegan los superiores.
>
> 3. Como el Superior no debe imponer al súbdito más peso del que puede llevar, así éste no debe hurtar el cuerpo al que no sea sobre sus fuerzas. No se confunda lo difícil con lo imposible; a lo imposible nadie está obligado, pero lo difícil y arduo es muy propio de ánimos grandes, que se han consagrado al servicio de Dios en la Compañía. Si el Superior se viere alguna vez en la precisión de ocupar a alguno en cosas, que en

rigor no sean propias de su oficio, tendrá también la precaución de darle aviso con tiempo para facilitar el cumplimiento.

4. Como esta casa es ante todo Colegio, claro está que el primer cuidado ha de ser el de los alumnos. No se prohiben los ministerios con los prójimos en la Iglesia o fuera de casa; sólo se recuerda que no debe dárseles el primer lugar, y que en tanto pueden ejercitarse en cuanto lo permitan las obligaciones del Colegio. Cada uno sin embargo no rehuse contribuir según sus fuerzas, aunque sea con algún trabajillo; para mantener el culto en nuestra propia Iglesia. Algún sermón cada año todos deberán predicarlo, como el Superior tenga cuidado de distribuir con anticipación los que se tengan que hacer.

5. Por lo que toca a la educación de los alumnos no se pierda nunca de vista el fin que la Compañía se propone en tan delicado ministerio. No se descuide la parte religiosa so pretexto de que los frutos no corresponden; nuestro deber es plantar y regar, dejando a Dios el cargo de fecundar y producir. A los Maestros y Prefectos que da muy recomendada la obligación que tienen de dar en todo buen ejemplo; palabras, porte, ademanes y modo de corregir han de manifestar en ellos espíritu religioso, y ánimo que sabe dominar los afectos y pasiones. Y los Sacerdotes entiendan que confesar a los alumnos, hacerles pláticas y exhortaciones, es ministerio propio del Colegio, y debe anteponerse al que se ejercita con los demás prójimos en la Iglesia.

6. La parte científica exige hoy día paciencia y abnegación mayor que en otros tiempos; hay que luchar contra la corriente moderna en cuanto se opone a nuestro propio modo de enseñar. Mayores dificultades piden mayor unión de ánimos, mayor conformidad de ideas y mayor constancia de voluntad en nosotros. Si no logramos vencerlas, no sea por desunión y condescendencia de nuestra parte. Nuestro código es el Ratio Studiorum; lo que le sea contrario, tolerarlo si no se puede menos; pero no aprobarlo ni sancionarlo. Se recomienda pues a todos la conformidad entre sí y la dependencia de los Superiores no sólo en lo que se ha de enseñar, sino también en el modo y método de enseñar.

7. Deseo que este memorial se lea una vez al mes, estando presentes los Sacerdotes y Maestros, y si es posible también los Inspectores, por seis meses consecutivos; luego una vez cada dos meses hasta la próxima Visita: Los Consultores y el P. Rector no dejen de cumplir con el deber que tienen de escribir a nuestro P. General, al R. P. Provincial y al P. Superior de la Misión, haciéndolo en todo conforme a las disposiciones dadas para las Misiones ultramarinas.

Buenos Aires, 16 de noviembre 1881.

José Saderra. S. J.

Capítulo XI

RECTORES Y PROFESORES DESDE 1887 HASTA 1896

1 — Rectorado del Padre José Reverter; 2 — Prefectos y profesores entre 1887 y 1891: Barrera, Barber, Orriols, Mendieta, Brugier, Favre, etc.; 3 — Rectorado del Padre Ramón Barrera; 4 — Nuevos profesores: Pablo Hernández, Luis Canudas, Pedro Cendra, Fermín Arnau; 5 — El Colegio de Lasalle se funda en el solar del Salvador; 6 — Maestros fallecidos: Félix Del Val, José Cubas, Eduardo Brugier, Juan Vendrell, Mauricio Morera, Mauricio Balaguer, Antonio Dalmau, Miguel Codorniú, Santiago Altés, Armengaudio Vocos, Luciano Puigdollers, Ignacio Rota, Luis Sanfuentes.

1. El 10 de marzo de 1887 sucedió al Padre Salvadó en el rectorado del Colegio el Padre José Reverter, y lo gobernó hasta el 13 de febrero de 1892. Los cinco años que duró su actuación como rector tuvieron los mismos caracteres de los años anteriores, en cuanto a las arbitrariedades de dómines indoctos que se proponían, según ellos decían, uniformar la enseñanza, pero en realidad lo que hacían era desbaratarla. Los nuevos programas de enseñanza, de que han sido tan fecundados los diversos Gobiernos Nacionales dieron harto que sufrir al Padre Reverter. En el Colegio fué razonablemente exigente con los alumnos y profesores, y enemigo del obrar mediocremente. Su sola veneranda figura, visible de continuo en patios, salas y corredores, era una garantía de labor y de estudiosidad.

Era el Padre Reverter natural de San Carlos de la Rápita, Tarragona - España, donde vió la luz de este mundo el día 18 de noviembre de 1876. Entró en la Compañía el 22 de diciembre de 1864 y en 1868 pasó a Francia donde recibió las sagradas órdenes en 1877. Cuatro años más tarde fué destinado a la Argentina, y por su juicio sereno, fortaleza y prudencia ocupó casi siempre cargos de gobierno. Después de su rectorado en Buenos Aires, pasó a gobernar el Colegio de San Ignacio, en Santiago de Chile, y después el Seminario de Ancud.

Su muerte, acaecida el día 30 de mayo de 1933, fué el coronamiento de su vida fecunda y santa de 87 años. Recibidos los últimos sacramentos, dijo a cuantos rodeaban su lecho: ¡Cuán dulce

es vivir en la Compañía! ¡Cuán dulce es morir en ella! Siendo el morir una cosa pesada y dura ,se hace en la Compañía tan suave... ¡Cuán grande es la gracia de la vocación...!

2. Cuando en 1887 inició el Padre Reverter su rectorado fueron sus dos colaboradores máximos los Padres Ramón Barrera, ministro de la casa, y Salvador Barber, Prefecto General del Colegio. Los profesores y prefectos de división eran los mismos del año anterior, con sólo dos excepciones: los Maestros Salvador Franco y Luis Feliú. Este último era aún novicio y su salud era muy endeble. ¡Cuán lejos estaban sus contemporáneos de sospechar que aquel delicado joven barcelonés, que frisaba entonces en los 19 años de su vida, había de sobrevivirles a casi todos ellos y había de llegar a ser en el Colegio de Santa Fe el admirable profesor de letras hermanas, y en Córdoba y en Montevideo el sabio consejero de las juventudes argentinas y uruguayas. Su deceso acaeció en 1929 y cuatro días después de haber predicado un precioso sermón sobre San Luis Gonzaga.

Los Padres Barrera y Barber en 1888 y en 1889, lo propio que en el año anterior de 1887, son los principales colaboradores del Padre Beverter, y en torno a ellos hallamos en 1888 a nuevos profesores y prefectos como los Padres Francisco Gomis, Antonio Vidal, Juan Homs, Pedro Planas, Jacinto Carrobé y Ramón Font. En el plano de los grandes profesores que tuvo el Colegio entre 1868 y 1886 hay que colocar al Padre Pedro Mendieta, tan recordado aún por sus alumnos de aquellos ya lejanos tiempos. Hijo de Hilario Mendieta y de Máxima Salva nació el Padre Mendieta en la ciudad de Santa Fe el día 2 de Junio de 1846 y después de cursar los grados, ingresó al Colegio de la Inmaculada donde estudió las humanidades. En 1864 ingresó en la Compañía de Jesús. En Francia y en España hizo los estudios eclesiásticos, siendo ordenado de sacerdote en 1879. Aunque la teología y en especial los estudios bíblicos eran los de su predilección, enseñó con entusiasmo las ciencias naturales y la filosofía. A principios de este siglo le conocimos en Córdoba y recordamos su mirada profunda, su sonrisa bonachona, su conversar con dejos y matices criollos, su afición a la lectura de los escritos de Lacordaire y de Montalembert. Falleció en Buenos Aires el día 12 de Junio de 1910 y fué él el primer Jesuíta que fué inhumado en el Cementerio de la Chaca-

rita, donde poco antes había el Colegio dispuesto un panteón para sus muertos. En esta forma comenzaron los Jesuítas en 1910 a ocupar, a lo menos parcialmente, la célebre Chacarita que les había pertenecido desde 1618 y de cuya posesión habían sido despojados en 1767.

En 1889 son dos los grandes profesores que se agregan a los recién nombrados: el Padre Eduardo Brugier, matemático, físico y astrónomo, que se hizo cargo de las clases de Física y Química, y el Padre Santiago Solá, teólogo, canonista y filósofo, quien se encargó de las clases de Metafísica, Etica y Economía Política. Notamos que desde este año de 1889, tal vez por la abundancia relativa de profesores, tal vez por razones de salud, o lo que es más probable, por sus dotes como orador y como consejero, dejó el Padre Jordán las tareas escolares, dedicándose a los ministerios espirituales con los prójimos. Su única vinculación con el estudiantado fué mediante la Academia Literaria, a la que pertenecían los alumnos de los años superiores. Llegaron al Salvador en el curso de 1889 y estuvieron en él algunos meses los Padres José Llussa, Juan Muntané y Francisco Blasco, estudiantes aún.

En 1891 el Padre Miguel Orriols sucedió al Padre Barrera en el cargo de ministro del Colegio, aunque al año le sucedía a él en el mismo cargo el Padre Santiago Riba, quien lo ocupó hasta 1896, en que le sucedió el Padre José Salvadó. El Padre Salvador Barber seguía siendo el gran Prefecto General del Colegio en 1893, desde hacía ya ocho años, y le hallamos en el mismo puesto hasta 1897, fecha en la que le reemplazó el Padre José Ferragud. Después de su larga y fecundísima acción en el Colegio del Salvador, pasó el Padre Barber a la Residencia y Noviciado de Córdoba, donde tuvimos la dicha de tenerle por maestro de novicios en 1903 y 1904, y años después fué destinado al Colegio de Santa Fe, donde falleció en 1932. Había nacido en Alquería de la Condesa, Valencia, en 1848 y había venido a la Argentina en 1875. Siempre y en todas partes fué su proceder no menos recto y sobrenatural que noblemente humano y caballeresco.

Casi todos los Prefectos de División que en el curso de 1890 cuidaron de la disciplina escolar, eran nuevos, como el Padre Francisco Costa y los jóvenes jesuítas Jesús Más, Juan Muntané, Miguel Ludueña y Salvador Gros. De los años anteriores eran los jóvenes Florencio Font, Antonio Vidal, Juan Homs y Jacinto Carrobé. Los

Hermanos Coadjutores eran en su mayoría los mismos que en los años anteriores, con excepción de José Vila, Juan Sas, Salvador Quereda y Juan Fabre. El Hermano Quereda fué un abnegado y santo enfermero que pasó 33 años en este Colegio, nueve de los cuales postrado en el lecho y aquejado de grandes dolores, pero con una resignación y conformidad total y generosa con la voluntad divina. Había nacido en Muchamiel, España, en 1853 e ingresado en la Compañía en 1881. Su deceso fué a 10 de diciembre de 1920.

3. El 24 de febrero de 1891 fué nombrado vice-rector del Colegio el Padre Ramón Barrera, y el día 12 de febrero recibió el nombramiento de rector del mismo. Era español y natural de Teyá, vió la luz de este mundo el 22 de febrero de 1850, e ingresó en la Compañía el 24 de febrero de 1879, después de haber sido párroco en Barcelona. Vino al Río de la Plata en 1884, y fué destinado a Santa Fe, de donde pasó primero a Buenos Aires y después a Córdoba. En esta ciudad fué socio del maestro de novicios, y ocupaba este cargo cuando se le destinó a Buenos Aires para rector del Colegio del Salvador. En este cargo duró cinco años, hasta que su mal de corazón le llevó al sepulcro, el día 16 de agosto de 1896.

Su cuerpo recibió descanso en el Cementerio de la Recoleta a la qu fué llevado, casi todo el trayecto, a mano, por los alumnos y ex-alumnos del Colegio, y más de 20 coches formaban el séquito. Meses antes, y en vista de las pocas esperanzas que daba de restablecerse el Padre Barrera, fué nombrado a 14 de abril de 1896, Ministro del Colegio con todas las facultades de Vice--rector el Padre Camilo Jordán, y fué nombrado soto-Ministro con todas las facultades de Ministro el Padre José Salvadó.

4. Fué Ministro todos los años de su rectorado el Padre Santiago Riva. Era hombre dinámico y de rápida comprensión, minucioso y previsor. En Buenos Aires, lo propio que en Montevideo, donde fué Prefecto de estudios, dejó huellas de su espíritu empeñoso y solícito. Era natural de Igualada (Barcelona), donde nació en 1844. Ingresó en la Compañía en 1862. Habiendo vuelto a España, falleció en Tortosa en el curso de 1921. El Padre Salvador Barber siguió en su cargo de Prefecto General en todos estos años, esto es, desde 1891 hasta 1896, año en que le reemplazó el Padre José Ferragud, como ya dijimos.

Los grandes profesores durante el rectorado del Padre Barrera fueron los Padre Miguel Codorniú, que enseñaba Historia Natural y Física; el Padre Mendieta, que enseñaba la Lógica, Metafísica, Etica, Economía Política, Historia Americana e Instrucción Cívica; el Padre Cándido Darner, que era el profesor de Retórica y Humanidades; el Padre Eduardo Brugier, que dejó la Física pero enseñó la Química, la Cosmografía y la Geometría; el Padre Pablo Hernández, que en 1895 suplió al Padre Brugier en dichas asignaturas, y el joven Luis Canudas que en ese mismo año se hizo cargo de la Química, de la Historia de América y de la Geografía americana.

Como prefecto de división o como profesores de algunas asignaturas, o de ambas cosas a la vez, hallamos en 1891, además de los nombrados en años anteriores, al joven Francisco Ruiz; en 1892 al joven Pedro Cendra y Luis Pujadas, Joaquín Bahí, Juan Ginjauna y Ramón Canongía; en 1893 a los jóvenes Luis Massegur, Miguel Velilla, Fermín G. Arnau; en 1894 a José Juliá y Narciso Mata; en 1895 a Juan Anguela y Juan Corominas.

Entre los Hermanos Coadjutores de este período, además de los ya citados como los Hermanos Xandri, Altés, Fabre, Ribolleda, Benedicto, Vila y Quereda, hemos de consignar los nombre de Agustín Figuerola, Paulino Román, Pedro Ezquerra, Ricardo Niklitsc:kek, Juan Cirerol, Ramón Nadal y Antonio Lidón.

5. A los profesores del Colegio del Salvador agregáronse desde 1891 un selecto grupo de Hermanos de las Escuelas Cristianas, o de La Salle, quienes llegaron a tomar totalmente a su cuidado las clases prepartorias y algunas asignaturas en las del bachillerato.

Ya en 1877 existía una clase de Infima, pero no era sino el grupo de alumnos más rezagados de primer año de bachillerato, y sabemos que a 12 de septiembre de ese año se formaron dos secciones de Infima, corriendo la una al cargo del Maestro Ramón Llord y la otra al cuidado del Padre Mariano Camps. En el curso de 1878 fué menester formar una tercera sección de Infima, siendo sus maestros los Padres Menéndez, Civit y Vives. Así siguieron dichas clases de Infima hasta que en marzo de 1888 la Universidad reglamentó el ingreso al bachillerato, exigiendo la aprobación previa de los cinco grados. No sabemos cuál fué en los tres años siguientes la actuación del Colegio respecto de esta Reglamentación, pero suponemos que dieron el carácter de clases preparatorias a las menciona-

das secciones de Infima,hasta que en 1891 pudieron organizarlas en forma perfecta y cabal.

Una persona, rica y de nobilísimos ideales, había llamado de Francia a los Hermanos de La Salle, para fundarles un Colegio en esta ciudad, pero al arribar ellos a nuestras playas, había ella fallecido, dejando a los recién llegados en el mayor desamparo. El Padre Reverter, rector en 1891, los acogió con fraternal afecto y les ofreció todo el ángulo Lavalle-Tucumán, así para la morada de los Hermanos como para las clases de los grados que correrían a su cargo. Ignoramos sobre qué bases se hizo en 1891 esta incorporación de los Hermanos de La Salle al Colegio, pero poseemos el texto del contrato que tres años más tarde suscribieron ellos y el entonces rector del Colegio, Padre Ramón Barrera [529].

Art. 1º El P. Rector del Colegio del Salvador cede al Hermano Director del Colegio de Lasalle sin remuneración alguna pecuniaria todas las piezas que actualmente comprende el Colegio de La Salle.

Art. 2º Todos los impùestos de contribución directa, municipales, y de agua corriente y cloacas, serán por cuenta del P. Rector del Colegio del Salvador.

Art. 3º En cambio el Director del Colegio de La Salle proporcionará al P. Rector del Colegio del Salvador cuatro profesores de los hermanos de las Escuelas Cristianas.

Art. 4º Además tendrán dos clases de 40 alumnos cada una, de niños enteramente gratis, pudiendo repartir los alumnos de una de estas clases entre los alumnos que pagan, si así le conviniese al Hermano Director.

Art. 5º A estas clases gratuitas podrá mandar niños el P. Rector del Colegio del Salvador previo aviso al Hermano Director.

Art. 6º Todas las entradas serán del Director del Colegio de La Salle, como los gastos de manutención, tanto de los Hermanos, como de los alumnos medio pupilos, de vestuario, etc., menos los indicados en el artículo 2º.

Art. 7º Este contrato durará por cinco años.

1º de febrero de 1894.

Hermano Junaélien — R. Barrera. S. J.

En 1899, al cumplirse el tiempo acordado, pasaron los Hermanos a su propio local de la calle Río Bamba, llevando allá a los alumnos que en crecido número frecuentaban entonces sus estrechas y avejentadas aulas en aquel ángulo del Salvador. Más adelante veremos cómo en 1900 se crearon nuevamente las clases preparatorias al bachillerato y años más tarde se fundó en Regina y se trasladó

después al local ocupado otrora por el Colegio de La Salle la escuela gratuita del Salvador.

Vamos a terminar este capítulo recordando más extensamente a aquellos jesuítas que fallecieron en las postrimerías del pasado siglo, o si pasaron a mejor vida en época posterior, actuaron en el Colegio durante los rectorados de los Padres Reverter y Barrera, esto es, desde 1887 hasta 1896.

6. El P. Félix Del Val que fué profesor en el Colegio desde 1869 hasta 1875 falleció en la paz del Señor el día 26 de marzo de 1890. Aunque en el Salvador nunca tuvo que ver directamente con los alumnos, pues no fué profesor de ellos sino de los jóvenes Jesuítas que, en esos años, hicieron aquí sus estudios eclesiásticos, era no obstante muy apreciado de aquéllos por su dirección espiritual. Era este Padre natural de Herrera, en Palencia, y nació a 19 de marzo de 1817.

A los seis meses del deceso del Padre Del Val, falleció en Valparaíso, Chile, el Padre José Cubas, que había sido destinado al Salvador en 1869, al propio tiempo que el Padre Del Val. Era, como ya dijimos, hijo de aquel gran caudillo de la libertad, a quien Rosas hizo degollar. Natural de Catamarca, tierra de los Cubas, entró el Padre José en la Compañía en 1846. Fué hombre sereno y prudente, empeñoso y exacto en sus obligaciones.

El Padre Eduardo Brugier, después de haber estado durante doce años en el Colegio de Santiago de Chile, destináronle los Superiores al Colegio del Salvador, y aquí le encontramos desde 1890 hasta 1897, como profesor de física, química y cosmografía.

Este insigne varón era alemán, y frisaba en los 18 años de su vida cuando ingresó en la Compañía en Sigmaringen en 1856. Ordenóse de sacerdote en María Laach en 1870 y durante la guerra francoprusiana fué nombrado capellán castrense de dos fortalezas de Silesia. Desterrado de Alemania en 1872, pasó a Bélgica, y poco después al Ecuador, formando parte de aquella espléndida expedición de sabios alemanes que García Moreno patrocinó para gloria de las ciencias y de las artes. Asesinado aquel gran mandatario americano, pasó el Padre Brugier a Chile, y años más tarde a Buenos Aires, según ya dijimos, aunque volvió después a cruzar nuevamente la cordillera. Falleció en Chile a fines de 1919. Sus obras

científicas no han muerto aún, ya que su Física Elemental, que ha tenido seis ediciones, es aun apreciada, y su Cosmografía Física era, hasta hace muy pocos años, el texto más difundido en los Colegios de segunda enseñanza.

En julio de 1890 terminó su carrera mortal en el Colegio del Salvador el Hermano Vendrell, natural de Solsona, provincia de Barcelona. En 1884, huyó de la casa paterna al comprobar que sus progenitores le negaban el permiso para ingresar en la Compañía, llegando después de largo viaje al Noviciado de Veruela donde se le admitió el 6 de julio de 1884. Al año, siendo aun novicio, fué destinado a la Argentina. Cursados en parte sus estudios en Córdoba y en el Seminario de Buenos Aires, estuvo enseñando durante un año en el Salvador, de donde pasó a Montevideo. Al cabo de dos años de residir en el Uruguay regresó al Salvador, pero poco después la tisis consumió todas sus fuerzas. Mucho antes se le había quitado las clases y el cargo de prefecto de Brigada. Leemos en el Diario del Colegio: Jueves 3 de 1890. A las 8¾ de la mañana el Hermano Juan Vendrell ha entregado su alma al Criador. Durante toda la enfermedad ha dado pruebas de haberse aprovechado mucho en los 6 años que ha vivido en la Compañía, pues se ha distinguido en la mortificación, paciencia, humildad, caridad y acendrada piedad. Su muerte ha sido suave y apacible, y con todas las señales de un predestinado. Nos deja muy santos ejemplos que imitar. Dentro del ataúd se ha puesto un frasquito de vidrio, lacrado, conteniendo un pergamio con esta inscripción: *Hic jacet F. Joannes Vendrell, Scholasticus Societatis Jesu, natione hispanus, patria vicensis; ortus* 28 *mensis Aprilis anni* 1858; *functus die* 3º *julii anni* 1890. *Fuit vir vere religione, patientia, humilitate et caritate valde insignis.*

En Santiago de Chile terminó sus días el Padre Mauricio Morera. Era aún estudiante cuando actuó como profesor y como prefecto de brigada en los cursos escolares de 1874-1878. Había nacido en Manresa, Barcelona, en 1851 e ingresado en la Compañía en 1866. Su muerte acaeció el día 11 de julio de 1892.

Dos años más tarde, en 1894, y en la fiesta de San Luis Gonzaga, expiró plácidamente el Hermano Mauricio Belaguer, portero del Colegio desde 1869 hasta 1877. En este último año, le destinaron los Superiores a Córdoba, pero en 1888 regresó a Buenos Aires, donde terminó su santa vida. Era también Manresano, donde

nació en 1831. Cuando acaeció en 1875 el asalto al Colegio no dejó este diligente portero su puesto de tanta responsabilidad en esos momentos, y sólo al darse cuenta que la chusma había penetrado ya por otras partes del Colegio, se puso la blusa de uno de los sirvientes del mismo y se fugó. Fuése primero a una casa de Religiosas, de donde se trasladó a la de una familia amiga del Salvador. Años antes, cuando la Fiebre Amarilla hizo tantos estragos en la Argentina, habíase este Hermano contagiado del mal, pero se le pudo atender a tiempo.

En Mendoza entregó su alma a Dios el día 22 de julio de 1894 el Padre Antonio Dalmau, natural de Santa Coloma de las Centellas, Barcelona. Ingresó en la Compañía en 1855 a los veintiun años de edad, y aunque en el Salvador fué, como ya consignamos, ministro y prefecto general del Colegio, y en algunas épocas fué también profesor, no eran las aulas escolares sino las misiones en la campaña lo que más le atraía. Casi en todas partes, esto es, en Buenos Aires, en Montevideo, en Córdoba y en Mendoza, fué director del Apostolado, prefecto de las Congregaciones, y sobre todo misionero. Dícese que era un excelente moralista.

En el curso de 1895 perdió el Colegio del Salvador dos varones muy beneméritos por la insigne labor realizada por ellos en el seno del mismo: el Padre Miguel Codorniú que falleció el 26 de junio y el Hermano Santiago Altés que murió el 6 de octubre. El Padre Codorniú era tortosino, natural de Jesús, y hasta los 14 años de su edad vivió en Roquetas y frecuentó las clases del Seminario menor de Tortosa. En 1865, cuando aun no había cumplido los quince años de edad ingresó en la Compañía. Fué en Gerona donde estudió con singularísimo afán y amor la física, química y ciencias naturales. En Burdeos, y a 19 de julio de 1873, se embarcó para Buenos Aires y el 14 de agosto del mismo año llegó a nuestra capital. Destinado ese mismo año al Colegio del Salvador estuvo en el mismo desde 1873 hasta 1879, año en que volvió a Europa a terminar los estudios. En 1884, y ya sacerdote, regresa a su querido Colegio bonaerense donde permanece hasta 1895, año en que Dios le llevó para sí a 26 de junio de dicho año.

Sabemos que mientras estuvo en nuestro Colegio enseñó con método y con singular perspicuidad y claridad la Física, la Química y la Historia Natural, no siendo aún sacerdote, y una vez ordenado,

fué destinado de nuevo al Colegio del Salvador, y volvió a enseñar las mismas asignaturas. "Tan grande fué el prestigio que adquirió en estas materias, escriben las Cartas Anuas de 1895, que dentro y fuera de casa se le tenía por doctísimo, y a él acudían cuantos tenían dificultades de índole científica". El Padre Codorniú fué un digno sucesor del Padre Freixes.

El Hermano Santiago Altés, que falleció en el mismo año que el Padre Codorniú era natural de Tarragona, e ingresó en la Compañía, en Francia. Vino a la Argentina en 1866, habiendo tardado noventa y tres días en la travesía desde Barcelona a Buenos Aires. Dos años después, al iniciarse la construcción de la iglesia del Salvador se le nombró sobreestante de la obra. En 1876 sucedió al Hermano Mauricio Balaguer en el oficio de portero, y lo ejerció por espacio de diez y ocho años sin interrupción. Su entierro fué concurridísimo por toda clase de personas, quienes ya a pulso ya sobre los hombros llevaron el ataúd hasta el Cementerio de la Recoleta.

En Montevideo terminó su vida el día 26 de marzo de 1896 el Padre Armengaudio Vocos, argentino e hijo de la ciudad de Córdoba. Su actuación en el Salvador se inició en 1870 y se extendió hasta 1888, ya como profesor ya como prefecto, o en ambas cosas a la vez. Hombre modesto y sencillo, fué siempre un soldado de segunda fila, pero no por eso menos benemérito aunque menos brillante. En 1889 pasó al Uruguay donde trabajó como operario hasta que Dios le llamó a la eternidad.

En Valparaíso, Chile, entregó su alma a Dios el Padre Luciano Puigdollers, a la misma hora, y en el mismo día, mes y año, en que el Padre Ramón Barrera hacía otro tanto en el Colegio del Salvador. Ambos murieron a las 9 y ¾ del día 17 de agosto de 1896. Singular coincidencia es esa, y relacionada con dos de los hombres más preclaros que han actuado como directores del Colegio. El Padre Puigdollers, como ya dijimos, fué el primer Prefecto General que tuvo el Salvador, aunque su actuación sólo se extendió a 1868 y 1869. Ya hemos manifestado la eximia diligencia con que obró el Padre Puigdollers en su cargo y cómo, adelantándose a lo que se cree un progreso moderno, había estudiado y hasta anotado los rasgos psicológicos de cada uno de los niños del Colegio.

En enero de 1897 terminó sus días en el Colegio de Monte-

video el Hermano Ignacio Rota, que fué desde 1869 hasta 1877 el hombre providencial en todo lo referente a carpintería y gajes afines a la misma. No era un artista como el Hermano Fabre, su sucesor en el Colegio del Salvador, pero fué un buen trabajador en madera y lo que valía aun más, un hombre de condiciones múltiples y de variadísimas habilidades para todas las ocurrencias. Fué él el director de las obras del Colegio e Iglesia del Corazón de Jesús en Montevideo, y a él, sin duda, se debe en gran parte la construcción sólida y firme de aquel magnífico edificio y de aquel airoso templo. Para la construcción de este valióse de los planos de la iglesia del Salvador, cuya construcción había él supervisado, despusé del deceso del Hermano Sáez, según ya dijimos, pero entre otras modificaciones que introdujo en dichos planos fué una la supresión de las galerías en las naves laterales.

Tres meses más tarde, pero en el Seminario Conciliar de Buenos Aires, acaeció la muerte del Padre Julián Requena, valenciano. Nacido el 9 de enero de 1845, ingresó en la Compañía el 4 de mayo d 1873, y falleció el 4 de abril de 1897. Alto, ágil, de mirada penetrante, de palabra tan fácil como galana, teólogo, filósofo, exegeta, fué el Padre Requena uno de los grandes profesores con que contó el Colegio desde 1879 hasta 1887 año en que los superiores le destinaron a Montevideo. En la capital uruguaya fué sub-prefecto de estudios y prefecto de división, director de la Academia Literaria de los ex-alumnos, y profesor de teología en los cursos del Seminario.

Estuvo con el Padre Requena, en Buenos Aires, primero, y después en Montevideo, el jesuíta chileno, Padre Luis Sanfuentes, fallecido en Santa Fe el 30 de abril de 1897, Jorge Lubarry que escribía con el seudónimo Viator atrevióse a decir que fué este Padre el más cabal de cuantos maestros había tenido en Santa Fe, y el más grande conocedor del alma del joven. En el Salvador, en Montevideo y en Santa Fe enseñó las matemáticas, álgebra, geometría, y también la Física y la lengua inglesa que hablaba con toda corrección.

Durante tres años, desde 1884 hasta 1886, fué profesor en el Colegio del Salvador el joven José Clos y Pagés, y habiendo regresado a España para terminar sus estudios, pasó después a Filipinas, donde trabajó incansablemente en las bravías misiones de Zamboanga. El 7 de mayo de 1920, S. S. Pío X le eligió para ocupar la

sede episcopal de Zamboanga, y gobernó esa diócesis hasta su deceso, acaecido el día 2 de agosto de 1931. Monseñor Clos había nacido en Prelada (Gerona - España) en 1859, y había ingresado en la Compañía de Jesús en 1878. En 1882, dos años antes de ser destinado a la Argentina, había sido uno de los fundadores del Colegio del Sagrado Corazón, de Barcelona.

Capítulo XII

EL COLEGIO DEL SALVADOR Y LOS PLANES DE ESTUDIOS (1868 - 1898)

1 — *El régimen escolar oficial en* 1868; 2 — *El Plan de Estudios de* 1870; 3 — *Los nuevos Planes de* 1874 *y* 1876, *y la enseñanza clásica;* 4 — *La Ley nacional del* 30 *de setiembre de* 1878 *y el nuevo Plan de Estudios de* 1879; 5 — *Variedad en el método de los exámenes;* 6 — *Se inicia la persecución contra los Colegios Católicos;* 7 — *El Ministro Wilde y el Colegio del Salvador;* 8 — *Valentía y habilidad del Padre Salvadó;* 9 — *Desde* 1887 *hasta* 1898.

1. Cuando en 1868 abrió el Colegio del Salvador sus aulas a la juventud porteña, regía en el Colegio Nacional de la Capital, único de esa índole que entonces existía en Buenos Aires, el plan de estudios de 1867, que era hasta cierto punto el primer plan de estudios que hubo en la República, o sea, el que Mitre y su ministro Eduardo Costa habían refrendado a 14 de marzo de 1863 y prescrito para el Colegio Nacional de Buenos Aires y para el de Monserrat de Córdoba. En 1865 se creyó conveniente reformar ese plan y al efecto se formó una Comisión formada por los doctores Gutiérrez, Gorostiaga, Thompson, Larroque y Jacques para proponer las reformas necesarias. Esa Comisión presentó su Proyecto de plan de estudios, pero con prescindencia del mismo, publicóse otro Plan de Estudios en 1867; se decía que era el de 1863, pero eran tan fundamentales las reformas que sufrió aquél, que era en verdad otro nuevo Plan.

El Plan de Estudios de 1863 era predominantemente humanístico, ocupando las letras y humanidades el primer puesto, las ciencias morales el segundo lugar y las ciencias exactas el postrero. Comprendía cinco cursos o años. En ellos se daban, semanalmente, 11 horas al idioma castellano y a la literatura castellana, 19 al estudio del latín, 25 a las lenguas extranjeras (francés, alemán e inglés), 14 a la Geografía e Historia Universal, 34 a las matemáticas, 20 a las Ciencias naturales, 7½ al estudio de la Filosofía, 2 a la Instrucción Cívica e Historia Argentina y 5 al dibujo.

Este Plan era predominantemente humanístico, hemos dicho, y así era, no obstante el gran número de horas dedicadas a las matemáticas. Pero mientras el estudio de éstas estaba casi exclusiva-

mente concentrado en los cursos superiores, el latín se extendía, como asignatura básica, a todos los cursos, desde primer año hasta quinto año, inclusives.

Por lo que respecta al latín, se indicaba que en primer año se podrían estudiar los primeros elementos, declinaciones y conjugaciones, preleyéndose el *Epitome Historiae Sacrae* y fragmentos *De Viris illustribus*. Para segundo año, en el que se había de estudiar las partes de la oración y lo referente al análisis, eran lecturas las *Fábulas de Fedro* y selecciones de otros autores, mientras que en tercer año era la sintaxis la materia de estudio teórico y los autores a preleerse eran Cornelio Nepote y Ovidio. Tito Livio y Virgilio habían de ser estudiados en cuarto año; Tácito, Cicerón y Horacio en quinto año. Sólo había castellano en los tres primeros años, y francés en los mismos, mientras que se estudiaba inglés en tercero y cuarto, y alemán en solo quinto año.

Por el nuevo Plan de 1867, 7 de las 27 horas semanales en primer año estaban consagradas al estudio del latín, mientras que en los años subsiguientes sólo 4 horas eran dedicadas a su estudio, y en quinto año ya no le había. Por otra parte, en vista de la multitud de asignaturas o de lo extenso de los programas de las mismas, se reducía en el Colegio Nacional las ya pocas horas consagradas al latín, ocupándolas en materias más importantes, al parecer, o de un provecho más inmediato. Con los pedagogos de la época, creían no obstante los Padres del Salvador que el estudio de la lengua y literatura latina había perdido importancia en esta reforma, y que el francés e inglés iban tomando una excesiva preponderancia. Amadeo Jacques, aunque reconocía, como el que más, que el latín era indispensable para las carreras de las letras, era, como buen francés, un entusiasta de la lengua de Moliere y de las matemáticas.

Con anterioridad al Colegio del Salvador, fundóse el Colegio Nacional de Mendoza, y a fines de 1868 el de San Luis. Al siguiente año se crearon los de Jujuy, Santiago del Estero y Corrientes. Al fundarse en 1869 los Colegios Nacionales de San Juan y de Catamarca, autorizaba el Poder Ejecutivo el que se introdujeran en dichos institutos cátedras de mineralogía "y los alumnos que sigan esta enseñanza podrán prescindir del estudio del latín y de la filosofía" (Mayo 18 de 1869). Era nada menos el Ministro de Instrucción Pública, doctor Nicolás Avellaneda, quien así amputaba

asignaturas tan trascendentales para la formación integral del hombre, mientras proclamaba a los cuatro vientos que la enseñanza no debía concretarse a hacer profesionales cuanto a plasmar ciudadanos.

El Colegio del Salvador inició su enseñanza conforme al plan de 1863, modificado en 1867, según el cual sólo había cinco años, en los que se cursaban las asignaturas que ya hemos indicado. El Padre Egidio Sánchez tomó a su cargo el curso de primer año y el Padre Tunmolo el segundo curso. El Padre Pí se encargó de las clases de francsé en primer y segundo año y Mr. John Kirwan del inglés en segundo año. En el siguiente año, hubo tres cursos escolares en función y los tres profesores eran los Padres Luis Mazarraza, Carlos Soler y el ya citado Padre Tummolo. Las clases de francés estuvieron al cuidado del Padre José C. Cubas, mientras Mr. Kirwin se encargó del inglés en segundo y tercer año.

2. Pero a principios del año escolar de 1870, publicóse un nuevo Plan de Estudios. Fué promulgado el 24 de marzo de ese año y comenzó a regir desde ese día, no obstante estar ya en marcha las clases. A la manera de todos los planes comenzaba condenando los planes anteriores. Considerando que no bastan cinco años (como en el Plan anterior), y que es menester dar colocación "más adecuada" a algunas materias, distribuyéndolas en un orden "más apropiado", etc.

Aunque Sarmiento firmaba este Plan, como Presidente de la República, era Avellaneda su exclusivo o principal autor. No nos consta positivamente, pero sospechamos que los profesores del Salvador recibieron con desagrado este Plan, ya que sus fallas eran demasiado visibles y graves. No era la menor el tomar en consideración, como tomaba, la carrera futura de los que cursaban el bachillerato, autorizando a los unos a dejar tales y cuales asignaturas, reemplazándolas por tales y cuales de otros años. Otro punto que considerarían errado, y lo era sin duda, fué el suprimir el latín en primer y segundo año, aunque estableciendo su enseñanza en tercero, cuarto, quinto y sexto año. El idioma inglés se estudiaba, según este Plan, en los tres primeros cursos junto con el francés, y el alemán en los últimos tres cursos. En estos mismos años había clases de música.

Por profesor de música escogió el Colegio del Salvador al

Maestro Juan Bautista Bugni, mientras que, acomodando las clases existentes a lo prescrito en el nuevo Plan de Estudios, corrieron con la enseñanza en los cuatro cursos los Padres Carlos Soler, Manuel Poncelis, Miguel Tugues, Mariano Albi y Arsacio Ibáñez. Los dos últimos eran estudiantes aún y cursaban a la sazón el segundo año de teología. Al siguiente son profesores los Padres Luis Sanfuentes, Miguel Soler, Teodomiro Paz, Mariano Albi, Manuel Poncelis y Miguel Tugues. El Padre Mazarrasa que pasó el curso de 1871 en Santiago de Chile, regresó en 1872 y, además de él eran profesores en el Salvador los Padres Luis Sanfuentes, Miguel Tugues, Pedro Vilardell, Sandalio Vocos, Antonio Martorell, Andrés Jofré, Mariano Albi y Camilo Meucci Jordán que tenía a su cuidado el curso de sexto año o Retórica. Pocos cambios hubo en el personal de 1873: el Padre Poncelis había regresado de su breve estadía en Córdoba y había vuelto a tomar las clases que había dejado; el Padre Estanislao Soler había reemplazado al Padre Miguel Soler, como éste dos años antes había reemplazado al Padre Carlos Soler. El Padre Cosme Roselló entró en 1873 a enseñar la Historia de la Edad Media y el Padre Santiago Sola la Geografía. Los otros profesores eran los ya conocidos Padres Jordán, Poncelis, Tugues, Vilardell, Vocos y Roselló.

3. Sólo cuatro años duró el Plan de Estudios de 1870, y fué el mismo Sarmiento, quien en vísperas de abrirse el curso de 1874 dió otro plan, suscrito esta vez por él y por el sucesor de Avellaneda, el doctor Juan C. Albarracín. Considerando que . . . hay que distribuir las materias "de modo que las complejas estén precedidas por las que les son fundamentales", dictóse el nuevo Plan por el que se desterró la música que, según parece, había alegrado en demasía a los alumnos traviesos, si bien en el Salvador el Padre Mazarrasa y el Padre Massó, prefectos de la clase de música, los habían tenido a raya. Este y otros cambios nada significaron para los Padres del Colegio pero el artículo segundo les proporcionó una inmensa satisfacción ya que el Plan anterior había legitimado el desorden al permitir a los alumnos dejar unas asignaturas y elegir otras, en su reemplazo, según era la carrera que iban a seguir. Cada curso "se compondrá, leemos en dicho artículo, solamente de los jóvenes que cursen todos los ramos asignados a sus respectivos años de estudios".

Lo que apenaba a los Padres era ver cómo los estudios clásicos eran cada vez desplazados en mayor grado por otras asignaturas "más prácticas", ya la música, ya el dibujo, ya la Economía Política, y sobre todo por el auge constante de las horas concedidas a las matemáticas, asignatura la menos apta para la formación de los niños. Evidentemente las reformas de 1870 y 1874 fueron retrocesos en la enseñanza secundaria argentina.

El 15 de enero de 1876, considerando que hay que "dar una graduación más lógica a ciertas enseñanzas", así leemos en sus primeras líneas, dióse un nuevo Plan de Estudios, que debía regir en ese mismo curso. Lo refrendaban Avellaneda, Presidente entonces de la Nación y Onésimo Leguizamón, ministro de Instrucción Pública. Según este plan, cuyo objeto, como vimos, era "dar una graduación más lógica a ciertas enseñanzas", se pasó el estudio del latín a cuarto, quinto y sexto año, asignando a su estudio 10 horas en vez de 19, mientras la Geografía e Historia Universal en vez de 14 horas contaban con 20. Se quitó a la Filosofía una hora y media, pero se estableció la enseñanza de la Economía Política y de la Higiene.

Todos estos planes de enseñanza, con sus correspondientes normas y directivas, procedentes ya del mismo Ministerio, ya de los Rectores de los Colegios Nacionales, como también las interpretaciones de las autoridades escolares, habían producido entre 1863 y 1876 un estado de desazón e intranquilidad en todos los Colegios particulares, víctimas desde 1863 del monopolio del Estado que cada vez los iba desquiciando y desmoralizando más y más. Era, en verdad, una guerra sorda que ponía a prueba toda la buena voluntad y aun todas las energías de los que consagraban sus desvelos al adelanto de la juventud estudiosa.

4. El año 1878 fué el año de la liberación y gracias no a un decreto, sino a la ley nacional del 30 de septiembre, pudieron los educadores de los Colegios particulares moverse fuera del círculo de hierro donde los encerraran la envidia y los celos de sus enemigos. Como habremos de referirnos frecuentemente a esta ley, que no ha sido aún abrogada, vamos a transcribir aquí los artículos que nos pueden ser de interés [530]:

El Senado y Cámara de Diputados de la Nación Argentina reunidos en Congreso, etc., sancionan con fuerza de—

LEY:

Art. 1º Los alumnos de los Colegios particulares tendrán derecho de presentarse á exámen parcial ó general de las materias que comprenden la enseñanza secundaria de los Colegios Nacionales, ante cualesquiera de estos, con tal de que acrediten con certificados de sus Directores, haber seguido cursos regulares y siempre que los Colegios de que procedan, llenen las siguientes condiciones:

1º Que pasen anualmente al Ministerio de Instruccion Pública, una nómina de los alumnos matriculados en cada uno de los cursos y el programa ó programas de los mismos.

2º Que el plan de estudios comprenda las mismas materias que el de los institutos nacionales.

3º Que sus directores suministren al Gobierno de la Nacion, los informes que les fueren pedidos, relativamente al estado de los estudios y marcha del Establecimiento.

4º Que consientan que el Gobierno de la Nacion haga presenciar los exámenes por medio de comisionados nombrados al efecto, cuando lo creyese conveniente.

5º Que publiquen el resultado de los exámenes con las clasificaciones respectivas, consignándose igualmente para constancia, en libros destinados á este objeto, llevados con la debida formalidad.

Art. 2º Los exámenes de que habla el artículo anterior, serán desempeñados ante una Comisión ó Tribunal mixto, formado de cinco personas que tengan título profesional ó diploma de maestro superior, nombrados, dos por el Colegio de que proceda el examinado y dos por aquel donde haya de recibirse, asociados al Rector de este último en calidad de Presidente. Dichos nombramientos, también podrán recaer en profesores de los mismos Colegios.

Art. 3º Toda persona tendrá derecho de presentarse á exámen ante cualquier Establecimiento Nacional de enseñanza secundaria, debiendo sujetarse en todo á las prescripciones de los programas y reglamentos de los respectivos Establecimientos.

Art. 4º A los mencionados alumnos, aprobados que sean, se les expedición los certificados correspondientes en igual forma que los que se dan á los de los Colegios Nacionales; pero con espresion de aquel de que procedan, y dichos certificados serán respetados en todos ellos y en las Universidades Nacionales, para los efectos legales.

Art. 5º Los alumnos de los Institutos de enseñanza secundaria, establecidos por autoridad de los Gobiernos de Provincia, podrán incorporarse en los Colegios de la Nacion, en el curso que les corresponda, sin mas requisitos que la presentacion de los certificados de exámenes, siempre que sus programas comprendan las mismas materias que las de los Colegios Nacionales.

Como esta ley sólo exigía que el plan de estudios comprendiera las mismas materias que en los institutos nacionales (art. 1º, inc. 2º), podían los colegios particulares tener programas propios y podían, además, optar entre presentar a todos sus alumnos a los exámenes particulares de cada curso o a sólo los de sexto año a un éxamen general, que comprendería, en forma sintética, todas las asignaturas vistas durante el bachillerato. En cualquier caso las mesas examinadoras eran mixtas, esto es, constituídas por examinadores del colegio particular y del Nacional.

Gracias a esta benéfica ley, de la que fué principal autor el entonces rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, señor José Manuel Estrada, pudieron los Colegios prescindir de la sucesión de planes de enseñanza y demás reglamentaciones que se sucedían de continuo, y podría casi decirse, que diariamente. Desgraciadamente aquella ley nacional halló bien pronto quienes la desacataron abierta y cínicamente, y esos tales han hallado desde entonces hasta el día de hoy abundantes y dignos sucesores. Sin embargo esa ley existe; aún no ha sido abrogada.

Dijimos que la Ley del 30 de septiembre de 1878, aún vigente, trajo la tranquilidad y la paz a los educadores, pero en forma efímera, por desgracia, ya que a 10 de febrero de 1879, a los seis meses de promulgada aquella Ley, promulgóse otro Plan de Estudios. Vea el lector lo que allí se escribe: Considerando que es llegada la oportunidad de hacerse efectivo lo dispuesto por la Ley de 30 de septiembre de 1878, se requiere indispensablemente la adopción y conocimiento de un plan general y uniforme, que sirva a las enseñanzas y exámenes cuya libertad la Ley consagra..." decrétase un nuevo Plan de Estudios. Esto es, para que haya la libertad prescrita por la Ley, todos enseñarán lo que aquí se manda, y en la forma que ahora se ordena.

Entre las curiosidades de este Plan, oficialmente desprestigiado en 1884, se establecía nuevamente la enseñanza del griego, desaparecido desde hacía algunos años, pero en forma tan peregrina que las 10 horas dedicadas al latín en el Plan de 1876 se reducían ahora a 9, y estas 9 horas se habían de repartir entre el latín y el griego. Así se iba acortando cada vez más el estudio de los idiomas clásicos, mientras se iba aumentando el de la Geografía e Historia: 14 horas en 1863, 20 horas en 1876, 21 horas y media en 1879.

Sabemos que no obstante la Ley de libertad de enseñanza sancionada el 30 de septiembre de 1878, los Padres del Salvador se conformaron al Plan de estudios de 1879, en lo que era de obligación estricta o de positiva conveniencia para la buena marcha del Colegio y de sus relaciones con el Nacional, sobre todo en los exámenes. No introdujeron nuevamente la enseñanza del griego, porque nunca la habían suprimido, pero introdujeron la Economía Política y la Higiene, prescritas por el nuevo Plan.

En 1875 sólo hallamos un profesor de griego: el Maestro Mauricio Morera, ninguno en 1876, dos en 1877: los Padres Miguel Infante y Valentín Francolí, tres en 1878 y en 1879: los Padres Estanislao Soler, Pablo Gualdo y Ramón Llord. También eran tres los profesores de griego en 1880, o sea, los Padres Vicente Gambón, Mariano Camps y el ya citado Ramón Llord. Desde 1881 desaparece de la enseñanza en el Salvador el estudio del idioma de Platón y de Aristóteles.

La Geografía y la Historia, las Matemáticas y las ciencias naturales, las lenguas modernas y hasta las ciencias sociales fueron cada vez más reemplazando, como ya anotamos, el estudio no sólo del griego, pero aun del latín. Los profesores de las ciencias físicas y matemáticas, como el Padre Codorniú en 1875, 1876 y 1877, y el Padre Freixes desde 1878 hasta 1889, y el Padre Brugier desde 1889 hasta 1899, fueron considerados como los profesores fundamentales en la educación y formación de la niñez, aunque de seguro, así ellos como sus sucesores, entre los que hemos de incluir al gran pedagogo Padre Luis Canudas, estaban muy lejos de aceptar ese criterio.

5. Por lo que toca al sistema de exámenes, sabemos que se recorrió toda la gama de procedimientos posibles: exámenes orales globales, exámenes orales parciales, exámenes escritos al final de curso, exámenes escritos bimestrales, exámenes escritos mensuales, exámenes escritos eliminatorios, exámenes escritos no eliminatorios, etc., etc. Desde 1869 los exámenes tenían lugar en la sede de la Universidad; en 1874, por razones que dejamos ya consignadas, solicitó el Colegio que los exámenes fueran en la sede de éste. Todos estos exámenes, de la índole que fueran, por referirse tan sólo a los alumnos del último curso, poco o nada influían en la marcha del Colegio, el cual en Julio y en diciembre, examinaba y, con tra-

dicional severidad, a todos sus alumnos. Al efecto, y durante diez o más días, funcionaban dos tribunales, según nos informa, año tras año, el *Diario del Colegio*. Fué en 1885, y gracias al Ministro Wilde, que se privó a los Colegios privados del privilegio de tener mesa mixta en los exámenes, como recordaremos más extensamente en otra parte de este capítulo.

6. En 1881 se había ya iniciado la campaña anticatólica que había, en los años subsiguientes, de traer sobre el país tantas desgracias. La enseñanza en los colegios religiosos fué el blanco de todos los tiros, así de los que provenían de los clubs garibaldinos como los que partían del Ministerio de Instrucción Pública.

Las Cartas Anuas de 1882, después de recordar la fundación de un Club Liberal, cuyo objetivo era impugnar la enseñanza dada en los colegios católicos, y después de poner de manifiesto el espíritu sectario que guiaba al entonces ministro de Instrucción Pública, Dr. Eduardo Wilde, escribe que [531]

> "éste descargó su ira contra el Colegio del Salvador, con ocasión de los exámenes de nuestros alumnos. Habiendo desechado el programa para el examen general, según el cual únicamente eran examinados los alumnos, quiso que este examen se hiciera según todos los programas de todos los años y de cada una de las materias, llegando así a cincuenta y siete los programas de que debían dar cuenta. A los ojos de todo el mundo tratábase de una cosa la más injusta, sobre todo por haberse decretado esto en vísperas de los mismos exámenes. Hechas algunas concesiones, seis de los nueve alumnos de quinto año que se presentaron fueron aprobados, mientras que ni uno solo de los otros colegios privados tuvo esa suerte".

Página tan verídica, es ésta como bochornosa para el Ministro Wilde, títere de las logias y juguete del liberalismo que entonces iba primando en las esferas del gobierno nacional y aun en el de algunas provincias, como en la de Santa Fe. El espíritu de Rosas, de que tanto abominaban los hombres de 1880 y 1890, era el que, con mayor malignidad y con formas tanto más mazorqueras cuanto aparentemente más legales, tiranizaba a quienes no pensaban como ellos.

7. Para que se aprecie en toda su magnitud el proceder arbitrario y hasta inhumano del Ministro Wilde, y se conozca mejor que no la sana razón ni la ley existente, sino móviles inconfesa-

bles eran los que le movieron a tratar tan despóticamente a los colegios incorporados, esto es, a los colegios católicos, vamos a fijar los principales puntos de la ley de 1878, que transcribimos más arriba y que, siendo ley de la Nación, comenzó a ser el ludibrio de quienes más la debieran respetar.

Ordenaba, y ordena, la ley del 30 de setiembre de 1878 lo que sigue, según indicamos más arriba:

> Art. 1º Los alumnos de los Colegios particulares tendrán derecho de presentarse a examen parcial o general de las materias que comprenden la enseñanza secundaria de los Colegios Nacionales, ante cualesquiera de estos, con tal de que acrediten con certificados de su Directores, haber seguido cursos regulares y siempre que los Colegios de que procedan, llenen las siguientes condiciones:
>
> 1º Que pasen anualmente al Ministerio de Instrucción Pública, una nómina de los alumnos matriculados en cada uno de los cursos y el programa o programas de los mismos.
> 2º Que el plan de estudios comprenda las mismas materias que el de los institutos nacionales.
> 3º Que sus directores suministren al Gobierno de la Nación, los informes que les fueren pedidos, relativamente al estado de los estudios y marcha del Establecimiento.
> 4º Que consientan que el Gobierno de la Nación haga presenciar los exámenes por medio de comisionados nombrados al efecto, cuando lo creyese conveniente.
> 5º Que publiquen el resultado de los exámenes con las clasificaciones respectivas, consignándose igualmente para constancia, en libros destinados a este objeto, llevados con la debida formalidad.
>
> Art. 2º Los exámenes de que habla el artículo anterior, serán desempeñados ante una Comisión o Tribunal mixto, formado de cinco personas que tengan título profesional o diploma de maestro superior, nombrados, dos por el Colegio de que proceda el examinando y dos por aquel donde haya de recibirse, asociados al Rector de este último en calidad de Presidente. Dichos nombramientos, también podrán recaer en profesores de los mismos Colegios.

Sólo los apasionamientos del momento impedían ver, como hoy lo vemos con toda claridad, que de esta ley se desprendían los siguientes derechos para los colegios particulares:

1º Optar entre exámenes *generales* o *particulares* (artículo 1º).

2º Tener *programas propios*, con tal que se presenten al Ministerio con la nómina de los matriculados (artículo 1º, 1º).

3º Tener *plan de estudios propio*, con tal que comprenda las mismas materias que el de institutos nacionales (artículo 1º, 2º).

4º Formar parte *de la mesa mixta* (artículo 2º).

Ahora bien, el Colegio del Salvador, en uso del derecho común se acogió en 1881 a dicha ley para el efecto de los exámenes oficiales, sujetándose a todas las prescripciones de las mismas: en virtud de cuyos derechos explícitos, fué presentando sus alumnos a examen general en el Colegio Nacional de la Capital, como hasta entonces lo había verificado en el Departamento de Humanidades y Filosofía de la Universidad. Este examen general único se rendía al fin del año por un programa general y común para todos los estudiantes libres y de colegios particulares.

Las razones que movieron al colegio para determinarse por el examen general se hallan expuestas por el Padre Salvadó en el informe que pasó al Excmo. señor ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, doctor don Eduardo Wilde, solicitando el programa general. "Si este colegio ha usado hasta ahora del examen general con prescindencia de los parciales de cada curso lo ha hecho entre otras razones: en primer lugar, porque la Facultad de Humanidades en 1876 dictó como obligatorio a todo estudiante el Bachillerato en Letras o en Ciencias, para cuyo grado se exigía el examen general; más tarde suprimida esta Facultad no había razón para que este colegio alterase su orden y métodos establecidos, permitiendo como permite la Ley nacional escoger entre ambas formas de examen. En segundo lugar este colegio ha creído siempre ventajosa para el estudiante la revista y repaso general de las materias cursadas durante los seis años, llevando así a las facultades universitarias un caudal de conocimientos que de un año a otro habría ido olvidando, como sucede generalmente".

Pero he aquí que al hacerse cargo del Rectorado del Colegio Nacional, en 1883, el doctor don Amancio Alcorta se opuso éste al examen general, pero las dificultades que entonces surgieron pudieron ser solucionadas por el momento, esto es, por lo que tocaba al año 1883. Al iniciarse el curso siguiente, solicitó el Rector del Salvador, Padre Esteban Salvadó, al señor Alcorta el nuevo programa que debía servir en adelante.

No intentaremos examinar las razones que movieron el doctor Amancio Alcorta a oponerse a esta forma de exámenes, autorizada por la ley. Pero es lo cierto que, a pesar de haber prometido re-

petidas veces al Padre Salvadó el programa general necesario para esta clase de exámenes, le fué negado a mediados de curso del año 1884. Hubo entonces necesidad de recurrir al señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública para que se sirviera ordenar la entrega del programa designado. Sabemos que la solicitud del Padre Salvadó, comunicada confidencialmente al señor Ministro, no fué presentada oficialmente a ruego del mismo señor Ministro; el cual prefirió una conferencia verbal con el Padre Rector. Así se hizo y, ante la Justicia del reclamo, ordenó al señor Réctor del Nacional que hiciera entrega del programa solicitado, pero manifestó entonces sus deseos, a los que accedió el Padre Salvadó, de que el Colegio del Salvador renunciara de ahí en adelante al examen general autorizado por la ley.

Además, en vista de la multitud de exámenes parciales que por esta alteración quedaban pendientes a los alumnos, dispuso también el señor Ministro que los de quinto año, sobre quienes pesaba el mayor número (45 exámenes parciales) se aprovecharan también por aquella vez del programa general. En cuanto a los demás cursos ordenó que comenzaran a rendir los exámenes parciales desde aquel año en la forma que para lo sucesivo aceptaba este colegio; a saber, ante la mesa mixta y según las materias que fueran preparando, conforme al plan de este establecimiento y atendidas las asignaturas atrasadas de que no se había rendido prueba oficial. Todo esto estaba implícitamente contenido en el informe que remitió el Padre Salvadó al señor Ministro a 9 de agosto y también en la nota que acompañaba la nómina de los alumnos a primero de septiembre de 1884; informe y nota que fueron aprobados por el señor Ministro y así lo ordenó cumplir su Excelencia al Rector del Colegio Nacional, por comunicación de secretaría de 27 de septiembre.

Hasta aquí era evidente que el Colegio del Salvador, lejos de haberse salido un punto de la ley, había más bien cedido de sus legítimos derechos; tanto más, que no sólo cedió en el derecho del examen general sino hasta el de formular sus programas parciales (artículo 1°, 1°), habiendo adoptado todos y cada uno de los programas del Colegio Nacional de la Capital.

Pero llegó el año de 1885 y, con grande e ingrata sorpresa, supo el Padre Salvadó, a fines de marzo de ese año, que el señor Rector del Colegio Nacional estaba decidido a informar al señor

Ministro desfavorablemente en lo referente a los exámenes de fin de año con mesa mixta. En el curso de 1884 se había obtenido una victoria, a costa de la Ley nacional de 1878, y se estaba ahora en la decisión de obtener una segunda victoria, aunque fuera también contrariando dicha Ley. Como ésta, según dijimos, exigía que a fin de poderse tener los exámenes con mesa mixta, se debía presentar, a principios del curso, la lista de los alumnos matriculados, cumplió escrupulosamente con este requisito el Padre Salvadó. Solicitaba, por ende, el que los alumnos presentados tuvieran el derecho a la mesa mixta.

Tres razones daba el señor Rector para aconsejar al señor Ministro el rechazo de la solicitud presentada por el Padre Salvadó. Primera: "porque, decía, ella es contraria a la letra y al espíritu de las disposiciones vigentes". Segunda: "porque es contraria a todo buen régimen de estudio". Tercera: "porque aunque no fueran arregladas las consideraciones precedentes, la petición debería rechazarse, por haber sido deducida fuera de tiempo" [532].

8. Esto era declarar al Colegio fuera de la ley; era querer clausurar sus puertas. Pero el Padre Salvadó no se dejó intimidar. Bien decía él en la nota que envió a un grupo de caballeros que habían salido a la lid, en defensa de la ley ultrajada: [533]

> La libertad de la enseñanza, derecho, de los padres por la obligación que les impone la Paternidad divina; derecho de los hijos por la obligación que tiene el Estado a su respeto, y a la observancia de las leyes; ésta, si no me engaño, ha sido la cuestión ventilada. No se trata de un establecimiento particular, ni menos se persiguen privilegios, que siempre son odiosos. A mi juicio han dicho bien los que la han llamado cuestión social. Yo a lo menos he creído hacer un bien a la juventud, y aun a la sociedad, al insistir en la aplicación de la ley; como quiera que a nadie se ocultan las funestas consecuencias que necesariamente se derivan del abandono de las leyes.
>
> Así lo han comprendido Vds., y los padres y tutores que nos han confiado sus prendas más queridas, y así lo ha comprendido la prensa seria y sensata de la Capital. Todos han entendido que se trataba del cumplimiento de una ley clara y vigente. A todos estoy profundamente agradecido, por la parte especial con que ha sido favorecido en este caso el Colegio del Salvador.

Recordemos los nombres de estos beneméritos caballeros a quienes escribió en esta oportunidad el Padre Salvadó: Eduardo Ca-

rranza, Tomás Anchorena, José Manuel Estrada, Carlos Novillo Cáceres, Tomás Duggan y Rómulo Ayerza, todos los cuales se habían reunido, días antes, en el Colegio del Salvador, y con ellos Pedro Goyena, Francisco Ayerza, Emilio Lamarca y Manuel Pizarro.

Las frases citadas ponen de relieve la santa intransigencia de aquel hombre tan grande de espíritu como pobre de físico. "Era un alma que arrastraba un cadáver" decía hablando de él el insigne orador católico Goyena. Quien lo haya conocido, y lea las palabras que acabamos de citar, comprenderá la filosofía encerrada en esa frase, que es todo un retrato.

No bien se hicieron públicos los planes del señor Rector del Nacional, la premura del tiempo no le permitió al Padre Salvadó adoptar otra medida que el retiro de las listas ya presentadas en el término reglamentario: con esto se evitaba una negativa oficial que hubiera perturbado la marcha del colegio e imposibilitado negociaciones ulteriores.

Mientras tanto, en un informe comunicado al señor Director de "La Unión", respondía el Padre Salvadó a cada una de las tres razones en que se apoyaba el doctor Alcorta para aconsejar el rechazo de la tal petición.

"En cuanto a la primera proposición, decía, no puedo menos de consignar mi extrañeza; pues no era de esperar de la penetración e ilustración del doctor Alcorta. No ha reparado seguramente que la interpretación que da aquí a la ley, envuelve una contradicción manifiesta: según él el legislador habrá dicho "los colegios particulares darán conocimiento oficial de su plan de estudios propio; pero no, podrán tener plan de estudios propio, por cuanto se han de sujetar al orden y régimen del plan oficial". Y a continuación rebatía los tres argumentos en que se fundaba el doctor Alcorta al establecer su primera proposición y los que apoyaban las dos siguientes. Pedía disculpa por haber acudido a la prensa para su vindicación, y justificaba su conducta con las familias de los alumnos, cuyas conciencias estaba obligado a tranquilizar y cuyas dudas tenía el sagrado deber de esclarecer.

Más tarde, aproximándose ya la época de los exámenes, como el año anterior había recurrido el Padre Rector al Ministro, reclamando el programa general, hubo de recurrir nuevamente recla-

mando el derecho a la mesa mixta. Al efecto dirigió al señor Ministro una solicitud cuyo texto decía así:

Buenos Aires, octubre 7 de 1885.

Excmo. Señor:

El Rector del Colegio del Salvador se presenta á V. E. esponiendo que:

La ley de 30 de Setiembre de 1878, que establece las condiciones, con sujeción á las cuales son admisibles á examen en los Colegios Nacionales los alumnos de los establecimientos particulares de educación, me autoriza á solicitar de V. E. que ella sea aplicada á los alumnos del Salvador.

En este Colegio se enseñan todas las materias que forman el plan de estudios del Nacional, habiéndose adoptado también los programas y aún los textos de éste.

La única diferencia existente entre uno y otro, consiste en el orden, ó plan con que las diversas materias se dictan durante los seis años de los estudios preparatorios, pues el Colegio del Salvador había adoptado el mismo plan de la antigua Universidad de Buenos Aires, ante la cual se rendían los exámenes, y el existente desde entonces en el Colegio Nacional es completamente diverso.

Diferente era también el plan seguido en la Universidad Nacional de Córdoba, y no obstante tanta variedad de sistemas, han sido siempre admitidos los alumnos de cada Colegio á los estudios superiores, sin más requisitos que prueba de competencia en todas las materias exigidas como preparatorias.

Esto es lo justo, lo que mejor interpreta la libertad de enseñanza y lo que ha sido claramente sancionado en la ley citada. Ella establece, en efecto, en su art. 1º, inciso 2º, que el plan de cada Colegio contenga las mismas materias de los Nacionales, pero en manera alguna exige que sea el mismo que se adopte para éstos.

Aunque la ley es clara, si se juzgase oportuno indagar el propósito que al dictarla tuvo el Congreso, la discusión comprobaría que dominó la idea de que el Colegio particular tuviese su plan de estudios propio.

Todos los otros requisitos exigidos por el citado art. 1º han sido igualmente cumplidos por el Colegio que dirijo; de modo que, puedo legalmente solicitar que los alumnos de éste sean admitidos a exámenes en la forma prescripta por el art. 2º; esto es, ante una comisión mixta.

Presento nuevamente á V. E. las listas de los alumnos matriculados en este Colegio y pido á V. E. se sirva resolver que los que sean presentados á exámen lo rindan ante Comisión mixta en la forma de la ley.

Es justicia".

Esteban Salvadó
Rector

Al Exmo. Sr. Ministro de I. P. Dr. D. Eduardo Wilde[534]

Al mismo tiempo, y aclarando algunos conceptos emitidos por el doctor Alcorta en su informe al Ministro, elevó a éste el Padre Salvadó algunas observaciones de todo punto necesarias para que no sufriera equivocaciones el recto criterio del señor Ministro. La contestación a este informe es la resolución del Ministro, comunicada al Padre Rector apenas recibida la nota de éste y que transcribimos a continuación.

Noviembre 5 de 1885.

"Atento lo manifestado en el precedente informe del señor Rector del Colegio Nacional de la Capital, de acuerdo con los fundamentos legales en que se apoya dicho informe, y teniendo en cuenta por otra parte que el Colegio del Salvador no ha dado cumplimiento este año a la condición explícita exigida por el artículo 3º del decreto de 8 de marzo de 1879, reglamentaria de la Ley sobre libertad de enseñanza, se resuelve: no hacer lugar a lo solicitado por el señor Rector del mencionado Colegio del Salvador, en su precedente petición del 27 del próximo pasado.

"Avísese en respuesta, comuníquese al Rector del Colegio Nacional y archívese. — *E. Wilde*".

Fué general la indignación que en los círculos cultos y desapasionados produjo esta resolución, fruto evidente de causales inconfesables y que, como decreto o resolución ministerial, era nulo ya que el Presidente de la República no figuraba en ella para nada y entonces, como hoy, los Ministros no tienen facultades constitucionales para dictar por sí mismos resolución alguna. Por varias causas, pues, la protesta se hizo general.

Esta pública protesta no era más que el eco de la opinión de las más nobles y acreditadas familias de Buenos Aires que veían al ministro de Instrucción Pública en flagrante contradicción en sus resoluciones de 1883, 1884 y 1885, y atentando contra los derechos más indiscutibles de quien, como el Colegio del Salvador, se había acogido a la sombra benéfica de una ley que no admitía tergirversaciones.

Consultado el general Mitre sobre la cuestión del Salvador manifestó:

"que, el espíritu de la Ley sobre libertad de enseñanza de 1878 fué de transacción y de conciliación tendiente principalmente a garantir la libertad de método a los estudios que se niega hoy al Colegio del Salvador: que así podía afirmarse por haber asistido al debate en la cámara de diputados como representante de la provincia de Buenos Aires" [535].

De la misma opinión que Mitre fué el señor Sarmiento, y sabemos que habiéndose consultado al doctor Bonifacio Lastra, dijo estas textuales palabras: "bajo esta base es que se redactó el decreto reglamentario que, como se sabe, lleva mi firma al pie, como ministro de Culto e Instrucción Pública".

En idéntico sentido habló el doctor don Uladislao Frías, miembro de la Suprema Corte de Justicia, el doctor don Manuel D. Pizarro, exmiembro de la Suprema Corte y senador nacional, don Andrés Ugarriza, juez de sección de la Capital, don José M. Estrada, ex rector del Colegio Nacional, don Tristán Achával Rodríguez, expresidente de la Cámara Nacional de Diputados, doctor don Jerónimo Cortés, exsenador nacional, fiscal de la Excma. Cámara de Apelaciones; don Matías Cordero, vicegobernador de la Provincia, y otros muchos de alta representación.

Y si, retrocediendo un poco al año 1873, cuando el doctor Alcorta se hallaba libre de prejuicios y transcribía en su memoria como ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires sus sinceras opiniones, examinamos sus escritos, nos dirá en ellos [536]:

> "No hay razón alguna para conservar el Estado un monopolio que inquieta las conciencias, que debilita la vida local y que suprimiendo la conciencia debilita los estudios" y "no se combatiría con demasiada energía esta culpable indiferencia de que los funcionarios se aprovechan para erigirse en directores" y por fin "esta intromisión en el espíritu de las nuevas generaciones y este derecho concedido al poder público de modelar a su antojo la juvntud son hoy rechazados por todos los partidos sin distinción de opinión".

No es extraño que diez días fueran suficientes para que lo más selecto de la sociedad se levantara en masa compacta para reprobar con todo el valor a que les daba derecho su saber y posición social, una resolución que era la negación más franca de toda la legislación nacional. Doscientas familias firmaron la exposición que en 16 de noviembre elevaban al señor Presidente de la República condenando la conducta de su Ministro y pidiendo se reconociera en toda su integridad los antiguos fueros de los colegios particulares. Cedamos la palabra a estos generosos ciudadanos.

"Buenos Aires, noviembre 16 de 1885.

"Excmo. Señor Presidente de la República.

"Los abajo firmados, padres y tutores de alumnos del Colegio del

Salvador de esta ciudad, respetuosamente ante Vuestra Excelencia, nos presentamos y exponemos:

"Que la resolución del ministerio de Instrucción Pública fecha 5 de noviembre, en la cual se niega al mencionado Colegio del Salvador el derecho de presentar sus alumnos a examen ante las mesas mixtas establecidas por la ley de 30 de septiembre de 1878 perjudica gravemente a nuestros hijos y pupilos, por lo cual acudimos a Vuetra Excelencia pidiéndole que se sirva tomar este asunto en la consideración que por su importancia merece. . ."

"Por razones que no es ésta la oportunidad de desenvolver, hemos preferido consciente y deliberadamente el método del Colegio del Salvador, sabiendo que por el texto expreso de la Ley los estudios que hicieran nuestros hijos y pupilos los habilitarían como hasta aquí ha sucedido sin contradicción, para ingresar a los cursos universitarios y profesionales a que más tarde hubieran de dedicarse. La lectura del artículo de la ley de 1878, no deja duda sobre este punto.

"Por lo tanto, esperamos del alto criterio de Vuestra Excelencia, que se sirva acoger nuestro pedido y resolver en la forma que dejamos expuesta.

"Es justicia. — (*Siguen las firmas*)".

"Siguen las firmas", hemos escrito, pero no podemos, ni debemos, dejar de consignar los nombres de todos y de cada uno de los distinguidos caballeros que en esta oportunidad salieron a la defensa de la ley y de la justicia [537]:

General Benito Nazar, Juan A. Boneo, Manuel Bilbao, Eduardo Carranza Viamont, Uladislao Frías, Jorge Tornquist, Alfredo Lahitte, Andrés Ugarriza, José de Caminos, Pedro Anchorena, Alvaro Barros, Emiliano Frías, G. A. Cranwell, Lucillo del Castillo, Matías Cardoso, Josefa del Molino de Cazón, Francisco F. Bosch, Pedro Celestino López, Pascual Palma, S. A. Klappenbach, E. Massini, Q. Zeballos, Justo Helguera, Ladislao Sánchez, Francisco Viñas, B. Freyre, Tomás I. de la Torre y Zúñiga, Lino Cucullo, Enrique Martínez, Estanislao Frías, Eduardo Mulhall, Manuel D. Pizarro, Tomás de Anchorena, Enrique Thorne, B. Lalanne, Domingo Dutey, Carlos Marenco, Narciso de Estrada, O. de Olazábal, Pascual Podestá, Diego Guillermo Greenway, Cayetano Gómez, Cuntin, Pedro A. Saubidet, José Berisso, Antonio Arzeno, Mercedes O. de Bossio, Juan C. Boer, Miguel R. Pérez, Miguel Vilardebó, Domingo Pittaluga, Benjamín Otero, D. O. Moyano, Juan Copello, Desiderio Crespo, Tomás Duggan, Angel Moya, José M. Orne, Nicolás González, Ernestina E. de Rosas, Carlos Vivar, R. Repetto, Leonor Pujol, Cestillo C. Azarri, Manuel de Uribelarrea, Domingo Frías, Carolina H. de Frías. M. del Puerto, Esteban D. Risso, José J. Elías, Angel J. Carranza, Antonio Demaría, Juan Sitjá, Mariano M. Molina, Eustaquio Tomé, Dionisio Goris, Felipe Porcel, Juan Dillon (hijo), Juan Aguzano, Arturo Capdevi-

la, María B. de Patron, Rómulo óazar, Justo Villegas, R. Santamarina, Valerio Zubiaurre, María Tangelini, Sebastián O. Repetto, Domingo Cabrera, Juan J. Alonso, Manuel Moreno, Antonio López, Luis S. Fígari, Ramón González, Martín R. González, Aurelia C. de Roccatagliata, Luis S. Palma, Máximo Luzuriaga, Tomás Cullen, José D. Ray, Enriqueta de Pérez, Gervasio Zapata, Santiago Bancalari, Alfredo Spraggon, Luis Vélez, Manuel A. Fernández, Adolfo Carranza, A. Etchegaray, Carmen R. de Moreno, M. Colclought, Alfredo Martins, Enrique Sumdblad, José Niveyro, Cipriano Sires, José Gazzana, Aniceta Cantilo de Fernández, Angel E. Casares, Vicente A. Merlo, C. Novillo Cáceres, N. Reynal, Angela F. de Vacarí, Teresa I. de Badino, Guillermo Etchevertz, Melchor Otamendi, J. Paso, Antonino Benítez, Manuel Robledo, I. Maupás, Juan M. Guerra, Gaspar Repetto, Julio C. Naón, Domingo P. Costas, Lorenzo Ruiz, Carlos María de Allende, Eugenio Noé, Pedro J. Piñeyro, Antonio Aspeitia, Petrona Britto, Miguel O'Farrel, Aurelio Espínola, Nicanor Méndez, Rómulo Ayerza, Juan B. Bafico, Inocencio Rissotto. H. Vocos, Nicanor Olivera, Alejandro Caride, Juan A. Bayá, D. F. Daly, Francisco Noceti, Enrique Prack, Martina Halliburtondo, Manuel Salas, Manuela O. de Ochoa, B. A. de González, Mariano Martínez, Domingo Junior, Francisco LLames, Eladio Mascias, Martín Passicot, Rosa B. de Fernández, Liborio Muzlera, Mauricio González Catán, Domingo Vilela, Crescencio Acosta, Emilia C. de Jurado, Francisco Ugarriza, Angel Chiocconi, Manuel M. Cervera, Mariano Zurueta, Casilda Cazon de Piaggio, Carolina M. de Ruiz, G. Brihuega, Juan D. Fernández, Agustín Degregori, Pedro Anzola, Joaquín J. Vedoya, Félex M. Calvo, Adolfo Bonorino, Natalio Cioacca, Gerónimo Solari, Santiago Noceti, C. Araujo, Domingo Ayarragaray, J. Acevedo, Juan Dillon, Jacinto Real, M. Gascón, Manuel Romero, Manuel M. Benítez, R. Molina.

"El Diario", uno de los periódicos de más circulación que había entonces en Buenos Aires, se enteró de que este grupo de ciudadanos iba a elevar aquella nota al Señor Presidente de la República, y demostraba a las claras que la llamada cuestión del Salvador podía muy bien llamarse cuestión social, dado el interés que despertaba en todos los hombres que se preocupaban de la felicidad patria.

"Una comisión, decía "El Diario", compuesta de personas muy distinguidas, presentará hoy al Presidente de la República una solicitud en la que se pide la revisión del decreto que niega al Colegio del Salvador el derecho para hacer examinar sus alumnos ante las mesas mixtas establecidas por la ley de 1878 . . ."

"Los padres de familia que firman la solicitud, merecen todos nuestros respetos. Basta para acreditarlos de sensatos el haber preservado a sus

hijos de la plétora científica con que los amenaza en el Colegio Nacional la crueldad y la inexperiencia de pedagogos chambones".

"El Orden" del 19, después de haber hecho una apología del sistema de estudios del Salvador, terminaba diciendo:

"La ley del 78 confiere derechos adquiridos a los jóvenes que han estudiado de acuerdo con las prescripciones del Colegio del Salvador y estos derechos no les pueden ser quitados por los informes de un rector de un colegio y ni por resoluciones del ministerio de Instrucción Pública, el cual es un eterno girasol en materia de enseñanza. En consecuencia hallamos justa y procedente la solicitud que los padres y tutores de los alumnos del Salvador acaban de elevar al Presidente de la República, y esperamos que ella será despachada favorablemente".

"La Nación", el periódico de la aristocracia, hacía en sobrias frases todo un elogio del Salvador y de las familias que confiaban a él la educación de sus hijos.

"El Colegio del Salvador es una institución digna de respeto. Más de 400 jóvenes se educan e instruyen en sus aulas; reina en él el orden y disciplina admirables. La moralidad, ilustración y contracción de los Padres maestros es notoria, y el Salvador ha acatado la ley nacional. Poner dificultades hoy para que esos buenos estudiantes no puedan presentarse a examen so pretexto de detalles que no tienen importancia real, es poner trabas a la instrucción y desconocer el espíritu liberal de la ley de 1878".

"El Debate" de 22 de noviembre iba más adelante. Después de haber planteado la cuestión acababa con estos términos:

"La ley favorece al Colegio del Salvador. Amparado en ella el Rector de ese establecimiento debe presentarse al Juez de Sección demandando al Rector del Colegio Nacional. El Poder Judicial ha demostrado que no se deja avasallar y con la ley en la mano dará la razón al que la tenga. Es necesario hacer prácticas las instituciones o caer en la demanda.

"Aconsejamos, entonces al Rector del Colegio del Salvador que acuda a los tribunales nacionales".

Bastan los textos que acabamos de aducir y los innumerables que tenemos a la vista para hacerse uno cargo de la situación verdaderamente crítica que se habían creado el Dr. Wilde y el rector del Colegio Nacional. Puesto frente a frente con un enemigo aplastante por su número y su calidad, censurado unánimemente por la prensa periódica, poderosa palanca de la opinión; lo más lógico y lo que ocurre a cualquiera que haya seguido el decurso de la cuestión es que habían necesariamente de sucumbir en la demanda y de-

jar el campo libre a las generosas aspiraciones de los que escudados por el espíritu de conciliación de la ley del 78, habían emprendido con verdadero tesón su obra educadora.

No fué, sin embargo, ése el curso de los acontecimientos. Ni el Ministro Wilde, ni el señor Alcorta pensaron siquiera en volver atrás. No habrían podido, aun cuando hubieran querido, puesto que otras fuerzas los detenían. Recuérdese que el año 1884, por la ley 1420, se había implantado la enseñanza atea, por eufemismo llamada "laica", y entre 1885 y 1886 la campaña anticristiana se extendió a la descristianización del matrimonio, y por una y otra conspiración anticristiana fueron presos o perseguidos no pocos prelados y dignatarios de la Iglesia en la Argentina, como Mons. Risso Patrón, de Salta y los Vicarios de Córdoba, de Santiago del Estero y de Jujuy. Con anterioridad, y como preludio, a estos hechos insólitos, fué despedido Monseñor Mattera, representante entonces de la Santa Sede ante el Gobierno Argentino.

El Colegio del Salvador hizo una publicación rotulada "Los Colegios Particulares ante la Ley de Libertad de Enseñanza de 1878" que se imprimió en Buenos Aires a fines de 1885 y que comprendía toda la documentación referente al tema y determinó, por razones de las circunstancias a no insistir en sus propósitos. Dicho folleto terminaba con estas cláusulas [538]:

> "Ya lo ven nuestros lectores. Un establecimiento que hace honor al país, cuyos exalumnos están obteniendo actualmente en los exámenes de las diversas facultades las mejores clasificaciones, ha sido puesto fuera de la Ley, lo que equivale a ponerlo en la disyuntiva violenta de ponerse en manos de sus enemigos, cediendo de los derechos que la Ley le acuerda, o de no presentar sus alumnos a exámenes, dejándolos ir a presentarse como estudiantes libres y en ambos casos irrogándole inmenso perjuicio material o moral".

Así se expresaba en su último párrafo el autor del folleto que a raíz de los hechos que acabamos de narrar, se publicó con el fin de encaminar la opinión y aclarar conceptos. Era la profecía cuya realización en los dos conceptos de su tremenda disyuntiva se había de llevar a cabo durante muchos años.

Por de pronto, la hostilidad de que habían de ser objeto los alumnos el año 1885, se comprende fácilmente dada la tirantez de relaciones con que habían quedado el Salvador con el Nacional después de la tremenda lucha en que se habían enardecido no poco

los ánimos. Por eso pareció más prudente a los superiores para evitar todo choque violento, el que los alumnos se presentaran a examen por su cuenta como libres: así lo hicieron; y con todo, fué tal el éxito que coronó sus esfuerzos, que de cien alumnos que rindieron examen, únicamente nueve fueron reprobados, obteniendo los demás notas tan elevadas, que dieron muy bien a conocer la justicia que les asistía al reclamar sus antiguas libertades.

No hubo de gustar mucho al Rector del Nacional un hecho que era la refutación más convincente de sus planes mal intencionados: prueba de ello que al año siguiente logró sembrar entre el personal docente del Colegio Nacional la semilla de una aversión gratuita a todo lo relativo a la Compañía de Jesús y que vino a dar su fruto en los exámenes del año 1886, en que los alumnos hubieron de experimentar los efectos de una hostilidad tan franca como inmerecida; y que si no degeneró en lamentable bancarrota, fué debido a la conducta relativamente benévola con que escuchó el ministro las justas reclamaciones de los Jesuítas.

9. No obstante, lejos de cesar la campaña que se había abierto contra el Colegio, se acentuó más al año siguiente de 1887, en que el mismo ministro, por un acto de los tantos a que está sujeto en nuestra patria el girasol de la enseñanza, cambió completamente el plan de estudios, que dió por inmediato resultado el que fuera de algunos de los alumnos que se prepararon para rendir examen general, todos los demás se presentaron como libres. El éxito fué inigualado y superó todas las esperanzas, ya que ni uno solo fué reprobado y varios merecieron los plácemes más calurosos de parte de los señores examinadores.

En los años siguientes hasta el 1892, los Padres del Colegio del Salvador pudieron respirar algún tanto: ocupadas varias cátedras del Nacional por antiguos alumnos, contrarrestaron éstos con su afecto hacia sus antiguos profesores el desdén de no pocos adversarios de la Compañía de Jesús. Y algo inesperado sucedió en ese mismo año de 1892 en el Colegio Nacional: a los dos meses de iniciado el curso se levantaron en son de protesta los alumnos del mismo, pero no contra las autoridades locales sino contra el Inspector General de Enseñanza. La complicidad del señor rector en este suceso, produjo su separación del cargo que, a la sazón, ocu paba.

El temor de los Padres del Salvador respecto de los exámenes finales de ese año de 1892, se desvaneció felizmente con el nombramiento del doctor Valentín Balbín para el rectorado del Colegio Nacional. Aun más: con fecha 27 de octubre de 1892, y a solicitud del Rector del Salvador, el Poder Ejecutivo dictó una importante resolución, declarando que en virtud de la ley de libertad de enseñanza, los alumnos de dicho Colegio no estaban obligados a dar en el Colegio Nacional el examen de ingreso exigido por decreto del 6 de febrero de 1892 [539].

Departamento
de
Instrucción Pública

Buenos Aires, Octubre 27 de 1892.

Vista la solicitud del Rector del Colegio del Salvador, pidiendo se deje sin efecto la resolución de 17 de Junio último, por la que se ordena que la inscripción de alumnos de primer año de los colegios particulares acogidos a la Ley sobre libertad de enseñanza, se haga previo cumplimiento de lo dispuesto para los alumnos del Colegio Nacional, en el decreto de 6 de febrero próximo pasado, y se declare que los alumnos de dicho establecimiento, pueden presentarse a dar examen en este último de las materias que comprenden los programas de enseñanza secundaria de los Institutos oficiales, sin someterse al examen previo de ingreso que requiere el decreto reglamentario de 6 de Febrero citado.

Visto igualmente lo informado respecto a esta solicitud por la Inspección General de Enseñanza Secundaria y Normal. — Y teniendo en consideración:

1º Que la Ley número ...... de 30 de septiembre de 1878 sobre libertad de enseñanza, dispone formalmente y en términos claros y positivos, que los alumnos de los colegios particulares existentes a la fecha o que posteriormente se funden, tendrán derecho de presentarse a examen parcial o general de las materias que comprende la enseñanza secundaria de los Colegios Nacionales ante cualquiera de estos, sin otros requisitos que el de acreditar con certificados de sus Directores haber seguido cursos regulares y que los colegios de que procedan, llenen las siguientes condiciones a saber:

1º Que pasen anualmente a este Ministerio, una nómina de los alumnos matriculados y el programa o programas de sus estudios.

2º Que el plan de estudios comprenda las mismas materias que el de los institutos nacionales.

3º Que sus directores suministren al Gobierno de la Nación, los informes que le sean requeridos, relativamente al estado de los estudios y marcha del establecimiento.

4º Que consientan que el Gobierno haga presenciar los exámenes por medio de comisionados especiales, cuando lo crea conveniente.

5º Finalmente que publiquen y consignen en listas especiales, el resultado y clasificaciones de los exámenes.

2º Que el Colegio del Salvador ha cumplido estrictamente hasta el presente las disposiciones de esta ley, llenando anualmente, en lo que le atañe, todos y cada uno de los requisitos en ella prescritos para la admisión a examen de sus alumnos en el Colegio Nacional;

3º Que la disposición reglamentaria citada, de 6 de Febrero pasado, fundada en razones de orden especial y tendiente sólo a comprobar de una manera eficaz el grado de aptitud y preparación de los alumnos que en número considerable acuden anualmente a inscribirse en los colegios nacionales, acogiéndose a los beneficios de la enseñanza gratuita que en dichos establecimientos se dá, y garantir por medios positivos que las fuertes erogaciones que esa enseñanza impone al Estado, no resulten infructuosas a fin de año por la deficiente preparación con que hayan podido iniciarse los cursos; no es de aplicación ni tiene razón de ser, tratándose de alumnos que disponiendo de medios propios para adquirir el aprendizaje necesario fuera de los institutos de enseñanza oficial, se someten voluntariamente a examen sin erogación ni sacrificio alguno para el estado, de las materias de segunda enseñanza, y a las pruebas reglamentarias prescriptas a los que cursan dichas materias; demostrando con ello, de una manera evidente e incontestable, a la suficiencia de la preparación con que se han iniciado en sus tareas de aquella enseñanza;

4º Que estos motivos nacionales y justamente calculados al dictarse la Ley de 1878, han sido tenidas en consideración hasta el presente para no incluir a los alumnos libres en las disposiciones reglamentarias vigentes sobre exámenes elementales y demás pruebas de aptitud intelectual exigida como requisito previo para la inscripción e ingreso de los alumnos oficiales en los Colegios Nacionales;

5º Que lo que no se exige a los alumnos clasificados de libres para su admisión a examen ante cualquier establecimientos nacional de enseñanza secundaria no puede congruentemente exigirse a los que se presenten munidos de certificados de haber cursado regularmente los ramos de dicha enseñanza bajo el control y vigilancia de los poderes públicos de la Nación, con arreglo a los planes de estudio y programas de los institutos oficiales de la misma y en colegios incorporados bajo la acción en influencia de la Ley de la materia y especialmente favorecidos por ella;

6º Que la disposición del artículo 3º de esta Ley, a que la Inspección especialmente alude, según lo demuestran su texto, el lugar que en ella ocupa y los antecedentes y discusiones parlamentarios que precedieron a su sanción, es directamente aplicable sólo a los alumnos libres y nó a los de colegios particulares ni a otro alguno de los determinados en dicha ley, que ha establecido lógicamente disposiciones diferentes y explícitas para cada una de las cuatro categorías de alumnos de que se ocupa: alumnos de colegios

particulares acogidos a la misma ley, alumnos libres, alumnos de Institutos de enseñanza secundaria establecidos por autoridades provinciales, y alumnos de enseñanza superior o profesional fundados por particulares o por Gobiernos de rovincia, no siendo lícito aplicar a uno de estos grupos lo que está claramente preceptuado para otro;

7º Que la experiencia no demuestra, finalmente, la necesidad de corregir el estado de cosas creadas en virtud de la ley de 1878 y de las disposiciones reglamentarias dictadas para su ejecución en lo relativo a los institutos particulares de segunda enseñanza acogidos hasta el presente a sus beneficios.

Por estos fundamentos,

SE RESUELVE:

Que los alumnos del Colegio del Salvador no están obligados a dar en el Colegio Nacional el examen de ingreso exigido por Decreto de 6 de Febrero ppdo., para los que aspiran a ser inscriptos como alumnos regulares de los establecimientos oficiales de instrucción secundaria; debiendo los mencionados alumnos del Colegio del Salvador, rendir sus pruebas anuales con estricta sujeción a lo que disponen sobre el particular la Ley sobre libertad de enseñanza de 30 de Septiembre de 1878, y el Decreto reglamentario de la misma, de 1º de Marzo e 1886. — Comuníquese a quienes coresponda y archívese, previa reposición de sellos.

SAENZ PEÑA
C. S. DE LA TORRE

Por lo que respecta a los nuevos planes de estudios, éstos habían seguido sucediéndose, en los años a que se refieren los acontecimientos que tan extensamente hemos relatado. Así en 1884, el entonces Presidente Roca y su ministro Wilde, descalificaron el Plan de 1879, obra de Avellaneda y de Lastra, porque era "evidente la conveniencia de reformar el actual Plan de Estudios. . . a fin de dar una graduación más lógica al estudio de las diversas materias". Dos años más tarde, los mismos autores o fautores del Plan de 1884, considerando "que la enseñanza de las ciencias naturales y físico-químicas se inicia demasiado temprano, cuando el alumno no está en condiciones de aprovecharlas "modifican el Plan que ellos mismos habían hecho obligatorio dos años antes [540].

Véase lo que informaba al Sr. Ministro el doctor Molina, Inspector General de Enseñanza Secundaria:

"He conocido profesores enseñando materias que ignoran completamente: latinistas que no saben declinar un solo nombre, gramáticos cuya ciencia estriba en aprender de memoria juntamente con sus alumnos algún

texto, bueno o malo, que eso no hace al caso, con tal de salvar las apariencias y percibir el honorario. . . Este mal, Excmo Señor, se reagrava a causa del Plan de Estudios vigente, que no consulta las conveniencias de la juventud, pues contiene un hacinamiento tal de materias, que parece destinado a atrofiar la inteligencia más bien que a desarrollarla y fortalecerla".

"El alumno que ha terminado los seis años preparatorios, sabe muchas materias, pero muy poco de cada una; su inteligencia se fatiga y llega a los estudios superiores con conocimientos vagos y confusos que poco o nada le auxilian en las carreras que emprende. En algunas de nuestras provincias tuve oportunidad de leer un escrito de un juven abogado que contenía la palabra *Departamento* dividida en esta forma: *De Partamento*. Este abogado había cursado los seis años preparatorios. No sería difícil multiplicar los ejemplos: muchos abogados son incapaces de formular una cuenta particionaria".

"No se necesita gran esfuerzo para encontrar la relación que existe entre estos hechos y la organización de la enseñanza. . ."

"Examinando idiomas en San Luis, noté que los alumnos de francés confundían los vocablos franceses con los ingleses. . . En Matemáticas, como en Física y en Química, confundían principios, fórmulas, símbolos, etc. En la vaguedad misma con que expresaban sus pensamientos. . . podía descubrirse la confusión, el caos, que el cúmulo de materias producía en los alumnos. Todo ello demuestra que el recargo es grande y que la tarea no guarda proporción con las fuerzas".

Juárez Celman sucedió a Roca en la presidencia de la Nación y, apenas empuñó las riendas del gobierno de la misma, dió al país un nuevo Plan de Estudios, ya que el Plan de dos años antes, "adolece del defecto. . . de ser dañosamente recargado", pero este Plan, suscrito por Juárez Celman y Filemón Posse, fué sustituído tres años después por el que refrendaron Pellegrini y Carballido. También este Plan comenzaba condenando el existente: "Habiendo la práctica y la observación demostrado la conveniencia de modificar el Plan de Estudios. . ." y a la verdad no eran consoladores los informes del doctor Juan A. García (hijo) Inspector General de enseñanza secundaria, ya que informaba al Señor Ministro del estado nada satisfactorio de la misma. Se refiere al aumento creciente en la suma total de alumnos, maestros y bachilleres, y dice [541]:

"No me regocijo, sin embargo (dice), por este resultado: es una corriente que se ha formado artificialmente, contrariando las tendencias naturales del país, e imponiendo a la juventud una dirección intelectual y moral equivocada, cuyas consecuencias comienzan a sentirse".

"Las cifras no pueden indicar con la exactitud debida el provecho que sacan de los años de estudios en los distintos colegios o escuelas. Algunas

indagaciones que he practicado particularmente han dado resultados desastrosos. Cuando los inspectores de sección exigen composiciones escritas en los cursos superiores, me transmiten opiniones muy pesimistas sobre la cultura intelectual de los alumnos".

"No me atrevería, por tanto, a decir que los diplomas representan la instrucción decretada en los programas, ni mucho menos que se note un progreso serio en los estudios".

". . . Ha sido un error pensar que el estado tiene la obligación de propagar la instrucción secundaria, como la primaria".

. . . .

"Es necesario convencerse de que los colegios y universidades no se fundan donde se quieren, que los gobiernos no *crean* estas instituciones por simples decretos o leyes. . ."

"Si V. E. recorre los cuadros adjuntos, observará qué triste es la vida de algunos colegios. Y si se hiciera un estudio detenido de su personal docente, de los alumnos, del material escolar, la impresión sería abrumadora. No se consigue nada gastando dinero en laboratorios, mobiliarios, etc. Los laboratorios se destruyen por culpa de los profesores, o porque no entienden los instrumentos o no saben cuidarlos ni manejarlos. V. E. conoce un colegio que se había dotado de espléndidos aparatos, y en dos o tres años ha inutilizado el material. . ." Esta es la palabra oficial del Inspector General de Enseñanza.

Ni fué el Plan de 1891 el último en aparecer en los postreros años del pasado siglo, ya que en 1893 y con el fin de dar una distribución más lógica y proporcionada al estudio de algunas asignaturas apareció el nuevo Plan de Estudios, refrendado por Luiz Sáenz Peña y C. S. De la Torre, y en el decurso del mismo año es el mismo Sáenz Peña y su nuevo ministro de Instrucción Pública, Dr. Alcorta, quien presenta al Congreso Nacional un Proyecto de Ley de Plan de Estudios, diferente del publicado pocos meses antes. En 1897 el Presidente Uriburu y su ministro Bermejo presentan a las Cámaras un nuevo Proyecto de Ley de Plan de Estudios, pero en vista de que los miembros del Parlamento no le prestan atención, se elabora y se prescribe un nuevo Plan de Estudios. Es del 18 de abril de 1898 y está suscrito por Uriburu y Luis Belaustegui. Nótelo el lector: catorce Planes de Estudios en treinta y seis años, esto es, uno cada tres años.

Capítulo XIII

VIDA INTERNA DEL COLEGIO DESDE 1875 - 1893

1 — *No obstante la variedad de Planes de Estudios;* 2 — *El año escolar de 1876: un Acto de Filosofía y una doble Corona Poética;* 3 — *El curso de 1877 y la velada literaria en homenaje a Cristóbal Colón;* 4 — *El alumnado en 1878 y en los años siguientes;* 5 — *Temores y sobresaltos en 1880;* 6 — *El Colegio convertido en Hospital de sangre;* 7 — *Actos literarios a fines de 1880;* 8 — *El Colegio del Salvador y la persecución religiosas:* 1882-1886; 9 — *Estrada y los grandes caudillos;* 10 — *Bodas de Plata del Colegio* (1893).

1. No obstante la desmoralización causada por el continuo cambio de planes de estudios y por las exigencias de una pedagogía sin alma y sin espíritu, el Colegio del Salvador, desde 1875 hasta fines del siglo fué capeando todas las dificultades y avanzando sin cesar en su ruta educacional. Ciertamente que del Colegio del Salvador no se podía decir en 1898 lo que aseveraba el Inspector General, Ildefonso P. Ramos Mejía [542]:

> "Señor Ministro: La voz autorizada de educacionistas, médicos, padres de familia ilustrados, y de cuantos estudian con interés nuestra situación escolar, se hace sentir unánime en pro de la necesidad de provocar una reacción que tienda a restablecer el equilibrio, que hoy no existe, en la educación de la juventud. Se observa, y con razón, que nuestros colegios parecen no responder a otro propósito que al de llenar la mente de los niños y de los jóvenes de una cantidad determinada de conocimientos, y eso mismo, por cualquier medio y sin tener en cuenta para nada, las leyes y reglas que se desprenden del estudio de la psicología, de la pedagogía y hasta de la higiene escolar, explicándose así, en parte, el recargo de los programas, la organización deficiente de las clases y de los horarios, los defectos de los locales, etc. . . .".

Como en un capítulo anterior nos referimos a la marcha escolar del Salvador desde 1868 hasta 1875, vamos ahora a consignar algunas noticias de los años siguientes.

2. Sabemos que en 1876 las clases se abrieron el día 5 de marzo y que fueron más de 200 los alumnos, aunque muy pocos pupilos, a causa de la falta de local. En los meses transcurridos desde el incendio, se había trabajado empeñosamente en la reconstruc-

ción del viejo local, pero no se había podido hacer todo lo que se quería y necesitaba. Sabemos que a fines de junio de 1875 estaban todavía los albañiles demoliendo partes del Colegio que amenazaban caer o que no podían ser aprovechadas. Entre otras cosas fué necesario hacer desaparecer todo el desván de 100 varas de largo y el tercer piso de todo el ala de edificio más cercano a la Iglesia y paralelo al ala que daba a la calle Callao.

Aun antes de iniciarse el curso de 1876, circularon rumores de un nuevo asalto al Colegio, o a lo menos, de algunas manifestaciones callejeras contra el mismo. Se acercaba el primer aniversario de los vandálicos hechos del 28 de febrero y temióse, y no sin fundamento, algún acto hostil, pero nada sucedió de desagradable, como referiremos en otra parte de esta historia.

En ese mismo curso, y en el primer día del mes de agosto se tuvo el primer acto de filosofía, el cual no obstante sus modestas proyecciones, pues sólo se refería a la Lógica que era lo que es estudiaba ese año, llegó a entusiasmar a la concurrencia. Ocupaban el estrado en el salón de actos el joven Santiago Klappenbach que era quien debía defender la serie de tesis, a su lado estaba el profesor de la materia, el entonces joven y entusiasta Padre Camilo Jordán, y a uno y otro lado cuatro alumnos de quinto año quienes debían rebatir las proposiciones sustentadas por aquél. Todos los presentes, según se leía en el programa, podían también intervenir en el debate, y en efecto varios caballeros terciaron en tan nobles justas de la inteligencia.

Al terminar el primer semestre de 1876 se tuvo una Corona Poética que los alumnos ofrecieron al Sagrado Corazón de Jesús, en cuyo día, se inauguraba la nueva Iglesia del Colegio. Sobre "el nuevo templo" versó el romance compuesto y declamado por su autor, el alumno Juan José de Urquiza; "El templo católico y la sociedad" era el tema de las octavas reales del señor Hugo M. Soto. que fueron declamadas por su autor; "El templo fuente de consuelo" se intitulaban las octavillas originales de Fernando García, declamadas por Osvaldo García, y sobre "El templo escuela de virtud y de libertad" versaban las redondillas de Carlos M. del Castillo, declamadas por el mismo.

La segunda parte del programa se refería al Corazón de Jesús y comprendía los números siguientes:

El Corazón de Jesús y el nuevo templo: Trozo de elocuencia, original del Sr. Benito Acevedo Ramos, leído por el mismo.

El Corazón de Dios y el corazón del hombre: dodecasílabos y alejandrinos originales del Sr. Vicente Martínez de Carmona, declamados por el Sr. Ceferino Araujo.

El Corazón de Jesús, víctima de amor: Decasílabos originales del Sr. D. Nicanor de Elía, declamados por el mismo.

Triunfos del Corazón de Jesús: Soneto original del Sr. Nicanor Arévalo, declamado por el Sr. José Ray.

El Corazón de Jesús salvación de la sociedad: Cuartetos originales del Sr. Vicente Martínez de Carmona, declamados por el Sr. Carlos María Reyna.

Reinado del Corazón de Jesús: Canción original del Sr. Carlos María del Castillo, declamado por el mismo.

Terminóse esta Corona Poética con un himno, cuya letra era del Sr. Carlos María del Castillo y la música del profesor del Colegio, Maestro Juan Bautista Bugni.

El año escolar terminó a mediados de diciembre, con una Corona Poética, la consabida Distribución de Premios y un elocuentísimo discurso que pronunció don Santiago Estrada, hermano carnal de José Manuel, y tan afecto al Colegio como su egregio hermano.

La Corona Poética se refería a la Virgen de Luján, y constaba de un nutrido programa:

APERTURA: *Himno Nacional* ejecutado a cuatro pianos por los alumnos *D. Mariano Bosch, D. Adolfo Salas, D. Fenando Pérez, D. Enrique Lastra, D. Juan A. Fernández, N. Narciso Agüero y D. Manuel Pérez.*

DISCURSO PRELIMINAR, original del *Sr. D. Carlos Ma. del Castillo.*

PRIMERA PARTE

EL SANTUARIO

El sepulcro del Capitán Cristiano, redondillas y cuarteeos originales del Sr. D. Vicente Martínez de Carmona, declamados por el Sr. D. Jacinto Malbrán.

Una historia de amor, romance en castellano antiguo, original del Sr. D. Carlos Ma. del Castillo, declamado por el mismo.

El esclavo Manuel, oda latina, original del Sr. D. Vicente Martínez de Carmona, declamada por D. Julio Lahitte.

El nuevo Templo, oda inglesa, original del Sr. D. Santiago Klappembach, declamada por D. Alberto Rocha.

A la Villa de Luján, canción original del Sr. D. Nicanor M. de Elía, declamada por el mismo.

La Virgen de Luján gloria del argentino, silva original del Sr. D. Benito Acevedo Ramos, declamada por el mismo.

El Santuario, diálogo original del Sr. D. Carlos Ma. del Castillo, declamado por los Sres. D. Ceferino Araujo y D. Juan José Paso.

El Triunfo, cantata, música de D. Juan B. Bugni, profesor del establecimiento, cantada por los alumnos del Colegio.

SEGUNDA PARTE

EL PATROCINIO

La Alborada del 8 de Diciembre, octavas reales originales del Sr. D. Hugo Martín Soto, declamadas por el mismo.

El Gaucho Argentino, romance original del Sr. D. Vicente Martínez de Carmona, declamado por D. Narciso Agüero.

El ruego de una Madre, octavillas originales del Sr. D. Fernando Pérez, declamadas por D. Leopoldo Pérez.

Súplica infantil, heptasílabos originales de D. Nicanor M. de Elía, declamados por el mismo.

La esperanza del Soldado, cuartetos originales del Sr. D. Nicanor Arévalo, declamados por D. Carlos María Reyna.

El Cautivo, polímetro original del Sr. D. Carlos María del Castillo, declamado por el mismo.

La Plegaria, himno, letra de D. Carlos María del Castillo, música de D. Juan B. Bugni.

Los alumnos más premiados fueron en orden descendiente: Santiago Hechart, Vicente Martínez, Manuel Pérez, Santiago Klappembach, Ricardo Berdier, Fernando García y Ceferino Araujo.

El acto se clausuró con el elocuente discurso del insigne publicista y orador de nota, don Santiago Estrada, hermano del gran tribuno José Manuel Estrada. No tenía aquél la fibra y el nervio literario de éste, pero uno y otro se hallan entre los grandes defensores de los intereses católicos en la Argentina y se hallan también entre los grandes amigos y bienhechores del Colegio del Salvador. Todo el discurso [543] que en esta oportunidad pronunció don Santiago Estrada se refirió a la Compañía de Jesús, y de él hemos de extractar una de sus postreras páginas. Recuerda al principiar su discurso que abundan aún quienes creen que los Jesuítas son abominables engendros del infierno y lo temen más que al cólera, y

"En presencia de este rudo combate, de esta lucha interminable, conviene preguntar: ¿ha degnerado la Compañía de Jesús, separándose de las doctrinas de su fundador? ¿Ya no es humilde, laboriosa, caritativa? ¿Ha perdido el bien de la gracia, que iluminaba los caminos de Ignacio de Loyola y de Francisco de Borja? ¿La ha abandonado aquella fe ejemplar, que conducía a la India a Francisco Javier, el misionero que convertía cien reinos y libraba de la culpa original a cien mil almas, que lo declaraban y confesaban santo y apóstol? ¿Ha desatendido el estudio de las lenguas, de las ciencias, de las artes, de las letras, difundidas por ella en .todas partes? ¿Niega sus favores a la sociedad, empobreciendo para ello a los mismos individuos que la componen? ¿Ha trocado el jesuíta su fatigosa vida en la muelle del sibarita opulento? ¿Ha enarbolado, por fin, alguna bandera de mortífera sombra?

"No señores: el jesuíta no ha degenerado; el de hoy, es el de ayer, es el jesuíta de todos los tiempos. El secreto de su prestigio y de su fuerza, reside en su fidelidad a la Iglesia, y en la estricta observancia de las austeras constituciones de su Orden. ¡La Compañía de Jesús no ha desmentido todavía su caballeroso origen: por el contrario, ella lo atestigua con su valor en el combate, con su constancia en los propósitos, y hasta con la serenidad olímpica con que recibe los golpes de sus contrarios... hasta con la cristiana nobleza con que tiende la diestra a sus crueles detractores!

"Pero, entonces, me preguntaréis, ¿por qué se la combate impiadosamente, después de negar a sus hijos el agua y el fuego? ¿Cómo puede llamarse santa a una institución escarnecida, primero por China la idólatra, después por el Portugal cristianísimo, y más tarde por España, fidelísima siempre a la religión que profesamos?

"Me dirijo a personas de fe, a creyentes que acatan el Evangelio, y por ello, como primera y fundamental razón, opondré a vuestra duda la palabra de Jesucristo, consignada por San Juan, y como comprobante de ella tres hechos de magnitud considerable.

"Jesús dijo a sus discípulos: "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, por eso el mundo os aborerce. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: "no es el siervo mayor que su Señor: si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán".

El elocuente orador pronunció estas postreras cláusulas en medio de estrepitosos aplausos:

"Hemos leido la historia, el romance y la fábula que encierran el proceso y la condenación de al Compañía de Jesús; hemos leído los libros opuestos a esa historia, a ese romance y a esa fábula, y nuestro estudio ha terminado por enviar al colegio de los jesuítas nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros parientes.

"Los directores de esta casa, hanse congregado al amparo de la Constitución, que garantiza a todos la libertad de asociación; y nosotros, amparados también por la libertad de enseñanza concedida por la Carta, no pedimos ni deseamos otra cosa, sino que se nos conserve el derecho de educar la familia, como mejor cuadre a nuestros católicos sentimientos. Miembros de la iglesia universal, profesamos la religión dominante en la República, pero no pretendemos disfrutar de otras franquicias que las concedidas a las sectas disidentes. Si la ley impera, si la autoridad la guarda, vivamos sin zozobra, porque ni el sentimiento extraviado, ni la ira irreflexiva, volverán a amalgamarse para demoler la escuela cristiana. La tea del incendiario no alumbra los caminos del progreso: obscurece el ambiente y tizna la frente de los que la agitan.

"La atmósfera que aquí nos envuelve; el místico y elocuente silencio de los claustros, contrastando con el rumor confuso del enjambre que en el aula liba la miel de la buena doctrina; la comunicativa alegría que irradia el rostro de los niños; la íntima complacencia que expresa la fisonomía de sus padres; el perfume de las flores y de las yerbas que adornan este palenque literario; la música y los cánticos, ejercen sobre mi espíritu una infuencia dulcísima, pero al mismo tiempo profundamente melancólica. La perdida inocencia y la juventud desvanecida, evocadas por este espectáculo, se me acercan y oblíganme a comparar mi suerte, con la suerte que aguarda a los niños que nos rodean, y a quienes es permitido educarse como cristianos, y formarse como ciudadanos a la sombra de estas bóvedas, heridas por el rayo, pero iluminadas también por la luz de la virtud y la ciencia.

"Sin embargo, señores, voy a bajar de esta tribuna llevando a mi cristiano hogar una satisfacción personal. Ella no es, por cierto, la de haber manifestado sin reticencias mi manera de pensar sobre la Compañía de Jesús, en un país que blasona de libre, sino la de encontrarme dueño del ánimo necesario para usar de esa libertad, ponerme frente a frente de las preocupaciones, y de declarar sin embozo que la Congregación de San Ignacio, ha sido víctima de injustas persecuciones, porque ha encarnado y encarna la fuerza moral de la Iglesia Católica".

El curso escolar de 1877 se abrió con 92 alumnos pupilos, 114 medio pulilos y 58 externos. "Muchísimas más han sido las peticiones, leemos en la Carta Anua de ese año, pero no han podido recibirse más alumnos de ninguna de las tres clases por falta de local", y agregaba que "con el número de los alumnos algo también ha aumentado en algunos la afición al estudio, notándose además en general mayor devoción y recogimiento, sobre todo desde que tienen las pláticas y misa en la Iglesia".

Cuando en el decurso de este año, iba a emprender viaje a la Ciudad Eterna Mons. Aneiros, un grupo de los alumnos mayores,

acompañados del Padre Rector, José Reverter, y del Padre Salvador Barber, puso en sus manos para que lo entregara al Santo Padre un artístico cuadro hecho a pluma por el profesor de caligrafía del Colegio, con cuatro vistas fotográficas del mismo después del incendio, y el retrato de Su Santidad, tan perfecto que parecía una fotografía. Entre un bonito follaje se dejaba ver la inscripción y la dedicatoria del cuadro. Se supo después que Pío IX había recibido con paternal complacencia el obsequio e impartido a profesores y alumnos su apostólica bendición. Pocos meses, con anterioridad al Sr. Arzobispo, había estado con el Papa el arquitecto de la Iglesia y había recibido el doble obsequio, a que nos hemos referido al ocuparnos de la construcción de la misma.

El curso de 1877 se cerró con una velada dedicada a Cristóbal Colón, y con la Distribución de Premios. Después de un discurso preliminar que pronunció el alumno Carlos M. Reyna, se desarrollaron las dos partes del programa:

PRIMERA PARTE

C O L O N

Inspiración, oda original del Sr. D. Juan José Paso, declamada por el mismo.

Desaliento y Constancia, décimas originales del Sr. D. Carlos M. del Castillo, declamadas por el mismo.

El corazón real, romance en castellano antiguo, original del Sr. D. Luis M. Boerr, declamado por el mismo.

La Carabela, octavas reales, oirginales del Sr. D. Fernando Fernández, declamadas por D. Francisco Rumbado.

La despedida del marino, redondillas menores ,originales del Sr. D. Luis M. Boerr, declamada por D. Marcos Avellaneda.

La aparición, dodecasílabos, originales del Sr. D. José Gabriel Rivas, declamadas por el mismo.

Grandeza de Colón, diálogo original del Sr. D. Juan José Paso, recitado por el mismo y por D. Claudio Bence.

La esperanza, cantata, música del Profesor del establecimiento D. Juan B. Bugni, cantada por los alumnos del Colegio.

SEGUNDA PARTE

A M E R I C A

El primer anuncio, cuartetas originales del Sr. D. Federico Bence, declamadas por D. Alberto Rocha.

El nuevo mundo, romance heroico, original del Sr. D. Vicente Martínez, declamado por D. Luis B. Molina.

El salvaje de la Pampa, composición en idioma guaraní, original del Sr. D. Carlos M. Reyna, declamada por el mismo.

Las glorias de América, octavillas originales del Sr. D. Ceferino M. Araujo, declamadas por D. Enrique B. Ochoa.

La fidelidad, cuartetos originales del Sr. D. Ceferino M. Araujo, declamados por el mismo.

Misión divina de Colón, diálogo original del Sr. D. Carlos M. Reyna, recitado por el mismo y por D. Carlos M. del Castillo.

Obsequio, polímetro dedicado al Ilmo, Sr. Obispo de Popayán, en Colombia, por el Sr. D. Ceferino M. Araujo.

El Galardón, himno final, letra del Sr. D. Claudio Bence, música de D. Juan B. Bugni.

Si hemos de juzgar por los numerosos premios que se llevaron, hemos de considerar como a los mejores estudiantes del año a Carlos M. Reyna, Vicente Martínez, Santiago Hechart, Santiago Klappembach, Luis Molina y Adolfo Salas.

4. En 1878 el número de alumnos fué de 281, de los que 111 eran pupilos, y en 1879 la cifra total ascendió a 377. En 1880 se superó esa cifra, ya que llegaron a 402, de los que 170 eran pupilos y 170 medio-pupilos, siendo externos los restantes. En 1881 el alumnado llegó a 430, de los que 200 eran pupilos, 171 medio-pupilos y 56 externos. Se procuró en los años siguientes no pasar de esas cifras, antes reducirlas en cuanto fuera posible.

Había para obrar así varias razones: la falta material del local necesario, la falta de personal y la conveniencia de mirar más por la calidad que por la cantidad. Se imponía una razonable selección al iniciarse el curso y se debía despedir del Colegio a todo aquel que moral o intelectualmente pudiera comprometer su prestigio. Las Anuas de 1882 no nos dan el número exacto después de informarnos que pasaban de 400, pero agrega que fueron muchísimos los que se despidieron de entre los que habían estado en el Colegio, en el curso anterior, y que habían sido también muchísimos los que pretendieron ingresar y no se les admitió por justos motivos.

El curso de 1878 terminó con la Distribución de Premios, a la que precedió una corona poética "A Pío IX". Su primera parte, "La lucha", comprendía:

La paloma, lira, por el Sr. D. Nicanor Comas. declamada por él mismo.

Tinieblas, romance, por el Sr. D. Enrique Carbone, declamada por D. Alberto Rocha.

El peregrino, cuartetos, por el Sr. D. Luis Kappenbach, declamados por él mismo.

Desolación, elegía, por el Sr. D. Carlos Estrada, declamada por él mismo.

La palma del mártir, estrofas de arte mayor en castellano antiguo, por el Sr. D. Santiago Hechart, declamadas por él mismo.

El rey de Roma, diálogo, por el Sr. Santiago Hechart, recitado por los Sres. D. Félix Carranza y D. José M. Picado.

Tristeza y júbilo, himno, cantado por los alumnos del Colegio.

La segunda parte de esta Corona Poética se denominaba "El triunfo" y constaba de los números siguientes:

El árbol florido, Canción, por el Sr. D. Vicente Martínez, declamada por D. Luis Molina.

Belleza sin mancha, redondillas, por el Sr. D. Juan Antonio Fernández, declamadas por él mismo.

Ecos de gloria, prosa castellana, por el Sr. D. Joaquín R. Amoedo, declamada por D. Carlos Díaz.

La voz del Papa, oda, por el Sr. D. Juan José Passo, declamada por él mismo.

Corona de amor, octavillas, por el Sr. D. Ceferino M. Araujo, declamada por él mismo.

Orbis in Urbe, polímetro, por el Sr. Mariano M. Querencio, declamado por D. Gabriel Martínez.

Lumen in coelo, diálogo, por el Sr. D. Carlos Díaz Velez, recitado por él mismo y D. Nicolás Anchorena.

La exaltación, cantata, letra del Sr. D. José M. Picado, música de D. Juan B. Bugni, cantada por los alumnos del Colegio.

Abrió el acto el señor Luis María Boer con un discurso sobre el pontificado y sus grandezas.

Entre los alumnos más agraciados en la premiación hallamos a los jóvenes Vicente M. de Carmona y Luis M. Boerr, Juan J. Passo y Santiago Hechart, Alberto Rocha y José Semprun, Carlos Díaz y Ramón González, Hermenegildo de la Riestra y Mariano Mansilla. Mariano Bosch mereció el premio en música y Enrique Ghiraldo el de piano.

El curso de 1879 terminó con una Corona Poética dedicada a la ciudad de Buenos Aires y fué seguida de la consabida Distribución de premios. Abrióse el acto con una prelusión por el señor Luis B. Molina y, como en los actos de años anteriores, hubo dos partes: la fundación de Buenos Aires y la independencia de Buenos Aires. He aquí los títulos y los declamadores que integraron ambas partes de la Corona Poética:

PRIMERA PARTE

LA FUNDACION

A Buenos Aires, oda, compuesta por el Sr. D. Narciso Agüero, y declamada por D. Adolfo Salas.

El indígena, cuartetos, compuestos por el Sr. D. Cesáreo Urquiola, y declamados por él mismo.

La sombra, octavas reales, compuestas por el Sr. D. Luis B. Molina, y declamadas por él mismo.

El primer hogar, alejandrinos franceses, compuestos por el Sr. D. Emilio Fernández, y declamados por él mismo.

El río de sangre, octavillas, compuestas por el Sr. D. Manuel Saubidet, y declamadas por D. Augusto Tiscornia.

D. Juan de Garay, diálogo, compuesto por el Sr. D. Alberto Rocha, y recitado por él mismo, y D. Mariano G. Bosch.

Aspiración, himno, música del Sr. D. Lorenzo Segret, profesor del Establecimiento, y cantado por los alumnos.

SEGUNDA PARTE

LA INDEPENDENCIA

El nuevo Sol, oda, compuesta por el Sr. D. Mariano G. Bosch, y declamada por D. Carlos Díaz Vélez.

El pendón de Mayo, canción, compuesta por el Sr. D. José A. Estévez, y declamada por él mismo.

La Federación, cuartetas, compuestas por el Sr. D. Claudio Seguí y declamadas por él mismo.

La Dictadura, composición inglesa, por el Sr. D. Luis G. Klappenbach, declamada por él mismo.

La Paz, oda, compuesta por el Sr. D. Enrique Klappenbach, y declamada por D. Juan José Montes de Oca.

La industria del Plata, silva, compuesta por el Sr. D. Alberto Rocha, y declamada por él mismo.

Esperanzas, polímetro, compuesto por el Sr. D. Antonio Azpeitia, y declamado por D. Gabriel Martínez.

La voz de la Patria, cantata, letra del Sr. D. Cesáreo Urquiola, música de D. Lorenzo Segret.

Luis Boerr y Juan José Paso en Sexto año; Santiago Hechart y Carlos Estrada en Quinto año; Alberto Rocha y Cesáreo Urquiola en Cuarto año; José Semprun y Carlos Martínez en Tercer año; Carlos Salinas y Carlos Díaz en Segundo año, y José Daza y Federico Martínez de Hoz en Primer año, fueron los alumnos más aplaudidos en la distribución de premios por los triunfos del año escolar.

"Los Mártires" fué el tema de la Corona Poética de 1880, y sus dos partes fueron:

LA LUCHA

Prelusión, por el Sr. D. Miguel Perea.

La familia cristiana, cuartetos, originales del Sr. D. Ricardo Berdier, declamados por él mismo.

Las catacumbas, descripción, original del Sr. D. Carlos Díaz Vélez, declamada por él mismo.

Justo y Pastor, diálogo, original del Sr. D. Bartolomé Gaviña, recitado por los Sres. D. Alejandro Paz y D. Ernesto Simpson.

Las cárceles, composición francesa, por el Sr. D. Lázaro Elortondo, declamada por él mismo.

El anfiteatro, cuartetos, originales del Sr. D. Patricio Martínez, declamados por el Sr. D. Enrique Castilla.

El mártir, ensayo dramático, original del Sr. D. Ricardo Berdier, recitado por los Sres. D. Nicolás Anchorena, D. Adolfo Salas y D. José Semprun.

El llanto, elegía, letra del Sr. D. Félix N. Olmos, música del Sr. D. Lorenzo Segret, profesor del Establecimiento, y cantada por los alumnos.

EL TRIUNFO

Non praevalebunt, polímetro, original del Sr. D. Francisco Rumbado.

Constantino, octavas reales, originales del Sr. D. Pablo Palacios, declamadas por D. Alberto Barrenechea.

La paz, composición inglesa, original del Sr. D. José Semprun, declamada por D. Luis Mª Alfaro.

La barquilla del pescador, polímetro, original del Sr. D. Luis Molina, declamado por él mismo.

El Vaticano, oda, original del Sr. D. Julio Lahitte, declamada por D. Mario Argerich.

La Cruz triunfante, canción, original del Sr. D. Miguel Perea, declamada por D. Gabriel Martínez.

El laurel, himno, letra del Sr. D. Félex N. Olmos, música del Sr. D. Lorenzo Segret.

El primer alumno en la lista de los pupilos que por su conducta y aplicación constante obtuvieron la medalla de distinción, es Joaquín Amoedo y a continuación se leen los nombres de Miguel Gigy, Julio Lahitte, Luis Peluffo, Miguel Perea, Nicolás Anchorena y Julián García, jóvenes entonces y que, con el correr de los años, llenaron plenamente sus vidas, ante Dios y los hombres. Entre los alumnos de la Segunda División, también de pupilos, hallamos al que con el tiempo habría de ser el gran médico Juan Angel Fa-

riní. Santiago Hechart y Carlos Díaz Vélez, Carlos Estrada y Enrique Carbone, Alberto Rocha y Luis Molina, Carlos Dose y Adolfo Salas, José Semprum y Miguel Perea, Ramón González y Carlos Díaz, Angel Ballestero y Justo Carballeda, Luis Peluffo y Diego Ramos, José Aromí y Vicente García Videla, Esteban Rodríguez, Bartolomé Gariña y Juan Kavanagh, Luis M. Alfaro y Luciano Tiscornia fueron los alumnos más premiados en los cursos del bachillerato. Mariano Bosch mereció el premio de piano, Benjamín del Castillo el de flauta, Narciso Agüero el de violín.

El curso de 1881 se clausuró con un "Diálogo Alegórico" intitulado "La Paz" en el que intervinieron algunos de los Alumnos de la Clase de Literatura. Juan Carlos Recalde hizo el papel de Angel de la Paz, Eduardo Bullrich el de Angel de la Religión, Alberto Barrenechea el de Genio de las Ciencias, Mario Argerich personificó al Genio de las Artes, José Ignacio Niño y Gámez al Genio de la Agricultura, Ernesto Simpson al de la Industria y Cecilio Ayarragaray al del Comercio.

ARGUMENTO

Oyese el coro de los Genios que invocan la Paz:

Augusta Paz, que en el empíreo cielo
Te meces cual un iris de bonanza,
Ven, que el hombre te aclama acá en el suelo
Hermoso luminar de su esperanza.
Ven, célica beldad, y enjuga el llanto
Del mísero mortal que ansioso gime;
Muestra tu faz y cesará el quebranto
Que su angustiado corazón oprime.

La Paz acude a las voces del canto; se admira de que se la llame en un país, de donde había sido desterrada hace tanto tiempo: se compadece ante los estragos que le ha causado la discordia; por fin exclama:

Mas, ¿dónde están los ecos que en mi oído
Cual célico concento resonaron,
Y hasta el excelso trono me elevaron
Entre mil ayes su filial gemido?

Los Genios se van presentando: cada uno describe los males que sufre desde que se ausentó la Paz, y las esperanzas en su grandioso porvenir que depende de la Paz, la cual invocan de nuevo.

La Paz escucha el coro embelesada, se adelanta y se dirige a los Genios, manifestándoles su gozo al verse por fin llamada del destierro; ofrece sus favores, sus riquezas, su influencia, sus delicias.

Aquí se oye el canto de una voz que la interrumpe:

Débil mortal, que tras la lid sangrienta
Anhelas de tus penas el solaz;
Si mi soplo divino no te alienta,
Será tu gozo una mentida paz.

A esta voz la Paz queda absorta: mira con reflexión a los Genios y echa de menos entre ellos a los de la Virtud y de la Justicia: sin ellos confiésase impotente para hacer la felicidad de la República y exclama:

Id, corred, buscad ansiosos,
Seguid la estela divina,
Que de su paso en pos dejan
La Virtud y la Justicia.

Al ir los Genios a cumplir el mandato de la Paz, se deja oir de nuevo el canto, que los suspende:

En vano del un polo al otro polo
Ansioso vuestro afán recorrerá:
La Virtud y Justicia en mí tan solo
De amor bajo mi manto se hallará.

En sus ansias los Genios establecen un diálogo con la voz oculta, preguntándole quién es; ella vá respondiendo:

(A la AGRICULTURA): Soy la abundancia.
(Al COMERCIO): Soy la riqueza.
(A la INDUSTRIA): Soy el valor.
(Al ARTE): Soy la belleza.
(A la CIENCIA): La soberbia eres sin mí.

Ansiosa también LA PAZ *pregunta:*

Suene, voz, tu dulce acento,
¿Quién eres?

LA VOZ Soy la Verdad
LA VOZ La Justicia y la Virtud
¿Dó se esconde?
LA VOZ En mi bondad.

Aquí LA PAZ *entusiasmada canta:*

¿Qué ardiente llama
Siento en mi pecho
Que un volcán hecho
Me lleva a ti?

Dí voz ¿quén eres?
¿Qué nuevo aliento
Me dá tu acento
Des que te oí?

Y responde LA VOZ:

Soy el angel de ventura
Que Dios a la tierra envía
Cuando sus penas confía
Al cielo el triste mortal.

Soy quien ora ante el Eterno
Por el mísero que gime,
Cuando el triste pecho oprime
De congojas el raudal.

LA PAZ (*reconociendo la voz*):

¡Ah! eres mi Madre,
Eres mi anhelo,
Eres del cielo
La Religión.

Ven, voz divina,
Madre del alma,
Que das la calma
Al corazón.

LA VOZ: Sí, yo soy tu madre amada,
Soy del hombre acá en el suelo
Yo soy tu ferviente anhelo,
La divina Religión.
Si el mortal hasta mi trono
De su fe en alas se lanza
Por mí a conseguir alcanza
El eterno galardón.

Y continúan ambos en duo:

LA RELIGIÓN

Cuando en delirante anhelo
Triste el mortal desfallece,
Soy el iris que en el cielo
Sobre su frente se mece.
Ven a mí, que soy el faro
De paz y dulce ventura;
Yo soy quien gloria te augura,
Yo soy tu sostén y amparo.

LA PAZ

Cuando en delirante anhelo
Tu alma, mortal desfallece,
Ese angel en el cielo
Sobre ti sus alas mece.
Corre a su luz, que es el faro
De paz y dulce ventura;
Es quien la gloria te augura,
Es tu sostén y tu amparo.

Los Genios cada vez más ansiosos invocan la Religión, atraídos por la dulzura de su canto; a cuyas súplicas la Religión se presenta por fin en escena, declarando a los Genios que el cielo ha oído sus plegarias; que Aquel que derramó sus tesoros en las vírgenes selvas, en las pampas y montañas de la República, le dirige hoy su mirada de piedad eterna, concluyendo:

La Paz ansías, y benigno el cielo
Una mirada te lanzó de amor.
Mas, augusta la Paz siempre camina
De la Justicia y la Virtud en pos:
Y la Virtud y Justicia tienen
En mi seno su célica mansión.

Y luego les pregunta:

¿Un trono me erigís en vuestro pecho?
¿Ha de cubriros mi materno amor?

Los Genios le contestan afirmativamente, confesando la necesidad de su presencia y de la Virtud. La Paz aboga por ellos, insta a la Religión a permanecer en el hermoso suelo de la República, y en un rápido diálogo entre la religión y los Genios, éstos le protestan eterna fidelidad, manifestándole al mismo tiempo los motivos en que fundan su grandioso porvenir.

La Religión promete darle la Paz que tanto ansían. Gozosa la Paz concluye, acompañada de los Genios, con el coro:

Jamás olvides, hermoso Plata,
que eres de atletas generación.
Las huellas sigue de sus pasados,
Que fué su enseña la Religión.

Entonces augusta la Paz risueña
Con su diadema te ceñirá;
Y tu renombre veloz la fama
Por la ancha esfera difundirá.

La mayoría de los alumnos premiados en 1881 lo habían sido en 1880, con excepción de Nicanor Comas, Lázaro Elortondo, Enrique, Castilla, Ramón González, Angel Ballesteros, Horacio Calderón, Manuel Carranza, Alberto Frías, Adolfo Bruno, Peregrino Casas, Enrique Prack, Elías Kelly, Esteban Caride, y Daniel Cranwell. Julián Basabe y Enrique Santamarina fueron los mejores flautistas, y Juan Viacava y Miguel Perea los mejores pianistas.

En la distribución de premios de 1882 se representó el drama "José Reconocido", traducción y adaptación que hizo el Padre Jordán de una de las óperas de Metastasio, haciendo el papel de José el alumno Juan Carlos Recalde, el de Benjamín el señor Carlos Marenco, el de Judas, el señor Arturo Medina, el de Simeón, el señor Ernesto Simpson, el de Sacerdote de Heliópolis y suegro de José el señor Cecilio Ayarragaray y el de Melchías, confidente de José, el señor Arturo Llames.

No vamos a recordar el argumento de este drama, por ser ya bien conocido, pero vamos a consignar algunas estrofas del mismo. Cuando José, ansioso de saber la suerte de su anciano padre, eleva a ese fin sus ojos al cielo, oye los ecos de la plegaria de sus hermanos:

Aplaca ¡oh Dios! tus iras, y míranos clemente,
En tu furor no vibres el rayo vengador;
De un desvalido anciano, que inclina a ti su frente,
El llanto acerbo mira y apiádate, Señor.

Tal vez será el Egipto sepulcro do sucumba
La última esperanza que en Benjamín cifró;
Si no guías sus pasos, descenderá a la tumba
Quien a José perdido ha tiempo que lloró.

El ansia de José no se calma con estos acentos, y prorrumpe en el canto:

Viví dichoso un tiempo; un Padre anciano
Con su paterno amor me acariciaba,
Mas ese amor que un tiempo disfrutaba
Acaso ya jamás volver podrá.

Tiernos suspiros de mi pecho brotan,
De mi mente una idea aparto en vano:
¿Vive acaso Jacob mi padre anciano,
O al sombrío sepulcro bajó ya?

José al pensar que ha de verse con Simeón aprisionado, canta en medio de su pena:

Cuando el mortal, en el dolor sumido,
Otro pecho contempla que afanoso
También suspira en su dolor ansioso,
Y vé su rostro lágrimas surcar;

Llanto derraman nuestros tristes ojos,
Que amor tal vez la semejanza enciende,
O porque acaso el propio mal se aprende
El ajeno dolor al contemplar.

Cuando José exige que Benjamín se quede en Egipto, mientras sus hermanos regresan a la casa paterna, el poeta pone en labios del niño estos versos:

Si amor el pecho siente
Por un sencillo hermano,
¡Ah! la paterna mano
Corred por mí a besar. . .

Decid que su hijo vive
Mas ocultad mi suerte,
Si no queréis la muerte
A un triste anciano dar. . .

Entre los alumnos más premiados en 1882 encontramos a no pocos de los años anteriores, como Adolfo Salas y Lázaro Elortondo, Ramón González y Luis Peluffo, José Frías y Manuel Carranza, y hallamos apellidos nuevos como Joaquín Llambías y Juan Passicot, Arturo Coll y José Arenazza, Juan de Dios Carranza y Raimundo Bourdieu, Pedro Caride y Matías Cardoso, Joaquín Vedoya y Cosme Llames, Eduardo Bruno y Mariano Rams, Enrique Berisso y José F. Sojo, Eduardo Gallo y Alfredo Zuviría, Angel Araujo y Manuel Suárez.

El curso de 1883 se clausuró con una Corona Poética dedicada "A Bolívar", y sus dos partes eran: "La espada del Liber-

tador" y "El corazón del Libertador". Cuatro números constituían la primera parte:

LA INSPIRACION. — Cuartetos del señor *D. Juan A. Farini*, declamados por el mismo.

EL ORINOCO. — Silva compuesta por el señor *D. Alfredo Zuviría*, declamada por *D. José Ignacio Niño y Gómez.*

CARABOBO. — Decasílabos originales del señor *D. Enrique Zapata*, declamados por el mismo.

JUNIN Y AYACUCHO. — Octavas reales compuestas por el señor *D. Luis Peluffo*, declamadas por *D. Joaquín Cazón.*

La segunda parte estaba constituída por los cinco números siguientes:

LOS DOS HEROES. — Diálogo compuesto por el señor *D. Juan Vernazza*, recitado por los señores *D. Arturo Llames* y *D. Ricardo Corradi.*

EL GENIO DE LA GUERRA. — Alcáica latina compuesta por el señor *D. Vicente García Videla*, declamada por el mismo.

SANTA MARTA. — Polímetro original del señor *D. Justo Carballeda Bazín*, declamada por *D. Alcides Carballeda Bazín.*

GLORIAS OSTUMAS. — Canción original del señor *D. Benigno B. Villanueva*, declamada por *D. Arturo Medina.*

EL TRIUNFO. — Himno original del señor *D. José A. Frías*, puesto en música por el señor *D. Lorenzo Segret*, profesor del Establecimiento.

En 1884 sabemos que los alumnos eran 350, de los que 180 eran pupilos y 150 medio-pupilos, y en 1886 la cifra era de 393, siendo 190 los pupilos o pensionistas. Esta alta cifra de pupilos raras veces ha sido superada en los tiempos posteriores, antes se ha tendido a reducirla, por haber el Colegio dejado su aislamiento primitivo, y perdido su carácter de internado en las afueras de la ciudad, hasta verse rodeado de edificios y casas en forma tal que ha ido adoptando cada vez más la índole de semi-internado. Reconozcamos de pasada que este carácter está más en consonancia con la naturaleza de toda educación integral, ya que el internado jamás podrá reemplazar al hogar.

La distribución de premios de 1884 debió, sin duda, de ir precedido de algún acto literario, pero no poseemos noticia alguna referente al mismo. A la de 1885 precedió una corona poética sobre "La Caridad Cristiana" en la que tomaron parte los alumnos Néstor Piazrro, Daniel Cranwell, Ricardo Corradi, Juan Angel Fariní, Pedro Caride, Pedro Palenque, Manuel Gascón y Pascual

Echagüe y a la distribución de premios precedió un drama "San Estanislao Perseguido", drama compuesto en la clase de Retórica y recitado por los alumnos de la misma. El alumno Joaquín Vedoya representó a San Estanislao, Pedro Palenque tomó el papel de Pablo, hermano de Estanislao, Aurelio Bassi hizo de Bilinski, ayo de ambos, Carlos Ballesteros personificó a Augusto, huésped luterano y Jaime Reinal a Servio, doméstico o mucamo de la casa.

Aunque al final del curso había un derroche de música y de poesía, y aun en el transcurso del mismo eran frecuentes los actos literarios, no faltaron a los profesores del Salvador sus amarguras y preocupaciones durante este período de años que historiamos.

5. El año 1880 se inició con negros presagios de índole antirreligiosa y de carácter político. Se acercaba el 20 de mayo, aniversario de la muerte de Rivadavia, a quien los liberales y los sectarios de las Logias consideraban como el antípoda del jesuítismo, y creían que no había mejor manera de homenajear a aquel prócer que vilipendiando a los Jesuítas. Recuérdese cómo en el asalto al Colegio, cinco años antes, aquellos hombres, pobres de espíritu y desconocedores de la realidad histórica, llevaban el retrato de Rivadavia en uno de los estandartes, queriendo simbolizar en él y justificar a su sombra, los desmanes que iban a cometer. Ignorantes de la verdad profunda de lo que significó la reforma eclesiástica de 1820 y desconocedores de que Rivadavia había puesto sus dos hijos en el colegio que en Sevilla tenían los Jesuítas, de quienes era buen amigo, querían en 1880 valerse del centenario de aquel mandatario para cometer nuevos desmanes contra el Salvador.

Cundieron las amenazas, se pronosticaba una repetición sangrienta de los hechos de 1875, cuyas víctimas serían los odiados jesuítas; pero aquella tremenda lección de aquel año había dejado en el corazón de todos los buenos huellas demasiado profundas para que el corto espacio de cinco años llegara a borrarlas; volaron al auxilio del Colegio y permanecieron en él, decididos a defenderlo, don Félix Frías, el doctor Emilio Lamarca, el doctor Pedro Goyena, don Santiago Estrada y don José Manuel Estrada. Como capellán de aquel pequeño, pero selectísimo puñado, de valientes, estaba el Canónigo José Gabriel García Zúñiga.

6. Apenas repuestos de ese sobresalto, un nuevo incidente

vino a turbar en el curso de 1880 a los Padres del Colegio, no menos que a los alumnos. Estalló la guerra civil entre la provincia de Buenos Aires y las demás provincias: como es sabido, fueron dos los candidatos que se disputaban la futura presidencia cuando estaba próximo a expirar el período del doctor Avellaneda. Uno era el doctor Carlos Tejedor que tenía grande popularidad en la provincia de Buenos Aires; el otro era el General Julio A. Roca, que había sido ministro de la Guerra y había batido victoriosamente a los indios. Por otra parte, el Gobierno nacional apoyaba su candidatura. Una vez más se hizo inevitable un choque entre el localismo provincial y las autoridades de la nación. Tejedor se levantó efectivamente contra estos en junio de aquel año y se libraron los combates de Barracas, Puente Alsina y Corrales, sin contar otros de menor importancia. Tejedor renunció a su cargo de gobernador de Buenos Aires, y el Congreso a 20 de septiembre de ese mismo año dictó la ley que federalizaba el territorio del municipio de Buenos Aires, eliminando así el origen de esa y de anteriores luchas entre las autoridades de Buenos Aires y las de la Nación.

Vamos a transcribir lo que hallamos en el *Diario del Colegio* referente a lo que hizo el Salvador a favor de los heridos [544]:

> El día 21 de Junio de ese año, estando los Padres almorzando se pidió al Padre Rector el envío de algunos de ellos para asistir a los heridos y fueron al efecto los Padres Auweiler, Aguilar y Villarrubias. "Entretanto, así lo leemos en el Diario del Colegio, varios militares nos pidieron el anteojo para mirar el campamento enemigo desde lo alto de la iglesia. El combate comenzó al amanecer y a las 12 todavía seguían los cañonazos. Monseñor [Luis Matera, Delegado Apostólico, que se hallaba ese día en el Colegio] se retiró a la 1, hora en que el Padre Martorell había salido para avistarse con la comisión central de la Cruz Roja, para comunicarle que estábamos pronto para recibir heridos en el Colegio como se había ya ofrecido. Aceptaron la oferta e inmediatamente se enarboló la bandera de la Cruz Roja y se aprestaron 14 camas en el salón de actos.
>
> "Martes 22 de Junio: Hoy a eso de los 8 vino al Colegio el Inspector general de la Cruz Roja, con varios miembros de la misma entre los cuales el Dr. Silveira y algunos practicantes y asistentes; estos últimos comienzan a ordenar las medicinas, pilas, vendas, etc., que trajeron consigo; quedándose para asistir a los heridos de esta ambulancia, cuyos médicos son el Dr. Del Castillo, Dr. Solveira y Dr. Iturrios. Los Sres. D. José Manuel y D. Santiago Estrada se constituyen de parte de la comisión directiva y asistentes de esta ambulancia; asimismo varias señoras ofrecen y prestan sus servicios de esta ambulancia, contándose entre las colaboradoras primitivas

y más constantes Doña Carmen Guerra, Francisca del Castillo y la esposa del Sr. González.

"Por la tarde acamparon gran número de lanceros en nuestra calle, a quienes se les socorrió con el pan y caldo que había quedado, y al anochecer trajeron 17 heridos, entre ellos al capitán de la Policía, D. Juan Rodríguez, a quien se colocó aparte así por deferencia como por estar más grave. Inmediatamente se procedió a la curación y a la asistencia de los heridos. Esta noche muy tarde se retiró Don José M. Estrada, quedando en vela toda la noche, D. Santiago, un Padre, un sirviente y los practicantes y auxiliares. A media noche trajeron un herido perteneciente al personal del Parque de Artillería. Se le curó y asistió inmediatamente. A los Lanceros acampados en la calle por estar lloviendo se les dejó abierto el zaguán del Colegio para que se cobijaran los que cupiesen y también se les puso esteras para proporcionar a los pobres algo de comodidad.

"Miércoles 23. Sigue el servicio y asistencia de los heridos como ayer. La gente de toda clase traen continuamente ropa, hilos, vendas, medicinas, etc. para esta ambulancia. Dos de los Lanceros se declaran enfermos y se les recibe en la ambulancia; a los demás se les repartió ropa y pan con abundancia por la noche.

"Jueves 27. Hoy conducen cuatro heridos de otra ambulancia, y se nos avisó que van a traer 16 más, para los cuales se preparan camas. Las Señoras de la Asociación de San José nos traen 75 camas completas. Se van los Lanceros de la calle y los dos ya restablecidos.

"Viernes 25. Desocúpase el salón de estudios de la Primera División para poner en él camas.

"Sábado 26. Desocúpase el salón de la Segunda División para poner camas en él. A las 8 y 1|2 se administró el Santo Viático y la Santa Comunión al Sr. Capitán, asistiendo a este acto religioso toda la comunidad con velas y algunas personas de afuera.

"Domingo 27. A las 3 p. m. falleció el Sr. Capitán, asistiéndole en sus últimos momentos el Padre Auweiler...

"...A las 3 p. m. vino una Comisión de la Diputación Provincial a visitar a los heridos dando 50 pesos sólo a los defensores de Buenos Aires; más tarde visitóles también la Junta directiva de la Cruz Roja dando 150 pesos a los que antes no habían recibido nada, y 100 a los demás.

Todavía a mediados de agosto se seguía atendiendo a las víctimas de la revolución, aunque eran ya muy pocos los conducidos al Colegio. Por esta razón, se trasladó el hospital de sangre a la Enfermería. El doctor Segura y un practicante, por nombre José Coello, atendían a los heridos, secundados por dos señoras que se turnaban en tan caritativa obra. El salón de actos y los salones de estudio quedaron a principios de agosto disponibles para los fines de la enseñanza y así se volvió a reabrir las interrumpidas tareas escolares.

7. El día 7 de agosto de 1880 sabemos que hubo un acto de Filosofía análogo al que tuvo lugar en 1876, y de proporciones aún más amplias. Dos fueron los señalados para defender las tesis: Carlos Díaz Vélez, que fué quien abrió el acto con un elocuente discurso latino, y Santiago Hechart. La concurrencia se interesó en todos los episodios de la discusión y aplaudió complacida la agilidad mental así de los jóvenes que defendieron las tesis como la de los que las impugnaron. Desgraciadamente ignoramos los nombres de estos últimos.

Anualmente se tenía por lo menos un acto de esta índole, reflejo de la actividad escolar diaria, y anualmente se tenían varios actos de índole humanística. Cicerón y Virgilio, Julio César y Ovidio, Salustio y Marcial y hasta Sófocles y Demóstenes, Eurípides y San Juan Crisóstomo, los maestros por excelencia de toda educación humanística, era autores familiares así a los alumnos, que los leían y gozaban en las aulas escolares como del público en general que en el salón de actos del Colegio oían de continuo los consabidos como justicieros elogios de obras tan inmortales como la Eneida y las Catilinarias, el *De Bello Gallico* y la *Metamorfosis*. El día 8 de mayo de 1880 se analizó y se declamó, por varios alumnos de tercer año, el discurso Pro Marcello, del orador romano, y otro tanto se hizo con la Egloga Virgiliana, *Tytire tu patule*. Mons. Luis Mattera, Delegado Apostólico, presidió este acto, y quedó complacidísimo al ver cómo se expresaban en la lengua del Lacio aquellos jóvenes. Días más tarde, el 14 del mismo mes y año, hubo un acto análogo pero referente a autores griegos. Desde 1875 hasta 1884, exslusive, fué el griego una de las asignaturas oficiales en el programa del Colegio del Salvador.

8. Si la revolución de 1880 encontró en los Padres del Colegio del Salvador caritativos samaritanos, la guera antirreligiosa iniciada por las Logias masónicas en 1882 encontró en ellos inexpugnables defensores de la fe y de la moral cristianas. Los Jesuítas que en 1841 habían sabido oponerse tenazmente a Rosas, sabían también oponerse al despótico cesarismo que asentado en los primeros sitiales del país había confundido la banda blanca y celeste de los presidentes argentinos con la divisa punzó de la mazorca.

El doctor Onésimo Leguizamón fué el principal fautor de un Congreso Pedagógico que llegó a celebrarse en Buenos Aires, bajo

los auspicios y protección del Gobierno Nacional. El Padre Salvadó, en su carácter de rector del Colegio, fué invitado a tomar parte en el Congreso, y accedió a la invitación, no sin haberlo tratado antes con los Padres y con el Delegado Apostólico de Su Santidad. Sabía perfectamente que no era un sincero afán de progreso pedagógico sino la iniciación de una campaña de sectarismo, lo que allí se iba a incubar. Su presencia, sin embargo, no fué inútil, ya que entre los proyectos que se propusieron a la aprobación del Congreso fué una la de suprimir en las escuelas primarias la enseñanza religiosa. Todos los católicos se opusieron como un solo hombre, pero aplastados no por los argumentos sino por los insultos, sarcasmos y maltratos de toda índole, se alejaron del Congreso dejando al mismo en manos de las sectas.

Fué ese Conciliábulo seudo-pedagógico de 1882 el autor de la escuela atea, que después ha prevalecido en el país. Era el primer paso en la descristianización de la Argentina, y era dado prever que después de esa reforma había de venir el matrimonio civil y otros avances no menos anticristianos como antiargentinos.

Para desenmascarar a tantos que con el nombre de progreso y libertad se proponían esclavizar las conciencias y retrogradar a la barbarie, tuvo la *Academia Literaria del Plata,* de la que hablaremos en otro capítulo, una reunión a la que asistieron sus miembros honorarios, uno de los cuales y el más luminoso y dinámico era José Manuel Estrada. Su resultado fué la suspensión de la *Revista Argentina,* vehículo de ciencia y arte, para fundar en su lugar *La Unión,* arriete demoledor del seudo cientifismo liberal tan en boga entonces. El 1º de agosto de ese año de 1882 publicóse el primer número de este valiente y vibrante periódico. Un mes después consignaba el *Diario del Colegio* que "por la tarde estuvieron en el Colegio los Doctores D. Tristán Achával, D. Emilio Lamarca y D. José Manuel Estrada para hablar y combinar un asunto referente al periódico *La Unión* cuyos directores son". Por el mismo Diario del Colegio se colige que en los años siguientes era muy frecuente la presencia sobre todo del doctor Emilio Lamarca y del Sr. José M. Estrada en el Colegio, donde además de los Padres Salvadó y Jordán, a quienes consultaban en sus dudas, tenían libre acceso a la Biblioteca del Colegio, donde ambos adalides se pertrechaban contra los ataques de sus enemigos.

9. Aunque el gran Estrada no se había educado con los Jesuítas y en los días de su juventud había escrito en contra de ellos y de su actuación en el país, cuando los prejuicios liberales tan opacos en su época le habían como vendado los ojos, una vez que se libró de esta ceguera, convirtióse en decidido amigo y panegirista de la Compañía de Jesús. Fué él, como se recordará, el Presidente de la Comisión pro restauración del Colegio a poco de ser éste incencendiado.

Era, puede decirse, uno de casa con respecto a los Padres. El *Diario del Colegio* que registra siempre los nombres de aquellos que han sido, por una u otra causa, invitados a almorzar con la comunidad sólo menciona entre 1880 y 1886 a dos personas: José M. Estrada y Emilio Lamarca. Almorzó Estrada con los Padres el día 20 de febrero de 1879, el 13 de febrero de 1880, el 20 de mayo del mismo año, 21 de junio de 1881, 30 de agosto de 1882, y en otras oportunidades. Al almuerzo del 20 de junio de 1880 asistieron además D. Félix Frías, el Dr. Emilio Lamarca, el Canónigo José Gabriel Zúñiga, el Dr. Pedro Goyena y D. Santiago Estrada. Evidentemente el Colegio hacía ostensible su gratitud a estos caballeros que tanto lo habían favorecido, y ellos, a su vez, contaban con el Colegio donde sabían que siempre hallarían sabios consejeros y defensores tenaces de los derechos de Dios y de su Iglesia.

Los grandes caudillos de la causa católica tenían en el Salvador su base de operaciones, y de ahí los odios de los sectarios contra el mismo. En 1883 y 1884 los ataques eran frecuentes. En el primero de esos años el Congreso Pedagógico dió sus primeros frutos. Presentó el Gobierno un proyecto sancionando las escuelas neutras, esto es, ateas. La viva discusión de que fué objeto en las Cámaras, tomó cuerpo en la opinión pública; y los ánimos comenzaron a excitarse, y más, cuando triunfante el Gobierno en la cámara de diputados, sufrió una desastrosa derrota en la de senadores. No estaban lejos los causantes de tamaño fracaso: los Jesuítas eran los autores, y contra los Jesuítas se lanzó todo cuanto de liberal, masón y sedicioso abrigaba en su seno la ciudad de Buenos Aires: los insultos y calumnias que corrieron por toda clase de papeluchos y pasquines tuvieron resonancia en las manifestaciones que el "Club Liberal" y los estudiantes más adocenados de la Universidad promovieron contra los Jesuítas; pero la reprobación de la parte sana de la ciudad, y los soldados que defendieron el Colegio del Salva-

dor en los momentos de mayor perturbación, ahuyentaron todo peligro.

10. En mayo de 1893 celebró el Salvador sus Bodas de Plata. El *Diario del Colegio,* olvidando su habitual laconismo, nos ofrece no pocos detalles sobre los festejos realizados en esa oportunidad:

> 1º de Mayo. Domingo. 25º Aniversario de la apertura del Colegio del Salvador (1868). Este aniversario se celebró con una misa rezada con órgano y algún aparato de fiesta en el altar. Celebró la misa el Padre Rector [Ramón Barrera]. Terminada la misa, se expuso el Santísimo, se cantó el *Te Deum,* etc., siendo Preste el R. P. Superior [de la Misión, José Saderra], haciendo de Diácono el Padre Jordán y de Subdiácono el Padre Gasset. A todo lo cual asistieron los alumnos. Estos tuvieron salida hasta mañana a las 8 (a. m.).
>
> Por la noche, a las 6, se tuvo el banquete en honor de los alumnos fundadores del Colegio, es decir, que comenzaron en 1868, a los cuales se les invitó oportunamente por tarjeta impresa. Además asistieron otros alumnos de 1869 y también D. Leonardo Pereira, Dr. Emilio Lamarca, y otros caballeros.
>
> La animación y alegría fué notable. Se retiraron satisfechos a las 9 ½. A los jóvenes convidados se les repartió en el salón una fotografía de una lista impresa con los nombres de los premiados en el Colegio el año 1868. Esta lista impresa había servido como de cuaderno de premios el año de la apertura, y se halló arrumbada en un armario.

Fué en esta oportunidad que se colocó en el patio de honor del Colegio una placa de bronce con esta inscripción:

ANNO . REPARATAE . SALUTIS . MDCCCXCIII
ET . AB . INSTITUTO . COLLEGIO . XXV
PRIORES . PATRUM . ALUMNI
MAXIMA . ANIMI . GRATULATIONE
POSUERUNT

Su traducción al castellano es como sigue:

EN EL AÑO DE NUESTRA REDENCION
DE 1893
Y EN EL VIGESIMO QUINTO DE LA FUNDACION DEL COLEGIO,
LOS PRIMEROS ALUMNOS DE LOS PADRES
CONGRATULANDOSE EN TAN FELIZ SOLEMNIDAD
ERIGIERON ESTE RECUERDO.

Capítulo XIV

VIDA RELIGIOSA DEL COLEGIO
1868 - 1900

1 — Colegio "religioso"; 2 — Misa diaria obligatoria; 3 — La Misa Dominical; 4 — Preparación a la Comunión Pascual; 5 — Frecuencia de sacramentos; 6 — El rezo del Rosario; 7 — Las Congregaciones del Colegio; 8 — La Congregación de San José y la de Ex-alumnos.

1. Las varias ediciones que se hicieron del *Reglamento General* del Colegio del Salvador, en los primeros años de su existencia, esto es, en 1871 y 1876, indican a las claras que los fundadores del mismo manifestaron, desde el primer momento y en forma abierta y explícita, el carácter religioso del establecimiento.

"El fin de este establecimiento, léese en el artículo 1º de los dos Reglamentos, o de las dos variantes del Reglamento de 1868, es proporcionar a los jóvenes una cristiana y esmerada educación, para que sólidamente instruídos y completamente morigerados sean con el tiempo ciudadanos útiles a la patria, apoyo y consuelo de sus familias.

"La inmoralidad, la insubordinación y la desaplicación habitual e incorregible serán motivos de expulsión", leemos en el *Reglamento de* 1871, mientras que en el *Reglamento de* 1876 se lee que "La falta de Religión, la inmoralidad, la insubordinación y la pereza habitual e incorregible serán suficientes motivos de expulsión".

En el *Reglamento de* 1871 hay un artículo que no aparece en el de 1876, con el agravante que al final de éste se lee: "Este Reglamento empieza a regir desde el 1º de Marzo de 1877, y anula los anteriores". El artículo, a que nos referimos, es el 10º en el *Reglamento de* 1871:

"Los alumnos asistirán todos los días a la Santa Misa, rezarán el Rosario por la tarde y, al levantarse y acostarse, algunas breves oraciones, confesando y comulgando cada mes.

"Si damos grande importancia a la parte moral y religiosa, considerándola, como la base de una verdadera y sólida educación, no por eso se descuidará el inculcar a los alumnos frecuentemente y de un modo especial en las conferencias de urbanidad, ese espíritu de franqueza y libertad morige-

rada, que todo joven de finas maneras debe tener en el seno de su familia y de la sociedad.

Este comentario que acompaña al citado artículo nos induce a creer que había ya en 1871 quienes creían mejor no especificar en el Reglamento esas prácticas religiosas, y esta nuestra sospecha se robustece ante la desaparición total del artículo y del comentario, en el Reglamento de 1876. Alguna razón de peso debió de haber para que un hombre como el Padre Esteban Salvadó eliminara del Reglamento lo que el Padre Guarda había tan explícitamente consignado.

2. Desde 1868 hasta 1875, los alumnos asistían a misa todos los días, y no creemos que esta práctica se alterara depués del *Reglamento de* 1876, aunque en él nada se dice al efecto. Tenemos el texto de la *Distribución Ordinaria* para los alumnos de este Colegio, en el curso de 1877, y allí se lee:

5.30 Levantarse
6. Oraciones de la mañana. Estudio.
7.35 Desayuno.
7.50 Misa.

pero tal vez esta distribución sea la que regía para los pupilos, y no para los mediopupilos y externos. Confirmaría esta presunción una frase que se lee en otro documento de ese mismo año de 1877. Se consigna la distribución a seguirse durante el triduo para la Comunión pascual, y se establece que a las: 8. *Te para los Internos; 8½ Misa para todos*", esto es para los Pupilos que tienen Misa todos los días, y también, en estos días, para los Medio-pupilos y Externos, que no asisten a ella todos los días. Esto está expresado con toda precisión en lo que respecta al triduo de 1879, pues el *Diario del Colegio*, dice que la distribución es como sigue: 8 *misa* (*tanto para internos como para medio-pupilos y externos*).

3. Desde 1868 la misa para los alumnos en los días festivos era a las 8, o a las 8 1|2, o a las nueve, e iba siempre precedida de una plática o sermón, cuya duración era de veinte a treinta minutos. Después de dicha plática o sermón, se comenzaba la misa. A 7 de marzo de 1880 el *Diario del Colegio* nos ofrece una noticia algo rara: "Hoy los niños [del Colegio] oyeron misa a las

8 1|2, y seguirán así, pues este año no han de asistir a la misa y sermón de las 12".

4. La preparación a la Comunión Pascual consistente en una o varias pláticas durante tres día, se practicaba ya en 1876. En este año consistió en "una plática por la tarde, la última media hora de clase", y ese año las hizo, durante tres días, el Padre Superior de la Misión, Baltasar Homs. En 1877 se amplió la parte espiritual de esos tres días.

"Empieza el triduo de preparación para la confesión y comunión. Lo da el Padre Mola. La distribución es la siguiente: 8. Té para los Internos; 8½, misa para todos; en seguida de la misa se canta el Veni Creator, etc., acompañado de armonium, que toca brevemente, se semitona una o las dos estrofas siguientes, y así hasta concluir el himno. Síguese la plática, y al fin el Perdón, y luego, es decir, a las 9½, clases, etc. A las 2, lectura espiritual en los estudios; 2½ clases; 3½ Veni Creator, Plática y al fin Perdón, oh Dios mío, con armonium; 4½ comida, etc.; 1½ Instrucción, (en los respectivos estudios hecha por los Prefectos) a los Internos; pues los medio-pupilos salen a esta hora".

En 1878 predicó este retiro de tres días el Padre Legarra, y en 1882 el Padre Gasset, si bien no se cantó el Veni "por descuido". En 1883 se da el nombre de Ejercicios Espirituales a ese modesto triduo de preparación para el cumplimiento pascual, y es de lamentar que esa terminología haya persistido en épocas posteriores, contribuyendo así a desnaturalizar o, a lo menos, desvalorizar el significado de lo que son los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Dió el retiro para el cumplimiento pascual, en este año de 1883, el Padre Muras, y el tercer día por la tarde se suprimieron no sólo las clases, lo que ya se había hecho en los años anteriores, pero se suprimió también la plática, a fin de poderse atender mejor a las confesiones de los alumnos.

En los años sucesivos hubo sí algunas variantes en esta práctica anual, pero ella subsistió siempre, y ya en 1882 se llegó a dividir a los alumnos en menores y en mayores, teniendo cada grupo su propio predicador.

5. El rezo del Santo Rosario aparece, como ya dijimos, en el *Reglamento General de* 1871: "Los alumnos asistirán todos los

días a la Santa Misa, rezarán el rosario por la tarde. . ." y así en la *Distribución Ordinaria* para los alumnos de este Colegio, en el año de 1877 se lee que, por la tarde, a las "7.30, Rosario", y en todas las distribuciones que conocemos, se halla indicada esta práctica. A 2 de marzo de 1886 se lee en el Diario del Colegio que "este año se sigue la distribución del anterior, sólo que los medio-pupilos salen un cuarto de hora más tarde [a las 7¾], para que tengan tiempo de rezar el Rosario con sosiego".

6. Conforme al artículo 10 del Reglamento de 1871 era obligatoria la confesión y comunión mensual, y había un día señalado para cumplir con la obligación mensual de la recepción eucarística. La Carta Anua de 1870 nos dice que "la mayor parte" de los alumnos comulgaban dos y tres veces, por semana, y no pocos comulgaban semanalmente. Otro documento, de época muy posterior, indicaría que la comunión no era una práctica muy difundida en el Colegio, a fines del pasado siglo, ya que el día 21 de Junio de 1892, fiesta de San Luis Gonzaga, patrono de la Juventud y titular de una de las Congregaciones: "algunos alumnos comulgaron a las 7", leemos en el *Diario del Colegio,* "algunos pocos medio-pupilos comulgaron a las 8", agrega el mismo documento. Refiriéndose al Día de Pentecostés, día de "comunión general en la iglesia a las 9" leemos en el mismo documento que "comulgaron 45". Desde que a principios de siglo, y por el decreto *Quam singulari,* Pío X exhortó a los niños a la comunión frecuente, esta frecuencia aumentó naturalmente en el Colegio.

7. La *Carta Anua* de 1869 nos informa que "para aumentar y cimentar la piedad en los alumnos se ha fundado la Congregación Mariana, en la que sólo son admitidos los que por la integridad de sus costumbres y por la guardia de la disciplina escolar se aventajan a los demás", y la Carta Anua de 1872 nos dice que "los Congregantes han costeado con sus propios recursos el arreglo de la capilla de Nuestra Señora, lo que ha contribuído a aumentar el culto a la Virgen y sobre todo el esplendor del mes de María. En este mes unos traen flores, otros traen velas para el adorno del altar". En 1874 "la piedad de los alumnos no ha decrecido, aunque la Congregación Mariana se vale de algunas oportunidades en el decurso, para que limpiándola de la zizania, pueda después crecer y florecer con mayor pujanza".

Hemos transcrito las frases que preceden, y pudieran agregarse otras análogas, para poner de manifiesto que la existencia de las Congregaciones Marianas en el Colegio datan del segundo año de la existencia del Colegio, en la calle Callao, y no de 1884 como se ha afirmado, aunque en este año es positivo que se fundó otra Congregación. De la establecida en 1869 era director el Padre Pedro Saderra en ese año, el Padre Manuel Poncelis en 1870 y en 1871 y el Padre Camilo Jordán en 1872, teniendo por subprefecto al Padre Luis Mazarrasa. En 1873 aparecen dos directores de Congregaciones Marianas, los Padres Poncelis y Jordán, además de la Congregación de señoritas que desde 1868 dirigía el Padre José Sató. Ni las Cartas Anuas ni el Diario del Colegio refieren la creación de esa segunda Congregación que podría creerse se creó en 1873, ya que el Catálogo de ese año pone dos directores. Por otra parte la Carta Anua de 1874, como ya indicamos, sólo habla de la Congregación, indicando la existencia de una sola.

En 1875 no aparece sino un director de Congregación Mariana, el Padre Camilo Jordán, pero en 1876 no se indica director alguno, como tampoco en 1877, en 1878, en 1879, en 1880, en 1881, en 1882, en 1883 y en 1884. Existía, sin embargo, en este postrer año una Congregación Mariana, y en el Catálogo de 1885 se lee: Cosme Conillera, Prefecto de la Congregación de la Virgen Nuestra Señora para los alumnos".

En el *Diario del Colegio* y a 3 de octubre de 1884 se lee: "Hoy se han reunido los presidentes de los coros de la asociación de María Santísima, para deliberar sobre los que son dignos de ser admitidos en la Congregación de la Santísima Virgen y de San Luis Gonzaga que se va a instalar. La reunión ha tenido lugar en el aposento del R. P. Rector, bajo su presidencia, y en presencia del Padre Ministro y del Padre Conillera, futuro Director".

La dicha instalación tuvo lugar el domingo 5 de octubre de 1884:

> "Hoy [4 de octubre] se determinó que la instalación de la Congregación se verificase en el local destinado para la capilla de la misma [entre la Capilla de la Buena Muerte y la calle Tucumán], y al efecto se ha colocado un altar, se ha alfombrado, se han colgado [sic] las paredes, puesto cortinas en las ventanas, colocado el Armonium y sillas, etc.". Domingo 5: Los niños del Colegio que estaban admitidos para formar parte de la Congregación de la Santísima Virgen han ido a las 8 a su Capilla. El R. P. Superior [José María Rovira] los recibió en la Congregación e impuso la medalla

de la Virgen y de San Luis; después sentado al pie del altar les hizo una devota y conmovedora plática, y finalmente celebró el Santo Sacrificio, en el cual recibieron la Sagrada Comunión los nuevos Congregantes, los Aspirantes aprobados y D. José Manuel Estrada que asistió a la función".

El día 8 de diciembre de 1886, y "durante la misa solemne, los Congregantes estuvieron reunidos en los primeros bancos con la medalla al cuello y los de la Junta en el presbiterio", leemos en el *Diario del Colegio*, y por el mismo nos informamos que en el curso de 1888 determinó la Junta de la Congregación y su Director, lo era entonces el Padre Codorniú, hacer un altar digno de la capilla de la Congregación, y sabemos que a 30 de mayo del siguiente año ya estaba armado el altar y estaban en sus respectivos nichos cuatro estatuas llegadas de Alemania. El Padre Salvador Barber las bendijo en ese día.

Esta Capilla, cuya ubicación se hallaba entre la Capilla de la Buena Muerte y la calle Tucumán, era un local adecuado a las necesidades de las Congregaciones y así su altar como los vitraux de sus ventanales daban al recinto un ambiente de recogimiento y de piedad. Nadie objetó a que las Congregaciones utilizaran esta Capilla para sus reuniones semanales, pero pocos simpatizaban con la práctica, introducida por algunos directores de Congregación, de llevar allá sus Congregantes, los días festivos durante la Misa, a que asistían los demás alumnos del Colegio. Así el altar, como las estatuas, de esta Capilla se hallan actualmente en la Capilla del Parque Atlético de Martínez. La costumbre de ubicarse los miembros de la Junta en el presbiterio, durante la misa en los días festivos, duró hasta el 6 de abril de 1924, fecha en que se abandonó esa práctica por considerarla menos conforme con la liturgia.

El Padre Conillera, cuya salud en 1883 inspiraba serios temores, se alivió notablemente en 1884 y mejoró grandemente desde 1885. En este año, y en 1886, le hallamos al frente de la Congregación, refundada por él, pero en 1887 era el Padre Miguel Codorniú quién la dirigía. Fundóse en este año de 1887 otra Congregación, bajo la advocación de Nuestra Señora y San José, y era "pro-pueris", mientras que la dirigida por el Padre Codorniú era "pro alumnis". En 1889 se dice que el Padre Codorniú dirige la Congregación de Nuestra Señora y San Luis Gonzaga "pro convictoribus", "para los pupilos del Colegio", mientras que del Padre Solá se dice, como en época anterior, que dirige la de Nuestra Señora y

de San José "pro pueris". Al año siguiente de 1890 pasa esta Congregación al cuidado del Padre Antonio Vidal, y se dice que es "pro pueris externis", para niños ajenos al Colegio, pero que pertenecían al Catecismo que había en nuestra iglesia, y en ese mismo año se formaron cuatro Congregaciones dentro del Colegio: dos constituídas por alumnos pupilos, la de Nuestra Señora y San Luis Gonzaga, y la de Nuestra Señora y San Estanislao de Kostka, dirigida la primera por el Padre Santiago Solá y la segunda por el Padre Cosme Conillera, más otra Congregación, la de Nuestra Señora y San Juan Berchmans, dirigida por el Padre Pedro Mendieta y formada por los Medio-pupilos y finalmente, la de Nuestra Señora y San Luis "pro externis", dirigida por el Padre José Gasset.

Como se colige de lo que llevamos dicho, el año 1890 fué el año en que más auge adquirieron las Congregaciones, y todos los documentos de ese y de los años siguientes así lo indican. Desde esa fecha hasta fines del siglo, por lo menos, eran las Congregaciones una fuerza viva en el Colegio, aunque a juzgar por ciertos datos se prestaba más atención al número que a la calidad.

El *Diario del Colegio*. con fecha 8 de setiembre de 1890, nos manifiesta cuán solemnes solían ser entonces los actos de las Congregaciones. "A las 9 las Congregaciones del Colegio reunidas en la Iglesia cantaron el Oficio Parvo con armonium, violines, flauta y violoncello. Salió bien y llamó en gran manera la atención. ¡Se recibieron 4 nuevos Congregantes".

Sobre la forma alternada de cantar el Oficio Parvo tenemos estas curiosas líneas que consigna el Diario del Colegio a 1º de noviembre de 1898: "Los Congregantes colegiales cantan el Oficio en la Iglesia, alternando los de la Iglesia con algunos cantores situados en el coro, acompañados del órgano y algunos violines". Más adelante nos informa que en ese día "se recibieron varios Congregantes de las tres Congregaciones, siendo celebrante el Padre Masferrer, quien les dirigió buenas y oportunas palabras".

Las cuatro Congregaciones existentes entre 1890 y 1894 se habían refundido en 1895 en solo tres: la de Nuestra Señora y San Luis, que dirigía el Padre Conillera, y era para alumnos pupilos mayores, la de Nuestra Señora y San Estanislao, que estaba al cuidado del Padre Juan B. Juan, y estaba compuesta por los pupilos menores, la de Nuestra Señora y San Juan Berchmans, dirigida por

el Padre Eduardo Brugier y destinada a los medio-pupilos y externos.

De la de S. Luis era Presidente en 1895 el alumno Mariano Olaciregui, y de la de S. Kostka lo era el señor Juan Errecart, y de la de San Juan Berchmans el señor Severo Crespo. Los tres Presidentes en 1896 fueron Horacio Videla, Salvador Nicolini y Cesáreo Assoratti; en 1897 Bernardino Fonticella, León Velasco y Raúl Cedrés Köppen. Juan Errecart, Alfonso Poccard y José I. O' Farrell son los Presidentes en 1898, mientras que en 1899 lo eran Ernesto Dubourg, Carlos Bollaert y Federico N. Videla.

De 1884 es la más antigua fotografía de los Congregantes que ha llegado hasta nosotros, y sabemos que fué sacada el día 7 de diciembre de dicho año, según consta en el *Diario del Colegio*. Son cincuenta y cuatro en número, entre ellos Horacio Thorne, Matías Cardoso, Carlos Ramallo López, Néstor Pizarro, Aurelio Bassi, Enrique B. Prack, Luis Peluffo, Carlos Moreno y Francisco Viñas. Ilustramos estas líneas con la reproducción de esta antigua y venerable fotografía.

De 1886 es otra fotografía, en la que sólo aparecen siete Congregantes y en actitud ininteligible para quienes ignoran que se sacó con el solo fin de ofrecer al Hermano Xandri el diseño para un cuadro que se le había pedido que pintara. Erradamente se ha escrito y publicado que es el primer grupo de alumnos recibido en la Congregación. Aparecen en este cuadro los jóvenes Carlos Ramallo López, Enrique Podestá, Rafael Bosch, Luis Badino, Matías Cardoso y Lino Viñas Loureiro. El mencionado Hermano Xandri traspasó al lienzo la imagen de los mismos y agregó la del Padre Conillera, en actitud de imponerles la cinta de Congregantes.

8. Nos hemos referido, en las páginas que preceden, a dos Congregaciones que no estaban destinadas a los alumnos del Colegio, ya que la una era para "niños externos", y la otra para los ex-alumnos del Salvador, y aun de otros colegios. La primera de estas Congregaciones, llamada Congregación de la Inmaculada y San José, fué fundada en 1887 y tuvo por director en ese año al Padre Cosme Conillera, en 1888 al Padre Joaquín Domingo, en 1889 y 1890 al Padre Santiago Sola, en 1891 y 1892 al Padre Ruperto Giménez, en los años siguientes a los Padres Antonio Vidal, Fermín Arnau, Narciso Matas, Luis Massegur (1896 y 1897),

Francisco Pujadas, José María Ferrer y Ruperto Giménez (1900). Sucedió a este Padre en 1901 el Padre Andrés Vandrell y dirigió la Congregación hasta 1915, fecha en que le reemplazó el Padre José Salvadó, actual director de la misma.

En 1915 sabemos que esta Congregación "se reducía a la Sección de niños mayores del Catecismo, a los cuales, habiendo hecho la primera Comunión, llamaban Congregantes", pero en ese año el Padre Salvadó agregó a ellos a los ex-alumnos del Colegio Primario, y en 1923, el mismo Padre formó la sección de los alumnos primarios del dicho Colegio. Sabemos también que hasta 1930 habían los miembros de la Congregación tenido sus deportes y juegos, pero desde ese año los reemplazaron por ocupaciones apostólicas, esto es, Catecismos y primeras Comuniones en la Agronomía y en Villa Adelina, y han ayudado a los catecismos de Villa del Parque, Chacarita y Parque Chacabuco.

En cuanto a la Congregación de los Ex-alumnos sabemos que algunos días antes de la fiesta de San Luis Gonzaga, 21 de Junio de 1890, fundóse una Congregación de Nuestra Señora y San Luis "pro externis", según se lee en el *Catalogus Provinciae* de 1891, y en el de los años siguientes, y el *Diario del Colegio*, al referir la fiesta de aquel día, anota que "se sirvió el desayuno... también a unos cuantos congregantes de la Congregación de externos fundada recientemente, cuyo director es el Padre Gaset...".

Esta Congregación fundada en 1890 no estaba, al parecer, exclusivamente destinada a los ex-alumnos del Colegio, aunque eran ellos los principales componentes de la misma. El acta de constitución, o lo que pudiéramos llamar así, comienza con estas palabras: "Algunos días antes de la fiesta de San Luis Gonzaga, quedaba instalada en el Colegio del Salvador, una sociedad compuesta de jóvenes ex-alumnos del mismo Colegio, hallándose encargado de su dirección el R. P. José Gasset".

Estas palabras no pueden ser más explícitas y concuerdan con ellas las que hallamos en la Carta Anua de 1890: "Para aquellos que terminaron sus estudios en nuestro Colegio y que después pasaron a la Universidad, fundóse la Congregación mariana de San Luis, a fin de que se conserve así y aumente en ellos la piedad que adquirieron en el Colegio." No obstante estas y aquellas frases tan terminantes, hallamos en el mencionado acta de constitución otras que parecen indicar que la dicha Congregación no era para sólo los

exalumnos del Salvador, ya que "el objeto de esta asociación es fomentar la unión entre todos los jóvenes que habiendo recibido una educación cristiana, deseen conservar, sin menoscabo, el precioso tesoro de la fe y buenas prácticas que adquirieron en su niñez".

Eran ciertamente ex-alumnos todos los socios fundadores:

Enrique Prack	Aureliano Portela
Matías Cardoso	Daniel de la Torre
Alfredo Vacari	Pablo Lalanne
Atilio Chiocconi	Tomás Pearson
Juan M. Ochoa	Ramón Gómez
Enrique Zapata	Julio Méndez
Aurelio Bassi	Néstor Pizarro
José M. Estrada	Enrique Demaría
Carlos Ballesteros	Alfredo Lara
Manuel Olazábal	Luis Badino
Lino Viñas	Guillermo Greenway
Fernando Segovia	Salvador Leonori

Vicente G. Videla

Nos consta que todos los nombrados eran ex-alumnos del Colegio, a excepción de Vicente G. Videla, cuyo nombre no hemos hallado en los Catálogos anteriores a 1890. La Comisión Directiva, aunque provisoria, de esta sociedad, asociación y, como también se le denomina y con toda verdad, Congregación, la integraron:

Enrique Prack	Presidente
Matías Cardoso	Asistente
Alfredo Vacari	,,
Atilio Chiocconi	Conciliario
Enrique Zapata	,,

El día 8 de marzo de 1891 comenzó nuevamente sus actividades esta Congregación, y la Comisión o junta quedó constituída con *Enrique Prack,* Presidente; *Aurelio Bassi* y *Joaquín Llambías,* Asistentes; *Enrique Demaría* y *Manuel Olazábal,* Conciliarios, y el día 24 de mayo fueron admitidos en la Congregación los señores *Carlos Navarro, Antonio Nores* y *Domingo Olivera.*

Antonio Nores no era ciertamente ex-alumno del Colegio del Salvador. Había venido de Córdoba con el fin de cursar la medi-

cina en la Facultad de Buenos Aires. También aparece entre los Congregantes un Manuel Villar que tampoco fué alumno del Salvador. Estas realidades, y las razones antes aducidas. nos inducen a creer que esta Congregación estaba principalmente, pero no exclusivamente, formada por ex-alumnos. Es sabido que el General Agustín P. Justo, Presidente que fué de la República Argentina entre 1932 y 1938, solía manifestar que había pertenecido él, en los días de su juventud, a esta Congregación del Padre Gasset, y ciertamente no había él cursado sus estudios en el Colegio del Salvador.

En 1891, y sin duda para poder trabajar mejor, estaban los Congregantes repartidos en cinco grupos, según las facultades a que pertenecían: Facultad de Derecho, Facultad de Medicina, Facultad de Ingeniería, Comercio, Colegio Nacional y otros.

Capítulo XV

LA ACADEMIA LITERARIA DEL PLATA

1 — *Iniciativa de los Exalumnos;* 2 — *Se funda la Academia Literaria en* 1879; 3 — *Actos diversos desde* 1880 *a* 1886; 4 — *Concurso literario de* 1886; 5 — *Los actos públicos habidos desde* 1885 *hasta* 1897; 6 — *El Concurso literario hispanoamericano de* 1898; 7 — *El Centro Esteban Salvadó.*

1. A los once años de haber el Colegio abierto sus aulas y cuando ya eran no pocos sus ex-alumnos se pensó en fundar una institución que los ligara a su *Alma Mater* y como, por otra parte, había sido intenso el fervor literario entre los alumnos desde 1868, se creyó muy del caso la fundación de una academia literaria. Se preveía, además, que no estaba lejos el día en que sería menester vender la túnica para comprar la espada, a fin de defender los intereses de Cristo y de su Iglesia, así en el Parlamento como en la prensa, y una sociedad que disciplinara a sus adeptos en el uso de la palabra y en el ejercicio de la pluma podría prestar grandes servicios.

2. En la Carta Anua del Colegio del Salvador, correspondiente a 1879, se dice que en el mismo se ha instalado una Academia titulada "Academia literaria del Plata", a la que sólo pueden pertenecer los alumnos que después de acabar los estudios en nuestros Colegios, más se distingan en virtud y letras. Tiene por fin fomentar en ellos el amor a la filosofía católica y a la literatura, y conservar el buen espíritu que en los Colegios recibieron. De entre los Académicos se forma una junta directiva, y toda la Academia se halla bajo la dirección de un Padre. Cada mes dan una sesión pública en la que uno lee un discurso sobre alguna cuestión filosófica o moral, y contesta a las objeciones con que los asistentes, que suelen ser personas de letras y bastantes en número, gustan impugnarles. En obserquio de Santa Rosa de Lima, su Patrona, dieron el 30 de agosto una Academia que fué universalmente aplaudida [545].

Con los objetivos antes indicados se reunieron no pocos exalumnos y algunos caballeros y jóvenes, que habían cursado sus estudios en varios colegios, y fundaron el día 20 de abril de 1879 lo que denominaron Academia Literaria del Plata. Aunque tres venerables jesuítas, los Padres Salvadó, Codorniú y Soler, prestaron

todo su apoyo a la nueva institución, fué un joven profesor del Colegio el alma de la misma, y su primer director. Nos referimos al Padre Vicente Gambón. En el *Catálogo de la Provincia*, correspondiente a 1880 leemos: "Vicente Gambón: Enseña la retórica, la lengua griega, la geometría y la historia de América. Es su primer año de magisterio. Dirige la Academia Literaria" del Plata [546].

Entre sus miembros honorarios, incorporados en la memorable sesión del 1º de junio de 1879, recordaremos en primer término a José Manuel Estrada, el glorioso adalid de la causa católica, y su hermano Santiago, renombrado prosista; a Pedro Goyena, el eminente profesor universitario, parlamentarista notable y ático escritor; a Félix Frías, figura venerable del patriciado argentino; Manuel D. Pizarro, orador y hombre de Estado; Pedro L. Funes, senador nacional, defensor del matrimonio cristiano en los debates sobre el matrimonio civil; Emilio Lamarca, figura destacada en la acción social católica y eminente periodista; Apolinario C. Casabal, secretario del primer Congreso católico, organizado por Estrada, de quien fué poderoso auxiliar; y, al lado de estos preclarísimos varones, otros que la historia recuerda y enaltece, y cuyos nombres consignaremos más adelante.

El primer presidente de la nueva Academia lo fué el doctor Santiago Klappenbach, y después de él ocuparon la presidencia en los años de la pasada centuria Enrique Mosquera. Pedro S. Alcacer, Luis Boerr, Carlos M. Reyna, Santiago Hechart, Vicente Martínez Rufino, Ceferino G. Araujo, Carlos M. del Castillo, Santiago G. O'Farrell, Isaac Pearson, Adolfo Berraondo, Julio E. Padilla, Gerardo Araujo y Luis J. Rocca. Este último ocupaba la presidencia en 1900.

Las Actas del 18 de junio de 1879 nos informan que en ese día "el señor Presidente [éralo el entonces joven y hoy venerabilísimo caballero, doctor Santiago Klappenbach], tomó la palabra para que se hiciera el nombramiento del Patrono de la Academia. Puesto el tema a la consideración de los académicos, el señor Santiago O'Farrell propuso a Santa Rosa por ser también patrona de América; el P. Estanislao Soler, vicedirector, y el señor Carmona, propusieron a San Agustín. Discutido lo suficiente sobre este punto, se puso a votación y Santa Rosa resultó Patrona de la Academia Literaria del Plata [547].

Tal fué, manifestábamos en 1920, el génesis, el origen de esta

fiesta anual, de este acto de gala en que la poesía y la música, el arte y la vida se unen y se enlazan para solazar los espíritus, levantar los ánimos a las regiones de lo bello y de lo santo, tributando un homenaje digno y merecido a la Santa americana, patrona de América desde su canonización en 1671, patrona de nuestra República desde que el Congreso de Tucumán propiciara la idea, y patrona de esta Academia desde sus mismos orígenes en 1879.

Bajo la proteción divina y la tutela de la Santa de Lima, comenzó la Academia Literaria del Plata a tomar cuerpo, a henchirse de vida y saturarse de la savia nutritiva que proporciona el estudio y la oración. Al pequeño grupo de fundadores asociáronse hombres tan excelsos, espíritus tan varoniles como Miguel Navarro Viola, Apolinario Casabal, Félix Frías, Ceferino Araujo, Antonio Malaver, Pedro Goyena, Manuel Pizarro, Toribio Ayerza, Ramón Santamarina, Santiago y José Manuel Estrada, y esos fueron los caballeros que dieron vida y cubrieron de gloria inmarcesible a esta benemérita institución.

Además de los mencionados hallamos entre los Académicos de 1884 a 1900 a Ramón González, Luis Klappenbach, Enriqce Klappenbach, Nicanor M. Comas, Juan M. Guerra, Juan de la Cruz Puig, Pascual Palma, Angel Ballesteros, Narciso Gardeazal, Luis Peluffo, Alcibíades Reyna, Juan M. Ramírez, Carlos Díaz, José A. Frías, Enrique B. Prack, José M. Berrás, Manuel Carlés, Emilio J. Fernández, Carlos Navarro Lamarca, Juan M. Ochoa, Abelardo Bretón, Inocencio A. Portela, Matías Cardoso, Manuel Portela, Néstor Pizarro, Enrique Zapata, Ricardo Corradi, Felipe A. Justo, Ricardo Gómez Llambí, Adolfo Sienra, Pascual Echagüe, Atilio Chiocconi, Pedro Caride, Enrique Castilla, Joaquín Llambías, y otros no pocos.

3. A 30 de agosto de 1880 leemos en el Diario del Colegio que en ese día [548], fiesta de

> "Santa Rosa. Los Académicos efectivos y algunos honorarios, entre ellos los Sres. José M. y D. Santiago Estrada, después de la comunión de Reglamento, cuya misa dijo el Padre Jordán, tuvieron un almuerzo en el comedor de los niños, y los acompañaron el R. P. Rector, y los PP. Jordán, Freixas y Gambón. A las 2 p. m. se principió el acto público con asistencia de señoras; presidía la concurrencia el Ilmo. Sr. Arzobispo. Hubo tres trabajos en prosa y 7 composiciones en verso. La concurrencia quedó plenamente satisfecha".

El 10 de octubre de ese mismo año celebró la Academia un acto extraordinario y en él habló el Sr. Estrada, rector entonces del Colegio Nacional. El 24 de junio de 1882 celebró la Academia otro acto extraordinario, y en él leyó Estrada su magnífico estudio sobre Le Play.

Este discurso, publicado poco después por la Academia en forma de folleto es bien conocido, pero son desconocidas aquellas otras páginas de José Manuel Estrada, aparecidas en ese mismo año 1882 y en las columnias de La Unión. Se refieren a la Academia Literaria del Plata y dicen así [549]:

> La Academia Literaria del Plata es una asociación de esfuerzos en servicio de la cultura intelectual, es una asociación formada por vínculos superiores que le aseguran inalterable concordia y tanto brilla como fecundidad. Es una comunidad de creencias, bajo la augusta inspiración de la fe, que hace uno todos los corazones y una todas las almas en la confesión y caridad de Cristo. Congregando de esta suerte, en la edad doblemente combatida por las borrascas de afuera y por las borrascas de adentro, una juventud vigorosa, purifica sus móviles y la arma contra aquel mundo de tinieblas que se oculta como abismo bajo flores, tras de engañosos resplandores y míseras seducciones. Ese mundo que tiraniza con artes y prestigios infinitos; porque es grande su poder para exaltar y para combatir: sólo que abate cuando quiere ensalzar y ensalza cuando quiere abatir".
>
> "Triunfar de los respetos humanos es la sublime victoria, —añadía el gran tribuno; y disponer la juventud para vencerlos es el fin a que sirve la cristiana asociación cuyos méritos ponderamos—. Esos jóvenes que allí estudian y oran unánimes, que unánimes violentan los secretos de la ciencia y preconizan la verdad, que unánimes beben la gracia en el raudal de los Sacramentos y unánimes despliegan la fortaleza de los confesores de Cristo, encontrarán sin duda en las escabrosas sendas que se aprestan a recorrer, pruebas y dolores que acrisolan las vocaciones y las virtudes; pero de su fraterna y purísima comunión de ideas, de sentimientos y de esperanzas, recibirán la incontrastable fuerza prometida, porque el divino maestro está donde quiera que estén dos reunidos en su nombre. Así lo están ellos: reunidos en la oración, reunidos en el estudio, reunidos en la vigilancia. Dios los preservará del mal".

La Academia Literaria del Plata estaba aún en sus orígenes, cuando nuestro gran tribuno, daba a la publicidad, con sinceridad y con entusiasmo estas frases. Aquel hombre clarovidente, aquel espíritu conocedor como el que más, de los hombres y de las cosas. sabía que la República Argentina estaba en vísperas de una gran batalla, se aproximaba el día en que los argentinos debían vender la túnica para comprar la espada.

La revolución religiosa había de sobrevenir y sobrevino; pero no tomó a los católicos desprevenidos, ni desarmados. Saltaron a la arena de la lucha un grupo de héroes, y mientras luchaban como buenos las batallas del Señor y causaban honda turbación y cruel mortandad en las enemigas filas con aquella terrible máquina de guerra que se denominó *La Unión,* acudían ardorosos aún y llenos de fatiga al Salvador, para ejercitar en esas mismas armas a los jóvenes aquí reunidos, como en un campo de concentración militar, y de aquí salieron los que en aquellos tiempos heroicos y en otros no tan borrascosos, pero no menos gloriosos, combatieron y combaten aún, por Cristo y por su Iglesia.

Los hombres de hoy no estamos capacitados para alcanzar una concepción real del estado religioso en que se hallaba la República Argentina, cuando se congregaron por primera vez en el Colegio del Salvador los que fundaron la Academia Literaria del Plata. Era el año 1879 y terminaba el período de su gobierno el doctor Nicolás Avellaneda. Absorto aquel gran mandatario en los problemas de la integración nacional y en los confictos de los partidos, no pudo preocuparse de los errores de doctrina que se infiltraban gradualmente en los espíritus, en las instituciones y en las tendencias de los gobiernos. Durante aquella presidencia fecunda en iniciativas y fructífera en resultados, desarrollóse el país material y económicamente; durante el gobierno siguiente, el país había de sufrir la turbación en la esfera de las inteligencias. La reacción política contra las antiguas formas de la sociedad hispanoamericana, había de dar entrada a las paradojas revolucionarias, y las quimeras más funestas habían de arraigarse como otras tantas supersticiones.

Avellaneda terminó su período presidencial en 1880, dejando a la República consolidada; Roca subía ese mismo año al gobierno, planteando la cuestión religiosa. Esta encontró a los católicos desunidos doquier, a excepción de un grupo de ellos a quienes un año antes había congregado la Academia Literaria del Plata y a quienes había enardecido para la lucha. Precisamente el que la Providencia había destinado para ser el gran caudillo en la lucha anticristiana iniciada por las logias, era también el alma de la joven pero ya vigorosa Academia. Las reuniones de la misma menudearon entre 1880 y 1886, y el acto literario del día de Santa Rosa llegó a ser el acto tradicional de la oratoria, de la poesía y de la música en la Buenos Aires de aquella época.

4. Para la fiesta religiosa del día 30 de agosto de 1886 pintó el Hermano Xandri, profesor de dibupo en el Colegio desde 1885, el hermoso cuadro de Santa Rosa, que aún se conserva. Estuvo dicho óleo en el Altar Mayor durante la misa de los Académicos y ocupó el centro del escenario en el acto que tuvo lugar, horas más tarde. El entonces doctor Terrero, después Obispo de La Plata, Mons. Juan N. Terrero, dijo en esa ocasión la misa, y almorzó después en el Colegio con los académicos, a quienes también acompañaron el director de la Academia, Padre Salvador Barber y el vice-director, Maestro Vicente Gambón. Ignoramos quiénes fueron los oradores y poetas y músicos en esta oportunidad, pero sabemos que en ella se premiaron los mejores trabajos literarios que se habían presentado al concurso que la misma Academia, meses antes, había organizado a fin de celebrar con mayor pompa el tercer centenario de la gran santa americana. Componían el jurado Don Carlos Guido y Spano, Dr. Pedro Goyena, Don Santiago Estrada, Don Calixto Oyuela y el Presbítero Juan N. Terrero. El "*Juicio Crítico sobre la educación antigua y moderna*" del profesor del Colegio, Padre Pablo Hernández. y la *Biografía de Pedro Ignacio Castro Barros*" del doctor Jacinto R. Ríos fueron los dos trabajos premiados, primero, y publicados después a expensas de la Academia. Ambas monografías no han sido aún superadas, entre nosotros, por otros de su índole y naturaleza.

Enorme fué en Buenos Aires la resonancia que tuvo y la expectación que despertó este concurso y el acto literario del 30 de agosto de 1886. Refiriéndose al mismo dice el *Diario del Colegio* [550] que "apesar de que sólo se prometió la entrada a los que habiendo sido invitados presentaban tarjeta, la concurrencia fué tan grande que no cabía más gente en ninguno de los locales destinados [esto es, en el salón y en el comedor que corre perpendicularmente al escenario del mismo], volviéndose muchas personas por no haber local. Presidió el acto el Sr. Arzobispo.

Así el de 1886 como el de los años siguientes tenía lugar no a las dos de la tarde sino a las seis o siete. En el de 1887 se premiaron sendos trabajos, uno en prosa del Sr. Repetto, y otro en verso del Sr. Castillo. En este año fué también "tan numerosa la concurrencia que muchas familias no pudieron participar en la fiesta por no poder penetrar ni en el salón ni el comedor de los niños, que estaban atestados de gente".

5. En el curso de 1888 la Academia celebró dos actos públicos, uno el día 10 de mayo y otro el día 30 de agosto. En el primero fué recibido como Académico honorario el Padre Camilo Meucci Jordán, y sabemos que su discurso "fué muy aplaudido". En esta ocasión, lo propio que el día de Santa Rosa, ya "antes de comenzar el acto no era posible penetrar en el salón ni en la parte del comedor que se habilitó para el público".

Lo propio acaeció en los años siguientes, anotándose en 1891 que "la concurrencia fué excesiva porque la gente no cabía ni en el salón, ni en los comedores de los niños cuyo biombo se quitó" a fin de dar cabida a las "2.000 personas". En 1895 "no hubo acto de la Academia porque el salón [nuevo] no está todavía habilitado", leemos en el Diario del Colegio, pero en 1896 no sólo se pudo utilizar el gran salón, sino que además se estrenó ese día, y en el recinto del mismo, la iluminación eléctrica. Era una novedad que debió de suscitar la curiosidad de no pocos. "Prendióse la luz eléctrica, leemos en el Diario, y se apagó un rato al principio, y algo en medio, pero no se produjeron desórdenes más que echar algunos porotos".

6. En 1898, y con ocasión de la consagración de la iglesia que tuvo lugar el día 30 de mayo de ese año, se quiso dar mayor solemnidad a la fiesta de Santa Rosa y, a este fin, se organizó un "Concurso literario hispanoamericano", cuyo jurado estuvo compuesto por el Padre Camilo Jordán, Dr. Indalecio Gómez, Dr. Francisco Durá, Dr. Santiago G. O'Farrell y Sr. Rafael Obligado. Uno de los temas, el que más podía interesar, quedó desierto. Había de referirse a la "Vida, acción y escritos de José M. Estrada". Los trabajos premiados adolecen de improvisación, como el de Salomón Brandi sobre "Las letras en la República Argentina", el de Adolfo Alvarez y Santaclara acerca de "La Iglesia y el Estado", el de Salvador Fornielles referente a la "Influencia del cristianismo en la civilización" y el del Dr. D. Vicente García Videla exponiendo "Cómo la Masonería explota el amor patrio de los italianos con motivo del XX de Septiembre". Se premiaron algunas poesías, cuyos autores eran el Dr. Claudio Bettega, el Sr. Lucio Arnengo, el Sr. Damián P. Garat y el señor Enrique Ruiz. Así los trabajos en prosa como los versos aparecieron después en un volumen en 4º de 360 páginas.

A este Concurso de 1898, y al acto de Santa Rosa del año anterior se refería a 27 de julio de 1898 el Padre Fernando Ochagavia cuando escribía [551]:

> Otro género de agrupaciones radica también en este Colegio, que aunque no tienen un fin tan inmediatamente piadoso, no por eso dejan de producir muy dulces frutos de fervor y santidad. Es la más antigua de estas la Academia Literaria del Plata, dirigida actualmente por el P. Vicente Gambón y que consta de 68 socios efectivos. Además de los actos privados en que se cultivan las buenas letras y se ensayan para la polémica religiosa, suelen cada año tener dos actos públicos, celebrados ante numerosa y escogida concurrencia en el salón del colegio. El último, que se dió el 30 de Mayo próximo pasado, lo presidió el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, y fué honrado con al presencia de muchos miembros del clero secular y regular: el total de asistentes no bajó de 2.000, y el discurso del Presidente Sr. Dr. Isaac R. Pearson fué notable por muchos conceptos. Actualmente tiene esta Academia abierto un concurso hispanoamericano sobre 15 temas, en su mayor parte de grande interés religioso, científico, histórico o literario. Los premios han sido ofrecidos por las personas más eminentes de estas repúblicas, entre las que figuran el Excmo. Sr. Presidente de la República, el Ilustrísimo Sr. Arzobispo diocesano, el Ilmo. Sr. Arzobispo de Montevideo, los Rmos. Prelados Argentinos, los Superiores de las Ordenes Religiosas y diversas sociedades católicas del país. El Presidente del Jurado es el P. Rector Camilo Jordán.

Todos estos actos públicos celebrados por la Academia eran la floración de la labor tesonera e intensa de los miembros de la misma en sus reuniones quincenales de índole semi-pública. En ellas los Académicos presentaban composiciones originales, en verso o en prosa, las que eran leídas por sus autores y criticadas después por otros miembros de la Academia, mientras otros dos tenían la obligación de recitar o declamar. Rafael Carrasco declamó en una oportunidad la *Noche Serena* de Fray Luis de León, y en otra *La Tempestad,* de José Zorrilla, el Sr. Manuel Agustín Portela declamó *Al Mar,* de Gertrudis de Avellaneda; Enrique Castillo la *Elvira,* de Guido Spano; Nicanor M. Comas, el *Prometeo,* de Andrade; que provocó agitada discusión ya que, como se expresaba el académico Santiago G. O'Farrell no era lícito, en el seno de la Academia enaltecer o tolerar ideas liberales y tendencias románticas. No pocas veces las poesías declamadas eran originales de los Académicos, como los Sonetos del Académico Sierra, "La Salida del Sol" de Corradi, "Mis horas de tristeza", del Sr. Pascual Echagüe,

"Cruzando el Mediterráneo", de Luis Klappenbach, y así otras por el estilo.

Recordemos aquí que el Sr. Pascual Palma, el Sr. Juan de la Cruz Puig, el Sr. José María Berraz, y otros Académicos, no eran exalumnos del Salvador sino del Colegio de la Inmaculada, de la ciudad de Santa Fe, y como pertenecían a la Academia Literaria existente en este Colegio, tenían fácil ingreso a la Academia del Plata. Juan de la Cruz Puig, que pasó a ésta en 28 de marzo de 1885, fué siempre un activo miembro de la misma en los últimos lustros del pasado siglo y uno de sus más fervientes propulsores en los primeros de esta centuria.

Recordemos que la Academia Literaria del Plata contó en el decurso del siglo pasado con Socios Honorarios de alto prestigio como Calixto Oyuela, que fué recibido en la misma, el día 10 de octubre de 1885, el Dr. Juan Zorrilla de San Martín, los doctores Carlos Novillo Cáceres y Alejo de Nevares, Jacinto R. Ríos y Carlos Guido Spano. Este gran vate nacional fué recibido en el seno de la Academia el día 25 de Junio de 1887.

7. El Padre Ochagavía, a quien citamos más arriba, después de referirse a la Academia del Plata, nos informa sobre la fundción de otra entidad literaria vinculada con el Colegio del Salpador. Dice así el citado escritor:

> El Centro Esteban Salvadó, nombre del difunto Padre que fué Rector de este colegio, es el título de la otra agrupación de fundación reciente, y cuyas miras principales son estrechar los vínculos que unen a los antiguos alumnos con el Colegio y ayudar a la propaganda católica. Las bases establecidas no impiden que puedan formar parte de él los alumnos procedentes de otros centros de enseñanza. Consta en la actualidad de 90 miembros y la mayor parte han sido nuestros alumnos; todos ellos son personas que tienen carrera profesional terminada, y entre ellos figuran algunos diputados nacionales, el Secretario de la Corte Suprema de Justicia, y algunos altos empleados. Tiene por ahora en ciernes el proyecto de fundar una universidad católica libre.

Son estas las únicas noticias que poseemos acerca de este Centro Esteban Salvadó, cuya vida fué, sin duda, efímera, fruto tal vez de un entusiasmo pasajero. No fué ciertamente de esa índole la vida y la vitalidad de la Academia Literaria del Plata, de cuya acción después de 1900 nos ocuparemos en otra oportunidad.

Capítulo XVI

EL EDIFICIO DEL COLEGIO DESDE 1876 HASTA 1899

1 — Lo que se reconstruyó después del incendio; 2 — Lo que era el Colegio en 1879; 3 — Obras ejecutadas en los años siguientes; 4 — En 1889 se construyen las actuales aulas escolares; 5 — El salón de actos del Colegio; 6 — La estatua al Sagrado Corazón en el patio central.

1. En uno de los primeros capítulos de esta cuarta parte de la Historia del Colegio del Salvador consignamos así lo que éste comprendía edilicíamente antes del incendio del 28 de febrero de 1875 como lo que, en los primeros meses de ese año, se reconstruyó rápida y apresuradamente a fin de dar un mínimum de comodidad a los alumnos.

Dijimos allí que todo el ala de la fachada, planta baja y primer piso, se salvó felizmente de las llamas, no obstante ser la parte más expuesta, por dar a la calle. El ala paralela al de la fachada y distante del mismo 29 metros fué totalmente destruído como también el ala que se extendía sobre la calle Lavalle, desde Callao hasta el portón, distante 35 metros desde la misma. No se pensó en 1875, después del siniestro, en reconstruir de inmediato esta parte del edificio, pero se reconstruyeron los dos grandes cuerpos de edificio que remataban en el extremo del salón de actos, y que constituían el ala de edificación paralela a Callao, según anotamos arriba.

Entre 1876 y 1879 fueron no pocas las reformas y aun las construcciones nuevas que se efectuaron en el Colegio. En 30 de abril de 1875 "se reunió la Comisión encargada de la reedificación del Colegio, y resolvió definitivamente no poner piso sobre el gran salón que ha de comprender lo que antes era sala de visitas y capilla de los niños, dándole de alto dos pisos" [552].

Colegimos de estas frases que hallamos en el Diario del Colegio que se había pensado, con anterioridad a febrero de 1875, en construir, sobre el salón de actos que ya existía entonces, aunque sin revocar aún, un tercer piso, esto es, un salón o salones, encima de los dos pisos, que ya tenía dicho salón de actos. Recuérdese que éste tenía entonces una extensión de 26 metros, pero una anchura de solos 10 metros, y las dos alas de edificio que se unían a él, por

el poniente, tenían tres pisos y hasta la estética requería entonces dar a aquel salón de actos análoga altura, la que tendría con un segundo piso, además de la planta baja. En los primeros días de 1877 "se pone un cielo-raso en nuestro comedor; después se pondrá en lo que era biblioteca y ha de ser capilla", leemos en el citado *Diario del Colegio,* y sabemos que la Capilla se hallaba en 1875 en el segundo piso sobre Callao, y a la parte norte del mismo, mientras que la biblioteca se encontraba donde en la actualidad se halla la antesala de la rectoría, junto a la portería. Pero esos arreglos eran insignificantes en comparación de lo mucho que había por hacer y así, a 2 de julio de 1877, hubo "consulta sobre la conveniencia de acabar de edificar el Colegio", según se lee en el Diario. Desgraciadamente ni el dicho Diario ni las Cartas Anuas de 1877-1880 nos informan sobre las construcciones realizadas en esos años, si bien en la Anua de 1878 se dice que "aucto edificio, augescit etiam alumnorum numerus", "con el ensanche del edificio, aumentó también el número de los alumnos", y el Diario a 5 de junio de 1878 consigna que "hoy se puso la campana grande para los niños'," y a 4 de febrero de 1879 nos informa que "comienza la obra del patio de los mediopupilos".

2. A estos se reducen los datos que nos ofrecen esas fuentes documentales, pero a mediados de 1879 publicó el Colegio un especie de álbum o cuadernito que contiene siete fotografías de 55 x 90 milímetros, una de las cuales reproduce un plano de todo lo que había entonces edificado en la planta baja del Colegio. Sobre Callao, y yendo de norte a sur, o sea, desde el atrio de la Iglesia hasta Lavalle, había un salón, la prefectura, otro mayor que era sala de dibujo, dos salones de estudio, separados por una pequeña salita, la Capilla Doméstica o privada y la portería. Desde ésta hasta hasta la calle Lavalle estaban las piezas o cuartos de los Padres. Toda la planta baja del ala de edificio, paralelo al de Callao, entre la Iglesia y el salón de actos, tenía cuatro grandes salones de estudio y dos salas menores, en su planta baja, y un inmenso dormitorio para los alumnos en su primer piso. El otra ala, prolongación de éste, entre el salón de actos y Lavalle estaba dedicado a comedores, en su planta baja, y en 1881 se construyó un inmenso dormitorio, análogo al del otro ala, en su primer piso.

En 1879 estaba ya construída otro ala de edificio, paralelo

también a los dos anteriores, y todo él destinado a clases, diez en número y de dimensiones variadas. Al poniente de esta parte del Colegio comenzaba la huerta. El gran espacio entre las aulas al poniente y los estudios y comedores al oriente, estaba dividido por un alto muro o trinquete, existente todavía. Otrora no estaba totalmente cerrado, ya que en sus dos extremos tenía una amplia abertura como de tres metros. Por lo que respecta al ángulo de Callao y Lavalle, estaba la enfermería donde actualmente se encuentra la Capilla Doméstica, seguía a continuación la ropería, y en tercer término el comedor de los Padres. Más al poniente había unas salas, la cocina y la despensa.

Hasta 1876 el salón de actos había servido de Capilla para los alumnos, y en su parte más cercana a la portería estaban las salas de visita, pero desde la inauguración de la Iglesia en dicho año, el salón fué sólo utilizado para los actos literarios así de los alumnos como, años después, de los miembros de la Academia del Plata. Trasladada la Capilla Doméstica a lo que era antes Enfermería, el recinto que aquella ocupaba fué transformada en varios cuartos, uno de los cuales fué convertido en sala de visitas. El zaguán de entrada adquirió sus proporciones actuales en agosto de 1882.

3. Trasladada la Capilla Doméstica a donde estaba la Enfermería sabemos que en mayo de 1881 se le empapelaba, y nueve años más tarde se quitó todo aquel empapelamiento, y un artista madrileño, a una con el Hermano Xandri, lo decoraron, pintando en el plafón-techo y en perspectiva unas artísticas arcadas y un notable balconaje, sobre el mismo altar. A uno y otro lado de éste pintaron, en perspectiva también, dos cuerpos de edificio de tres arcos cada uno. De esta época son la mayoría, sino la totalidad, de los cuadros que existen hoy en dicha Capilla que, desde entonces, no ha cambiado de ubicación.

En 1887 se colocó sobre el segundo piso del tercer ala de edificación y en el centro, aproximadamente, del mismo un gran gasómetro, desterrando desde entonces las lámparas de kerosene que se usaban en los estudios y clases. Al año siguiente se puso un tabique en el comedor de los niños, convirtiéndolo así en dos comedores de medidas más reducidas. En 1918 se quitó dicho tabique,

que sólo era una especie de mampara de madera, y se construyó el tabique actual.

4. El Diario del Colegio nos informa que el día 11 de mayo de 1889 "en la huerta se empieza a abrir los cimientos para la nueva obra que debe hacerse en la calle de Tucumán y Río-Bamba" y a 25 de noviembre del mismo año nos dice que "comienzan las obras de un nuevo dormitorio para los niños sobre las clases actuales". Recuérdese que dichas clases estaban entonces donde hoy se hallan los estudios de la 1ª y 2ª Brigada, correspondiendo, por ende, al nuevo dormitorio el local ocupado otrora por el Museo Histórico y actualmente por aulas de las clases preparatorias. El comedor de la Comunidad se ensanchó en octubre de 1888, suprimiendo una sala que existía entonces entre dicho comedor y la Capilla, y en enero de 1891 se amplió la vieja cocina.

5. El salón de actos, que temporariamente y sólo parcialmente hizo de Capilla de los alumnos hasta la inauguración de la Iglesia en 1876, resultó en los años siguientes estrechísimo para contener la gente que solía asistir a los actos públicos, sobre todo a los que, una o dos veces al año, solía dar la Academia Literaria del Plata. Se arbitró un medio de ensanchar la capacidad del salón y fué abriendo todo el lado derecho del escenario, de suerte que quienes estuvieran en el comedor de los niños al que daba dicha apertura podían no sólo oír sino también ver con toda facilidad el escenario. A la larga tampoco bastó este recurso, y fué menester quitar una mampara que había en dicho comedor y que lo separaba de otro salón igualmente grande, permitiendo así una doble capacidad de espectadores en ese apéndice del salón de actos. En éste que tenía 26 metros de largo y 10 de ancho, había una amplia galería que lo rodeaba en tres de sus lados, y estaba exclusivamente reservado para caballeros.

Se imponía la construcción de un salón que respondiera a las necesidades y al prestigio del Colegio y el día 8 de diciembre de 1894 llegó de Roma la necesaria autorización que concedía el Padre General para una obra de esa magnitud. A 17 de diciembre de ese mismo año de 1894, según leemos en el Diario del Colegio "se da principio al derribo del salón de actos fabricado por el R.

P. Superior, Baltasar Homs, el año 1874-1876. Se derribó por ser de poca capacidad y se edificará otro más grande".

El nuevo salón de actos se edificó en el mismo solar del anterior, con la misma longitud de aquel y conservando el mismo escenario. Solo en anchura y en altura se diferenciaba un salón del otro. El antiguo tenía un solo piso, el nuevo dos pisos, además de la planta baja; el antiguo tenía una anchura de 10 metros, el nuevo tiene 19 metros; el antiguo era poco proporcionado, dada su excesiva longitud; el actual es un enorme salón de líneas perfectas y cabales, no superado en Buenos Aires, hasta hace muy pocos años, sino por algún que otro gran teatro. Hoy, como otrora, sorprende la belleza y fortaleza de las barandas de incienso amarillo que recorre en toda su amplitud las dos galerías o pisos de galerías. El escenario tiene su bóveda en forma de 1|4 de naranja, de modo que parece un enorme nicho, cuyo arco frontal llega a la altura de la segunda galería, teniendo por encima de su arco la continuación de la galería superior. El escenario, menos ancho que el salón obliga a todo el recinto y galerías a reducirse o abocinarse para converjer al escenario, aunque la verdadera razón es el pasillo exterior que existía y existe en esa parte del Colegio, y que comunica el patio o jardín principal con los otros patios y secciones de la casa.

El día 30 de agosto de 1895 no se pudo tener la tradicional fiesta en honor de Santa Rosa por no estar aun terminado el nuevo salón, pero el 2 de octubre "se estrenó por primera vez" con una "Proclamación de dignidades", y el 11 de noviembre la Academia lo utilizó para uno de sus grandes actos públicos y el 15 de diciembre de ese mismo año se inauguró oficialmente con la distribución de premios. Para el acto del 11 de noviembre se colocaron 1200 sillas en el plano "aunque algo apretadas, leemos en el Diario del Colegio, y agrega que "no se ocuparon todas por estar demasiado apretadas, pues no pocas señoras en vez de una ocupaban dos". Suponemos que el mismo fenómeno acaecería el día 15 de diciembre, aunque no nos consta.

En el viejo salón de actos se había colocado, a 11 de diciembre de 1885, una grande "araña" de bronce y cristal", que iluminaba a gas, pero al construirse el nuevo salón se encargó la que ahora existe, y su colocación fué en abril de 1897. Desde fines del año anterior existía ya luz eléctrica en algunas dependencias del

Colegio, pero con corriente tan inestable que frecuentemente fallaba. Así "en 1º de febrero de 1897, nos informa el Diario del Colegio, vuelve hoy a alumbrarnos la luz eléctrica que había faltado desde el día 25 del pasado enero", y a 24 de febrero de 1898 nos informa el mismo Diario que "nos avisaron que esta noche nos faltará la luz y se dispuso el gas y las lámparas de kerosén". Hacía un año que había electricidad en los aposentos de los Padres, pero tan intermitente como la de las demás dependencias del Colegio. Gracias a la corriente eléctrica, pudo el joven Cardini exhibir en la noche del 1º de enero de 1899 unas cintas de cinematógrafo a los Padres y Hermanos reunidos a ese fin en el salón de actos.

6. La única obra extrictamente artística efectuada en el Colegio en el decurso del pasado siglo fué la erección de la estatua al Corazón de Jesús en el patio de honor del Colegio. La devoción al Corazón de Cristo aparece desde los albores de la historia del Colegio. El 25 de octubre de 1875 se inauguró con especiales cultos, en la vieja Capilla pública, el altar del Sagrado Corazón, y al abrirse la Iglesia al culto público era una imagen del Corazón de Jesús el que ocupaba el altar mayor, estatua que en abril de 1887 se sustituyó por el hermoso lienzo que pintó expresamente para el altar mayor el Hermano Hilario Xandri, y que se colocó en él bajo un digno dosel.

Este culto al Sagrado Corazón de Jesús se exteriorizó bellamente el día 19 de marzo de 1891, día onomástico del Padre José Saderra, Superior entonces de la Misión Argentina. El Diario del Colegio nos dice que en ese día:

> "A las 10 el R. P. Superior bendijo la estatua del Sagrado Corazón de Jesús colocada en el primer patio. Esta estatua fué encargada por el Sr. Ramos Acevedo, ex-alumno, y éste invitó para su inauguración a todos los ex-alumnos. La invitación se hizo por medio de los diarios. Asistieron a la inauguración como doscientos jóvenes ex-alumnos, y seis de ellos declamaron discursos entusiastas".

El señor Benito Acevedo Ramos cursó en el Colegio todos sus estudios entre 1871 y 1878 inclusive, y se dedicó a la escultura, llegando a adquirir no poco prestigio como artista. La imagen del Corazón de Jesús tan generosamente donada por él, hace justamente medio siglo, sigue siendo un monumento digno del Colegio así por su arte como por su piedad.

Recordemos que fué también este caballero quien, en ese mismo año de 1891, quiso correr con todos los gastos que pudieran suponer las fiestas a celebrarse en honor de San Luis Gonzaga, cuyo tercero centenario se conmemoraba. "El día 21 [de junio] se celebró una misa solemne, a la que asistió todo el Colegio y muchos exalumnos y caballeros. Predicó el Padre Mendieta. Al día siguiente, 22 de junio, y a las 2 de la tarde comenzó el acto literario-musical solemne a honor de San Luis. Entre el salón y comedor y tribunas se prepararon 1.500 asientos y se ocuparon todos. Para este acto se prepararon tarjetas de lujo . . . Terminada la merienda, los niños fueron todos al patio del Corazón de Jesús; allí una banda de música tocaba, se encumbraban globos, se quemaron fuegos artificiales. El patio estaba adornado con farolitos. Para los fuegos entraron personas de afuera". Esto leemos en el Diario del Colegio, y allí mismo se dice que, gracias a una rifa y a la generosidad del señor Ramos Acevedo, se cubrieron todos los gastos.

Capítulo XVII

EL PADRE JORDAN Y EL COLEGIO A FINES DEL SIGLO XIX

1 — *El Padre Jordán: datos biográficos;* 2 — *En el Colegio del Salvador desde* 1870; 3 — *Sus dotes oratorias;* 4 — *Su enorme prestigio como orador;* 5 — *Profesor en el Colegio hasta* 1887; 6 — *Rector del Colegio:* 1896; 7 — *Alarmas y peligros;* 8 — *Marcha del Colegio desde* 1896 *a* 1900; 9 — *Al frente de la Academia del Plata;* 10 — *La Congregación de la Buena Muerte;* 11 — *El Padre Jordán y el poeta Guido Spano;* 12 — *Ultimos años y santa muerte;* 13 — *Homenaje de la Academia Literaria del Plata.*

1. El 30 de noviembre de 1862, seis años antes de abrir el Colegio del Salvador sus aulas a la juventud porteña, arribó a la ciudad de Buenos Aires, procedente de Italia, un joven Jesuíta que había tenido que interrumpir sus estudios y abandonar su patria a causa de su mala salud. Una terrible tisis, con trece meses de continuos vómitos de sangre, le había llevado a las puertas de la muerte.

Camilo María Meucci Giordani [553] se llamaba ese joven Jesuíta, que, nacido en Monterotondo, en los Estados Pontificios, el 13 de setiembre de 1839, había ingresado en la Compañía de Jesús, el 12 de marzo de 1856, a los diez y seis años de su edad. Cinco años más tarde estudiaba la filosofía y las ciencias con maestros como Tongiorgi, Palmieri y Secchi, cuando se vió obligado a buscar en América el remedio a su mal. Lo halló, por cierto, y colmadamente.

2. Después de haber estado en Córdoba y en Santa Fe, destináronle los Superiores al Colegio del Salvador, y a principios de 1870 llegó al mismo el entonces Maestro Camilo Meucci Jordán. Aunque en ese curso estudió el tercer año de teología, a una con el joven teólogo Francisco Ginebra, era "Prefecto de brigada", y al siguiente año, ordenado ya de sacerdote, estudió el cuarto año de teología, mientras ejercía el cargo de "ministro de las clases". En 1871 hace la llamada Tercera Probación, pero es al propio tiempo profesor de Retórica, de matemáticas y de la historia de la Edad Media. Desde 1873 corren a su cuidado las dos cátedras de Filoso-

fía y mientras en torno suyo los profesores cambian ya de domicilio, ya de cátedras, sigue el Padre Meucci Jordán constante en sus clases de Filosofía y en sus academias literarias plasmando las mentes y conformando los corazones de la juventud estudiosa desde aquellos lejanos tiempos hasta principios del siglo XX.

Muchos y muy egregios Jesuítas honraron el Colegio del Salvador en las postreras décadas de la centuria pasada, y ya hemos recordado justiciera y elogiosamente a los Padres Coris, Salvadó, Freixes, Sató, Mendieta, Brugier, Barber, Aguilar, pero talvez pueda, y aun deba decirse, que ningún Jesuíta llegó a dar tanto prestigio al Colegio del Salvador como el Padre Camilo Meucci Jordán, a quien desde 1876 se suprimió el primer apellido, llamándosele simplemente Camilo Jordán.

3. Dios había sido generoso con este Jesuíta y él, a su vez, había sabido corresponder a la generosidad divina, empleando con usura los talentos que el Señor le había dado. Dotado de una imaginación oriental, de un corazón impresionable hasta el extremo, de suma facilidad en la expresión y de una lógica contundente; sostuvo largos años el cetro de la oratoria sin que rival alguno osara disputárselo: y, si es verdad que el lujo en la expresión y un colorido, a veces exagerado, predominaba con frecuencia en sus discursos, no lo es menos que esto constituye su principal mérito; pues en medio de una sociedad frívola y alejada por completo de las prácticas piadosas, supo propinar en pequeñas dosis el alimento espiritual a muchas almas que, víctimas de un hastío indolente, rehusaba todo remedio saludable. No dejaba de sentirlo el primero de todos, el mismo Padre Jordán; el cual, de vuelta muchas veces de sus brillantes conferencias, y discursos, y cuando todavía resonaban en sus oídos los últimos plácemes que le tributaban las principales personalidades de la República, manifestaba él la pena que le causaba tener que obrar de esa suerte, y, en medio de las expansiones de la vida de familia expresaba su profundo sentimiento al verse precisado por las circunstancias a revestir de postizas galas las severas y profundas verdades de nuestra religión. Durante veinticinco años, desde que en 1872 predicó en la Catedral de Buenos Aires su primer sermón el día de San Luis Gonzaga, hasta 1896, predicó sin interrupción los sermones de cuaresma en la catedral delante de un público, que, si no era en su totalidad ni siquiera en

su mayoría piadoso, se distinguía por lo selecto de sus ingenios y su posición social: y el que este público lo oyera complacido sin que el orador decayera en lo más mínimo, constituye el principal elogio de su inigualada elocuencia.

4. Fueron innumerables los sermones, conferencias y panegíricos predicados por el Padre Jordán, desde la primera vez que subió al púlpito, en la Capilla Pública del Colegio del Salvador y en la tarde del 15 de agosto de 1871, hasta la postrera vez que ascendió al mismo, en la Iglesia del mismo Colegio, el día 1º de enero de 1906. El Diario del Colegio anota una o dos veces al mes, algún sermón, conferencia o panegírico predicados por este singularísimo orador. No había parroquia en Buenos Aires en la que no hubiese predicado repetidas veces, y mientras aceptaba complacido aun los púlpitos menos vistosos, le hallamos predicando en Luján, cuando la coronación de aquella imagen, y en Córdoba, cuando la coronación de Nuestra Señora del Milagro, y en Catamarca. cuando el aniversario de la coronación de la Virgen del Valle, y en Salta con ocasión de las fiestas del Milagro, y en Montevideo cuando la inauguración de la iglesia de la Compañía de Jesús, de la calle Soriano, y en ocasiones análogas predicó Jordán en Santa Fe, Paraná, Rosario, Bahía Blanca, San Nicolás de los Arroyos, Chascomús, Dolores, Mercedes, San Isidro y en cuantas poblaciones requerían su elocuente palabra a fin de dar mayor realce a las fiestas que celebraban.

Uno de los grandes admiradores del Padre Jordán escribió estas líneas, después de su deceso [554]:

> Su fisonomía era simpática y atrayente, su frente espaciosísima, como abierta a toda la luz de la verdad, su cabeza tan bien formada, que parecía una obra maestra de escultura, su mirada dominadora, aunque suavizada por un tenue velo de melancolía. En el instante en que su majestuosa figura asomaba en el púlpito, un sordo rumor se producía en todo el templo. La gente se apiñaba, se arremolinaba; cada una quería escoger el sitio más conveniente para verle mejor, observarle mejor, y no perder ni un solo acento, ni una sola mirada. Pero se hacía de pronto el silencio, y una emoción viva se apoderaba del auditorio. El Padre ya miraba, y aquella mirada era de un dominio sin igual. En esta actitud permanecía algunos instantes, hasta que, recitado el texto bíblico, con claridad y pausa comenzaba a hablar, aumentando por segundos la espectativa del público y la intensidad de la voz, que modulaba hasta el punto de hacerla perceptible, aun

para quien estuviera a larga distancia. Cuando al principio de un ataque al vicio, v. gr., o al hombre del pecado, iba a desencadenar una de aquellas tempestades, que estaban siempre en sus manos, dirigía antes una mirada de benevolencia al auditorio, como pidiéndole indulgencia para sus palabras; pero cuando la ternura del asunto le arrebataba, entonces cerraba casi del todo los ojos, y ni miraba ni veía. Empero no era sólo la voz ni la mirada; era el continente entero el que acompañaba a sus palabras y hablaba; aunque sin género alguno de duda, ni en lo uno ni en lo otro estaba la razón última y potísima de su eficacia oratoria, sino en el sentimiento vivo de su convicción profunda, que se traslucía en cada una de sus palabras, y en la persuasión íntima que tenía el auditorio, de que aquel sacerdote de tanta sabiduría y autoridad, era un hombre, que no se buscaba a sí mismo, era un religioso humildísimo y un santo.

Manifestación elocuentíshima de su gran corazón fué su libertad apostólica. Ella fué incomparable. El P. Jordán podía decirlo todo. Un profeta, un heraldo de Dios, hablaría como él. Y adviértase que conservó siempre su carácter de extranjero. Amaba a Buenos Aires, como no podía menos de amar a aquella ciudad, a la que sacrificaba voluntariamente y con tanta abnegación, los afanes todos de su existencia; amor del que es testigo quel grito. que salió varias veces de su grande alma: "¡Buenos Aires, te lo digo porque te amo!". Con todo, el no ocultó nunca su carácter; siempre estuvo explícito. Se dirige a sus oyentes argentinos y les habla de: "vosotros". "vuestras leyes", "vuestros hombres", "vuestra Historia". Consignamos este hecho para hacer notar que aun en esta posición desventajosa para él, su libertad fué omnímoda y el respeto del auditorio y del público incondicional.

Para ilustración de aquellos que no han tenido la satisfacción de oír al Padre Jordán ni han tenido la oportunidad de leer alguno de sus discursos, vamos a transcribir algunos párrafos de una de sus lucubraciones oratorias, la referente a la blasfemia:

"Pero vosotros me interrumpís. . .; os escucho, señores. . . Decís que mi discurso, tolerable tal vez en Francia, en Italia, en España, es inoportuno por lo menos en la Confederación Argentina, es intolerable en la capital, lo mismo que en cualquiera de sus ciudades. ¿A qué, añadís, venir a declamar contra un vicio que el hijo de América conoce sólo de nombre, pero que rechazan sus costumbres, más aún que su religión y su fe? Perdonadme, señores. . .; yo creí que erais un pueblo cosmopolita, quizás como ningún otro pueblo de la tierra y que, por lo tanto, podía ser oportuno y tolerable en Buenos Aires lo que fuera tolerable y oportuno en París, en Roma, en Madrid. ¿Acaso no son hermanos vuestros cien mil hijos de todas las naciones de la tierra, que dividen con vosotros la educación de vuestros hijos, la enseñanza de vuestras cátedras, la propaganda de vuestra prensa, la defensa de vuestras ciudades, la labor de vuestros campos, la industria de vuestro comercio, la especulación de vuestros tráficos? ¿Acaso no

blasfeman ellos? ¿no os enseñan la blasfemia a vosotros? ¿no pudieran cuando menos inspiraros la blasfemia algún día? Pero ¿tenéis averiguado, en efecto, que el hijo de América no conoce sino de nombre ese vicio, que rechazan sus costumbres más aún que su religión y su fe? ¿Estáis ciertos de ello para no temer un mentís de la experiencia propia y extraña? ¡Oh! sin duda, y me complazco en proclamarlo muy alto, no se conoce entre vosotros esa blasfemia feroz, que escupe en el rostro a la misma Divinidad, porque no alcanza a matarla, a destruirla, a aniquilarla...: no se impreca entre vosotros el adorable Nombre de Dios, ni se arrastra su sangre por el lodo de las calles, ni se maldice tampoco a la Madre de Cristo y de los hombres...; no importa si por defecto o por sobra de fe; pero ¿osaríais asegurar también que no se conoce entre los hijos de América, entre los hijos del Plata a lo menos, la blasfemia más terrible, si menos feroz, más corruptora, más escandalosa, premeditada, intencional, calculada a sangre fría que se mofa de la Divinidad porque no la comprende ni quiere entenderla tampoco? Pero, Señores, ¿a qué nación pertenecen esos ancianos de quince años que hablan de Dios como de un ser injusto, sin providencia y sin amor, que abandona a la mejor parte de la humanidad en brazos de la superstición, del fanatismo, de la mentira; esos niños decrépitos que escarnecen del sacerdote como de un ente o ridículo o corruptor; que se mofan de los sacramentos como de invenciones estúpidas de ignorantes o de explotadores; que se ríen de los dogmas y los misterios como de paradojas absurdas, inventadas tan sólo para divertir la imaginación de niños y de mujeres? ¿Quién ha creado, quién subvenciona, quién regenta, quién frecuenta, en fin, esas escuelas, esas aulas, esas academias, donde se enseña y se aprende, se cree o se afecta creer, se proclama en alta voz o se repite con reserva, que si hay algún dios a quien la humanidad debe adoración, él es sin duda la razón humana o la materia, principio generador de todo; que si hay algún Cristo redentor del mundo, él es sin disputa un mito, un símbolo, una alegoría, la alegoría, el símbolo, el mito de la razón, del derecho, de la perfectibilidad, creadores naturales de la libertad, de la fraternidad, de la igualdad, de la civilización, en suma, en su más alto grado, en su última perfección? ¿En qué pueblo, señores, se escribe y se lee, se lee desde el octogenario al imberbe, desde la matrona a la doncella. desde el sabio al ignorante, todo linaje de ataques sacrílegos contra el sacerdocio y el pontificado, y la Iglesia de Cristo, contra su predicación y su enseñanza, contra sus leyes y su disciplina, contra sus derechos y sus inmunidades? ¿Desde qué regiones parlamentarias han descendido esos oráculos tremendos, que resuenan aún lúgubremente en nuestros oídos, que el progreso de la República es incompatible con el catolicismo; que la escuela argentina ha de ser, de hecho por lo menos, sin Dios; que la enseñanza por lo tanto será de hoy más en adelante esencialmente laica? ¡Ah! ¿os atreveríais, repito, a proclamar también que no se conoce ese linaje de blasfemia entre los hijos del Plata?

"Señores, ¿queréis que os diga la verdad, toda la verdad desnuda, franca, sin embages ni rodeos? Al fin vosotros sois nobles, generosos, libres

e independientes, como el viento de vuestras pampas... mil veces habéis prestado vuestros oídos, habéis aplaudido, habéis prodigado aún vuestros tesoros a hombres o ilusos o perversos...: ¿por qué habíais de desmentiros sólo con un ministro del Señor, que aunque pobre extranjero, como me recuerda oportunamente no sé qué suelto de vuestra prensa, os estima sin embargo como vuestros más sinceros admiradores, os ama, si le permitís, más aún que su libertad y su vida; que ni solicita vuestros aplausos ni busca vuestros tesoros...? Me distraía, señores... ¿queréis que os diga la verdad, preguntaba yo, toda la verdad desnuda, sin ambages ni rodeos? Pues bien: yo creo firmemente que vuestra República está próxima a un cataclismo moral, y pienso todavía que no es difícil reconocer al monstruo horrendo que ha de arrastrarla al abismo. ¿Cuál es ese monstruo?"

....

"Es la blasfemia... la blasfemia en su más amplia acepción".

5. Hasta 1887 no obstante su ya inmensa actuación como orador, retuvo el Padre Jordán sus clases de Filosofía en el Colegio, y seguía siendo el alma de todo el movimiento literario en el mismo. Durante períodos diversos fué vice director o director de la Academia Literaria del Plata, de la que ya nos hemos ocupado, como también de una Academia Literaria que existió, a lo menos en algunas épocas, en el Colegio, la que estaba compuesta por sólo alumnos del mismo.

Recordamos ya en otro capítulo, al referirnos a las actividades escolares desde 1875 hasta 1886, el fervor literario y filosófico que hubo en el Salvador en ese período de años y hemos de aseverar que casi todo, si no todo, se debió en primer término al Padre Jordán. Solo una alma ardiente y vibrante como la de este Jesuíta pudo enardecer de esa suerte a sus alumnos. Ni el Padre Manuel Poncelis, ni el Padre Vicente Gambón, ni el Padre Salvador Barber, ni el Padre Cándido Darner, espíritus selectos, varones talentosos, literatos de fuste, pudieron en forma alguna crear un ambiente de tan intenso entusiasmo literario, como le cupo crear al gran Jordán.

En 1887 el Padre Pedro Mendieta era profesor de Literatura en todos los cursos, pero el impulso dado a esta asignatura por el Padre Jordán no se había detenido y la influencia del gran orador es evidente en todas las manifestaciones literarias habidas hasta principios del siglo XX. El Padre Mendieta, criollo viejo, carecía del alma de fuego que bullía en el hijo de la bella Italia.

Por esta razón creemos deber atribuir primordialmente a és-

te y no a aquél, las coronas poéticas y demás actos literarios, así la Corona Poética de 1887, dedicada a Su Santidad León XIII, y la de 1889 referente "A las Artes y Ciencias", y el Melodrama de 1891 y el gran acto de 1892 en honor de Colón y del cuarto centenario del descubrimiento de América.

En la Corona Poética a Su Santidad León XIII, con motivo de su jubileo sacerdotal, tomaron parte, como autores o como recitadores, Carlos Ramallo, Alfredo Gaviña, Francisco Tula, Enrique Garrido, Pedro Caride, Pedro Bercetche, Daniel Cranwell, Rodolfo W. Carranza y Benjamín Otero. Este último, profesor después en la Universidad de Córdoba y prestigioso forense, compuso la letra de una cantata, que el nuevo profesor de música del Colegio, y sucesor del Maestro Lorenzo Segret, el señor Félix Ortiz armonizó:

Primer coro

De furor el averno bramando,
Iracundo sus fauces abrió;
Y a la Esposa de Cristo acosando,
En sus iras ahogarla intentó.

Tremolando la negra bandera,
A su frente se lanza satán:
A su torno con saña altanera,
Agrupadas las turbas están.

Solo

La espada fulminante
Blandió con fiero amago:
Doquier sembrando estrago,
Vencer soñó en la lid...
Señor, Señor, escucha

De tu grey el gemido:
¡Ay! a piedad movido,
Sostén a tu adalid!
. . . .
De furor el averno bramando, etc.

Duo

Brilló por fin la aurora
De aquel dichoso día:
Tu pueblo a la alegría
Abrió su corazón.

La Iglesia vencedora,
Con himnos de victoria
Celebra la memoria
Del inmortal León.

Pieza concertante

Ya de Pedro el indómito brazo
Humilló de Luzbel la arrogancia:
Confundida su negra jactancia,
Doblegó la orgullosa cerviz.
Y la Iglesia de gloria radiante,
Del gran León el triunfo pregona,
Y sus sienes de lauro corona,
Festejando su día feliz.

Oh doncellas, alegres su frente
De laurel y jazmín coronad:
Inflamados de júbilo ardiente,
Oh mancebos, su gloria cantad.
En las alas del viento volando,
Las esferas traspase veloz,
Y del Plata a León aclamando,
Rauda suba hasta el cielo la voz.

Don Félix Ortiz que, con el correr de los años, llegó a llamarse don Félix Ortiz y San Pelayo, era sin duda un músico eximio y un compositor egregio. Con una facilidad sorprendente ponía música, la más adecuada, a cualquiera canción. Fué ciertamente él uno de los grandes factores de cultura artística con que contó el Padre Jordán a fines del pasado siglo y principios de éste. Fué Ortiz y San Pelayo quien en 1889 puso la música a la Cantata y Coro a las artes y ciencias:

Coro

Artes bellas del hombre consuelo
Nobles ciencias honor del mortal:
Suba, suba a vosotros el eco
De un magnífico canto triunfal.

"La Física", "La Filosofía", "La Pintura", "La Música" y "La Poesía" cantaban sus triunfos, y el coro se repetía al final de cada aria. Transcribamos la parte referente a "la Pintura":

Yo pinto en las aguas
Las ramas del sauce
Que crece en el cauce
Del limpio cristal.

Verdor al vergel.
Color a las flores,
A alados cantores.
Doy vida en el lienzo

Y es tal mi destreza
Si pinto la aurora
Que el Sol se enamora
Del fingido Edén.

Coro a las Artes

Hermosas las artes, son bellos oasis
Do el hombre descansa en triste desierto
Do arrulla su alma sonoro concierto
De mil voces bellas que cantan su amor.
Pensiles floridos, retrato del cielo
Dichoso el que puede gozar vuestro encanto,
Dichoso el que olvida las penas y el llanto
Perdido el sentido en tanto dulzor.

"Entre Angeles" se intitulaba el melodrama en un acto que se exhibió en la Distribución de Premios de 1891, y se refería a la entrada de San Luis Gonzaga en la Compañía de Jesús. Los coros angelicales y los espíritus satánicos participan ampliamente en este melodrama, que se abre con el "Coro de Novicios".

CORO DE NOVICIOS

Traspase con firme planta
Estos sagrados umbrales
Quien huye los cenagales
De la mundanal región:

Y perfume con su esencia
Nuestro jardín floreciente
Esa azucena naciente,
El lirio de Castellón.

S. LUIS: Mi alma ¡ay! cual paloma
En tétrico erial,
Tus claustros ansiaba
¡Sión celestial!

SUPERIOR: Aquí el aura leve
De paz y quietud
En torno derrama.
La santa virtud.

S. LUIS: ¡Oh, qué dulce encanto!
!Oh, qué gozo fiel!
Gran Dios de Israel!
¡Mi labio te ensalza,

CORO DE DEMONIOS
(*como subterráneo*)

Sepultemos en sangre y ruinas
Esta infame mansión del Eterno;
Su garganta ya ensanche el averno,
Y devore su vil morador.

NOVICIO 1º: ¿Oís cómo retumba
El suelo tembloroso
Al choque pavoroso
De un trueno que estalló?

NOVICIO 2º: Serán las huestes tartáreas
Que de su trompa al eco
Dejan el antro hueco
Dó Dios los encerró.

SUPERIOR: No temáis, hijos,
La ira infernal;
Que Dios su diestra
Nos tiende ya:
Como a la arista
El vendaval,
Un soplo angélico
Las barrerá.

CORO DE DEMONIOS (*más cercano*)

Evocad tormentas rugientes,
Apilad torbellinos sin fin;
Desaparezca por ellos envuelto
Ese necio y novel adalid.

PLEGARIA

Defiende, oh Señor, con tu cayado
Aquestas tus ovejas desvalidas,
Que amagan con furiosas embestidas
Los lobos que el abismo vomitó.

S. LUIS: Señor, yo juro
El santo muro
De este asilo amparo
Siendo mi amparo
Y dulce faro
Del Empíreo la Reina inmortal.

(En este punto oíanse como el preludio de un coro de Angeles, al mismo tiempo que se iluminaba el escenario de un modo particular; entonces los *demonios* cantaban o mejor rugían:

"¡Maldita sea la luz!")

Pero el acto literario que llegó a superar todos los precedentes fué el celebrado el día 11 de diciembre de 1892 y que estuvo dedicado "A Cristóbal Colón en el Cuarto Centenario del descubrimiento de América". El Diario del Colegio nos informa que la concurrencia fué enorme, y entre los asistentes estuvo el señor Rector y vice-rector del Colegio Nacional.

Precedieron al Melodrama varias composiciones poéticas, una del alumno Ignacio Morra, declamada por el señor Augusto Bunge, otra de éste pero que fué declamada por Carlos Durán y una tercera compuesta y declamada por el señor José María Mira. El melodrama fué compuesto por el maestro D. Félix Ortiz y San Pelayo, en cuanto a la parte musical, pero ignoramos quién sea el autor de la parte poética o letra del melodrama, pero sólo había entonces en el Colegio dos hombres capaces de ello: el Padre Camilo Jordán y el Padre Cándido Darner. Este último era, en 1892, el profesor de retórica y es él, muy probablemente, el autor del libreto que entonces se escribió e imprimió, a fin de que los concurrentes pudieran seguir mejor a los cantores y recitadores.

Entre los jóvenes poetas de fines del siglo pasado hallamos a José T. Sojo, autor de una oda heroica "Al genio de Arquímedes", a Carlos Diana, autor de una sátira rotulada "Un sabio a la moderna", a Juan Carlos Llames que compuso un Diálogo sobre el mérito de la poesía y de las ciencias, a Aureliano Porto que puso por título de una poesía "Un rugido aterrador", a Tomás Bas que compuso una oda sagrada, a Augusto Bunge, autor de una oda moral, a Arturo Mendes una de cuyas composiciones poéticas declamó el señor Alejandro Bunge, a José Zubizarreta, a Horacio Videla, a Carlos Cuadros, a Juan Errecart, a Pedro Canale, a Alejandro Marcó y a otros no pocos.

Todos estos jóvenes literatos eran discípulos del Padre Cándido Darner, sucesor del Padre Jordán en la clase de Retórica, pero en todos ellos, incluso en el joven y entusiasta maestro, influía la tradición literaria que el gran Jordán había creado y fundamentado en el Colegio del Salvador. Dejó la cátedra de literatura, pero seguía siendo la personificación de la misma en el Colegio.

Vamos a recordar en este lugar un hecho histórico en el que no tuvo parte alguna el Padre Jordán quien, precisamente cuando ocurrió, fué el único Jesuíta del Salvador que no se hallaba entonces en el Colegio. Nos referimos a la Revolución de 1890. Véase lo que respecto de este ingrato episodio de la historia patria consigna el *Diario del Colegio*:

> Sábado 26 [de julio]. Esta mañana ha salido para el Salto Argentino el Padre Jordán; va a predicar en la fiesta de San Vicente de Paúl. Ha estallado un movimiento revolucionario para derrocar al Gobierno. Han entrado varios medio-pupilos y se ha hecho clase todo el día. Algunas familias han sacado sus hijos, otras han pedido que no los dejen salir; no sale ningún niño sin ser llamado. El fuego se va extendiendo por la ciudad. Desde el primer momento se han encendido dos velas a San José en la Capilla y dos en la Iglesia para que nos libre de toda desgracia. Han dormido unos 300 niños [en el Colegio] con unos 30 medio-pupilos.
>
> Domingo 27 [de julio]. La Iglesia se cerró ayer y continúa cerrada; el movimiento va tomando creces. Han entrado varias balas en los cuartos; no hay desgracia alguna que lamentar. Al caer de la tarde una fuerza de cívicos compuesta de unos 50 hombres armados se apoderan del Colegio a pesar de las protestas del Padre Rector. El Padre Ministro les abre la azotea y las torres. El Jefe de la fuerza declara que tiene especial encargo del General Campos de guardar toda suerte de atenciones a los Padres. Luego entra otro grupo de unos 30 hombres; van entrando más. El máximum de esta noche ha sido de unos 90 a 100. Se han subido a las azoteas muchas

esteras. Se les ha servido abundante sopa con caldo de chorizos desmenuzados que ha podido traer un sirviente que salió al medio día por carne, y no consiguiéndola trajo tres canastos de chorizos. Duermen más de 200 niños en el Colegio. Se han puesto colchones en todas las ventanas de más peligro.

Lunes 28 [de julio]. Los cívicos son 130. Se les sirve café con galleta a las 7 a. m. Ha salido un sirviente acompañado de dos hombres armados y han acompañado hasta el Colegio al panadero, y viene provisión de carne. El panadero vino ayer en medio del fuego. Al medio día se pone a los niños a media ración de pan en previsión de si no se consigue más. Escasea la carne. A las 10 y 1|2 se ha servido una buena sopa a los cívicos. A las 16 p. m. otra vez sopa con un pedazo de asado. El Coronel pide atentamente se le arregle una cama para descansar un poco. Pasa la noche en la pieza más cercana al coro de la Iglesia. En el corredor de la música [paralela y adyacente a la Iglesia] se han extendido gergones para algunos oficiales. En el proscenio del salón [de actos] hay cuatro camas preparadas para heridos. Se atendió a uno que está herido de su propio revólver; se le disparó. No es de gravedad.

Martes 29 [de julio]. Hemos logrado fácilmente que el herido se confesase. Confesóle el Padre Aguilar. Habiendo notado ser tan costoso subir la comida para tantos, se ha logrado que bajasen por tandas al comedor. Se les ha servido el almuerzo en el comedor de los medio-pupilos. Mientras la Comunidad comía han recibido la orden de dispersarse y deponer las armas. Al fin de la comida han llamado de la mesa al Padre Rector y al Padre Ministro, de quienes se han despedido los Jefes. Dicen que les han vendido. Quedó desalojado el Colegio. A las 12 y 1|2 entran de nuevo dos individuos diciendo que ha sido una orden falsa, y vuelven a ocupar las azoteas a pesar de las protestas para que no comprometan al Colegio; van entrando nuevos grupos. Son gente desconocida en su mayor parte, sin orden ni disciplina. Se presenta uno de los oficiales de los días anteriores, pone orden y nos tranquiliza algo; hay órdenes y contraórdenes. Es una confusión. El Colegio corre serio peligro de ser hostilizado por las tropas del Gobierno. Al fin, viendo la multitud de hombres que se retiran del Parque, desarmados los más, abandonan el Colegio, dejando muchas armas y municiones. El Colegio está desocupado, gracias a Dios.

Debo consignar en este Diario un afectuoso voto de gracias al Glorioso Patriarca San José que nos ha librado de toda desgracia en medio de tanta perturbación y peligros, y que nos ha provisto de todo lo necesario en estos días, a pesar de haber en casa cerca de 300 personas, cuando ha habido menos, entre Comunidad, niños y cívicos. Estos se han portado como caballeros con nosotros. Una vez más hemos experimentado que no sale fallida la confianza en el Patrocinio de S. José. La tarde se ha pasado con inquietud . . .

Miércoles 30 [de julio]. El Jefe interino de Policía ha publicado un edicto ordenando el secuestro de armas; a las 8 a. m. se presentó un oficial

con cuatro números de policía y recogió todas las armas y municiones, que eran bastantes. El Padre Jordán no ha vuelto y nada sabemos de él.

Jueves 31 [de Julio]. No se celebra función alguna... A las 9 a. m. se han hecho salir a todos los niños que aún habían quedado, para que vayan a ver a sus familias. [Todos estos días de revolución] salieron los Padres Auweiler y Mas a socorer heridos en los hospitales y ambulancias.

Sábado 2 [de agosto]. Anoche a las 19.30 llegó el Padre Jordán.

Miércoles 6 [de agosto]. El Dr. D. Miguel Juárez ha presentado la renuncia al alto puesto de Presidente de la República.

Esto leemos en el *Diario del Colegio* y sabemos que el General Manuel J. Campos, Jefe militar de la revolución de 1890, donó después al Colegio del Salvador, como prueba de agradecimiento, el gran Cristo Crucificado, cruz de madera e imagen de bronce, que durante tantos años estuvo en la sala de visitas, y se encuentra ahora en la Capilla de los Alumnos.

Desde 1887 hasta 1896 llegó la fama oratoria del Padre Jordán a su mayor auge, y en ese período de años sólo le encargaron los Superiores el cuidado de la Iglesia del Salvador, la dirección de la Congregación de la Buena Muerte y de la Academia Literaria del Plata, como también la de las Conferencias Vicentinas, fundadas por él.

6. La actuación tan múltiple como acertada y luminosa del Padre Jordán culminó en 1896 con su elevación al vicerectorado, primero, y después al rectorado del Colegio. El Diario de éste, a 14 de abril de 1896, nos informa que "en vista de la enfermedad del Padre Rector [Ramón Barrera], el dictamen de los médicos y el parecer de los consultores, el Padre Superior [de la Misión, Antonio Garriga] ha nombrado Ministro de este Colegio con todas las facultades de Vicerector al Padre Camilo Jordán, hasta que los Superiores mayores, dispongan otra cosa...". Dos años más tarde, los Superiores mayores, con fecha 13 de enero de 1898 nombraron al Padre Jordán rector del Colegio y lo gobernó, en carácter de tal, hasta el día 13 de febrero de 1902, en que le sucedió en el cargo el Padre Juan Cherta.

En los primeros meses de 1896, coincidiendo con el vicerectorado del P. Jordán, fué nombrado ministro del Colegio el Padre José Salvadó. El Padre Juan Homs regresó a España y el Padre Corominas fué destinado a Santa Fe. En 1897 el Padre José Reinal sucedió al Padre José Salvadó en el cargo de ministro, y el

Padre José Ferragud sucedió al Padre Barber en el oficio de Prefecto General del Colegio. El benemérito y exactísimo Padre Barber fué destinado a Córdoba, mientras que al Seminario fueron destinados el Padre José Salvadó y el Hermano Juan Ribolleda. Del Seminario al Colegio pasó el entonces Maestro, y después Padre José Ubach que tanto prestigio habría de dar, más adelante, al Colegio con su vasto saber científico, como en su oportunidad consignaremos.

7. Fué en agosto de 1897 que los Padres del Salvador pasaron otros malos momentos a causa del entusiasmo de los italianísimos por su héroe Giuseppe Garibaldi. Ya en 1888 había Garibaldi perturbado la tranquilidad del Colegio del Salvador y, como veremos, la volvió a perturbar en 1901. Con fecha 25 de agosto de 1897 nos informa así el Diario del Colegio:

> Hoy las sociedades masónicas han hecho una manifestación pública para felicitar y entregar una medalla de oro al diputado Dr. Gouchón, por haber presentado y hecho aprobar en la Cámara de Diputados de la Nación un proyecto de ley autorizando la erección de una estatua a José Garibaldi. Dos días antes el Padre Rector recibió avisos de personas de alta posición de que se pretendía incendiar el Colegio del Salvador, y que hasta estaban designados los que debían ejecutarlo. El Padre Rector [Camilo Jordán] fué el sábado [21 de agosto] a ver al Presidente de la República, quien le dió las mayores seguridades: al anochecer del mismo día mandó al Colegio a su edecán, ofreciendo al Padre Rector el batallón del Paraguay y la escolta del mismo Presidente; además hizo venir al Jefe de Policía a ponerse de acuerdo con el Pade Rector. Con el Jefe de Policía se convino que vendría un piquete de bomberos y se pondría algunos vigilantes afuera.
> "Todo se hizo así, pero no ocurrió nada que alterase el orden: la manifestación fué menos numerosa de lo que se temía, acompañada de muchos policiales, que los obligaron a retirarse luego que hubo terminado".

En 1898, y a 6 de noviembre, volvió Garibaldi a intranquilizar al Padre Jordán ya que

> "hoy hace la masonería una gran manifestación para poner la piedra fundamental del monumento a Garibaldi, que va a erigirse frente a los portones de Palermo. La Prensa dice que hubo 50.000 asistentes, pero otros dicen que muchos menos: asistió el Presidente de la República, el Ministro del Interior, Dr. Jofre, y el Intendente Municipal. Dos sirvientes nuestros de confianza fueron a la manifestación para observar. A nosotros nos habían prevenido que tomáramos precauciones, que una chispa casual podría ocasionar un incendio. El Padre Rector había visto al Jefe de Policía, el

cual le dió todas las seguridades. Hizo que la manifestación no pasara frente al Colegio y mandó un piquete de bomberos".

En 1901, y por tercera vez, tuvo el Padre Jordán que prevenirse contra un posible ataque de los "italianísimos" contra el Colegio. La manifestación garibaldina del 20 de setiembre se adelantó ese año al domingo 15 y

"por temor de que los manifestantes atacaran al Colegio varios de los Padres y Hermanos fueron a casas particulares. Varios caballeros vinieron con armas para defender el Colegio, además de 16 bomberos y 8 policías armados de revólver. Los caballeros fueron los Doctores Paco Ayerza, Emilio Lamarca con sus hijos, Galupo Gondra, Barros C., Pizarro con sus dos hijos, los dos Cullens, Soto, Echezarreta, Kenny, Ezpeleta, Zelada, del Castillo, Juan Cruz Puig, Navarro Lamarca. Los Padres y Hermanos que fueron a casas particulares: el Padre Masferrer y el Hermano Román a casa de Heimendahl; Padre Ochagavia y Montalba a casa de Spinedi; el Padre Gomis y el Maestro Feliú a la casa de la señora de Piaggio; el Padre Monserrat y el Hermano Bella a la casa de la señora Catalina P. de Boer; el Padre Terol y el Maestro Ubach a la casa del Dr. Paco [Ayerza]; el Padre Bassols y el Maestro Vallés a la casa del señor Rómulo [Ayerza]; el Padre Vandrell y el Maestro Otrega a casa del [arquitecto] Puig; el Padre Llobera y el Hermano Hevia a la casa de la señora de Avalle; el Hermano Benedicto y el Hermano Cervera al campo".

8. El número de alumnos que en 1896 era de 550, ascendió en 1897 a 564, en 1898 a 578 y en 1899 a 596. En 1897 se recibieron de bachiller 42 alumnos, 45 en 1898, y 37 en 1899. En este año de 1899 se discernió un premio especial al alumno Ernesto Dubourg. Ya en 25 de abril d 1878 se había dado "y por primera vez" en la historia del Colegio una medalla especial al alumno más aplicado del año, y el 17 de diciembre de 1883 se dió "por primera vez un premio especial a un alumno de 6º año, por haber observado durante siete años que estuvo en el Colegio una conducta irreprensible". En 1899, según leemos en la Carta Anua de ese año, "dióse un especial premio al joven Ernesto Dubourg porque durante los siete años que pasó en el Colegio fué en todo irreprensible "vitam irreprensibilem duxisset".

Al principio del curso escolar de 1897 fueron destinados al Salvador los Padres Fernando Ochagavía e Ismael Guzmán, y a principios del siguiente año de 1898 abandonaron el Colegio el Hermano Miguel Velilla que fué a Montevideo, el Hermano Gua-

rino de Marco que fué a Mendoza y el Hermano José Zuazo que fué destinado a Santa Fe. El Padre Juan B. Juan reemplazó al Padre Reinal en 1899 en el cargo de ministro, y así este padre como el Padre Pedro Mendieta, tan benemérito del Colegio, como ya indicamos, fueron destinados al Seminario de Buenos Aires. Partió para España, a fin de terminar sus estudios, el entonces Maestro Luis Massegur, después de haber trabajado durante ocho años en el Colegio, y de Córdoba vino al Colegio del Salvador, el Padre Evaristo Jordán.

Estos Padres y otros no pocos eran excelentes cooperadores del Padre Camilo Jordán en la buena marcha y hasta en la prosperidad de que gozaba el Colegio al finalizar el siglo XIX. El Padre Rector seguía al frente de la Congregación de la Buena Muerte y de las Conferencias Vicentinas, el Padre Juan B. Juan, además de ministro de la casa, era uno de los confesores más apreciados en la iglesia; el Padre Anselmo Aguilar seguía al frente del Apostolado de la Oración y era prácticamente el capellán de la Cárcel; el Padre Conillera dirigía la Congregación de San Luis; el Padre Ochagavía, aunque había recién llegado, era uno de los sacerdotes más asiduos en las confesiones de los fieles; el Padre Auweiler, además de confesor asiduo, frecuentaba los hospitales y asilos; el Padre Masferrer había recibido, como en herencia, las cátedras que tanto prestigiara primero el Padre Jordán y después el Padre Mendieta, esto es, las de Filosofía y retórica; el Padre Gambón acababa de publicar sus *Nociones de Historia Argentina* y aunque su vocación eran las bellas artes, enseñaba en 1899 la Física y la Cosmografía; el joven Luis Canudas era profesor de Química y de Geometría; los maestros Juan Isern y José Ubach, ninguno de ellos sacerdotes aún, y los Padres Ruperto Giménez, Antonio Ortells, José Nicolay, Ismael Guzmán, Andrés Vandrell, Evaristo Jordán y Juan Vives, tenían ocupadas de cuatro a cinco horas del día en las aulas escolares.

En ese postrer año del pasado siglo eran porteros los Hermanos José Micó y Antonio Lidón, encuadernador el Hermano Manuel Ausejo, enfermeros los Hermanos Salvador Quereda, Francisco Madriñán y Fermín Vilar, sastres los Hermanos José Vila y Juan Bella, sacristanes los Hermanos Ricardo Niklitschek y Jacobo Murray, carpintero el Hermano Favre, "prefecto del atrio" el Hermano José Benedicto, procurador el Hermano Juan Sas, des-

pensero el Hermano Pedro Ezquerra y cocinero el Hermano Juan Cirerol.

9. El Padre Jordán gobernaba el Colegio pero al propio tiempo arrimaba el hombro a todos los trabajos, así ordinarios como extraordinarios, que suelen presentarse en una institución docente y espiritual como el Colegio del Salvador. No tomó tan sólo el título de director de la Academia Literaria del Plata, ya que se conservan aún, entre sus papeles las conferencias que en las sesiones privadas de la misma leyó él en diversas oportunidades. Están escritas con el mismo primor que sus grandes conferencias públicas en la Catedral, aun cuando los asuntos sean más áridos y el método más didáctico. Versan las dos colecciones principales que existen, y que formaron el tema de varios años, sobre "los errores del positivismo" y sobre "el arte". Las primeras son un arsenal de conocimientos filosóficos, presentados con toda la belleza artística de que es susceptible la abstracción y la dialéctica. Las segundas un tratado encantador, por lo claro y profundo, sobre los principios teóricos del arte y sobre las más notables producciones artísticas. En los últimos años del siglo pasado, formaron parte de la Academia Literaria del Plata hombres distinguidos en el cultivo de la bella literatura, dignos discípulos de aquel maestro, algunos de los cuales han alcanzado renombre como escritores u oradores. Tales son el doctor Carlos Navarro Lamarca, el ingeniero Juan de la Cruz Puig, el señor Abelardo Bretón, el doctor Faustino Trongé, el señor Carlos del Castillo, el doctor Enrique B. Prack, el doctor Santiago G. O'Farrell, el doctor José A. Frías, el doctor Ernesto Padilla, el doctor Tomás R. Cullen, el doctor Ceferino M. Araujo, el doctor Luis Peluffo, el doctor Santiago Hechart.

10. La Congregación de la Buena Muerte, fundada por el mismo Padre Jordán en 1886, y cuya capilla se inauguró en 1887, aunque no llegó a ser, como es, una joya del arte hasta 1895, según ya dijimos, fué año tras año creciendo en número de Socios y en fervor religioso, gracias a la solicitud nunca menguante con que el Padre Jordán cuidaba de institución tan santa. Fué precisamente entre 1885 y 1900 que esta Congregación mostró mayor vitalidad, extendiéndose a diversas obras de apostolado. Como ya referimos en otro capítulo eran aún más notables las obras de esta

índole, así espirituales como temporales, que realizaban a fines de la centuria pasada las Conferencias Vicentinas, fundadas también y dirigidas por el Padre Camilo Jordán.

11. Por su enorme prestigio como orador sagrado, llegó el Padre Jordán a ser uno de los hombres más conocidos en todos los ámbitos del país, muy especialmente en los círculos culturales. Si por razones de las Conferencias Vicentinas le asediaban de continuo los pobres y menesterosos, en busca de socorro y de ayuda; a causa de su ciencia y arte oratorio era apreciado y admirado por parte de los hombres de letras, entre los que hemos de nombrar Rafael Obligado, Calixto Oyuela, José Hernández y Carlos Guido Spano.

El día 31 de Julio de 1894, fiesta de San Ignacio, recibió el Padre Jordán un sobre y en él un soneto al santo fundador de la Compañía de Jesús, suscrito por el autor de *At Home* y *Urutaú*:

"IGNACIO DE LOYOLA

Digitus Dei est hic.

Venérese tu nombre, oh gran Loyola,
Por la cristiana grey al contemplarte,
De la fe tremolando el estandarte,
Que en las sagradas cumbres se enarbola.

¿Quién pudo contener la inmensa ola
De tu inmensa piedad? ¿Quién igualarte?
Ordenas, y tu hueste ínclita parte:
Defendiendo la Cruz triunfa ó se inmola.

Estrecho el mundo á la misión divina
Que le encargas cumplir, va austeramente
Convirtiéndole á Dios, y en Él se absorbe.

¡Sacro adalid! eterna es tu doctrina,
Y al difundirse, como el sol, fulgente,
En amor de Jesús se abrasa el orbe".

El Padre Jordán, con la caballerosidad que le distinguía, agradeció este noble y bellísimo obsequio del gran vate argentino, en carta que le envió el día 1º de agosto de ese mismo año:

Señor Carlos Guido Spano

Muy señor mío:

La musa "che di caduchi allori non circonda la fronte in Helicona", esa que sin duda le ha inspirado á usted tan bello soneto, le recompense

á usted la inmensa satisfacción que á mí y á toda la comunidad, de la cual formo parte, ha causado su lectura en el propio día de nuestro Santo Fundador y Patriarca. ¡Un soneto á San Ignacio de Loyola, escrito por uno de los más galanos poetas americanos, en Buenos Aires y en la decrepitud del siglo XIX! Oh! eso dice más que todos los panegíricos tejidos en honor de aquel atleta por los más grandes predicadores, hermanos ó apasionados nuestros en la cátedra de la verdad. Y la pieza vivirá mucho, amigo mío, porque ella es clásica en la forma, y en el fondo, más que clásico, es algo que se remonta sobre los ideales del siglo de Augusto, tanto como sobre los de la Restauración, y la Revolución misma, algo como celeste, divino. Y si los hijos de la tierra pueden interpretar los sentimientos del Padre de los cielos, yo opino que San Ignacio de Loyola le agradece desde allí el obsequio mucho más que puede y sabe agradecérselo aquí la pobre falange de proscriptos que por él quedarále á usted eternamente obligada.

De usted atento y seguro servidor y amigo,

Camilo Mª. M. Jordán

Grande fué la satisfacción con que el autor del soneto a San Ignacio recibió esta inspirada misiva del Padre Jordán, y contestó con frases que ponen de manifiesto el alto concepto que le merecía el gran orador de la Compañía de Jesús:

"Buenos Aires, Agosto 3 de 1894.

Reverendo Padre:

Recibo vuestra carta y con ella el honor inestimable de vuestro ingenuo aplauso. Di una nota de salterio ensalzando al glorioso fundador de la Compañía de Jesús en su día onomástico, y vos, que tenéis clarísima luz de ciencia y de doctrina, os dignáis recogerla, como pudiera haberlo hecho San Gregorio Nazianceno con alguna hebraica melodía en la hora de componer sus himnos, después de las elevaciones del templo. Os estoy en extremo obligado por ello, debiendo realzarse el elogio por la altura de donde espontáneo procede. La que ocupáis es eminente. Hablando con vos y de vos acuden a la memoria las palabras al Doctor Máximo de la Iglesia aplicadas, y que os vienen de molde: "¿Qué orador hay que enseñe con más claridad, que deleite con mayor suavidad y mayor eficacia? ¿Quién hay que alabe con tanta sinceridad y reprenda con tanta vehemencia, y exhorte con tanto espíritu y fervor: que así levante y abata lo que quiere levantar y abatir?" Y pues tan generosamente me levantáis de mi humildad, justo es, al par que agradable, ofreceros la expresión de mi profunda gratitud, quedando vuestro admirador y respetuoso amigo.

Carlos Guido y Spano

12. Refiriéndose a este gran Jesuíta escribía un Padre del Co-

legio del Salvador, en los primeros años de este siglo, cuando la quebrantada salud del Padre Jordán le había obligado a retirarse totalmente de la laboriosa vida que había llevado hasta entonces:

> Tras una vida que se ha deslizado al compás embriagador de pláceme y triunfos y corona de los laureles conquistados en sus lides oratorias: después de haber sido por muchos años el ídolo de la sociedad ilustrada que recibía sus palabras como salidas de un oráculo: ofrece a nuestros ojos, mientras escribimos estas líneas, en toda su desnudez la fragilidad del corazón humano, y el falso oropel que cubre todas las acciones del mundo engañador: olvidado aun de sus más íntimos amigos, sufre con santa resignación los efectos de una larga enfermedad que le tiene postrado y necesitado de los auxilios más indispensables.
>
> Dios nuestro Señor, a quien sirven todas sus criaturas, se sirve del Padre Jordán para el engrandecimiento de su casa y de su templo: y el Colegio y la Iglesia del Salvador reconocen en efecto en el Padre Jordán el hombre providencial que supo con sus inmensas influencias y poderosas vinculaciones llevar a feliz término una obra que llenará de admiración a las generaciones que la contemplen [555].

Aunque sea traspasando los límites que nos hemos prefijado en este capítulo, recordemos que el Padre Jordán terminó su rectorado el día 13 de febrero de 1902, y si bien siguió todavía, durante tres años, al frente de las Conferencias Vicentinas y como director de la Congregación de la Buena Muerte, su salud estaba muy resentida y vióse forzado en los últimos años de su existencia a abandonar toda actividad externa.

Su deceso acaeció el día 30 de abril de 1911, cuando contaba 72 años de edad y 56 de vida religiosa, de los que había pasado 41 en el Colegio del Salvador. Al día siguiente, 1º de mayo, tuvo lugar el entierro, precedido del Oficio de Difuntos y Misa de cuerpo presente. El señor Arzobispo y el ex-presidente de la Nación, Dr. José E. Uriburu, varios obispos, muchísimos sacerdotes, no pocos senadores y diputados, ex-ministros y abogados, médicos y militares, profesores universitarios y publicistas de nota, además de una inmensa concurrencia asistieron a estos actos. Presidió el duelo el Dr. Emilio Lamarca quien, más que nadie se gloriaba de haber sido el hijo predilecto del Padre Jordán. Los restos del mismo, acompañados de larguísimo y selectísimo cortejo, fueron inhumados en el Cementerio de la Chacarita [555].

De entre las múltiples cartas de condolencia enviadas al Colegio, al conocerse el fallecimiento del Padre Jordán, tomamos al-

gunas expresiones que juzgamos corresponder a la realidad histórica:

"La cátedra sagrada y la enseñanza argentina se enlutan. El Padre Jordán fué una gran voz directriz y un foco de luz... Como educador (es el Rector del Colegio Nacional de Santa Fe el que escribe) y como cristiano, mi pésame a la Compañía".

"Me asocio al inmenso y público duelo causado por la pérdida del gran Sacerdote, que fué orgullo de la Familia Ignaciana y de un Pueblo".

"Mi admiración y cariño vivirán mientras yo viva... Su virtud, que yo conocía a fondo, su ciencia y su talento oratorio, que no he visto ni espero ver sobrepujado en el púlpito, eran excepcionales... Creo que si alguien es acreedor a la recompensa divina es el P. Jordán, que tanto suspiró por ella".

"Que por sus virtudes, ilustración y dotes sobresalientes ha influído tanto en la propaganda, afianzamiento y práctica de la doctrina cristiana y en las ideas y costumbres de nuestra sociedad".

"Cuyo saber y virtudes perdurarán en el espíritu de las generaciones que le conocieron y recibieron sus lecciones".

Bondadoso y virtuoso amigo, gloria de la Compañía de Jesús y de la Nación Argentino, su segunda patria".

"Lumbrera de ciencia y virtudes, que fué el águila de los oradores sagrados, que ha muerto recostado en la Cruz, para despertar entre las arpas arcangélicas".

"Aquel que llora hoy la sociedad de Buenos Aires, que tanto lo quería, y quien tanto bien hizo con su palabra y con su ejemplo".

13. En julio de 1911 la Academia Literaria del Plata tributó un digno homenaje al Padre Camilo Jordán, organizando en su honor una velada necrológica y colocando en el patio del Colegio una placa enaltecedora de su actuación en el mismo. El doctor Emilio Lamarca hizo entrega del bronce con un discurso, digno de la ocasión, y cuyo texto puede verse en la revista *Estudios*, que comenzó a aparecer en ese mismo año.

El doctor Pedro J. Alcacer Araya recitó en esta velada una poesía "A la memoria del P. Jordán", compuesta por el Padre Luis Feliú, y el señor Ricardo Monner Sans otra intitulada "Ante el cadáver", original del Padre Juan Marzal. También disertaron el ingeniero Juan de la Cruz Puig y don Abelardo Bretón. Presidiendo la velada, en el proscenio del salón, y rodeado por un ramo de laurel, destacábase el retrato del Padre Jordán, óleo de los artistas García y Estruch.

El texto de la artística, cuanto sobria placa, es como sigue:

AL PADRE
CAMILO Ma. M. JORDAN
SACERDOTE . DE . LA COMPAÑIA
DE . JESUS
BENEMERITO . POR . SU . VIRTUD
EXIMIO . POR . SUS . DOTES . ORATORIAS
RECTOR . DE . ESTE . COLEGIO
. POR . SEIS . AÑOS
AMIGO . MAS . BIEN . QUE . PROFESOR
DE . SUS . DISCIPULOS
DURANTE . VEINTIOCHO
LA . SOCIEDAD . DE . EX-ALUMNOS
LE . RINDE . ESTE . TRIBUTO
DE . ADMIRACION . Y . CARIÑO
EL . AÑO . DEL . SEÑOR . 1911

LIBRO CUARTO

1868 / 1943

PARTE SEGUNDA

1902 / 1943

Capítulo I

RECTORES Y PROFESORES DESDE 1902 A 1921

1 — *Rectorado del Padre Juan Cherta* (1902-1905); 2 — *Profesores del Colegio en* 1902; 3 — *En los ministerios espirituales;* 4 — *Obras en el Colegio;* 5 — *Rectorado del Padre Masferrer* (1906-1909); 6 — *La Capilla de los alumnos;* 7 — *Rectorado del Padre José López* (1909-1915); 8 — *Quinta en Mar del Plata;* 9 — *Rectorado del Padre Joaquín Añón* (1915-1921).

1. El 13 de febrero de 1902 sucedió al Padre Camilo Jordán, en el rectorado del Colegio, el Padre Juan Cherta, y gobernó los destinos del mismo hasta el 23 de enero de 1905. No era el Padre Cherta un orador de la talla de Jordán, ni tenía el prestigio literario del mismo, ni había estado en contacto con la sociedad bonaerense, durante tantos años, como su ilustre predecesor, ni tenía el magnífico conjunto de dotes y talentos que éste poseía en tan alto grado, pero cuantos le hemos conocido y tratado sabemos que el Padre Cherta fué un varón santo, y un varón prudente y un superior que se desveló por el bienestar y el progreso del Colegio a él confiado. Como rector, superó, y en mucho, a su ilustre e inmediato precursor.

2. Otro santo varón, el Padre Juan Bautista Juan continuó, durante todos estos años, en el cargo de ministro o vice-rector del Colegio, mientras que el cargo de Prefecto General del mismo estuvo en 1903 al cuidado del Padre Ramón Font, y desde 1904 hasta 1909 al del Padre José López, a quien sucedió en ese año el Padre José Francisco Correa. Había precedido al Padre Font, en los cursos de 1900 y 1901, el Padre Lucio Lapalma.

En 1902, el Padre Segismundo Masferrer era profesor de lógica, metafísica y ética, de historia y de geografía americana en 1902 y en 1903, aunque en este postrer año era también Padre Espiritual de los alumnos, oficio que con anterioridad había ejercido el Padre Rafael Pérez, historiador. En 1904 había sido destinado al Salvador el Padre Joaquín Gracia y tomó las clases de filosofía que en los años anteriores había tenido el Padre Masferrer, consagrándose así este Padre con mayor solicitud a su labor como Padre Espi-

ritual, como director de la Academia Literaria de los alumnos, y como director de la Congregación de Nuestra Señora y San Luis Gonzaga. A fin de no desvincularse del alumnado siguió siendo profesor de religión en los cursos superiores. Notemos aquí que si a principios del siglo declinaba la gloria y el prestigio del Padre Jordán, avanzado ya en años y fatigado con exceso, surgía al propio tiempo y ascendía lenta pero firmemente la personalidad múltiple y dinámica del Padre Segismundo Masferrer, de cuya actuación a fines del pasado siglo algo dijimos ya, pero de cuya inmensa labor en los primeros lustros de esta centuria mucho es lo que nos resta decir.

Menos vasta y menos ruidosa fué la obra realizada por el Padre Gambón, quien era, a la par de Masferrer, uno de los grandes pensadores con que contaba el Colegio. En 1896 regresó este insigne Jesuíta, terminados ya sus estudios y ordenado de sacerdote, y prosiguió la brillante trayectoria que él mismo había ya trazado entre 1880 y 1886. En 1902, como en años anteriores, era profesor de Física, de Instrucción Cívica, de Historia Argentina y era Director de la Academia Literaria del Plata. El 8 de febrero de 1903 abandonó el Padre Gambón el Colegio, que tanto había contribuído a prestigiar, y partió para Mendoza, donde pasó el año, reponiendo su amenguada salud. Durante su ausencia tomó las clases que él había tenido, el Padre Juan Ortega, pero en 1904 al retomar el Padre Gambón la Física, la Cosmografía, la Trigonometría y la Instrucción Cívica, quedó el mencionado Padre Ortega con el Algebra y la Geometría, además de la Historia Medioeval y Moderna y la Geografía de América. Era, además, profesor de Francés en segundo año.

En 1899 era socio del Maestro de Novicios el Padre Joaquín Terol, a quien en 1900 destinaron los superiores al Salvador, y comenzó enseñando en ese año la Historia Antigua y la Geografía de Asia, Africa y Oceanía, pero a quien se encomendó en el curso de 1901, la Química, y años más adelante la Física, asignaturas que enseñó con la ciencia y la pedagogía, que todos saben, hasta la víspera de su deceso acaecido en 1939. En épocas diversas, sustituyó una u otra de estas materias, tomando en su lugar, ya la Historia Natural, ya la Anatomía, ya la Higiene o materias afines, según la constante variación de los planes de enseñanza, tan abundantes y tan desquiciantes en el siglo XX como en el siglo XIX.

Al lado de estos grandes profesores con que contó el Colegio durante el rectorado del Padre Cherta, hemos de agregar al Padre Ismael Guzmán que en 1902, 1903 y 1904 enseñaba con grande aceptación la Historia de América, la literatura en Quinto año, la Geometría del espacio y otras varias asignaturas, unas en unos años y otras en otros. Desde 1900 hasta 1903 enseñaba las ciencias el entonces Maestro José Ubach, y era profesor de Historia Natural en 1902, y de Física, Cosmografía, Trigonometría, Geometría en 1903, como ya dijimos, y de Algebra y Geometría, además de otras materias, en 1904, el entonces Maestro, y hoy Padre Juan Ortega.

En 1902, además de los Padres Gambón y Ortega, enseñaba Física el Padre Francisco Gomis. El Maestro Santiago Vallés, además de la Historia y Geografía de Europa y América, enseñaba Algebra y Geometría; el Padre Francisco Montserrat era profesor de Higiene; el Padre Juan Homs, a quien ya recordamos, además de enseñar el Algebra y la Geometría, era profesor de Inglés; el Padre José Nicolay enseñaba Francés y los Padres Andrés Vanrrell y Juan Vives tenían a su cuidado sendas divisiones de la clase de primer año. Una tercera sección de ese mismo curso estuvo total, o parcialmente, al cuidado ya del Padre Matías Cardoso, ya del Padre Luis Isola, ya de los Padres Pascual Godo y Julio Montalba. Recordemos que hasta 1902 sólo había habido una sección de Primer año, pero en dicho año se constituyeron dos secciones, y en 1903, a causa del gran aumento de alumnos, fué necesario crear tres secciones.

3. En 1900 contó el Salvador con 574 alumnos, de los que 310 eran pupilos, 202 medio pupilos y 62 externos. Descendió en 1901 a un total de 538 alumnos, 289 de los cuales eran pupilos, 195 medio pupilos y 54 externos. En el primer año del rectorado del Padre Cherta hubo un aumento considerable ya que la cifra global fué de 596 alumnos.

Antes de asumir el gobierno del Colegio el Padre Cherta, pero cuando era Prefecto General del mismo el Padre Lapalma, celebróse a 3 de junio de 1900 un magno homenaje al nuevo Internuncio de Su Santidad, Mons. Antonio Sabatucci. El patio de honor, o sea, el del Sagrado Corazón fué decorado con banderas y oriflamas, además de emblemas y frases alusivas. Todo el Colegio, profesores y alumnos, manifestaron en esa ocasión su adhesión a la Santa

Sede en la persona de su digno embajador. Meses más tarde tuvo el Colegio la satisfacción de testimoniar su filial obsecuencia a Monseñor Antonio Espinosa, con un acto literario, al ser él promovido a la sede arzobispal de esta ciudad.

A las satisfacciones de 1900 siguieron las inquietudes de 1901. La representación en Buenos Aires del drama *Electra* de Pérez Galdós exitó tumultuosamente a las gentes antirreligiosas, sobre todo a los jóvenes de las sectas masónicas, quienes deseaban vengar con el incendio y la destrucción de casas religiosas los calumniosos crímenes que con no menos arte que perfidia había llevado a las tablas el dramaturgo español. Sobre todo se temió un asalto al Colegio el día 15 de septiembre de ese año, con ocasión de la manifestación garibaldina, y aunque la Policía de la Capital había destacado en el Colegio un pelotón de soldados, quisieron también defenderlo los grandes amigos y bienhechores de siempre :el doctor Emilio Lamarca y sus hijos, el doctor Cullen y los suyos, el doctor Pizarro con los suyos, y los doctores Barros, Castillo, Echezarreta, Galupo, Gondra, Ezpeleta, y los señores Kenny, Navarro Lamarca, Puig, Soto y Zelada.

Con anterioridad a este día de justificado sobresalto, había acaecido a la puerta de nuestra iglesia un sacrílego crimen. El domingo 5 de mayo estuvo presente a la Bendición de la tarde el Canónigo Francisco Arrache y al regresar después a su casa, apenas llegado a la vereda, se precipitó sobre él un exaltado y con arma blanca le infirió profundas heridas en el estómago y vientre. Introducido de inmediato al Colegio quiso el buen señor Canónigo hacer una confesión general, como en efecto la hizo, pues creía que su caso no tenía remedio. Tres médicos estuvieron al rato al lado del herido y pudieron felizmente salvarle la vida.

A fines de este año de 1901 perdió el Salvador a su gran amigo y bienhechor, el doctor Francisco Ayerza, a quien Dios quiso llevar para sí el día 28 de diciembre. En la Carta Anua se leen estas líneas tan lacónicas como expresivas:

> El doctor Ayerza cursó sus estudios en este nuestro Colegio, y siempre, pero sobre todo en los momentos difíciles y peligrosos, estuvo él al lado de los Padres para defenderlos. Fué un católico integralmente tal, y en todo sentido fué un varón eximio. A fin de poder agradecer los muchos beneficios que nos hizo, se turnaban los Padres del Colegio para llevarle

frecuentemente la Sagrada Comunión o para visitarle durante los largos meses de su postrera enfermedad [556].

La Carta Anua que contiene esta información nos dice que la Distribución de Premios tuvo lugar el día 1º de diciembre y que, por la intachable conducta con que se distinguieron varios alumnos, durante su estadía en el Colegio, se les discernió premio especial. Los así agraciados eran Carlos J. Bollaert, Eduardo Kenny, Daniel Salazar y Carlos Gojeascochea.

El Padre Cherta comenzó el primer año de su rectorado teniendo 596 alumnos en el Colegio, de los que 220 eran pupilos, 263 medio-pupilos y 59 eran externos. Los alumnos de primer año estaban repartidos en dos secciones, como también los de segundo año. El tercero año constaba de tres secciones, mientras que cuarto y quinto solamente de una. El aumento en las clases preparatorias fué tal que se tuvieron que abrir nuevos locales, y para su mejor formación se editaron por primera vez una serie de tomitos que con el título de *Manual de la Infancia* había editado el Ateneo de Manila. La Casa Editora Estrada los reimprimió en forma elegante. Aun hoy día siguen siendo algunos de esos tomitos los textos preferidos en no pocas escuelas de la República.

Los Padres Gambón y Masferrer organizaron en 1902 una Academia de Apologética, en la que se estudiaban y se discutían los temas de mayor interés relacionados con el dogma y la moral católicas. El objetivo que sus fundadores y propulsores se proponían era preparar a los alumnos que iban a ingresar a la Universidad, como a los ya ingresados, para rebatir los errores que ya en Derecho ya en Medicina, habían forzosamente que oír de labios de profesores tan ignorantes en religión como eximios, tal vez, en las disciplinas humanas. Como en las Cámaras existía un proyecto de Ley implantando el divorcio, fué éste uno de los temas sobre que versaron las disquisiciones de los noveles académicos.

El Padre Cherta gobernó el Colegio con prudencia y previsión, y gracias a los hombres dinámicos que le secundaban, como los Padres Gambón, Masferrer, López y Gomis, pudo conservar el prestigio de que gozaba el Salvador en su época, y pudo extender la benéfica influencia del mismo hasta las mismas Cámaras nacionales. Los Padres Masferrer y Gambón no sólo munieron de argumentos a los diputados católicos y conservadores de la tradición, como el entonces diputado nacional, doctor Ernesto Padilla, sino que pro-

porcionaron también al doctor Francisco Durá los materiales para el magnífico folleto que entonces publicó sobre "El divorcio en la Argentina". Como es sabido, el proyecto fracasó, para bien de la sociedad argentina.

Dedicados a los ministerios espirituales así dentro como fuera del Colegio, hallamos durante el rectorado del Padre Cherta, a los Padres Anselmo Aguilar, Camilo Jordán, Cosme Conillera, Fernando Ochagavía, Juan Auweiler, José Bustamante, Rafael Fanego, Joaquín Marro y Sebastián Colomer. A ellos se agregaron en 1904 los Padres Mariano Sánchez y Joaquín Gracia. Este último, como ya dijimos, tenía varias cátedras en el Colegio, pero dirigía además la Congregación de Nuestra Señora y San Luis Gonzaga, y extendía su acción a no pocas obras de celo.

Desde 1897 estaba en el Colegio y era ayudante del prefecto de una Brigada el Hermano Antonio Lidón, mientras los Hermanos Fermín Vilar, Jacinto Costa, Patricio Mac Kenna y José Vila ocupaban igual cargo en otras Brigadas, además de otras tareas compaginables con esa. Eran enfermeros los Hermanos Salvador Quereda y Florencio Hevia, porteros los Hermanos José Micó y Juan Bella, sacristanes los Hermanos Ricardo Niklitsckek y José Cervera, carpintero el ya ponderado Hermano Favre, tipógrafo el Hermano Paulino Román, procurador el Hermano Juan Sas y "prefecto del atrio" el célebre Hermano José Benedicto.

4. — Fué durante el rectorado del Padre Cherta, 1902-1905, que se comenzó (1903) y se terminó de construir (1904) el segundo piso sobre la calle Callao. El Ingeniero Juan de la Cruz Puig vióse constreñido, para la realización de esa obra, a calzar toda la fachada ya que, a causa de la nivelación realizada algo antes, en Callao y en otras calles céntricas, había quedado aquella pared maestra como al aire y sin la necesaria consistencia. Magníficamente ejecutó aquel preclaro técnico la obra que le encomendó el Padre Cherta, y hemos de hacer constancia que no sólo no quiso cobrar jamás sus honorarios, pero en más de una ocasión abonó él, de su propio peculio, las cuentas en la compra de materiales o servicios prestados por los obreros.

Después de construir el tercer piso sobre Callao quiso el ingeniero Juan de la Cruz Puig hacer un acuarium en el patio central del Colegio, y con la aprobación del Padre Cherta, trabajó ese tan

sencillo como elegante monumento que todavía hoy parece reciente, siendo así que se terminó su construcción a mediados de 1904.

Años más tarde, en 1909, el mismo señor ingeniero Puig donó al Colegio el monumental grupo escultórico que representa a Cristo acariciando a dos niños, y él mismo lo hizo ubicar de suerte que coronara el frente principal del Colegio. Todo él es de aluminio y se inauguró el día de Pascua de Resurrección, 11 de abril de 1909.

Con anterioridad a esta obra del segundo piso, había el Padre Cherta ejecutado otras obras de menor cuantía. Como el color de la fachada de la Iglesia pareciera excesivamente blanca, se le volvió a pintar en 1902 dóndole un color más oscuro, y en el curso del mismo año se colocó el cancel actual de cedro, cuyo valor ascendió a 3.414 pesos, y al siguiente año se hicieron de argamasa y se colocaron en los tres nichos de la fachada las estatuas del Corazón de Jesús, San Ignacio y San Javier.

5. El día 23 de enero de 1905 fué designado vice-rector del Colegio, y el 16 de febrero de 1906 fué nombrado rector, el Padre Segismundo Masferrer, y lo gobernó hasta el 7 de marzo de 1909. Grandes eran las dotes de este jesuíta, muy eximias sus virtudes, pero en más de una ocasión desagradó a los superiores mayores la independencia con que obrara, y fué ésta la razón por la que abreviaron el período de su rectorado, que normalmente era, y sigue siendo, de seis años.

No obstante esta falla en la actuación del Padre Masferrer es indiscutible que su rectorado, aunque breve, fué notable desde muchos puntos de vista. No tenía el Padre Masferrer el prestigio que aureolaba al Padre Jordán, pero nadie reemplazó mejor y en mayor grado al jesuíta italiano que el jesuíta catalán. Aun como orador y como conferencista superaba éste la mediocridad, aunque no llegaba a las alturas de Jordán, pero no le era inferior en ciencia, en talento, en habilidad y en actividad. Superó grandemente al Padre Jordán como rector, ya que éste, orador ante todo y sobre todo, colocaba al Colegio y su marcha interna en un segundo plano, dejando sus destinos en manos de los prefectos generales. El Padre Masferrer, aunque su actuación fuera del Colegio o al margen de las actividades del mismo era enorme, jamás olvidó que la enseñanza y la formación de los alumnos era lo primario y más principal.

El Padre Juan B. Juan, como Ministro, y el Padre José López,

como Prefecto General, jamás se sintieron aislados del Rector, quien estaba al tanto de todo, aunque dejando a sus subalternos una necesaria y razonable libertad de acción. A los profesores que había en el rectorado anterior del Padre Cherta, agregáronse en 1906 el Padre Eduardo Gadea que sustituyó al Padre Ismael Guzmán, el Padre Jesé Neyra que suplió al Padre José Nicolay, el Padre Miguel Reig, excelente calígrafo, y a cuyo cuidado estuvieron las clases de caligrafía, el Padre Luis Isola que, además de Prefecto de Brigada, era profesor de italiano, el Padre Fermín Arnáu, a quien se encomendaron las clases de Religión en los cursos superiores, y era también Prefecto de Brigada, y los Padres Salvador Gros, Sebastián Modol y Juan Isern, Prefectos de Brigada los dos primeros y profesor en los cursos inferiores el postrero. En 1907 fueron destinados al Salvador el Padre Pedro Cendra, que ya llevaba diez años de magisterio en varios colegios, y los Maestros Lorenzo Salcedo, Jaime Puigsech, Andrés Carrió y Julián Hurley. En 1908, y reemplazando a los dos últimos que hemos mencionado, hallamos entre los Prefectos de Brigada al Padre Luis Massegur, que llevaba ya trece años de magisterio, y al joven estudiante Teodoro Ebel.

6. Fué el Padre Masferrer quien en 1908 y contra el parecer de las personas más allegadas, inició la construcción de la llamada Capilla de los Alumnos, vasto salón de 30 metros de largo por 7,8 de ancho, y con una altura de 15 metros. Está construído sobre el primer piso, y sobre los comedores de las Brigadas de alumnos mayores. El costo ascendio a 65.000 pesos, incluyendo el de los preciosos vitraux de factura alemana.

El Padre Masferrer no llegó a ver, como rector, la terminación e inauguración de la dicha Capilla, pero sí la de los dos amplios dormitorios que hizo construir sobre el primer piso del ala de edificio que paralelo a la fachada corre desde la sacristía hasta la enfermería. A 145.000 pesos ascendió lo invertido en estos amplísimos dormitorios.

El Padre López, sucesor del Padre Masferrer en el gobierno del Colegio, terminó la construcción de la mencionada Capilla de los Alumnos y en 1909, y a iniciativa del Ingeniero Juan de la Cruz Puig, como ya recordamos más arriba, y como obsequio suyo al Colegio, colocóse sobre la fachada del Colegio el grupo escultórico de Cristo y los niños.

Cuando a 14 de noviembre de 1898 visitó el Colegio el entonces Inspector de Higiene, aconsejó a la dirección del mismo, cuatro mejoras a introducirse: baños de lluvia para los pupilos, dos filtros de porcelana en vez de los filtros de carbón que hasta entonces tenía el Colegio, más oportunidades para que los alumnos mayores pudieran hacer ejercicios gimnásticos, y el reemplazar los bancos de las clases por otros con respaldo y con tablilla de escribir adelantada hacia el pecho. En 1906, y gracias a las ventajosas condiciones en que la Casa Estrada los pudo importar, se reemplazaron todos los bancos de fabricación doméstica por los que aun prestan excelente servicios, y que son de fabricación norteamericana .

7. El Padre José López sucedió en el rectorado del Colegio al Padre Masferrer, y lo dirigió serena, prudente y calladamente desde el 7 de marzo de 1909 hasta el 11 de marzo de 1915. El mismo día en que empuñó las riendas del Colegio, ocupó su puesto como Prefecto General del mismo el Padre José Francisco Correa, a quien reemplazó en 1914 el Padre Joaquín Añón. En todos estos años, como en los precedentes, siguió siendo Ministro de la casa el venerable y amabilísimo Padre Juan B. Juan.

Fueron relativamente pocos los cambios verificados en el profesorado. Hasta el año 1911, inclusive, siguió el Padre Joaquín Gracia enseñando la filosofía y el álgebra, pero en 1912 tomó sus clases el Padre Juan Isern. Hasta el año 1910, inclusive, regentó el Padre Gambón las cátedras de Física e Instrucción Cívica, pero en 1911, el Padre Terol tomó la primera de esas asignaturas y el Padre Isern la segunda. En 1911, también, pasó a Córdoba el Padre Martín Gómez y sus clases fueron repartidas entre los otros profesores. El Padre Terol que hasta 1910 sólo había enseñado la Química y la Historia Natural, desde 1911 tomó la Física, mientras que el Padre Arnau volvía a enseñar la Historia Natural, en la que era versadísimo. En 1910 eran profesores, además de los mencionados ya, los Padres Luis Isola, Guillermo Ebel, Pedro Cendra, Andrés Vanrell, Juan Vives, José Neyra, Teodoro Ebel, Luis Massegur, Juan Marzal, Julio Montalba, Salvador Gros, Pedro Casellas, Lorenzo Salcedo y Matías Cardoso. En 1911 se agregó a ellos el Maestro Eustaquio Zurbitu; en 1912 el Maestro Mariano Castellano, el Padre Carlos A. Ramírez, el Padre José Isaías Valdés y el Padre Jesús Lafita; en 1913 el Padre Buenaventura Teixidor, el

Maestro Miguel A. Ramognino y en 1914 los Padres José Ubach, Justo Beguiristain y José Domenech.

En cuanto al edificio del Colegio e Iglesia pocas inovaciones introdujo el Padre López. El Padre Cherta había levantado el segundo piso sobre Callao y lo había terminado en todos sus partes, pero el Padre López hizo que se le diera una capa de cemento, de manera que no fuera menester en adelante atender a su pintura. También hizo, en el mismo año de 1909, el que se forraran con planchas de hierro las puertas de la Iglesia.

8. Fué también él quien deseó encontrar para los profesores del Colegio una casa de veraneo más adecuada que la de Ramos Mejía, y a este fin y en compañía del Padre Gambón partió a Mar del Plata en la primera quincena de 1911 y escogió el predio 63 donde actualmente se halla ubicada la Quinta del Salvador. Los primeros en inaugurar la nueva casa de campo fueron los Padres Montalba y Gros, con los Hermanos Menargues y Román que se alojaron en ella el día 7 de diciembre de 1913. Al siguiente día llegó allá el mismo Padre Rector con el entonces Maestro Miguel Angel Ramognino.

Ultimamente la Municipalidad de Mar del Plata dió los nombres de cuatro jesuítas, que habían trabajado en esas regiones, a mediados del siglo XVIII, a otras tantas calles de aquella aristocrática y veraniega ciudad. Las cuatro calles corren paralelas a la Avenida Constitución, y pasan junto a la Quinta del Salvador: la calle Padre Manuel Querini es la que la corta en dos seciones iguales, la otrora Calle 16, mientras limita la Quinta al norte la Calle Padre Jerónimo Rejón. Las dos calles que siguen a estas son las calles Padre Matías Strobel y Padre Tomás Falkner, todos ellos profesores en el Colegio del Salvador cuando éste se denominaba Colegio de San Ignacio y estaba ubicado en la Calle Bolívar.

9. El 11 de marzo de 1915 fué nombrado rector del Colegio del Salvador el Padre Joaquín Añón, y estuvo al frente del mismo hasta el 23 de enero de 1921, fecha en la que le sucedió el Padre Juan Castillejo. Este Padre fué el Prefecto General en 1915, el Padre José Audí en 1916, y el Padre Luis Canudas desde 1917 hasta 1921, esto es, hasta que cesó en el gobierno del Colegio el Padre Añón. A principios de 1917, dejó el cargo de Ministro que venía ejerciendo desde 1899, el Padre Juan B. Juan, sustituyéndole desde

esa fecha el Padre Salvador Gros. Este, a su vez, fué reemplazado en 1919 por el Padre Salvador Franco.

Durante el rectorado del Padre Añón siguieron ocupados en la enseñanza los grandes profesores del rectorado o rectorados anteriores, como los Padres Terol, Ubach, Arnáu, Isern, Massegur, Lafita, Vanrell, Vives y Teixidor, a los que se agregó en 1915 el Padre José M. Ezpeleta, además de otros más jóvenes como los Maestros Roberto Cayuela y Miguel Ramognino. Eran primordialmente, o exclusivamente, Prefectos de Brigada los Padres Julio Montalba, Salvador Gros y Carlos Ramírez. En 1916 se agrega al grupo de los viejos maestros el Padre Juan Ortega, y al de los jóvenes profesores el Maestro Guillermo Furlong, que había sido destinado al Colegio del Salvador a fines de 1915. En 1917 se incorpora al mismo el Padre Juan Zorrilla de San Martín, quien alivió no poco al Padre Isern, tomando a su ciudado las clases de literatura y algunas de historia. En este mismo año 1917 fueron destinados al Salvador los Maestros Antonio Barlén y Francisco Pruñonosa. Al siguiente año de 1918 se incorporan al claustro profesoral del Salvador los Padres José Tomás Alarcón y Antonio Alonso, como también el joven jesuíta Telesforo Sosa. El Padre Arnáu regresó al Salvador en 1919 después de una ausencia de dos años, pero sin retomar las clases de ciencias que antes había enseñado tan sólo con la clase de religión de 5º año. Entre los profesores nuevos de ese año 1919 hay que recordar al Padre Andrés Doglia y al Padre Felipe Lérida, como también al Maestro Justo Bona. El elenco profesoral se modifica levemente en 1920, con la incorporación del Padre Jorge Fernández Pradel y del Padre Teodoro Ebel.

Consagrados a los ministerios apostólicos hallamos durante el rectorado del Padre Añón a la mayoría de los que estaban ya en el primer decenio de este siglo: el Padre Anselmo Aguilar ocupado en el Apostolado de la Oración; el Padre Pedro Colom, predicando con no escasa aceptación; el Padre Juan Cherta, actuando como Padre Espiritual de la comunidad; el Padre Vicente Gambón, atareado en la dirección de la Congregación de los ex-alumnos, en la Academia del Plata y en la Sociedad de San Miguel para la divulgación de buenos libros, el Padre Antonio Martorell director de las Conferencias Vicentinas, el Padre José Salvadó subdirector del Colegio gratuito; el Padre Mariano Sánchez, incansable en los Ejercicios Espirituales y el Padre Fernando Ochagavía Prefecto de la

Iglesia y confesor asiduo y muy buscado. En 1917 agregóse a los anteriores el Padre Salvador Franco, predicador y padre espiritual de los alumnos, y el Padre Gabriel Palau, director de un secretariado social, y en 1920 el Padre Mariano Castellano, quien reemplazó al Padre Franco como padre espiritual del alumnado, y el Padre Carlos Leonhardt, venido de Chile. En todos estos años era director de la Escuela Gratuita el Padre Pablo Banqué.

La mayoría de los Hermanos Coadjutores eran los ya conocidos: Hernández Lidón, Menarques, Quesada, Román, Sas, Vila y Vilar, pero en 1915 hallamos entre ellos a Guillermo Bartling, que vino al Salvador en 1908, Francisco Cabanach que estaba en el mismo desde 1913, Federico Ferrandís desde 1912, Manuel Ribas desde 1914, y Valentín Scanarotti desde 1904. Los Hermanos Clemente Climent, Samuel Fernández, Santiago Piquer fueron destinados al Salvador a principios del curso de 1915. Entre este año y 1921, año en que terminó su rectorado el Padre Añón, pasaron al Colegio los Hermanos Rafael Pérez y Antonio Queglas (1916), Francisco Duhalde y José Trullás (1917), Cirilo Rodríguez y Ramón Michelino (1919), Damián Cors y Enrique Vidal (1920).

Ya que no hemos recordado en otras épocas los profesores externos que cooperaban en el magisterio con los Padres y Hermanos del Colegio, es justo que recordemos aquí a los que en 1918, fecha en que el Colegio cumplió su primer cincuentenario, estaban ocupados en la enseñanza:

Como indicamos al referirnos a la apertura del Colegio en 1868 valióse éste, en sus primeros años, de algunos profesores seglares, esto es, no sacerdotes ni hermanos de la Compañía de Jesús. A lo menos desde 1875 hasta 1881 no hubo profesor alguno de esa índole en el elenco de los que enseñaban en los diversos cursos del bachillerato y en los grados. En 1881, y para la enseñanza de la Teneduría de Libros[1] y la Geografía Comercial entró a dictar clases el señor Antonio Alfonso Cebrián, y en 1882 ocupó la cátedra de francés el Sr. Juan L. Jammes, a quien sucede en 1885 el Sr. Poli, y a éste, en 1888, el Sr. Luis Delcourt. Desde 1890 enseña la lengua de Molière el Sr. Iriarte, pero a los dos años le reemplaza, y con creces en 2º año el Hermano Damián, de las Escuelas Cristianas, y en 1er. año el Sr. Augusto Lioger. En clases inferiores enseñaban el mismo idioma desde 1893 el Presbítero Tomás Iñarga y desde 1894 el Sr. Chabere. Desde 1900 apare-

cen enseñando francés M. Lacrampe, M. Authier y M. Alfonso Chevalier. Este último cesó en 1916 y le sucedió el Sr. Lucena. en la mayoría de las clases, aunque algunas estaban al cuidado del Sr. Verge.

Como profesor de alemán hallamos en 1884 al Sr. Willi, en 1885 al Sr. Dobranich, en 1886 al Sr. Jiménez, en 1887 al Sr. Romero, y desde esta fecha desaparece de los registros del Colegio la enseñanza de este idioma.

Era profesor de inglés desde 1884 míster William Martins, y enseñaba también estenografía, en los años que existió esta asignatura. En 1894 le sucedió Mr. Bulphin y a éste, en 1898, el gibraltareño Domingo Colombo. a quien reemplazó en 1917 el Padre Guillermo Furlong.

El Hermano Hilario Xandri fué el gran profesor de dibujo que tuvo el Salvador desde 1885 hasta 1905, año en que entró a ocupar su lugar el señor Luis de Mas. En 1909 había reemplazado a éste el Sr. Salvador Cabedo, y en 1910, además de este profesor, lo era también el señor José Soriano Torrejón quien. desde el año siguiente de 1910, hasta la fecha es el profesor de dibujo en el Colegio. Sólo en el período, en que el entonces Hermano Damián Cors fué profesor de la materia, pasó el señor Soriano Torrejón a ser auxiliar suyo.

Desde 1892 hasta 1899 fueron profesores en las clases preparatorias los Hermanos de las Escuelas Cristianas, entre ellos los Hermanos Leónidas, Desiderio, Lorenzo, Estanislao, Juan, Francisco, Agustín, Patricio y Judulien y, una vez que se retiraron ellos para fundar el vecino Colegio de Lasalle, les suplieron en dichas clases los profesores Pedro Rocca Martí, Juan Authier, Vicente Alguacil, Rufino Capena, Ventura E. Rodríguez, José Moras, Telésforo M. Rivas, Pedro Vidal, Francisco Soto Carmona, Angel de Anta y otros de época posterior. Continúan, al presente, enseñando en el Colegio cuatro de los nombrados: el señor José Moras desde 1910, el señor Francisco Soto Carmona desde 1913, el señor Pedro Vidal desde 1914 y el señor Angel de Anta desde 1921.

Los más antiguos profesores de instrucción militar, de que tenemos noticia, fueron los Capitanes Alberto Dellepiane, Angel Jérez Infante y Domingo Reyes, a fines y a principios del pasado siglo, mientras que como profesores de Ejercicios físicos los que

más tiempo han estado en el Colegio son los maestros Juan Rossi y su sucesor, desde 1907, el señor Eduardo Krämer.

A todos estos profesores podríanse agregar otros no pocos que sólo un año o dos estuvieron al frente de alguna clase, lo que es particularmente cierto en lo referente a los profesores de idiomas. Prescindiendo de ellos, cabe recordar a algunos otros que dejaron huellas más perdurables, como los señores Ingenieros Aldo Scotto y Andrés Rey, los doctores Julio Padilla y José Ignacio Olmedo y los señores Juan Brethes y José Villar.

En abril de 1927, y después de haber dictado Historia Americana, e Instrucción Cívica, abandonó la enseñanza el doctor Julio Padilla, exalumno del Colegio y muy benemérito del mismo. Le sucedió en la cátedra de Instrucción Cívica el doctor José Ignacio Olmedo. Habiendo fallecido el señor Brethes el día 2 de julio de 1828, tomó sus clases de ciencias naturales el doctor Juan Manuel Raffo. Además de los ya mencionados, hallamos en 1929 a los Presbíteros Leonardo Artese, Juan M. Chal y Martín de Martini, y los señores Armando Parisí y Pedro Rizzo. En el curso de 1937 fallecieron dos de los profesores que había entonces en el Colegio, los señores José Villar y Luis Nelly. Con sólo quince días de diferencia, y en forma repentina, perdió el Colegio dos buenos profesores.

A todos los nombrados hasta aquí, hemos de agregar al señor Luis V. Ochoa, profesor de música y de canto en el Colegio desde 1906 hasta 1936, y a los señores Tomás Marengo y Juan Maffioli, profesores, asimismo, de música instrumental. El último de los mencionados celebró en octubre de 1924 sus Bodas de Plata como profesor en el Salvador, y en esa oportunidad ofreció al Colegio, a los alumnos y a las familias de éstos, un concierto de su especialidad.

Mencionamos arriba a dos insignes amigos y profesores del Colegio, fallecidos ya: al doctor Julio E. Padilla y Juan Brethes. Del primero nos ocuparemos extensamente al referirnos más adelante a los exalumnos ilustres con que cuenta el Salvador, pero en este lugar hemos de dedicar dos líneas al eximio naturalista y sabio católico, señor Juan Brethes. Es ciertamente una gloria para el Colegio del Salvador poder incluir en el elenco de sus profesores a este varón tan sabio como modesto, tan eximio en el conocimiento de su especialidad como profesor inigualado por sus con-

diciones pedagógicas. Como es sabido, pasan de doscientas las publicaciones del señor Brethes sobre entomología. Su pericia y su prestigio eran tales que así el Museo de Historia Natural de París como el British Museum de Londres le enviaban insectos, y aun colecciones enteras, solicitando que realizara su clasificación. Después de pocos días de inasistencia al Colegio, falleció el día 2 de julio de 1928, tan santamente como había vivido.

Capítulo II

PADRES Y HERMANOS FALLECIDOS (1902 - 1922)

1 — Padres Colomer, Feliú, Antillach y Poncelis; 2 — H. Datti, Padres Ginebra y Guarda; 3 — H. Cervera, PP. Reig y Bustamante; 4 — El Padre Mendieta y el H. Benedicto; 5 — Los Padres Durán, Auweiler y Wolter; 6 — HH. Reoyo, Nadal y Bella; 7 — Los Padres Roselló, Lafita, Martorell, Tugues, Villarrubias, Cherta, y los HH. Serra y Quevedo

1. En el curso de 1902 falleció en el Colegio el Padre Sebastián Colomer, y en el curso de 1903 aunque en el Colegio de Montevideo, el Padre Buenaventura Feliú, profesor otrora del Colegio de Buenos Aires. En Mendoza terminó sus días en 1903 el Padre José Antillach, y en Valparaíso de Chile, pero en octubre de 1904, el Padre Manuel Poncelis.

El Padre Colomer falleció en forma repentina el día 15 de diciembre de 1902, a los sesenta años de edad y treinta y siete de Compañía. Después de haber estado en Santa Fe y en Regina Martyrum, destináronle los Superiores al Salvador, de donde, a los pocos meses, partió para la eternidad. Era natural de Sallent, diócesis de Vich, y había venido a América en 1874. Dos años más tarde formó parte del profesorado en el Colegio del Salvador, aunque por poco tiempo. Hombre talentoso y peritísimo en las ciencias sagradas, era de una simplicidad más que pueril, incapaz de distinguir entre lo serio y lo jocoso.

El Padre Buenaventura Feliú fué destinado al Salvador en 1885 y estuvo en él hasta 1890, año en que los superiores le destinaron al Colegio de Montevideo, donde falleció el día 18 de julio de 1893. Era catalán, natural de Alós, habiendo nacido el 15 de diciembre de 1826 e ingresado en la Compañía el día 9 de enero de 1843. No era hombre de grandes talentos, pero virtuoso e íntegro, muy amigo de la oración y fervoroso en sus exhortaciones y aun conversaciones.

El Padre José Antillach era un temperamento y un espíritu análogo al del Padre Feliú. Después de haber sido el primer profesor que tuvo el Colegio-Seminario de Montevideo, y uno de los que más trabajaron en él durante los primeros años de su fundación

(1880-1890), pasó el Padre Antillach al Salvador y moró en este Colegio hasta 1897, año en que se trasladó a Mendoza, donde falleció a 6 de agosto de 1903. Natural de la ciudad de Lérida (1840), había estudiado las letras humanas en el Colegio de los Padres Escolapios, en su ciudad natal, y la teología, en el Colegio del Escorial, cuando ingresó en la Compañía de Jesús en 1867. Tenía este Padre suma facilidad en versificar, así en la lengua latina como en castellano, y como profesor de humanidades llegó a conquistarse legítima fama. De carácter templado y tranquilo, contó con la simpatía de todos sus alumnos y de cuantos le trataban. Su muerte fué tan serena y plácida, como había sido su existencia.

Más arriba, al referirnos a los profesores que tuvo el Colegio del Salvador entre 1870 y 1876 nos ocupamos del Padre Manuel Poncelis y consignamos su biografía, aunque su deceso no acaeció sino entrado el siglo XX, cuando el eximio profesor de literatura frisaba en los setenta años de edad y cuarenta y siete de Compañía.

2. El día 29 de marzo de 1901 pasó a mejor vida el Hermano Guillermo Bode, después de haber pasado cinco años en las actividades del Colegio. Era natural de Menden, en Westfalia. De Alemania pasó a Chile y en esa República sintió el llamado de Dios a la vida religiosa, la que abrazó en 1866, a los treinta y seis años de su edad. Aunque su oficio fué principal, y casi únicamente, el de portero, era hombre habilidoso y capaz para cualquier labor. En el Salvador cuidaba de la Capilla doméstica y, mientras arreglaba el altar de la misma, la víspera de la fiesta de la Anunciación, sufrió el ataque cerebral que una semana después le cortó el hilo de la existencia. Piadoso, servicial, generoso y habilidoso como era el Hermano Bode, mucho se sintió su inesperada muerte.

En 1905 perdió el Colegio otro modesto y generoso servidor: el Hermano Francisco Datti. Había nacido este Hermano en Roma, el 20 de junio de 1835 e ingresado en la Compañía el 2 de mayo de 1858. Diez años más tarde, el Reverendo Padre General, Pedro Beckx, le destinó a la Argentina, a cuyo puerto de Buenos Aires arribó en 1861. En el Colegio del Salvador, donde residía ya en 1873 y 1874 fué hortelano y cocinero, cargos que ejerció durante 16 y 30 años respectivamente. Varón humilde y amante de la soledad y del silencio, consagrado con afán a sus tareas, tan modestas como trabajosas, pasó su vida sin envidiar ni ser envidiado. Cuatro

años antes de su deceso, acaecido en Buenos Aires el día 20 de septiembre de 1905, comenzó a perder totalmente la memoria y, algo después, el entendimiento.

Contrasta con este humilde Hermano, quien le precedió dos años en su paso por el Salvador, el Padre Francisco Ginebra, filósofo distinguido y uno de los colaboradores más eficaces en el renacimiento escolástico moderno. Nacido en Vich el 7 de junio de 1839, ingresó en la Compañía el 21 de agosto de 1859. En 1870 y 1871 le hallamos en el Salvador, pero no como maestro ni prefecto, sino como alumno de teología, la que estudiaba a la par del Padre Camilo Jordán, que era también estudiante en esos lejanos años. El Padre Ginebra recibió las sagradas órdenes en Buenos Aires, a fines de 1870, y un año más tarde fué destinado a Chile, donde vivió y trabajó, hasta su muerte acaecida en la ciudad de Santiago, el 26 de enero de 1907. Durante veintiseis años enseñó filosofía y en 1887, y en tres volúmenes, publicó sus *Elementos de Filosofía* "los que merecidamente, escribe el señor Perrier, han tenido varias ediciones, pues se trata de una de las obras más valiosas sobre filosofía escolástica, aparecidas durante el período neo-escolástico". Recordemos que Marcos F. Suárez reeditó la obra de Ginebra en Bogotá (1893), y que el Padre Francisco Marxuach la refundió enteramente, remozándola en todas sus partes, y la reeditó en Barcelona, en el curso de 1924.

Del Padre José Guarda, segundo rector del Colegio en su ubicación actual, nos ocupamos ya, al referirnos a su acertado y prudente gobierno (1870-1873), si bien el venerable anciano falleció, entrado ya el presente siglo, el día 16 de julio de 1908. El mismo mes y año terminó su corta existencia de 39 años de vida y 17 de religión el Hermano José Cervera, que había sido destinado al Salvador en 1902. Había nacido en Palma de Mallorca, el día 3 de enero de 1869 y había entrado en la Compañía el daí 4 de marzo de 1891. En Córdoba, donde había estado antes de pasar al Salvador, fué portero y enfermero, los mismo oficios que ejercitó durante los seis años que estuvo en nuestro Colegio.

3. Era rector de éste, cuando falleció el Hermano Cervera, el Padre Masferrer, y de él son estas líneas referentes a la santa muerte de este Hermano:

Buenos Aires, 31 de Julio de 1908.

Ayer enteramos al Hermano José Cervera, cuya edificación en la enfermedad ha sido muy grande.

Estaba preparadísimo para pasar á la eternidad. En diversas conversaciones que solía yo tener con él al visitarlo, me repetía frecuentemente que estaba contentísimo de morirse para ir al cielo.

El 9 de Julio lo pasó sin darse cuenta de nada, y á eso de las seis de la tarde me mandó llamar, y al verme, me advirtió muy alegre que estaba en el pleno uso de sus facultades, y me dijo luego: "Padre yo me muero hoy, porque noto que estoy mal, muy mal. Sepa que tratándose de morir no estoy resignado sino contentísimo, porque sé que me voy al cielo á ver á Dios. Soy felicísimo porque muero en la Compañía. No cambiaría por nada mi felicidad. Sólo siento no haber servido á Dios en la Compañía como hubiera sido de desear". Como le preguntara yo por qué lloraba, me replicó: "Lloro de alegría, de gusto porque muero en la Compañía".

Encargóme que, si no había inconveniente, enviara á su buena madre el crucifijo de los votos y le comunicara su muerte y la consolara con una carta. Como pidiera le leyese la recomendación del alma, y no viera yo todavía peligro inminente, para contentarle le dije que le leería en castellano lo que á su tiempo se le leería en latín.

Al leerle y comentarle las hermosas oraciones de la Iglesia en aquellas circunstancias, el buen Hermano Cervera lloraba de satisfacción. Como le preguntara por qué lloraba, me contestó: 'Lloro de alegría, de satisfacción de morir en la Compañía". Duró hasta la noche del 29.

Quedamos en que pasaría en el cielo la fiesta de San Ignacio.

En el decurso de 1909, fallecieron dos Padres del Colegio, el uno que hacía poco había llegado al mismo, y el otro que hacía ya quince años que moraba en él, y lo prestigiaba con sus virtudes y con su saber. El Padre Miguel Reig, natural de Jaén, y penitente que fué del célebre jesuíta español, Padre Joaquín Medina, fué destinado al Salvador en 1905, donde tomó las clases de aritmética e historia sagrada de tercer año. Era un excelente calígrafo. En 1909 se le quitaron todas las clases, que había tenido hasta entonces, a causa de cierto malestar cardíaco que le molestaba y que fué lo que le cortó repentinamente el hilo de su vida el día 8 de mayo de 1909.

Cinco meses más tarde, el día 2 de septiembre, falleció el Padre José Bustamante, cuya principal ocupación, mientras estuvo en el Salvador, fué la de Padre Espiritual de la Comunidad y, según todas las versiones, era un eximio maestro en las cosas del espíritu. Era también asiduo en el confesonario y en la dirección de diversas comunidades religiosas. Había venido a la vida en el caserío de Ongayo, en el Cantábrico, el día 19 de abril de 1834 y había ingre-

sado en la Compañía el día 19 de octubre de 1855. Como es sabido, fundó el Padre Bustamante el Instituto de las Adoratrices y organizó el Instituto de las Esclavas del Corazón de Jesús.

4. En el decurso de 1910 falleció en la Casa de Regina Martyrum el Padre Pedro Mendieta, de quien ya nos ocupamos largamente al referirnos a su actuación en el Colegio desde 1888 hasta 1898, y falleció en el Salvador el Hermano José Benedicto, una de las figuras más venerables en la ya larga historia del Colegio. Desde 1885 hasta 1910, todo un cuarto de siglo, ejerció este santo varón el abnegado e ingrato oficio, denominado "prefecto del atrio", o sea, del buen orden y arreglo de las mesas de estudio, pupitres, salas, y aun de todo lo referente a la limpieza y aseo de paredes, puertas, ventanas y demás objetos relacionados con la vida colegial. Fué, podría decirse, un simple ordenanza. Pero ¡cuán admirable no fué el Hermano Benedicto en tan modesta ocupación, realizada por él con un sobrenaturalismo, con una solicitud y con una perfección tales que era él la admiración de todos!

En 1918 el doctor Rafael Ynsausti al recordiar las glorias del Salvador, las encarnó en tres hombres: el Padre Esteban Salvadó, el Padre Camilo Jordán y el Hermano José Benedicto.

> ¿Cómo olvidar, escribía él entonces, cómo olvidar a aquel silencioso y modesto soldado de Jesús, el más emocionante, el más ejemplar acaso, el que buscó para su humildad todas las ingratitudes, aquel que sacrificó hasta la veneración que sus canas merecían y evitó la que merecía su vida: admirable vida, en que soldado siempre, de su rey y de su Dios, se llamó José Benedicto?

Nacido en Luca, provincia de Valencia, el 4 de febrero de 1831 había sido soldado de su rey desde 1850. En 1859 fué enviado de capitán de las fuerzas españolas que cuidaban del presidio en la Isla de Fernando Poo, en Africa, y en uno de sus viajes conoció a los Padres Jesuítas, y se determinó su vocación. Ingresó en la Compañía en 1864 y dos años más tarde vino a la Argentina. Después de pasar 14 años en el Colegio de Santa Fe fué enviado al Salvador, donde pasó lo restante de su larga, humilde, gloriosa y santa vida. Murió a los 73 años de edad y 46 de Compañía.

A los pocos meses de fallecer el Hermano Benedicto, falleció también el Padre Joaquín Morro, tortosino. Estaba en Filipinas, cuando aquellas islas fueron ocupadas por los Estados Unidos de

Norte América, y vióse forzado entonces a abandonarlas. Vino al Río de la Plata, aunque tan enfermo que su salud fué siempre muy delicada. Su principal ocupación fué el confesonario. Su tranquila y placidísima muerte tuvo lugar el día 22 de octubre de 1910.

5. El 10 de febrero de 1911 terminó sus días en el Seminario de Villa Devoto el Padre Pascual Durán, a quien recuerdan todavía con inmensa simpatía los alumnos de 1877 a 1887, época en que fué prefecto y profesor. Alma noble y sencilla, corazón espontáneo y sincero, sociable y conversador, supo siempre y doquier ganarse las simpatías de los jóvenes y de los niños, por los que sentía entrañable afecto y a quienes consagró, sin reticencias y sin egoísmos, sus días todos.

Nacido en Manresa, Cataluña, en 1843, frisaba en los 25 años de su edad cuando pasó a Francia para ingresar allí en la Compañía. En Santa Fe y en Villa Devoto ejerció, durante muchos años, el cargo de ministro, con general aceptación de propios y extraños. Su equidad y su afabilidad le conquistaban las voluntades de todos.

A los dos meses de la muerte del Padre Durán, acaeció la del Padre Camilo Jordán, a la que nos hemos referido ya, y tres meses más tarde entregó su santa alma al Creador el Padre Juan José Auweiler. Había este Padre nacido en Merkenich, cerca de la ciudad de Colonia, el 3 de octubre de 1832, y era estudiante en la Facultad de Medicina cuando en 1855 obtuvo ingresar en la Compañía de Jesús. Desde 1865 hasta 1877 residió en el Colegio de la Inmaculada, en la ciudad de Santa Fe, pero con la misión especial, y casi exclusiva, de mirar por los intereses espirituales de las colonias alemanas, como Esperanza, San Carlos, San Jerónimo al Sud, Humboldt, Gruetti y Emilia. Fué enorme la labor realizada por él en esos años, levantando iglesias, fundando escuelas parroquiales, abriendo hospitales, y dando unidad a las agrupaciones germánicas ya indicadas.

En 1878 le destinaron los Superiores a Buenos Aires y ya hemos indicado cuán heroica fué su ocupación en el Hospital de Clínicas y en el Hospital o Asistencia de Muñiz desde aquella fecha hasta el día de su muerte acaecida el 17 de julio de 1911.

El Padre Juan Isern, autor de sendas biografías, una del Padre Jordán y otra del Padre Auweiler, después de informarnos que

sus despojos mortales fueron depositados en la Chacarita, junto a los del Padre Jordán, que había bajado a la tumba tres meses antes, agrega que

> como un mismo amor de caridad había unido sus almas durantes la vida, así un mismo sepulcro recibió sus cuerpos después de la muerte. Que si el P. Jordán había sido Superior del P. Auweiler, en cambio el P. Auweiler fué por treinta años director espiritual del P. Jordán. Genios distintos, como representantes genuinos de razas opuestas, la latina y la germánica, aun moviéndose en círculos sociales y en esferas de actividad generalmente diferentes, desempeñó con todo cada uno de ellos un fervorosísimo apostolado, y dió á Dios y á la Compañía casi la gloria máxima, que puede esperar de sus hijos. ¡Descansen en paz los dos apóstoles de Buenos Aires y esperen sus cuerpos juntos al Señor, debajo de la misma Cruz, á la que juntos amaron y se consagraron, y por la que juntos se sacrificaron! [557]

El señor Alberto Meyer Arana, en su preciosa monografía sobre *La Caridad en Buenos Aires* [558], ha escrito estas líneas que hacemos nuestras:

> Operario infatigable, dedicado al alivio y bien del prójimo, el Padre Juan Auweiler lleva treinta y dos años en Buenos Aires ocupado en estas tareas. Hacia 1866 alcanzó la terrible epidemia del cólera, y para combatirla sufrió fatigas y expuso su vida, siendo el más solicitado de los Padres como asistente de enfermos.
>
> De este largo apostolado, continuado aún á pesar de sus setenta y ocho años, no debe preguntarse á los gacetilleros de la prensa, pues no le conocen. Su trabajo carece de todo boato, y lo realiza en los hospitales, casas de aislamiento, conventillos y lugares pobres, donde acude cada día á remediar miserias. Ejercita sus ministerios y está fijo en el confesonario hasta media mañana. Después toma su manteo y va donde hay una necesidad. Y esa es su ocupación por la tarde.
>
> Penetrado de la urgencia de saber lenguas para socorrer al prójimo, ha estudiado con tenacidad hasta dominar el castellano, inglés, alemán, francés, italiano y árabe. Y pudiera decirse que para hacer el bien y ayudar á las almas se acomodaría á cualquier idioma.

Era también hijo de la Germania el Padre Lorenzo Wolter, fallecido en Santiago de Chile, el 25 de noviembre de 1911, y que había morado en el Colegio del Salvador en 1875 y participado de los sinsabores y sobresaltos de aquel año. Sólo estuvo un año en el Colegio, y su principal solicitud fué por la colectividad germana y sus intereses espirituales.

6. El 14 de diciembre de 1912, y mientras tomaba unos

días de descanso en la Quinta del Niño Dios, cerca de Carlos Paz, en las Sierras de Córdoba, pereció ahogado en el río San Antonio el Hermano Lorenzo Reoyo y Gil, natural de Revilla, en la Provincia de Burgos. Sólo contaba 36 años de edad y dos de vida religiosa. El cadáver no se halló hasta el día 28 del mismo mes, y fué sepultado ese mismo día en San Antonio.

Dos Hermanos fallecieron en el decurso de 1914: el Hermano Ramón Nadal, el 29 de julio, y el Hermano Juan Bella, el día 17 de agosto. El primero era natural de Santamaría de Momagastrell (1838), y había entrado en la Compañía el 29 de enero de 1866; el segundo era natural de Manresa (1840) e ingresó en la religión el 13 de noviembre de 1863. Alma sencilla y voluntad siempre preparada para complacer a todos, fué el Hermano Nadal un noble trabajador en el Colegio. Precediendo una breve enfermedad fué a gozar de Dios, a la avanzada edad de 75 años. Un año menos tenía el Hermano Bella, y acababa de celebrar las Bodas de Oro de su ingreso en la Compañía, cuando Dios le llevó para sí.

7. Desde 1872 hasta 1876 hallamos entre los profesores del Salvador al Padre Cosme Roselló, aunque enseñaba teología a los jóvenes candidatos al sacerdocio. No nos consta que tuviera que ver directamente con el Colegio, por más que morara habitualmente en el mismo. Falleció a la provecta edad de 78 años, el día 16 de septiembre de 1914, en la Residencia de Regina Martyrum.

Ochenta y un años de edad y cincuenta de vida religiosa tenía el Hermano Luciano Serra, fallecido en Santa Fe el día 3 de agosto de 1915. Desde 1876 hasta 1887 le hallamos en el Colegio, y siempre con el oficio de "despensero", lo que explicaría, a lo menos en parte, su gran popularidad entre los niños. Era catalán, natural de Vich, y era hombre piadoso, sencillo, laborioso y humilde.

El 14 de junio de 1916, a las 16.20 horas, murió el Padre Jesús Lafita, quien estaba a la sazón, atareado en el Colegio con clases y brigada, y preparaba el acto de historia que debían dar sus alumnos en los primeros días de julio. Sufría fortísimos ataques asmáticos, y uno de ellos se complicó de tal suerte con una bronquitis que en pocos días le produjo la muerte. Como buen aragonés, pues era natural de Zaragoza (1857), tenía un temperamento algo brusco y sacudido, y fácilmente irritable, pero su virtud y su educación habían suavizado esas asperezas. Era ya abogado y ejercía

la profesión, cuando en 1881 ingresó en la Compañía de Jesús. En 1885 vino al Río de la Plata, y ejerció con su entusiasmo habitual el magisterio así en Santiago de Chile, como en Santa Fe y en el Salvador.

El Padre Lafita preparaba el acto literario que debía preceder al 9 de julio de 1916, primer centenario del Congreso del Tucumán, cuando le asaltó el ataque asmático que le llevó al sepulcro, y fué el mismo día 9 de julio, mientras contemplaba la luminosa cúpula del Congreso, desde la azotea del Colegio, que el Padre Antonio Martorell se sintió atacado del mal que quince días después puso fin a sus días. Era este Padre la historia viva del Colegio del Salvador desde 1870, fecha en que llegó al mismo, hasta 1916. Hombre tranquilo y metódico, sereno e inalterable en todas las vicisitudes de la vida, trabajó sin prisas pero sin pausas así en la educación de la juventud porteña como en la santificación de las almas que a él acudían. Había nacido el buen Padre Martorell en Mallorca, el 13 de diciembre de 1839 y había entrado en la Compañía en la Santa Casa de Loyola, en 1856.

Antes que el Padre Martorell, había llegado con destino al Colegio del Salvador el Padre Miguel Tugues. Desde 1869 hasta 1876 fué profesor unas veces, y prefecto de disciplina otras veces. Conocía muy bien y hablaba con toda perfección la lengua francesa. Hechos sus estudios eclesiásticos en España y ordenado sacerdote, regresó al Río de la Plata, pero nunca regresó al Colegio. En Montevideo fué Padre Espiritual, profesor de retórica, de historia eclesiástica y de sagrada escritura, y en el Seminario de Buenos Aires, como profesor y como rector, pasó la mejor parte de su vida. Era este Padre natural de Lérida, donde nació el 3 de marzo de 1847. Su deceso acaeció en Buenos Aires el 15 de junio de 1919.

Tres años antes ,el 18 de septiembre de 1916, había fallecido en Córdoba el insigne misionero Padre Salvador Villarubias, a quien hallamos en el Colegio desde 1877 hasta 1884, primero como alumno de teología y después como profesor en las clases inferiores y prefecto de división. Carácter ardiente y fervoroso, cuyo rostro encendido parecía irradiar en torno suyo el fuego de su alma, no era para las aulas escolares sino para las misiones de campaña y en ellas pasó el Padre Villarrubias la mayor parte de su vida. Sólo Dios sabe los sacrificios sin cuento que sufrió por la salvación de las almas en las llanuras y sierras cordobesas. Es ciertamente una gloria

para el Colegio del Salvador haber abrigado, por algunos años ,en su seno, a varón tan destacado por sus virtudes.

El Padre Juan Cherta, de quien ya nos ocupamos al referirnos a su rectorado, y cuyas eximias virtudes ponderamos, celebró el 23 de octubre sus Bodas de Oro de ingreso en la Compañía, y cinco años más tarde, el día 6 de noviembre de 1920 cambió esta vida por la eterna. Dos meses antes había hecho otro tanto en Regina Martyrum el Hermano chileno Florencio Hevia, que había estado de residencia en el Salvador desde 1917 hasta 1919.

El 10 de diciembre de 1920 terminó su santa vida el Hermano Salvador Quereda, a quien hallamos en el Salvador desde 1887, y siempre con el cargo de enfermero. Nació en Muchamiel, Alicante, en 1853 e ingresó en la Compañía en 1881. Después de haber atendido y servido durante un cuarto de siglo a tantos enfermos, quiso Dios llenar la medida de sus santas obras, enviándole una enfermedad que le sujetó al lecho del dolor durante años. Su paciencia, resignación y conformidad con la voluntad de Dios fué superior a toda ponderación.

El Padre Santiago Solá fué durante seis años (1885-1890) profesor en el Salvador, y fué, sin duda, uno de los grandes maestros, así en literatura como en filosofía, con que contó el Colegio en la pasada centuria. Natural de Manlleu, en la Provincia de Barcelona, donde nació en 1846, terminó sus días en Santiago de Chile el 14 de febrero de 1922. Desde febrero de 1892 fué rector del Colegio de la Inmaculada, en la ciudad de Santa Fe, de donde pasó a ocupar el rectorado del Colegio de San Ignacio, en la ciudad de Santiago de Chile. Fué después superior de la Residencia y Casa de Ejercicios, en Valparaíso. En todas partes dejó una estela de luz así por un privilegiado talento como por sus eximias virtudes.

Capítulo III

VICISITUDES ESCOLARES ENTRE 1902 Y 1910

1 — *Acción de los Padres Masferrer, Gambón, Homs y Gomis desde* 1902; 2 — *Ricardo Spinedi y José A. Viacava;* 3 — *Carlos Cucullu;* 4 — *Apostolado estudiantil;* 6 — *En el Quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada;* 6 — *En el curso de* 1905.

1. El año 1902, primer año del rectorado del Padre Cherta, fué un año de grande actividad así intelectual como espiritual. Los Padres Masferrer, Gambón, Homs y Gomis, en primera línea, despertaron a la juventud de entonces en una forma eficaz y saludable, aunque poco duradera. Con la Academia Literaria existente en el Colegio, con los catecismos en la Iglesia, al cuidado de los alumnos más capacitados para la enseñanza del mismo, y con la fundación de las clases nocturnas para obreros, de cuya dirección se encargaron los Congregantes exalumnos, hubo ciertamente en ese año un dinamismo que raras veces se vió igual.

El curso de 1902 contó con un total de 596 alumnos, de los que 220 eran pupilos, 263 medio pupilos y 53 eran externos. Estas cifras sufrieron una considerable merma en 1903, ya que el número de alumnos fué de 532, 194 de los cuales eran pupilos, 258 eran medio pupilos, y 80 eran externos. Sólo en esta categoría hubo aumento, con relación al año anterior. También en 1904 y 1905 el total de alumnos fué inferior al de 1902, pero en 1906, llegó a un total de 614, y en 1907 ascendió a 608.

Al aparecer el Católogo de los Alumnos correspondiente a 1902 eran Brigadieres en la Primera Brigada los señores Alberto Serrantes y Rómulo Etcheverry Boneo, en la Segunda, los señores Manuel López y Cirilo Mullen, en la Tercera los señores Antonio Villar y José Polledo, en la Cuarta los señores Antonio Pérez y Juan Tyrrel; en la Quinta los señores Norberto Fresco y Leopoldo Giusti y en la Sexta los señores José Sanllorenti y Alejandro Virasoro.

2. No eran dignidades de convictorio, pero eran de los mejores alumnos los dos jóvenes que Dios llevó para sí en el curso de 1902: el joven Ricardo Spinedi que falleció el día 12 de julio, a los

15 años de edad y el niño José A. Viacava cuyo deceso tuvo lugar el 13 de agosto, cuando contaba 13 años. El Padre Masferrer escribió las biografías de estos dos jóvenes, que rotuló *Dos Angeles más* y en un discurso que pronunció el Padre Jordán, el 17 de octubre de ese mismo año de 1902, dijo, refiriéndose a Spinedi y a Viacava [559]:

"Su muerte insignificante si queréis para una sociedad babilónica como la que encierra esta inmensa capital, es de una significación trascendental para dos familias, para dos congregaciones religiosas y para un establecimiento literario, religioso también. Eran dos pequeñas realidades, pero dos grandes esperanzas: dos flores tan modestas como fragantes que sabían brillar igualmente entre las espinas de una zarza silvestre, como bajo el transparente fanal de un aparador opulento. Dóciles, sumisos, obedientes, habían pasado los primeros años de su niñez al lado de unos padres queridos y entre los ejercicios de una escuela infantil; y habían penetrado ya en un establecimiento literario religioso para terminar aquel período de su vida entre las vigilias del estudio y el trabajo progresivo é incesante de la virtud. . Sus páginas de alumnos son ricas como una estación de otoño, son bellas como una estación de primavera. Testimonios de honor y de alabanza fueron el fruto de su laboriosidad más aún que de la penetración de su mente; virtudes múltiples, varias, admirables. . . la modestia, la humildad, la sencillez, la obediencia, la pureza, la devoción, lo fueron de su religiosidad y de su fe".

El deceso de estos dos alumnos no obedeció a condiciones algunas antihigiénicas del Colegio, aunque un año antes el periódico "El País" había erradamente aseverado que en el Colegio del Salvador había habido, en el mes de setiembre, algunos casos de escarlatina, y aunque otros periódicos desmintieron dicha noticia, se creyó más conveniente desinfectar todo el edificio, para volver la paz y tranquilidad a las familias perturbadas por aquella falsa noticia.

En junio de 1907, después de tres días que hubo de vacaciones, los días 22, 23 y 24 de ese mes, regresaron dos pupilos al Colegio con sarampión, pero fueron inmediatamente enviados a sus hogares. No obstante esta enérgica conducta de la dirección del Colegio, propalaron los periódicos las noticias más peregrinas y alarmantes. Se creyó oportuno cerrar el Colegio durante algunos días y se desinfectaron los dormitorios con formol y se lavaron los pisos y las paredes con bicloruro. Todo eso se hizo no obstante haber declarado el doctor Carbonell, de la Asistencia Pública, que "había encontrado el Colegio en excelentes condiciones higiénicas". En

agosto de 1909 volvió la prensa a hablar de casos de sarampión, pero esta vez nadie creyó en las alarmantes noticias que tan infundada como tendenciosamente propagaban los periódicos llamados liberales.

La única desgracia seria que tuvo que lamentar el Colegio fué la caída del alumno externo Víctor Maurio. El día 15 de Julio de 1904, en el recreo de las diez cayó este niño desde la galería que une la clase de dibujo con los gabinetes, y se creyó, en los primeros momentos que su caso era mortal. El susto de profesores y alumnos fué enorme, agravado con la presencia de la policía y de la Asistencia Pública. Felizmente el caso, por un lado, no fué mortal ni dejó baldado a la víctima, y por otra parte se pudo comprobar plenamente que la caída se había debido a una mala maniobra del herido, como lo confesó él mismo y lo atestiguaron los alumnos que presenciaron el hecho.

La Distribución de Premios de 1902 fué presidida por el señor Internuncio y por el Sr. Arzobispo, y con un salón tan repleto, que en años no se había visto tanta gente en el mismo. Merecieron premios especiales los señores Juan Tyrrell, Carlos Zerbini, Rómulo Etcheverry Boneo y Carlos Cucullu, y merecieron mayor número de premios los alumnos Atilio Bado y Luis Rocca, Víctor Paris y Francisco Scarella, Antonio Pérez y Camilo Trefogli, Julio Parodi y Rómulo A. Ruiz, Carlos Carbó y Cayetano Pérez, José Ignacio Olmedo y Manuel López, Alfredo Olivieri, y Luis Urdaniz, Pedro Imaz y José M. Zelada, Bruno Bonfiglioli y Francisco Fourcade, José F. Oderigo y Alfredo Piccardo, David de Alberti y Emilio París, Héctor Vernengo y Eduardo Simonetti, Carlos Coello y José Sanllorenti, Rómulo Coronado y José Míguens. Julio Vanoli y Florentino Hourcade.

3. El Colegio justicieramente otorgó un premio especial al señor Carlos Cucullu "por haber obtenido óptimas todas sus notas sin reprensión alguna, en los cinco años de su permanencia en el Colegio" pero el joven Cucullu quiso, a su vez, testimoniar su gratitud al Colegio del Salvador, como se desprende de la misiva suya que con fecha 17 de diciembre de ese año de 1902, envió al Padre Rector [560]:

Reverendo Padre Rector del Colegio del Salvador:

Al abandonar, después de cinco años de asistencia diaria ese Colegio

de su digna dirección, quiero dejar un modesto recuerdo de mi paso por él. Si no está a la altura de mis deseos, por lo menos valga la buena intención. Las dos telas que tenga el agrado de enviarle, representan, la una la caída de San Pablo, y la otra un Carmelita y fueron compradas en Milán por mi señor padre, el año 1887, por el mes de agosto o setiembre, y en el Museo de Brena existe la copia del certificado que, según disposición del Gobierno Italiano, fueron expedidas como debe expedirse por toda obra de arte que salga del país.

Estos cuadros fueron enviados a Francia en esa fecha, a la consignación de los Sres. Fould y Cía. de París, y traídos aquí después, habiéndose perdido dicho certificado.

Estos cuadros son atribuídos a Guido Reni y a Pablo Veronese, y su procedencia es de la colección de una antigua familia italiana.

Saluda al Rev. P. Rector, respetuosamente

Carlos Cucullu

Bs. As., 17-12-902.

Huelga manifestar que ambos cuadros se conservan desde entonces en el Colegio y son apreciados en todo lo que valen.

4. Durante este curso de 1902, como indicamos al principio de este capítulo y como se lee en una crónica de la época, "comienzan a regir entre los alumnos algunas prácticas que si bien no duraron muchos años, dejaron en sus corazones una huella que no olvidarán jamás. Fué una la de enseñar el Catecismo los domingos en la iglesia y que dió origen a la formación de una sección de Congregantes bajo la advocación de San Francisco Javier, encargados de continuar la obra comenzada por sus fundadores. La segunda consistió en la formación de otra sección de Congregantes encargados de visitar a domicilio y socorrer a un sinnúmero de familias, que hacinadas en las tétricas y malsanas viviendas que llamamos conventillos arrastran una vida miserable entre los más lamentables efectos de la indigencia. La tercera tenía por objeto el proporcionar el alimento espiritual y corporal a los pobres que acudían a pedir limosna en días determinados.

Los exalumnos, por su parte, establecieron escuelas nocturnas para obreros, encargándose ellos mismos de la enseñanza y socorriendo a los más necesitados.

A una de estas obras de apostolado se refiere el Padre Masferrer en la ya mencionada vida del niño Viacava:

"Es siempre el primero en presentarse los domingos al Colegio para

hacerse cargo de los niños pobres a quienes él enseña la doctrina. Como momentos antes de morir le recordara estos actos de virtud y le preguntara "Pepe, ¿cómo me las arreglaré sin mi catequista?", contestó modesto y humilde: "No importa, Padre, que yo me vaya, pues ya encontrará otros mejores que yo".

Inaugúrase en el Colegio la nobilísima costumbre de que un grupo de niños compuesto de los más formales y virtuosos, en compañía de un Padre, visiten los domingos a la tarde a algunas familias pobres y necesitadas, a quienes consuelen en sus adversidades y tristezas pasando un rato con ellas y repartan subsidios materiales, y Viacava será de los primeros en ofrecerse para tan santa obra. No pudo ir el pobre más que una sola vez y aun a no haber importunado pidiendo lo mandaran pronto a estas visitas, le hubiera sorprendido la muerte sin haber podido practicar tal acto de virtud. Extraordinaria fué su alegría al comunicarle el 27 de Julio que aquel día haría él la visita tan deseada a los pobres; y recuerdo que al regresar me contaba el placer y satisfacción que sentía de haber hecho aquella obra de misericordia, rogándome le señalara muy á menudo para hacer estas visitas a los pobrecitos de Jesucristo. "Si alguna vez, dijo, no puede ir alguno de los señalados, avíseme a mí, Padre, que yo iré por él". Ignoraba aquel corazón generoso que aquella era la primera y la última vez, puesto que a los dos días debía echarse en cama para no levantarse más. Minutos antes de su muerte me dijo que si sentía morir entonces, era porque ya no podría visitar más a los pobres con sus compañeros. ¡Dichoso él que ha oído ya de los labios del eterno galardonador de los actos de virtud estas magníficas palabras: "Era yo pobre y necesitado, y me visitaste en mi propia casa y me socorriste con tus limosnas; entra pues, alma querida, a disfrutar de las eternas delicias que tengo preparadas para cuantos me aman" [561].

La *Carta Anua* de 1903 manifiesta que así la enseñanza del Catecismo por parte de los alumnos del Colegio como las visitas a los conventillos y las clases nocturnas siguieron con todo el entusiasmo del año anterior, y manifestaba también que la Capilla de la Congregación donde se reunían los niños del Catecismo resultaba pequeño para tantos como venían. El número de los asistentes a las clases nocturnas ascendía a más de ciento cincuenta.

Fueron Brigadieres en 1903 los jóvenes alumnos José Belforte y Manuel López, José Ignacio Olmedo y Mariano Olivares, José Míguens y Efraín Pérez, Antonio Pérez y Juan Mahón, José F. Oderigo y Francisco Fourcade, Alejandro Virasoro y Samuel Ortiz Basualdo.

También en el curso de este año falleció santamente un alumno del Colegio. Juan M. Enrico "joven de excelentes costumbres y cuya diligencia fué siempre la satisfacción de sus maestros", se-

gún se expresa la *Carta Anua* de 1903. Entregó plácidamente su alma a Dios, rodeado de varios de sus profesores y compañeros de Cuarto año.

La distribución de premios tuvo lugar el día 6 de diciembre y merecieron premio especial los señores Cirilo Mullen y Antonio Pérez. Atilio Bado y Mario Vernengo. Víctor M. París y Emilio Solanet, fueron quienes más premios llevaron entre sus compañeros de Quinto año, mientras que en Cuarto año los alumnos más premiados fueron los señores Juan Sánchez y Abdón Arozteguy, Ricardo Arzeno y Francisco Ruchti, Leopoldo Giusti y Julio Parodi. Ricardo Elizalde y José Ignacio Olmedo.

5. El año de 1904, año en que el mundo católico celebró con grande entusiasmo el quinquagésimo aniversario de la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María, fué también un año de intensa vida mariana en el Colegio del Salvador.

Fueron en el curso de este año los más eficaces colaboradores de profesores y prefectos los brigadieres Máximo Draque y José Ignacio Olmedo, Efrain Páez y Carlos Squirru, Federico Tobal y Eduardo Bretón, Ricardo Elizalde y Leopoldo Giusti, Carlos Gorostiaga y Vicente Lagomaggiore, Manuel L. Pérez y Pedro Alais, Francisco Tessi y Víctor Meaurio.

En una reseña anónima, publicada en 1904, leemos [562] que

"Con razón podrá decirse que el año 1904 ha sido para el Colegio del Salvador el año de la Inmaculada. Los profesores en sus clases y los PP. en sus exhortaciones públicas ó privadas, no han perdido ocasión de excitar á los alumnos al cumplimiento estricto de su deber, valiéndose de la devoción á la Santísima Virgen, que si todas ocasiones produce resultados benéficos en el corazón de los niños, este año debía ser un estímulo de eficacia excepcional. Aun cuando la mira especial se ha dirigido á que los actos con que en este año se obsequiase á la Inmaculada partiesen, sobre todo, de corazones rectos y limpios y á que la iniciativa individual de cada uno llevase la mejor parte en la serie de obsequios con que cada cual había de honrar á la Santísima Virgen, el Colegio, sin embargo, ha tenido empeño en que se celebrasen cultos especiales, compatibles con la edad y las tareas propias de los alumnos.

Sencillos han sido los obsequios, como los corazones de que procedían; pero en medio de su misma sencillez han dado al año escolar un ambiente especial y característico, cuyo recuerdo permanecerá, á no dudarlo, por mucho tiempo en el ánimo de los alumnos del Salvador.

El día 8 de cada mes se reunían éstos en el templo para asistir en

común á la Misa que se procuraba solemnizar con cantos á la Inmaculada. Además de este obsequio han cuidado los alumnos congregantes de que cada sábado ardiesen doce velas durante todo el día en el altar de la Purísima.

El Colegio deseaba perpetuar el acontecimiento conmemorado en este año con un monumento duradero, que sirviese de recuerdo para las generaciones venideras; por esto resolvió levantar una estatua de la Inmaculada en bronce, la cual habría de erigirse en el patio de entrada, frente á la ya existente del Salvador, levantada por los ex-alumnos al conmemorar el 50º aniversario del Colegio.

La estatua de 2,9 metros de alto, fundida en Buenos Aires, se erigió en un esbelto pedestal de 2,25 metros, y el día 7 de Septiembre fué el designado para la bendición é inauguración solemne. En la tarde de dicho día, después de la promulgación de dignidades, el Ilmo. Sr. Arzobispo, seguido de los profesores y alumnos del Colegio y de una numerosa concurrencia que había venido á presenciar la ceremonia, se dirigió desde el salón de actos al patio contiguo donde se levantaba la estatua. Tanto el patio como los corredores que lo rodean, estaban profusamente adornados con banderas, gasas, gallardetes y plantas que convertían el recinto en un pintoresco jardín.

Finalmente, el acto más solemne y grandioso con que la Congregación demostró el insaciable anhelo de honrar á su celestial Protectora, el que más gratos, al par que indecibles recuerdos, dejó en los ánimos de los congregantes y de cuantos tuvieron la dicha de presenciarlo: fué, indudablemente, el torneo literario Hispano-Americano, que organizó "para cantar á Aquella que es gloria y prez del humano linaje".

Con el fin de estimular, no sólo con el valor intrínseco de los premios, sino, más bien con el valor moral de los mismos á los que habían de tomar parte en el certamen, determinó la Congregación solicitarles de aquellos personajes y corporaciones que por la dignidad de que se hallan investidos y por la posición social que representan, fuesen estímulo por sí solos para que el número de concurrentes al certamen ofreciese garantía del mejor éxito.

La Congregación pudo acariciar las mejores esperanzas, cuando vió que S. S. Pío X, los Presidentes de la Argentina y de Bolivia, el Excmo. Sr. Internuncio, el Episcopado argentino, los Ilustrísimos señores Arzobispos de la Paz y de Montevideo, dos de los Ilustrísimos señores Obispos de Chile, dos de los Ministros del Poder ejecutivo de la nación, dos Gobernadores de las provincias argentinas y varias Congregaciones Marianas, tanto nacionales como extranjeras, ofrecían con la mejor voluntad su valioso concurso y dispensaban al certamen su protección decidida.

Veinticuatro premios de valor indiscutible habían de recompensar á los vencedores en la lucha literaria, según el fallo del jurado, compuesto de varios respetables y distinguidos caballeros de nuestra sociedad. El certamen despertó el mayor interés, como lo probaron los 79 trabajos presentados, varios de ellos llegados de Europa, y la calidad de los agraciados con el premio.

La entrega de éstos debía revestir gran solemnidad, puesto que á la especial naturaleza del acto se añadía el que se celebrara el 8 de Diciembre, el tradicional día en que la Iglesia conmemora á la Inmaculada.

Insuficiente fué el amplio salón de actos del Colegio, para contener á la numerosa y no menos distinguida concurrencia, en la que figuraban dignos y respetables representantes de la autoridad civil y religiosa.

La fiesta comenzó entre los melodiosos acordes de una orquesta de más de 40 distinguidos profesores. En seguida, el Ilmo. Sr. Arzobispo leyó á la numerosa concurrencia un telegrama de Su Santidad llegado entonces, en que bendecía á la Congregación y á los concurrentes al acto. Una lluvia de calurosos aplausos, acompañada de entusiastas aclamaciones, celebró tan inesperada como agradable apertura. Sucesivamente fueron entregándose los premios y declamándose algunas de las poesías premiadas, con alternativas de ejecución de diversos trozos musicales. El público manifestó á menudo sus simpatías por la fiesta, y recompensó sobradamente con sus aplausos todos los esfuerzos de la Congregación. Estas manifestaciones de aprobación, no fueron para los congregantes sino modestas flores depositadas ante el trono de María. Para Ella los aplausos y las glorias, para Ella las flores y las luces, para Ella, finalmente, el intenso cariño y el amor de los jóvenes corazones.

El autor de estas líneas se refiere al Certamen Mariano, organizado en 1904, por la Congregación de Ex-alumnos, y al mismo nos volveremos a referir, más extensamente, al ocuparnos de dicha Congregación, cuya actuación en aquel año fué tan intensa así religiosa como literariamente. Recuerda también el anónimo autor de las cláusulas transcritas la erección de la estatua de bronce en el patio de honor del Colegio, y es justo que destaquemos aquí los méritos de esta primorosa obra de arte. Mide ésta 2,9 metros de altura, y el pedestal que la sustenta mide 2,25. El artista se inspiró en la estatua del Sagrado Corazón, existente en el patio de honor desde 1895, y perfiló la de Nuestra Señora con un sentido de igual sobriedad y unción, de severidad artística y de viril espiritualidad. Ambas estatuas hacen honor al Colegio por su arte y por su ejecución, y pudieran ser orgullo de los parques más exigentes. Monseñor Antonio Espinosa bendijo esta estatua de la Virgen el día de su inauguración, 7 de septiembre de 1904, y sabemos que la señora Nugués de Raffinag fué una de las principales bienhechoras en la realización de este monumento.

No obstante las convulsiones antisociales que se manifestaron tan fuertes en el decurso de 1904, y no obstante las insidias con que el señor Ministro de Instrucción Pública, doctor Joaquín V. Gonzá-

lez, y su secretario Leopoldo Lugones, trataban de entorpecer y anular en lo posible la obra de los colegios católicos, pudieron éstos seguir su ruta sin desfallecimientos, entre ellos el Colegio del Salvador.

Se ha dicho, y el mismo doctor Lugones nos lo indicó en una oportunidad, fué un simple ataque al Salvador, lo que se propuso el Sr. Ministro de Instrucción Pública al comisionarle para escribir, como en efecto escribió, su monografía sobre las Misiones o Reducciones guaraníticas. Con un desconocimiento absoluto del tema y con una total y absoluta inexperiencia de las disciplinas históricas, pero con una audacia y un atrevimiento rayanos en lo inconcebible, llegó el entonces joven Lugones al antiguo territorio de Misiones y obrando según las directivas e imposiciones de las sectas, a las que entonces pertenecía, escribió su *Imperio Jesuítico,* uno de los esperpentos históricos más incalificables de que se tiene noticia en la bibliografía histórica argentina. No hay una cláusula, una línea, una frase que no contenga un despropósito. Tan grande era la ignorancia del nuevo historiador que califica de arte gótico el de los templos misioneros y al pie de una imagen de un fraile que calza sandalias, lleva capucha y cordón franciscanos, leemos "Un Santo Jesuíta".

El Colegio del Salvador, conocedor de los propósitos de Lugones, destacó al Padre Gambón para que, recorriendo las mismas rutas de aquel, escribiera una monografía sobre el mismo tema. Tal fué el génesis del elegante y meticuloso, sobrio y sereno volumen, intitulado *Al través de las Misiones Guaraníticas,* aparecido a fines de 1904.

El curso escolar de este año terminó con la Distribución de Premios que tuvo lugar el día 24 de noviembre. Digamos que los alumnos de Quinto año más ovacionados a causa de sus triunfos literarios fueron los señores Leopoldo Giusti, José Ignacio Olmedo, Julio E. Parodi, Arturo Pinto Escalier, Alfredo Olivieri, Cayetano Pérez, Ricardo Arzeno y Carlos C. Caro.

6. Al iniciarse el curso de 1905 eran brigadieres los señores Ramón Dapena y Rómulo Coronado en la Primera Brigada; Juan A. Bobbio y Vicente Sollano Basabe, en la Segunda; Benigno Molina y Ricardo Daly, en la Tercera; José Oderigo y Francisco Fourcade, en la Cuarta; Pedro Alais y Manuel L. Pérez, en la Quinta;

Sabino Rodríguez Loredo y Alejandro Fourcade, en la Sexta, y Víctor Meaurio y Manuel Copello en la de Externos.

En agosto de este año, y acompañado del doctor Santiago O'Farrell visitó el Colegio el entonces Ministro de Instrucción Pública, doctor Joaquín V. González. Recorrió las clases en compañía del citado caballero y del entonces rector, Padre Masferrer. Reunióse a continuación todo el alumnado en el salón de actos y uno de los alumnos le dió la bienvenida. El doctor González respondió al saludo expresando que no podía ser más favorable la impresión que llevaba de la disciplina escolar y que si alguien sostenía aún que había conflictos entre la religión y la ciencia, le bastaría venir al Salvador para ver que los tales conflictos no existían.

Fué también en el decurso de este año que no visitó sino que se hospedó en el Salvador el gran orador y poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín. El Colegio le ofreció cariñoso hospedaje en su seno no sólo por sus méritos literarios, tan grandes, sino también, y muy especialmente, por su noble y heroica conducta ante el proceder sectario de los gobernantes sectarios que entonces perseguían a la Iglesia Católica en la patria de aquel eximio vate y valiente católico.

Las visitas a las casas de vecindad o conventillos, por parte de los alumnos del Colegio, especialmente, por parte de los Congregantes siguieron con el mismo fervor que en los años anteriores, según nos informa la *Carta Anua* de 1905. Por la misma fuente de información sabemos que la Congregación Mayor, esto es, la de los Exalumnos inició la publicación de una serie de folletos de índole apologética, como los rotulados *El Hijo del Mono, El Rey del Mundo, Pavoroso problema,* y que los alumnos del Colegio fueron los encargados de propagarlos entre sus deudos y amigos.

El señor José F. Oderigo fué el único alumnos que en la *Distribución de Premios* del 19 de noviembre de 1905 mereció premio especial, además de haber merecido el premio de presidente perpetuo en filosofía y letras. Después de Oderigo los más ovacionados en ese día fueron David de Alberti, Eduardo Simonetti, Gregorio Beyrne, Santiago C. Rocca y Luis Monsegur.

Este joven se llevó el premio de composición en prosa, según el concurso literario de la Academia del Colegio, mientras que el premio de verso lo mereció el señor Gregorio Beyrne. Miembros activos y empeñosos de esta Academia fueron también los señores

Eduardo Simonetti, Francisco Fourcade, Luis Klappenbach, Guillermo González Pagliere, Santiago C. Rocca, Julio E. Doblas, Abdón Aróstegui y Antonio Zumarán.

Sabemos que el curso de 1906 comenzó con las más favorables perspectivas, ya que fué menester limitar el número de los alumnos por la falta de local. Sólo se pudieron recibir cincuenta más que en el curso anterior. El doctor Figueroa Alcorta que subió a la Presidencia, después de la muerte del Presidente Quintana, acaecida en marzo de ese año, fué siempre un entusiasta panegirista de la pedagogía y de los procedimientos educacionales del Salvador y no contento con poner a sus hijos en este Colegio, aconsejaba a sus amigos que hicieran otro tanto. El inspector de Segunda Enseñanza, señor Federico Pinedo, que visitó el Colegio en el curso de ese mismo año, y el señor Roberto Senet que también lo quiso conocer de cerca, publicaron después conceptos los más favorables al mismo.

Hemos de consignar aquí que en este año, por vez primera, en la historia del Colegio, un grupo de alumnos, en total diez y siete, hicieron los *Ejercicios Espirituales* durante los días de Semana Santa, en la Quinta de Ramos Mejía. Fué el Padre Masferrer quien dirigió estos Ejercicios Espirituales cerrados. Sabemos que en los años siguientes se prosiguió esta práctica, y así en 1907 el Padre Fermín Arnau dió una tanda a nueve de los bachilleres en la misma Casa de Ramos Mejía. Sospechamos que la misma práctica se siguió en los años siguientes, aunque nada hallamos al efecto en el *Diario del Colegio* ni en el llamado *Diario del Prefecto General*.

Las iniciativas de índole social y las actividades de carácter apologético del Padre Masferrer, aunque no estorbaban en lo más mínimo la buena marcha del Colegio, ponían al alumnado en contacto con los problemas exteriores, orientando así su educación hacia la vida y contribuyendo así a formar en ellos el criterio y la conciencia católicos. La campaña del Padre Masferrer contra las insidiosas calumnias que *La Razón* y *La Reforma* publicaron en 1906 contra las Religiosas, y la *Liga de Honor* ideada también, por entonces, por el Padre Masferrer repercutieron inmensamente en el alumnado de la época.

Ocupaban en ese año las primeras dignidades de convictorio los jóvenes Rómulo Coronado y Arturo Saiz, Benigno Molina y Cosme Llanes, Lucio Marcelo Lezica y Aldo Scotto, Horacio Martínez y Víctor Meaurio, Hipólito Brié y Víctor Ventafridda, Ale-

jandro Fourcade y Carlos Campomar, Manuel Copello y Enrique Beretervide.

En la distribución de premios que se tuvo el día 11 de noviembre sobresalieron por sus triunfos literarios los señores Juan C. Ahumada, Víctor L. Meaurio, Guillermo G. Pagliere, Rómulo Coronado y Enrique Beretervide, entre los alumnos de Quinto Año, y Carlos M. Squirru, Carlos A. Gorostiaga, Manuel Copello, Carlos Pico, Jorge Figueroa Alcorta y Carlos Meaurio entre los premiados de cuarto año.

El curso escolar de 1907 se inició el día 3 de marzo, y según el Catálogo de los alumnos, publicado algunas semanas más tarde, el número de los mismos ascendió a 608. El *Diario de Colegio* nos informa que a principios de este año se tuvieron que desestimar muchísimas peticiones por falta de localidades.

Fueron elegidos Brigadieres en la primera proclamación de dignidades en el curso de 1907 los alumnos Juan R. Beltrán y Manuel Aráoz, Benigno Molina y Alberto Bernard, Pedro Descoix y Juan C. Marini, Manuel Copello y Enrique J. Pesquié, Aurelio Arzeno y Alejandro Fourcade, Luis Gismondi y Luis J. Fourcade, Ismael Alcácer y Luis de Domínicis.

En la Distribución de Premios que tuvo lugar el día 14 de noviembre y que honraron con su presencia así el Internuncio de Su Santidad, Monseñor Sabatucci, como el Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Antonio Espinosa, merecieron premio especial los alumnos Adolfo Argerich, Manuel S. Copello, Carlos A. Gorostiaga y Carlos M. Squirru. Squirru y Copello fueron entre los alumnos de Quinto año quienes merecieron mayor número de premios, correspondiendo, no obstante, a Raúl Zamboni el premio de prosa, a Rafael Insausti el de verso y a Federico Carrera el de Historia Argentina.

El martes 27 de octubre de este año de 1908 tuvo el Colegio la satisfacción de recibir la visita del entonces Ministro de Instrucción Pública, doctor Rómulo Naón, quien había cursado sus estudios en el Salvador entre 1884 y 1888. En compañía del Ingeniero Juan de la Cruz Puig presentóse ese día al Colegio el ya entonces prestigioso político, doctor Naón, y con un interés y un afecto, que rayaba en lo infantil, quiso recorrer todo el edificio, evocando doquier los recuerdos de los días de su niñez y juventud. En el Salón de Actos se leyeron varias composiciones y el Padre Mas-

ferrer con los Catálogos de Premios, de 1885, 1886 y 1887 en la mano, fué entregando a un niño, a uno de los hijos del entonces Presidente de la República, Dr. Figueroa Alcorta, que simulaba ser el niño Naón, los premios que éste había merecido en aquellos lejanos años. Cuando el ficticio Naón hubo recibido todos los premios, se despojó de ellos entregándolos, en rico cofre preparado al efecto, al que otrora los recibiera merecidamente en aquel mismo Salón de Actos.

Brigadieres en 1908 lo eran de la Primera Brigada los señores Alfredo Serrantes y Alberto Bernard; de la Segunda los señores Juan Carlos Palacios y Enrique Caride Llames; de la Tercera, los señores Rodolfo Martínez y César Cardini; de la Cuarta, los señores Pedro E. Alais y Manuel L. Pérez; de la Quinta, Alejandro Fourcade y Luis Ayerza; de la Sexta, Luis Fourcade y Héctor Alba Posse, y de la Séptima o Externos, Alberto Manrique Soto y Juan J. Yanni.

Merecieron premio especial al clausurarse el curso de 1908 los jóvenes Pedro E. Alais, Rafael Ayerza, Juan R. Beltrán, Manuel L. Pérez y Enrique J. Pesquié. Los alumnos de Quinto Año más ovacionados fueron los señores Mario Olivieri, Juan R. Beltrán. Raúl Trefogli, Manuel L. Pérez, León O'Farrell y José M. Spallarossa.

A principios del curso de 1909 se tuvo un gran acto de gimnasio, uno de los primeros de esa índole que tenían lugar en los colegios de enseñanza secundaria. El General Eduardo Munilla, íntimo amigo del Colegio y uno de los más entusiastas gimnastas de la primera hora, quiso encauzar a los alumnos por esas nuevas rutas de educación física, y obtuvo plenamente lo que se proponía. El General Luis María Campos, Ministro de Guerra, asistió complacido a este acto, no menos que los muchos militares de graduación diversa, que lo presenciaron. El 30 de octubre se volvió a tener otro acto de igual índole, dirigido por los siete instructores de gimnasia con que contó el Colegio en el decurso de 1908 y 1909: el Capitán Guillermo Mohr y los maestros Nigro, Peme, Rossi, Carbone, Castagneto y Krämer.

A este último aludía especialmente el General Munilla en la nota que con fecha 4 de noviembre remitió al Salvador [563]:

Los diversos ejercicios y concursos físicos celebrados en ese Colegio. .

han evidenciado una vez más la tendencia de ese Rectorado en el sentido de perfeccionar la cultura física de sus educandos.

En este sentido, los concursos verificados revelan el fruto de una preparación racional y metódica, y la progresión como la uniformidad de su ejecución, un esfuerzo encomiable.

Y como complemento del espíritu progresista de ese Rectorado, la instrucción militar y de tiro, a la que tanta atención ha querido y sabido consagrarle, secundando empeñosamente las patrióticas iniciativas de esta Dirección.

Correspondiendo a la satisfacción que ha producido al Excmo. señor Ministro de Guerra, S. E. se ha servido acordar una *Medalla de Oro* y *Diploma* a este Colegio, por la brillante demostración; y un mes de sueldo al instructor teniente don Eduardo Krämer, por su asistencia puntual a clase, mtéodo de enseñanza, precisión y lucimiento en la ejecución.

Las dignidades máximas de Convictorio, en este año de 1909, fueron: Martín Muñoz Vives y Fernando Solá Torino, Marco Olaciregui y Aldo Scotto, Rodolfo Alberto y César Cardini, Víctor Ventafridda y Alfredo Thompson, Luis S. Gismondi y Pedro Fernández Saralegui, Luis Fourcade y Rafael Chaves, Ernesto Vivanco y Roberto Beretervide.

Al finalizar el curso se entregaron premios especiales a los jóvenes Luis Ayerza y Octavio M. Pico, Alejandro Fourcade y Guillermo de Nevares, Hugo A. Oderigo y Santiago G. O'Farrell, Juan Facundo Quiroga, Alfredo Thomson y Víctor Ventafridda. Algunos de los mencionados y los señores Ricardo Mulleady, Alberto E. Reyes, Héctor M. Olmedo, Jaime Berdaguer y Fernando Solá Torino fueron, entre los alumnos de Quinto año, los que merecieron mayor número de premios.

Los exámenes de las diversas clases del bachillerato fueron en 1909 y 1910 un crédito para el Colegio, sobre todo los del primero de los años mencionados. Los alumnos de los cinco cursos dieron en 1909 2562 exámenes, mereciendo en 243 de ellos la nota de sobresaliente, lo que da un 10 % de sobresalientes, y en 810 de ellos la nota de distinguido, lo que da un 32 % de distinguidos, mientras que sólo hubo 141 aplazados, lo que da un 5 %. En 1910 el porcentaje de sobresalientes y de distinguidos fué menor, 9,87 % y 29,25 %, mientras que el de aplazados ascendió a 6,78 %. "Este año, así lo leemos en el Diario del Prefecto General, con las muchas fiestas y vacaciones del Centenario de la Independencia, los alumnos han perdido muchos días de clase, y su espíritu no tenía la quietud necesaria para el estudio".

Capítulo IV

EL COLEGIO DEL SALVADOR EN 1910

1 — *Misa de acción de gracias;* 2 — *El acto cívico-patriótico;* 3 — *El acto literario;* 4 — *La Bandera Argentina - Cuadros dramáticos;* 5 — *La Infanta Isabel en el Colegio del Salvador;* 6 — *Los Ex-alumnos de 1868 a 1874;* 7 — *Alberto Bernard.*

Las clases se iniciaron el día 3 de marzo, y el día 4 de mayo se tuvo la primera premiación del año, en la que fueron nombrados Brigadieres los señores Luciano Indavere y José Horta, Julio E. Hernández y César Cardini, Martín Ragno y Alejandro Moreno, Pedro Tilli y Aurelio Arzeno, Atilio Dell'Oro Maini y Luis J. Fourcade, Tirso Rodríguez Loredo y Raúl de Chapeaurouge, Ernesto Vivanco y Pablo Frugoni.

Días más tarde, la Patria toda celebraba alborozada el primer siglo de su emancipación política y el Colegio del Salvador no quedó atrás en medio de los acordes entusiastas de todo un pueblo, consciente de lo que significaban los primeros cien años de su nacionalidad constituída.

El Colegio del Salvador no sólo no quedó a la zaga de los otros institutos educacionales en su fervor patriótico, sino que hay fundadas razones para sospechar que no fué aventajado por otro alguno. Toda la documentación que poseemos pone de manifiesto que el 25 de Mayo de 1910 fué una efemérides máxima en los anales del Colegio como lo era en los de la Patria.

Su celebración se inició la víspera del día 25 con un solemnísimo Te Deum. Invitado para este acto monseñor Aquiles Locatelli, Internuncio de Su Santidad, en la República Argentina, aceptó complacidísimo la invitación.

A las 8 a. m. ocuparon las brigadas sus respectivos asientos en la iglesia, y en todos los alumnos se notaba la natural impaciencia que se despertaba en ellos en esta solemne ocasión.

Las pilastras del hermoso templo lucían con los tapices de las grandes fiestas, los altares, las cornisas y la cúpula brilaban con la alegre iluminación eléctrica, y el altar mayor, con su polícroma vidriera, sus dorados bronces y sus devotas imágenes, atraían las miradas de la inmensa muchedumbre que llenaba el templo.

Sonaron los acordes del órgano y, como una visión del cielo. se vió aparecer el símbolo augusto de la patria, la bandera argentina, llevada por uno de los alumnos y escoltada por otros dos de la primera división.

Al terminarse la santa Misa, el señor Internuncio entonó el himno de acción de gracias, dándoselas así al Señor por haber bendecido a la Patria en el discurso de sus cien años de vida independiente.

2. El día que había comenzado con buenos auspicios fué de una singular grandeza y belleza para los alumnos de 1910. Un cronista de la época nos asegura que al salir los alumnos del templo, creyeron ver un nuevo sol, más radiante y más bello que nunca. Parecía que cielo y tierra asistían al triunfo de la patria argentina.

A las 9 a. m. hallábanse formadas en sus respectivos patios las seis brigadas del Colegio. La banda municipal preludió la "Marcha de San Lorenzo", y al compás de sus notas belicosas salieron las brigadas en correcta formación. El patio central estaba vestido de gala. Lo adornaban los escudos de las provincias; las banderas argentinas entrelazadas, agitaban al viento sus colores, y en torno de las clases y en la galería superior, esparaban las familias de los alumnos el comienzo del certamen gimnástico.

Presidían el acto el señor Internuncio, el Padre Rector del Colegio, el general Dellepiane, el coronel Munilla y algunos oficiales del ejército.

Desfilaron las brigadas ante el público y formaron el cuadro de honor. La brigada de tiro, precedida de la bandera, se formó en línea de batalla, y nuestro pabellón ocupó el centro del patio, para recibir los honores de los concurrentes. El público estaba en pie, y los ojos de todos contemplaban la gloriosa enseña de la patria.

Uno de los diarios vespertinos publicó estas notas referentes al acto, y merecen ser reproducidas [565]:

"Una de las brigadas está armada de pequeñas banderas argentinas, otros niños ostentan bastones para los ejercicios, los mayores llevan al hombro sus fusiles Máuser. El porte de todos los jóvenes es marcial. El teniente Nigro, que los dirige, da la orden para el desfile en presencia de la bandera nacional, que un bizarro abanderado levanta en alto con orgullo. Es un momento precioso del programa.

"La banda ejecuta el Himno Nacional, y toda la concurrencia, con la cabeza descubierta, escucha de pie el "Oid, mortales..."

"En aquel momento, el señor José Cortés Funes, un joven de 15 años, avanza, y con voz vibrante, cuyos acentos enérgicos llenan todo el patio y suben hasta las galerías altas, pronuncia una hermosa arenga.

"Fijad la vista en esa bandera —dice— que flameó triunfante en Junín, Ayacucho, Maipú, Chacabuco y Tucumán, la que dió libertad a tres naciones amigas.

"Decid, ¿no es verdad —prosigue— que oís resonar el grito colosal que dieron nuestros gauchos y patricios, al proclamarse la libertad?

... ...

"Esta bandera es la del Rosario, la de Jujuy, la del río del Juramento. No tenemos ni queremos otra... Jurad morir por nuestra bandera, como yo lo juro...

"El orador termina con un "viva" a la República Argentina, al que responde el público entusiasmado; y después de una breve pausa, lanza un estruendoso "viva" a España y a los marinos españoles, presentes al acto.

"Al escucharlo, el comandante y los oficiales de la "Nautilus" no pueden disimular su júbilo. A su vez se ponen de pie y responden: ¡Viva la República Argentina!".

Después del juramento de la bandera, desfilaron la segunda y tercera brigada de los alumnos. Vestían todos el severo traje negro, uniforme del colegio. Obedecían admirablemente á los toques del silbato. El maestro Krämer, que los dirigía, era obedecido con instantánea precisión. Muy bien lo habrán de hacer las otras brigadas si pretenden aventajar á los pequeños gimnastas. El público premiaba con calurosos aplausos á las dos brigadas.

Salieron después la primera y la cuarta. Sirviéndose de los bastones Yaeger, ejecutaron varias series de ejercicios, cuya dificultad y complicación iba creciendo á medida que adelantaban. El ajuste y la precisión eran admirables. Un aplauso espontáneo y entusiasta coronó la labor de los simpáticos alumnos mayores del Colegio.

El ejercicio más vistoso del día lo ejecutaron los alumnos de la quinta y sexta brigada. Todos llevaban en su derecha, y apoyada en el hombro, una banderita con los colores nacionales. El teniente Rossi los dirigía, secundado por algunos alumnos más aventajados. Sin que les dijera una palabra, y sirviéndose de los toques del silbato, evolucionaron las dos brigadas. Ya avanzaban, ya retrocedían, se cruzaban y entrecruzaban, se agrupaban y se separaban. El sol iluminaba el hermoso cuadro y las banderas ondeaban con el movimiento de sus portadores, y el conjunto ofrecía

un espectáculo vistoso y agradable. Al retirarse los niños, los premiaba el público con un merecido aplauso.

Pocos instantes después se oyó el redoble del tambor, y los alumnos de cuarto y quinto años aparecieron de nuevo, precedidos de la bandera, y llevando al hombro sus fusiles. Una salva de aplausos saludó a los apuestos soldados, y a las órdenes del capitán Mohr obedecían como autómatas. Parecían por su porte y marcialidad soldados veteranos.

Después de evolucionar por el patio, se ordenaron en línea de batalla y se prepararon para las tres descargas de honor. A la voz de "¡fuego!" tres veces repetida, sonaron tres descargas simultáneas, que admiraron a los técnicos y aplaudieron todos. Así terminaron los festejos cívico-patrióticos de la mañana.

Para la tarde estaba anunciado el solemnísimo acto literario-musical, organizado principalmente por el Padre Juan Marzal.

3. La expectación de todos era enorme en este acto. Hallábase interesado el corazón de los actores y de sus familias. Venían éstas a gozar con las remembranzas de las glorias patrias. Los actores deseaban interpretarlas con la fidelidad y entusiasmo de los héroes, cuyo papel desempeñaban, y deseaban, sobre todo, agradar a sus padres y hermanos, y arrancarles un aplauso espontáneo, sincero y de justicia, que sintetizara este pensamiento: Quienes así sienten al representar a nuestros valientes antepasados, ¿podrán un día emular sus glorias é imitar sus hechos preclaros?

Hallábase decorado el salón de actos sencilla y sobriamente. En torno de los muros aparecían los escudos de las provincias argentinas, a los que servían de fondo la bandera celeste y blanca de la patria. En el estrado se destacaba un grupo alegórico formado por el busto de bronce del general Belgrano, al que envolvía la bandera nacional, y al pie del pedestal del héroe veíanse esparcidas espadas y fusiles, lanzas y tambores, y coronando estos instrumentos bélicos campeaba una lira entre palmas y laurales. A lo lejos, y sobre un lienzo, aparecían las siluetas de la Pirámide de Mayo y de la Recova, recortando un cielo con claridades de aurora, y sobre el cual se veía el escudo argentino con su sol naciente y sus simbólicas figuras de unión y libertad.

Comenzó la función con el Himno Nacional, cantado por el coro del Colegio y acompañado por la orquesta. El numeroso con-

curso se puso en pie, y escuchó lleno de respetuoso entusiasmo las patrióticas estrofas del inspirado poeta Vicente López.

Siguió al canto del himno el discurso preliminar, compuesto y leído por el alumno de cuarto año, señor José H. Martínez.

En brillantes párrafos resumió los hechos gloriosos de nuestra inmortal epopeya, ciñéndose luego a compendiar las hazañas del ilustre general Belgrano, el cual fué quien despertó en nuestros patricios y en el gauchaje el santo amor a la patria, simbolizado en la bandera creada por él en el Rosario. Esta creación, que no fué más que un episodio de la gloriosa epopeya, fué sin embargo de una trascendencia colosal, por cuanto levantó el espíritu abatido del ejército patriota y lo unió con un vínculo de amor hacia la Madre común.

Terminó su bien leído discurso, con estas palabras de aliento:

> Jóvenes, hoy somos los ciudadanos de mañana y los patriotas del porvenir. Cuando los espartanos se congregaban para solemnizar las fiestas nacionales, el coro de los ancianos decía: Fuimos valientes en los tiempos pasados; el de los hombres respondía: Somos valientes. venga quien quiera probarlo, y el de los niños concluía: Seremos valientes, nuestros hechos eclipsarán los vuestros.
>
> Esta sea, pues, nuestra divisa: eclipsar con nuestros actos las hazañas de nuestros antepasados. Sólo así cumpliremos nuestros sagrados deberes para con la patria, sólo así demostraremos que circula sangre de héroes por nuestras venas ,sólo así seremos dignos de llamarnos argentinos.

A este discurso siguieron las declamaciones. En la primera, el señor Fernando Dupuy de Lôme cantó al "Educador cristiano", al insigne General, que estableció como base de la educación nacional argentina, la enseñanza católica. Con límpida pronunciación, con entonación épica, superior a sus cortos años, recitó el señor Dupuy de Lôme la oda lírica al educador de la niñez. El público le escuchaba con religioso silencio. Bien se dejaba adivinar que los oyentes lamentaban el funesto retroceso que había sufrido la educación en nuestra patria, cuyos frutos eran cada día más visibles y cada día más bochornosos.

> No le pidáis al niño patriotismo,
> si la fe no le escuda:
> si de Dios, de la patria y de sí mismo
> le atormenta la duda.
> Encerrado en su sórdido egoísmo,
> será el que arroje el arma, si combate,

el que en dañar, su inteligencia ocupa,
será el blasfemo que á su Dios escupa,
será el verdugo que á su patria mate. . .

Tocóle el turno después al señor Antonio P. Frogone. Su decir natural y agradable, su gesto noble y sin amaneramientos, cautivaron al público desde la primera redondilla. Titulóse la composición: "El roble y la palmera", y era una narración alegórica en la que sintetizaba nuestro carácter nacional, representado por San Martín y Belgrano.

El uno era el Roble altivo
de ramaje corpulento,
que audaz tenía su asiento
en el peñascal nativo.

Con la hojarasca arrancada
del invierno á los rigores,
sorbía savia y vigores
de la tierra fecundada.

El otro, la Pampa esbelta
del americano edén,
cimbreándose al vaivén
de su cabellera suelta.

Y terminaba con estos pensamientos:

Tierra argentina, que tienes
de Dios, como rico don,
Libertad y Paz, que son
los dos más preciados bienes:
no olvides que te los dieron
los que por tu amor lucharon. . .
Si de Dios los alcanzaron,
fe y valor los consiguieron.

Alza á la celeste esfera
tu mirada agradecida;
piensa que debes la vida
al Roble y á la Palmera.
El Roble te dió vigores,
fuerza, nobleza y bravura.
La Palma te dió ternura,
piedad, virtudes y amores.

Cuando hubieron terminado los aplausos con que el público coronó la declamación del señor Frogone, se inició la ejecución de los cuadros patrióticos referentes a *La Bandera Argentina*, compuestos con singular maestría por el entonces profesor del Salvador, Padre Juan Marzal, y que constituyeron uno de los homenajes más cabales con que se festejó el primer centenario de la patria independencia.

4. Los hechos que sirvieron de argumento a estos tres cuadros dramáticos, presentaban al héroe de ellos, en lucha con sus soldados, con el gobierno central y con su propio corazón. El general Belgrano, que, a las dotes de buen militar juntó la evidencia clara del profeta, quiso despertar en el alma de sus soldados el dor-

mido amor a la nueva patria, cuya visión luminosa tenía para él claridades de aurora eterna. Fué quien poetizó la revolución en los campos de batalla. Conocedor de su gente, pretendió ante todo, unir las voluntades mal avenidas de los soldados y los jefes, para que, como un solo hombre, lucharan en defensa de la libertad, agrupados en torno de una bandera. El éxito más feliz coronó su pensamiento. La nueva bandera ondeó por primera vez en el Rosario, sobre los fuertes de la Independencia y de la Libertad.

Tal era el argumento del primer cuadro dramático.

Pero al gobierno central pareció prematuro el pensamiento de Belgrano, y en un documento oficial, fué reprendido el general en jefe, poco después de haber mandado bendecir en Jujuy la bandera de la patria.

El desaliento se apoderó del ánimo de Belgrano, aunque tuvo buen cuidado, como prudente caudillo, de ocultar a sus tropas la repugnancia que sentía en tan dura obediencia. Obedeció ciegamente como buen militar, y dejó en las manos de la Providencia el resultado de la campaña.

En el cuadro tercero, Belgrano se lamenta del abandono en que le dejan algunos amigos, de la deserción de sus tropas, de la infidelidad de algunos jefes, y muestra fundados temores por el incierto porvenir que le espera en la nueva campaña del Alto Perú.

En este estado de ánimo cruza el río Pasaje, y mientras pone en duda los pronósticos de un payador que le vaticina el porvenir glorioso de su patria, lléganle noticias de las victorias obtenidas por San Martín y Rondeau, la grata nueva transmitida por el gobierno, de que debe exigir a los soldados el juramento de fidelidad a la asamblea constituída, y al mismo tiempo recibe autorización para usar la bandera creada por él en el Rosario. La alegría del general no tiene límites. Vuelve a aparecer la bandera, guardada por Belgrano en espera del día del triunfo, y que él, con mirada de vidente, confiaba presenciar; y después de exigir a sus soldados el juramento impuesto por la Junta Central, y de enarbolar la bandera, manda esculpir sobre la corteza de un árbol esta leyenda: "Río del Juramento", para que las generaciones futuras esculpan en su alma esta fecha memorable. Era el 13 de Febrero de 1813.

A pesar de las dificultades de la obra, nacidas, no de su escaso mérito, sino de la grandeza de los personajes en ella representados, los alumnos lograron despertar el interés del público. El enton-

ces alumno Rodolfo Martínez, y después Ministro de Obras Públicas en la Provincia de Córdoba, interpretó con todo acierto el personaje principal del drama, y el entonces alumno, y hoy sacerdote y religioso de la Compañía de Jesús, Padre Jorge Saravia, fué el feliz intérprete de El Rengo, héroe anónimo de la campaña del Paraguay, idólatra de Belgrano y ángel de paz entre los mal avenidos gauchos y patricios, enemistados a cada paso durante la guerra. El Rengo entretuvo al público con la relación graciosa de sus hazañas. En la segunda escena del cuadro primero, el Rengo sale rengueando, como su mote indica; lleva una botella y un vaso. Está medio alegre.

RENGO — Con aguardiente, es del bueno.
Está el enemigo cerca
y amenaza el campamento,
como un tigre entre cardales,
buscando un descuido nuestro,
¿y ustedes acá trenzados?
Tomá el vaso, granadero,
y a la salud de los gauchos
brindad.

GRANADERO — Brindo. (*Con el vaso en alto.*)

RENGO — Ahora, porteño,
que tenés tan mala sangre,
brindad vos por todos éstos.

PATRICIO 1º — Cuando haya muerto a ese gaucho,
ya brindaré por el muerto.

PATRICIO 2º — Brindo a la salud de ustedes.
(*Después de tomar el vaso que le alarga el Rengo.*)

RENGO — Ahora vos. (*Quiere servir a otro soldado.*)

GAUCHO 3º — Gracias, no bebo.

RENGO — Mal soldado. ¿Y vos? (*A otro que no quiere beber.*)
¡Ay, pucha!
Con tres vasos en el cuerpo
y el naranjero en la cara
ni Mandinga me da miedo.
¿Qué hay, pues?
(*Volviéndose rápidamente al ver que se enzarzan otra vez.*)

GAUCHO 3º — Que quieren pelearse
y eligen armas y tiempo.

RENGO — Gaucho, a un lado. (*Tomándole por un brazo.*)

GAUCHO 2º — Soltá, ¡pucha! (*Al Rengo.*)

RENGO — Nos veremos. (*Al patricio.*)
Nos veremos.

¿No es una mala vergüenza
que aquí sean tan resueltos,
y delante de las balas
disparen como conejos?

GAUCHO 2º Calláte vos.

RENGO ¿Que me calle?
¡Qué mal conocés al Rengo!
¿No sabés lo que es un puma?
Eso soy cuando peleo.

GAUCHO 3º Compadrito.

RENGO ¿Compadrito? (*Volviéndose rápido.*)
¿Sabés lo que estás diciendo?
¡Pucha! que soy coceador,
y aunque sólo tengo un remo,
aún rumbiaría un cuchillo
cara a cara y cuerpo a cuerpo.
Pero esta pícara pierna
me relevó del ejército,
y estoy ganando la vida
sirviendo de cantinero.
Pero habés de saber vos (*Enardeciéndose.*)
que a naides le tengo miedo.
En el Paraguay estuve
y en aquel valiente ejército
que Belgrano gobernaba;
y después de aquel suceso
que me trajo esta desgracia, (*Por la renguera.*)
no compadrito, más bueno
y valiente me llamó
Belgrano. Tomen asiento
y oirán las valentías
de este pobre cantinero.

El gaucho patriota, señor Gregorio Chaves, probado en su patriotismo por el general Belgrano, definió a su modo lo que entendía por patria, con las redondillas siguientes:

¿Patria es la voz creadora
de alegrías y dolores,
que odios engendra y amores
cuando ríe y cuando llora?
¿Son las chacras soleadas?
¿Son las nativas canciones?
¿Son las viejas tradiciones,
las ofensas no vengadas?
¿Son estos mares de tierra,
donde crecen los trigales,
las estancias señoriales
donde el argentino encierra
sus riquezas y su amor
firme, fecundo y cristiano,
que llama al pobre su hermano,
como lo manda el Señor?
¿No es esto la patria mía?
Patria es para mí ese cielo.

este río y este suelo
y aquella azul lejanía.
El aire de libertad
que cruza la Pampa hermosa,
la paz constante y sabrosa
de la oculta soledad.
Es salir á la alborada,
ver solo caras amigas,
y, después de las fatigas
rodeando mi caballada,
ver cómo del cielo en pos
en mi pobre rancho sube
el humo, cual mansa nube
que inciensa el trono de Dios.
Si esta visión que adivino
es la Patria, yo la adoro . . .
Por ella daré el tesoro
de mi sangre de argentino.

Nadie aplaudió al terminar el señor Chaves. La intensidad del sentimiento ató las manos de los presentes, conmovidos ante la visión luminosa de la patria querida.

En el cuadro segundo, los señores Juan Carlos Alonso y Marcos Brughera —secretario el uno y asistente el otro de Belgrano— cuentan la conmovedora escena de la bendición de la bandera en la iglesia de Jujuy.

Al entusiasmo del ejército se juntaba el del pueblo, testigo de tan solemne acto. Aquella misma noche había de salir Díaz Vélez con la vanguardia; y con el fin de que perdurara el entusiasmo de las tropas, había conseguido del general que la bandera les guiase en el camino. Pero llegó en mala hora la prohibición del gobierno de retirar la bandera, y Belgrano obedeció ciegamente al mandato. Pero el general debía ocultar a sus tropas el veto que se le imponía, y al mismo tiempo buscar una razón que dar cuando el ejército reclamase la presencia de la bandera. Su respuesta al superior gobierno descubre la lucha de encontrados afectos que se entabló desde aquel instante en su corazón.

¿Que no conviene irritar
al enemigo? ¿Qué importa?
Yo voy por la senda corta,
que es la más rápida de andar.

. . . .

¿Dónde hay patria sin bandera?
¿Quién persigue un ideal,
sin un objeto real,
sin un símbolo cualquiera,
que las miradas atraiga
del soldado patrïota,
al ver que en el aire flota
cuando triunfa... ó cuando caiga?...

Esta es mi resolución
que el Gobierno ha de saber,
ya que me manda esconder
el glorioso pabellón.
Diga que obedeceré,
que es mi obligación primera;
con bandera ó sin bandera,
por la Patria lucharé.
Sin la bandera sagrada,
no hay duda, al fracaso iremos.
Si ellos quieren, lucharemos;
si no, mi suerte está echada.
Diga que la rasgarán,
aunque temblando, mis manos.

Si preguntan mis paisanos
por ella, responderán
mi serenidad forzada,
mi autoridad abatida...
mi coraje en la embestida
y los tajos de mi espada.
Si me siguen, la victoria
será nuestra; si resisten
y en no obedecer persisten...
solo, iré en pos de la gloria.
Solitario guerrillero,
y á Dios solo por testigo,
combatiré al enemigo
con mi fusil y mi acero.
Y en ese monte hallaré
un reducto en cada breña,
un castillo en cada peña,
y á mi patria salvaré.

En el cuadro tercero, la tristeza del general se ha comunicado a sus tropas. Sólo hay entre ellos un personaje que los alienta, el payador —señor Gregorio Chaves,— que va de tapera en galpón,

al compás de su bordona,
cantando historias alegres,
llorando tristes historias,

para regocijo de paisanos y puebleros. Al ver al general, que mal oculta su tristeza, le pronostica el asombroso porvenir de su patria, y después de cantar las victorias futuras, alcanzadas por el Ejército de la Libertad, invita a todas las razas para que pueblen el país, solar pacífico de los hombres libres.

Venid, pueblos latinos del viejo continente,
el que nos dió la sangre, el que la fe nos dió...
Si ahora os combatimos, es que nuestra alma siente
el indomable espíritu
de nuestra Madre Patria, que al árabe venció.
Se abrazará la Madre con la Hija, y el profundo
rencor que armó sus manos, la paz disipará.
Dirá la Madre España al asombrado mundo:
Mirad mi primogénita,
muy grande fué su Madre, muy grande ella será.
Venid, almas latinas, de la latina Italia,
eternos payadores del arte y del amor.
Venid, los descendientes de la guerrera Galia;
los del pensar germánico,
sereno en la mirada, constante en la labor.
Venid, que todos caben, que grande es nuestro suelo:
verted sangre y vigores de la fortuna en pos...
Así una fe nos junte, como nos junta el cielo:
y en fraternales ágapes,
el himno cantaremos de una creencia en Dios.

Aun duda Belgrano. Pero las alegres noticias llegadas de Bue-

nos Aires, reaniman al general. Por fin la bandera aparece de nuevo, para no ocultarse más. Al recibirse el despacho que autoriza oficialmente el uso de la bandera, exclama Belgrano:

¿Será posible? ¡Oh, ventura!
Ayer lloré de amargura,
hoy el llanto es de consuelo.
¿Para qué quiero vivir
si el triunfo está conseguido?
Sobro ya... venga el olvido...
Quiero en soledad morir.
Ved ya la aurora nacida,
y el día eterno y radiante.
Ved á la Patria triunfante...
Paso á la Patria querida...
Por fin Belgrano venció.
Salga al viento la bandera
que ocupa mi cabecera
y la obediencia ocultó.
Vuelva esa luciente estrella
nuestros pasos á guiar.
Quiero sus pliegues besar,
quiero abrazarme con ella.

Y al verla llegar, traída por un ayudante, prosigue:

De rodillas, que su luz
tiene fulgores de santa...
¡Cuán gloriosa se adelanta!..
¡Ya no me pesa la cruz!..
Bandera mía, bandera
gloriosa ayer escondida.
Toma mi sangre y mi vida.
¡Envuélveme cuando muera!..
. . . .
No hay templo aquí... mas presente
Dios está... á El elevemos
un himno... Gloria cantemos
al Señor omnipotente.
Juremos hoy defender
esta bandera sagrada.
Forme una cruz con la espada...
Dios se digne proteger
á nuestra Patria bendita
y al ejército argentino;
Dios ilumine el camino
del pueblo que El resucita...
Para ejemplo del futuro,
ya que aquí la gloria empieza,
grabad sobre la corteza
de este roble altivo y duro,
como eterno monumento
que este río guardará.
Y en adelante será
el RIO DEL JURAMENTO.

Tal fué, en breves rasgos, el drama que, con singular acierto y con inmensa aceptación del inmenso público que llenaba el salón de actos y los recintos cercanos al mismo, representaron los alumnos mayores de 1910, amaestrados por el ya mencionado profesor de literatura, Padre Juan Marzal.

A continuación del largo drama declamáronse otras varias composiciones de diversa índole:

"Vencidos y vencedores".—Quintillas compuestos y declamadas por el señor Juan Mazza. Corta fué la composición; pero rica en pensamientos y en imágenes, armoniosa en los versos, y declamaba con toda el alma.

El señor Andrés Dellepiane recitó la narración titulada "Nues-

tra Generala". Este es el título que los patriotas dieron a la Virgen de las Mercedes, patrona de Tucumán. La soberana Señora les había concedido la victoria. Por disposición de Belgrano, celebró el pueblo un triduo de fiestas y una novena en honor de su celestíal bienhechora y al terminarla, fué sacada la santa imagen en procesión. Al llegar las andas a las afueras del pueblo, se adelantó el general y depositó su bastón en las manos de la divina Vencedora. Este es el argumento de la narración poética.

Terminóse la serie de composiciones dedicadas a cantar las glorias del general Belgrano, con "Héroe Cristiano", inspiradísima oda elegíaca, en la cual el ritmo y corte de las estrofas, traen a la memoria los versos inmortales de Manzoni. El señor Cortés Funes las declamó con la hermosa voz y el brío épico característicos en él, que dan vida a cuanto dice y habla. Lloró el abandono del bravo caudillo, la soledad trágica del glorioso moribundo, que en la ciudad de sus cariños, Buenos Aires, no tuvo más que cuatro amigos, testigos de su cristiana muerte. En las últimas estrofas se anuncia la gloria de Belgrano, cuando cesen las discordias intestinas que afligían a la Patria en aquel entonces, y cuando la Historia dé su fallo definitivo.

En la imposibilidad de publicarla íntegra, copiaremos las cuatro últimas estrofas:

¿Quién te tornó magnánimo?
¿Tu labio, di, qué dijo
cuando imprimiendo un ósculo
al santo Crucifijo?
entre tus manos lívidas
pudístele estrechar?
¿Qué dijo?.. Oid los que ávidos
de inmarcesible gloria,
en las brillantes páginas
de la imparcial Historia
buscáis timbres magníficos
de un nombre secular.
"Muero, porque el Altísimo
mi muerte ha decretado;
y aunque en mi lecho fúnebre
sucumbo abandonado,
al fin muero entregándome
al Dios que siempre amé.
Recibe, oh Dios, mi espíritu,
te lo devuelvo, es tuyo,
que si á la tierra mísera
mi cuerpo restituyo,
de sus entrañas lóbregas
á nueva luz saldré."
Así mueren los héroes:
así muere Belgrano,
la espada sobre el túmulo,
la cruz bajo su mano...
La Patria y el Empíreo
su nombre guardarán.
Sé que el peñón granítico
se quiebra y se derrumba...
se gastarán los mármoles
que forman hoy tu tumba;
pero sus glorias póstumas
jamás se borrarán.
Pueblo argentino, gozate
de un hijo en las proezas,

mas, sabe que su mérito
su gloria y sus grandezas
en el troquel vaciáronse
de la cristiana fe.
Y cuando ante el sarcófago
del inmortal Belgrano
admires, descubriéndote,
á un genio americano,
dile: patriota, admírote:
cristiano, te amaré...

Terminóse el acto con un himno al Sol de Mayo, del maestro Corretjer, grandioso coral, cantado con patriótico entusiasmo por el coro del Colegio.

Tal fué el homenaje que en 1910 tributó a los próceres de la patria el Colegio del Salvador, y es posible, pero no es probable, que otra alguna institución docente en la República toda le haya superado en esta oportunidad.

También se asoció el colegio a los públicos regocijos iluminando la severa fachada del colegio que mira a Callao y la contigua iglesia del Salvador. Millares de luces eléctricas decoraban las líneas del edificio y el frontis clásico del templo. Una línea de brillante luz dibujaba las columnas y pilastras, las cornisas y las torres; y sobre la cúpula principal aparecía la cruz cercada de focos eléctricos, digno remate de iluminación tan espléndida.

5. Para representar a España en las fiestas patrias de 1910 envió el Gobierno hispano a la Infanta Isabel de Borbón, mujer de exquisitas dotes y que, desde su arribo a Buenos Aires, conquistóse las simpatías de toda la población. Su visita al Colegio del Salvador no estaba en el protocolo, pero el Padre Gambón y varios ex-alumnos que la visitaron, en compañía del joven alumno del Colegio, Luis Figueroa, hijo del entonces Presidente de la Nación, Dr. Figueroa Alcorta, obtuvieron la promesa de que en uno de sus frecuentes pasos por Callao, entraría su Alteza Real a visitar el Colegio.

Durante todo el acto literario del día 29 de Mayo se esperó la prometida visita, y ya se había retirado del salón de actos gran parte de la concurrencia cuando arribó Su Alteza acompañada del Sr. Presidente de la República. Ocuparon ambos el estrado, y el salón se llenó nuevamente. El joven alumno, Luis Figueroa declamó a Su Alteza unas quintillas que tenía ya preparadas, en caso de venir la Señora Infanta, pero el señor Fernando Dupuy de Lome que debía recitar otras quintillas, dirigidas al Señor Presidente de la República, se había retirado, antes de llegar la soberana visi-

ta. Don Ricardo Monner Sans, el venerabilísimo caballero que tanto hizo a favor de la cultura nacional en las últimas décadas del pasado siglo, estaba presente al acto y tomó el papel que contenía el texto de las quintillas, y las leyó con el arte con que él sabía hacerlo. La Infanta Isabel, al escuchar a Don Ricardo Monner Sans las alusiones a su infancia, por cierto muy lejana, contemplaba sonriente a aquel glorioso anciano que se presentaba como alumno, en contraste con Luis Figueroa Alcorta. La real Embajadora miraba a través de sus impertinentes de nácar al nobilísimo y cultísimo caballero.

Esta visita de Su Alteza no fué en el acto literario-musical del día 24 de Mayo, al que antes nos referimos, sino al celebrado por la Academia Literaria del Plata el día 29 del mismo mes, y al que nos referiremos más extensamente en otro capítulo, al referir las actividades de dicha entidad cultural. Cierto es que así el Colegio como todas las instituciones que existían en él, o dependían de él, en 1910, hicieron ostensible su regocijo por la efemérides tan gloriosa de ese año.

6. El día 15 de agosto de 1910, un grupo de los ex-alumnos más antiguos, de los de 1868 a 1874, quisieron reunirse en fraternal banquete para conmemorar los dulces recuerdos de la infancia y la gloriosa fecha del Centenario, y al mismo tiempo para mostrar de un modo ostensible su agradecimiento al colegio que los había formado para las luchas civiles.

A esta amistosa reunión asistían solamente los alumnos ingresados el año 68, fecha de la fundación del colegio, y todos los demás que concurrieron hasta el año 1874, fecha de triste recordación, pues la víspera de comenzar el curso siguiente, o sea el 28 de Febrero de 1875, vióse interrumpido el ingreso de los alumnos por el incendio del colegio, obra de las turbas asalariadas y enardecidas por la mala prensa de entonces.

Quisieron, pues, los ex alumnos rendir un homenaje de gratitud a los Padres del colegio, ya que con su actuación de progreso en la República habían contribuído a la obra de civilización cristiana de la mejor parte de la juventud de aquellos tiempos, y a la vez consagrar un recuerdo cariñoso a sus profesores y condiscípulos fallecidos.

Para ello mandaron fundir una placa de bronce que en ade-

lante perpetuara su amor al colegio. Fué colocada en lugar visible para que diera testimonio de su afecto y gratitud y fuera una lección viva del agradecimiento de los primeros y más antiguos alumnos.

Después de oír una misa en la iglesia del colegio, trasladáronse los ex alumnos al salón de actos. Ocupaban el estrado varios exalumnos y con ellos el Padre José López, rector entonces del establecimiento, y el ya anciano Padre Antonio Martorell, profesor y prefecto en las fechas que se conmemoraban.

El doctor Santiago Klappenbach leyó un sentido discurso del que copiamos algunos párrafos:

> Cuando la patria en su centenario exalta á sus hijos predilectos, celebrando solemnes cultos religiosos y fundiendo en bronce ó modelando en piedra su figura, para ostentar su gloriosa vida y manifestar sus merecimientos, los ex alumnos de este colegio se han sentido empujados á hacer algo, aunque en forma muy modesta, para exteriorizar su gratitud y amor paternal hacia los maestros y compañeros que han compartido con ellos las tareas escolares de esta casa. El momento oportuno llegó y todos han respondido á su llamado.
>
> He aquí el motivo de la solemnidad que celebramos y las fuerzas que han impulsado este movimiento. Si dejara decir á mis labios todo lo que la memoria les dicta y lo que el corazón les sugiere, ¡cuántos nombres saldrían de mi boca, cuántas acciones se publicarían y cuántos recuerdos despertarían mis palabras!
>
> Las incidencias de la vida colegial se ven de distinto modo cuando los años pasan. Ahora apreciamos todas esas cosas en su verdadero valor, y, sin duda, habéis de convenir conmigo que fuimos felices al tener por guías y consejeros á los Padres de la Compañía de Jesús. Sean para ellos nuestros recuerdos, para ellos la gratitud y la admiración por su desinterés y amor abnegado á la juventud estudiosa.
>
> En esta casa hemos vivido algunos años y me atrevo á decir: los mejores y más dichosos, porque todo nos sonreía entonces, todo era de color de rosa; el porvenir estaba lleno de luces y el presente libre de grandes amarguras y tempestades, aunque no faltaran pequeñas nubes y contradicciones. Esa felicidad de la juventud se recuerda; pero no se puede volver á sentir. Los días de la edad madura pueden ser tan afortunados como se quiera, transcurrir serenos como aguas mansas, estar exentos de graves sinsabores; pero sean lo que fuesen, no son comparables á los de la juventud, y sobrada razón ha tenido un poeta de la verde Irlanda para decir: "No me habléis de las tranquilas luces que coronan el final de nuestro día, la serena tarde de nuestra noche; volvedme, volvedme la quimérica frescura de la alborada; sus nubes y sus lágrimas son más preciosas que todos los esplendores vespertinos".

Queridos compañeros que ya no existís sino para el recuerdo, hoy volvéis á estar presentes con vuestros rostros juveniles y os vemos jugar en estos patios, desplegar las galas de vuestra imaginación y lucir los frutos del talento en las clases y actos literarios. Con vosotros hemos luchado, unas veces con éxito y otras hemos caído en el abatimiento para volvernos á levantar. Algunos entre vosotros han triunfado, escalando altos puestos públicos, conquistando triunfos y dejando en pos el ejemplo de una vida de trabajo; muchos otros han permanecido en esfera más modesta, pero de actuación eficaz en la sociedad y tal vez no falten los que hayan caído más abajo de lo que debieran. Para todos nuestro recuerdo; y para los últimos, si los hay, nuestra compasión.

Es triste hacer revivir esas horas de los primeros años, para considerar después que muchos compañeros faltan, que sus inteligencias, despiertas y ansiosas de saber, han muerto; que sus ambiciones grandes y legitimas nada desean; que su gracia y buen decir están callados y que su corazón, henchido de aspiraciones y amor, no late más.

Volvamos un momento atrás; en estos patios, en esas clases están .. Pero no, ni quiero citar nombres; me expondría á incurrir en olvidos, ya que es imposible hacerlos desfilar á todos y á despertar profundos afectos y quizá el llanto en los que les están unidos por la sangre. Nombradlos vosotros en vuestra intimidad, que yo me limitaré á pediros para ellos una lágrima y un latido del corazón.

Reverendo Padre Rector: Recibid en nombre de los ex alumnos de este colegio, presentes y ausentes, esa placa de bronce que recuerda á los que fueron vuestros hermanos y á los que fueron discípulos de vuestra Compañía, y que hoy ya no existen. Colocadla en lugar visible y público, para que todos sepan que en el corazón de los ex alumnos hay, por lo menos, dos virtudes: la gratitud á sus maestros y el amor á sus compañeros.

Terminado que fué este hermoso discurso, leyó el doctor Osvaldo García Piñeiro otro lleno de idénticos sentimientos, y a ambos agradeció el Padre López en un tercer discurso, cuyo final decía así:

Os felicito, nobles caballeros, y os agradezco en el alma esta prueba de amor que nos tributáis. Vosotros sabéis también que nosotros os amamos mucho; sí, mucho; como el padre ama á sus hijos; como la madre ama al fruto de sus entrañas. Nosotros lo hemos dejado todo en este mundo para amaros á vosotros: hemos roto con los más sagrados vínculos de la carne y de la sangre para poder deciros con toda verdad, que somos vuestros y que vosotros sois nuestra familia; que somos vuestros padres, y vosotros nuestros hijos.

Y vosotros, queridísimos niños, actuales alumnos del Colegio del Salvador, aprended de estos nobles caballeros que ocuparon en otro tiempo los mismos asientos que ocupáis hoy vosotros, á amar esta casa, que es vuestra casa; y á los profesores y prefectos, que son vuestros padres.

Señores: que nuestros corazones estén fundidos en uno solo, como lo están las moléculas de esa placa, y que sea nuestro amor indestructible, como el bronce de que está forjada.

La placa entregada en esta oportunidad contiene la siguiente inscripción:

25 DE MAYO 1910
LOS EX-ALUMNOS DEL
COLEGIO DEL SALVADOR
DE 1864 A 1874
A SUS MAESTROS Y
COMPAÑEROS FALLECIDOS

Hecha la entrega de la placa conmemorativa, dióse por terminado el acto entre los aplausos cariñosos tributados por los colegiales actuales a los primeros alumnos, y entre los vivas entusiastas de los primeros y los aplausos de los concurrentes, salieron del salón de actos los ex alumnos para dar paso a los afectos del compañerismo, con los que acaso por largos años no habían podido cambiar un saludo de amigos. ¡Cuántos abrazos se dieron al reconocerse los que habían sido compañeros en las brigadas, en las clases y en los juegos! Recorrían el colegio emocionados, recordando las escenas imborrables de la infancia. Contemplaban las fotografías, descoloridas por el tiempo, en las que aparecían niños aún, imberbes y candorosos, y veían hoy en sus compañeros y en sí mismos las huellas de los años, las arrugas de su frente y las canas de tantos inviernos pasados en el ya largo camino de su existencia.

7. En la premiación final de 1910 merecieron premio especial los alumnos Aurelio Arzeno, Alberto Bernard, Juan Carlos Fourcade, José María Moyano, Santiago Moyano, Aldo Scotto y Pedro Tilli. El premio especial de la Sociedad de Ex-alumnos fué discernido al señor Alberto Bernard, por haber sido el alumno que más se había distinguido, en aplicación y conducta, durante todo el tiempo que estuvo en el Colegio.

El doctor José A. Frías, alumno del Colegio desde 1881 a 1885, y que ocupó después el cargo de secretario de la Corte Suprema de Justicia y que fué Presidente del Directorio de F. C. C. A., hizo entrega del premio al Señor Bernard, y en su discurso dijo, entre otras cosas:

Venimos, señores, á coronar un esfuerzo y á provocar un estímulo.

Los que hemos experimentado la seriedad de procedimientos con que el colegio discierne los primeros puestos en las aulas; los que sabemos toda la estrictez con que se clasifica el comportamiento de los alumnos, estamos en condiciones de valorar el mérito del que, durante cinco años, ha logrado sostener el primer puesto entre sus condiscípulos y ha mantenido la medalla de excelencia, otorgada tan sólo al mérito de una conducta intachable y una contracción nunca desmentida al estudio. Por esto, la Sociedad de Ex-alumnos del Salvador se felicita de que la primera oportunidad en que viene á otorgar el premio establecido en una de sus bases, haya hallado un alumno que ha sabido mantener el primer puesto con el aplauso y simpatía de sus compañeros. He ahí, señores, por qué he dicho que en este momento nos congregamos para coronar un esfuerzo.

Pero, al mismo tiempo, nos proponemos provocar un estímulo. Y ese estímulo es para vosotros, actuales alumnos del Salvador, que evocáis en nosotros los dulces recuerdos de la infancia; que traéis á la memoria los días felices en que, como vosotros, nos agitábamos en derredor de estos muros, libres, como vosotros, de toda preocupación; ajenos como vosotros, á todo pesar; como vosotros risueños, con toda la franqueza, con toda la espontaneidad que da la juventud, bajo la vigilancia paternal de nuestros maestros, constituyendo en el colegio un nuevo hogar, con las vinculaciones del compañerismo y de la amistad, vinculaciones y afectos que perduran á través de las vicisitudes de la vida y que han sido el origen de la Sociedad de Ex-alumnos, que hoy viene á inaugurar su acción, ligando con un mismo lazo de amistad, y fundiendo en un sólo molde del cariño, á los maestros con los discípulos, á los padres con los hijos, á los hombres con los niños, á los discípulos de ayer con los alumnos de hoy.

Capítulo V

VICISITUDES ESCOLARES ENTRE 1911 Y 1918

1 — *El 25 de Mayo de 1911;* 2 — *En honor de Menéndez y Pelayo;* 3 — *Fiestas Constantinianas;* 4 — *Atilio Dell' Oro Maini y la Sociedad de Ex-alumnos;* 5 — *Centenario del Restablecimiento de la Compañía de Jesús (1914);* 6 — *César Cardini y la Sociedad de Ex-alumnos;* 7 — *El Colegio del Salvador y el Centenario de la Independencia (1916);* 8 — *Eduardo Marquina visita el Colegio;* 9 — *Juan M. Raffo y la Sociedad de Ex-alumnos.*

1. El curso de 1911 se inició con 509 alumnos, repartidos en siete divisiones o brigadas. Fueron brigadieres en la primera de ellas los señores Luciano Indavere y José Horta; en la segunda los señores Bernardo N. Prebendé y Miguel H. Bustingorri; en la Tercera los señores Ismael L. Domínguez y Tomás T. Ramella; en la Cuarta los señores Eugenio Tiscornia y Luis S. Gismondi; en la Quinta los señores Luis Tobino y Arturo L. Salas; en la Sexta los señores José Luis Molinari y Eduardo Serigós, y en la Séptima los señores Guillermo Greenway y Víctor E. Tau.

Sucedieron a estos jóvenes en el curso de 1912 los señores César Cardini y Alfredo Palau, Fermín T. Orfila y Enrique Marcó, Dionisio Cánepa y Aurelio Serantes, Heriberto Ponce y Silva y Atilio Dell'Oro Maini, Carlos Berreta Moreno y Arístides Grisetti, Abelardo Barberán y José Rafael Torello, José M. Mesa y Clemente Sozzi.

La fiesta patria del 25 de mayo tuvo por orador en 1912 al joven alumno Atilio Dell'Oro Maini, y en esa oportunidad la Sociedad de Exalumnos hizo entrega del premio al mejor alumno del curso anterior. El doctor Nicanor G. de Nevares representó a la Sociedad en esta ocasión e hizo entrega de un magnífico bronce y de un pergamino al señor José Heriberto Martínez. Entre otros conceptos vertió el doctor Nevares lo siguiente, al hacer dicha entrega:

A nadie escapará la importancia y significado de este acto. Los que pasaron los mejores años de su vida al amparo de esta casa, quieren demostrar á los que les suceden el interés que por ellos tienen, el deseo de ser sus amigos y protectores, si llega el caso, y hacerles sentir que los años y la dispersión en todos los rumbos de la actividad, no han amenguado el

cariño que tienen hacia el colegio del Salvador. Quieren aprovechar estas ocasiones solemnes para poner en evidencia que poseen una de las cualidades que más hacen apreciable al hombre: la gratitud. Hoy que vemos teñir de canas nuestras cabezas podemos apreciar bien toda la labor, toda la ciencia y... ¿por qué no decirlo? toda la santidad que ha sido necesario poner á contribución para instruirnos y sobre todo para educarnos cristianamente. Sí, yo aprovecho la oportunidad que me brinda esta fiesta, para dar á los reverendos Padres de la Compañía de Jesús, en nombre de todos sus ex alumnos de este colegio, las más efusivas gracias por el bien inmenso que han hecho á nuestras inteligencias y á nuestros corazones.

De la contestación del Sr. José Heriberto Martínez transcribimos estas líneas:

Yo quisiera que mi voz tuviera todas las dulzuras, todos los perfumes, todas las salmodias de la oración grandilocuente para que mi agradecimiento fuera pregonado po rel verbo de la palabra cálida y sonora, pero ya que no me es dado realizar mis aspiraciones, cábeme al menos dejar constancia de la pequeñez de mis méritos y la benignidad de vosotros para que la desproporción manifiesta, sea un estímulo en el presente y una esperanza en el porvenir para todos aquellos que se educan en este alcázar del saber, bajo la égida protectora de la Compañía de Jesús.

2. En agosto de 1912 celebraron los alumnos del Colegio un acto sumamente simpático. Nos referimos a la velada literaria en honor de Marcelino Menéndez y Pelayo, fallecido, en Madrid el 19 de mayo de ese año. Menéndez y Pelayo a quien tanto debe la cultura hispana y la hispano americana, y a quien tanto debe la Compañía de Jesús, no era ni podía ser uno de tantos críticos de temas literarios, y se explica sobradamente que así los Padres del Colegio como los alumnos quisieran tributar un justo homenaje a su memoria. Habíase, por otra parte, advertido doquier el sentimiento de admiración y de gratitud, a la par que de pesar y luto, que su deceso había producido en los centros culturales. La Universidad de Buenos Aires se había hecho presente a la conferencia que en su aula máxima había pronunciado el gran literato y exquisito vate Calixto Oyuela, y la población de Salto, Provincia de Buenos Aires, había celebrado honras fúnebres por el alma del inmortal santanderino.

En la mañana del 24 de julio celebróse en la Iglesia del Salvador un solemnísimo funeral, presidido por los Excmos. Señores Internuncio de Su Santidad, Monseñor Aquiles Locatelli y Ministro Plenipotenciario de España, doctor Pablo Soler y Guardiola.

Selecta concurrencia llenaba el enlutado templo, y un sentimiento hondísimo embargaba el alma de todos al elevar al cielo las preces de la Iglesia por aquel hijo suyo, que tanto la honrara con su ciencia y con su virtud.

Por la noche tuvo lugar en el gran salón del colegio un magnífico acto literario-musical, presidido también por los mismos expresados señores. Este acto resultó brillantísimo. Difícilmente se tributó entonces, ni aun en España, un homenaje más hermoso al gran maestro. Nunca tal vez nuestra juventud argentina había manifestado con notas más expresivas sus simpatías y sus afectos hacia aquella vieja y gloriosa España, cuyo restaurador fué Menéndez y Pelayo.

Tuvo el discurso inaugural del acto el señor Alejandro A. Funes, alumno del Colegio, y leyeron algunos escritos de Menéndez y Pelayo, o los comentaron, los señores Atilio dell'Oro Maíni (*La poesía mística*), Julio Hernández Casares (*Los Mártires de Prudencio*), Horacio Llames (*Profesión de Fe*), Juan Fernández Saralegui, Rodolfo Aller Atucha, Cristián Fernández Madero, Félix Molinero, Antonio Sánchez, Carlos Címoli (*Calderón de la Barca*), Ismael Mercado (*Las escuelas laicas*), Mariano Grondona, Jaime Cateula, Eduardo Uriarte, Gregorio Chaves, Adolfo Méndez, Eduardo Gallegos Aguilar y Santiago Onésimo Leguizamón.

Tocaba el acto a su fin, cuando fué sorprendido el numeroso público por la aparición de los alumnos de quinto año de bachillerato, correctamente formados, los cuales, adelantándose hacia el proscenio, presentaron una placa de bronce, coronada de laurel, que enviaban en nombre de su patria a la tumba del más grande de los hijos de la España moderna. En esta ocasión, el joven Atilio Dell' Oro Maini pronunció estas sentidas palabras:

> Mis compañeros de quinto año han confiado á mi palabra rendir esa placa al ilustre sabio Marcelino Menéndez y Pelayo, para que llegue á su tumba como la expresión de nuestra admiración; permitidme, pues, que interrumpa el acto.
>
> ¡Menéndez y Pelayo ha muerto! Al conjuro de esta voz, nuestra admiración, nuestro amor, nuestro orgullo se irguieron ofendidos y se han preguntado: ¡pero cómo! ¿mueren los soles?.. porque Menéndez y Pelayo es un sol de la humanidad, cuyos rayos han descendido hasta los más obscuros rincones de la ciencia, del arte, de la historia, para arrancar de allí mundos de saber, de luz, de verdad... ¡No! ¡Menéndez y Pela-

yo no ha muerto!.. sólo ha ido á buscar al cielo la única corona que le faltaba!

El eco de esa inmensa gloria ha llegado á nuestras jóvenes inteligencias, y nuestras inteligencias, arrebatadas por ella, se han inclinado extasiadas; los sentimientos de aquella noble alma, amante de la verdad, han repercutido en nuestros corazones, y nuestros corazones se han encendido en dulce y sincero amor hacia lo grande; y nuestro legítimo orgullo de católicos y de latinos se ha sentido fortalecido en presencia de esa gloria *católica* y *latina.*

¡Bendita sea, mil veces la bondad del Altísimo, que nos ha dado ese genio, que abrazado á la Cruz recibió de ella lúz para su alma, fuego para sus obras, gloria y bien inmenso para nuestra raza; sí... tu ejemplo vivirá eterno y radiante en los siglos del porvenir; y ahora, mientras escuchas desde la morada de tu gloria los himnos que levantan en tu honor todas las inteligencias y todos los corazones, escucha, ¡oh, Menéndez y Pelayo! mientras llega esta placa á tu tumba, escucha la primera oración de gratitud, el primer canto de gloria que alza hasta ti, con nosotros, nuestra amada Patria.

Terminó el acto con un *cántico oriental,* expresión sintética de todos los entusiasmos y afectos que animaban en aquellos momentos a los jóvenes alumnos y al auditorio. Copiamos algunas líneas de este cántico que declamó su autor el señor Santiago O. Leguizamón [567].

Oid, peñascos de Covadonga, grabad en vuestros riscos los ecos de mi voz.

Vestíos de alegría, picos de Asturias; brincad de gozo, montes de Cantabria; y vosotros, arroyos del Deva, no lloréis ya más hilo á hilo las lágrimas del dolor y del despecho.

Porque brilló otro sol de Iberia y florecieron los huesos despreciados del héroe de Cangas.

Dijo el Príncipe visigodo: "Atrás olas muslímicas. Quisisteis devorar á España, oh, desiertos africanos; mas ella será vuestra soberana.

Dios mismo extendió el brazo de su largueza y le ofreció un mundo por escabel.

Y lo aceptó España.

Y deshizo su diadema y le dió sus joyas; abrió sus venas y le dió su sangre; rasgó su corazón y le dió su vida.

Y fué madre afortunada de veinte naciones soberanas.

Ella les enseñó á amar á Cristo y Cristo las amó.

Y el mundo ya dió vueltas en torno de la Cruz.

Tal la obra de un pueblo legendario; tal la obra de Pelayo, el rey de Auseba.

Recuerda, después, el poeta que a aquel Pelayo ha sucedido otro Pelayo, caudillo también de las batallas del Señor:

Que si él fué rey de Covadonga, tú alzaste tu trono sobre los mundos; los mundos del saber, de la ciencia y de la verdad.

¿Quién ya podrá contra la verdad?

Fué vengada la Cruz.

¡Oh, Pelayo! Tu obra no tiene igual; tu nombre no tiene par.

Tributaste á tu Patria y á tu Dios gloria sin fin. Entrégate ya tú mismo, y será completo tu holocausto.

Besa ahora á Cristo. Por El luchaste; por El triunfaste.

Besa á Cristo en tu agonía. El solo pudo merecer los besos de tus labios; El solo las efusiones de tu espíritu inmortal.

Besa á Cristo, oh, tú, Menéndez y Pelayo, genio de genios, sabio de sabios, sol de soles, prototipo de nuestra raza; y tus besos que resarzan las blasfemias de la humanidad.

Besa á Cristo, y tu beso te abra la eternidad . . .

3. Tal fué el justiciero homenaje que el Colegio del Salvador tributó al gran polígrafo español en el decurso del año escolar de 1912. El curso de 1913 comenzó en fecha harto retrasada: el día 24 de marzo. La Semana Santa caía, ese año. en fecha tan adelantada que se creyó oportuno no iniciar las clases hasta el martes de Pascua, como en efecto se hizo.

La primera promulgación se tuvo el día 7 de mayo, la que fué precedida de un acto preparado por el Hermano Cabanach, con sus niños de la clase de preparatoria, y en dicha promulgación fueron proclamados Brigadieres los señores Faustino D. Parera y Alfredo Palau, Mateo Zumelzú y Guillermo Irusta Cornet, Jorge F. Ollivier y Francisco José Fablet, Arturo L. Salas y Rafael Maldonado, José Luis Molinari y Carlos Alberto Piñero, Rómulo Colmegna y Augusto Conte Mac Donell, César E. Pico y Carlos Mesa.

6. En el decurso de este año, la Academia Literaria del Plata, en consorcio con los alumnos del Colegio, dió un magnífico acto con ocasión de las fiestas constantinianas. Se dedicó dicho acto a los Prelados argentinos que estaban en vísperas de emprender su peregrinación a Roma, y que se hallaban entonces en Buenos Aires.

Una crónica inédita nos ofrece estos datos alusivos al salón y a los que presidieron el acto:

El amplio salón de actos del Colegio rebosaba de público tan selec-

to como numeroso; el decorado del salón, los millares de lámparas eléctricas, la artística Cruz que presidía en el proscenio, el escudo de Constantino que dominaba en lo alto del anteproscenio, todo contribuía al entusiasmo, que no decayó un solo instante. Pero lo que realzó de un modo especial el esplendor de tan interesante fiesta fué sin duda la presencia de los Prelados a quienes se dedicaba el acto. Al lado del Excmo. Sr. Internuncio Apostólico y del Ilmo. Señor Arzobispo de la Arquidiócesis, tomaron asiento los ilustrísimos señores obispos de La Plata, Monseñor Juan N. Terrero; de Córdoba, Monseñor Zenón Bustos; de Catamarca, Monseñor Bernabé Piedrabuena, y de San Juan, Monseñor José A. Orzali.

El ingeniero Juan de la Cruz Puig abrió el acto, rotulado "La Cruz Triunfante", con un discurso tan profundo como ameno. Así, aludiendo a los triunfos de la Cruz en el campo de las ciencias y de las artes, decía el orador:

No menos grandes han sido sus triunfos en las ciencias y en el arte. La fe abrió a la inteligencia humana los horizontes ilimitados del mundo espiritual, de lo sobrenatural y de lo eterno, librándola de las cadenas de la materia y de los sentidos, para que pudiera ascender las cumbres de la metafísica.

¿Qué se debe a esa enseñanza?

El haber concluído con la impostura de la superstición de los astrólogos y de los adivinos; con el fanatismo de los teógonos; y las extravagancias de los charlatanes que poblaban el mundo de lo desconocido en el más pintoresco ejército de divinidades de toda clase.

Comparad a Platón con Santo Tomás de Aquino, a Séneca con San Pablo, a Aristóteles con Bossuet, a Epicteto con Pascal, a Cicerón con San Juan Crisóstomo o San Agustín, y apreciaréis la diferencia que va de una a otra civilización.

La fe salvó también a la razón del escepticismo y del desaliento en que vegetaba agotando sus fuerzas en estériles divagaciones, y abrió ante sus ojos el gran libro de la Naturaleaz descifrándole lo impenetrable de su origen, para que pudiera pasar directamente a estudiar sus fenómenos y sus leyes.

Pero la razón se envaneció con los descubrimientos que realizaba por ese sendero; y aliándose con la impiedad del prejuicio voluntario, y con la ignorancia del error sistemático, volvió sus armas contra la religión, y renegó hasta de las nobleza del origen del hombre, para hacerlo descender del bruto, concediendo eternidad a la materia, ley del acaso, y espontaneidad a la generación de los seres, por no aceptar el génesis Bíblico y el *Fiat* Creador del Universo.

¿Y cuál ha sido el resultado?

Las experiencias de los sabios menos sospechosos de catolicismo han cubierto ya de ridículo las hipótesis del chimpancé y del Bathibius; y los nombres de Bacon, Newton, Keppler, Eulero, Galileo, Descartes, Buffon,

Quatrefages, Lavoisier, y mil más, bastan para testificar la verdad con que se ha dicho: *Fides aroma scientiarum*

A continuación del discurso del ingeniero Cruz Puig, leyó unas octavas reales el alumno Julio Hernández Casares, y el señor Eduardo Alemán sorprendió a propios y a extraños con su vibrante y conceptuoso ¡Loor a Constantino!

Señora de los mundos, la Roma, la potente,
orgullo del pasado y oprobio del presente,
febril agonizaba de horrible enfermedad:
sin rumbos ni horizontes, hundida en los placeres,
y vil, tiranizada por hombres y mujeres
apenas memoraba las glorias de otra edad.

Inerme, envilecida, cegada por los vicios;
sujeta por el César a cuantos sacrificios
el pensamiento humano imaginar podrá;
sin fuerzas, sin aliento, ya al borde del abismo
sintió que vacilaba... caduco el paganismo
¡y era que esa columna se bamboleaba ya!

Y aquel que fué potente, magnífico imperio
perdió todos sus bríos en manos de un Tiberio,
perdió sus fuerzas todas en manos de un Nerón:
y agonizar se siente y en vano forcejea
que ¿acaso porque un cuerpo se agita y parpadea
volver podrá a la vida, si falta el corazón?..

y más adelante exclamaba así el joven poeta:

La aurora redentora lució de un nuevo día,
cuando el augusto César sus tropas disponía
para correr valiente, del cruel Majencio en pos:
y oyó una voz celeste, de aliento, Constantino
apareció en los cielos un resplandor divino
presagio de victorias... ¡y era la voz de Dios!

Los alumnos Carlos Berreta Moreno, Ricardo A. Cobos, Gregorio J. Chaves, Adolfo Mugica y Antonio Sánchez Pertierra participaron en un cuadro dramático, intitulado "La hora del combate", y a continuación el doctor Jenaro Perrupato, miembro de la Academia Literaria del Plata, leyó su conposición poética, la "Reina del Mundo". El señor Eduardo R. Rossi fué el autor de una poesía que resplandecía con los fulgores románticos de buena ley, y que declamó el señor Atilio Dell'Oro Maini. El Presbítero Calcagno,

maestro inigualado en el arte de hacer décimas a la perfección, leyó en esta oportunidad algunas tan bellas como éstas:

Jubiloso Centenario,
Que llenas el corazón
Con la soberbia canción
De un recuerdo lapidario;
Que del Mártir del Calvario
Labras el triunfo inmortal
Con el acento marcial
De una diana de victoria;
Deja a mi verso la gloria
De recamarte un sitial.

Y en la brasa enrojecida
De mi estrofa sin aliño
Volcaré de mi cariño
La resina, sin medida;
Y, cual voluta atrevida,
Mi pecho alzará su acento,
Y en alas del pensamiento
Mis décimas a granel,
Serán ramos de laurel
Lanzados al firmamento.

Aludiendo a la Cruz redentora, dijo el poeta:

Tú que, infamante blasón,
Del mundo fueras proscrita,
Llamóte el mundo bendita
Bandera de redención.
Y rescatando un baldón
De paz con el santo beso
Doquiera dejaste impreso
El reguero de tu esencia:
En las almas luz y ciencia
Y en las naciones progreso.

Todos estos números del programa, como también los coros de setenta voces mixtas y la orquesta de cuarenta profesores, bajo la inteligente dirección del señor Luis V. Ochoa, profesor del Colegio, llamaron justamente la atención.

4. El señor Atilio Dell'Oro Maini, que participó en este acto, no era entonces alumno del Colegio, ya que a fines del año anterior de 1912 había terminado sus estudios en el mismo, y a mediados del año siguiente de 1913 la Sociedad de Ex-alumnos le había discernido su premio especial.

El 8 de junio de ese año reuniéronse ex-alumnos y alumnos en el salón de actos, y después de entonar el Himno patrio, que resultó imponente y conmovedor, por el conjunto de setecientas voces, expresión ardiente de otros tantos pechos que rendían el tributo de su amor patrio ante la bandera azul y blanca, leyó un breve discurso de circunstancias el alumno de 5º año, César E. Pico. Transcribimos unas líneas:

Pero he dicho también, que un ejemplo de belleza moral me obliga a felicitar a un joven estudiante. Todos sabéis quién es.

Sí, Atilio Dell'Oro Maíni nos ha legado ese ejemplo, uniendo a sus naturales dotes de preclara inteligencia, el trabajo asiduo del estudioso y del cristiano.

Y mereció por su lucimiento en las aulas millares de aplausos y laureles, y por su contracción al estudio, y por los copiosos y abundantes frutos que supo obtener de su constancia, y por su limpísima y ejemplar conducta, por todo, en fin, lo que se llama verdadero mérito y saludable ejemplo el premio que hoy le confiere la Sociedad de Ex Alumnos.

Mas, ¿para qué, señores, buscar nuevos elogios cuando basta decir que su espíritu impregnado de sublimes ideales, refleja plácidamente las altas lecciones que supieron enseñarle sus maestros, a la manera de los hielos de las cumbres que reflejan la imagen pálida de las estrellas de los cielos, cuando basta decir que su nobilísimo ejemplo impulsa las tendencias unánimes de la juventud estudiosa?

El doctor Pedro Díaz Colodrero, en nombre de la Sociedad de Ex-alumnos, hizo entrega del premio con un sentido discurso, en el que recordó a sus viejos y queridos maestros,

los Padres José Sató, José Guarda, Esteban Salvadó, Miguel Codorniú, Miguel Infante, Julián Requena, José Gasset, Pascual Durán, Camilo María Jordán, nombres venerandos, que reposan en el corazón y en la memoria de las generaciones que cruzaron por las aulas de este Colegio durante los últimos cuarenta años, y cuya obra, al parecer modesta, tiene la eficacia que la parábola bíblica atribuye a la semilla de la mostaza.

El árbol frondoso cuya simiente ellos arrojaron y cuidaron con amor, se ostenta hoy erguido, lleno de vitalidad, prestando su bienhechora sombra a la juventud argentina.

Los que gozamos del beneficio de haber cursado estudios en este hogar intelectual, podemos afirmar con satisfacción que hemos recibido una educación completa, que inculca la ciencia mezclada a la religión; y vosotros, jóvenes, que ahora formáis la legión escolar, en cuyas filas yo milité en otro tiempo, bajo la misma paternal vigilancia, permitidme una sugestión. No abandonéis nunca la fe que aquí se enseña.

El tiempo, que todo lo madura, pondrá término a vuestra vida de colegial, egresaréis para tomar los rumbos que vuestras inclinaciones os señalen, entrando de lleno en la vida. En ella tendréis que llenar una finalidad, que nos impone deberes con Dios, con nosotros mismos y con nuestros semejantes. Es necesario, para entonces, tener preparada la inteligencia para conocerlos, educada la voluntad para ejecutarlos, y aquí cabe una interrogación: ¿quién os trazará una ley tan inflexible como cierta que guíe vuestra conducta?

Sólo la religión, cuyos preceptos morales aquí se enseñan.

El señor Atilio Dell'Oro Maini, agraciado en esa oportunidad con el premio de la Sociedad, contestó visiblemente conmovido con un extenso discurso, del que sólo transcribiremos sus postreras cláusulas:

Entro en la vida con todos los bríos, con todos los alientos de mi

corazón; estoy dispuesto a luchar, luchar siempre, y sacrificarme si es preciso, por mi causa; no me avergüenzo ni de vuestras enseñanzas, ni de mi fe, ni de ser alumno vuestro, antes por el contrario, ostentaré bien alto esas enseñanzas, confesaré bien claro mi fe y haré muy pública mi gratitud. Vendrán muchos enemigos, muchas dificultades, pero no importa, no me harán retroceder... ¡están muy arraigadas mis aspiraciones y es demasiado grande mi causa! Ayudadme siempre con vuestras plegarias para que nada pueda desalentarme, porque prefiero antes morir que faltar a mis ideales.

Señores ex alumnos: yo me inclino a recoger avergonzado vuestro premio, vuestro precioso obsequio que agradezco con toda el alma; os agradezco ese hermoso pergamino, en el que veré siempre escrita la voz del deber, y el recuerdo de mi deuda; os agradezco esa biblioteca, esos libros...; os aseguro que habéis adivinado mis deseos, mis aficiones... ¡habéis descubierto mis más íntimos amores!

Quiera Dios conservar siempre encendida en nuestro pecho la lumbre de nuestra fe, y abrirnos su Sagrado Corazón, para beber en él, la luz de la verdad, los resplandores de la ciencia, las centellas del amor, los vislumbres inefables de la virtud; fortifiquémonos con el calor de su gracia, para que nunca se entibie la oración en nuestros labios, y para que esas alas que El ha puesto en nuestras almas, se desplieguen blancas y puras, en el azul radiante de su cielo, de su divina voluntad!

El discurso del señor Dell'Oro, dicho con entereza y convicción, al par que con emoción profunda, así lo leemos en una crónica de la época, no pudo menos que conmover a cuantos le escucharon, quienes demostraron su complacencia con efusivas felicitaciones y nutridos aplausos.

En la distribución de premios de este año de 1913, merecieron premio especial los señores Arturo L. Salas, Jaime Campomar, Rafael Maldonado, Abel A. Díaz y Alfredo Palau. Entre los alumnos más premiados de Quinto año se hallaban algunos de los ya nombrados y, además de ellos, los señores César E. Pico y Miguel Oteiza.

Como fruto de las Fiestas Constantinianas fundóse en mayo de este año, como recordaremos más extensamente en otro capítulo, la Conferencia de San Vicente de Paúl y hallamos entre sus principales dirigentes a los jóvenes alumnos José Alfonso Peralta, Jorge Saravia, José Luis Molinari, Eulogio Sánz, Jorge Baca Castex, José A. Dellepiane y Ricardo E. Sinistri.

Si el año 1913 estuvo iluminado por los fulgores de las fiestas constantinianas, el año de 1914 estuvo, desde sus mismos comienzos, auroleado con la alegría y el gozo del Restablecimiento de la

Compañía de Jesús por Pío VII, cuyo primer centenario ocurría en ese año. El día 6 de mayo una de las clases preparatorias tuvo el primer acto mensual del año y, aunque versó sobre geografía, se refirió a dicho centenario tan caro para los hijos de la Compañía de Jesús.

En la proclamación que siguió a dicho acto fueron nombrados Brigadieres los alumnos Juan Carlos García y Fermín T. Orfila, por la Primera Brigada; Dionisio Cánepa y Jorge F. Ollivier, por la Segunda, Víctor J. Paulucci y Carlos A. Queirolo por la Tercera; Adolfo Mugica y Ricardo E. Alais por la Cuarta; Augusto Conte Mac-Donell y Juan M. Miravent por la Quinta; Horacio J. Molinari y José Luis Arzeno por la Sexta, y Carlos Mesa y Raúl de Chapeaurouge por la Séptima.

5. Si la supresión de la Compañía de Jesús por el Papa Clemente XIV por su Breve Dominus ac Redemptor del 21 de Julio de 1773 había provocado en los enemigos de la Compañía un gozo y un entusiasmo delirantes, justo era que la bula Sollicitudo omnium Ecclesiarum de Pío VII, fechada a 7 de agosto de 1814, provocara iguales sentimientos, pero por las razones opuestas, en los buenos católicos, y así fué en 1814, y así fué también en 1914, al recurrir el primer centenario de dicha Bula.

Uno de los más antiguos alumnos del Colegio, el doctor Santiago A. Klappenbach encabezó un simpático movimiento a favor de la celebración de dicho centenario, y se concretó en: 1) actos religiosos, en los tres días que preceden a la fiesta del 7 de Agosto, y en el día de la misma; 2) una velada literario-musical, el día 7 por la noche y 3) colocación de una placa conmemorativa el día 9.

Decía muy bien el doctor Klappenbach en el discurso con que abrió la velada del día 7 por la noche:

"Los ex alumnos de la Compañía de Jesús en la República Argentina, no podían dejar de celebrar el centenario de su restablecimiento, y la Academia Literaria del Plata, menos aun guardar silencio en tan fausta fecha.

La gratitud a los maestros que formaron su corazón e inteligencia, los movieron a solicitar de sus oradores y poetas, hicieran resonar en este recinto, las notas más altas de la oratoria y la poesía, para publicar su admiración y agradecimiento.

La Compañía se había declarado imitadora de Cristo; y Dios, en su

providencia, quiso que siguiera sus pasos hasta en el desamparo de la cruz. Aprobado su instituto por la Iglesia y favorecida con grandes privilegios, creció lozana bajo el ala protectora del papado, se extendió sobre la tierra y siempre a la vanguardia peleó las batallas del Señor y difundió su doctrina entre todos los pueblos.

Sus enemigos y perseguidores fueron muchos, porque la predicación de la verdad y la práctica de la virtud los suscita en todas partes. Animada y bendecida por el Padre de los fieles salió siempre airosa en los combates. Sin embargo, llegó un día en que sus detractores se coaligaron y protegidos por gobiernos de pueblos católicos, llegaron al solio pontificio con sus pretensiones y consiguieron arrancar al Papa la orden de su extinción universal.

El golpe fué tremendo y los hijos de Loyola quedaron anonadados bajo su pesadumbre. Era su propio padre quien los condenaba y el representante del Cristo, cuyas huellas habían jurado seguir, los borraba de la faz de la tierra y los volvía a la nada. Dignos discípulos de su Maestro callaron. No se levantó una voz de protesta y quizá únicamente en la soledad de las celdas, se haya escapado de esos pechos: "Padre, ¿por qué nos habéis abandonado?"

Toda la grandeza de la Compañía se reveló en es emomento supremo. La sumisión a la Santa Sede, tantas veces enaltecida por sus hijos fué puesta a dura prueba. La sentencia era injusta y el castigo inmerecido. Ahí estaban para demostrarlo, su vida intachable, la enseñanza de sus escuelas, la doctrina de sus púlpitos, el martirio de unos y la sabiduría y elocuencia de otros. Pero de nada les valieron esos méritos; fueron condenados sin oírseles y sin darles oportunidad de defenderse. Y sin embargo, y a pesar de los consejos de la prudencia humana y de la santidad de su causa, aceptaron con cristiana resignación el mandato pontificio.

Tras largos años de aniquilamiento y cuando hasta su recuerdo empezaba a borrarse de la memoria de los pueblos, el Papa Pío VII, que acababa de entrar en Roma después de su cautiverio, se apresuró a volver por los fueros de la justicia, trayendo nuevamente a la vida activa y fructífera, una institución por tantos caracteres necesaria a la defensa de la Iglesia y al bien de la humanidad. Hace cien años, en un día como hoy, hizo público el breve de su restauración.

Sus detractores habían desaparecido ya. Pasaron como pasa todo lo humano, y la Compañía, que es de Dios, revivió más lozana y poderosa. Su eclipse de cuarenta años, sirvió para hacerla brillar más y la abnegación y martirio de sus hijos para levantarla a mayor altura y probar su grandeza y la santidad de su misión.

Nosotros, sus ex discípulos, que hemos vivido su misma vida y recibido sus enseñanzas, tenemos ciertamente título bastante para pregonar sus virtudes y hacer pública manifestación de nuestro regocijo en este aniversario".

Mons. Gregorio J. Romero, Obispo Titular de Jasso, tuvo el discurso referente al hecho histórico que se rememoraba, y después

de él declamaron composiciones en verso o en prosa los señores Ramón Araya, Jenaro Perrrupato, Raúl P. César, Eduardo R. Rossi, Atilio Dell'Oro Maini, Eduardo C. Kenny y el Presbítero Andrés Calcagno.

Este último, ex-alumno también de los Jesuítas, recordó los años que había pasado con ellos en su niñez y juventud, y con el donaire y gracejo de que hizo alarde en esta ocasión, recordó a todos sus antiguos maestros. y demás Padres y Hermanos. Al Hermano Enfermero recordó en versos tan graciosos como éstos:

¿Y el Hermano enfermero? ¡Dios me asista!
Para diagnosticar la "perezitis"
Era todo un famoso especialista
Y nos sanaba a fuerza de "dietitis".
Cuando un chico mañero, en las mañanas
Del invierno quedábase dormido,
Pretextando tener fiebres cuartanas,
O un brazo u otro miembro dolorido;
Con píldoras de miga los sanaba
Revueltas en harina (¡qué trompeta!)
Y todo el día aquel lo condenaba
A los duros rigores de la dieta.
¡Oh! ¡cura radical! ¡Santo remedio!
De perezosos terminó el enjambre
¿Ir con mañas de enfermo? No había medio:
Era como buscar la muerte de hambre.

En el decurso de su larga composición poética expresó también y bellamente un concepto muy exacto:

Y de todo lo expuesto, en consecuencia,
Fluyen cosas muy claras y claritas:
Que no he podido ver la intransigencia
Que achacan a los padres Jesuitas.
Para algunos, Jesuita es como peste,
Microbio, fiebre tifus y luz mala;
Les basta ver la sombra de su veste
Para echar a correr como una bala.
Les tienen prevención, sienten arcada
Si se los hace hallar la suerte adversa
Les tienen una tirria endemoniada
Como el franco al teutón y viceversa."
Si creyeran en Dios, yo afirmaría,
(Es mi argumento, un argumento "ab homine")
Que añadieran así a la letanía:

A "Jesuitis, libera nos Dómine".
Si llueve o si no llueve, si escasea
La "meneghina" a causa de la crisis.
Y si arrecia la fiebre tifoidea,
O si provoca mortandad la tisis
Si sube el pan, si baja la galleta,
Si hay eclipses, si se arma un alboroto.
Si se muere un filósofo, o un poeta,
O si a Pekin amaga un terremoto,
Si el perro del vecino ladra recio,
Si el gato del de enfrente maulla fuerte,
Si un chiquilín se cae del trapecio,
O un atorrante al foso de la muerte,
Si Alemania declara guerra á Francia,
Si Italia no se mezcla a la contienda
Si cunde la ignorancia,
Si se funde una tienda,
Si hay temores,
De temblores,
Bancarrotas,
Testas rotas,
Si hay malones
De ladrones,
Si hay apaches,
Pozos, baches,
¡Ay! dejadme
Respirar...
La culpa de esos males es todita
De un tenebroso Padre Jesuita.

Todo cuanto pueda decirse acerca del brillante éxito de la velada literario-musical resultará pálido ante la realidad. Discursos y declamaciones cautivaron la atención y despertaron el entusiasmo de la concurrencia que llenaba el amplio salón y ambas galerías del mismo, en número tan grande y compacto como no se había visto tal vez en ninguna otra ocasión. La orquesta y los coros nutridísimos se desempeñaron bajo la inteligente dirección del maestro Ochoa, con una corrección verdaderamente artística que premió el concurso con sinceros y nutridos aplausos. No podemos presentar mejor comentario a estas fiestas, que dejaron grata y perdurable memoria en los que las presenciaron, que transcribiendo lo que el diario "El Pueblo" dijo de ellas en su número del día 9 de agosto:

"Ha constituído uno de los acontecimientos religiosos sociales de la

actualidad bonaerense, a pesar del momento de agitación por que atravesamos, la conmemoración solemne del primer centenario de la restauración universal, mayormente en el mundo moral y científico, desde que la acción de los padres jesuitas ha tenido que gravitar en las inteligencias y la formación de los caracteres fuertes e íntegros, que son los que forman a su vez hogares honestos y virtuosos. La principal sociedad de esta metrópoli hizo acto de presencia en las solemnidades del Salvador, que presidió el excelentísimo señor Arzobispo, con los virtuosos y meritísimos hijos de San Ignacio.

"La parte social y literaria, ofrecida por los ex alumnos de los padres jesuitas y por la misma Academia Literaria del Plata y congregaciones marianas, fué uno de esos actos que dejan en el espíritu recuerdos que no se borran fácilmente, tanto por el brillo cuando por el ambiente de especial cultura en que se desenvuelven.

"En una palabra, el vasto programa organizado para festejar dignamente la fecha histórica, ha sido ejecutado correctamente con la cooperación directa y el alto prestigio de nuestra sociedad principal, que imprimió con su asistencia el sello de la distinción y la cultura."

El programa de festejos se había ido desenvolviendo con éxito tal vez inesperado, y sólo faltaba realizar el número que podríamos llamar íntimo y de familia, y que por lo mismo había de desenvolverse en un ambiente de franca expansión y familiaridad. Y esa nota simpática fué la caracterítsica del acto de la entrega de la palca, al que se siguió el banquete, sin estiramientos ni etiquetas, como cumple a una reunión de amigos en que se da salida franca a las expansiones de la amistad, bajo el techo que los cobijó por igual a todos en los días felices de la niñez y de la juventud.

El día 9 de agosto se descubrió la placa recordatoria del primer centenario de la restauración de la Compañía de Jesús, y cuyo texto es como sigue.

1814 - 7 AGOSTO - 1914
A LA
COMPAÑIA DE JESUS
EN EL
PRIMER CENTENARIO
DE SU UNIVERSAL
RESTAURACION
POR
S. S. PIO VII
LOS EX ALUMNOS
EN LA REPUBLICA ARGENTINA

Mons. Luis Duprat hizo entrega de esta placa en nombre de to-

dos los ex-alumnos, obsequio que agradeció el entonces rector del Colegio, Padre José López.

A continuación fué servido un banquete en el gran salón de actos públicos, del que fueron comensales más de doscientas personas. Pronunciaron entusiastos brindis, haciendo resaltar la obra educadora de los jesuítas, monseñores Juan N. Terrero y Gregorio I. Romero, senador nacional Pedro A. Echagüe, doctores Santiago G. O'Farrell, Manuel Cigorraga, Santiago A. Klapenbach, Bernardino Lértora y José Ignacio Olmedo. A los asistentes les fué entregada una medalla de plata y un opúsculo sobre el significado de la fecha histórica. Los reverendos padres Vicente Gambón y José López recibieron un pergamino firmado por todos los presentes.

Los alumnos actuales del Colegio no quisieron ser menos que los exalumnos en su afecto a la Compañía de Jesús y, a este fin, organizaron un acto literario en memoria del primer centenario del restablecimiento universal de la Compañía de Jesús. Dicho acto, que tuvo lugar el día 9 de Septiembre, fué presidido por el entonces Sr. Ministro de Instrucción Pública, Dr. Tomás Cullen, y en él hablaron los alumnos Juan Carlos Benedit y Rafael Cullen Crisol, y declamaron composiciones poéticas los jóvenes Mateo Zumelzu, Ricardo Klappenbach, Santiago Onésimo Leguizamón, Ramón J. Arrieta, Ricardo Kleine Samson y Marcial Quiroga. Terminó el acto con la ejecución de un melodrama en un acto, intitulado "El duelo de una raza" y en el que actuaron los alumnos Lucio A. Aquerreta, Miguel H. Bustingorri, Juan Carlos García, Santiago O. Leguizamón, Juan M. Raffo, Aurelio E. Serrantes y Pablo D. Tagliaferri. Como recuerdo de este homenaje, colocaron a sus expensas, en los corredores del Colegio una simpática placa de bronce, cuyo texto dice así:

A SUS MAESTROS
EN EL
PRIMER CENTENARIO
DEL RESTABLECIMIENTO
DE LA COMPAÑIA DE JESUS
LOS ALUMNOS
DEL CURSO DE 1914
1814 - 7 AGOSTO - 1914
A. M. D. G.

Con motivo del fallecimiento del presidente doctor Roque

Sáenz Peña, se excusaron de asistir, entre otros, los ministros nacionales doctores Tomás R. Cullen, Horacio Calderón, Enrique Carbó, Manuel Moyano, intendente municipal Joaquín S. Anchorena y los doctores Emilio Lamarca, Joaquín M. Cullen, Lucas López Cabanillas, Pedro Olaechea y Alcorta, Manuel M. de Iriondo, Salvador Maciá, José Arce, Lorenzo Anadón, Leonardo Pereira Iraola, Pedro Berçetche, Antonio Santamarina, José R. Semprún, Pablo L. Palacios.

Enviaron telegramas y se adhirieron, el arzobispo monseuor Mariano Antonio Espinosa, monseñores Agustín Boneo, Luis N. Niella, José A. Orzali, Francisco Alberti, Miguel de Andrea, Andrés Calcagno, Juan Perazzo, Santiago L. Copello, Milciades Echagüe, Roque Carranza, gustín Piaggio, presbíteros José Ignacio Yani, Manuel González Díaz, monseñor José Gregorio Romero, presbítero Francisco Reverter, capellán del ejército presbítero Alcoba, doctor Pedro J. Alcácer, Celso Elizalde, Mariano Peralta.

En la solemne distribución de premios que tuvo lugar el día 22 de noviembre fueron ocho los alumnos de Quinto Año que merecieron premio especial, esto es, los señores Ricardo T. Aláis Tirso Rodríguez Loredo, César Cardini, Arístides Grisetti, Adolfo Mugica, Santiago Mullen, Fermín T. Orfila y Ricardo M. Wright. El mayor número de premios correspondió a algunos de los ya citados, sobre todo a los señores César Cardini y Adolfo Mugica, y a otros como Ricardo A. Cobos, Alfredo Pico, Antonio Sánchez Pertierra y Raúl V. Martínez, para mencionar tan sólo a los del curso de Quinto Año.

Recordemos que con anterioridad a la distribución de premios, había el Colegio dado un acto de gimnasio, al que asistió el entonces Diector General de Tiro y Gimnasia del Ministerio de Guerra, y tenemos a la vista la nota que con fecha 5 de octubre, y a raíz del mencionado acto, envió al Padre Rector [568]:

> Me es grato dirigirme al Señor Rector para expresarle la satisfacción con que he presenciado la fiesta gimnástica y de instrucción militar efectuada el día 26 de Septiembre ppdo., en ese establecimiento de educación. El brillante resultado, Señor Rector, se debe muy especialmente a las facilidades que esa Dirección da a los instructores, para que puedan desempeñar su cometido en bien de la juventud estudiosa.
>
> Teniendo en cuenta el informe de los Sres. Jefes designados por esta Dirección General, se ha resuelto adjudicar una medalla de plata "cultura física" a los alumnos Augusto C. Ollivier, Alejandro N. Moreno y Santia-

go O. Leguizamón; al Capitán Don Carlos B. Martínez una medalla de plata y oro, teniendo en cuenta el pedido formulado al subscripto por el Señor Rector y Prefecto, pedido basado en el poco tiempo que ha podido facilitársele a dicho oficial para la preparación de sus alumnos, no siendo esto obstáculo para haberlos presentado en forma eficiente en los movimientos de instrucción de compañía y fuego de salvas.

A los alumnos Ricardo M. Wright, Adolfo Mugica y Andrés M. Dellepiane, una medalla de plata y cobre por haber cooperado con excelente resultado en los ejercicios antes citados.

Estimaré al Señor Rector haga llegar a conocimiento del Maestro de Gimnasia y Esgrima, Don Eduardo Krämer, las felicitaciones de esta Dirección General por su especial dedicación a la preparación física de sus educandos y que tan evidentemente pusieron de manifiesto en la demostración gimnástica.

Al alumno Don Juan Manuel Raffo, no se le acuerda premio por habérsele dado el año pasado una medalla de oro en el desempeño de igual puesto en la demostración gimnástica, poniendo a prueba una vez más su gran afición a los ejercicios de esta índole, haciéndose acreedor de parte de esta Dirección a una especial mención, que agradeceré a Vd. haga llegar a conocimiento del interesado.

Saludo a Vd. con distinguida consideración.

EDUARDO MUNILLA
Coronel-Director General

El curso de 1915 se inició el día 16 de marzo, siendo Brigadieres, desde mediados del siguiente mes, los señores Juan Carlos García y Juan Manuel Raffo, Carlos A. Queirolo y Juan Miguel Palazón, Carlos A. Saavedra y Juan Carlos Calcarami, José Luis Molinari y Martín F. Ragno, Norberto López y Eduardo Bernasconi, Albrto Cibils Aguirre y Jorge M. Martínez Haedo, Miguel Piñeiro Pearson y José María Gil.

6. El día 23 de mayo se tuvo el acto patriótico acostumbrado, en vísperas del Día Patrio, y en ese mismo día y en esa misma oportunidad celebraron los ex-alumnos del Salvador la simpática fiesta anual de la entrega del premio, establecido por sus estatutos, al alumno que más se ha distinguido entre los que terminaron sus estudios en el año anterior. Aparte de la nota simpática que caracteriza esta fiesta, en la que cada año los antiguos alumnos dan el saludo de bienvenida a los que se incorporan en sus filas, la hace particularmente atrayente y conmovedora la participación que en ella tienen los alumnos actuales del Colegio y el carácter patriótico

con que la reviste el Colegio, con motivo de las fiestas patrias a la Semana de Mayo.

Leemos en una crónica de la época:

> El aire marcial con que los alumnos, en correcta formación militar, a los acordes de la banda del "1º de Infantería", penetraron en el salón de actos, predisponía los ánimos para recibir con respeto profundo la bandera nacional, que escoltada por una escuadra de alumnos y saludada militarmente por todo el Colegio, avivó el entusiasmo para entonar el Himno Nacional, con que se dió comienzo al acto. El Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública, Dr. D. Tomás R. Cullen, ocupaba la presidencia, y a su lado tomaron asiento en el proscenio del amplio salón el P. Rector del Colegio, el Dr. Norberto R. Fresco, Presidente de la Sociedad de ex alumnos y gran número de socios de la misma.

Terminado el Himno Nacional, el Dr. Juan F. Cafferata, diputado nacional, hizo entrega del premio de la Sociedad al ex-alumno César Cardini, leyendo con ese motivo un conceptuoso discurso, del que extractamos algunos párrafos:

> Feliz de vos que habéis llegado a este momento rodeado de vuestros compañeros que os miran con afecto; de vuestros maestros que se complacen en el triunfo del discípulo querido; de vuestros antecesores en las aulas de este Instituto, que os recibimos con los brazos abiertos; y de los que vienen recién a la vida; de los jóvenes y de los niños a quienes cobija todavía la sombra bendita de estos muros, y que ven en vos un noble ejemplo que imitar y un estímulo para seguir la huella de vuestros pasos.
>
> Justo es el regocijo de este momento que llena de gratas y hondas emociones el corazón de todos lo sque asistimos a esta fiesta; que evoca dulces recuerdos del pasado, recuerdos imborrables, que están allí entre los pliegues del alma, vivos, palpitantes, intensos, con todo el calor de esa niñez que en la edad madura, motiva nuestras sentidas e íntimas nostalgias... ¡cuando éramos buenos; cuando éramos puros; cuando la vida no había podido dejar en nosotros su pesado sedimento de penas y de amarguras!
>
> Momento auspicioso que hace revivir aquellos días de infantil cautiverio, que nos trae a la memoria horas apacibles y tranquilas, figuras venerandas de viejos maestros que ya no existen, de queridos compañeros que dispersaron los azares de la fortuna, de oraciones en común,... de todo ese programa de estudiantes que como suave perfume embalsama los días de la infancia y de la adolescencia, y nos acompaña en la penosa jornada de la vida.
>
> No extrañéis que traiga estos recuerdos con motivo de vuestro triunfo. ¡Como vos también pasé por estos claustros y me senté en estas aulas; como vos escuché los mismos consejos; las mismas sabias lecciones; las mismas paternales advertencias y quiero hacerme la ilusión de que no ha corrido el tiempo, de que no han pasado para mí los años, de que soy el niño

de otrora; que celebramos hoy un acto público de colegio y que a mí me toca de nuevo presentar a vuestros padres la medalla de fin de curso, para que la prendan en vuestro pecho mientras estalla el sonoro aplauso de los compañeros! . . .

Pero no he de mirar solamente al pasado. Para vos es tan breve que si lo he recordado más ha sido por otros que por vos. Miremos al porvenir que os aguarda con sus misterios, con sus espacios sin límites, con sus abismos, donde habéis puesto ya el pie y avanzado el primer paso.

Los años me autorizan a deciros lo que siento y lo que sé de ese porvenir que ya me ha revelado parte de sus secretos, pero que es todavía para vos la incógnita de un problema cuyo desarrollo empezáis.

Lo que siento y lo que sé de ese porvenir en que si ciertamente pertenece en definitiva a Dios y a sus arcanos insondables, pertenece también a nosotros; pertenece todo a nosotros que hemos de labrarlo en el ejercicio de nuestra propia libertad.

El hombre es hijo de sus obras. La persona humana no se funde de improviso como el bronce que se amolda en un instante sobre el modelo, para convertirse en la estatua; no, se labra como el mármol de Carrara, con la punta del buril, lentamente, a fuerza de ingenio, de perseverancia y de fatigas, hasta que surge del block informe la creación del arte.

Así realiza el hombre su buena o su mala fortuna.

El señor César Cardini agradeció el premio con que la Sociedad de Ex-alumnos había recompensado su labor en el Colegio, y a continuación, y en nombre de todos los alumnos del Colegio, pronunció un vibrante y entusiasta discurso el alumno Rafael Cullen Crisol, hijo del doctor Tomás R. Cullen, grande amigo del Colegio desde los días de su niñez hasta los postreros de su larga y benéfica existencia.

El día 21 de diciembre se tuvo la premiación final, en la que fueron ovacionados repetidas veces los alumnos de Quinto Año José Luis Molinari, Juan Carlos García, Juan Manuel Raffo, Armando Capellini, Ricardo A. Kleine Samson, Santiago O., Leguizamón, Miguel Piñeiro Pearson, José María Gil y Francisco Javier Arias.

El año 1916 fué un año de grande actividad y de grandes entusiasmos en el Colegio del Salvador, no obstante la desaparición casi súbita de uno de sus actuales profesores, el Padre Jesús Lafita, y de uno de sus más antiguos ex-profesores, el Padre Antonio Martorell.

Inicióse el curso escolar el día 16 de marzo, y a fines de mes se tuvo el triduo de preparación para la comunión pascual. El Padre

Mariano Sánchez platicó a los alumnos mayores, y el Padre Capará a los menores .La primera proclamación de dignidades, precedida por un acto de los alumnos del Hermano Cabanach, tuvo lugar el día 10 de mayo, y en esa proclamación fueron nombrados Brigadieres los señores Juan Carlos García Santillán y Juan M. Raffo, Carlos Alfonso Saavedra y Víctor A. Da Ponteaquarto, Isidoro García y Angel M. Méndez Huergo, José León Ayerza y Juan J. Murtagh Langan, Miguel Alonso Fernández y Osvaldo Panza Fensini, Eduardo Saliba y Julio Miguel Lezana, Juan M. Miravent y Romeo Miguel Gaddi.

7. Los hechos culminantes de este año, relacionados con el Colegio, fueron la celebración del Centenario del Congreso de Tucumán y la celebración del Congreso Eucarístico Nacional.

Con el fin de honrar dignamente el primer Centenario de la declaración de nuestra Independencia, realizóse un acto patriótico que se celebró juntamente con la mensual proclamación de dignidades, el día 4 de julio.

Los alumnos de segundo año ofrecieron un hermoso acto de Moral práctica, cuyos tres grandes núcleos fueron oportunamente seleccionados, dadas las circunstancias: la familia, la sociedad, la patria. Abrióse el acto con el canto del himno nacional coreado por todos los alumnos del Colegio, cuyas armonías rememoraban entonces las grandes hazañas de preclaros varones, que nos dieron independencia política. Siguióse luego el desarrollo normal del acto, que parecía haber congregado bajo el techo augusto del salón buen número de corazones patrióticos que seguían con interés las diversas fases del mismo.

Abrió el acto el señor Jorge M. Martínez de Haedo, y recordó cómo

de los 29 congresistas que firmaron el Acta del 9 de Julio, 12 eran sacerdotes y dos de ellos fueron después obispos. Unos y otros desearon que el Congreso se inaugurara con una misa solemne y todos ellos firmaron el Acta de la Independencia después de "invocar al Eterno que preside el universo". La fórmula del juramento contiene tres cláusulas y la primera es: ¿Juráis a Dios Nuestro Señor y prometéis a la Patria conservar y defender la Religión Católica, Apostólica. Romana? El "Diario de Sesiones" nos manifiesta que uno de los primeros cuidados de los congresistas fué atender con esmeradas providencias a los asuntos eclesiásticos y religiosos. En la sesión del 10 de octubre de 1816 hace moción uno de los diputados para

que el Congreso "puesto que la Independencia se halla proclamada", declare que "la defensa de la religión es el principal y el primer asunto de su encargo". Un mes después de declarada la Independencia se levantó en el seno del Congreso el P. Oro, de santa memoria, y propuso solemnemente para coronar aquel acto "que se elija por Patrona de la Independencia a la Virgen Americana Santa Rosa de Lima" y el Congreso puesto de pie lo sancionó por aclamación unánime.

Vino luego, leemos en una crónica de entonces, la exposición de los diversos tópicos, hecha con precisión y acompañada con proyecciones de retratos de los próceres, trayendo a colación algunas célebres anécdotas de éstos con las que se ilustraban los conceptos de patriotismo, obediencia, respeto, etc.

Inmediatamente el Colegio entonó el Himno del Centenario; pero faltaba el número más simpático de la fiesta, la presentación de la placa de bronce que el Colegia enviaba a Tucumán para ser depositada en la Casa del Congreso de 1816. Durante esta última parte la concurrencia estuvo de pie desde que subió al proscenio la escuadra de honor, formada por los alumnos de sexto año, escoltando al pabellón nacional, hasta el final del acto.

Al descubrirse la placa, el señor Juan Carlos García, alumno de segto año, pronunció un bien razonado y elegante discurso.

Un grupo de ex-alumnos, los doctores Nevares, Peluffo, Lafaille, Padilla, el Ingeniero Alejandro Bunge y el señor Thompson, fueron los portadores a Tucumán de la placa a que nos hemos referido.

A pesar de ser numerosas las ofrendas enviadas entonces desde todos los ángulos del país, llamó fuertemente la atención la del Colegio del Salvador, la que se destacaba gallardamente en medio de ellas, por la concepción de su simbolismo, como por sus dimensiones.

El doctor Nevares la entregó, en nombre del Colegio del Salvador, al señor Gobernador de Tucumán, y en su breve discurso dijo entre otras cosas lo que sigue:

El Colegio del Salvador, en cuyas aulas aprendimos a amar a la Patria, nos ha elegido por representantes suyos, para que en este día solemne dejemos fijo en esta casa histórica, ese bronce, que perpetuará a través de los tiempos, el homenaje que profesores y alumnos tributan a la Patria en esta fecha centenaria; y dirá muy alto a todas las generaciones venideras que ese establecimiento de enseñan,a cuyos prestigios son indiscutibles e indiscutidos, es un templo en el que junto con el culto al Dios de las alturas se templa el pecho de los alumnos con el amor santo de la Patria. En

aquel santuario de la virtud y de la ciencia aprendimos a pronunciar con veneración, con respeto y con cariño los nombres sagrados de nuestros próceres; y allí se nos enseñó a mirar con respeto profundo esta casa legendaria, donde se juró con decisión y entusiasmo mantener nuestra Patria, aun a costa de la propia vida, libre e independiente, no sólo de España, sino de cualquier otra potestad de la tierra.

Ahí está, señores, ese bronce, testimonio perenne de la adhesión inquebrantable con que profesores y alumnos proclaman la gloria de nuestro Centenario. Las Letras y las Ciencias, simbolizadas en él, están dando un mudo pero elocuente testimonio de que se consagran al servicio de la Patria: y ésta misma, simbolizada en esa figura arrogante de matrona, dirige su mirada complaciente a ese edificio majestuoso, que vacía de continuo en el molde de la religión y de la ciencia las inteligencias y los corazones de la juventud, para formar patriotas decididos, que la sirvan con desinterés y la defiendan con lealtad.

En los cuarenta y ocho años que ese edificio lleva de existencia, son legión los pechos juveniles que en él han nutrido sus energías al calor de ese hogar siempre querido: y la magistratura, y el foro, y la milicia, y la cátedra, y los Gobiernos de Provincia, y las Legislaturas, tanto Nacional como provinciales, y aún el mismo Ministerio, no sólo de las Provincias sino también el Nacional, ha largos años que cuentan entre sus miembros más conspicuos, entre los ciudadanos más honorables, a los alumnos egresados de esas aulas, que es de toda justicia reconocer como una gloria de nuestra enseñanza nacional. Y hoy esa legión de ex alumnos, desparramados por todos los ámbitos de la República, desde Jujuy hasta las sierras nevadas de los Andes, dirige su mirada hacia esta casa histórica, y nutre sus sentimientos al calor del amor patrio que nuestros maestros supieron prender y activar en nuestros pechos.

Cuantos hemos tenido la dicha de nutrir nuestras inteligencias y templar nuestros corazones al calor de las enseñanzas que se nos dieron en ese edificio suntuoso que se destaca en ese círculo, corona del homenaje que hoy depositamos en esta casa legendaria, sabemos perfectamente lo que debemos a nuestros maestros, que no perdonaron fatiga ni sacrificio para templar nuestras almas en la fragua del deber, puesta siempre su mira en hacer de cada uno de nosotros un ciudadano capaz de servir a la Patria, sin tener jamás en cuenta el sacrificio, ni retroceder un momento ante los obstáculos. Tal vez nuestra inexperiencia juvenil no medía todo el alcance de las enseñanzas que recibíamos; pero hoy, en la plenitud de la existencia, cuando hemos remontado ya la cumbre de la vida, cuando podemos medir desde la altura la longitud y las tortuosidades del camino recorrido, y las lecciones de la experiencia nos han hecho ver todo el alcance de la formación que recibimos en la juventud, podemos apreciar en todo su valor el mérito y la trascendencia de aquella labor empleada en moldear nuestros ánimos juveniles.

El Gobernador, en su nombre y en el del pueblo de Tucumán,

aceptó el obsequio y lo agradeció por medio de un expresivo telegrama al R. P. Rector. He aquí su texto:

> Sencillo homenaje, penetrado del más intenso patriotismo que ha venido a demostrar una vez más el acendrado amor que los PP. Jesuítas profesaron a la Patria, en la que hace más de cincuenta años están consagrados a la enseñanza, derramando a raudales ciencia y virtud en los millares de discípulos que han pasado por sus aulas.
>
> Tucumán, de un modo especial, tiene un motivo trascendental de inolvidable gratitud para los jesuítas; porque ellos cultivaron, en épocas remotas, en su tierra la caña de azúcar, que si bien es cierto se extinguió, sirvió en cambio al Ilm.o. Obispos Colombres para intentar, como lo hizo con fortuna, nuevos ensayos, que son la base de la industria floreciente y próspera, que es la principal riqueza de la tierra tucumana.

Acalladas las músicas, escribía después el doctor Julio E. Padilla, concluídas las fiestas, queda el bronce del Colegio del Salvador como la expresión sincera de patriótico amor hacia los venerables patricios que nos legaron, como eterno recuerdo de su abnegación, la Independencia.

Y queda también ese bronce como testigo de todos los latidos con que los corazones de los Padres y alumnos del Colegio se expanden en esa ocasión solemnísima e imperecedera, concentrando en él sus afectos y cariños, para que los perpetúe en el hogar sagrado de los argentinos.

En el decurso de 1916 llegaron al apogeo de su gloriosa actuación en el parlamento argentino dos preclaros exalumnos del Salvador, los doctores Arturo Bas y Juan F. Cafferata, y el pueblo católico argentino determinó rendirles un magno homenaje de admiración y gratitud. Monseñor Gustavo J. Franceschi, uno de los fautores de este homenaje, quiso referirse al significado del mismo, ante los alumnos del Colegio y al efecto se reunieron en el salón de actos los alumnos de 4º, 5º y 6º año, a quienes expuso dicho prelado lo que significaban en el Parlamento nacional los doctores Bas y Cafferata, y la trascendencia de los proyectos presentados por ellos a favor de la causa de los obreros. Les invitó a participar, como en efecto participaron, en el homenaje que el día 21 de mayo tributaron a esos legítimos defensores de los obreros, y exalumnos del Colegio, los obreros de Buenos Aires.

8. El poeta Eduardo Marquina visitó el Colegio del Salva-

dor, varias veces, a mediados del año, y en la velada de la Academia Literaria del Plata, declamó una bella poesía compuesta por él y que rotuló y dedicó "A mis buenos Padres del Salvador".

Antes de ser tan viejo, que ya tengo
un poco más de ayer que de mañana,
yo he sido abeja en escolar colmena,
chispita de oro coronada de alas.
Y hoy, Salvador, en el tranquilo ambiente
de tus piedras de Cristo hospitalarias,
he podido estrechar más de una mano
que el primer cauce señaló a mis aguas.
Es un viaje redondo.

Y me parece,
viendo a los que cuidaron de mi infancia,
que yo mismo me achico; y que, en un nido
que cegó el tiempo entrecruzando ramas,
vuelve a cantar el ruiseñor de oro
de las primeras noches de mi alma.

Yo he sido siempre un cerco de mí mismo
y de mis años hice ramas
que, espinosas y agudas, desprendieron
la fuente viva de mi propia infancia.
Nunca dejé de ser un poco niño:
las alondras del alba
cantan siempre en mi noche, y les responden
las alondras, estrellas de otras ramas.

Tengo un hijo, y prefiero, al lado suyo,
ser hijo del gran Padre que nos guarda,
ignorar, desear y osar a todo
que ser muy viejo y no atreverme a nada,
que estar hastiado y no abrigar deseo,
que afectar ciencia y no esperar la gracia.

Todo hombre un poco niño, lleva dentro
como el repique de campanas
de la ciudad de Is que, sumergida
debajo de las aguas,
dicen que, en días muy serenos
y a la marea baja
dejaba oír un són de campanarios,
y que todas las olas se amansaban
tal como arrodillándose al misterio
que en sí mismas llevaban.

Todo hombre un poco niño lleva un fondo
de divino, consigo; y en su infancia,
que es la campana del Is, bajo sus años
la divina intuición murmura y canta...

Considerad, llegando a los umbrales
tranquilos de esta casa,
cuando, como a un reclamo, al ver su nido
levantaron las alas,
llevándose mis años en el pico
todas las golondrinas de mi infancia,
si habrá sido emoción la mía, al veros,
piedras del Salvador, piedras hermanas
en vuestra simetría
de aquellas otras en que ayer, cansada
de locuras y juegos,
tuvo mi frente su primera almohada.

Viene a vosotros un desconocido
por fuera, pero el alma
del que viene conoce, una por una,
todas las leyes de la casa.

Quiero ser y morir un poco niño,
y así, cuando me vaya
del mundo, un poco a locas persiguiendo
mi primera ilusión, una mañana,
El que dijo: "dejad venir los niños
a mi lado, a mis plantas",
Dios, si por santo no, dará por niño
a mi constante afán sombra de palmas!

El 19 de noviembre se tuvo la premiación final, en la que se otorgaron premios especiales a los alumnos José Ayerza y Juan Carlos García. Entre los alumnos de sexto año que merecieron más aplausos hay que recordar a Juan Manuel Raffo y Juan Carlos García, Armando Capellini y Héctor L. Cano, Miguel H. Bustingorri y Ricardo A. Kleine Samson, los mismos que el año anterior, habíanse llevado los premios en Quinto año. Como muchos de los de Quinto año abandonaban en 1916 el Colegio, a fin de evitar el cursar el Sexto año, hemos de recordar a Romeo Migeul Gaddi, Juan J. Murtagh Langan, Manuel A. Alcacer, Miguel A. Cullen Crisol, Juan M. Miravent, Carlos A. Masson, Antonio Suaya y José Rafael Torello.

El curso de 1917 se inició con 521 alumnos, sin contar los

230 de la Escuela gratuita, anexa al Colegio. De aquella cifra total, 201 eran internos y 236 mediopupilos. Los Padres Salvador Franco y Juan Cherta prepararon ese año a los alumnos mayores y menores para la Comunión Pascual, la que tuvo lugar el día 1º de abril.

Como el 10 de ese mes fueran las Bodas de Oro sacerdotales del venerabalísimo Padre Anselmo Aguilar y las Bodas de Oro de Compañía del simpático y robusto Hermano Guillermo Bartling, vinculados ambos al Colegio y beneméritos del mismo, túvose ese día un homenaje que les tributaron los alumnos del Colegio en el Salón de actos, en la postrera hora de clase de aquel día.

9. El 24 de mayo se tuvo el tradicional acto patrio, y en esa oportunidad la Sociedad de Exalumnos entregó el premio extraordinario al mejor ex-alumno bachiller del año anterior. Mereció esta honra en 1917 el señor Juan M. Raffo, y uno de los más insignes varones egresados del Colegio del Salvador, el doctor Juan B. Estrada, usó de la palabra en nombre de la mencionada Sociedad de Ex-alumnos. ¡Cuán hermosa y sentidamente se expresó en esa ocasión el ilustre Juez de Comercio y católico sin tacha!

Intensa emoción embarga mi espíritu al ocupar esta tribuna y rememorar el pasado ya lejano.

Miro en torno, y al constatar la ausencia eterna de bondadosos maestros y buenos condiscípulos experimento la sensación de aquel guerrero de Ossian, que al tender los brazos a su alrededor, sólo encontraba los huesos descarnados de sus viejos compañeros. Contemplo estos muros y ellos me reviven con muda elocuencia todos los pesares y alegrías de la infancia, esa dichosa edad, sólo amargada por la severidad del maestro o la pérdida del premio. Aquí, fueron encaminados científicamente mis primeros pasos en la vida, y fué cimentada la fe de mis mayores. Aquí me enseñaron a honrar a los héroes de la Patria y me inculcaron el deber de completar con el Evangelio en la mano, la fe y la caridad en el corazón, por la propaganda y el ejemplo, con la pluma y con la acción, la gran obra que iniciaran aquellos con la espada.

La Compañía de Jesús, realizó con nosotros el ideal de Laboulaye, formando de sus educandos una familia de hermanos, que se disputaba sin envidias el premio del trabajo. Y en este banquete de la inteligencia y de los sentimientos cristianos, prolongó el sueño de nuestra infancia, alejándonos la contaminación de la malicia y la falacia del mundo.

Ayer, paréceme que fuera, en día como éste, para vosotros venturoso, recibía en este sitio con otros compañeros el premio del trabajo, entre aplausos y afectos. Niño aún, abandonaba esta casa, con el bagaje del estu-

diante cuidadosamente provisto, con todo lo que puede dar de útil, la lección, el consejo, la virtud y el ejemplo. Sólo el pesar de la separación turbaba el rumoroso concierto de la colmena estudiantil, que se dispersaba a los cuatro vientos, entonando el himno de todas las alegrías, pletórica de ilusiones y esperanzas.

Emprendí, como todos, nueva ruta. Llevo andado largo camino, pues que cuento más de ayer que de mañana. He visto pueblos y gentes y costumbres diversas, he cruzado senderos espinosos y praderas sonrientes, he vivido días luminosos y horas sombrías, luchando siempre; y así he sentido acrecentarse mi experiencia, esfumarse mis ilusiones, marcarse de surcos mi frente y cubrirse de cenizas mis cabellos.

Más adelante, y como impulsado por el espíritu de su ilustre tío, José Manuel Estrada, a quien tanto se parecía física y moralmente, agregó el doctor Estrada:

Jóvenes amigos: empieza para vosotros la edad de las realidades, en que el tráfago del mundo, el dolor íntimo, las miserias de la humanidad os despertarán bruscamente del plácido y prolongado sueño de la niñez, porque en el camino de la vida es abundante la fuente de las lágrimas.

Entráis al campo de la lucha con la consigna de defender un sacrosanto escudo que ostenta en su divisa Dios y Patria. Ella será vuestra mejor guía y la estrella polar de vuestro rumbo.

"La Compañía de Jesús, que según se ha dicho, creada para la guerra nació al frente del enemigo y desde entonces (hace cuatro siglos) no ha esquivado un solo choque ni ha abandonado el baluarte un solo instante": ha sido vuestra solícita maestra, os ha armado caballeros de Cristo y os ha entregado al despediros, las armas de que dispone. A vosotros corresponde como dignos hijos de Loyola no retroceder nunca en el combate de nuestro credo. Caed en Pamplona, si es preciso, pero levantaos en Manresa.

No perdáis de vista el objetivo ideal del camino trazado, para evitar las vacilaciones en los momentos decisivos y el ser juguete de las pasiones e intereses encontrados; porque al avanzar al mundo debéis contrarrestar los embates de la seducción que, vistiendo todas las formas, atrae la juventud y la embriaga falazmente como el canto fascinador de la Sirena, matando el espíritu en pos de la quimera.

Vais a tomar papel en el drama complejo del trabajo de la civilización, según las inclinaciones de vuestro temperamento. Llenad con amor vuestro rol como un verdadero sacerdocio, que así lo reclama la gloria de Dios y el servicio de la Patria.

He visto degradar las más nobles profesiones mercantilizándolas ignominiosamente, o persiguiendo pedestales que fueron derribados por la tormenta del siguiente día, demostrándome que todo lo que construye la vanidad, el interés o el orgullo muere en un día, como las flores del festín. He visto coronar pomposamente a quienes buscaron el aplauso, adulando el éxito y los grandes y halagando temorosos a las turbas y he asistido poco des-

pués a su destronamiento entre la befa y el insulto de su pueblo, lo que me ha enseñado que no es el aplauso buen guía, sino la conciencia sana; que se debe servir al derecho sin mirar el resultado; sin buscar congraciarse a los poderosos que corrompen; sin someterse a las multitudes que siempre cobardes oprimen y envilecen. El aplauso llegará más tarde en la hora de la justicia y entre tanto lo sentiréis en vosotros mismos.

Hay derrotas heroicas; no temáis afrontarlas por las grandes causas, sin perder la fe del triunfo lejano, que es patrimonio de las almas grandes. No os envanezca el triunfo porque la inspiración como los medios de que dispone el hombre vienen de lo Alto. Imitad el ejemplo de Morse, que luchó sin desmayo una década y el día de su triunfo, al instalar el primer cable submarino, coronaba su obra, despachando el primer pensamiento viajero que cruzara los espacios, diciendo: "¡Cuánto ha hecho Dios!".

Sois el risueño porvenir de la Patria y estáis llamados a manejar sus destinos.

El joven ex-alumno Juan M. Raffo agradeció la distinción de que era objeto con un discurso que hacía juego con el pronunciado por el doctor Estrada. Terminó el señor Raffo con estas preciosas frases dirigidas a sus compañeros de ayer en las aulas del Colegio:

Así, pues, alumnos del Salvador, cultivad con esmero la virtud; mantened encendido en los corazones el fuego de los nobles entusiasmos y con la visión fija en el ideal de vuestras aspiraciones, lanzaos resueltos al combate luchando con denuedo por la Ciencia y por la Fe y si caéis en la jornada, levantaos impertérritos para continuarla con más brío, sin padecer escándalo, ni sufrir quebrantos en vuestra voluntad, que sólo es vencido quien no espera vencer y no puede ser quien tiene la victoria en su propia fe.

He dicho.

Sobre la efemérides patria que en ese día se rememoraba disertó el alumno Rodolfo O. Fernández, y declamaron sendas composiciones poéticas los alumnos Luis A. Dardanelli Poccard, Fernando Legón y Rodolfo F. Aguirre.

A principios de junio los alumnos de Sexto año dieron un acto privado de Psicología, sólida y elocuente exposición de temas y discusión estricta de las tesis, a la manera escolástica. Tras unas breves palabras del profesor de la materia, lo era el Padre José Ubach, Julio B. Hueyo expuso la definición fisiológica de la vida, Jorge A. Chorra la definición científica de la misma y Ulises D. Sola disertó sobre la finalidad dinámica en los procesos de la vida fisiológica. Los alumnos Marcos E. Somalo y Nicolás M. Videla debían defender, mientras que Víctor J. Paulucci y Carlos A. Queirolo debían

rebatir esta tesis: "El proceso evolutivo del viviente no se explica por el solo concurso fortuito de las fuerzas de orden físico-químico, sin recurrir a una fuerza directriz de diferente orden".

A fines de junio volvieron los alumnos del Padre Ubach a dar otro acto análogo pero de abiogénesis, acto que se repitió y en forma más pública el día 4 de agosto. Los oradores en una y otra oportunidad fueron los señores Nicolás M. Videla, Octavio Gil, Atilio J. Tilli, Eduardo y Agustín de la Riega, Ulises D. Salas, Eduardo Bernasconi, Luciano Alchourrón, Marcos E. Somalo y Carlos A. Queirolo. El Padre Ubach publicó, poco después, un precioso folleto a base de estas lucubraciones, con el título de "Origen del hombre".

El 11 de octubre de este año se tuvo otro notable acto público, en el que los alumnos de Sexto año disertaron sobre la *Filosofía del Espacio*: José A. Fourcade sobre *La idea de espacio;* Emilio A. Petroli sobre *El espacio hipergeométrico;* Antonio Suaya sobre *La Percepción del espacio* y Rodolfo O. Fernández sobre las *Ilusiones en la percepción del espacio.*

Merecieron premio especial en la premiación final de este año los señores Antonio Suaya, José Antonio Fourcade y los alumnos más premiados entre los de Sexto año fueron, además de los dos jóvenes ya mencionados, Emilio A. Petroli y Héctor Mazzini, y entre los de Quinto año los jóvenes Luciano Alchonrrón y Rómulo B. Colmegna, Eduardo A. Bernasconi y Luis N. Isola, Atilio J. Tilli y Marcos E. Somalo, Nicolás M. Videla y Carlos A. Queirolo, Víctor J. Paulucci y Ricardo B. Ferro, Julio B. Moreno Hueyo y Ulises D. Sala, Francisco J. Ferreyra y Augusto J. Tiscornia Biaus.

Refirióse a esta distribución de premios y a los otros actos con ella vinculados uno de los órganos de la prensa bonaerense, y copiamos aquí sus palabras por considerarlas bellas y exactas:

> Nada de lo que acontece en el Colegio del Salvador puede sernos indiferente. Unidos a él por el vínculo de nuestros mejores recuerdos y por la gratitud, todos sus actos repercuten siempre en el seno de sus exalumnos: la tradicional distribución de premios es uno de ellos.
>
> La de este año, realizada el 18 de noviembre, alcanzó como siempre brillantes proporciones; pero deseamos dar relieve a ciertas circunstancias que acrecientan su interés para nosotros. En primer lugar, nos ha complacido como académicos el programa preparado; todas las poesías declamadas han sido compuestas por alumnos del colegio, revelando la preparación literaria y la iniciativa con que se les forma y educa. Todos los actos escolares de este año han exteriorizado aficiones literarias que creía-

mos cada día más escasas y flojas; los nuevos poetas son una consoladora esperanza para nuestra Academia.

Nos ha emocionado mucho —y éste es otro rasgo interesante de la fiesta— el acto hermoso de la clase de tiro. El homenaje tributado al general don José de San Martín ha sido sencillo pero grande. Los alumnos premiados en dicha clase y que cumplieron sus condiciones de tiro, se presentaron en el salón con sus armas, precedidos de la bandera nacional. Tras unas breve arenga pronunciada por su instructor el teniente 1º Adolfo E. Cernadas, éste entregó los premios y distribuyó las libretas de tiro. A continuación la orquesta entonó el Himno Nacional, coreado por todos los alumnos. ¡Hermosa manera de hacer sentir a la patria, y comprender las desponsabilidades del patriotismo dando su valor a esas *condiciones de tiro* yue no han de ser la pesadilla de los jueves y domingos, sino la iniciación del hijo de la patria y el cumplimiento de un deber!

Por fin, nos ha complacido en verdad, la innovación de trasladar a esta oporunidad la entrega del premio de la Sociedad de Exalumnos. Es una nueva vinculación entre los que *son los y que fueron* y un mayor realce para la ceremonia.

Habló en nombre de la Sociedad el doctor Julio E. Padilla con un hermoso discurso, lleno de emoción sincera y de gratitud. Su palabra ha sido un hermoso ejemplo. Contestó el agraciado don Rodolfo O. Fernández, quien invistiendo además la representación de sus compañeros de bachillerato, pronunció un sentido discurso de despedida.

Por lo que respecta al resultado de los exámenes en estos años, hemos de consignar que de los 2908 exámenes que dieron los alumnos del bachillerato a fines de 1911 .hubo 242 sobresalientes y 861 distinguidos, o sea el 8,32 y el 29,60 %, mientras que el número de aplazados fué sólo de 133, ó sea, el 4,67 %. No conocemos las cifras de 1912, pero en 1913 y en conformidad con una nueva clasificación, el 9,72% fueron sobresalientes, el 31,25 % distinguidos, el 37,34 % buenos, el 16,49 % suficientes y el 5,18 % aplazados.

Capítulo VI

EN EL CINCUENTENARIO DEL SALVADOR 1868 - 1918

1 — *La invitación de la C. E.;* 2 — *Aniversario de la batalla de Maipú;* 3 — *Cincuentenario del Salvador;* 4 — *La Corona Poética y el Tedeum;* 5 — *Recepción de las familias;* 6 — *Velada literario-musical;* 7 — *Visita del Sr. Ministro de la Guerra;* 8 — *Homenaje al General Eduardo Munilla;* 9 — *En el entierro de Guido Spano.*

1. En la Distribución de Premios, que tuvo lugar el día 18 de noviembre de 1917, y a la que nos referimos en el capítulo anterior, repartióse a la concurrencia a dicho acto una hoja relativa al cincuentenario del Colegio a celebrarse en el curso escolar de 1918. Dicha nota reproducía el texto de una circular firmada por la Junta Ejecutiva que poco antes se había constituído con el fin de preparar y disponer la celebración de tan gloriosa efemérides.

Tenemos el agrado de dirigirnos a Ud. por resolución de esta Junta Ejecutiva, formada con objeto de celebrar en mayo del año próximo, las bodas de oro del Colegio del Salvador.

Dicha celebración, auspiciada por un grupo de exalumnos, ha encontrado la más entusiasta acogida en todos, porque ha de ser muy grato para cuantos pasaron por el Colegio, festejar dignamente sus primeros cincuenta años de vida.

Así lo han demostrado nuestros primeros pasos en ese sentido, habiendo encontrado eco en todos los exalumnos el llamado que esta Junta les hizo, para acudir al cual no se requiere sino haber pasado por las aulas del Colegio, sin distinción de actuales orientaciones espirituales, de cualquier orden que ellas sean.

Esta Junta, nacida de la necesidad de dirigir con tiempo y eficacia la celebración del cincuentenario y de atraer a ella cuantos exalumnos sea posible, para asociarlos a un homenaje que no puede despertar sino simpatías y adhesiones, ha resuelto dirigirse a Ud. pidiéndole la expresión de esos sentimientos.

Al propio tiempo, comunica a Ud. que además de las fiestas que se celebrarán en Mayo de 1918, en que cumple el cincuentenario, y a cuyo brillo han de tender todos nuestros esfuerzos, está resuelto que los exalumnos ofrezcan al Colegio, como obsequio que perpetúe el homenaje, un órgano, que se destina al salón de actos, a fin de actos, a fin de que contribuya

al mayor esplendor de los que suelen celebrarse en él. Todo ello supone, naturalmente, que el presupuesto de gastos formulado por esta Junta, ha alcanzado a una importante suma, para cuya formación se recurre a los propios exalumnos, puesto que ellos han de ofrecer la conmemoración y el obsequio.

La Junta Ejecutiva, ruega, pues, a Ud., que al propio tiempo que su adhesión, se sirva manifestar en el volante que adjunto se acompaña, la cuota con que desea suscribirse a la formación del fondo necesario, la que, con objeto de que todos los exalumnos puedan, en la medida de sus recursos, contribuir a los festejos proyectados, dejamos librada a su voluntad.

En la seguridad de que el propósito perseguido nos permite contar con su concurso, saludamos a Ud. muy atte.

Presidente: Norberto R. Fresco — *Vicepresidente* 1º: Joaquín S. de Anchorena — *Vicepresidente* 2º: Antonio Santamarina — *Tesorero*: Pedro Bercetche — *Protesorero*: Eduardo F. Bullrich — *Secretario general*: Juan B. Estrada — *Secretarios*: Rafael Insausti — Andrés C. Rey — Pedro Tilli — *Vocales*: César Adrogué — Joaquín R. Amoedo — Hernán Ayerza — Rafael Ayerza — Juan José Blaquier — Eduardo Carranza Vélez — Horacio D. Harilaos — Teófilo Lacroze — Faustino Lezica — Carlos M. Madero — Jorge A. Mitre — Julio E. Padilla — Luis J. Rocca — Adolfo Salas.

Divulgada esta circular y habiéndose realizado un intenso movimiento de propaganda en los postreros meses de 1917 y en los primeros de 1918, creóse, así dentro como fuera del Colegio, un intenso ambiente de simpatía e interés, y una espectativa tan general como optimista respecto a los festejos a realizarse.

El curso escolar se inició el día 16 de marzo y fué el entonces rector del Colegio, el Padre Joaquín Añón, quien disertó, en esa oportunidad, sobre "La formación intelectual y moral del alumno, según el *Ratio Studiorum*". El haber cursado el orador sus estudios superiores en la Saint Louis University de Missouri, le capacitó para exponer, como expuso elocuentemente en esta ocasión, los resultados sorprendentes del *Ratio Studiorum*, o Plan de estudios propio de la Compañía de Jesús, en los Estados Unidos, y su esterilidad en los países carentes de libertad de enseñanza.

El alumnado que en 1917 había sido de 521 jóvenes y niños, ascendió en 1918 a 582, de los que 194 eran pupilos, 217 medio pupilos, 87 eran externos y 84 medio pupilos distinguidos, llamados también "tres cuartos de pupilo". El Padre Añón no miraba con simpatía la existencia, dentro de una ciudad como Buenos Ai-

res, de un pupilaje como el del Salvador y por otra parte no se le ocultaba que ninguna institución, aun en la mejor de las circunstancias, podía jamás reemplazar a la vida del hogar. Su táctica fué el ir reduciendo el número de pupilos, pero creó la categoría de los "tres cuartos de pupilo" que se distinguían de los "medio-pupilos" en cuanto no regresaban a sus hogares a las 17.30 horas sino a las 20.30, habiendo estudiado sus lecciones y hecho sus deberes en el Colegio. El número de los tales "medio pupilos distinguidos" fué aumentando de año en año.

Hemos anotado el aumento de alumnos en 1918, sobre el año anterior y hemos de agregar que en el acto de apertura de aquel curso, el entonces Prefecto General, Padre Luis Canudas, hizo público que de los 188 que habían solicitado ser admitidos de pupilos sólo se admitieron 65, de los 185 que desearon ingresar como medio-pupilos sólo se admitieron 103, y de los 108 que pidieron entrar como externos sólo se recibieron 42. No fueron aceptados 171 jóvenes o niños, aunque por razones que no se expresan.

2. El día 5 de abril fué el centenario de la batalla de Maipú, y el Colegio del Salvador, accediendo a la invitación de la Comisión oficial de los festejos del Centenario, dispuso que los alumnos de los cursos superiores concurrieran a la manifestación, en que tomaban parte los colegios y escuelas de la Capital.

Al efecto, a las 8.45 salieron del Colegio los alumnos formado en columna, por Callao y Santa Fe, hacia la plaza San Martín, en este orden: abrían la marcha un sargento y cuatro números de a caballo de gran uniforme; una magnífica carroza tirada por cuatro caballos y guiada por dos lacayos de toda gala en la que, sobre una plataforma cubierta de terciopelo, iba una gran corona de laurel sobredordo con la leyenda: *"El Colegio del Salvador al General San Martín"*. La carroza iba escoltada por ocho apuestos alumnos. Seguía la Banda de Policía y la Bandera del Colegio, a la que hacían guardia de honor dos alumnos, el Padre Prefecto y otros Padres, el Teniente 1º Sr. Cernadas, el Profesor de Gimnasia del Colegio Sr. Kramer, y por fin los alumnos de la 1ª y 4ª brigada y los externos mayores, con sus respectivos Prefectos. En la Plaza San Martín desfiló el Colegio ante la Comisión que aplaudió a su paso, y cuyo Presidente felicitó al Padre Rector por el espíritu patriótico, con

que tan brillantemente había respondido a la invitación el Colegio del Salvador.

3. El día 1º de mayo se cumplió el primer cincuentenario del Colegio en su actual ubicación de la Calle Callao y bajo la advocación del Salvador, pero las fiestas conmemorativas de este hecho se iniciaron el día 2 de mayo. Se dedicó la mañana de ese día a los alumnos del Colegio, y la tarde, y los días siguientes a los ex-alumnos. Todo el Colegio asistió a la misa de 8, con Comunión General, misa que dijo el Padre Gil Sánchez Vera, uno de los Padres fundadores del Colegio, quien había venido de Córdoba, donde residía, para participar en las fiestas a celebrarse. A las 12 de ese mismo día el Colegio ofreció un banquete a sus actuales alumnos, y a las tres de la tarde se tuvo el Acto literario musical, que los mismos alumnos ofrecían al Colegio, seguido de la Proclamación de Dignidades [569].

4. Cantado el Himno Nacional por todos los jóvenes y niños presentes, pronunció el discurso preliminar el señor Isidoro García. Este discurso, lo mismo que los pronunciados por el señor Mario Suárez Anzorena y por el señor Julio Padilla, merecieron repetidos aplausos y sinceras felicitaciones.

Muchas y variadas fueron las composiciones poéticas que se declamaron, todas ellas correctas y elegantes en la forma, y algunas llenas de genuina inspiración.

Fragua de Corazones era el título de una preciosa oda del Sr. Juan Oscar Dellepiane, declamada por su autor; *Muros tutelares* se intitulaba una sentida canción del señor Eduardo A. Cervini; *Las campanas de la Torre* denominábase una balada becqueriana del Sr. Fernando Legón, y del mismo carácter participaba la balada *Añoranzas del Hogar,* original del Sr. Juan Oscar Dellepiane y magismente declamada por el Sr. Antonio R. Santamarina. La oda *Al Colegio del Salvador,* compuesta y declamada por el Sr. Luis Dardanelli Poccard, mereció múltiples aplausos, al par que la composición poética del señor Roberto Luchi, intitulada *El incendio.* Los señores Alfonso Ayerza y Luis Cullen Crisol declamaron dos cortas composiciones, *Al cincuentenario y A Cristo Salvador.*

Además de estas composiciones, que gustaron mucho por su elevada entonación poética y garbosa declamación, fueron muy del

agrado de la concurrencia dos poesías de carácter cómico: *Sin pies ni cabeza* intitulábase la declamada por su autor, el Sr. Manuel Cano, *La fase cómica* la que declamó con singular acierto el Sr. Manuel Argibay.

Entre las piezas musicales, todas de mucho mérito, mereció especialmente calurosos aplausos la escena lírica *Tras la tormenta*, a solo coro y orquesta, letra y música del Padre Gabriel Palau. La orquesta, dirigida con acierto por el maestro señor Luis V. Ochoa amenizó el acto y puso fin al mismo ejecutando por vez primera el *Himno del Colegio* que fué coreado por todos los alumnos.

Aunque se concedió a los alumnos tres días de vacación, o sea desde el jueves por la tarde, hasta el lunes 6 por la mañana, es positivo que una gran mayoría de ellos no se alejó en esos días de los tutelares muros del Colegio, tomando parte en todos los actos conmemorativos, a la par de sus progenitores y familiares, ex-alumnos del Salvador.

Los alumnos, como dijimos, tuvieron sus propios actos conmemorativos en la mañana y tarde del día 2 de mayo, pero ese mismo día, a las 18.30 se iniciaron los festejos acordados por los ex-alumnos, con un solemnísimo *Te Deum*, que entonó el R. P. Gil Sánchez, único sobreviviente de los Jesuítas fundadores del Colegio.

La iglesia del "Salvador", artística y espléndidamente iluminada, lucía sus más ricas preseas. La concurrencia, selectísima, fué tan enorme, que llenó todos los ámbitos del templo, y muchos de los invitados no pudieron entrar.

Los puestos de distinción fueron ocupados por el Ilmo. Sr. Obispo de La Plata, Mons. Terrero; el dignísimo representante del Excmo. Sr. Presidente de la Nación, Coronel Salvador Martínez Urquiza; el Dr. Norberto R. Fresco, Presidente de la Comisión de festejos; los diputados nacionales Sr. A. Santamarina y Dr. N. Avellaneda; el Embajador de España, Sr. Pablo Soler y Guardiola; el Ministro de la Argentina en el Uruguay, Dr. Carlos de Estrada; el Dr. Joaquín S. de Anchorena, presidente de la prestigiosa "Sociedad Rural Argentina"; el Coronel Faustino Lezica y otros distinguidos caballeros.

Dieron gran realce a este acto tan solemne, el gran número de canónigos, párrocos, sacerdotes y representantes de todas las Ordenes y Congregaciones religiosas de la Capital Federal.

Comenzó el acto con una profunda y elocuente oración sa-

grada que pronunció Monseñor Miguel de Andrea. Fué una apología sólida y luminosa del apostolado multiforme de la Compañía de Jesús en América, especialmente en el Río de la Plata. Refirióse, muy en particular, el orador, a las pléyades de hombres conspícuos y de católicos integérrimos, egresados del Colegio del Salvador en los cincuenta años de su existencia sobre la calle Callao.

> "No todos han vivido después su catolicismo según las doctrinas que en estas aulas aprendieron, dijo el orador, pero os digo que aun en estos hijos pródigos ha sabido el Salvador sembrar los gérmenes del remordimiento que, tarde o temprano, los hace surgir de la indiferencia y volver a Dios. . .".

Terminada la oración sagrada, cantóse el *Te Deum* con acompañamiento del órgano y orquesta —según las exigencias de la liturgia— por una masa coral imponente.

El viernes, día 3, a las 10 a. m., el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Monseñor Alberto Vasallo de Torregrossa, celebró Misa de pontifical, asistido por los Monseñores Piceda, Fonticelli y Rasore.

Fué éste también un acto religioso solemnísimo, al que concurrió una multitud de fieles tan extraordinaria, que el espacioso templo del "Salvador", como en el acto del *Te Deum*, resultó también pequeño.

Al final, el Sr. Nuncio dió la Bendición Papal que acababa de conceder por cablegrama Su Santidad en prueba de afecto al "Salvador" y a sus ex-alumnos y alumnos.

A las 12 a. m., y a las 8.30 p. m., tuvieron lugar dos banquetes.

El primero, de 160 cubiertos, lo ofreció el Colegio a sus bienhechores, cooperadores y amigos particulares, y el segundo, que formaba parte del *Programa* de festejos, fué dedicado por los ex-alumnos a la Dirección y Profesores del histórico establecimiento.

En ambos reinó, a pesar de la rigurosa etiqueta del traje en el segundo, la más sincera, franca y noble cordialidad.

Este banquete, amenizado con excelentes piezas de música por una orquesta, fué de quinientos cubiertos, habiendo concurrido a él ex-alumnos de otras poblaciones muy distantes.

Para este acto, que fué uno de los de mayor brillantes, se transformó en soberbio comedor el amplio Salón de Actos del Colegio.

En la mesa de honor tomaron asiento el Dr. N. R. Fresco,

Presidente de la Sociedad de Ex-alumnos, quien tenía a su derecha al R. P. Rector; el Embajador argentino en los Estados Unidos, Dr. Rómulo S. Naón; el Intendente de la Capital, Dr. J. Llambías; el Ministro paraguayo en la Argentina, Dr. Pedro Saguier; el Ministro de la Argentina en el Uruguay, Dr. Carlos de Estrada; el senador nacional, Dr. Pedro Echagüe; los diputados nacionales Sr. A. Santamarina y Dres. N. Avellaneda y R. Moreno; Monseñor Miguel de Andrea; el ex Intendente de la Capital Dr. J. S. Anchorena; los Dres. H. Martínez de Hoz, J. B. Estrada, Santiago O'Farrell, J. E. Padilla y los RR. PP. Gil Sánchez, Juan Cherta, Segismundo Masferrer y Vicente Gambón.

Fué espectáculo verdaderamente hermosísimo, que conmovió a muchos, contemplar a quinientos ex-alumnos, muchos de ellos ya de edad madura y la mayor parte pertenecientes a los círculos más prestigiosos del mundo social, político, científico, literario y financiero, reunidos en fraternal banquete, alternando en la mesa, con sus antiguos Profesores y con beneméritos Hermanos de la Compañía de Jesús.

Imposible nos es, en esta compendiosa historia, dar una idea exacta de la importancia de este almuerzo. Creemos, sin embargo, que con sólo citar algunos nombres, (además de los indicados), que recordamos ahora, se entenderá cuál haya sido el valer social de esta demostración de afecto ofrecida a los Padres del Salvador. Entre otras personalidades, concurrieron al banquete: M. Pereira Iraola, B. Bilbao. H. D. Harilaos,, J. M. de Iriondo, J. A. Mitre, J. A. Frías, M. Mugica, C. de Olazábal, P. Bercetche, T. Lacroze, N. S. Nevares, H. Ayerza, L. J. Rocca Klappenbach, J. M. Tornquist, E. C. Noé, L. Peluffo, C. Vega Belgrano, J. Cullen Crisol, F. Bullrich, S. O. Leguizamón, M. Figueroa Alcorta, J. Pasmann, O. López Cabanillas, F. Vidal Toledo, C. T. Lamarca, S. Pizarro, A. E. Bunge, etc., etc.

Antes de darse comienzo a los discursos, leyóse un afectuoso cablegrama de Su Santidad Benedicto XV, que fué recibido con atronadores aplausos.

Leyóse también la hermosa carta con que el Excmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires, viéndose privado por sus achaques de asistir a las fiestas del Cincuentenario, quiso asociarse a las mismas. Este documento de tanta autoridad, que es una efusión cariñosísima del corazón paternal de Su Excelencia y del amor que siem-

pre ha profesado a la Compañía de Jesús, fué coronado también con una entusiasta y prolongada ovación.

Luego el Dr. Norberto R. Fresco ofreció a los Padres la "demostración" con un elegante y sentido discurso, en el que recordó la fundación del Colegio y sus vicisitudes a través de media centuria. Evocó gratísimas memorias de los tiempos pasados, y todas sus palabras, interrumpidas a cada párrafo por los aplausos, causaron honda emoción entre los numerosos comensales. Recordó, además, con cariño a los fundadores del Colegio, fallecidos ya todos ellos, a excepción del Padre Gil Sánchez, a quien aludió con esta galana frase: "de los primeros fundadores de 1868 sólo usted, Padre Sánchez, ha sabido resistir al ventarrón y sigue erguido, aunque solitario, como el ombú de nuestros campos".

Terminó el Dr. Fresco su elocuente discurso con los siguientes conceptos: "Mas si no me es dado encarnar en el mío el pensamiento de todos, tengo, en cambio, el derecho, y mejor aún, estoy en el deber, de interpretar el sentimiento de todos. Siendo subir a mis labios, surgida del corazón de todos cuantos os rodean, la palabra cálida y cariñosa de honda y perdurable gratitud. Vosotros, Padres del "Salvador", nos distéis, por norte, la verdad; por apoyo, el carácter; por senda, la virtud, y por escudo, el honor, dándonos así todo lo que hay de más precioso en la vida. Recibid, en cambio, de todos los que hemos sido vuestros discípulos, lo que hay de más precioso en el hombre: "el corazón".

Acto seguido hicieron uso de la palabra, en nombre de la "edad media" y de la "época actual", como alguien dijo con gracia atendiendo a la edad de los oradores, el Dr. José O. Olmedo y el joven Dr. Atilio Dell'Dro Maini, que fueron también muy aplaudidos.

Agradeció la demostración el P. Provincial P. José Llussá, con un discurso muy atinado, substancioso y rebosante de gratitud y de afecto para con los ex-alumnos, que acababan de dar pruebas tan manifiestas de su adhesión y amor a la Compañía de Jesús.

5. Fiesta singularmente bella y de índole familiar fué la que tuvo lugar el sábado, de 6 a 8 de la noche y que, no obstante su novedad, adquirió proporciones de intensa afectividad. De entre todos los números de festejos, programados y realizados con ocasión del Cincuentenario del Colegio, era el que solía después el Padre Añón recordar con mayor complacencia y satisfacción.

En el Salón de Actos y jardines adyacentes, radiantes de luz y embellecidos con las mejores galas de la naturaleza y del arte, efectuóse la recepción de las familias de los ex-alumnos. Los Padres del "Salvador" tuvieron el alto honor de recibir a centenares de familias, valiosísima y numerosa representación de lo más selecto y bien reputado que encierra la Capital de la Argentina. Bastará decir que entre los visitantes al ex-Presidente de la República, Dr. Figueroa Alcorta; al Embajador español, señor Soler y Guardiola; al Rector de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Uballes; al Ministro del Paraguay, Dr. Saguier; al Ministro de Chile, Dr. Figueroa Larrain: al Ministro argentino en el Uruguay, Dr. Estrada; a los generales Munilla y Dellepiane; al Jefe de Policía de la Capital, Dr. Moreno, y a una multitud de damas y caballeros distinguidísimos, cuyos son los apellidos de Anchorena, de Santamarina, de Fresco, de Ayerza, de Lamarca, de Pereyra, de Anchorena Castellanos, de Moyano, de Cernadas, de Uriburu, de Harilaos, de Olmos, de Lezica, de Zuberbühler, de Estrada, de Echagüe, de Leguizamón, de García, de Padilla, de Olazábal, de Frías, de Pearson, de Prack, de Cabral, etc.

A todas las familias que acudieron a la recepción se las obsequió con un delicado, aunque modesto, *lunch*.

Una banda en los jardines y una orquesta en el Salón, alternando con escogidas composiciones realzaron más y más el encanto de esta hermosísima fiesta.

Si todos los números del *Programa de festejos* fueron una demostración elocuentísima del afecto, del sincerísimo afecto, que lo mejor de Buenos Aires profesa a la Compañía de Jesús, la recepción de las familias fué sin duda alguna, a modo de alto plebiscito, una demostración todavía más elocuente.

A las 9 a. m. del Domingo, la Congregación Mariana de Exalumnos, tuvo su Misa de Comunión, que se celebró con inusitada solemnidad y numerosísima concurrencia de congregantes y otros caballeros.

Más de 400 de ellos se acercaron a la sagrada Mesa con singular fervor.

Después de la Misa ordenóse la procesión, en la cual llevó el Santísimo Sacramento el Ilmo. señor Obispo de La Plata, Dr. Juan N. Terrero. La procesión recorrió las naves del templo y dió vuelta al jardín principal del Colegio, que estaba lindamente adornado.

El guión fué sostenido por el Dr. Juan Zorrilla de San Martín y las varas del palio por los Dres. Joaquín S. Anchorena, Carlos de Estrada, Norberto R. Fresco, Eduardo Bullrich, Juan José Blaquier y Nicanor G. de Nevares. Fué, en suma, un acto muy religioso y lucido, que se desarrolló en un marco de solemnidad y devoción especiales.

En la conmemoración de las Bodas de Oro del Colegio del Salvador quísose —con muy buen acuerdo— que los pobres también participaran de la alegría que en todos los buenos causaba tan fausto suceso.

A las 11.15 a. m., celebróse una Misa, para los niños del Catecismo, a la cual asistieron todos ellos y numerosas familias de los mismos.

A mediodía, en los comedores del Colegio, se sirvió a los pobres y a muchos de dichos niños (en total, unos 400), un suculento almuerzo.

Cuadro conmovedor y edificante era el que se ofrecía a los ojos al ver la satisfacción y alegría de los comensales servidos por un grupo numeroso de ex-alumnos congregantes, satisfacción y alegría que subieron de punto al recibir la grata visita del Sr. Obispo de La Plata, Mons. Juan N. Terrero.

Terminado el almuerzo, entre otros obsequios que se les distribuyeron, fuéronles entregados a los niños 200 trajes.

Acto continuo los afortunados comensales y un gran número de personas de la clase popular, ocuparon uno de los mayores patios con todas sus galerías, para presenciar el divertido espectáculo que en obsequio de los mismos había organizado la Comisión de festejos.

No es preciso ponderar el bullicio y la satisfacción, principalmente de la gente menuda, durante todo el acto, al cual quiso asistir, con bondad inagotable, el antes citado Prelado Monseñor Terrero.

El domingo, 5 de mayo, se tuvo la solemnísima velada literario-musical y ese acto, presidido por el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, por los Ilustrísimos Señores Obispos, Terrero y Alberti, y por el Coronel Martínez Urquiza, representante del Excmo. Sr. Presidente de la República, fué todo un acontecimiento social y un digno remate del Programa general de festejos.

La parte delantera del amplísimo Salón veíase repleta de caballeros prestigiosos, y el resto estaba ocupado por una enorme concurrencia de distinguidas familias.

En el estrado tomaron asiento: Monseñor L. Duprat; el ilustre bardo uruguayo, doctor J. Zorrilla de San Martín; el R. P. Gambón; los presbíteros Dr. Fermín E. Lafitte y Dr. Andrés Calcagno, los Dres. Julio C. Padilla y Atilio Dell'Oro Maini y los señores Víctor Tau, N. Abel Vadell, Alberto L. Graffigna y Antonio F. Cerini.

Larga, muy larga —corta siempre si hubiese de corresponder a la magnitud del acto— resultaría esta reseña a querer consignar punto por punto el desarrollo magistral que obtuvo y las impresiones que produjo el precioso Programa de la fiesta.

En el Certamen habido con ocasión de las Bodas de Oro del Colegio, mereció el primer premio la poesía hondamente sentida y galanamente compuesta por el R. P. Mariano Castellano, profesor en otro tiempo del Colegio del Salvador. Esta bellísima composición, intitulada "La vuelta al Hogar", fué declamada por el Dr. A. Dell'Oro Maini en forma que le valió repetidos aplausos. El mismo Dr. Dell'Oro obtuvo también un premio por un notable trabajo, que ha sido muy elogiado, y otro, por una memoria muy interesante, el Dr. J. E. Padilla.

El Sr. Alberto L. Graffigna y el Sr. Antonio F. Cerini, exalumnos ambos del Colegio de Santa Fe, declamaron respectivamente las poesías "Colmena de luz" del poeta José Cibils, y la intitulada "España Antigua" del inspirado vate Horacio Caillet-Bois, Ambas composiciones habían sido premiadas en el Certamen. La notabilísima del Sr. Caillet-Bois arrancó grandes aplausos al final de cada estrofa, y, al terminar, una prolongada ovación que obligó al joven y modesto autor a presentarse en el proscenio.

Otro de los números más aplaudidos fué la poesía del Pbro. Andrés Calcagno, declamada por el mismo. En forma fácil y elegante, ofreció al auditorio un ramillete de bellísimas décimas, llenas de sentimientos de amor para con sus antiguos maestros. Fué objeto también de una larga ovación.

Dos fueron los discursos. El primero fué pronunciado por el notable orador y distinguido sacerdote, actualmente arzobispo de Córdoba, Monseñor Fermín E. Laffite. Desde las primeras pala-

bras cautivó de tal manera la atención del escogido auditorio por sus hermosísimos conceptos, por su nobleza y sinceridad, por la galanura de su estilo, por la elegancia en el decir, por su entonación correcta y penetrante y por su amor, más que de hijo, a la Compañía de Jesús... que tuvo suspensos y embelesados a los oyentes por espacio de media hora, duración que pareció de brevísimos instantes.

Del discurso del Dr. Zorrilla de San Martín bastará apuntar que fué suyo y dicho por él. La concurrencia, arrebatada de entusiasmo, ora en los momentos de filigranas de exquisita ternura, ora en los de sublimes imágenes de incomparable belleza, ya profundamente impresionada ante la lógica de sus vigorosos argumentos o ante la gallardía y valor del insigne caballero de Cristo, no tendría dificultad alguna en repetir con el doctor Enrique de Vedia: "describir siquiera pálidamente la manera de decir de Zorrilla de San Martín es tarea con mucho superior a mis fuerzas y acaso jamás la mejor pintura se aproximará a reflejar la actitud serena, la precisión de los ademanes, la majestad del gesto y la impecabilidad de la dicción en ese orador cuyo cuerpo de baja talla parece crecer y agigantarse bajo la mágica influencia de su propia inspiración".

La parte musical no fué menos valiosa y aplaudida que la literaria. La orquesta, numerosísima y selecta y dirigida magistralmente por el señor Ochoa, ejecutó composiciones de insignes autores. El R. P. Paláu, que dirigió la ejecución por la orquesta de una *suite* suya originalísima, fué largamente ovacionado. También fueron muy aplaudidas las *Melodies* que interpretó con verdadero arte el celebrado barítono Armando Crabbé, y no menos el *Himno del Colegio* y otras composiciones, de grande efecto, que cantó el reputado *Orfeó Catalá* de Buenos Aires.

Después de los actos realizados, sólo restaba uno de piedad y amor para con los exalumnos que ya habían pasado de esta vida a la eternidad.

El martes, 7 de mayo, a las 10 a. m. ofició Monseñor Francisco Alberti, Obispo de Siunio y Auxiliar del Arzobispado, un solemne funeral en sufragio de las almas de los profesores y alumnos fallecidos durante los cincuenta años de existencia del Colegio.

Fué éste un acto de imponente religiosidad, igualmente honrado con la presencia de muchísimos fieles, y que puso digno rema-

te al grandioso programa de actos conmemorativos del Cincuentenario del "Salvador", tan acertadamente dispuesto y con tanto tino e infatigable laboriosidad organizado por la ilustre y benemérita Junta de ex-alumnos.

7. Aunque en parangón con las fiestas cincuentenarias, toda otra parece pobre y deslucida, hemos de recordar que en el curso del mismo mes de mayo celebróse otra de singular relieve, con ocasión de las fiestas mayas. El día 24, y cuando los alumnos formaban en cuadro alrededor del patio de entrada, hizo su entrada al mismo el Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, D. Elpidio González con una brillante comitiva en la que figuraban el General D. Eduardo Munilla, Director de Tiro y Gimnasia de la Nación, el Jefe de Policía, Dr. Julio Moreno, el Comendante Vázquez, el Teniente Coronel López y otros jefes del ejército. Al aparecer el Sr. Ministro en el patio, los alumnos saludaron militarmente y presentaron armas y la Banda de Policía, que ocupaba el centro del cuadro, ejecutó una marcha militar.

Revistado el batallón escolar por el Sr. Ministro, penetró éste en el Salón de Actos, cuyo escenario ocupó con su distinguido séquito. Las familias llenaban las galerías, quedando completamente despejada la planta baja, para que en ella pudieran actuar libremente los alumnos.

Y comenzó aquí propiamente el *Homenaje patriótico*. Entraron las brigadas en el Salón, con aire marcial, al son de la Banda, y formaron militarmente en el fondo, abriendo luego paso a la Bandera y su escolta, que entró y avanzó a los acordes de la marcha de Ituzaingó. Cantando el Himno Nacional por todos los alumnos, se saludó al Sr. Ministro, y se pronunciaron discursos, se declamaron versos compuestos por los niños y se entonaron cánticos patrióticos en conmemoración de la efemérides patria. Terminó el acto, desfilando las brigadas ante el Pabellón Nacional, cantando con acompañamiento de la Banda la marcha de San Lorenzo. El señor Ministro mostróse muy complacido del acto y ordenó se pasase una nota de felicitación al Colegio. La nota se recibió poco días después.

He aquí el texto de esta conceptuosa nota:

MINISTERIO DE GUERRA
DIRECCIÓN GENERAL DE TIRO Y GIMNASIA

Capital Federal, junio 5 de 1918.

Señor Rector del Colegio del Salvador

Presente

Cumplo con el grato deber de hacer llegar al señor Rector las felicitaciones del Excmo. Señor Ministro de Guerra y a las cuales van unidas las del subscripto, por el brillante éxito alcanzado en el festival realizado por ese Establecimiento el 24 de Mayo último.

Ha llamado grandemente la atención del Sr. Ministro la preferente preocupación de la Dirección y cuerpo docente de ese Colegio por mantener latente el culto del amor a la Patria, el respeto y veneración de nuestras glorias del pasado y la formación del verdadero ciudadano argentino amante de esas tradiciones.

Esa fiesta, señor Rector, ha evidenciado que en el Colegio del Salvador, a la par que se da una instrucción sólida a la juventud, se templa el alma nacional del futuro ciudadano.

Sírvase el señor Rector hacer llegar estas manifestaciones del E¿cmo. señor Ministro de Guerar y las mías también, a los señores profesores y alumnos de ese Instituto.

Saluda al Sr. Rector con su más alta y distinguida consideración.

(Firmado)

E. MUNILLA
General Director

Buena prueba de la educación sólida y severa que el Colegio del Salvador imparte a sus alumnos fueron los hechos acaecidos en junio de este año. Por razones que no nos corresponde estudiar ni aun indicar, ya que a los estudiantes sólo les cabe obedecer, los de los Colegios Nacionales, y según parece, los de la mayoría de los colegios incorporados se declararon en huelga el día 19 de junio. Sin motivo, sin saber por qué la mayor parte de ellos, es decir, como seres inconscientes, arrastrados por unos pocos alevosos e indisciplinados, salieron a la calle, a dar muestras de su incultura, apedreando colegios, rompiendo cristales, silbando y vociferando.

Los alumnos del Salvador miraron con desprecio y resistieron valientemente a las solicitaciones de los extraviados alumnos que trataban de arrastrarlos. Despechados los huelguistas, al ver que los alumnos del Salvador *no les habían hecho caso*, resolvieron vengarse esperándolos a la salida del Colegio; y viendo que no salían a la hora, se desahogaron apedreando puertas y ventanas y rompien-

do cristales. Los agentes de policía que guardaban la puerta, poco pudieron hacer contra aquella horda de civilizados. Algunos papás, que venían a buscar a sus hijos y que estaban esperando en el vestíbulo del colegio, al oír la gritería, se lanzaron a la calle y se encararon con los señoritos manifestantes; y hasta las mamás, armadas de coraje contra aquellos atrevidos, salieron a la puerta a increparlos y echarles en cara su falta de educación.

Con esto los estudiantes holgazanes se retiraron para ir a atropellar a los alumnos del vecino Colegio de La Salle, donde la disciplina regía en todo su vigor como en el Colegio del Salvador.

Pero aquellos estudiantes extraviados obraban con lógica, con la lógica de aquel que tuvo la insana ocurrencia de lanzar al aire la idea de que *"Ya tenemos escuela sin Dios; nos falta ahora la escuela sin amo!"* Terrible fuerza de la lógica! sentado el primer principio, arrastra al segundo, que no deja de ser la *herejía pedagógica* más estupenda que haya podido germinar en la cabeza de un estupendo pedagogo!

8. El día 17 de julio rindió el Colegio un justiciero homenaje al General Eduardo Munilla. A las cinco de la tarde de aquel día, terminadas las clases, ante numerosa y selectísima concurrencia, el señor General efectuó su entrada al patio de honor del Colegio, donde fué saludado por los alumnos. Pasó después al salón de actos, donde se cantó el Himno Nacional y se ofreció la demostración al noble soldado de la Patria. Este, vivamente impresionado, leyó un elocuente, afectuoso y muy cristiano discurso que terminó pidiendo al Padre Rector un día de vacación para todos los alumnos. El Padre Añón clausuró este acto tan sencillo como sentido, con una improvisación tan espontánea como adecuada a las circunstancias.

9. El jueves 25 de este mismo mes de Julio murió cristianamente el poeta nacional Carlos Guido Spano, y al siguiente día, los alumnos mayores con sus Prefectos asistieron al sepelio del ilustre vate, en cuyo acto el Colegio presentó una valiosa corona de flores naturales. Sólo fueron los alumnos mayores a este acto, y aun éstos se sintieron harto incómodos, ya que fué un día terriblemente invernal, frigidísimo y destemplado, como pocas veces se había visto en la ciudad de Buenos Aires. Sabiamente juzgó el Padre

Añón que solo los alumnos mayores podían asistir, por las causas indicadas, al entierro del poeta de las flores y de los niños.

En el mes de agosto hubo los actos públicos de especial relieve: el del día 3 sobre La Filosofía de Kant, en el que tomaron parte los alumnos del 6º año, y el del día 7 a cargo de los alumnos de 3er. año. En este segundo acto llamó la atención lo variado y bien distribuído de la materia, alternando los preceptos latinos con la traducción y declamación de trozos escogidos de Salustio y de Cicerón. Nueva y feliz fué la forma académica del Programa, cuyo título era *Cicerón y Catilina*, y tenía dos partes: Catilina juzgado por Salustio, Catilina condenado por Cicerón.

El curso de 1918 fué el primero en la historia del Colegio que no se clausuró con la tradicional distribución de premios, la que se transfirió al día de la apertura del próximo curso. El estado sanitario de la población, en los dos últimos meses del año, obligó a tomar esa medida.

Conforme a lo indicado, se tuvo la distribución de premios el día 18 de marzo de 1919, y hemos de recordar que en esta oportunidad merecieron premio especial los alumnos Octavio Gil, Luciano Alchourrón y Luis N. Isola, habiendo sido los más condecorados entre los alumnos de Sexto año los señores Carlos A. Queirolo, Julio B. Moreno Hueyo, Ulises D. Sala, además de los tres antes mencionados.

Capítulo VII

VICISITUDES ESCOLARES EN 1919 Y 1920

1 — *El Padre Joaquín Añón;* 2 — *La Academia de Literatura;* 3 — *En honor al General Manuel Belgrano;* 4 — *Viaje del Padre Añón a Roma;* 5 — *Concurso de Tiro Escolar;* 6 — *El Inspector Ramón M. Remolar y su informe.* 7 — *El día* 13 *de diciembre de* 1920; 8 — *La "Liga de Padres de Familia" y la Sociedad Civil "La Educación Integral".*

1. Cabe al Padre Añón la gloria no sólo de haber celebrado en una forma felicísima el cincuentenario del Colegio en su tercera etapa histórica, sino que le cabe también la gloria de haber prestigiado el Colegio, gracias a sus magníficas dotes intelectuales y su gran don de gentes. No era un sabio, en el sentido técnico de este vocablo, como lo eran, por ejemplo, los Padres Terol y Ubach, profesores a la sazón en el Colegio; ni era un orador de la elocuencia y de la fibra de un Padre Arnau y de un Padre Pedro Colom, que moraban entonces en el Salvador; ni tenía las inmensas vinculaciones sociales que tenía, por ejemplo, el Padre Masferrer, pero tenía el Padre Anón un indiscutible don de gentes, y un atractivo y encanto que cautivaba a cuantos con él trataban. Favoreció su acción como rector, el haber tenido por prefecto general a un hombre excepcional, el Padre Luis Canudas, cuyo espíritu de orden y disciplina encarrilaba, o no permitía que descarrilara, la buena marcha del Colegio, expuesta a resentirse dado el carácter algo excesivamente condescendiente y tolerante del Rector. Lo cierto es que aquellos dos hombres, Añón y Canudas, se completaban magníficamente, y a ellos, a los profesores y prefectos todos del Colegio, se debe el que éste, al iniciarse el curso de 1919 contara con 631 alumnos, contra 521 en 1917 y 582 en 1918, habiéndose tenido que rechazar más de 600 peticiones de ingreso, en aquel año.

Se inició el curso de 1919 el día 18 de marzo con la distribución de premios, correspondientes al año anterior, como ya dijimos, y a fines del mismo mes se tuvo el tríduo de preparación a la Comunión Pascual, predicado a los alumnos mayores por el Padre Felipe Lérida y a los alumnos menores por el Padre Andrés Doglia.

En el acto de la distribución de premios, y como complemento de la misma, la Sociedad de Ex-alumnos premió con artística

medalla de oro al alumno de 6º año, Luis N. Isola, quien ostentaba en su pecho numerosos premios a que le habían hecho acreedor sus méritos y condiciones, así morales como intelectuales. El doctor Rafael Ynsausti, secretario de la referida Sociedad, hizo la entrega del premio.

El día 7 de mayo se tuvo la primera proclamación de dignidades, precedida de un Certamen de Aritmética, a cargo de los alumnos del Hermano Manuel Ribas. "Las águilas romanas y los leones cartagineses, leemos en una nota de la época, se batieron como bravos; y, si bien triunfaron una vez más los Escipiones, el público prodigó sus aplausos a vencedores y vencidos".

En esta proclamación fueron nombrados Brigadieres los señores Luis A. Dardanelli Poccard y Fernando Legón, Jorge B. Ferradás y José C. Cardini, Raúl Barrera y Oscar J. Schnaith, Luis A. Rocca Siri y Máximo Aberastury, Eduardo Martínez y Carlos Favaro, Cristóbal P. Ortega y Ricardo Rocha, Carlos A. M. Ceretti y Claudio Maza.

2. En agosto de este año volvió a fundarse la Academia de Literatura, y fué el alma de la misma el Padre Felipe Lérida y fueron miembros fundadores los alumnos Carlos Ramallo López, Alfredo Fragueiro, Luis G. García Conde, Jorge B. Ferradás y Pedro F. Alonso Ibarra.

El sábado 11 de octubre se tuvo la "Solemne Inauguración de las Academias de Literatura y Declamación", y el día 16 de noviembre se tuvo la Distribución de premios, correspondiente al curso que terminaba. En esta oportunidad los señores Félix Fernando Amadeo, Luis A. Dardanelli Poccard, Oscar J. Kleine, Fernando Legón, Adolfo Luis Zuberbühler y Carlos A. Manuel Ceretti merecieron premio especial por su conducta intachable durante los años transcurridos en el Colegio. La Academia de Literatura otorgó el premio de prosa como también el de verso, al señor Fernando Legón y el accessit al señor Juan Alfredo Rissotto. En la Academia de Declamación mereció el premio el señor Alfredo C. Fragueiro. Los alumnos de Sexto año, Oscar J. Kleine Samson y Fernando Legón se hicieron acreedores a todos los premios, no obstante haber en esa clase jóvenes tan talentosos y aplicados como Adolfo L. Zuberbühler, Félix M. Amadeo, Pedro M. López Godoy, Eduardo A. Cerini, y otros no pocos.

El curso de 1920 fué el último en el rectorado del Padre Añón y fué el primero de la reincorporación del Colegio del Salvador a un Colegio Nacional dependiente del Ministerio. Desde el día 18 de febrero, y por decreto de esa fecha, según expondremos en otro capítulo, quedó sin efecto la incorporación del Salvador a la Universidad, de que se venía gozando desde 1912. Era ella, aunque muy grata y honrosa, menos cómoda al Colegio, o mejor dicho, a las familias y a los alumnos, por el aislamiento en que ponía al Salvador con respecto a los demás Colegios de la ciudad y por la resistencia de las familias y alumnos al sexto año de bachillerato.

La fiesta patria se tuvo en la forma de otros años, con asistencia del señor Ramón J. Gené, Jefe de la Dirección de Instrucción Pública, en representación del Señor Ministro de Instrucción Pública. El joven alumno Alfredo Rissotto mereció, en esta ocasión, ser fervorosamente ovacionado por su poética cuanto piadosa composición titulada *"La Generala del Ejército Argentino"*.

3. Pero el acto que en el decurso de 1920 llamó más la atención fué el que dieron los alumnos de historia argentina en honor del General Belgrano, fallecido el día 20 de junio de 1820. El programa constaba de tres partes: *El hombre - El Soldado - El Cristiano*, y cada una estaba dividida en otras tantas secciones armónicamente distribuídas. Los principales oradores en este homenaje a Belgrano fueron los alumnos Antonio Santamarina, Alfredo C. Fragueiro, Luis M. Pico Estrada, Jorge C. Ferradás, Rogelio O. Olivieri, Rodolfo Fiorito, Alejandro Bunge, César F. Cibils Aguirre, Enrique Amat y Carlos A. Ramallo López. Publicáronse después, en elegante folleto, así los trabajos de los noveles oradores como también una reproducción del gran cuadro, representando al General Belgrano, y que presidió el escenario en esa ocasión.

El 13 de julio de este año recibióse una nota de la Dirección General de Tiro y Gimnasia, y en ella se leía, entre otras cosas, que

> es de justicia dejar constancia que los colegios religiosos nos han dado la nota saliente muy digna de elogio, por la labor desarrollada durante el año, poniendo en práctica un amplio programa de cultura física, bajo las órdenes de los maestros militares del Ejército, dejando así evidenciado que la gimnasia metodizada es un hecho en estos establecimientos de educación . . .
>
> *E. Broquen.* General Director

4. Por razones especiales embarcóse para Roma, el 11 de agosto de 1920 el Padre Joaquín Añón, rector del Colegio, a quien reemplazó interinamente el entonces Prefecto general del Colegio, Padre Luis Canudas. Días antes de embarcarse quisieron los alumnos despedir a su Rector y, por su intermedio, quisieron también presentar sus saludos al Santo Padre y al General de la Compañía de Jesús. Entre las composiciones que se leyeron en esta oportunidad merece ser rescatada del olvido la que compuso el alumno de 4º año, Carlos Ramallo López, y que declamó con inimitable gracia el pequeño alumno de Preparatoria, Ceferino Araujo Lacasa:

Me dicen que os vais de viaje
Por países muy lejanos. . .
. . . .
Me han dicho que en nuestro nombre
Vais a ver al Padre Santo;
Si es así y no te es molesto,
Muchos saludos te encargo;
Que aunque ellos sean de niño,
Creo yo que el Padre Santo
Por ser Santo y por ser Padre
No me los va a echar a un lado,
Siendo vos quien los lleváis,
Siendo yo quien los encargo.
Le diréis que yo le quiero
Con un cariño acendrado,
Que rezo siempre por él
(Si no estoy desmemoriado).
Contadle que en el Colegio
Siempre con afán luchamos:
Relatadle aquellos duelos
De las clases y los actos.
(Pero advertid que son duelos
De Roma contra Cartago,
No vaya a ser que por ellos
Nos declare excomulgados).
Hacedle notar las luchas
Y aquellos combates bravos,
Los "contra te" que se cruzan
Entre jefes y soldados;
Mas no olvides de decirle
Que aunque yo soy de Cartago
La Roma contra quien lucho
No es la Roma del Papado,
Si no la pagana Roma
Que mató tantos cristianos.
Si queda tiempo, le dices
Que también aquí rogamos
Por los pobrecitos chinos
Que diz son tan desgraciados:
Y pues dicen que los venden
Nuestras limosnas mandamos.
Que me han nombrado padrino
Para uno que yo he comprado.
No le digas de las veces
Que en penitencia he quedado,
De notas bajas o pésimas,
Para no darle un mal rato.
Ahora te daré un consejo
Por los muchos que me has dado:
¡Anda con cuidado en Roma,
No sea que te perdamos!
Y aunque el Papa quiera darte
Un capelo colorado
Y nombrarte Cardenal
Para tenerte a su lado,
Le dirás que. . . muchas gracias,
Que aquí estás muy ocupado:
Que sólo si te hacen Papa
Nosotros nos resignamos.

5. A fines de setiembre verificóse un gran concurso de Tiro

Escolar. El equipo del Colegio, compuesto por los alumnos Pedro P. Alchourrón, Juan José Cateula, Esteban Carlos Grondona, Isaac Ramón Latienda, Daniel S. Pérez y Juan Alfredo Rissotto acudieron temprano al stand, a la parte de los equipos de otros 23 colegios de la Capital. A las 3 de la tarde el comisario del Tiro Federal anunció telefónicamente al Colegio que había éste sido el triunfador. Así fué en efecto, gracias al campeón de conjunto, alumno Daniel S. Pérez Alén. Escribía después el General Broquen que "al destacarse ese Colegio en torneo tan importante, sus alumnos han acreditado buena preparación en el empleo del máuser de guerra, circunstancia que enaltece su instrucción militar y la disciplina escolar que los caracteriza". Al Capitán Arturo Charro, que era entonces el instructor del equipo del Salvador, el Tiro Federal Argentino le donó una medalla de oro con diploma.

6. Desde el 23 de octubre hasta el 28 del mismo mes, el Inspector de Segunda Enseñanza, Dr. Ramón M. Remolar, inspeccionó detenidamente todo el Colegio, comenzando por los libros de Secretaría y visitando clase tras clase. El día 29 estampó en el Libro de Visitas un extenso informe, del que copiamos estas líneas:

> "*Material docente.* — El material escolar, mapas, gabinetes de Física, Química, Ciencias Naturales, salas de Dibujo, etc., es abundante y como lo requieren las necesidades de la enseñanza. Su estado es bueno y demuestra que se lleva a cabo la experimentación tan recomendada por las últimas resoluciones ministeriales.
>
> *Libros reglamentarios.* — Los libros que deben existir en todo colegio incorporado, se llevan en el del Salvador con prolijidad exquisita. Se visaron los libros de asistencia a clase, de clasificaciones... Nada hubo que observar, que no fuera el cuidado con que se cumple lo dispuesto por los reglamentos".

Pasó luego el Sr. Inspector a referirse a cada una de las clases que había visitado: en todas había recogido buenas impresiones. De las clases de Instrucción Cívica, Psicología y Francés de 2º año, escribió:

> "La preparación de las tres clases es buena. Pudo comprobarse porque durante el transcurso de las mismas se hizo una inquisición general de la materia por el profesor respectivo y en parte por el suscripto. El desarrollo de la clase de Instrucción Cívica estuvo a cargo de varios alumnos, pero gran parte de su transcurso... fué ocupado por el alumno Sr. Santamarina. Sus conocimientos, la seguridad de su exposición y lo

acertado de sus respuestas movieron al visitante a llamar a su presencia a este alumno y felicitarle en la sala rectoral. Los demás compañeros contestaron muy acertadamente. La clase de francés merece mención. La clase de Psicología demostró estar en buen estado... Cumple manifestar por el subscripto su especial satisfacción por el modo de llevar la clase el Sr. Profesor [Padre Ubach]. El firmante se atrevió a llamar a su presencia a dicho señor y manifestarle verbalmente la admiración, la palabra es exacta, que su método y su doctrina le habían producido.

Por lo que respecta a las clases de Geografía expresóse así el señor Inspector:

Los trabajos cartográficos orientados pedagógicamente: dan preferencia al fin mnemotécnico y a la ejercitación, no a la perfección del dibujo. Así debe ser. Son dignos de mención los trabajos cartográficos del alumno Sr. Molinari...

Inspeccionáronse las clases del P. Terol, de Botánica y Física: excelentes: experimentales en los respectivos laboratorios. De la clase de Botánica se mostró al Inspector un Herbario del alumno de 2º año, 1ª división, Sr. Perissé: es un trabajo digno de una exposición pedagógica.

Disciplina general. — Muy buena: la corrección y el orden se notan en todos los detalles.

Colegios como el Salvador, por su estado material, por el instrumental docente, por la disciplina que se observa, por los maestros que profesan las asignaturas —en lo que pudo ver el subscripto— son dignos de que el que los visite con espíritu crítico deje consignadas las felicitaciones que merecen quien los organizó y quien los dirige."

7. El día 13 de diciembre de 1920 se tuvo la distribución de premios. En ella se otorgaron especiales premios a diez y siete alumnos: Alberto A. Fiorito y Luis A. Gestoso, Carlos J. Del Río Carrara y Luis A. Rocca Siri, Máximo Aberastury y Alberto E. Petroli, Norberto Costa, Fernando L. Oliver, Eduardo Saliba y Ramón J. Latienda, Julio M. Lezana y Pedro B. Alchourrón, Juan J. Cateula y Rodolfo N. Marini, Daniel S. Pérez Alen y Julio C. Saguier, Alberto García Mata y José A. Solá Torino.

Fué en esta oportunidad que el señor Juan Alfredo Rissotto que tanto prestigio había adquirido por su estro poético declamó la hermosa composición que intituló "Adiós" al Colegio:

¡Adiós, Colegio!; ¡Salvador bendito!
¡Pelícano que crías tus polluelos
Con heroicos desvelos
y sangre generosa

Del noble corazón! ¡Fuente serena
Que retratas los cielos,
Tus linfas son virtud, sabiduría!...

Así comenzaba la extensa cuanto bella y sentida composición del señor Rissotto. Sus postreros versos eran éstos:

¡Arriba corazón! Si es inseguro
El porvenir, es ley de la existencia
Andar, andar en busca del futuro!
¡También aquí, oh Colegio, de la ciencia
Bebí con la virtud, blasón del alma.
Si la vida me acosa con dolores,
Aquí tendré el oasis de mi calma,
La fuente que refresque mis ardores!
Aquí, del mundo plácido remanso
Aquí, mis profesores
Con los brazos abiertos
Me dan su corazón para descanso!

8. En el discurso de1919, y por iniciativa del doctor Juan B. Estrada y con la cooperación de la Academia Literaria del Plata y de la Asociación de Exalumnos, fundóse la llamada Liga de Padres de Familia. El fin de esta entidad era el de coadyuvar eficazmente a al marcha próspera del Colegio y al libre desenvolvimiento de su acción educadora. Entre los primeros que dieron su nombre y comprometieron su acción a favor de la Liga, se hallan los nombres de los señores Antonio Santamarina y Leonardo Pereira Iraola, Nicolás Avellaneda, Angel Pacheco, Pedro Saguier, Antonio Dellepiane, Belisario Hueyo, Luis J. Rocca, Benito Villanueva, Carlos Lamarca y Adolfo Salas. Si las actividades de esta entidad fueron magníficas en los principios, como lo comprueban las notas enviadas al Consejo Universitario en demanda de mejoras razonables y equitativas, pronto decayó y se extinguió totalmente.

El 13 de noviembre de 1917 se fundó la Sociedad Civil denominada *La Educación Integral*. Por una aberración inconcebible, la Compañía de Jesús no es reconocida aún jurídicamente por el Estado Argentino, no obstante ser un hecho histórico la existencia de la misma dentro de los límites nacionales, al tiempo de sancionarse la Constitución Nacional, en la cual, como es sabido, existe una cláusula por la que el Estado Argentino no reconocería Ordenes Religiosas nuevas, esto es, aparecidas después de 1853.

Solo el apasionamiento de hombres obsecados por los prejuicios de secta pudieron sostener que la Compañía de Jesús, aun en el supuesto de que entonces no existiera, quedaba comprendida en la negativa de los Constituyentes, ya que no es, ni era, una Orden Religiosa nueva, advenediza, sino una de las más antiguas y ciertamente la más benemérita de la Patria Argentina. El doctor Atilio Dell'Oro Maini ha sostenido, y con sobrada razón, que la Compañía de Jesús ha sido como una madre para la República Argentina y que ninguna institución ha hecho más que élla por su desarrollo y formación. Que no está la Compañía de Jesús al margen de la Constitución lo probó abundante y elocuentemente el doctor Jerónimo Cortés, digno nieto de don Ambrosio Funes, en el Senado de la Nación, a mediados de marzo de 1876, contra los asertos tan categóricos como infundados de Sarmiento, tan genial siempre como siempre apasionado y extremoso, y en 1924, con una lógica basada en los hechos, lo puso bien de manifiesto el Padre Vicente Gambón, en un folleto contundente.

No estando la Compañía de Jesús reconocida jurídicamente por el Estado, todo lo referente a la posesión y transferencia de bienes raíces tropezaba con serias dificultades y, para obviarlas, se adoptó la constitución de una Sociedad Civil, según las leyes del país. Es la Sociedad denominada "La Educación Integral" En dicha Sociedad entran como socios, y aun como miembros de la Comisión Directiva, personas extrañas al personal del Colegio pero amigas del mismo. Como es natural, tiene su sede en el Salvador, y se sujeta en un todo a las normas que legalmente rigen para las Sociedades de esa índole.

Capítulo VIII

EL SALVADOR Y LOS PLANES DE ESTUDIOS 1900 - 1920

1 — *Plan de Estudios de 1900;* 2 — *Los decretos de 1904 anulatorios de la ley de 1878;* 3 — *El Plan González de 1905;* 4 — *Durante la Presidencia del doctor Figueroa Alcorta;* 5 — *El Salvador se incorpora al Nacional Central;* 6 — *Revelaciones penosas;* 7 — *Sistemas de exámenes;* 7 — *El Salvador se incorpora al Colegio Nacional Manuel Belgrano.*

1. Cuando en 1892 subió a la presidencia el doctor Luis Sáenz Peña confiaron los colegios particulares en que el nuevo mandatario les sería más favorable, pero vióse constreñido a entregar la cartera de Instrucción Pública a un hombre que era conocidamente adverso a los Jesuítas y afiliado decidido de las logias, al doctor Calixto S. de la Torre.

Este proyectó de inmediato un plan de estudios que debía dar al través con los últimos restos de las mezquinas libertades, que aun gozaban los Colegios no oficiales. Entre otros proyectos, se había de presentar a las Cámaras el de que nadie pudiera lícitamente enseñar sin haber sido previamente condecorado con un título público que acreditara su suficiencia. Estaba para dar comienzo a su campaña, cuando los tumultos y perturbaciones políticas en que se vió envuelta la República, distrajeron la atención de las Cámaras a puntos más importantes. Con esto, y con la renuncia del mismo señor Ministro de Instrucción Pública, se difirieron para el año siguiente los temas sobre educación. Las Cámaras, efectivamente, se ocuparon en 1894 de los proyectos del ex-Ministro, pero introdujeron tantas enmiendas y cambios que todo quedó como antes. De la inutilidad de tales proyectos se convencieron todos de tal suerte que en 1895 se puso en vigencia el antiguo régimen.

El General Roca subió por segunda vez a la presidencia de la República el 12 de octubre de 1898 y eligió para la cartera de Instrucción Pública a un gran caballero, el doctor Osvaldo Magnasco. No le agradó el Plan de Estudios publicado hacía pocos meses, en abril de 1898, por Sáenz Peña - Belaustegui, y comenzó a planear otro. Fué también el doctor Magnasco quien indujo a la

dirección del Salvador a desligarse del Colegio Nacional Central e incorporarse al Colegio Nacional Oeste.

El doctor Magnasco hizo público su Plan de Estudios, que de inmediato entró en vigor, el día 31 de enero de 1900, pero con fecha 27 de febrero de 1901 volvió sobre sus pasos, reformando él mismo, y en forma desdichada, su plan anterior. Extendió el bachillerato a seis años e introdujo asignaturas tan peregrinas como el Trabajo Manual, el Trabajo Agrícola y el Dibujo Industrial. Este era común a todos los cursos.

En el *Diario del Colegio* del Salvador leemos a 29 de abril de 1901 que

> "A petición del Padre Tenedú, Rector del Colegio de San José, el Padre Rector de nuestro Colegio convocó a una reunión, a la cual se convidasen los Rectores de los colegios católicos de religiosos y algunos caballeros influyentes. Asistieron a la reunión los Rectores, Padres Tenedú, Fierro, Sisón, Magendie, y los caballeros, doctores Casabal, Cabanilla, O'Farrell, Anadón, Cullen Joaquín, Ayerza Francisco, y de nuestro Colegio los Padres Superior, Ministro, Gambón, Lapalma, Masferrer y Conillera, y fué presidida por el Padre Rector. El doctor Ayerza propuso que se nombrase una comisión compuesta de caballeros que representasen a todos los Colegios, y que fuesen al Presidente de la República y le expusiesen lo siguiente: hemos acatado, señor Presidente, el decreto de S. E. sobre el nuevo Plan de Estudio; tenemos transcurridos más de dos meses, y vemos que es imposible seguir adelante; los niños nada aprenden, y están tan recargados que hasta peligra su salud. Venimos, pues, a pedirle suspenda sus planes, y que podamos seguir el mismo plan de 1900 hasta que el Congreso determine otra cosa".

Esto leemos en el Diario del Colegio, con fecha 29 de abril de 1901, y sabemos que el General Roca escuchó las quejas de la Comisión, y no bien renunció el doctor Magnasco, el 1º de julio de 1901, hizo publicar a 5 de agosto de ese mismo año, refrendado por él y por el nuevo ministro, Juan E. Serú, un nuevo Plan de Estudios, aunque el decreto sólo se refería a "modificaciones". Tampoco éstas tuvieron sino la vida de las flores, ya que en 6 de marzo de 1902 el Ministro Joaquín V. González ideó y publicó un nuevo Plan de Estudios, a regir durante ese año. Considerando "...que no conviene introducir otras modificaciones que las reconocidamente necesarias, como ocurre con la Historia y la Geografía, cuyo estudio debe comenzar por el propio país, y con las ciencias naturales inconvenientemente reunidas en los últimos dos años...", publicóse este nuevo Plan.

2. En los días 3 y 4 de noviembre de 1904, en vísperas de los exámenes, se publicó un decreto sobre enseñanza que vino a turbar no poco a los profesores y directores de colegios. Era un decreto firmado por el Presidente Quintana y su Ministro Joaquín V. González, pero escrito con un apasionamiento tan torpe como irracional contra los colegios incorporados. Asombra que en un país donde los Planes de Estudio, tan frecuentes como inverosímiles ponían de manifiesto la incompetencia de quienes estaban al frente de la enseñanza oficial, hubiese quien así tratara de estrangular a los colegios incorporados. Lo más cómico es que, según se decía, era para defender el concepto de la libertad de enseñanza. La verdad era que mediante aquellos "decretos reglamentarios de la Ley sobre Libertad de Enseñanza", la tal libertad no sólo desaparecía por completo, pero era reemplazada por una servidumbre inconcebible. Debían los tales colegios "conformar su plan de Estudios al de los Institutos Nacionales", eliminando así ya de entrada el derecho de aumentar las horas a tales o cuales asignaturas y el de poner tales o cuales materias no existentes en los planes oficiales; debían además poseer los útiles y elementos de enseñanza requeridos por los diversos cursos y al efecto se consignan en el decreto largas letanías de aparatos o productos químicos; debían los profesores de los colegios particulares comprobar su idoneidad y debían los establecimientos someterse a la autoridad de la Inspección General, la cual "por su naturaleza y representación, así lo dice el decreto, se extiende a todas las fases de la misma, así en lo técnico y disciplinario como a lo higiénico y administrativo".

El Padre Cherta reunió a un grupo de caballeros para estudiar este decreto, entre los que se hallaron los doctores Anadón, O'Farrell, Bilbao, Fresco, Molina, Lezica y Pizarro. Todos fueron de parecer que se pidiera explicaciones al Ministro sobre el alcance del decreto, y en caso de no atenderlas el Señor Ministro, acudir al mismo Presidente, y si este pedido no fuese atendido, poner en conocimiento de las familias, por medio de una circular, los nuevos atentados contra la libertad de enseñanza.

3. Ni se contentó el doctor González con los decretos reglamentarios de noviembre de 1904, sino que en marzo de 1905 publicó otro Plan de Estudios. Véase como comenzaba este flamante Plan: "En presencia de la situación actual de los estudios secun-

darios y normales, que se rigen simultáneamente por tres planes distintos... lo que origina confusión, diversidad e incongruencias..." publícase el nuevo Plan de Estudios, llamado a satisfacer todas las necesidades de la sana pedagogía.

En noviembre de 1905 un nuevo Reglamento de los Colegios Nacionales difería para la segunda quincena de febrero el examen de ingreso al bachillerato y vanas fueron las observaciones que se hicieron al Sr. Ministro para que se reconsiderara una medida que perjudicaba la buena marcha de los Colegios incorporados, contra los que iba dirigido el golpe. El día 17 de ese mes y año los directores de los Colegios de San José, Lasalle, Lacordaire y Calasanz se reunieron en el Salvador y con ellos los doctores O' Farrel, Frías y Casabal, y determinaron elevar una representación al Gobierno. Doscientos de los más prestigiosos juristas y profesionales de Buenos Aires la suscribieron, y los doctores O' Farrell, Petuffi y el Sr. Lezica la entregaron personalmente al Sr. Ministro el día 20 de noviembre. Un decreto del 26 del mismo mes autorizó a los alumnos de los Colegios incorporados a rendir el examen de ingreso a fines de ese mes y principios de diciembre.

La revolución radical a principios del año de 1905 y el estado de la salud del Presidente Quintana que le obligó, a principios de 1906, a delegar el mando en el doctor Figueroa Alcorta, fueron hechos que dieron al través con los insidiosos decretos de fines de 1904 y con el plan de estudios de 1905. Habiendo fallecido el Presidente Quintana, asumió en propiedad la Presidencia el mencionado doctor Figueroa Alcorta, el 11 de mayo de 1906.

4. El doctor Figueroa Alcorta nombró Ministro de Instrucción Pública al doctor Federico Pinedo y, al mes de hacerse cargo de la cartera, en abril de 1906 suprimió el sexto año de bachillerato e introdujo otras reformas, y en febrero de 1907 "considerando que la práctica ha demostrado la ineficacia del estudio de las ciencias naturales en los dos primeros cursos", decretó un nuevo Plan de Estudios, el que se modificó dos años más tarde con varios cambios y con la introducción de la Moral Cívica en tercer año.

Inspirado el Presidente Figueroa Alcorta en el verdadero concepto de libertad de enseñanza, y arrostrando una situación en que se había de ver más tarde comprometido, libró a los Colegios particulares de todo examen final, sustituyéndolo por una composi-

ción mensual de cada asignatura, que propuesta por el profesor a sus respectivos alumnos y corregida por él mismo, se había de mandar al Nacional con la nómina de los alumnos y la clasificación correspondiente a cada mes, que no era sino la resultante de la prueba escrita y de las lecciones orales que durante el mes había rendido el alumno. La nota final de cada alumno en las diferentes asignaturas sería el promedio de las notas mensuales obtenidas por dicho alumno en las diferentes asignaturas cursadas.

La equidad de este plan que rigió con ligeras variantes en sus detalles durante algunos años, juntamente con la franca cordialidad que reinaba entre los Profesores del Salvador y los del Nacional Central, cuyo personal se distinguía por su saber y dignidad, permitió durante esos años el dar a cada uno su merecido, premiando a los alumnos según los esfuerzos desarrollados en sus tareas escolares. Sin llegar al extremo, que nunca se ha ambicionado, de que todos los alumnos salieran airosos en sus cursos, se obtuvo un éxito que estaba en perfecta conformidad con los méritos.

Por desgracia, este estado de expansión que la energía y la equidad del digno Presidente había creado a los colegios particulares, provocó entre los adversarios del Colegio y los suyos tales recelos y tan infundadas quejas, que bien pronto se vió invadido por una lluvia de anónimos y protestas, que le obligaron al Presidente Figueroa a exclamar en un momento de franca expansión "si ahora hubiera de dar ese paso, me lo pensaría un poco". Sin embargo su espíritu de equidad, ajeno a toda vinculación política, triunfó de las preocupaciones de sus émulos; y lejos de intimidarse por reclamaciones infundadas, cuando se le hubo recordado el derecho que daba la ley de 1878 para rendir exámenes según los propios programas, lo reconoció al momento, y prometió su incondicional apoyo para que los Colegios particulares salieran airosos en una demanda tantas veces perdida como intentada. Se elaboraron cuidadosamente los progrmas de las distintas asignaturas y fueron presentadas al Ministerio para su aprobación acompañados de una solicitud que tuvo despacho favorable; siendo los Jesuítas los primeros y los únicos que, apoyados en tan justa ley, habían sido agraciados con una concesión que simplificaba no poco la labor escolar para los futuros exámenes finales. Los obstáculos que en otras circunstancias hubiera encontrado el Presidente para allanar el camino, desaparecían entonces que se hallaba al frente de la Instrucción Pública, como

Ministro del ramo, el doctor don Rómulo Naón, antiguo alumno del Salvador.

Con esto, se hallaban los Jesuítas conducidos por la mano próvida del Señor a la posesión de una de las libertades por cuya vindicación santa habían esgrimido tan bizarramente sus armas los Padres del Colegio del Salvador, desde los aciagos días de 1885.

5. Desde 1906, como ya indicamos, el Colegio del Salvador estuvo incorporado al Colegio Nacional Central y estando incorporado al mismo pasó éste a depender de la Universidad en 1912, y por lo tanto también el Colegio del Salvador. No siempre esta incorporación fué halagüeña, pues hubo épocas en que las autoridades universitarias negaron a los colegios incorporados el derecho de mesa mixta en los exámenes oficiales, pero el Colegio del Salvador recuerda y recordará siempre con aprecio y gratitud, a los rectores y profesores del Colegio Nacional Central con quienes tuvo que entenderse desde 1906 hasta 1920, y cuyos nombres, consignamos más adelante.

6. En 1908, al asumir el doctor Naón el puesto de Ministro del Instrucción Pública, se había comenzado a reconocer cuán nefastos habían sido para la enseñanza secundaria los últimos treinta años de reformas y contrarreformas, y así el doctor Naón, como sus sucesores, los doctores Garro y Cullen trataron de producir una reacción saludable.

Acertadamente escribía en aquella época un gran pedagogo [570]:

Desde 1884 ha rodado la enseñanza de tumbo en tumbo, hasta dar en el caos en que hoy se encuentra, cuya profundidad y lobreguez ha venido a demostrar la *investigación* ordenada por el ministro doctor Naón y magistralmente estudiada por una autoridad tan competente como la del señor Enrique de Vedia, al elevar al ministro el resultado de la *investigación*. El señor Vedia ha hundido el bisturí en lo más profundo de la llaga y ha mostrado todo lo que encerraba de hediondo en su seno; por esto ha podido decir con perfecto conocimiento de causa: "Yo apelo al testimonio personal de quien lea estas líneas y tenga o haya tenido un hijo en la escuela primaria o secundaria de veinte años a esta parte, y le pregunto: ¿Qué resultado dió a usted la educación de esa escuela?... ¿educó moralmente a su hijo?... ¿le instruyó mentalmente con alguna solidez, siquiera, en alguna enseñanza?... ¿le engendró o despertó aptitudes para iniciarse no más, con probabilidades de éxito, en alguna actividad fecunda?... ¿le incorporó ideales en algún sentido?... ¿cultivó sus

sentimientos afectivos para que le amara mejor? . . ¿para amar a la patria? . . . Y la contestación melancólicamente negativa estará en todos los labios. Bien comprendo, señor ministro, que es duro y doloroso expresarse en la forma que lo hago, pero, preferiría hacer pedazos mi pluma y huir lejos a ocultar la vergüenza de callar la verdad —lo que yo entiendo verdad— cuando se trata de decirla, en cumplimiento del deber más grave y serio que puede solicitar a un hombre sincero.

Antes estas revelaciones penosas, los Ministros que sucedieron al doctor Rómulo Naón, lejos de ceder a la improvisación, ya tradicional de nuevos planes de estudios, se contrajeron a hacer menos agudos los efectos de los existentes, pero los ataques contra la enseñanza privada que no podían venir del Ministerio de Instrucción Pública contra la enseñanza secundaria, vinieron del Consejo Nacional de Educación contra la enseñanza primaria.

En las páginas de la revista *Estudios* podrá el lector ver los repetidos informes del Padre Vicente Gambón acerca de la arbitrariedad y aun de la inconstitucionalidad de algunos decretos emanados del Consejo Nacional de Educación, cuando se hallaban al frente del mismo personas dispuestas a atropellar las libertades garantidas por la Constitución con tal de estorbar, cuando no aniquilar, la existencia de los colegios religiosos [571].

Al doctor Figueroa Alcorta sucedió en el supremo gobierno de la Nación el doctor Roque Sáenz Peña, y fué su primer ministro en la rama de la Instrucción Pública el doctor Juan M. Garro. En febrero de 1912 el Presidente y su Ministro decretaban la "Organización de la Enseñanza Secundaria", poniendo así de manifiesto, y en forma oficial, que estaba desorganizada. "Considerando que la organización actual de la Segunda Enseñanza de los Colegios Nacionales adolece de muchos y graves defectos que la mantienen en situación precaria e impide su adelanto . . ." son palabras que hallamos textualmente al principio de este Plan, que felizmente nunca llegó a implantarse totalmente, y comenzó por ser transformado por el mismo Sr. Ministro en enero de 1913, y después, y a causa de los vicios de que adolecía y que el Ministro Ibarguren anotó en 1914, en una nota al Inspector General de Enseñanza, reformóse por decreto, aparecido en marzo de 1916, suscrito por Victorino de la Plaza y Saavedra Lamas.

A todos los trastornos que producían estos Planes de Enseñanza hay que agregar los innumerables decretos, resoluciones y cir-

culares que no ya anualmente, cual solía ser el caso de los Planes, sino mensualmente entorpecían la buena marcha del Colegio del Salvador.

7. Según expusimos en otro capítulo, fundado éste en 1868, sus alumnos se examinaban en los primeros años en el llamado Departamento de Humanidades y Filosofía, de la Universidad de Buenos Aires, y desde 1881 se acogió a la Ley de 1878, rindiendo desde entonces en el Colegio Nacional de la Capital, con los desagradables sucesos de 1886 que ya hemos historiado. En 1899 se incorporó el Colegio del Salvador al Colegio Nacional Oeste, hasta que en 1906 volvió otra vez al Colegio Nacional, llamado Central, y estando incorporado a este instituto, pasó el Salvador a depender de la Universidad desde 1912, fecha en la que aquel Colegio Nacional pasó a depender de la misma.

Desde 1905 hasta 1909, como ya indicamos, no hubo exámenes de final de año, sino tan sólo composiciones mensuales de cada asignatura que los profesores debían corregir y remitir al Ministerio. Por decreto de éste, publicado en 1908, se volvió al viejo sistema de los exámenes, ya con, ya sin exclusión de los alumnos más aprovechados, o sea, el promedio, ya con el promedio ocho, o siete, o seis, o cinco, según la inspiración de los Sres. Ministros.

Desde 1912 pudo el Salvador prescindir de los Planes anuales que decretaba el Ministerio de Instrucción Pública, lo que era ciertamente un gran alivio, pero esa incorporación a la Universidad exigía el bachillerato de seis años, cosa que no agradaba ni a los alumnos ni a las familias, y acarreaba otro grave inconveniente: el no poder despedir a los alumnos indeseables, pues no había, a excepción del Salvador y del Nacional Central, otro Colegio al cual pudieran ir sin graves dificultades a causa de la diversidad de programas. Por tener los alumnos de dichos dos Colegios un programa de seis años, no se les exigía el examen de ingreso a las diversas facultades, pero aun en este punto tuvieron los directores del Salvador que habérselas con exigencias verdaderamente sorprendentes.

Así el Padre Joaquín Añón, rector del Salvador, vióse obligado a elevar, a 4 de diciembre de 1918, esta nota al

Sr. Decano de la Faculta de Medicina, Dr. Julio Méndez

El Rector del Colegio del Salvador, informado del propósito de exigir a sus alumnos el examen de ingreso a esa Facultad, se toma la libertad de

dirigirse al señor Decano rogándole que antes de resolver se sirva considerar:

Que el Colegio del Salvador está incorporado a la Universidad Nacional de Buenos Aires y desarrolla en la enseñanza del Bachillerato el plan de seis años prescrito al Colegio Nacional de Buenos Aires, con sujección a los programas de éste;

Que por Ordenanza del Consejo Superior Universitario, fecha 6 de Noviembre de 1912, "los alumnos del Colegio del Salvador... inscriptos en el Colegio Nacional de Buenos Aires anexado a la Universidad", son admitidos a examen en las épocas de Diciembre y Marzo "debiendo en cuanto al procedimiento para la clasificación de pruebas, observarse lo dispuesto en el artículo tercero de la ordenanza de esta fecha sobre exámenes de alumnos de colegios particulares", que dice así: "Art. 3º. — Los alumnos de los colegios de que trata esta ordenanza se presentarán ante mesas de examen formadas por tres profesores del Colegio Nacional de Buenos Aires. Podrá asistir al examen si así lo desease la dirección del colegio particular, el respectivo profesor de la asignatura, y será permitido a éste interrogar a los alumnos, pero no tendrá voto en la clasificación de los exámenes";

Que por lo que se refiere particularmente a este año de 1918, el Colegio del Salvador *es el único de la República cuyos alumnos* todos *rinden examen,* a pesar de cuantas disposiciones extraordinarias han sido adoptadas con motivo de la epidemia conocida; exámenes que aún no han terminado, como puede comprobarlo personalmente si gusta, o enviando una inspección;

Que sería, por último, una extraña anomalía someter a examen de ingreso en esa Facultad a los alumnos de un establecimiento incorporado a la Universidad, con los mismos planes de estudios, distribución de materias, programas, y sujeto al control de las mismas mesas examinadoras que actúan en el Colegio Nacional de Buenos Aires, cuyos alumnos han sido exceptuados de esta formalidad.

7. Esta nota estaba fechada a 4 de diciembre de 1918, y dos años más tarde, por las razones indicadas, solicitó el mismo Padre Añón la reincorporación del Salvador al Ministerio de Instrucción Pública:

Excmo. Sr.

El Rector del Colegio del Salvador se dirige respetuosamente a V. E. solicitando la reincorporación de dicho Colegio del Salvador al Ministerio de Instrucción Pública. Hace presente que se trata únicamente de readquirir la incorporación de que gozó por más de cuarenta (40) años, y de la que se vió privado cuando el Colegio Nacional de Buenos Aires, al cual estaba incorporado el Salvador, fué anexado a la Universidad Nacional.

Solicita readquirir esta incorporación porque si bien es cierto que el Colegio del Salvador ha recibido del Rectorado de la Universidad pruebas evidentes del más alto aprecio, atenciones y deferencias muy honrosas, que

obligan nuestra perenne gratitud, sin embargo, el Colegio del Salvador, con harto sentimiento, no puede continuar incorporado a la Universidad, si ha de conseguir su fin, y mantener su disciplina. En efecto:

1) Los alumnos y sus familias no quieren el sexto año. La estadística de los que terminan el bachillerato es por demás elocuente; y la dispersión se inicia ya en cuarto año, en que muchos dejan el colegio para ganar un curso.

Cuán funesto sea ello para el fin que persigue el Salvador es evidente. Ese fin no es la multitud de alumnos (este año hubieron de rechazarse 523) ese fin es la formación integral, completa, del alumno. Ahora bien, es manifiesto que no se consigue la tal formación en la gran mayoría de alumnos, que se van en cuarto y quinto año.

Añádase que los que as íse van, como lo hacen a despecho del Colegio, tienen después recelo en volver a él: con lo cual se rompe la vinculación entre maestros y discípulos.

2) No es menos funesto para la disciplina. El Colegio del Salvador está completamente aislado. Sus alumnos, al dejar el Salvador, no pueden ir a ningún otro colegio. No pueden ir al Ministerio, como es obvio, sin cambiar de plan, lo cual no es fácil. Tampoco pueden ir al Nacional de Buenos Aires; porque no los admiten, ni pueden fácilmente admitirlos. Por consiguiente, puede darse el caso, y de hecho se ha dado, de que al Colegio le convenga desprenderse de un alumno, o a este desprenderse del Colegio; lo cual no puede hacerse. Ya se ve cuán fatal sea esto para la disciplina.

Por eso ,la Dirección del Salvador hase reunido varias veces, asesorada por la autoridad indudable de quienes están muy interiorizados en la incorporación a la Universidad; y después de discutir con proligidad las ventajas y desventajas de esa incorporación, ha resuelto incorporar el Colegio del Salvador al Ministerio de Instrucción Pública.

Por tanto, Excmo. Sr., pido a V. E. 1) que se digne conceder al Colegio del Salvador adquirir esa incorporación: 2) que ese Ministerio resuelva la forma con que transitoriamente, por sólo el curso próximo, haya de aplicarse la equivalencia de materias: 3) que nuestro Celegio del Salvador sea incorporado al Colegio Nacional "Manuel Belgrano".

Es gracia que espero obtener de V. E. cuya vida guarde Dios muchos años.

Desde el día 25 de febrero de 1920, y por decreto del 18 del mismo mes y año, suscrito por el Presidente Irigoyen y su Ministro Salinas, el Colegio del Salvador quedó incorporado al Colegio Nacional Manuel Belgrano, hasta el día 27 de agosto de 1943, como diremos extensamente en capítulo posterior de esta historia.

Hemos de consignar aquí los nombres de no pocos rectores y profesores del Nacional Oeste, del Nacional Central y del Nacional Manuel Belgrano, quienes por su hidalguía y caballerosidad, serán

siempre recordados por los profesores del Salvador como los señores rectores Ingeniero Otamendi, Dr. José Popolizio, Dr. Tomás R. Cullen, Sr. Juan Nielsen, Dr. Luis R. Gondra, Sr. Eleuterio Tiscornia y Francisco De Andrea, y los señores profesores Avellaneda, Fontana, Authier, Outes, Biedma, Pampliegas, Peluffo, Monner Sans, Alberini, Hayward, Ricaldoni, Ménigos, Barberán, Dónovan, Gutiérrez, Basaldúa, Castro, Figueroa, Pigretti, Escribano, Gallardo, Mitchell, Bazán, Thompson, Groussac, Francois, Sáenz Valiente, Ramela y otros no pocos.

Capítulo IX

RECTORADO DEL PADRE JUAN CASTILLEJO

23 JUNIO 1921 - 9 FEBRERO 1927

1 — *Profesores y prefectos;* 2 — *Los Operarios;* 3 — *Padres y Hermanos fallecidos;* 4 — *La vida escolar en 1921, 1922 y 1923;* 5 — *El Parque Atlético de Martínez;* 6 — *El Padre Arnáu como Padre Espiritual;* 7 — *Visitan el Colegio el General Mangín, Mons. Baudrillart, el Cardenal Gasquet y el Cardenal Benlloch;* 8 — *Los Padres Torres, Laburu y Vitoria;* 9 — *Fiestas centenarios de 1922;* 10 — *Nuestra Señora de los Milagros;* 11 — *Deceso de Mons. Espinosa, del Dr. S. O'Farrell, del Dr. Juan B. Estrada y del Dr. Cigorraga;* 12 — *Un incidente penoso.*

1. El 23 de enero de 1921 fué nombrado rector del Colegio del Salvador el Padre Juan Castillejo, y lo gobernó hasta el día 9 de febrero de 1927. Desde principios de 1921 contó con un ministro de grandes dotes, pero a 21 de agosto falleció en forma casi repentina. Nos referimos al Padre José María Briansó. Le sucedió en el cargo el Padre Enrique Najurieta, y lo ejerció durante todo el rectorado del Padre Castillejo. Prefecto General de Estudios y de Disciplina lo fué en 1921 el Padre Luis Canndas, en 1922 y en 1923 el Padre Miguel Angel Ramognino, y desde 1924 hasta 1926, el Padre Luis Massegur.

La mayoría de los profesores eran los mismos de los años anteriores. El Padre Joaquín Terol seguía con sus clases de Química, Fisiología, Geología y Mineralogía, aunque en 1925 dejó estas últimas asignaturas, pero tomando en vez de ellas la Física. En 1926 cumplía este eximio profesor el trigésimo año de su docencia. El Padre José Ubach tenía a su cargo en 1921 las cátedras de Lógica, Etica, Psicología, Algebra y Geometría, aunque en 1922 sólo retenía las cátedras de Lógica y Etica, y en 1924 sólo las de Trigonometría y Cosmografía, si bien en 1925 volvió a tomar la Lógica, la Etica y la Teodicea, asignaturas que siguió enseñando en 1926, año en que cumplió el vigésimo quinto año de magisterio.

No solamente por la categoría de las asignaturas, sino también, y muy especialmente, por la valía intelectual y por la experiencia pedagógica, eran los Padres Terol y Ubach los grandes profesores del Colegio durante el rectorado del Padre Castillejo. Después de ellos

corresponde recordar al Padre Felipe Lérida y al Padre Juan Isern. El primero aparece en 1921 y en 1922 como profesor de la Historia de la Civilización en Cuarto año, en 1925 como profesor de Literatura, y en 1926 de Literatura y Apologética, mientras que el segundo tenía la Literatura de 5º y 4º año en 1921, la de solo 5º año en 1922, la de 5 ºy 4º y la Historia de la Civilización en 1923, 1924 y 1925, mientras que en 1926, sin dejar las cátedras de Literatura de 5º e Historia de la Civilización también en 5º año, tenía las clases de Lógica, Etica y Teodicea. En este año de 1926 cumplía el laborioso Padre Isern el vigésimo sexto año de magisterio. Desde 1924 pertenecía al profesorado del Salvador, y tenía las clases de Anatomía, Zoología y Botánica el Padre José María Blanco. Hasta 1922, inclusive, fueron profesores del Salvador los Padres Andrés Vanrell y Juan Vives, a quienes hemos recordado ya en otro capítulo, y tuvieron a su cargo, durante un cuarto de siglo, sendas secciones de Primer año. Varones modestos y sencillos, les tocó durante 23 años el primero de ellos y durante 28 el segundo, lidiar con los niños en la edad más difícil y en el curso escolar menos grato, como es el del primer año de bachillerato. Sólo Dios sabe cuán grandes fueron los heroísmos de estos venerables maestros en las modestas aulas que dirigieron durante tantos años.

Además de los profesores nombrados, hallamos en 1921 al Padre Juan Ortega como profesor de Cosmografía, Trigonometría, Geometría y Algebra; al Padre Alfredo Mondría como profesor de Zoología y Botánica; al Padre Antonio Alonso como profesor de Psicología y Apologética, y en clases diversas a los Padres Ismael Accensi, José Martí, José Alarcón, Carlos Ramírez, Justo Bona y Teléesforo Sosa. En 1922 toma las clases de Física el Padre Víctor Delpiano, y el Padre Sosa va a Europa a completar sus estudios. En 1923 entran a formar parte del profesorado los jóvenes jesuítas Félix Cots y Alfonso Rinsche, y en 1924 los jóvenes Ignacio Arnalot, Leonardo Castellani, Ramón Ferreyra, y el Padre Enrique Mainer quien se encargó de la Lógica y de la Etica en 5º año, y de la Psicología en 4º año. Todo hacía creer que el Padre Mainer, tan dotado por Dios con prendas tan relevantes y hasta excepcionales, estaba llamado a ser uno de los más eximios profesores con que hubiese contado el Salvador en su larga historia, pero su repentina muerte en enero de 1925 disipó todas las fundadas esperanzas que en él se habían cifrado. En este año de 1925 hallamos tres nuevos

profesores en el Colegio: Germán Bermúdez, profesor de Francés; Tomás Mahón, profesor de Geometría y Cecilio Mártin, profesor de Inglés, de Algebra y de Geometría. Al año siguiente es profesor de Geometría, Zoología y Botánica el Padre Emiliano Suárez.

Por lo que respecta a los Hermanos Coadjutores, contaba el Colegio con un nuevo profesor de dibujo en la persona del Hermano Damián Cors, quien había sido destinado al Salvador en 1920, y eran profesores en los grados los Hermanos Manuel Ribas y Cirilo Rodríguez. El primero se hallaba en el Colegio desde 1915 y el segundo desde 1919. Seguía al frente de todo lo relativo al Tiro e Instrucción Militar el Hermano José Vila, era portero del Colegio el Hermano José Trullás y se ocupaban en otros quehaceres los Hermanos Antonio Lidón y Ramón Michelino, Bernabé Hernández y Ramón Menargues, Rafael Pérez y Santiago Piquer, Antonio Quetglas y Juan Sas. A ellos se agregó en 1923 el Hermano Fermín Vilar, en 1924 el Hermano Samuel Fernández, y en 1925 los Hermanos Miguel Munar, Domingo Vinaixa y Mariano García.

2. No eran profesores ni prefectos de disciplina en el Colegio, pero estaban íntimamente vinculados al mismo los Padres Aguilar, Banqué, Colom, Gambón, Arnáu, Leonhardt, Masferrer, Ochagavía, Salvadó, Sánchez, Palau, Olmedo e Isola. Hasta mediados de 1925, en que Dios los llevó para sí, ocupóse el buen Padre Aguilar en su querido Apostolado de la Oración y el sabio Padre Gambón en la Academia Literaria del Plata y en la Congregación de los Ex-Alumnos. El Padre Banqué siguió al frente de la Escuela gratuita, hasta que la muerte le hizo desistir a 7 de julio de 1922. Los Padres, mencionados arriba, siguieron ocupándose de sus actividades propias en el campo del apostolado, según ya hemos indicado, y según volveremos a indicar. Aunque aparentemente disociados del Colegio, estaban en realidad íntimamente vinculados al mismo, no sólo por ser todos ellos confesores de los alumnos y por dirigir algunos de ellos diversas instituciones espirituales, existentes en el Colegio, como las Congregaciones Marianas, sino también por las vinculaciones que todos, o la mayoría de ellos, tenían con las familias de los alumnos, como era en especial el caso del Padre Gambón, maestro otrora no sólo de los padres pero aun de los abuelos de no pocos alumnos que cursaban sus estudios en el Colegio entre 1921 y 1925.

3. Este insigne varón terminó santamente su vida en el Colegio del Salvador, el día 6 de abril de 1925, pero a él nos referiremos extensamente en otra parte de esta historia. Al mes de fallecer el Padre Gambón, entregó plácidamente su espíritu al Señor el Padre Anselmo Aguilar, natural también de Graus, y pariente de aquél. Había nacido el 18 de abril de 1840 y frisaba en los treinta años de su edad cuando ingresó en la Compañía, en 1871. Al efecto tuvo que expatriarse, ya que en esa época estaban los Jesuítas desterrados de España. Comenzó su noviciado en Andorra y lo terminó en Toloúse. Allí hizo los estudios eclesiásticos y, siendo ya sacerdote, fué enviado a la Argentina en 1876, cuando sólo contaba 36 años de edad. Durante medio siglo moró en el Colegio del Salvador, con sola la ausencia de un año. En 1877 le encontramos al frente de una de las brigadas del Colegio, en calidad de Prefecto, pero en 1878 pasó a Mendoza, de donde regresó al año siguiente de 1879, aunque para dedicarse a las tareas exclusivamente espirituales, como la predicación, las misiones, los Ejercicios Espirituales y la administración de los Sacramentos.

Durante media centuria, como ya expusimos en otro capítulo, recorrió el Padre Aguilar gran parte de la Provincia de Buenos Aires y otras regiones argentinas y aun uruguayas, dando misiones y difundiendo doquier la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Hasta los últimos años de su larga y fructífera vida fué el Director general del Apostolado de la Oración, en la Argentina, y el Director de la Asociación de Maestros Católicos que tiene su sede en el Colegio del Sagrado Corazón, de esta ciudad de Buenos Aires.

La sencillez, la rectitud moral y la constancia en el trabajo fueron notas características de este venerable anciano, a quien Dios concedió la gracia de una noble y alegre vejez, ya que los achaques inherentes a su avanzada edad de ochenta y seis años en nada aminoraron su buen humor y su agradable locuacidad.

Años antes que los Padres Gambón y Aguilar, había pasado a mejor vida, a 7 de julio de 1922, el Padre Pablo Banqué, que estuvo en el Colegio del Salvador desde 1915. Era este Padre natural de Monistrol de Monserrat, en Cataluña, donde vió la luz de este mundo el día 30 de enero de 1856, y había ingresado en la Compañía en septiembre de 1872. Su ocupación primordial, durante los diez años que estuvo en el Colegio, fué la dirección de la Escuela Gra-

tuita, deepndiente del mismo; y, no obstante su precaria salud, fué constante en su labor y minucioso en todo lo referente a su cargo.

El Hermano Guillermo Bartling entregó su alma a Dios el día 3 de septiembre de 1924. Era este Hermano natural de Barmen, en el Rin, donde nació el 31 de marzo de 1837, y había ingresado en la Compañía en el curso de 1867.

Desde 1870 hasta 1879 fué maestro de primeras letras en Puerto Mont, de donde pasó a ejercer el oficio de enfermero en la Casa de Concepción, desde donde regresó, años después, a la primera de dichas localidades. En 1888 le hallamos trabajando en el Colegio de Santiago de Chile y en 1900 le hallamos en la Residencia de Regina, desde donde pasó al Colegio de Montevideo en 1901 y al Colegio del Salvador en 1908. Fué varón sencillo y laborioso, con grandes condiciones pedagógicas y a quien Dios había concedido una robusta salud física.

Penosa por demás fué la muerte del Padre Enrique Máiner, acaecida en Mar del Plata, el día 12 de enero de 1925. Como indicamos más arriba, fué este Padre un alarde de la Providencia ya que ésta había derramado sobre él un inmenso conjunto de ricas cualidades de toda índole: talento profundo y universal, exposición brillante y subyugadora, elocuencia persuasiva y llena de unción, pluma fácil y elegante, presencia airosa y simpática, corazón nobilísimo y espíritu abierto a todas las sensaciones más nobles de la vida, había emprendido, hacía apenas dos años, su vida sacerdotal con grandes planes y proyectos que, con la gracia de Dios, pensaba llevar a cabo en beneficio de la juventud por la que sentía enormes simpatías. A tan magníficas dotes iban unidas, como sucede siempre en lo humano, algunas fallas, siendo en él la más notable la temeridad. A lo menos tres veces, mientras estuvo en la Compañía de Jesús, la temeridad le causó o le pudo haber causado, graves daños físicos y aun la vida misma. Su temeridad le llevó en la mañana del 12 de enero de 1925 a penetrar en las aguas de Mar del Plata de suerte que no fuera posible sacarle de ellas, sino cadáver. Había nacido el Padre Máiner en esta ciudad de Buenos Aires el 11 de septiembre de 1888 e ingresado en la Compañía de Jesús el 13 de octubre de 1904.

El curso escolar de 1921 se inició el día 8 de marzo, con la solemnidad de estilo. En todos estos años entre 1921 y 1926 dirigió la palabra a los alumnos durante la misa del Espíritu Santo el Padre

Fermín Arnáu y aquella su palabra tan galana como persuasiva, tan sentida como razonada, tan al alcance de las mentes juveniles y pueriles como digna de los hombres, aun de los profesionales que tan numerosos suelen asistir a ese acto inaugural, era para todos un sedativo a las ligerezas del verano y un empuje a la vida estudiantil seria y consciente.

En 1921 disertó en el salón de actos, y después de la función en la Iglesia, el Padre Justo Bona y versó su disertación sobre "Las ideas fundamentales del Ratio Studiorum en la historia de la Pedagogía". En 1922 disertó, en esta oportunidad, el Padre José Ubach sobre "El pasado y el presente del problema de la evolución", y en 1923 el Padre Felipe Lérida sobre "La necesidad de la cooperación de las familias en la educación de nuestros alumnos"; en 1924 el Padre Alfredo Mondría leyó un estudio sobre "La teología en los fenómeos biológicos" y en 1925 el Padre Leonardi Castellani su ensayo sobre "La unidad intrínseca de la Divina Comedia", y en 1926 fué el Padre Guillermo Furlong, cuya disertación versó sobre "Las ideas pedagógicas del General Manuel Belgrano".

El curso de 1921 contó con 616 alumnos de los que 232 eran pupilos, 164 medio pupilos distinguidos, 157 medios pupilos propiamente tales y 63 externos. Con la supresión de una de las divisiones de pupilos, el número de alumnos descendió en 1922 a 584, de los que sólo 143 eran pupilos, mientras el de medio pupilos distinguidos ascendió a 190 y el de medio pupilos a 183. A 6 de marzo de 1922 escribía en el Diario del Prefecto General el Padre Miguel Angel Ramognino: "Este año hay sólo 2 brigadas de pupilos, 1ª y 2ª; no se admitieron pupilos nuevos, pues aguardamos terminen los antiguos, para emprender las obras del nuevo Colegio". En 1923 el número de pupilos se redujo a 77 mientras que el de medio-pupilos distinguidos ascendió a 181, y el de medio-pupilos ordinarios a 223. En 1924 se había ya eliminado totalmente la categoría de los pupilos, y no los hubo en el Colegio hasta el curso de 1935. Las frecuentes y apremiantes instancias, que reclamaban la reapertura del Internado, movieron a la dirección del Salvador a reabrir, como reabrió, en dicho año el tradicional pupilaje, aunque en forma más limitada.

Cooperaron a la buena marcha del Colegio, en su calidad de Brigadieres, durante el curso de 1921 los señores Enrique Amat y Marcelino A. Reyes, Federico J. Garat Zorraquín y Néstor J. Pérez

Ponsa, Oscar León Apaolaza y Juan José González Arigós, Marcelino Fernández Criado y Carlos Favaro, Martín Aberg Cobo y José María Oliver, Juan A. Beconi y Jorge Manrique, Juan S. Llorens y Carlos García Mata.

En 1922 fueron Brigadieres los señores Jorge Ferradás y José Cardini, Pedro Alonso y Antonio Ruiz, Martín Aberg Cobo y Carlos Oliver, Juan Castaños y Carlos Funck, Carmelo Plá y José Pereyra, Joaquín A. Rivera, Juan Cadú y Miguel A. Martínez, a quienes sucedieron en 1923: Felipe Robles y Eugenio Roza, Guillermo Robles y Carlos Oliver, Ernesto y Martín Aberg Cobo, Uladislao Pérez y Martín Miguens, José Pereyra Iraola y Guillermo Bullrich, Ernesto Arenaza, Ernesto Goya, Juan C. Cadú y Ricardo Gené.

5. Durante su rectorado tuvo el Padre Castillejo la satisfacción de planear, hacer e inaugurar la nueva y espléndida biblioteca del Colegio, a la que nos referiremos en otro capítulo, y le cupo también en suerte convertir en Parque Atlético el predio que tenía el Colegio en la vecina localidad de Martínez. La inauguración del dicho Parque fué todo un acontecimiento. Tuvo lugar el día 23 de junio de 1923 y concurrieron el entonces Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, doctor José Luis Cantilo, el Obispo de la Diócesis de La Plata, Monseñor Francisco Alberti, el Intendente de la Capital, doctor Carlos M. Noel y otros muchos caballeros. La concurrencia total fué de unas dos mil personas, incluyendo los cadetes del Colegio Militar a quienes se brindó una excelente oportunidad, que ellos supieron aprovechar, de poner de manifiesto su entrenamiento físico y sus habilidades gimnásticas.

Todo el alumnado se trasladó a Martínez por la vía férrea, yendo desde la Estación de Martínez hasta el Parque en formación cerrada. A la cabeza iban las autoridades del Colegio del Salvador y del Colegio Militar, a continuación el Colegio Militar con música y después las brigadas del Salvador. Después de la bendición del Parque se cantó el Himno Nacional mientras se izaban la bandera nacional y la insignia del Club Atlético del Salvador, pronunciando luego el Padre Rector el discurso de circunstancias. El señor Urbano Pradere contestó en nombre de los alumnos. En otro capítulo, nos referiremos más extensamente a este Parque Atlético y a sus características.

En el curso de 1924 fueron Brigadieres los jóvenes José P. Miguel y Méndez y Juan José Zoani, Martín Aberg Cobo y Carlos Ots Roma, Carlos Aberg Cobo y José Pereira Iraola, Ernesto Goya y Carlos Fiorito, Ricardo Gené y Luis García Mata, mientras que en 1925 ocuparon ese puesto de honor en las diversas Brigadas: Moisés Delfino y Hernán R. López, Juan A. Beconi y Carlos A. Funck Moreno, Alfredo Caprile y Alberto Caride, Carlos Aberg Cobo y Carlos María Fiorito, Luis Clemente y Manuel Majó, Ismael Alchourrón y Mariano Lassalle García, Santiago Lafuente y Jorge de Larrechea Muñoz. En 1926, último año del rectorado del Padre Castillejo, fueron Brigadieres los señores Juan Carlos Rocca y Uladislao Pérez, Carlos Aberg Cobo y César Black, Manuel Fernández y Fernando Herz Wolff, Pablo Olaciregui y José María Pippo, José María Rodríguez Loredo y Carlos Fiorito, Jorge Ortiz y Heriberto Fiorito.

La monotonía escolar de estos años fué frecuentemente interrumpida con actos de diversa índole, como la exhibición de proyecciones luminosas de autocromos tomados directamente del natural, con que Mr. William Sandoz ilustró al alumnado en mayo de 1921, y la conferencia sobre la patria de San Ignacio que, con variadas proyecciones, dió a los alumnos el Profesor Félix Ortiz y San Pelayo, y la de Mr. Paul Brum sobre Arte Cristiano Moderno, y la del Dr. Julio Rey y Pastor sobre la "Moderna Teoría de la Relatividad", y la del ingenioso Maestro Gerardi sobre Cálculo mental, sin tener en cuenta las ordinarias conferencias o lucubraciones leídas en los actos ordinarios de las Promulgaciones mensuales o bimensuales.

Un acto hubo en 1922 que merece especial recuerdo, y fué el de Filosofía que defendió el joven alumno Jorge Ferradás. Resultó un acto tan solemne como interesante, y raras veces se vió en la concurrencia, que fué muy grande, un interés tan singular. Por momentos llegaron los presentes a apasionarse visiblemente ya a favor de los argumentos del Sr. Ferradás, ya a favor de los que le argüían. Entre éstos se hallaron los doctores Atilio Dell'Oro Maini, Tomás Casares, Julio Padilla, Juan Manuel Raffo y el Padre Leonardo Castellani. Este acto escolar de tan bellas proyecciones hizo recordar a los presentes, y les hizo sentir en algún grado, la belleza de aquellos encuentros filosóficos tan frecuentes y tan apasionantes que

eran las nobilísimas diversiones del espíritu en los tan calumniados tiempos del Medio Evo.

Las dos Academias, la de Literatura y la de Declamación, contaron en 1921 con socios destacados como los señores Carlos Ramallo López, Alfredo C. Fragueiro y Carlos García Mata, la primera, y Miguel Angel Martínez, Carlos Espinosa Viale, Eugenio Roza y Enrique Freixas, la segunda. En el curso de 1922 sobresalen los alumnos Jorge Grandjean, Mario Gianneo, Jorge Ferradás, Miguel Angel Martínez, Luis Freixas y Adolfo Mitre, y en 1923 los señores Alberto Risso, Adolfo Mitre, Manuel Bullrich y Horacio Robinson, y en 1924 Daniel A. Santos Luco, Federico Dupuy de Lôme e Ismael Alchourrón, Eduardo Durán, Eugenio Cardini y Abel de la Garma, mientras que en 1925 se distinguen en la Academia de Literatura los señores Roberto Cardini, Adolfo Mitre, Ernesto Escudero y Rogelio Tristany, y en la de Declamación los señores Ismael Alchourrón y Eduardo Ferrer, Alejandro Peña y Conrado Martínez Pastur.

No vamos en este capítulo a recordar, como lo hicimos más arriba, a los que en estos cursos fueron más agraciados en las solemnes distribuciones de premios, habidas a fin de cada año, por existir abundantes los catálogos de estos años y por ser aún jóvenes y sin actuación quienes en ellos aparecen más condecorados, pero hemos de consignar algunas líneas referentes a la vida espiritual de los alumnos. El 16 de marzo de 1923 se inició la misa diaria para los alumnos externos y medio pupilos que libre y espontáneamente quisieran asistir a ella. Era a las 7,40 horas y brindaba a los alumnos todas las facilidades no sólo para oír la misa devotamente, sino también para acercarse a la sagrada comunión, y para poder después tomar el desayuno, antes de incorporarse a sus respectivas salas de estudio. En el *Diario del Prefecto General*, y con fecha 2 de mayo de 1924 se leen estas líneas: "Hasta ahora era libre el comulgar y aun asistir a la Santa Misa; unos iban a la iglesia y los otros se quedaban en el salón de estudio. Dejando libre la comunión, se obliga desde hoy a todos ir a la iglesia".

6. En octubre de 1923, a los pocos meses de inaugurado el Parque Atlético de Martínez, se aprovechó la casa allí existente, y la pequeña sala convertida en Capilla, para hacer allí sus Ejercicios Espirituales los alumnos Bachilleres de ese curso. El Padre Fermín

Arnau, maestro eximio en el arte de dar los Ejercicios de San Ignacio a Jóvenes, fué quien en ese año y en los sucesivos reunió allí en una o dos tandas anuales a los Bachilleres, con el consabido fruto y espiritual aprovechamiento.

El Padre Arnau dirigía en 1921 la Congregación, constituída por pupilos, pero en 1922 la dirigió el Padre Najurieta, y en 1923 y 1924 el Padre Felipe Lérida, en 1925 el citado Padre Najurieta y en 1926 el Padre Lérida, ya recordado, quien era también en este año quien dirigía la Congregación de San Juan Berchmans, que en 1921 y 1922 había estado bajo la dirección del Padre Juan Vives, y en 1923 pasó a la dirección del Padre Lérida y la tuvo a su cuidado en los años subsiguientes.

Como Presidente de estas dos Congregaciones hallamos entre 1921 y 1927 a los jóvenes Jorge B. Ferradás y Marcelino Fernández Criado, Miguel Angel Martínez y Ernesto Aberg Cobo, José R. Pereyra Iraola y Martín Aberg Cobo, Alberto Caride y Carlos Funck Moreno, José M.ª Rodríguez Loredo, Juan C. Rocca Siri y Mariano Lassalle.

En 1921 las dos secciones del Apostolado de la Oración, la compuesta por los alumnos pupilos y la que constaba de medio pupilos y externos, estaban bajo la dirección del Padre Arnau y eran, en ese año, presidente los señores Nilo Dardanelli Poccard y Carlos Favaro, pero en 1922 el Padre Tomás Alarcón, padre espiritual de los alumnos menores, se hizo cargo de ambas ramas del Apostolado y fueron sus presidentes en ese año los alumnos Nilo Dardanelli Poccard y Antonio Ruiz Saralegui, en 1923 los señores Eugenio Roza y José Miguel y Méndez, en 1924 los señores Ricardo Gené y el ya mencionado José Miguel y Méndez, en 1925 los señores Moisés Daniel Delfino y Jorge Manrique. En 1926 las dos secciones del Apostolado se redujeron a una, siendo su director el Padre Enrique Najurieta y su presidente el señor Arístides Galofré.

7. El rectorado del Padre Castillejo fué abundante en actos de índole social, actos que sin duda alguna prestigiaban al Colegio ante los profanos y daba a los alumnos la sensación de cuán eficiente era la educación que recibían ellos en las aulas del Salvador.

El día 28 de septiembre de 1921 visitó el Colegio el General Carlos Mangín, el heroico defensor de Verdún. El alumno Ernesto Aberg Cobo le saludó en nombre del Colegio, y el General, al agra-

decer el homenaje que se le tributaba, dijo enre otras cosas: "Yo he sido como vosotros, alumno de los Reverendos Padres Jesuítas en Argel, y me complazco en ver que aquí también se os enseña, juntamente con las letras y las ciencias, el amor sincero a la patria".

El 11 de agosto de 1922 Monseñor Baudrillart pronunció en el salón de actos del Colegio una de sus grandes conferencias, a la que asistieron más de mil personas, entre ellas las de mayor prestigio en los centros culturales bonaerenses.

Veinte días más tarde el Salvador hizo una cálida recepción al primer Cardenal de la Iglesia que había llegado a pisar tierras argentinas, al ilustre purpurado inglés Aidano Gasquet. El Prefecto del Colegio, Padre Miguel Ramognino, le dirigió la palabra en inglés y el alumno Narciso Ocampo de Alvear en francés. Su Eminencia agradeció el homenaje, en breves pero sentidas frases que pronunció en idioma inglés, ya que era éste, según dijo sonriendo "el idioma más fácil que jamás se ha hablado sobre la tierra".

En honor de su Eminencia habíase organizado un desfile de los alumnos de los Colegios católicos. Véase lo que respecto a este acto se halla en el *Diario del Prefecto General*:

> Septiembre 6 de 1922. Después de dos tentativas frustradas a causa del mal tiempo, tuvo hoy lugar el desfile de los Colegios católicos de la Capital ante su Eminencia el Cardenal Aidan Gasquet. Fué todo un éxito y una espléndida manifestación de vida y fuerza católica. Por lo que hace al Colegio, el Señor nos reservó una bendición especial pues todo fué como una seda, sin tener que lamentar incidente alguno desagradable, sin tener que reprender a un sólo alumno, quienes se portaron durante todo el desfile con una corrección muy digna de alabanza. El haber salido de uniforme ayudó mucho; los colegios cuyos alumnos desfilaron de particular lucieron poco y algunos de sus alumnos se portaron mal.
>
> Se inició el desfile delante de la residencia del Cardenal a las 13.30. Como los colegios desfilaban por orden alfabético, y comenzando por los de niñas, nosotros iniciamos el desfile a las 14 horas. El recorrido fué por las calles Callao, Santa Fe, Esmeralda, Arroyo, Avenida Alvear y Callao. Precedía al Colegio una dotación del escuadrón de seguridad, luego la banda, la bandera reglamentaria de la compañía de Tiro, la bandera del Colegio y a continuación los alumnos por brigadas. . .
>
> Al pasar por delante del palacio en que se hospeda su Eminencia todos saludaron militarmente. . . El Colegio fué repetidas veces aplaudido y honrado con flores arrojadas de los balcones. El Presidente electo Alvear presenció el desfile desde su casa particular. . .

Otro Príncipe de la Iglesia, el Cardenal Benlloch visitó el Co-

legio el día 26 de septiembre de 1923, y con alguna anterioridad lo había visitado el Reverendo Padre General de la Congregación del Verbo Divino (9 de agosto de 1923) y meses más tarde el Padre Ledochowski, religioso de dicha Congregación y sobrino del entonces General de la Compañía de Jesús, Reverendo Padre Wlodimiro Ledochowski.

El día 6 de agosto de 1924 llegó a Buenos Aires el Príncipe Humberto de Saboya y sabiendo que iba S. A. a pasar por la calle Callao, los alumnos en uniforme de gimnasia formaron a lo largo de la calzada y vivaron al joven y simpático Príncipe, mientras se echaban a vuelo las campanas de la iglesia. S. A. dió inequívocas muestras de cuánto le había agradado aquel homenaje.

9. En 1922, y con grande solemnidad, se celebró el tercer centenario de la canonización de San Ignacio y San Francisco Javier, y el cuarto centenario de la composición del libro de los Ejercicios Espirituales, Monseñor Luis Duprat, a la sazón Gobernador Eclesiástico del Arzobispado de Buenos Aires, dió un auto referente al doble centenario y se constituyó una *Comisión de Homenaje* que comprendía a todas las personas más conspicuas que había en Buenos Aires y una Comisión Ejecutiva, cuyo presidente fué el Padre Castillejo. Formaban parte de la misma los doctores Santiago G. O'Farrell, Manuel Cigorraga y Enrique B. Prack, y el señor Ingeniero Rómulo Ayerza.

Como ya consignamos, la Comisión invitó al Padre Alfonso Torres a venir a Buenos Aires a fin de solemnizar las fiestas centenarias ya con sus conferencias ya con su habilidad en dar los Ejercicios Espirituales. Dió, en efecto, varias tandas en la Iglesia del Salvador y pronunció un magnífico discurso en el gran acto literario musical que tuvo lugar en el salón del Colegio, el día 12 de noviembre de ese mismo año de 1922. Recordemos que en esta oportunidad se entregaron los premios a los mejores trabajos literarios y musicales según las bases de un certamen ilterario-musical que con acterioridad se había organizado. Constituyeron el jurado para los trabajos literarios: los doctores Tomás R. Cullen, Lorenzo Anadón, Gustavo Martínez Zuviría, el Sr. Abelardo Bretón y el Padre Vicente Gambón, y para las composiciones musicales, los señores Carlos López Buchardo, Ricardo Rodríguez y Luis V. Ochoa. Los autores premiados fueron: Carlos Leonhardt, Antonio

Román, Oscar J. Dreidemie, Emilio J. Schelh, Ramón J. Castellano, Eusebio Speroni, Bernardino Léctora, Juan M. Fossa Riglos, Teodoro Palacios, Alfredo Rissotto. Natalio Abel Vadell y Enrique Pita.

8. Durante el rectorado del Padre Castillejo actuaron amplia y descolladamente tres ilustres jesuitas españoles, ya en la iglesia como oradores sagrados, ya en el salón del Colegio, como conferencistas. Nos referimos a los Padres Alfonso Torres, que llegó a Buenos Aires en septiembre de 1922, Eduardo Vitoria que llegó en julio de 1924, José Laburu que llegó en julio de 1926. Los Padres Torres y Laburu se destacaron preferentemente en el púlpito, mientras el Padre Vitoria concentró en torno de sí a todos los interesados en los progresos de las ciencias químicas, sobre todo en las Universidades de Buenos Aires, La Plata y Córdoba. El Padre Vitoria había sido llamado por la Escuela de Farmacia de la Facultad de Medicina y por la Universidad de La Plata. A una de sus conferencias asistieron setecientos profesores o especialistas en Química, quienes organizaron después en honor del gran maestro un espléndido homenaje.

Fué en las postrimerías del rectorado del Padre Castillejo, el día 3 de enero de 1927 que el Padre José Ubach, profesor del Colegio, observó en Villa Devoto el eclipse que tuvo lugar en esa fecha y sacó noventa y cuatro fotografías, las que le autorizaron a publicar, como publicó, noticias peregrinas sobre la desviación de la Luna o sobre los cálculos mal hechos, hasta entonces, referentes a la misma. Semanas más tarde, los diarios de Europa y sobre todo las revistas científicas confirmaban plenamente las deducciones del Padre Ubach.

Con su habitual generosidad celebró el Padre Castillejo, y autorizó ampliamente a los amigos y admiradores del Padre Gambón, a que celebraran las Bodas de Oro de este insigne varón. La celebración tuvo lugar el día 10 de octubre de 1922, y el 12 de noviembre celebróse con toda pompa el Tercer Centenario de la Canonización de San Ignacio y de San Francisco Javier, y a fines de agosto de 1926 el Colegio se asoció al triunfo aeronáutico de su ex-alumno Bernardo Duggan, hasta hacer acuñar una medalla de oro con esta leyenda: "Primer vuelo Nueva York-Buenos Aires 1926" - "A

Bernardo Duggan Alumno del Colegio del Salvador - 1911-1914 - sus antiguos Profesores y la Sociedad de Ex-alumnos".

10. Entre otros motivos, con el de vincular más estrechamente a los ex-alumnos del Colegio de la Inmaculada con los del Colegio del Salvador, hizo el Padre Castillejo que se sacara una copia fiel y de tamaño natural del cuadro de Nuestra Señora de los Milagros, que tanto aprecian y aman los santafesinos, y en precioso marco lo hizo colocar en el altar de San José, en la Iglesia del Salvador. Monseñor Boneo bendijo esta réplica del milagroso cuadro santafesino el día 8 de mayo de 1925, víspera de la festividad de Nuestra Señora de los Milagros.

11. El Colegio vió desaparecer a varios de sus antiguos y beneméritos profesores entre 1921 y 1927, según ya consignamos, y vió también desaparecer a algunos de sus grandes amigos y bienhechores. Monseñor Antonio Espinosa falleció el 8 de abril de 1923 y el Dr. Santiago O' Farrell terminó santamente sus días el 17 de mayo de 1926. El Colegio del Salvador creyó su deber estar muy cerca de los familiares de ambos amigos y bienhechores, en el respectivo día de su extinción y por ambos elevó después las preces litúrgicas en los funerales de los días 16 de abril de 1923 y 17 de junio de 1926. Monseñor Luis Duprat presidió el primero, y el Padre Castillejo el segundo. El día 22 de mayo de 1924 llevó Dios para sí a uno de los exalumnos más distinguidos del Colegio del Salvador, y a uno de sus amigos más incondicionales: el doctor Juan B. Estrada, vulgarmente llamado Juanón, espíritu verdaderamente excepcional por el arte supremo con que había sabido hermanar la ciencia con la virtud y la dignidad con la sencillez. Física, moral e intelectualmente reflejábase en él la figura prominente de José Manuel Estrada. El día 8 de julio de 1924 el Colegio le tributó el homenaje de sus preces en un sentido y concurrido funeral. A fines del mismo año tuvo el Colegio que lamentar la desaparición de otro gran amigo y esclarecido exalumno, el doctor Manuel Cigorraga, tan peclaro estadista al frente del Departamento Nacional de Inmigración, que dirigió durante tantos años, como celoso propagador de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Por tratarse de la señora esposa de otro gran bienhechor del Colegio, participó éste e intensamente en el sentimiento que produjo el deceso de la

señora María Jacobé de Ayerza, dignísima esposa del señor Ingº. D. Rómulo Ayerza, fallecida el día 25 de marzo de 1923.

12. Muchas fueron las satisfacciones que tuvo el Padre Castillejo durante su rectorado, pero no pocas las tribulaciones que tuvo que arrostrar, no siendo la menor el ver a uno de los mejores profesores del Colegio, desterrado del país por orden del entonces señor Presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear. Desde hacía meses se venía ventilando un asunto de ingratas proporciones, ya que el Gobierno Argentino proponía como candidato al Arzobispado de Buenos Aires a un digno Prelado, que contaba con gran parte de las simpatías argentinas, pero a quien la Santa Sede no aceptaba para tan elevado cargo. No faltaron, por desgracia, quienes atribuyeran ese proceder de la Santa Sede a informes jesuíticos, y sindicaron a éstos como contrarios a la voluntad del Gobierno Argentino en este asunto. Así las cosas, publicóse el número de abril de 1924 del *Mensajero del Corazón de Jesús*, cuya intención general, aprobada y bendecida por Su Santidad se refería a "Los Jefes de Estado y sus Gobiernos", y había sido escrita por el Padre José María Blanco. En uno de sus primeros párrafos aludía el articulista a las tiranías y aseveraba que "al hablar de tiranías, todos los ojos se dirigen a las *casas rosadas del mundo*". Esta sola frase bastó para que, de inmediato se exigiera al Rector del Salvador una satisfacción. Tanto el Director de la revista, Padre Pedro Colón, como el autor del artículo, Padre José María Blanco, escribieron y pusieron en manos del Gobierno la satisfacción solicitada. Desgraciadamente el entonces Ministro de Culto y Relaciones Exteriores manifestó al Padre Rector que esa satisfacción no era suficiente, y le añadió que, de parte del Sr. Presidente de la Rpública, el Padre Blanco debía salir del país en el perentorio plazo de una semana.

El día 9 de abril salió efectivamente del país, rumbo a Montevideo, el Padre Blanco, y al día siguiente el Padre Castillejo informaba al Gobierno que, conforme a su voluntad y determinación, había el Padre Blanco salido del país. Divulgóse la declaración del Padre Castillejo y ella vino a agravar el desprestigio del Gobierno.

En vano hizo saber éste que "no ha existido orden o intimación de destierro del Padre Blanco, en el plazo perentorio de una

semana, impartida por el Sr. Presidente de la Nación, por intermedio del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores... Ha habido simplemente la maniefstación hecha por éste al Padre Castillejo de que "la salida del Padre Blanco era el desagravio que la Compañía podía dar al gobierno por su imprudente artículo", con la aclaración de que "no se trataba de una medida que debiera tomar el Gobierno contra un extranjero no deseable, sino la misma Compañía para no solidarizarse con las opiniones del Padre Blanco y dar una prueba de que las desaprobaba". Así se expresaba el Sr. Ministro del Interior, en nota del día 12 de abril de 1924.

Capítulo X

BIBLIOTECA, MUSEOS Y GABINETES

1 — *Labor del Padre Castillejo;* 2 — *La Biblioteca desde* 1868 *hasta* 1923; 3 — *La Biblioteca desde* 1923; 4 — *Libros curiosos y raros;* 5 — *Manuscritos diversos;* 6 — *Láminas y mapas;* 7 — *El Museo Histórico;* 8 — *Oleos artísticos;* 9 — *El Museo de Historia Natural;* 10 — *El Gabinete de Física;* 11 — *El Laboratorio de Química.*

Desde los primeros días de su existencia comenzó el Salvador a formar su Biblioteca, sus Museos y sus Gabinetes, pero fué el Padre Castillejo quien, entre 1921 y 1927, dió una ubicación más adecuada a varias de esas dependencias del Colegio, y las reorganizó en forma más cabal. Propició, además, la fundación del Museo Histórico o Museo de Antigüedades, que no había existido con anterioridad. Cabe, pues, el resumir en este punto de nuestra historia los antecedentes de la Biblioteca, de los Museos y de los Gabinetes, desde 1868 hasta el rectorado del Padre Castillejo, que es substancialmente su estado actual.

2. Los orígenes de la actual biblioteca del Colegio del Salvador se remontan, estrictamente hablando, al año 1868, pero abundan en ella los libros que llevan en su portada esta o análoga frase: "Es del Colegio Grande de San Ignacio, de Buenos Aires", "Aplicado a la Librería de este Colegio de San Ignacio", "Pertenece a la Librería del Puerto".

En los inicios del primer libro de esta historia relatamos cómo los primeros Jesuítas que arribaron a Buenos Aires en 1587 "traían muchos libros y muchas reliquias de santos", y en otra oportunidad hemos también relatado cómo, desde entonces hasta 1767, fueron constantemente importando de Europa ingentes cantidades de libros de toda índole, de suerte que la Biblioteca del Colegio de San Ignacio, al tiempo de la expulsión, era la más grande y mejor surtida en toda la ciudad. No era una biblioteca pública, en el sentido que hoy día se toma esta palabra, pero estaba tan abierta a todos los estudiosos tanto o más que las que hoy llamamos bibliotecas públicas. Los 10.000 volúmenes con que contaba en 1767 sufrieron, en su mayor parte, la suerte de los des-

pojos inútiles. Se hizo con ellos lo que se quiso, yendo felizmente no pocos a engrosar las bibliotecas de algunas personas letradas, mientras otros caían en manos de mercaderes de la época. Con los que se salvaron, gracias a los Padres Dominicos, que dieron asilo a los últimos restos de la gran Biblioteca del Colegio Grande de San Ignacio, se inició en 1810 la Biblioteca Nacional actual, a la que ingresaron un año más tarde otros lotes de libros, traídos de Córdoba, y que habían pertenecido a la Biblioteca de la Universidad cordobesa.

Entre 1868 y 1875 se llegó a formar una nueva biblioteca, la que ocupaba una sala en el primer piso, sobre la parte norte de la Capilla Pública. Allí estaba la ropería y, a continuación de ella, la biblioteca. El fuego, como dijimos, no llegó a prender en esa sección del edificio, el día 28 de febrero de 1875, pero los soldados o policías que, a raíz del desastre, cuidaron del Colegio no sólo descuidaron la biblioteca, pero sabemos que entraron a ella y se llevaron no pocas obras, entre ellas algunos tomos de *La Civiltá Cattolica* restituídos después al Colegio.

Existe en la Biblioteca del mismo un ejemplar del *Institutum Societatis Jesu,* edición romana de 1869, al frente de la cual hay una hoja agregada, y cuyo texto dice así:

> El 28 de Febrero de 1875 una turba de foragidos incendió el Colegio del Salvador, alguno de esos bandidos se robó esta obra y poco tiempo después, diciendo que era "la mónita secreta de los Jesuítas" la vendió por el precio de $ 2.— a mi socio el doctor Wenceslao Escalante, quien me lo obsequió. Yo la ofrecí al Rdo. Padre Homs, a la sazón Provincial de la Compañía. S. R. no quiso aceptarla, manifestando que ya había pasado a tercera mano, que bien podía yo conservarla y que si alguien deseara curiosear "esos misteriosos documentos" se los facilitara, recomendándole sobre todo que leyera con atención la regla 11º y la pusiera en práctica.
>
> Han transcurrido 45 años desde entonces. He perdido la vista y estoy repartiendo mis libros. Creo deber insistir en la devolución de estos dos volúmenes y pido que los conserven con este antecedente en la biblioteca del Salvador. Olim meminisse juvabit. — Buenos Aires 25 de Mayo 1920 — E. Lamarca.

No son pocos los libros, existentes actualmente en la biblioteca del Colegio, que llevan evidentes señales de haber estado en contacto con un piso barroso, y que, según tradición, fueron arrojados desde el local de la biblioteca, a la calle, cuando el incendio. Los *Fasti Novi Orbis* de Morelli, cuyo verdadero autor es el Padre

Domingo Muriel, es uno de los libros que tienen las características indicadas. Lleva actualmente la signatura: 31-K.

En 1868 fué Prefecto de la Biblioteca el Padre Luis Pí, y desde 1869 hasta 1871 el Padre Pedro Saderra, en 1873 el Padre Narciso Sagrera, en 1876 el Padre Antonio Martorell, en 1877 el Padre José Repetti, en 1878 el Padre Nicasio Mola y en 1879 el Padre Anselmo Aguilar.

Este Padre fué Bibliotecario desde ese año de 1879 hasta el de 1882, y en su tiempo trabajóse un nuevo Catálogo de la Biblioteca. Del mismo sólo se conserva una hoja que dice así:

HEIC
DEO - FAVENTE
CATALOGUS - BIBLIOTHECAE - COLLEGII - SALVATORIS
ABSOLVITUR
IV KAL - DECEMBRIS - AN - DOM - CDDCCCLXXXI
EXSTANT - INSCRIPTA
VOLVMINA - MMMM...

Sólo cuatro mil volúmenes había entonces, según este documente, en la Biblioteca.

Al Padre Aguilar sucedió en 1882 el Padre Auweiler, en 1887 el Padre Santiago Solá, en 1893 el Padre José Gasset, en 1902 el Padre Fernando Ochagavía, en 1905 el Padre Pablo Banqué y desde 1908 hasta 1914 el Padre Pedro Colom. Durante los años en que este Padre fué Bibliotecario, se quintuplicó el número de libros en todas las secciones de la Biblioteca, pero especialmente en la referente a la Oratorio Sagrada. A él se debe el que esa sección sea tan completa como valiosa.

El Padre José Ubach sucedió al Padre Colom en 1914 y determinó organizar la Biblioteca en una forma más científica y al efecto, personalmente aunque secundado de varios trabajadores, comenzó a traspasar libros de una a otra parte, pero pronto reconoció la magnitud de una obra de esa índole, y dejó la tarea a medio hacer. Entre 1918 y 1922 el Padre Pablo Banqué dió a la biblioteca el carácter práctico y sencillo que había tenido con anterioridad al Padre Ubach.

3. En 1923 fué nombrado Bibliotecario el Padre Felipe Lérida, y fué en su tiempo, y siendo rector el Padre Juan Castillejo,

que se ubicó la Biblioteca donde ahora se encuentra, y se le dió la disposición que ahora tiene.

Un antiguo salón, de 36 por 13 metros, que había sido amplio dormitorio de los alumnos pupilos, desde 1877, se habilitó para Biblioteca. A lo largo de sus muros se ubicaron dos hileras de estantes, distantes 1 metro 30 centímetros entre sí, y con un metro más de elevación la hilera que se respalda contra los dichos muros. Como entre ambas hileras existe una plataforma de un metro de altura, al que se asciende por cuatro amplias graderías, así los libros de la primera fila como los de la segunda están al alcance de la mano. En el amplio espacio que queda entre las citadas estanterías, y en sentido perpendicular a las mismas hay otras cuatro de cinco metros de largo por dos de ancho, y en los extremos de éstas, sendas estanterías de dos metros de anchura, los del centro y un metro con 15 los de los extremos. Existen diez ventanas por banda, además de cuatro a los costados, los que proporcionan suficiente luz.

Indudablemente no es una biblioteca que responde a la técnica y al criterio moderno, ya que toda ella es de madera y el espacio, con ser tan amplio, está precariamente utilizado. No es un depósito de libros, fáciles de hallar gracias a buenos y abundantes índices, sino que es una exhibición de todas las obras, agrupadas éstas y ordenadas, según los tópicos más generales. No por eso carece de índices, pues existe un amplísimo índice por autores y otro por materias, ambos en tarjetas de 118 x 138 milímetros.

Algunas secciones de la Biblioteca del Salvador son tan completas y tan al día como la de Oratoria Sagrada, a la que nos hemos referido ya, y la de Teología Moral, gracias a las magníficas obras que adquirió el Padre José Ubach, y las de Matemáticas, Hagiografía, Ascética, Cristología e Historia Argentina. En gran parte se debe al Padre Vicente Gambón la abundancia y excelencia de esta última sección, aunque lo mejor de la rica folletería referente a historia ameriacna y argentina fué donación posterior que hizo al Colegio el señor Clemente Onelli.

Existen ejemplares de todas las grandes enciclopedias, Brittanica, Herder, Espasa, Americana, Anglo American, Catholic Encyclopedia, Staatslexicon, el Moroni con sus seis tomos de índices, el *Dictionnaire* de Cabrol, el de Vacant y Mangenot, el de Baudrillart y el de Viller, Cavallera y Guibert. sin contar otras obras aná-

logas como los 85 volúmenes de la *Biographie Universelle* de Michaud.

Por lo que respecta a las grandes colecciones de revistas posee toda la de *Civiltá Cattolica,* desde 1850 hasta la fecha, con sus índices: *Etudes,* de París, desde 1889; *Razón y Fe,* de Madrid, desde 1901; la *Revista de Derecho, Historia y Letras,* de Buenos Aires, desde su aparición en 1898; *Stimmen aus María-Laach* desde 1908; *Estudios,* de Buenos Aires, desde 1910, y todas las grandes revistas argentinas del pasado como la *Revista del Archivo, Revista de la Biblioteca, Revista Patriótica, Revista de Buenos Aires,* la *Ilustración Argentina* y otras de menor cuantía. En cuanto a las revistas estrictamente científicas posee las colecciones de *Cosmos, La Nature, Revue des Questions Scientifiques, Revue Génerale des Sciences, Revue Scientifique, Scientific American, Broteria. Anales del Museo Nacional de Historia Natural,* sin contar otras muchas de menor importancia.

La inmensa mayoría de los cuarenta y dos mil volúmenes que actualmente posee la Biblioteca del Colegio del Salvador son, como es obvio, los que pueden hallarse en la mayoría de las grandes bibiotecas del país. Posee, no obstante, algunos que pudiéramos clasificar de curiosos o raros y que son, por eso mismo, valiosos así bibliográfica, como económicamente.

4. A nuestro juicio ocupa el primer puesto el precioso ejemplar de la primera edición de los *Ejercicios Espirituales,* edición latina, publicados en Roma en 1548. Los ejemplares de esta edición son tan raros que sólo se conocen dos ejemplares completos, pero el que se conserva en la Biblioteca del Colegio del Salvador, tiene intacto el rojo sello de la Inquisición romana autorizando la circulación de la obra y al final tiene esta nota, escrita por el secretario de San Ignacio: *este volumen da el padre mío Ignacio para el Padre Brandó. Polanco.*

De la imprenta que a principios del siglo XVIII establecieron los Jesuítas en Misiones existen en la Biblioteca ejemplares de tres de sus publicaciones: el *Manuale ad usum Patrum Societatis Jesu,* impreso en Loreto en 1721; la *Explicación de el Catecismo en lengua Guaraní,* por el indio Nicolás Yapuguay, impresa en Santa María la Mayor en 1724 y el volumen, compuesto por el mismo Yapuguay, intitulado *Sermones y ejemplos,* e impreso en la Reduc-

ción de San Francisco Javier en 1727. Del *Manuale* sólo se conocen nueve ejemplares en Europa y en América; de la *Explicación* sólo se conocen tres ejemplares, y de los *Sermones* sólo se tiene noticia de dos ejemplares.

Menos interesante desde el punto de vista argentino, pero mucho más desde el punto de vista americano es el *Confessonario para los Curas de Indios*, impreso en Lima en 1585. Es el segundo libro, que se conoce, salido de los talleres limeños y el décimo-sexto libro impreso en el continente americano.

La sola posesión de estas cuatro obras, verdaderas rarezas en la bibliografía americana, da categoría y gloria a la biblioteca del Colegio del Salvador, pero a ellas hay que agregar otras muchas, menos valiosas, pero igualmente buscadas y ambicionadas por los bibliófilos, como el *Concilium Limense*, impreso en Madrid en 1591, las *Obsservazioni Fitologiche* del Jesuíta santiagueño Gaspar Xuárez, tan preciosamente ilustradas; el *Arte y Vocabulario de la Lengua Guaraní*, compuesto por el Padre Antonio Ruiz de Montoya e impreso en Madrid en 1640: el *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*, que escribió el Jesuíta manresano Andrés Febrés, e imprimióse en Lima en 1765; el *Vocabulario Poligloto* y el *Catalogo delle lingue* del Padre Lorenzo Hervás y Panduro: la *Historia de la Compañía de Jesús* y la Chorografía del *Gran Chaco Gualamba* que en 1733 y 1754 publicó el Padre Pedro Lozano; las *Pastorales* del Obispo San Alberto, que fueron las obras más voluminosas que salieron de los talleres porteños, en los primeros tiempos que hubo imprenta en Buenos Aires; el *Atlas* de Alcides de Orbigny, con las láminas egregiamente iluminadas; el libro de Burmeister sobre *Los Caballos fósiles de la Pampa Argentina* (1875), y su suplemento; las *Vues Pittoresques de la République Argentine*, por el mismo Burmeister (1881), y muchas otras obras igualmente valiosas por su rareza.

Entre los libros cuyo valor estriba en haber pertenecido a personas de actuación destacada o por llevar dedicatorias de sus autores, posee el Salvador un ejemplar de las *Ragioni storiche de Antonio Lucci* que lleva el autógrafo "Dni. Laurentii Ganganelli S. Officii Consultoris", esto es: "pertenece al Sr. Lorenzo Ganganelli, Consultor del Santo Oficio", y después, Papa Clemente XIV, que fué quien suprimió la Compañía de Jesús en 1773; un ejemplar de *Fabiola*, edición francesa de 1856, lleva al frente una larga de-

dicatoria de su autor, el Cardenal Wiseman, ofreciendo el ejemplar a J. Casterman; un *Publii Ovidii Nasonis Tristium libri V.* edición Madrileña de 1790 que perteneció a Juan Gregorio Las Heras; sendos ejemplares de los *Suspiros de San Agustín*, Madrid 1635, y de la *Lucerna Mystica* de López Ezquerra, edición de Venecia de 1758, que pertenecieron al Dr. Saturnino Segurola, cuyo autógrafo ostentan; también perteneció a este insigne varón el *Arte de Febrés*, de que hicimos mención más arriba. El *Atlas* de De Orbigny, que también recordamos arriba, lleva al frente estas líneas: Recuerdo de A. J. Carranza —a su buen amigo— M. R. Trelles; un librito *De Regulis Juris Canonici*, Venecia 1735, dice en su portada que "Es del Doctor Puirredon", mientras que cuatro tomos de *Virgilio*, en versión francesa, pertenecieron a Alberdi y un estudio sobre lenguas indígenas perteneció al doctor Samuel Lafone y Quevedo.

Un ejemplar del *Cleri Socius* lleva esta dedicatoria: A mi distinguido Amigo Monseñor Dr. D. Martín Piñero. Montevideo. Enero 2 - 1872. Y. M. Yeregui" y al frente de unas *Meditaciones* del Padre Avancini, edición de Barcelona 1870, se lee: "Fr. Mamertus Esquiú - Limae, 1872". Frente a esta leyenda existe esta nota: R. P. Camilo Jordán: Dígnese aceptar este humilde presente en nombre de mi padre D. Santiago Esquiú, de mi madre Da. María de las Nieves Medina, de un hermano Fray Mamerto y de toda mi familia. Su muy reconocido y afectísimo servidor. — Odorico Esquiú. — Bs. As. Marzo 19 - 1883. Un ejemplar del *Martín Fierro*, edición de 1878, lleva esta breve dedicatoria: Humilde regalo de el autor.. Buenos Aires. Abril 1879. ¿A quién dedica este volumen el eximio vate nacional, José Hernández? No lo dicen las palabras de la mencionada dedicatoria, pero el ejemplar está primorosamente encuadernado y con la misma plancha con que se grabó en su cubierta: "José Hernández — El Gaucho y la vuelta de Martín Fierro" se grabó esta línea: "Colegio del Salvador", de donde colegimos que dicha dedicatoria de Hernández es al Colegio.

Al Colegio de Córdova perteneció el *Concilium Limense* de 1591, que recordamos más arriba, si bien pasó después al *Colegio de Las Corrientes de la Compañía de Ihs.*; primero a la *Reducción de San Nicolás* y después a la de *Apóstoles* perteneció el ejemplar de las *Ordinationes Praepositorum Generalium*, edición antverpiana de 1635; a Fray Cayetano Rodríguez, Superioris permissu pertene-

ció el *De Festis* de Benedicto XIV, si bien se lee, además, que es "De la Librería del Convento de la Santa Recolección del Rincón de San Pedro. Año de 1812". Al frente de un ejemplar de la *Historia de las Guerras Civiles de los Romanos,* escrita por Jaime Bartolomé e impresa en Barcelona en 1592, se lee: "Lo regaló al Colegio Real de San Carlos de Buenos Ayres su Rector el Dor. Dn. Luis Joseph Chorroarín. Año 1797". Del citado Fray Cayetano Rodríguez posee el Salvador tres tomos de lecciones de filosofía, y uno de Medrano y otro del Jesuíta Mariano Suárez, profesor que había sido en la Universidad de Córdoba, a mediados del siglo XVIII.

Curioso volumen es el rotulado "Catalogue des livres de la Bibliotheque de la maison professe des ci-devant soi-disans Jesuites, París 1763, volumen de 478 páginas de texto, tan nutrido como interesantísimo desde el punto de vista bibliográfico, y al frente se lee: "A la Biblioteca de los Reverendos Padres Jesuitas del Salvador de Buenos Aires. Recuerdo de su invariable y ferviente amigo. — Hugo Wast. — París, mayo 5 de 1930." El mismo Hugo Wast, al frente de *Tierra de Jaguares* escribió estas líneas: "Al R. P. Rector del Colegio del Salvador, ofrezco éste mi último hijo intelectual, como un homenaje sencillo, pero cordial, de mi gran afecto hacia los beneméritos Padres Jesuítas, mis maestros de antaño y amigos de siempre. Hugo Wast".

Largo sería el elenco si quisiéramos consignar aquí todos los libros que fueron dedicados al Colegio del Salvador por sus respectivos autores, desde la *Vuelta de Martín Fierro* con que José Hernández honró al Colegio en 1879, hasta la *Rapsodia Viajera* de César Carrizo, precedida de estas bellas frases: "Para el Colegio del Salvador, santo hogar de Nuestro Señor y solar del espíritu. Con humildad cristiana. — *César Carrizo,* Mayo de 1944.

5. Contiene también la biblioteca una sección de manuscritos, entre los que los hay así curiosos como valiosos. Posee seis documentos en vitela, correspondientes a los años 1375, 1416, 1565, 1566, 1613 y 1624. El de 1613 es un nombramiento de Inquisidor, pero todo el documento está exornado con miniaturas, mayúsculas y filigranas de variados colores. El documento de 1375 está en latín y suscrito por un tal Ajatus Goamir y refrendado por el notario público Jacobo Bajul, ambos árabes españoles.

Incomparablemente más valioso es la *Breve Introducción para aprender la lengua Guaraní* por el Padre Alonso de Aragona, volumen en 8º de 76 páginas, copia de fines del siglo XVII, debida a un indio de las Reducciones. Es la única copia que se posee de tan preciosa obra. De ella se valió el General Mitre para algunos de sus estudios, gracias a que el Padre Pablo Hernández se lo facilitó generosamente.

"*Gacetas del año de 1735 que un fantástico Duende sacaba a la luz de lo interior, que pasaba en el govierno de España*, es el título de un grueso volumen de 182 fojas, y del que, se dice, sólo existen tres ejemplares, el que poseyó el señor Cánovas del Castillo, el de una biblioteca italiana y este del Salvador. Es una crítica en verso y prosa contra la política española de la época.

Existe una preciosa *Carta del doctor Pedro Ignacio de Castro Barros* al Padre Mariano Berdugo, escrita desde la Calera de Tagle a 20 de noviembre de 1842, y existe otra de la *Madre María Antonia de la Paz y Figueroa*, escrita en Buenos Aires el 16 de marzo de 1785 y dirigida al señor Ambrosio Funes, y existe una misiva de este gran ciudadano y gobernante cordobés.

De los próceres nacionales exhibe la Biblioteca en sus vitrinas preciosos *autógrafos* de Belgrano, de San Martín, de Güemes, de Carlos de Alvear, de José Ignacio Gorriti, de Martín Rodríguez, de Gregorio Aráoz de Lamadrid, Juan Ramón Balcarce, de Gervasio Posadas, de Juan José Viamonte, de Tomás Guido y de Martín de Pueyrredón. También posee autógrafos de los Generales Rosas, Mitre y Fotheringham.

Posee, además, la Biblioteca una regular colección de láminas antiguas, muchas de las cuales son aguafuertes como el Fray Bernardo de Corleón por Juan Antonio Salvador Carmona, los Reyes de Portugal, por G. M. Rousseau, Sancta María ad Nives por Cayetano Vascellini, la Apotheosis por Lascinio, un magnífico retrato de Barbarelli por Antonio Corsi, y otro de Moratti por Giacoboni, un tercero de Jacobo Palma por Antonio Pazzi, otro de Bandinelli por Silvio Pomarede, el cuadro Virtus Domini ad sanandum por Ciro Sanctio, Juan de Medici por Adriano Haluech, retrato de un guerrero por T. Vercruys, Benedetto Varchi por G. Rivera, Antonio Cocchi por Viremundo Rossi, Giusto Subtermans por F. M. Francia, el Cristo de la Paciencia por Antonio Lorenzini, la

colección dantesca de Luigi Adamolli, y otro centenar de láminas igualmente apreciables.

Otra sección notable de la Biblioteca del Salvador es la referente a la Cartografía americana de los siglos XVI al XIX. Consta esta sección de 640 piezas entre originales o primeras ediciones, facsímiles o copias de diversa índole. Allí pueden verse los mapas o portulanos de Juan de la Cosa y Contino, Errique Glareano y Juan de Stobniza, Schöner y Reinel, Verrazzano y Apiano, Alonso de Santa Cruz y Diego Ribeiro, Maiollo y Thorne, Battista Agnese y Pedro Mártir de Anglería, el mapa de Gaboto de 1544 y el de Lázaro Luis de 1563, el Rui Díaz de Guzmán publicado por Daniel García Acevedo y el de Antonio F. Lucini publicado por De Agostini, el Paraguaria Provinciae de 1732 y la Carta de J. N. Bellin de 1756, sin contar toda la colección de mapas jesuíticos y no pocos de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

7. Fué el doctor Julio Padilla, gran caballero de la sociedad tucumana y profesor del Colegio, quien en 1925, con la aprobación y el apoyo del Padre Castillejo, comenzó a formar el Museo Histórico. Otro buen amigo del Salvador, y ex alumno del mismo, el señor Teófilo Lacroze, se ofreció a sufragar, como en efecto sufragó, gran parte de los necesarios gastos. En mayo de 1926 el Museo era ya una realidad. Se ubicó en uno de los antiguos salones-dormitorios, muy adecuado a ese fin. Posteriormente se trasladó al amplio salón que se encuentra en el ángulo que forman las calles Tucumán y Riobamba y allí se halla al presente.

Un Museo Histórico en el corazón mismo del histórico Colegio, escribíamos en 1926, una walhalla en el centro mismo de esta vieja y gloriosa institución docente, y una cátedra permanente de patriotismo en medio de los gabinetes científicos, al lado del templo, junto a las aulas escolares, a la par de los patios deportivos, es toda una significación de argentinismo y de nobles y elevados ideales patrióticos.

Allí se ostentan autógrafos de San Martín y de Belgrano, de Güemes y de Rivadavia, de Sarratea y de Passo, de Alvear y de Balcarce, de Mitre, de Alsina, de Avellaneda, de Frías y de Fotheringham, sin contar cartas de Liniers, de Vélez Sársfield, de Funes y de Castro Barros.

Un retablo, cuyas puertas están curiosamente pintadas con los

retratos de los dueños del mismo, lleva la fecha de 1810. De cuatro años antes es un gran cuadro que consigna los cuerpos de tropas que había entonces en Buenos Aires, y lleva al pie la firma y rúbrica de Cornelio de Saavedra. Dos cañones, tres sables y una pistola de la época de las guerras de la Independencia. Posee el Museo el altar portátil del Obispo Colombres y una estatua del Niño Jesús yacente que perteneció al mismo prelado y patriota.

Una magnífica coraza o peplo de hierro, que pesa siete kilos es de fines del siglo XVI. Hallóse en la barranca del Paraná a la altura de la ciudad de Reconquista. Del siglo XVIII es el ornamentado aguamanil, trabajo al rojo asperón, que perteneció otrora a la sacristía de la Iglesia de la Reducción de San Ignacio Miní, y de esa misma Reducción procede la campana descasquetada y proceden igualmente varias de las losas funerarias. Existen, además, en el Museo otras muchas reliquias procedentes de las Misiones Jesuíticas, sobre todo maderas talladas y policromadas por los indígenas de las mismas. Casi todos estos objetos, incluso el aguamanil, fueron traídos desde San Ignacio por el Padre Vicente Gambón a principios de este siglo. El precioso atril, también de factura misionera, fué donado al Museo por el Padre Federico Vogt.

Visten los muros del Museo una docena de viejos cuadros, cinco de ellos de procedencia peruana y cuyo arte pertenece a la llamada Escuela Cuzqueña. Uno de ellos, el Cristo de la Paciencia, es obra exquisita. Así éste, como la mayoría de los mencionados óleos, están encuadrados en marcos tan valiosos como los lienzos que ostentan. Llama la atención el marco floreado de la imagen de la Inmaculada. Sabemos que a 5 de Julio de 1880 el señor Pedro Pereyra trajo este lienzo al Colegio, diciendo que al obrar así cumplía la última voluntad de doña N. Alzaga.

En materia de alfarería indígena posee el Museo muchas piezas así de procedencia Calchaquí como de origen Mocobí, sobre todo las extraídas de la Laguna Guadalupe a principios de este siglo y del Arroyo Leyes, en nuestros días. Posee también un buen lote de hachas, así de la época paleolítica como de la neolítica, varios almireces de piedra, varios huacos, tres espejos con marco de cornucopia, tres arcones, gargantillas, y finalmente una llijlla o tejido muy fino de lana de alpaca, con listas y dibujos multicolores, hallado en una tumba peruana.

Entre los bienhechores del Museo es justo recordar, además

del doctor Teófilo Lacroze y del doctor Julio Padilla, al Sr. Andrés Rey, quien donó un librito manuscrito que perteneció al Deán Segurola; al doctor Ernesto Padilla, a quien se deben casi todas las piezas de alfarería Calchaquí; al doctor José Ignacio Olmedo, que donó las cartas de Castro Barros y de la Madre Antula; al doctor Juan Carlos Rocca que obsequió al Museo cuatro espadas y tres pistolas antiguas; al señor Emilio Méndez que regaló un almirez tucumano; al señor Enrique J. Ramayón que entregó un plato que había pertenecido a la vajilla de Rivadavia; a los hermanos Rogelio y Ramón Tristany donantes de una carta del General Paz y de varios documentos referentes a hechos de 1820-1825; al Sr. Luis V. Ochoa que entregó todas las medallas que su señor padre había merecido durante la Guerra del Paraguay; y sobre todo hemos de recordar al Sr. Clemente Onelli, de cuya rica colección de antigüedades proceden casi todas las piezas de platería que existen ahora en el Museo del Salvador, además de otros muchos objetos.

8. El Colegio no posee una galería de obras de arte pictórico, pero en sus salas y corredores se hallan no pocos lienzos de singular mérito. El lote más notable de los mismos fué obsequiado al Colegio por el Canónigo Martín Avelino Piñero en 1883, pocos años antes de su deceso. No nos consta con certeza, pero sospechamos que constituía ese lote de telas la del Obispo San Prudencio, la del Arrepentimiento de San Pedro, la *Petre, pasce oves meas*, la Ecce Homo, la que representa a San Jerónimo con un cráneo en la mano y la hermosa testa de un anciano prelado.

Como ya indicamos en otra parte de esta historia, fué en 1902 que el joven exalumno Carlos Cucullu donó al Colegio los dos grandes lienzos de Guido Reni y del Veronesse, que son sin duda dos obras de exquisito arte.

Del Hermano Xandri, que durante tantos años fué profesor de dibujo en el Salvador, posee éste el cuadro de Santa Rosa de Lima, que pintó para la Academia Literaria del Plata. Para la misma pintó un retrato del Padre Homs. Según dijimos al hablar del actual altar de la iglesia, existió con mucha anterioridad y simulando al mismo, un altar ficticio trabajado por un eximio perspectivista madrileño. Para este altar pintó el H. Xandri tres imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, de San Luis Gonzaga y de San Juan Berchmans, existentes aún en los depósitos de la Sacristía.

Son también de este Hermano los cuadros del comedor de los Padres: Regina Societatis Jesu, que pintó por voluntad del Padre Jordán, La Virgen con el Niño, San José con el Niño, S. Ignacio, S. Javier, S. Luis, S. Estanislao, S. Berchmans, S. Borja, S. Francisco de Jerónimo, S. Pedro Claver, S. Alonso Rodríguez y los Santos Mártires del Japón. Son del mismo artista los seis lienzos que decoran los muros de la Capilla Doméstica y los siete que existen en las diversas Brigadas y representan a los santos patronos de las mismas. Para diversas fiestas o actos públicos pintó el Hermano Xandri los lienzos que representan la Apoteosis de San Ignacio y la Apoteosis de San Javier, el retrato de Monseñor Castellano, los retratos de los alumnos Ricardo Spinedi y José Viacava y otros muchos cuadros como el San Luis en oración, El Santo Angel con dos niños, San Rafael con el joven Tobías, el Beato Realino con los nobles de Lecce, el Beato Realino con la Virgen y el Niño Jesús, el Beato Baldinucci, los Mártires Ingleses, los Mártires del Salsete, Cristo y los Apóstoles recogiendo espigas, Cristo servido por Angeles después de las tentaciones y Colón en el puerto de Palos. Para el Salón de actos pintó ocho telas imitando relieves en "terra cotta", tres de ellas representando santos músicos, otra la Religión Maestra y las demás simbolizando los genios de las ciencias.

9. Es también un crédito para el Colegio del Salvador su Museo de Historia Natural, iniciado en 1868, al fundarse el Colegio, pero totalmente destruído en 1875, cuando el incendio del mismo. Los Padres Miguel Codorniu, Estanislao Soler, Mariano Camps, Luis Canudas y Joaquín Terol se ocuparon asiduamente así en la conservación como en el aumento de las diversas colecciones de que consta dicho Museo. Las de malacología y ornitología son espléndidas, abarcando la primera ejemplares de todas las partes del mundo y la segunda tan sólo ejemplares argentinos. En la curiosa serie de esqueletos armados que existe en el Museo se encuentra el de la echidria hystria, mamífero equino de origen australiano.

Desde 1928 existe también en el Colegio un magnífico Laboratorio Biológico, provisto con todas las exigencias de los programas de entonces, y dispuesto para el trabajo de los alumnos y exalumnos que se interesan seriamente por las ciencias biológicas. Cuenta con mesas de inclusiones y microtomías, mesa para colo-

ración de preparaciones, mesa para análisis biológico, y otras para fisiología y bacteriología. Cada una de estas secciones va munida de los aparatos necesarios para los diversos trabajos que en ellas pueden realizarse. La sección de bacteriología cuenta con dos estufas de cultivos, dos estufas de esterilización seca y dos autoclaves con todo lo necesario para los distintos trabajos de esta índole. Cuenta además el laboratorio con instalación de microfotografía y microproyección con óptica abundante y de excelente calidad. Se debió al Padre José María Blanco la instalación de este Laboratorio.

10. El Gabinete de Física del Colegio puede, sin duda alguna, considerarse como uno de los mejor equipados entre los similares que en Buenos Aires están destinados a la enseñanza secundaria.

Sabemos que en 1871 y en 1873 habían llegado dos remesas de aparatos desde París, de suerte que ya en 1875 el Gabinete de Física tenía su importancia. Los que asaltaron el Colegio el 28 de febrero de ese año les importó muy poco el Gabinete, y ya vimos cómo el Padre Albi les increpó el que por simple diversión rompieran los aparatos:

> Entonces me quejé a los que estaban delante de mí, de que se hiciera tanto daño con objetos tan preciosos. Algunos de ellos se volvieron a mí, dirigiéndome las puntas de las banderas y dando gritos de muerte... [572]

En 1876 sabemos que el Laboratorio de Química, el Gabinete de Física y el Museo de Historia Natural fueron trasladados de local, y en octubre de 1882 sufrieron otro traslado, pero desde 1908 ocupan los locales actuales. El amplio local, ocupado por el Gabinete de Física está dividido en tres grandes salas.

La primera de ellas es lo que podríamos llamar el "auditorium". Tiene capacidad holgadamente para cuarenta oyentes y todas las comodidades requeridas para que el profesor haga con tranquilidad y seguridad sus clases y experiencias: una gran mesa instalada por la casa Otto Hess, con pileta y agua corriente, varios picos de gas acetileno, depósito especial para trabajar con mercurio y experiencias de calor y electricidad en ambas corrientes, alternada y continua, que puede ser usada con el voltaje y amperaje que se

desee por medio de un transformador provisto de un estupendo tablero con sus respectivos voltímetros y amperímetros.

Hay también, para cuando las circunstancias lo exijan, una campana con chimenea de buen tiraje libre y forzado.

Una espléndida pantalla para proyecciones y aún películas, así como la bien distribuída iluminación natural y artificial de la sala, completan el material base de que dispone el profesor para sus clases.

La segunda sala está destinada actualmente a los profesores, para sus estudios particulares y para preparar sus clases experimentales. Es muy amplia y tiene instaladas también por la casa Hess dos grandes mesas munidas de 12 picos de gas cada una, corriente alternada y continua cuyo voltaje y amperaje puede ser regulado a voluntad por medio de un transformador similar al existente en la sala anterior. Hay también en esta sala instalación de agua corriente y una mesa con todas las comodidades y herramientas necesarias para un taller de urgencia, así como una pequeña biblioteca con los manuales más usados y catálogos de aparatos.

Toda esta instalación se hizo con miras a la exigencia, un tiempo en vigor del Ministerio de Instrucción Pública, de que los alumnos se presentaran a examen habiendo hecho práctica de todo aquello que habían visto. Aquí pueden hacer prácticas simultáneamente unos treinta alumnos.

En la tercera y última sala encontramos lo que podríamos llamar el "depósito" del abundante material y aparatos de que consta el gabinete. Seis enormes armarios no son suficientes para contenerlos, habiéndose tenido que poner dos más en las salas anteriores.

Sería muy prolijo hacer una enumeración detallada de todo lo que contiene; cierto es que no hay experiencia que por necesidad o conveniencia se haya de hacer, que no pueda realizarse; más aún, hay además una serie de aparatos que facilitan al profesor la explicación de varios puntos, que aunque no estén en los programas, dada su actualidad e interés piden ser expuestos, si no a todos, por lo menos a los alumnos más aventajados. Con todo, no quiero dejar de mencionar la muy completa colección de tubos de Geissler, tubos de Crookes para rayos catódicos y para rayos anódicos y rayos Röntgen. Es tan completa y está en tan perfecto

estado que causa la admiración de las personas entendidas que visitan el Gabinete.

El Laboratorio de Química se halla en una amplia sala de 16 x 12 metros, y ha ido renovándose de continuo desde hace 75 años. Su actual disposición data de 1923, año en que el Padre Terol dispuso de los medios necesarios para instalar, como en efecto instaló, un Laboratorio de primera categoría.

En el centro de dicho Laboratorio se halla la mesa de trabajos prácticos, de 5.50 metros de largo por 1.35 de ancho. El tablero es de madera de roble de dos pulgadas de espesor, pintado de negro de anilina, resistente a los ácidos y álcalis. En los extremos de la mesa se levantan dos columnas metálicas de 0.80 de alto, con tres grifos cada una, dos superiores para trompas, y otro inferior para provisión de agua, con sus respectivas piletas griegas de porcelana.

A lo largo, y en el centro de la mesa, se levantan cinco soportes, sosteniendo dos estantes paralelos, de 5 metros de largo y 0.25 de ancho; bordeando el último estante corre un tubo de bronce que alimenta cinco canillas de cada lado; en el tablero les corresponden otros tantos desagües, hay además dos tubos gruesos para desalojo de gases; a ambos lados y en el medio hay instalados ocho florones metálicos con cuatro tomas de gas cada uno; lateralmente y por debajo del reborde de la mesa hay cuatro tomacorrientes eléctricos; en las bandas laterales se abren ocho cajones y cuatro armarios dobles, por lado.

Paralelamente a esta mesa principal se extienden otras dos, provistas de todos los pormenores prácticos de laboratorio. Adosados a las paredes se encuentran las vitrinas con los productos químicos y demás elementos de estudio. Cuando en 1924 visitó este Laboratorio el insigne químico español, Padre Eduardo Vitoria, declaró que en la órbita de los Laboratorios escolares, nada había él visto que pudiera parangonarse en perfección técnica al Laboratorio del Colegio del Salvador.

En los armarios inferiores que hacen de frontal inferior en todo el laboratorio, se hallan todas las categorías de productos bien clasificados y todas las variedades de hornos antiguos y modernos.

Posee además el laboratorio los especiales aparatos de microscopía, rayos ultraviolados, electroquímica, etc.

De modo que desde la retorta de barro propia de la era alqui-

mista, hasta el vidrio Pírex; se halla en este laboratorio un material sobreabundante y selecto para mayores conocimientos aún que los exigidos por el bachillerato.

Lo característico de este laboratorio son las mesas de roble blanco ennegrecidas con brillantez, mediante un procedimiento químico, como también la tabla de elementos luminosa y la disposición mecánica de los electrones en un aparato luminoso y giratorio.

Capítulo XI

EL PADRE VICENTE GAMBON, S. J.

1 — *En el Salvador desde* 1879 *a* 1925; 2 — *Unidad de pensamiento y de conducta;* 3 — *Datos biográficos;* 4 — *Su argentinismo;* 5 — *La revista* "Estudios"; 6 — *El Congreso Eucarístico Nacional* (1916); *el Certamen de* 1910, *el Ateneo de la Juventud, los Cursos de Cultura Católica;* 7 — *El homenaje de* 1922; 8 — *Su deceso en abril de* 1925.

1. Fué también durante el rectorado del Padre Juan Castillejo que llevó Dios para sí al hombre más conspicuo con que contaba entonces el Colegio del Salvador. Nos referimos al Padre Vicente Gambón, al varón sabio y prudente, noble y generoso, que en vida del Padre Jordán fué un émulo de sus glorias y después del deceso del gran Jesuíta italiano, recogió en mayor grado, que otro alguno, su prestigiosa herencia.

Frisaba en los veintidós años de su vida cuando llegó el joven Vicente Gambón al Colegio del Salvador en el curso de 1879. En el año escolar de 1880 corrió con la clase de Retórica, con la enseñanza de la lengua griega, con la Geometría y la Historia de América, y era el Director de la Academia Literaria del Plata, recientemente fundada. En 1882 pasó a ser sub-director de dicha Academia, mientras que el Padre Requena era el Director de la misma. En 1885 partió a España para terminar sus estudios eclesiásticos, al cabo de los cuales, y ordenado ya sacerdote, regresó a la Argentina y al Colegio del Salvador, en 1895, y desde esa fecha hasta muy entrado este siglo le hallamos de profesor de Física y de Cosmografía, o de Literatura y de Historia, o de Instrucción Cívica y de Economía Política. Dios le había dotado tan singularmente así para las ciencias como para las artes, que nada era ajeno a su espíritu y a sus aficiones. Sus alumnos de física le creían un especialista en el ramo, tal era el conocimiento y el entusiasmo que desplegaba ante los tubos de Crookes; mientras sus alumnos de Historia Argentina enardecidos le contemplaban reconstruir el pasado con viejos papeles que llevaba al aula; y los de Literatura sentían, al fluir de sus comentarios, la belleza de la Oda a Salinas y el encanto de las Eglogas de Garcilaso.

Alma grande, generosa y noble, era el Padre Gambón, antes

que sabio y antes que artista, un amigo de los hombres, un lenitivo de las almas doloridas, un animador de los espíritus apocados, un orientador de los jóvenes, un maravilloso captador de las turbaciones e inquietudes, de las ansias y de los ímpetus del corazón humano. Era una caravana de hombres, jóvenes y niños, la que diariamente desfilaba por su despacho, y nadie se acercó jamás a él que saliera de su presencia desilusionado.

2. Magníficamente ha estampado el carácter del Padre Gambón quien le conoció y trató íntimamente desde agosto de 1879 hasta abril de 1925 [573]:

> Era de carácter franco y afable, con una gran ponderación de espíritu, que le permitía mantener una completa tranquilidad y dominio de sí mismo aún en las situaciones más difíciles; siempre encontraba la palabra oportuna y el consejo prudente para los numerosos casos de conciencia que se le presentaban; amante por temperamento de la sociedad de los amigos, se encerraba con igual facilidad en el silencio de su gabinete para estudiar los diversos problemas que se presentaban a su espíritu de investigador; podía decirse de él como del filósofo antiguo que nada de lo humano le era extraño, y no se engolfaba en el estudio de las ciencias eclesiásticas y profanas, por un simple espíritu de curiosidad, sino por un deber de conciencia para fortificar sus convicciones y saberlas transmitir en cumplimiento de su ministerio religioso. Fué un gran amigo, tanto en los momentos de bonanza, como en los días borrascosos, y como nada ambicionaba ni pedía para sí, se entregaba de cuerpo entero a los que necesitaban de su ayuda espiritual, dispuesto siempre a estimular sonrisas o a enjugar lágrimas, con evangélica abnegación de sí mismo.
>
> Pero indiscutiblemente el rasgo prominente de la vigorosa personalidad del P. Gambón estriba en su inalterable unidad de pensamiento y de conducta en todas las etapas de su vida, sin la más leve vacilación. Había adoptado como lema de su existencia el famoso principio de la Compañía de Jesús "Ad Majorem Dei Gloriam" y concentró todas sus energías físicas para realizar ese supremo ideal. Desprendido voluntariamente de todos los halagos que presenta el mundo, ni ambicionó riquezas, ni solicitó honores que por sus condiciones sobresalientes le hubiera sido fácil adquirir, y vivió cerca de setenta años, dando todo a los demás y sin recibir nada para sí.
>
> El único tesoro al que aspiró, fué el de nutrir su inteligencia con los vastos conocimientos de la ciencia en sus diversas manifestaciones, porque a ello lo obligaban sus tareas docentes y su condición de director espiritual de varias generaciones de jóvenes, pero subordinando su sólida preparación enciclopédica a los principios tutelares de la doctrina cristiana, sintetizados desde hace dos mil años en el Credo de los Apóstoles, que

recitaba varias veces al día durante sus sesenta y siete años de edad, cada vez más convencido de su verdad inconmovible. Y al terminar su existencia lleno de profundos conocimientos, pudo decir como Pasteur, de quien era gran admirador, que si aún hubiera estudiado más, en lugar de la fe de un bretón, tendría la fe de una bretona. La aspiración del P. Gambón, y estoy seguro que lo consiguió, era tener la fe profunda que le infundió su santa madre, que recordaba siempre con tanta ternura filial.

Estas frases son del doctor Tomás R. Cullen, y a ellas hemos de agregar otras que se refieren a su labor como consejero y mentor de la juventud, que fué, puede decirse, la principal labor del Padre Gambón durante toda su actuación en el Colegio pero especialmente en los últimos veinte años [574].

Hombres de todas las edades, temperamentos y posiciones se allegaban a él para apaciguar en el remanso de su serena concepción de la vida, las grandes tormentas de las inquietudes humanas.

Atraían como el imán al hierro sus dotes de consejero probo, ecuánime y mesurado, la claridad de su talento. el criterio con que dictaba su fallo y el cariño que ponía en su palabra llena de suavidad y de dulzura como que era el eco de su armonía interior.

Ponía la ingenuidad del niño, la energía del adolescente, la sagacidad del psicólogo, el espíritu práctico de un hombre de empresa, el *savoir faire* y pundonor de un caballero sin tacha y la pureza de un asceta. Con tan bellas prendas morales e intelectuales y con la rectitud de intención que caracterizó todos sus actos, no era de extrañar que en torno suyo girasen intereses de variada índole e importancia.

De tal suerte, ora satisfacía con entusiasmo de bueno y con espíritu jovial la pregunta insistente y pueril de los alumnos más pequeños de la casa —muchos de ellos nietos de sus primeros discípulos— ora se lo sabía dando la condigna respuesta a la consulta grave y sesuda de hombres del foro y de la política; bien solventaba un asunto de conciencia, delicado y difícil; bien emitía su opinión, siempre acertada, sobre trascendentales cuestiones de orden público; ya se le veía arrimar el hombro para allanar los mil inconvenientes que supone la marcha ordenada de este histórico Colegio del Salvador, del cual fué, como se lo llamaba en tono de camaradería, el Ministro de Relaciones Exteriores; ya preocuparse empeñosamente de cuanto atañía al buen nombre y progreso de su amada Compañía de Jesús, bajo cuya égida vivió cincuenta y dos años de los sesenta y ocho de su laboriosa y apostólica existencia.

Con un carácter forjado al calor de una vocación consciente, tenía toda la autoridad que emana del deber cumplido y de la serenidad del espíritu. Pocos hombres como él podían levantar su voz con más independencia y con más tranquilidad. Se lo sabía de una sola pieza, consecuen-

te hasta el fin con su palabra, con su proverbial hidalguía y con las normas de su credo. Le era dado hablar, pues, y hacerse escuchar sin temor a que se le enrostrase nada que fuese en desdoro y mengua de su nombre. Por lo demás, no permitió nunca que la adulación viniese a arrastrarse artera, vergonzante y taimada hasta el pedestal de su posición moral labrado a fuerza de merecimientos, y cerró sus oídos cada vez que susurró ante ellos la cantinela de las lisonjas vanas y mentidas.

Nunca fué satélite de mediocridades aspirantes al cuarto de hora de celebridad, y desdeñando la vocinglería hueca de figuras de segundo orden que pugnan por sobresalir a base de promesas engañosas, hacía centellar los rayos de su indignación cuando sabía que se engañaba al pueblo con panaceas ficticias y líricos programas de redención social.

Todo esto es del señor Pedro Tilli, y es también él quien acertadamente escribe que, por sus egregias dotes,

el Padre Gambón tenía reservado un sitio de honor: el que se destina al mejor y más íntimo de los amigos. Lo había conquistado en buena ley, con su hombría de bien, con su virtud ejercitada en el yunque acerado de las severas disciplinas de su Orden, con su lealtad consumada e insospechable y con sus exquisitas maneras de gran señor.

Por eso se le recibía en el seno del hogar como se recibe a un verdadero padre, abiertas de par en par las puertas, anheloso de júbilo el corazón y prontas las manos para el abrazo cordial. Amigo sincero, nadie puede notar una inconsecuencia o un olvido; por el contrario, servicial y generoso se le vió siempre dispuesto a acometer cualquier empresa o a superar cualquier dificultad si en ello iba la suerte de un amigo. Cultor ferviente y apasionado de este culto de la amistad, a él consagró, hasta las lindes del sacrificio, sus mejores desvelos. Así se lo imponía su propia idiosincrasia y la bondad exhuberante de su alma; así también el ansia jamás saciada de adueñarse de los corazones para llevarlos por el camino de la luz, de la verdad y de la vida.

3. Había nacido el Padre Gambón en Graus, pueblo de la provincia de Huesca, de la diócesis de Barbastro, en España, el 10 de Setiembre del año 1857, y cursó sus primeros estudios de humanidades y retórica en la ciudad de Barbastro y en Forz.

Terminados sus estudios primarios y cuando sólo contaba 15 años de edad, fué admitido en la Compañía de Jesús, el 10 de Octubre de 1872.

Inició su noviciado en Andorra y lo terminó en Chateau Dussede, (Francia), donde, en Diciembre de 1874, recibió la tonsura y las cuatro órdenes menores de manos de monseñor Florián Desprez, arzobispo de Tolouse, y luego, desde 1875 a 1876 estudió la

retórica, cursando el primer año de filosofía en Auzielley y los siguientes en Veruela, hasta terminarlos en 1879.

Por haber terminado esos estudios con brillantez y por hallarse algo delicado de salud, debido, sin duda, al esfuerzo mental realizado, el padre Gambón fué trasladado a la Argentina, a la que tanto había de amar y a la que tanto había de servir, llegando a Buenos Aires en Julio de 1879. Sus primeras actividades las desarrolló en el Colegio donde más tarde habría de pasar el resto de su vida y donde habría de sorprenderlo la muerte. Desde su llegada, en efecto, enseñó la retórica, las matemáticas e historia, hasta el año 1887 en que volvió a España para terminar sus estudios eclesiásticos y celebrar su primera misa, como ya indicamos.

En 1895 regresó a la Argentina y fué destinado al Salvador, en el que moró, salvo pequeñas temporadas de ausencia, desde aquella fecha hasta la de su deceso. Recuérdese que desde el 29 de marzo de 1918 hasta el 13 de marzo de 1921 fué Superior de la Residencia de Régina Martyrum, pero aun durante esos años seguía al frente de la Congregación de Ex-alumnos del Colegio del Salvador.

La enseñanza le atraía y, en cuanto le fué posible, ocupó algunas de las cátedras en el Colegio, ya la de Filosofía o Apologética, ya la de Física y Economía Política, ya la de Literatura e Historia Argentina, y es cierto que en todas estas asignaturas no sólo era eminente por sus conocimientos científicos sino también por el don pedagógico que le caracterizaba.

Las tareas del aula no le impidieron, por otra parte, desarrollar sus aptitudes de escritor y de pensador, habiendo condensado su profusa actividad en varias y apreciables obras como: *Los problemas de la enseñanza secundaria, El divorcio, Curso de apologética cristiana, Historia Argentina, Manual de instrucción cívica, Nociones de economía política, Educación cristiana de las jóvenes, A través de las misiones guaraníticas, Manual de urbanidad cristiana, El beato Bernardino Realino, Los tres primeros mártires de la diócesis de Buenos Aires* y *Recuerdo biográfico de sor María Eufrasia Jaconis.*

4. En uno de estos libros hallamos unas frases que explican por una parte el puesto prestigioso que ha gozado y goza ese libro, y por otra parte nos dan a conocer cuán íntimamente supo el

Padre Gambón sentir la Argentina, llegando así a amarla y servirla tan generosa como noblemente [574]:

La "Historia Argentina" se había escrito en general con un criterio unilateral, y se ignoraban muchos de los antecedentes y documentos que existían en los archivos nacionales y en los de España y otras naciones europeas. Y nadie se encontraba mejor habilitado que el P. Gambón, para realizar esta tarea de reconstrucción histórica, desprendido de toda pasión partidista, y buscando únicamente la verdad por el camino que le trazaba su recta conciencia.

Nada caracteriza mejor el criterio elevado con que procedió el P. Gambón que las siguientes palabras que trascribo de su prólogo a la "Historia Argentina". "Vinculado, por otra parte, al país por largos años de residencia en él y por las relaciones de amistad que naturalmente engendra la asidua tarea del profesorado, cree el autor de estas *Lecciones* haber atesorado el suficiente cariño al pueblo argentino, para mirar sus legítimas glorias con satisfacción; y al propio tiempo la circunstancia de no haber visto la luz en él ha de dar necesariamente a sus juicios esa imparcialidad que constituya la primera cualidad de la historia. Argentino por adopción, tendrá una palabra de alabanza para aquellos hechos y personas que merecieron bien de la Patria: extranjero por naturaleza, medirá con la balanza de la Justicia cuando se hubiera apartado del camino de lo recto: religioso por profesión, descargará el rigor de la censura sobre todo cuanto haya tendido a apartar a la Nación de aquellos principios constitutivos del orden y de la justicia, que son la base y fundamento del bienestar y prosperidad de los pueblos".

5. En 1879 fundó el Padre Gambón la Academia Literaria del Plata y, en 1911, y a iniciativa del Padre Joaquín Gracia, profesor a la sazón en el Colegio, fundó el Padre Gambón la revista *Estudios*. El primer número salió en Julio de 1911, e iba precedido de estas líneas:

El año 1879, un modesto grupo de jóvenes, recién salidos del Colegio del Salvador, fundaba la Academia Literaria del Plata para dedicarse al cultivo de la literatura y ampliar los conocimientos científicos adquiridos en las aulas. Ese grupo fué creciendo paulatinamente y robusteciéndose de día en día, sin desfallecer, pero limitando su actividad al recinto de las sesiones.

Hoy, después de treinta y tres años de existencia, ha resuelto abandonar el silencio en que ha ido desenvolviendo sus energías, interrumpido tan sólo por los actos literarios y certámenes que ha organizado periódicamente con éxito lisonjero.

Ampliado desde hace algunos años el campo de sus trabajos, y organizados sus miembros en secciones correspondientes a las diversas Fa-

cultades de la Universidad, cree la Academia que puede contrabuir a fomentar el ambiente de estudio entre la juventud, publicando los trabajos leídos en el seno de las secciones; sin perjuicio de aceptar los de más aliento que le ofrezcan otras intelectualidades de prestigio.

Esto dará razón del título *Estudios* con que se presenta nuestra Revista, en la cual aparecerán artículos sobre las materias que se desarrollan en las Facultades de la Universidad, además de aquellas informaciones científicas y literarias que puedan contribuir al progreso intelectual de nuestra juventud, único fin que se propone la Academia Literaria del Plata al emprender esta publicación.

Sea, pues, nuestro saludo más sincero a la prensa, en especial a la de la República, cuyos legítimos intereses hallarán en esta Revista su defensor más decidido; sin más norte que la verdad, ni más ambición que llevar nuestro modesto grano de arena al monumento de la cultura nacional.

Mes a mes, desde julio de 1911 hasta abril de 1925, preparó el Padre Gambón los números todos de la revista *Estudios*, con una constancia y dedicación ejemplares, solicitando colaboraciones a las personas más prestigiosas en los diversos campos del saber humano, y escribiendo él no pocos artículos, sobre todo en materia pedagógica. No son pocos los artículos suyos aparecidos en *Estudios* con seudónimo o sin nombre alguno.

El Padre Gambón apoyó y colaboró empeñosamente el Congreso Católico Nacional de 1907 y el Congreso Católico de la Juventud que tuvo lugar en 1908 y el Congreso Católico de 1910, pero fué el iniciador y el factotum del Congreso de la Juventud que se celebró en 1915 y a él primordialmente se debió la celebración del Congreso Eucarístico Nacional de 1916. Después de la magna procesión del día 23 de julio de ese año, a la que asistieron unas 100.000 personas, nos dijo el Padre Gambón estas textuales palabras: "Me costó increíble el conseguir la celebración de este Congreso, tanto que si hubiese sospechado lo que me iba a costar, no lo habría intentado; pero estoy ahora tan satisfecho al ver lo que todos hemos visto. Es la primera vez que la Iglesia sale a la calle con las banderas desplegadas en son de victoria y ha llegado a dominar en la Avenida de Mayo y a cubrir con sus fieles la Plaza del Congreso. Bendito y alabado sea Dios."

Si la Academia Literaria del Plata en 1910 pudo celebrar un Certamen tan trascendental que, no obstante todos los homenajes que en ese año se tributaron a la Patria, llegó a primar sobre la ma-

yoría de ellos, se debió exclusivamente al Padre Gambón. Al referirnos en otro capítulo a la acción de la mencionada Academia desde 1900 hasta 1943, nos ocuparemos extensamente de este Certamen.

En 1912 terminó sus estudios en el Colegio del Salvador el señor Atilio Dell'Oro Maini y fué este joven quien, en sus conversaciones con el Padre Gambón, más hizo a favor de dos proyectos: la creación de una Facultad de Estudios Superiores con criterio católico, o de una Universidad Católica, y la fundación de una institución donde la juventud pudiera hallar, sin detrimento de su fe y de su moral, los necesairos deportes y sanos esparcimientos del espíritu.

La Universidad Católica se fundó y el mismo señor Dell'Oro fué uno de los alumnos de la misma, pero no pudiendo otorgar títulos algunos valederos, cerró sus puertas aquella institución universitaria de sentido católico, pero reverdeció en 1921 con la fundación de los Cursos de Cultura Católica que tanto bien han hecho desde aquella lejana fecha hasta el presente. Entre la clausura de la Universidad Católica y la apertura de los Cursos, así el doctor Dell'Oro como el Padre Gambón, apoyados incondicionalmente por el entonces Rector del Colegio, Padre Joaquín Añón, trataron de fundar en el Colegio una Facultad de Estudios Superiores. El Ateneo de la Juventud, obra también del Dr. Dell'Oro, aunque inaugurada en 1934, fué uno de los objetivos del celo y de los empeños del Padre Gambón, y ciertos estamos que jamás barruntó que llegaría a realizarse en forma tan espléndida.

7. En 1922, con motivo del quincuagésimo aniversario de su ingreso en la Compañía de Jesús, así la Congregación Mayor, de la que tantos años fué director el Padre Gambón, como la Academia Literaria del Plata le tributaron un homenaje de proporciones verderamente sorprendentes, tratándose de un hombre que siempre había trabajado tan modesta como calladamente. El Sr. Pedro Tilli que escribió la crónica de ese homenaje, decía al terminar su reseña [575]:

> No en balde ha vivido el Padre Gambón la mitad de nuestra vida institucional compenetrándose del ambiente y adaptándose a sus modalidades, no en balde ha rendido al país el tributo de sus mejores años, de las más proficuas energías del espíritu y de sus más austeras lecciones morales. Los actos que en su honor se realizaron, más por su sinceridad que por su materialidad, dicen cuánto se le quiere por su hombría de bien, por sus inestimables dotes de maestro, amigo y consejero, y por ser soldado aguerrido

de la gran milicia ignaciana que, sin espada, ha conquistado para nosotros una y dos veces los tesoros de la verdadera civilización.

8. El que escribe esta *Historia del Colegio del Salvador* se hallaba en Europa cuando recibió la noticia del deceso del Padre Gambón y con ella estas líneas escritas por el Padre Mariano Castellano, residente a la sazón en el Salvador:

Ud. sabe ya, sin duda alguna, que el Padre Gambón falleció en la paz del Señor el día 6 de este mes, pero como no dudo tendrá Ud. ansias de conocer sus últimos momentos, voy a comunicarle lo que hay al respecto. El sábado 28 de marzo fuí a verle a su despacho, pero no le hallé. Supe después que no se sentía bien; fuí entonces a verlo al cuarto, vecino a mi escritorio, y desde la primera visita su estado no me produjo buena impresión. Creo que fué el domingo 29 que me golpeó el tabique y acudí a su llamado. Sus palabras eran incongruentes y sin sentido: decía que el doctor Luis Ayerza estaba fuera charlando en vez de entrar y ver el estado de su salud. El hecho es que el dicho facultativo ni estaba en casa. Horas después le visitó en compañía del Padre Castillejo y salieron optimistas. La enfermedad fué diagnosticada *gripe;* a los pocos días apareció ya la congestión pulmonar y se oscurecieron un poco las ilusiones de salvar al buen Padre. El sábado 4 se presentó una notable mejoría; yo mismo llegué a tener esperanzas y me decía: "me habré engañado . . ." El domingo, día de San Vicente, desapareció la fiebre, pero el Padre se sentía muy postrado. Hablando con el Padre Provincial le dijo: "Yo cada vez voy más para abajo". Serían las tres de la tarde cuando vino el médico, quien se alarmó al notar una extraordinaria hinchazón. Los intestinos se habían paralizado y la peritonitis estaba a las puertas. Sin pérdida de tiempo se le administró el santo Viático y la Extrema Unción, que recibió con gran fervor y alegría. Pronto se presentaron ya los vómitos característicos sin esperanza humana de salvar al enfermo; temíamos que no pasara de aquella noche. La pasó sin embargo. El corazón se defendía bien. El Padre tenía conocimiento y decía que estaba bien, que no sentía ninguna molestia, que no sabía por qué le habían dado los Sacramentos; hasta hizo alguna broma. Vinieron a verle algunos amigos y a todos los reconoció. El médico pensó que fallecería el Padre en la madrugada del día siguiente, pero aquella misma noche del 6, cosa de las 11 de la noche, plácidamente sin señal alguna de turbación o de dolor, dió el buen Padre su espíritu al Señor, como piadosamente esperamos. El duelo ha sido muy grande. La misa de cuerpo presente, que se celebró a las 10, se vió concurridísima, digo poco, la iglesia estuvo *llena* de amigos y exalumnos y el presbiterio de representantes de *todas* las comunidades religiosas y del clero secular. El entierro otro tanto.

A los cuatro meses del deceso del Padre Gambón, quisieron sus muchos amigos y admiradores tributarle un homenaje de gra-

titud, colocando junto a la salita que ocupó durante tantos años, una preciosa placa. Eligieron el día 6 de agosto de ese mismo año 1925, para entregarla solemnemente al Colegio. La inscripción de la lápida revela todo el cariño y toda la admiración que le profesaban cuantos le habían tratado:

AL MODELO DE MAESTROS
ESCRITOR FECUNDO
BONDADOSO AMIGO
SACERDOTE EJEMPLAR
A TI

R. P. VICENTE GAMBON

DE LA COMPAÑIA DE JESUS
QUE DURANTE SIETE LUSTROS
EN ESTA AUGUSTA MANSION
IRRADIASTE LUZ DE VERDAD
Y SANTOS AFECTOS

TUS EXALUMNOS Y AMIGOS
EN TESTIMONIO DE GRATITUD,
CARIÑO Y VENERACION
ABRIL MCMXXV

Adoselando esta expresiva inscripción hay un medallón que encierra la imagen del Sagrado Corazón, sostenido por dos figuras emblemáticas, que simbolizan al genio y a la fe, puestos al servicio de la causa de Dios. Debajo, y cubierto por los pliegues de una estola y rodeado de espigas, racimos y laureles descuella otro medallón con el busto del Padre Gambón. Lleva en su rostro las características ed la bondad, de la serenidad, de la penetración y de su inagotable longanimidad. A su derecha, están los símbolos de sus dos sacerdocios, el cáliz sobre cuya copa se levanta la hostia santa, y los libros coronados por el incienso que indica la razón de ser de su ciencia y de su alma consagrada del todo en las aras de Dios. Tal es el recuerdo que perpetúa en el bronce la memoria del varón egregio que plasmó el alma de tres generaciones.

La entrega de esta placa se hizo con un acto literario en el salón de fiestas del Colegio. En el proscenio del mismo, y entre palmas y cipreses, estaba a un lado la dicha placa, y en el centro, rodeado de palmas, el retrato al óleo del Padre Gambón, como si desde allí presidiera el acto, con aquella característica sonrisa enfre-

nada por la serenidad, con que tantas veces presidiera en aquel mismo lugar los actos y veladas de su querida Academia del Plata. Al otro lado del proscenio se destacaba la mesa de los oradores: Dr. Tomás R. Cullen, Sr. Pedro Tilli e Ingeniero Alejandro E. Bunge. Este insigne estadista hizo la entrega de la placa y el Padre Castillejo, rector entonces del Salvador, interpretando como otrora los sentimientos de gratitud tan característicos en aquella alma grande del Padre Gambón, agradeció el homenaje en nombre del Colegio y en nombre de la Compañía de Jesús. He aquí algunas frases del expresivo y sentido discurso con que, en esta ocasión, clausuró el Padre Castillejo un acto tan simpático[576]:

> Os ofrezco el más vivo y afectuoso reconocimiento... especialmente en nombre de los Padres y Hermanos de este Colegio, que vemos con gozo premiados, en cuanto cabe aquí en la tierra, los méritos de nuestro infatigable compañero de armas: que tendremos en este bronce un perenne monumento que nos recordará a nuestro hermano queridísimo: y ¿por que no decirlo? con esos alegóricos sonidos de que nos hablaba el ingeniero señor Bunge, ora dulces como de campana, ora bélicos como de clarín, será poderoso acicate que nos animará en el oscuro y arduo apostolado de la formación de la niñez y de la juventud, no precisamente con la esperanza de que nuestros nombres sean inmortalizados en bronces (que no creemos merecer tanto) sino de que germinarán en los corazones de nuestros alumnos, juntamente con la siempreviva de la gratitud, flores de sólidas virtudes, que los constituyan en pléyade de varones, de ciudadanos eminentes en ciencia, en laboriosidad, en honradez. No de otra suerte el Padre Gambón se regocijará hoy desde el cielo, más que todos los homenajes, con el espectáculo que, ante Dios, los Angeles y los hombres, ofrecéis vosotros, señores, los que fuisteis sus alumnos.
>
> Y en nombre del que es objeto de este homenaje, ¿qué os diré? Cuando, hace tres años, se lo ofrecisteis en vida, no con discursos, sino con lágrimas, como al principio recordé, con lágrimas brotadas de lo más íntimo de su corazón, os mostró sus sentimientos de gratitud. Esta, también, selle ahora mis labios, si he de representarle con fidelidad.
>
> Pero no: otra demostración os dió constantemente (vosotros, señores, lo tendréis bien comprobado) de su gratitud: las obras. Los innumerables favores, grandes y pequeños, espirituales y materiales que a manos llenas repartió, esos son el índice inconfundible y elocuente de su gratitud. Y ese lo será ahora, también, señores. Desde el cielo seguirá ejerciendo para con vosotros su paternal solicitud: por vosotros, sus alumnos, sus congregantes, sus académicos, sus amigos; por vosotros sus hijos de confesión; por vosotros los que tantas veces recurristeis a él en demanda del óbolo del pobre o bien de consejo y consuelo; por vosotros a quienes bendijo en el santo matrimonio; por vosotros cuyos hijos bautizó. No se evapora en el cielo

el santo afecto de la amistad y de la gratitud, sino que se aviva y ennoblece.

Hermanos y amigos del Padre Gambón: escuchemos la exhortación que a todos nos dirige con el Apóstol, a saber, que así recorramos el camino de esta vida, que merezcamos llegar a la meta del cielo, donde seamos coronados con inmarcesible corona de inmortalidad, como él, según confiamos en el Señor, habrá sido coronado: y donde, con él, unamos al gozo esencial de la vista de Dios, el accidental y muy codiciado, de vivir para siempre juntos, los que aquí en la tierra lo estuvimos con vínculos de hermandad y santos afectos.

Capítulo XII

RECTORES Y PROFESORES DESDE 1927 A 1943

1 — *Rectores, Ministros y Prefectos Generales;* 2 — *Profesores y maestros;* 3 — *Los Padres dedicados a los ministerios espirituales;* 4 — *Los Hermanos Coadjutores;* 5 — *Padres y Hermanos fallecidos: Andrés Vanrell, Segismundo Masferrer, Salvador Barber, Pedro Cendra, Salvador Franco, Martín Gómez, José Ubach, Joaquín Terol, Juan Isern, etc.;* 6 — *El Padre Agustín Nores.*

1. El Padre Juan Castillejo terminó su período de gobierno el día 9 de febrero de 1927, sucediéndole en el rectorado el Padre José Domenech, a quien sucedió, en febrero de 1932, el Padre Arturo Codina. Cesó éste en su cargo el 21 de enero de 1935. sucediéndole el Padre Andrés Doglia, quien gobernó el Colegio hasta el 2 de febrero de 1941, fecha en que entró a regir el Colegio su actual rector, el Padre Andrés F. Linari.

El Padre Enrique Najurieta, a quien Dios quiso llevar para sí a principios de este año de 1944, ocupó el cargo de Ministro del Colegio desde el mes de agosto de 1921 hasta principios de 1929, y desde principios de 1940 hasta el día de su deceso. En el período que no ejerció él este cargo, lo ejercieron los Padres Manuel Barrera (1929-1934), Eduardo Troncoso (1935-1938) y José Llussá (1939).

Como Prefecto General del Colegio hallamos en 1927 al Padre Luis Massegur, que desde hacía años venía ocupando ese cargo. Sucedióle en el mismo, en 1930, el Padre Luis Ibarrarán, Jesuíta mejicano llegado al país en 1929 y que falleció al iniciarse el curso escolar de 1932. El Padre Joaquín Añón le reemplazó durante dicho año, y en 1933 fué nombrado para ocupar ese cargo el Padre Angelino Micó y lo ocupó hasta 1936, año en que entró a sucederle el Padre Juan Brusa. En 1937 y 1938 fué Prefecto General el Padre Emiliano Suárez; en 1939 y 1940 el Padre Eduardo Troncoso, y desde 1941 el Padre Juan Castillejo.

2. En 1927, como en los años anteriores seguía el Padre Joaquín Terol al frente de las cátedras de Física y Química, aunque en 1928 el Padre Francisco Galarza alivió al buen anciano to-

mando desde entonces la clase de Química, y en 1935 se le quitó la clase de Física, pero a los pocos meses, y por lo mucho que extrañaba la enseñanza, fué necesario nombrarle profesor de Física Experimental o de prácticas de Física y se le confió la custodia de los Gabinetes de Física y Química. Hasta la víspera del día de su muerte, acaecida el 7 de enero de 1939 atendió el Padre Terol estas incumbencias tan de su vocación científica.

El Padre Galarza que se encargó de la Química en 1928, tomó también a su cargo la cátedra de Física en 1935 y la retuvo hasta 1938, año en que la tomó el Padre Juan Ortega. Estos dos profesores, además de las indicadas asignaturas han enseñado, en años y épocas diversas, algunas otras como mineralogía, cosmografía, geometría y álgebra.

En 1927 era profesor de Etica y Teodicea en Quinto año el Padre José Ubach, pero en 1930 quedóse sólo con la Lógica, y desde 1932 dejó de ser profesor en el Salvador, aunque siguió morando en el mismo.

El Padre José María Blanco, que hubo de ausentarse, a principios del curso escolar de 1924, como relatamos más arriba, regresó al mismo el 31 de agosto de ese mismo año, y retomó sus cátedras de Fisiología, Anatomía, Higiene y Psicología, y las retuvo hasta 1933. En 1932 tenía el Padre Blanco las clases de Lógica, Fisiología e Higiene en 5º año, Psicología y Anatomía en 4º año, era profesor de Filosofía en los Cursos de Cultura Católica, Asesor eclesiástico de la revista *Criterio,* Director de la Academia Literaria del Plata, y director también de la revista *Estudios* y de la revista *El Salvador.* En 1933 dejó la Psicología de 4º año pero ocupó la cátedra de Antropología en el Colegio Máximo de San Miguel. En 1936, después de veintiséis años de magisterio, dejó de tener clases en el Salvador, aunque seguía enseñando Biología y Antropología en el Colegio Máximo. En 1937 fué destinado a Córdoba, y nombrado director del Colegio de San José, cargo que desempeñó hasta principios de 1944. Actualmente se halla actuando en el Colegio del Salvador, ocupado primordialmente en la revisión de sus publicaciones antropológicas que tanto prestigio le han dado, entre los hombres de ciencia.

Otros profesores de ciencias, en esta época, fueron: Ignacio Arnalot que enseñó la zoología y la botánica en 1927; Francisco Pruñonosa que fué profesor de Historia Natural en 1933, y es pro-

fesor de Fisiología, Higiene en 5º año y de Anatomía en 4º. En 1939 volvió a tomar la clase de Historia Natural, además de todas las mencionadas, pero en 1940 le alivió de la de Zoología y en 1941 de la de Botánica el Padre Gregorio Williner. Desde 1937 hasta 1940 fué profesor de Lógica en 5º año el Padre Telésforo Sosa, y desde ese año hasta 1941 el Padre Mauricio Escardó y desde esa fecha el Padre Honorio Gómez. Desde 1936 es profesor de Psicología el Padre Tomás Mahón.

En 1936 el Padre Felipe Lérida se hizo cargo de las clases de Apologética de 5º año y en algunos años tuvo a su cuidado sólo una, otros años las dos secciones de 4º año; el Padre Tomás Alarcón, además de ser el Director de la Escuela Gratuita, enseñaba Religión en varios cursos inferiores en 1927, y en los años siguientes hasta 1930, año en que los superiores le destinaron a Chile; el Padre Telésforo Sosa, además de las clases de Lógica que, según dijimos, tuvo a su cargo, era profesor de Francés desde 1927. Un año antes había regresado al Salvador el autor de la Historia de este Colegio y, además del idioma inglés en 4º y en 3er. año, tuvo las cátedras de Apologética y de Literatura en 5º año, unos años, y las de Instrucción Cívica e Historia Argentina, otros años. En 1930 fué destinado a Montevideo, de donde regresó en 1939, volviendo a ocupar desde entonces las mismas o análogas clases en este Colegio.

Además de los profesores nombrados había en el Salvador varios jóvenes profesores como los maestros Leonardo Castellani, Oscar Dreidemie, Ramón Ferreyra, Emiliano Suárez, Ignacio Arnalot, Francisco Gramajo y Eduardo Montés. Castellani, profesor de la lengua italiana y de la Historia de la Civilización, Ferreyra profesor de Historia Americana y Argentina, y Emiliano Suárez, profesor de Zoología y Botánica, abandonaron el Colegio a fines de aquel año de 1927, con el objeto de terminar los estudios eclesiásticos. En 1935, ordenado ya de sacerdote, regresó al Colegio el Padre Castellani y ocupó en 1935 y 1936 las cátedras de Lógica y Literatura, pero en 1937 fué destinado al Seminario Pontificio de Villa Devoto. Ordenado ya de sacerdote regresó igualmente al Salvador el Padre Ramón Ferreyra en 1936 y tomó a su cargo las clases de lengua castellana y las de Historia Americana y Argentina. En 1937 regresó también al Salvador el Padre Oscar Dreidemie y enseñó Literatura en 5º y 4º año, hasta que en 1940 fué des-

tinado al Colegio de la Sagrada Familia, en Córdoba. Le suplió en las clases de Literatura el Padre Jorge Mesía, quien en 1940 y 1941 tuvo también la cátedra de Historia de la Civilización.

Además de todos los profesores que llevamos nombrados, hemos de mencionar al joven Eduardo Montés que era profesor de Religión en 1927, a Ludovico García que enseñó Geografía y Castellano en 1928 y 1929, a Juan Lodo, profesor de Aritmética y Geometría en 1928 y 1929, a Juan Brusa, profesor de Geografía y Castellano en 1938 y 1939, a Ferdinando Irarrázaval que enseñó Geografía e Historia Americana en 1930 y 1931, a Crisólogo Moyano, profesor de Geografía e Historia de América desde 1930 hasta 1935, a Antonio Lorenzo a cuyo cargo estuvieron en 1932 las clases de Historia, Geografía e Idioma Castellano de 2° año, a Juan Varas que en ese mismo año de 1932 enseñó la Aritmética y la Geometría en 2° año, a Fernando Benítez que en 1933 fué profesor de Castellano e Historia en 1er. año, a Marcos Pizzariello que en 1937 y 1938 fué profesor de Historia y Matemáticas en 2° año, a Juan Sancho, quien desde 1939 a 1942 enseñó asignaturas de primer y segundo año, a José Muñoz que en 1940 fué profesor de Literatura en 4° año, y a Serapio Torres, que desde 1942 es profesor en los cursos inferiores.

3. En 1927 era Padre Espiritual de los alumnos mayores el Padre Arnau, y era en verdad, como ya dijimos el gran orientador de los jóvenes alumnos, y de los exalumnos, hasta el día de su santa muerte acaecida el 15 de agosto de 1940. Era Padre Esipitual de los alumnos menores y director de la Academia Literaria del Plata y de la revista *Estudios* el Padre Mariano Clavell, religioso fervoroso y talentoso, empeñoso y bien intencionado, pero con quien la juventud bonaerense, jamás llegó a sintonizar. Humanamente hablando, todo induce a creer que su acción con los hombres y jóvenes fué tan bien intencionada, como estéril.

De los Padres Artemio Colom y Pedro Colom, como de los Padres Luis Isola, Carlos Leonhardt, Gabriel Paláu, Fernando Ochagavía, Segismundo Masferrer, Mariano Sánchez y José Salvadó nos hemos ocupado en otro capítulo, y todos ellos se ocupaban en sus respectivos ministerios espirituales en 1927 y en los años posteriores a esa fecha. El 10 de octubre de ese año partió a la eternidad el Padre Sánchez, y el 19 de julio de 1929 el Padre Mas-

ferrer, y el 23 de abril de 1935 el Padre Pedro Colom, y el 25 de julio de 1937 el Padre Artemio Colom, y el 31 de marzo de 1938 el Padre Mariano Clavell, y el 7 de marzo de 1939 el Padre Gabriel Palau, y el 11 de agosto de 1941 el Padre Juan Isern quien desde 1935 estaba nuevamente domiciliado en el Salvador, después de haber sido Superior de la Residencia de *Regina* y Padre Espiritual del Seminario Pontificio de Villa Devoto. Sólo por breve espacio de uno o dos años han ayudado o suplido a estos Padres, consagrados a los ministerios espirituales, otros sacerdotes como el Padre Joaquín Santillana en 1935 y 1936, el Padre Alfredo Perpetua en 1937, el Padre Filiberto Tusset desde 1937 hasta 1940, el Padre José Ponce de León desde 1938 y el Padre Rafael Matheu desde 1939.

4. Por lo que respecta a los Hermanos Coadjutores, hemos de recordar en primer término al antiguo maestro de los grados, Hermano Manuel Ribas, quien lo era desde el año 1917 y lo sigue siendo, sin interrupción y sin alteración. En 1927 también era profesor en los Grados el Hermano Domingo Vinaiza, pero al año siguiente fué destinado a ser director de la Escuela de San Ignacio, en Montevideo. En 1932 era también maestro en los Grados el Hermano Máximo Bringas, y en 1937 el Hermano José Calvo. Desde este mismo año es también maestro del Colegio el Hermano Samuel Fernández.

Otros Hermanos relacionados directamente con el Colegio son: el Hermano Ramón Michelino, cuya estadía y acción en el Salvador se remonta al año 1919; el Hermano José Vila que no se ha ausentado del Colegio desde que llegó al mismo en 1890; el Hermano Bernabé Hernández, procurador del Colegio, que estuvo en el mismo desde 1906 hasta su deceso acaecido el día 1º de Mayo de 1935; el Hermano Fermín Vilar que fué ayudante de prefecto de brigada desde 1899 hasta que partió a la eternidad el día 6 de noviembre de 1940; el Hermano Santiago Piquer paciente y experto Enfermero a quien hallamos en el Colegio desde 1915 hasta 1938, año en que los superiores le destinaron a Córdoba, y le sucedió el Hermano Juan Lioy en 1939 y 1940, el Hermano Luis Centi desde 1941 hasta 1944. En este año volvió al Salvador el Hermano Lioy.

Además de los Hermanos mencionados, hallamos en 1927 al

Hermano Mariano García, actuando como cocinero, a quien sucede en 1928 el Hermano Manuel Juárez, a quien ayuda desde 1929 el Hermano Juan Cirerol. El Hermano Jesús García sucede en el cargo al Hermano Juárez en 1937, y a aquél sucede el Hermano Juan Bazar en 1936 y a éste el Hermano José Peiró en 1940, el Hermano Alfredo Aunión en 1941 y 1942, y el Hermano Ramón Menargues en 1943.

Fué portero desde 1927 hasta 1934 el Hermano José Trullás, sucediéndole en 1935 el Hermano Sixto Rodríguez, en 1937 el Hermano Alfredo Aunión y desde 1940 el Hermano Luis Villa. Menos relacionados con los alumnos por la índole de sus ocupaciones, pero igualmente beneméritos del Colegio son los Hermanos Antonio Lidón, Miguel Munar, Antonio Quetglas, Rafael Pérez, Salvador Barceló, José Estellé, Manuel Aucejo, Fernando Sánchez y Clemente Climent. Este último es el director del Kindergarten, existente en el Colegio desde 1938.

5. Extensa es, por cierto, la lista de los ex-profesores del Colegio del Salvador fallecidos desde 1927 hasta la fecha. El 10 de octubre de 1927 emprendió el viaje a la eternidad el Padre Mariano Sánchez, natural de Barbastro, Huesca (1876), y que fué casi toda su vida director espiritual y confesor, así en la iglesia del Salvador como en las diversas comunidades religiosas. Pocos meses más tarde, el 7 de abril de 1928, falleció el Hermano Juan M. Fabre, natural de San José de Urquiza (Entre Ríos), y gran maestro en carpintería, como dijimos al referirnos a las obras realizadas en la iglesia del Salvador, en los primeros años de su existencia.

Cinco buenos factores en el progreso del Colegio abandonaron esta vida en el curso de 1929: el santo Padre Sabino Menéndez, natural de Pravia Sandamías, Provincia de Oviedo, y que había estado en el Salvador entre 1877 y 1884; el melífluo Padre Luis Feliú, natural de la ciudad de Barcelona, y que había estado en el Colegio en 1907; el laborioso Padre Andrés Vanrell, natural de Alcudia, en las Baleares, y que actuó como profesor tan paciente como tesoneramente desde 1899 hasta 1922; el dinámico Padre Segismundo Masferrer, natural de Hostalrich, Provincia de Gerona, y de cuya actuación múltiple y trascendental nos hemos ocupado ya, y finalmente el Hermano Juan Sas, natural de La Bisbal, Provincia de Tarragona, y cuya foja de servicios en el Sal-

vador se inicia en 1890 y se cierra en julio de 1929. Como procurador que fué, durante tantos años, del Colegio era muy conocido de los alumnos.

Del Padre Masferrer escribió en *El Pueblo*, del 20 de julio de 1929, quien le conoció muy de cerca, estas líneas:

Ayer, fiestá de San Vicente de Paul, a las 16 horas, entregó su alma Dios, en el Colegio del Salvador, el Padre Segismundo Masferrer Fornés, de la Compañía de Jesús.

Hombre de espíritu sinceramente apostólico ha cumplido en su vida toda una misión, que no por humilde y escondida, ha sido menos importante.

El Padre Masferrer nació en Hostalrich (provincia de Gerona, en Cataluña), el día 13 de enero de 1865 y, muy joven aún, entró en la Compañía de Jesús, el 24 de julio de 1880, haciendo su noviciado y sus estudios humanísticos en el colegio de Veruela. En Tortosa estudió filosofía y ciencias, ejerciendo luego el profesorado en el célebre Ateneo de Manila, capital de las Islas Filipinas, posesión entonces de España. De Manila volvió a Tortosa para terminar sus estudios eclesiásticos y allí recibió las sagradas órdenes, en julio de 1893. En 1895 residió en Manresa, junto a la Cueva de San Ignacio ,y de allí salió para ejercer el fecundo apostolado que llenó su vida y produjo copiosos frutos de bendición.

Aun cuando comenzó a desplegar su celo en Orihuela (Alicante), donde dirigió una florentísima Congregación, ha sido en nuestra República y de un modo especial la ciudad de Buenos Aires el teatro de su actividad. Profesor primero, director luego de la Congregación Mariana de jóvenes y caballeros y rector por fin del Colegio del Salvador, imprimió a todos estos cargos el sello de su espíritu ávido de progreso y pródigo de sacrificio. Mas cuando ha dado rienda suelta a sus cualidades constructivas, digámoslo así de la Casa de Dios, que es su santa Iglesia, ha sido durante los últimos veinte años de su fecunda vida, que ha consagrado por entero a obras sociales de beneficencia y de difusión de cristiana caridad. El ha estado al frente de las Conferencias de señoras de San Vicente de Paúl, precisamente cuando esta sociedad ha realizado, en toda la Argentina, las obras admirables que conocen bien las personas que se preocupan de la regeneración social cristiana de nuestro pueblo, y, sobre todo ,los millares y centenares de millares de necesitados, favorecidos por las Conferencias de San Vicente de Paúl. La actividad que esta sola obra o conjunto muy complejo de obras exigió al Padre Masferrer nadie lo sabe, fuera de sus más allegados, pues él huyó sistemáticamente del ruido y del aplauso personal. Pero a esa obra central de su apostolado añadió otras: la Caja Dotal, la sociedad protectora de obreros, la sociedad de señoras a favor de las jóvenes españolas y el Patronato Español. Por fin tomó con el empeño característico suyo el favorecer la construcción de la nueva Universidad Gregoriana Pontificia de Roma. y Dios dispuso que su favor fuese de una eficacia decisiva.

Estas han sido las obras en que el Padre Masferrer tomó una parte prin-

cipal o directiva; pero ¿quién podrá saber y enumerar las que él promovió con su influencia o alentó con su consejo decidido y sugerente de medios y de recursos sin fin? Porque esta fué una de las características de su gran alma; el ser inagotable en planes, trabajos y sacrificios, cuando se trataba de la gloria de Dios y el servicio de la Iglesia.

El 17 de julio de 1930 plugo a Dios llevarse el alma del buen Padre Rafael Fanego, cuya actuación en el Salvador había sido exclusivamente en el campo de la predicación y de la dirección de las almas, y el 3 de octubre de ese mismo año llamó Dios a su gloria al Padre Luis Massegur, tantos años profesor del Colegio, y director de sus Congregaciones, y Prefecto General del mismo desde 1924 hasta 1929. Era este Padre natural de Olot, Provincia de Gerona, donde nació en 1867, y había ingresado en la Compañía en 1883. Amaba entrañablemente a la juventud y niñez y su librito "Horas felices del joven" continuará indefinidamente su obra de apostolado entre los jóvenes y los niños.

En marzo de 1932 perdió el Colegio dos buenos servidores. Con sólo diez días de diferencia entregaron su alma a Dios los Padres Luis Ibarrarán, mejicano, y Juan B. Juan, español. El primero, hombre de cultura y finos modales, lo propio que religioso ejemplar, desempeñó varios cargos, incluso el de Prefecto general en 1930. El Padre Juan B. Juan era valenciano, natural de Ayelo de Malferit. Nació el 5 de marzo de 1861 e ingresó en la Compañía de Jesús el 5 de enero de 1877. Se hallaba en la Quinta de Martínez, F. C. C. A., cuando Dios le plugo sacar de este mundo. Había venido a Buenos Aires en 1883, donde, terminados sus estudios, ejerció en el Salvador el porfesorado y fué ministro por largo tiempo, como ya hemos indicado en otra parte, hasta que en 1918 fué destinado a *Regina*. Doquier la actuación de este Padre fué callada y humilde: obra de dirección espiritual, de consejo, de sacrificio oculto y de extensísima caridad.

Pocos días después del deceso de estos Padres, terminaba santamente en Santa Fé su santa vida el Padre Salvador Barber, el insigne Padre Barber, a quien tanto debe el Colegio del Salvador, y de cuya larga y trascendental actuación como Prefecto General nos hemos ocupado, al referirnos a los profesores y prefectos del Colegio entre 1868 y 1896. Recordemos aquí que este gran siervo de Dios era natural de Alquería de la Condesa, cerca de Gandía, donde nació el día 28 de mayo de 1848, y que a los 16 años de edad entró en la Compañía de Jesús, a la que tanto amó y honró. Por

agosto de 1875 vino a la Argentina, y fuera de algunos años de ministerios y gobierno en Córdoba, no hizo otra cosa que desempeñar el difícil y abrumador cargo de Prefecto General en el Salvador y en Santa Fe. Esta fué su labor. Cuán recta, humana y noble haya ella sido, lo atestiguan cuantos trataron de cerca aquel elevado espíritu, que informó todos los actos del Padre Barber. Fué su muerte a 21 de abril de 1932.

Le siguieron en el viaje a la eternidad, en Montevideo y a 6 de febrero de 1933, el Padre Pedro Cendra, y en Santiago de Chile, y a 30 de mayo de 1933, el Padre José Reverter, ex-rector del Salvador, y en Villa Devoto, y a 6 de julio del mismo año, el Padre José Ferragud, Prefecto general que había sido durante tres años, y en Valparaíso de Chile, y a 7 de julio del mismo año, el Padre Ramón Angla.

Sólo un año, el de 1886, estuvo el Padre Angla en el Salvador, con el cargo de ayudante de Prefecto de Brigada, pero la historia del Colegio no puede desdeñar ese hecho histórico y debe gloriarse de que haya vivido en su seno un varón tan santo, cuya causa de beatificación esperamos prosperará, culminando en su exaltación al honor de los altares.

Los Padres Salvador Franco y Martín Gómez descansaron en el Señor, el primero en Buenos Aires, el día 26 de agosto de 1934 y el segundo en Montevideo, el día 19 de diciembre del mismo año.

El Padre Franco, tan alto en lo físico como sencillo y hasta ingenuo en el espíritu, llegó al Salvador en 1886 y ejerció el magisterio en las clases inferiores. pero la enseñanza no era su vocación. Años después, según hemos indicado ya, fué Padre Espiritual de los alumnos, pero tampoco en este cargo tuvo éxito. El Confesonario y el atender a las Comunidades religiosas femeninas eran su campo de acción y en esa doble labor empleó fructuosamente su larga vida. Era el Padre Franco natural de Belmonte, cerca de Calatayud (España), donde nació el 15 de enero de 1859. Frisaba en los 21 años de su vida cuando ingresó en la Compañía de Jesús en marzo de 1880.

El Padre Martín Gómez era natural de Huercal-Overa (Almería-España), y había venido a este mundo el día 20 de mayo de 1869, y había ingresado en la vida religiosa a los 25 años de su edad. Fué hombre de solidísima formación filosófica y teológica, y tan activo y dinámico como el Padre Masferrer, a quien no

poco se parecía intelectual y moralmente. Desde 1905 hasta 1910 residió en el Salvador y fué en esos años el Director de la Congregación de Exalumnos y autor de diversas iniciativas, según hemos ya referido. Fué después superior de las residencias de Mendoza y de Concepción de Chile, y profesor de Teología Moral en Ancud, Concepción y Montevideo. En todas partes se distinguió por su espíritu de iniciativa, por su acierto en el consejo y por su actividad.

En el curso de 1935 fallecieron ocho Padres y Hermanos vinculados con el Colegio del Salvador: el Hno. Antonio Binimelis en Santiago de Chile el día 21 de enero; el Padre José López, ex-rector del Colegio, también en Santiago de Chile, el día 23 de febrero, el Padre Pedro Colom el día 23 de abril, el Hermano Pedro Borreguero en Córdoba el día 25 de abril, el Hermano Bernabé Hernández el 1º de mayo y el Padre Alejandro Tate en Puerto Mont el día 20 de mayo.

Nos hemos referido ya al popularísimo Hermano Binimelis, cuya cuna se meció en Binisalem, Mallorca, en el curso de 1836. En Palma de Mallorca estudió las letras humanas, pero las abandonó a pesar de sus aptitudes literarias y se dedicó al oficio de sastre. En 1855 pidió ingresar en la Compañía de Jesús. Pasó algunos años en Carrión, en Salamanca, en Loyola, en Zaragoza y en Manresa hasta que en 1864 vino a América y fué destinado a Córdoba. En 1868 pasó a Buenos Aires y fué uno de los refundadores del Colegio del Salvador, en el que vivió desde su año inicial hasta 1873. Trasladado a Chile, pasó allí lo restante de sus años. Véase lo que a propósito de este benemérito Hermano escribe el Padre Hernán Larraín Acuña en su precioso libro intitulado "Un ideal y una vida" [577]:

No había ninguno entre los internos del Colegio de San Ignacio que no conociese y amase al popular H. Binimelis.

Cuando se encaminaban en alegres grupos a "Las Rejas", dispuestos a pasar un verdadero día de campo, allá los esperaba el alegre viejito; su pelo blanco, su sonrisa simpática y cariñosa ,sus manos colmadas de fruta y golosinas. Sabían que tenía más de 95 años, y que era el único sobreviviente del Colegio del Salvador, asaltado e incendiado por las turbas en 1875. Su memoria fresca, su inteligencia viva y penetrante encantaba a los niños que oían maravillados las innumerables anécdotas de su larga vida. Había conocido a Espartero, había pertenecido a la Provincia de España pocos años después de su restablecimiento, y estaba en Chile desde hacía 60 años.

En su abnegada vida de religioso había sido principalmente ropero y hortelano. Su comida en la granja era escasa y pobre; mezclaba a su trabajo la oración, y sus días se deslizaban tranquilos y alegres en el servicio del Señor.

Hacía 80 años que lo servía y Dios quiso premiar esa constancia heroica. En 1932 fué trasladado a Chillán donde a pesar de su salud quebrantada y vacilante sirvió todavía en la Ropería encantando a los Novicios y Estudiantes con su santidad alegre y simpática. El 21 de enero de 1935, estando la Comunidad en la casa de campo de Dañicalqui, acabó santamente su vida. Moría, como había vivido, tranquilo y alegre. Tenía 99 años de edad y 80 de vida religiosa.

El Padre José López nació el 5 de enero de 1865 en Bacarés, pueblo situado en la región montañosa de la provincia de Almería (España). Habiendo perdido a sus padres, tuvo la suerte de merecer por sus excelentes cualidades intelectuales y morales, la protección del santo Obispo de Almería José María Orberá. Entró por oposición en el célebre Colegio Mayor de Santo Tomás de Villanueva, de Valencia, donde descolló entre sus más aventajados condiscípulos, algunos de los cuales debían llegar a las primeras dignidades de la Iglesia, en España; pero cuando iba a terminar sus brillantes estudios entró en la Compañía de Jesús. Era el año 1888. Comenzó su noviciado en Veruela y lo terminó en el de Córdoba (Argentina). Volvió a España y recibió el sacerdocio en Tortosa. En 1899 regresó a América, donde apenas debía hacer otra cosa que ejercer cargos de gobierno en las diferentes casas de esta Provincia Jesuítica, puesto que fué Rector del Colegio de Montevideo, Prefecto y luego Rector del Salvador, en Buenos Aires, Rector del Colegio de San Ignacio, en Santiago de Chile, Superior de la Residencia de Concepción y Rector del Colegio Noviciado de Chillán. Por fin, en 1923 se retiró a Santiago, donde entregó su alma a Dios, el 24 de febrero de ese año a los 70 años de edad. Fué hombre especialmente dotado para gobernar, siendo sus dotes principales una prudente solicitud y una paternal y fina caridad. Espíritu penetrante, todo lo veía, sin embargo, desde el punto de vista providencial. Por eso la piedad parecía connatural en él y envolvió toda su vida.

Con pocos días de diferencia (22 de abril y 1º de mayo) llevó Dios para su gloria a dos de los moradores del Colegio y muy beneméritos del mismo: el Padre Pedro Colom y el Hermano Bernabé Hernández. El Padre Colom nació en Menargens (Lérida, en

España) el 11 de julio de 1861 y entró en la Compañía en Veruela, a los 16 años de edad. Terminados sus estudios literarios pasó a Tortosa para la Filosofía y Ciencias. En 1889 fué a Barcelona para ejercer el magisterio, y en 1891 a Uclés para terminar sus estudios eclesiásticos. Allí recibió el sacerdocio. En 1896 vino a Buenos Aires y enseñó en el Seminario, en *Regina*, en 1896 y 1897, y en Villa Devoto, de 1898 a 1902. Trasladado a Chile trabajó en Valparaíso y Santiago, hasta 1908, en que volvió a Buenos Aires. Aquí tomó la dirección de la Congregación de la Buena Muerte y luego la del Apostolado de la Oración. En 1917 fundó el *Mensajero* y algo más tarde los Centros Culturales. Estas dos últimas obras insumieron sus actividades hasta su postrer aliento. El Padre Colom, hombre de largas vistas, inspirándose en los grandes ideales de San Ignacio en vez de consumir sus energías en trabajos aislados, cultivó lo que podrían llamarse instituciones, preocupándose mucho en asegurar su existencia. Muy grande habrá sido su recompensa en el cielo.

El Hermano Hernández nació en Santa Eulalia (Teruel, España) el 11 de junio de 1852. De joven, perteneció al ejército gubernamental, cuando las guerras carlistas españolas, y en 1883 pasó a la Argentina, con el intento de dedicarse al comercio de tejidos para vivir honradamente de su trabajo. Pero Dios le llamó pronto a una vida muy superior. En 1889 entró en la Compañía de Jesús, y, hecho su noviciado en Córdoba, fué destinado a Montevideo, de donde pasó al Seminario y luego al Salvador, de Buenos Aires, donde desempeñó siempre cargos de confianza, con satisfacción de los superiores y personal del Colegio. Humilde, sencillo, servicial, dispuesto siempre para cumplir con su deber; tal fué el buen Hermano Hernández. Fué a recibir el premio eterno, a la avanzada edad de 83 años.

No en Buenos Aires, sino en Córdoba, falleció el Hermano Pedro Borreguero, a los 69 años de edad y 38 de vida religiosa. Había nacido en Segovia (España) el 21 de octubre de 1865, entrando en la Compañía a los treinta años cumplidos. En Madrid fué dedicado a la administración de la revista *Razón y Fe*, y de allí trasladado, en 1908, a Buenos Aires, donde fué secretario del Padre Superior. En 1917 fué enviado al Colegio-Noviciado de Córdoba con el cargo de administrar los modestos haberes de aquella casa, y allí fué asesinado vilmente por un ladrón que le despojó

de los pocos pesos que obraban en su poder. En vano se ocupó la policía de Córdoba en dar con el criminal. Fué el Hermano Borreguero un religioso austero, de sólidas virtudes y de intensa vida espiritual.

El simpático y bromista Padre Tate había venido al mundo en Santo Tomás, hoy Los Angeles, en las Antillas Menores, el 31 de agosto de 1852. Niño aún volvieron sus padres a Inglaterra donde cursó él sus estudios. Se hallaba en Chile y frisaba en los 23 años de su edad, cuando ingresó en la Compañía de Jesús. Desde 1878 hasta 1883, ambos años inclusive, fué profesor en el Salvador, y fué muy querido de sus alumnos por su temperamento alegre y su espíritu lleno de franqueza. Estuvo después de profesor en Santa Fe y más tarde en Puerto Montt, donde terminó santamente su vida. Fué hombre muy estudioso y con especiales cualidades para las ciencias físicas.

En Montevideo, donde se hallaba temporariamente, falleció el día 2 de octubre de 1935 el Padre José Ubach, profesor en el Colegio desde 1897 hasta 1903, cuando aún no era sacerdote, y desde 1913 hasta pocos años antes de su deceso, como ya indicamos arriba.

Hacemos nuestras estas frases que exalumnos del Padre Ubach publicaron en *La Nación* y en *El Pueblo*, a raíz de su muerte:

> Con la muerte del Padre Ubach desaparece de entre nosotros uno de los hombres de más capacidad intelectual, que estos últimos años han honrado a la Argentina, favorecida por una constancia en el trabajo que raya en lo increíble.
>
> Hijo de una familia distinguida por hombres de talento —basta citar a su hermano menor, el Padre Buenaventura Ubach, gloria actual de la Orden Benedictina en todo el mundo—, nació el Padre Ubach en Barcelona, el año 1871 y entró en la Compañía de Jesús a los 17 años, terminando el bachillerato en el Colegio de la Compañía.
>
> Hizo sus estudios en diferentes centros de enseñanza jesuítica, como Veruela, Oña, Tortosa y Valkenburg (Holanda). Ordenado de sacerdote en 1905, fué destinado al Observatorio del Ebro (España), a cuya instalación contribuyó con toda su preparación científica, que era mucha, y más aún con toda su enérgica voluntad. Pero su salud no le permitió continuar en aquel puesto. Su campo de acción debía ser la enseñanza y la labor científica de pluma.
>
> Buenos Aires ha tenido el honor de contarle entre los propulsores más decididos de la ciencia y el Colegio del Salvador y el Seminario de Villa Devoto, entre sus profesores. En su primera permanencia en la Capital de la República, moró en el Salvador desde 1897 a 1902, enseñando Física.

Cosmografía y Matemáticas. En la segunda, desde 1911 hasta su muerte, acaecida en Montevideo, adonde había ido seis días antes por asuntos de enseñanza y gozando al parecer de perfecta salud.

El Padre Ubach ha sido una inteligencia potente, que ha derramado mucha luz en sus escritos y una voluntad fuerte, capaz de arrestrar cualquiera dificultad; cualidades con que contribuyó poderosamente a formar a sus alumnos en la disciplina intelectual y moral, de la que tanto necesitan las generaciones de nuestros días. Sus alumnos se distinguieron por la claridad de ideas y por el tesón en el estudio. Indudablemente que serán muchos los que confesarán que deben al Padre Ubach el haber emprendido con empeño el camino de la Ciencia.

En el decurso de 1936 fueron dos los antiguos profesores del Colegio que partieron a la eternidad feliz: el Padre Carlos Ramírez, a quien hallamos en el Salvador desde 1912 hasta 1924, y el Padre Juan Homs que estuvo en el Colegio desde 1888 hasta 1896.

El Padre Ramírez nació en Santa Rosa de los Andes (Chile), el 30 de agosto de 1877 y entró en la Compañía el 2 de mayo de 1894, después de haber cursado sus primeros estudios humanísticos en el Seminario de Santiago. Ordenado de sacerdote, consagróse del todo a la educación de los párvulos, en lo que halló sus delicias su alma sencilla e ingenua. En el Colegio de Buenos Aires y luego en el de Puerto Montt y en el de Ancud, hizo un largo y fecundo apostolado infantil, tan amado y recompensado por Nuestro Señor. Murió en el Noviciado de Chillán, el 14 de junio.

El P. Homs nació en Valls (Tarragona, España), el 28 de febrero de 1866 y entró en la Compañía a los 17 años, después de haber obtenido los primeros premios en el célebre Colegio de Manresa, Terminados brillantemente sus estudios eclesiásticos, fué dedicado a la enseñanza en Buenos Aires, en Santiago de Chile y en Santa Fe; con la que simultaneaba, cuando le era posible, las misiones y la predicación, para la que tenía excelentes cualidades. En Mendoza trabajó también varios años en los ministerios espirituales. Finalmente se retiró al Colegio de Santa Fe, donde permaneció inutilizado para el trabajo los últimos tiempos de su laboriosa vida, debido a sus achaques.

El Padre Artemio Colóm y el Hermano JuanCirerol descansaron en la paz del Señor en el curso de 1937. El Padre Colóm había nacido en Villafranca del Cid (Castellón - España) el 5 de junio de 1870. Aspirante al sacerdocio, llegó a él a los 24 años

de edad; pero llamado por Dios a la Compañía, entró en ella a los 26. Hecho el noviciado y ampliados sus estudios, fué enviado a América y desde luego a Santiago de Chile, donde trabajó abnegadamente en diversos ministerios apostólicos. En 1917 vino a la Argentina, donde fué superior de la residencia de Córdoba y de la de *Regina* en Buenos Aires, pasando luego al Colegio del Salvador. Entonces fué puesto al frente de la Sociedad Española de la Virgen del Pilar y de la de San Miguel para la publicación de buenos libros, y en ambas dejó sentir su celo y actividad. Fué gran parte para la fundación del Asilo de ancianos desamparados, que protege la Sociedad del Pilar. El P. Colóm. fué un varón de Dios, piadoso, prudente, abnegado y constante. Su muerte piadosa coronó su vida el día 25 de julio, fecha en que se cumplían 33 años de su llegada a Buenos Aires.

El Hermano Juan Cirerol falleció a los 71 años de su edad y después de una vida tan abnegada y sacrificada, como modesta y humilde. Vino al mundo el día 22 de abril de 1866, en Lluchmayor (Isla de Mallorca). Joven de fe robusta y ansioso de perfección, entró en la Compañía de Jesús a los 23 años, apareciendo en seguida en él las manifestaciones de una virtud sólida, reflejada en un espíritu de sacrificio, que no debía fallar jamás. Porque estas fueron las características del buen Hermano Cicerol: la sencillez, la humildad, la servicialidad y la constancia en el cumplimiento abnegado de su deber. Terminada su formación religiosa en España, fué enviado a la Argentina; y en el Seminario de Villa Devoto, en Regina Martyrum, en el Colegio de San Miguel y, sobre todo, en el Colegio del Salvador, de Buenos Aires, transcurrieron cuarenta y cinco largos años de su vida silenciosa y oculta en Cristo, mientras era él el descanso y el consuelo de sus superiores y hermanos, en el desempeño de los quehaceres domésticos que se le encomendaban, a gloria de Dios. Hermosa realización del ideal de un Hermano Coadjutor de la Compañía de Jesús.

Tres Padres vinculados con el Colegio fallecieron en 1938: el Padre Mariano Clavell, en Buenos Aires, el Padre José Nicolay, en Concepción de Chile y el Padre Agustín Nores en Villa Devoto. El Padre Clavell había nacido en Mataró (Barcelona) el 13 de marzo de 1867; y, llevado de una vocación fervorosa a la Compañía de Jesús, entró en el noviciado de Veruela, contando 19 años. Terminados sus estudios fué dedicado a la enseñanza de las cien-

cias sagradas y a la dirección de la célebre Congregación Mariana de Barcelona, en la que pudo promover en gran escala la mayor gloria de Dios, entre el elemento juvenil. En 1923 fué destinado al Colegio del Salvador, de Buenos Aires, donde dirigió también la Congregación de ex alumnos y la revista *Estudios*. Sus últimos años fueron dedicados principalmente a la dirección de las almas. Fué el Padre Clavell hombre de notables cualidades de espíritu: profundamente piadoso, emprendedor, enérgico y desinteresado.

El Padre Nicolay era alemán. Nacido en Walhausen (Tréveris), entró en la Compañía de Jesús en España, comenzando su noviciado en Veruela, el 16 de julio de 1885, y terminándolo en Córdoba (Argentina), donde pronunció sus votos. Entonces volvió a Europa para hacer allí sus estudios eclesiásticos, y de allí volvió para terminarlos en Buenos Aires, celebrando su primera misa en la Iglesia del Salvador. Desde 1901 hasta 1907 regentó varias cátedras en este Colegio, dejando en sus alumnos fama bien asentada de hombre docto, ecuánime y sereno. Posteriormente fué dedicado a ejercer los sagrados ministerios en diferentes domicilios de Chile y últimamente a dirigir un Colegio primario en Concepción, frecuentado por centenares de hijos del pueblo. Allí coronó su vida laboriosa con santa muerte, a los 74 años de edad y 53 de vida religiosa.

El día 7 de enero de 1939 entregó su alma a Dios uno de los más eximios profesores con que ha contado el Colegio del Salvador, el Padre Joaquín Terol, y el día 1º de marzo del mismo año falleció el Padre Gabriel Paláu. El Padre Joaquín Terol, uno de los profesores más conspicuos que ha tenido el Colegio del Salvador, había nacido en Alcoy, Alicante - España, el día 6 de julio de 1861. Tuvo cuando niño y cuando joven un íntimo amigo: el joven Eduardo Vitoria. Ambos ingresaron en la Compañía de Jesús, jóvenes aún, y ambos llegaron a ser eximios en las ciencias físico-químicas. El Padre Terol no llegó a publicar obras tan fundamentales como el Padre Vitoria, pero le superó en la docencia. Ordenado de sacerdote en 1895, fué destinado a la Argentina, arribando a Buenos Aires en la primera quincena de 1899. Después de pasar un año en Córdoba pasó al Colegio del Salvador, en el que, por espacio de cuarenta años ininterrumpidos, enseñó las ciencias físicas y naturales. Era un profesor modelo, así por su saber

como por sus procedimientos pedagógicos. Nunca conoció la rutina ni sus lecciones eran estereotipadas, antes estaba al día en todo lo que era verdadero progreso científico. Gloria suya, y muy grande, es la de haber plasmado centenares de almas juveniles, abriendo ante ellos los vastos reinos de las ciencias y dándoles el ejemplo serio y constante, al par que humano y bondadoso, de una vida abnegada puesta toda ella al servicio de los sublimes ideales del cristianismo.

Aunque en otro campo fué un digno émulo del Padre Terol el Padre Gabriel Paláu. Natural de Barcelona, ingresó este Padre en la Compañía de Jesús, después de haber publicado algunas obras literarias y aun piezas musicales. Desde su ingreso en la Compañía de Jesús en 1885 hasta su deceso, trabajó principalmente en el terreno de la sociología, correspondiéndole en este campo, según se asevera, uno de los puestos más aventajados entre los sociólogos modernos. Aunque entregado preferentemente a los problemas sociológicos, consagró no pocas horas a la música, como lo prueban sus muchas y talentosas partituras.

El 6 de noviembre de 1940 entregó su alma al Creador el Hermano Fermín Villar, natural de Artona (Castellón - España) y a quien hallamos actuando como sub-prefecto de división desde 1899, aunque fué también portero, en algunas épocas, y sacristán en otras. Hombre modesto y sencillo, sacrificó su vida toda en cuidar de la disciplina del alumnado que se confió a su solicitud. Había este Hermano nacido el día 29 de abril de 1862 e ingresado en la Compañía el 1º de mayo de 1892.

El 11 de agosto de 1941 perdió el Colegio a uno de sus obreros más infatigables y más beneméritos, el Padre Juan Isern. De él nos ocuparemos más extensamente en otro capítulo. Le siguió en el viaje a la eternidad el Padre José Domenech, fallecido en el Colegio de la Inmaculada, en Santa Fe, el 27 de mayo de 1942. En los últimos meses de su existencia se manifestó en forma más aguda el mal que le venía aquejando desde hacía años, aun antes de ser rector del Colegio del Salvador.

En el decurso del mismo año, y también en el Colegio de la Inmaculada, en Santa Fe, entregó su bella alma al Criador el Padre Manuel Barrera. Nacido en Olvega, en la Provincia de Soria, España, el 8 de diciembre de 1866, entró en la Compañía de Jesús en 1881. En 1899 fué destinado a la Argentina, y le halla-

mos en el Colegio del Salvador, y actuando como Ministro, desde 1928 hasta 1934, inclusive. De carácter sencillo y noble, generoso y optimista, concedióle Dios la singular gracia de llegar a una senectud tan bella como edificante. Hasta la víspera del día de su partida, conservó la comunicativa jovialidad que le era tan característica y hasta ese momento estuvo ocupado solícita y empeñosamente en los ministerios sagrados.

6. Al Padre Agustín Nores, a cuyo deceso nos referimos más arriba, vamos a consagrar la postrera página de este capítulo, destacando así su gran figura y su nobilísima acción. Nació este santo y apostólico varón en la docta Córdoba, que tanto amó, y, a los dieciséis años de su edad, ingresó en la Compañía de Jesús, el día 19 de marzo de 1885. Realizados sus primeros estudios en Europa, regresó a la Argentina en 1890 y estuvo en el Colegio del Salvador hasta principios de 1891, época en que pasó al Colegio de Santa Fe con el cargo de Prefecto de Brigada y Profesor de Francés. Al siguiente año dejó de tener la Brigada, pero en vez de enseñar Francés, era profesor de Inglés, de Historia Argentina y de Matemáticas. Hechos sus estudios eclesiásticos en Europa y ordenado sacerdote, regresó a la Argentina en 1901 y fué destinado nuevamente al Colegio del Salvador, aunque sólo por algunos meses, como en 1890. Corrió a su cargo la Brigada de los Externos y algunas suplencias en las clases.

Destinado este santo varón al Seminario de Villa Devoto en 1902 fué profesor de latín y griego en la clase de Infima, después en la de Media y en 1908 en la de Suprema. La sordera que tanto le aquejaba fué causa de que los Superiores le alejaran de la enseñanza, por la que sentía grande atracción, y le destinaran a los ministerios posibles con su condición de sordo. El serlo, y en grado bastante agudo, no le impidió al Padre Nores desarrollar, como desarrolló, desde aquella fecha hasta 1938 un fecundísimo apostolado entre todas las clases sociales, y con singular abnegación y sacrificio.

El largo período que va desde 1909 hasta 1938 lo dedicó, muy en especial, a socorrer las miserias de la gente pobre y en enseñar el catecismo en las escuelas fiscales. Ya en 1915 era tal la fama de santidad que se había granjeado "El Padre Agustín" entre las gentes de Villa Devoto, sobre todo entre el pobrerío, que

habiéndose ausentado de Villa Devoto, en busca de remedio a su creciente sordera, apareció en las calles, y aun en tranvías, de Villa Devoto un sujeto vendiendo un folletito en 16°, de unas veinte páginas, cuyo título era: "Vida y santa muerte del Padre Agustín". Si el autor de ese folleto lo escribió y publicó, mal informado, pero movido por buena intención, o si por fines de lucro, es cosa que nunca se supo. Cierto es que estaba escrito con amor y cariño, pero también con relatos hiperbólicos y ajenos a la verdad histórica.

El Padre Nores falleció en su ciudad natal el 20 de mayo de 1938, y el pueblo de Villa Devoto que en 1915 vió escrita su biografía, en 1943 vió surgir el airoso monumento a su Padre Agustín y en este año de 1944 tiene la satisfacción de que una de sus escuelas fiscales, la Escuela N° 16 del Distrito Escolar 17, situada en la calle Ramón Lista 5250, haya sido oficialmente denominada "Escuela Padre Agustín Nores".

Dicha Escuela inauguró su nuevo y hermoso local el día 20 de mayo de este año de 1944 y asistieron a la ceremonia el subsecretario de Instrucción Pública, señor Manuel Villada Achával; el interventor del Consejo Nacional de Educación, doctor José Ignacio Olmedo; los secretarios generales didáctico y de hacienda de esta repartición, otras autoridades escolares, sacerdotes, personal docente y directivo de la escuela, alumnos de la misma, delegaciones de otros establecimientos de enseñanza primaria, vecinos y gran cantidad de público.

El doctor Olmedo pronunció el discurso referente a la inauguración y expresó en primer término, su satisfacción al inaugurar ese edificio escolar que ha de ostentar el nombre del Padre Nores.

> "El nombre de éste —agregó— está vinculado al progreso moral de la zona de Villa Devoto, a través de su acción evangélica desarrollada en los mejores años de su existencia, durante más de tres lustros consagrados por el infatigable jesuíta a una labor extraordinaria de celo por la salvación de las almas, y por el triunfo de los principios sobre los cuales reposa el engrandecimiento del pueblo, al que tanto amó con noble abnegación y sacrificio".

Evocó después la figura del Padre Nores, y dijo que

> "como interventor del Consejo Nacional de Educación, considero un honor para esta escuela llevar el nombre de un argentino que consagró sus desvelos

al servicio de Dios y a la gloria de la patria. Porque el Padre Nores amó a la patria con un fervor sólo superado por su amor a Dios y a la Iglesia".

Elogió también la obra poética del recordado religioso y la "santidad resplandeciente de toda su persona", que apreciaron todos cuantos tuvieron la honra de tratarlo.

Capítulo XIII

VIDA EXTERIOR DEL COLEGIO (1927 - 1943)

1 — *"Nuestra Revista" y "El Salvador"*; 2 — *El alumnado*; 3 — *Apertura de curso*; 4 — *Cuando la revolución de Septiembre de* 1930; 5 — *Homenajes a la Patria*; 6 — *El año* 1933; 7 — *El Cardenal Pacelli en el Salvador*; 8 — *Actos varios entre* 1935 *y* 1937; 9 — *Las Academias de Literatura y Declamación*; 10 — *Representaciones dramáticas*; 11 — *El Parque Atlético de Martínez, los deportes y el atletismo.*

1. En abril de 1918 editóse el primer número de *Nuestra Revista*, publicación mensual de índole escolar que tenía por objeto los intereses escolares de todos los colegios dirigidos por la Compañía de Jesús, no tan solo en la Argentina sino también en Chile, en el Paraguay y el Uruguay. El Padre Gabriel Paláu dirigió esta revista escolar en 1918 y 1919, el Padre Felipe Lérida desde 1920 hasta 1925, ambos años inclusive. A principios de 1926 dejó de existir esta publicación, común a todos los colegios jesuíticos, y el Colegio del Salvador inició la publicación de una revista propia que tomó el título del colegio y se denominó *El Salvador*. El mencionado Padre Lérida, segundo y último director de *Nuestra Revista*, fué el primer director de esta nueva publicación. En 1927 le sucedió en la dirección el Padre José María Blanco, y dirigió su publicación hasta 1934, año en que lo tomó a su cuidado el entonces Prefecto General del Colegio, Padre Angelino Micó. En 1936 volvió el Padre Blanco a dirigir *El Salvador*, y al ser destinado él a Córdoba, le sucedió el Padre Oscar Dreidemie en 1937 y 1938, y el Padre Guillermo Furlong en 1939 y 1940, el Padre Jorge Mesía en 1941, 1942 y 1943, y desde principios del curso escolar de 1944 la volvió a dirigir el Padre Furlong.

Al frente del primer número de *El Salvador* publicó el entonces rector del Colegio, Padre Juan Castillejo, una breve introducción, de la que copiamos estas líneas:

> Esta revista que viene a tus manos, como lo pregona su título, es órgano exclusivo del Colegio del Salvador. Es decir, de esa ya numerosa familia, cuyos miembros no sólo se han centuplicado en la Capital y en toda la República, durante los cincuenta y ocho años que cuenta de existencia.

pero se extienden y residen fuera de ella en las Naciones vecinas y aun en otras muy lejanas.

Porque el *Colegio del Salvador*, en la acepción en que ahora se le toma, está constituído no sólo por los actuales Profesores y Alumnos con sus familias, sino por los antiguos Maestros y Exalumnos, muy especialmente por los que forman la Sociedad de los mismos, por medio de la cual están más intimamente ligados a éste que es como prolongación del hogar paterno; está constituido, en fin, por todos cuantos se hallan relacionados con esta ya vieja casa de estudios.

Y como la distancia, la edad, las ocupaciones, tienen a gran parte de esa muchedumbre o aislados entre sí o muy separados de su *alma mater*, viene esta Revista a vincularlos unos con otros y a ponerlos en contacto con su caro Colegio.

2. Toda la vida escolar desde 1926 hasta la fecha puede verse en las páginas tan nutridas como bien ilustradas de esta revista, y por esta razón no vamos a consignar en este capítulo los pormenores de índole escolar que incluímos con referencia a épocas anteriores. Vamos, sin embargo, a recordar tan solo los hechos de mayor significación en la vida interna y externa del Colegio desde principios de 1927 hasta 1940.

El número de alumnos que en 1927 fué de 490, bajó en 1928 a 482 y en 1929 a 428, y aunque en 1930 subió a 485, en 1931 descendió a 420, en 1932 a 403 y en 1933 a 411. En los años siguientes fué en constante aumento: 475 en 1934, 504 en 1935, 555 en 1936, 601 en 1937, 629 en 1938. De este total eran pupilos 59, medio-pupilos de 1ª categoría 130, medio-pupilos de 2ª categoría 165 y externos 275.

3. Invariablemente el curso escolar se inició cada año con la Misa del Espíritu Santo y con la vigorosa e incisiva plática del Padre Arnau quien, desde ese primer día del curso, tenía la singular habilidad de tonificar los juveniles espíritus de sus oyentes. Muchos son los que recuerdan con cariño la palabra de aquel varón benemérito que sabía con diestra mano enderezar hacia el trabajo y el esfuerzo aquellos corazones que durante los meses de verano solo habían pensado en el ocio y en la diversión. Si el orador en la iglesia fué siempre, o casi siempre, el mismo, el que dirigía la palabra al alumnado, en el salón de actos, fué diverso: el Padre Telésforo Sosa en 1928 quien disertó sobre *El Valor Cristiano;* el Padre Francisco Javier Galarza en 1929 quien expuso

que la enseñanza secundaria no tiene por fin principal la erudición sino la formación y el desarrollo de las facultades; el Padre Juan Ortega en 1930, quien se refirió a *La educación de la voluntad;* el Padre Eduardo Troncoso en 1931, quien expuso cómo la vida en el hogar debía complementar la vida en el colegio y la de éste realzar aquélla; el Padre Joaquín Añón en 1932 cuya disertación se refirió a la pedagogía jesuítica contenida en el Ratio Studiorum; el Padre Angelino Micó en 1933 y su lucubración versó sobre la futilidad de la enseñanza laica; el Padre José María Blanco en 1934 y, por ser el año en el que debía celebrarse el Congreso Eucarístico Internacional, habló a los alumnos sobre el origen y trascendencia de los Congresos Eucarísticos; el Padre Andrés Doglia en 1935, habiendo versado su discurso sobre los errores del laicismo y la plenitud de la educación cristiana; el Padre Guillermo Furlong en 1936, cuya conferencia se refirió a la historia del Colegio del Salvador desde 1617 hasta entonces; el Padre Sosa fué nuevamente el orador en 1937 y se refirió al *Humanismo y las lenguas vivas;* el Padre Oscar Dreidemie en 1938 y trató de *La obra educacional de la Compañía de Jesús en Buenos Aires;* el Padre Andrés Doglia volvió a hablar al alumnado en el acto de apertura del curso de 1939, probando que la religión es la base de toda educación humana; el Padre Jorge Enrique Mesía en 1940 se refirió a *La educación del corazón.*

4. Cuando la jornada del 6 de setiembre de 1930, por la que el Teniente General José F. Uriburu puso fin al gobierno del doctor Hipólito Irigoyen y asumió el poder, y mientras las tropas desfilaban lentamente por frente al Colegio, en medio de la muchedumbre inmensa que llenaba las aceras, estando las puertas de la iglesia y del Colegio abiertas de par en par, y cuando nadie podía sospechar peligro alguno, un nutrido tiroteo se propagó desde puntos desconocidos hacia las calles Corrientes y Sarmiento por un lado y hacia las calles Viamonte y Córdoba por el otro lado.

Fué un momento de pánico, que heló los vivas en las gargantas y los aplausos en las manos, y la muchedumbre que no pudo ganar las calles laterales, se refugió en los zaguanes. La iglesia y el colegio, cuyas puertas estaban plenamente abietras, según dijimos, fueron el refugio para muchísimas personas. Nadie pudo precisar de dónde partieron los tiros, ni a los soldados que se encon-

traban entonces frente al Colegio se les ocurrió dirigir hacia él los caños de sus fusiles, antes dirigieron sus tiros en dirección al Congreso y en dirección a la calle Córdoba, de donde sentían que partían las balas enemigas.

A pesar de todo, no faltó quien dijera que los tiros habían sido disparados desde el Colegio del Salvador. Desgraciadamente, algunos periódicos se hicieron eco de idea tan descabellada y tan calumniosa, por lo que el Rector del Colegio creyóse en el deber de enviar al respecto, como envió, a todos los periódicos un desmentido [578]:

Buenos Aires, 9 de septiembre de 1930.

Sr. Director:

Agradecería a usted, insertara en las columnas del diario de su digna dirección los renglones siguientes:

Ante los rumores propalados en estos días de que desde las ventanas del Colegio del Salvador se había hecho fuego contra el ejército argentino, cúmpleme protestar enérgicamente, asegurando ser falsísimo que se haya hecho ni un solo disparo. Un poco, tan sólo, de sentido común y de amor nacional, y sobre todo, la alta misión de nuestra investidura sacerdotal, que nos obliga a mantenernos ajenos a toda bandería política para dedicarnos con todo empeño a la formación cultural y espiritual de nuestros encomendados, nos habría impedido no sólo realizar, pero ni pensar en cometer tan imprudente, antipatriótico y execrable delito.

La inspección realizada por oden de la jefatura de policía, dejó bien convencidas a las autoridades de que se trataba tan sólo de una mera patraña. En la sala de armas se hallaron intactos los fusiles que para instrucción militar de los alumnos mayores, presta la dirección de Tiro y Gimnasia a los establecimientos de enseñanza.

Esto es cuanto me he creído en el deber de manifestar para cortar malévolas informaciones y salir a la defensa del tradicional e inmaculado nombre de este Colegio.

Aprovecho la oportunidad, para saludarlo con toda consideración.

Muy acertadamente escribía la revista *Criterio* en su número del 11 de setiembre, a propósito de esta carta del Rector del Salvador:

En estas circunstancias (las que acompañaron al señor general Uriburu al entrar en Buenos Aires), el periodismo debe ser el más cauto que nunca: La conservación del orden público, el encauce del entusiasmo popular, dependen en gran parte de sus informaciones y de sus juicios. Por ello es de todo punto vituperable, una información tendenciosa y maligna de "La Prensa", que en su edición del domingo pasado, dando cuenta de los ataques llevados el día anterior contra las tropas y el pueblo, hízose eco de una canallesca denuncia: desde el Colegio del Salvador, se había baleado contra

los cadetes del Colegio Militar y el pueblo. La denuncia obligó a la policía a efectuar una requisa en el Colegio. Se secuestraron unos cuantos máuseres, y ninguna munición. Las autoridades del establecimiento y el Centro de Exalumnos explicaron ese hecho. Las armas existían en el Colegio, como en todos los colegios secundarios, para la enseñanza de tiro de los alumnos, que se realiza cumpliendo disposiciones expresas y bajo la dirección de oficiales del ejército. Por otra parte resulta verdaderamente ridícula la suposición que dió origen a la denuncia. Centenares de personas lo atestiguaron unánimemente, poniendo en su lugar la verdad, y todavía resta añadir que docenas de cadetes del Colegio Militar han egresado del célebre colegio y había dentro de la casa, cadetes en licencia forzosa.

Los demás diarios insertaron de plano la información verdadera. Sólo "La Prensa", después de su infundio, guardó silencio al respecto. ¿Y no sabe "La Prensa" que pudo haber precipitado el desenfreno de la turba, con su mentira? Sí, lo sabe. Pero mintió a sabiendas y persistió en la mentira no rectificándose [579].

Todos los periódicos se vieron obligados a publicar, por orden del General Uriburu la siguiente nota que le envió el entonces Provincial en la Provincia Jesuítica Argetnina, el Padre Luis Parola:

Me permito distraer por un instante la atención de V. E. de los graves asnutos que la reclaman en la hora presente, para formular, en mi carácter de superior provincial de la Compañía de Jesús en la Argentina, mi más sincera y enérgica protesta contra la versión calumniosa de haberse hecho fuego contra la tropa desde la azotea del Colegio del Salvador, en la memorable tarde del sábado 6 del corriente.

Ante Dios y ante V. E., como representante de la patria argentina, afirmo que esa imputación carece en absoluto de verdad objetiva.

He lamentado que la requisa de las armas, cedidas al Colegio del Salvador por la Dirección de Tiro, hecha en forma algo ostensible, haya corroborado ante el público de la Capital esa falsa versión, atrayendo la odiosidad y descrédito contra la institución que represento.

Aprovecho la oportunidad para manifestar a V. E. que la Compañía de Jesús ni ahora ni en tiempo alguno se ha inmiscuído en la política de la República y menos ha embanderado a sus miembros en ningún partido; cosa que le está terminantemente prohibida por sus mismas leyes orgánicas.

Nuestra institución ha sido y será siempre defensora del orden y de la autoridad constituída, y su aspiración única es la formación religiosa, moral e intelectual del pueblo donde radica.

Los Jesuítas de la Argentina rogamos a Dios para que la gestión de V. E., redunde en mucho bien de la patria y mucha gloria del mismo Dios, rey de los pueblos.

A esta carta contestó el Señor Presidente por secretaría con la nota siguiente:

Al señor Superior Provincial de la Compañía de Jesús, Reverendo Padre Luis Parola. Presente.

Por orden del Excmo. señor presidente del gobierno provisorio de la Nación, tengo el agrado de dirigirme a usted, acusando recibo de la atenta nota, fecha 11 del mes actual, motivada por las versiones circulantes a raíz de la intervención que a ese establecimiento le cupo en los sucesos acaecidos durante la tarde del día 6 de septiembre.

En contestación a la misma, cúmpleme manifestarle que en el ánimo del Excmo. señor Presidente no han tenido jamás asidero alguno tales versiones, compenetrado como está de los altos fines que esa institución persigue y el elevado concepto de que goza en nuestro ambiente social e intelectual.

En cuanto a lo que usted manifiesta con respecto a la requisa de armas de que ese establecimiento fuera objeto, debo hacerle saber que, tratándos de una medida de carácter general, dentro de la cual no cabía excepción alguna, en nada puede afectar el prestigio y el buen nombre de esa congregación.

Con tal motivo saludo a usted, muy atentamente. — *Teniente coronel Kinkelín.*

Pueden verse ambas notas en *La Nación* del 17 y 18 de setiembre de 1930. Recordemos, para terminar este ingrato episodio, fruto del atolondramiento si no de la maledicencia, que en el primer gabinete del General Uriburu ocupó la Vicepresidencia el exalumno doctor Enrique Santamarina, y el ministerio del Interior el doctor Matías Sánchez Sorondo, también ex-alumno del Salvador, y el de Obras Públicas el doctor Octavio Pico, padre de tres ex-alumnos y el de Justicia e Instrucción Pública el doctor Ernesto Padilla que tenía a la sazón un hijo en el Colegio.

5. En el homenaje que hizo el Colegio a la Patria, en la víspera del 25 de Mayo de 1927, declamaron poesías los alumnos Eduardo Ferrer y Ramón Tristany, y tuvo el discurso de circunstancias el doctor José Ignacio Olmedo.

Señores, decía al terminar: Que el amor a la patria que hoy ufanos venimos a celebrar, después de haber elevado en el templo los corazones a Dios, siga subordinado siempre al amor a la religión, bajo cuyas alas los hombres de Mayo, como ulteriormente nuestros próceres de 1816, y los prohombres de nuestra organización nacional, que sacaron al país de las garras de la tiranía y de las espesas sombras de la barbarie y de la montonera, para incorporarlo al concierto de las naciones libres del mundo, bajo cuyas alas, decía, se ha cobijado nuestra nacionalidad naciente y se han proclamado nuestros más decisivos triunfos; que al rematar en la Constitución definitiva reconoció solemnemente a Dios, en la parte culminante de su soberbio preám-

bulo, como la fuente originaria de nuestra soberanía, ante la cual se inclina reverente la Nación, con su pueblo y sus gobernantes, proclamando la armonía y la unión indestructible del amor a la patria y a la religión, como la fusión de dos grandes y fecundos amores y como la realización más viva y real de la *fórmula bipartita* del cristianismo: *el amor a Dios*, por cima de todo, y *el amor al prójimo*, del cual dimana el verdadero patriotismo, como su mejor y más precioso corolario [580].

Cuando en octubre de 1927, y en la ciudad de Córdoba, se realizó la Segunda Asamblea Nacional del Profesorado, fué el Dr. Olmedo, ex-alumno del Salvador, quien con tanta lógica como elocuencia impugnó como absurda la escuela llamada laica, y probó sobreabundantemente la obligatoriedad de la enseñanza religiosa según la letra y el espíritu de la Constitución Nacional. Su magnífico discurso, pronunciado el día 13 de octubre se publicó en *El Salvador* y allí mismo pueden verse otras frases pronunciadas por el doctor Olmedo en la sesión del día 15 de octubre [581]:

Se ha dicho en todos los tonos que la escuela religiosa deforma el alma del niño y hasta se ha presentado al maestro católico como contrario al espíritu nacional... Al oír estas frases mi pensamiento remontábase al histórico Congreso de Tucumán en que se formaba —iba ya a decir *deformaba*... — el alma nacional; congreso constituído en su inmensa mayoría por religiosos y sacerdotes que, al decir de Avellaneda, se emancipaban de su rey, tomando todos los cuidados para no emanciparse de su Dios y de su culto...! Y toda esta suerte de novedades, dichas por maestros empapados de la Historia patria, tienen eco en esta docta ciudad de Córdoba, en la que uno de sus hijos más ilustres, digno competidor en su influencia democrática de los más grandes próceres, reformó la histórica Universidad de Córdoba —fundada también por un religioso preclaro— y rigió sus destinos como Rector mereciendo llamarse su segundo fundador, y por cuyas manos pasaron los hilos de la revolución de Mayo y que era otro ínclito sacerdote cuyo nombre glorioso lo conocéis todos, el célebre Deán de la Iglesia Catedral de Córdoba, doctor Gregorio Funes!

¡Pero así es la lógica de los liberales!

El doctor Wilfredo Solá acaba de leernos, como prueba al canto, las líneas de un discurso aparecido en la revista EL SALVADOR que según él, demuestra acabadamente la deformación de la mente atribuída a la escuela religiosa. Pues bien, el doctor Solá, como él ha recordado, fué alumno del Salvador —y conste que ayudaba más misas que yo! (risas). Y vestidito de cardenal (risas) porque así lo hacía en forma muy solemne (risas)— y sin embargo no aparece con la mente deformada, lo cual constituye un irrebatible argumento *ad hóminem*. Su caso y el mío —pues tampoco creo tener la mente deformada— demuestran cómo dos alumnos del mismo colegio religioso, dirigido por los jesuítas, que han seguido en la vida tendencias filosóficas opuestas, son para esta asamblea un ejemplo palpitante

de la falsedad de los asertos en que han incurrido algunos oradores enemigos de la escuela religiosa. Pero, ¡oh lógica de los liberales! El propio doctor Solá envía su único hijo, que acaso ha tenido la oportunidad de escuchar sorprendido sus palabras, así como lo vi concurrir anoche a la barra, envía su hijo, decía, a uno de esos colegios religiosos que deforman la mente del niño... (se oyen murmullos: ¡mal hecho!, ¡mal hecho! El doctor Solá musita: es una transacción... y confieso que una cobardía). Acabáis de oirlo: los católicos practicamos la confesión privada, pero el doctor Solá ha hecho una confesión pública! (Se oye una voz: ¡que es más honrosa! El orador agrega: ¡y más meritoria!).

Lo angustioso del tiempo no me permite contestar punto por punto a mis contendores. Tan sólo quiero, como broche final, agradecer al doctor Sánchez Viamonte su lisonja al llamarme jesuíta, palabra flexible en acepciones, pero a la que yo le doy su recta y natural significación. Al propio tiempo correspondo a su gentileza proclamándole ante esta asamblea como el más genuino representante de una escuela (breve pausa) que cuenta con tantos afiliados entre los liberales, la escuela de la declamación sonora...! (Aplausos prolongados y ovación de la asamblea).

Con singular complacencia hemos recordado esta actuación del doctor José Ignacio Olmedo en la Segunda Asamblea Nacional del Profesorado, no sólo por el hecho en sí mismo, tan en favor de la educación religiosa impartida en el Colegio del Salvador, sino también por ser el doctor Olmedo nieto de aquel gran jurisconsulto y magistrado Jerónimo Cortés y Funes, que en el Senado de la Nación se enfrentó con Sarmiento y defendió un proyecto de subsidio al Colegio del Salvador, para su reconstrucción, después del incendio de 1875, probando la existencia legal de la Compañía de Jesús. El doctor José Ignacio Olmedo es también biznieto de don Ambrosio Funes, el ilustre prócer cordobés que ante la Junta de Mayo de 1810 y ante el Congreso de Tucumán de 1816 trabajó para que los Jesuítas fueran llamados nuevamente al país, del que estaban desterrados desde 1767.

En el decurso de 1928 hubo tres actos de mayor relieve: el acto patrio la víspera del 25 de Mayo, el homenaje a Guillermo Rawson y el acto en honor de los Mártires Rioplatenses. El homenaje a Rawson fué con ocasión de la inauguración de la estatua al gran estadista, y el Colegio no podía dejar de recordar que no sólo había sido alumno de los jesuitas sino también gran amigo de los mismos. El acto en honor de los Mártires tuvo lugar el día 17 de noviembre de ese año, y en él usaron de la palabra con singular elocuencia y erudición los doctores Ernesto Palacio

y Rómulo Carbia. El ex-alumno Ismael Alchourrón declamó la poesía de Ricardo Gutiérrez, intitulada *El Misionero.*

En el acto patrio de 1929 arengó a los presentes el señor Vicente Caride, y en 1931 les dirigió la palabra, serena y profunda, el doctor Juan Carlos García Santillán, y en 1932 hizo vibrar los juveniles corazones con sus acentos marciales el brioso Teniente 1º don Francisco Fullana, y en 1933 habló sobre la efeméride patria con pensar profundo, el Padre Telésforo Sosa. En los días patrios de años posteriores hablaron a los alumnos junto al mástil de la Bandera y en el patio de honor del Colegio el señor Rafael Solano, el Padre Andrés Doglia, el doctor Manuel Villada Achával y el doctor Félix A. Marcó.

Al acto patrio del 24 de mayo de 1938 asistió el entonces Vicepresidente de la Nación, Dr. Ramón S. Castillo, y el Sr. Ministro de Agricultura, Ingeniero José Padilla. Cuando en el curso de ese mismo año se bendijo el mástil de madera y el altar de la Patria que generosamente donara el señor Manuel Freixas, fué el General de División, Francisco Reynolds, ex-alumno del Colegio, quien dirigió la palabra a los presentes.

6. En el curso de 1933, y con ocasión de conmemorarse el 80 aniversario de la Jura de la Constitución Nacional, celebróse un acto de bella significación, en el que el señor Ricardo Harriague, alumno del Colegio, y el doctor Juan Carlos García Santillán, profesor de Instrucción Cívica, expusieron los méritos y la trascendencia de nuestra Carta Magna. Uno de los disertantes recordó cómo estaba ella vinculada a la Compañía de Jesús, ya que fué en los salones del Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, donde se reunieron los Congresales.

Pero fué 1934 el año de los grandes acontecimientos, ya que el Colegio celebró un lucidísimo acto literario - religioso en honor del Congreso Eucarístico Nacional, participó activa y brillantemente en dicho Congreso y tuvo la inmensa satisfacción de recibir la visita de su Eminencia el Cardenal Legado, hoy Papa Pío XII.

En julio de 1932, dos años antes de celebrarse el Congreso Eucarístico Internacional llegó a Buenos Aires y se estableció en el Colegio del Salvador el hombre que había de ser el alma y nervio en la organización de dicho Congreso, el Padre José Boubée, Secretario del Comité permanente de Congresos Eucarísticos Interna-

cionales. Estudió el ambiente de la ciudad de Buenos Aires, recorrió gran parte de la República, dando conferencias en Santa Fe, Paraná, Rosario y Córdoba. Tendidas las grandes líneas, regresó ese eximio Jesuíta a Europa en Octubre de ese mismo año.

En vísperas del Congreso y en las grandes concentraciones que lo precedieron tuvieron actuación destacada los Padres Felipe Lérida y José María Blanco, y el Congreso eligió la Iglesia del Salvador como local para las Asambleas generales de la sección nacional de jóvenes y universitarios.

El acto por medio del cual adhirióse oficialmente el Colegio al XXXII Congreso Eucarístico Internacional fué, según se afirma, uno de los más brillantes celebrados en la ciudad de Buenos Aires en el decurso de ese año de 1934. El adorno del escenario era todo un poema de belleza, en medio de su simplicidad. Presidió el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Dr. Santiago L. Copello. acompañado de varios otros prelados y del Presidente del Comité Ejecutivo del Congreso Eucarístico Mons. Daniel Figueroa, y otras descollantes personalidades. El Sr. Luis Moreyra disertó sobre el significado y trascendencia del Congreso a celebrarse; el señor Enrique Harriague Coronado historió La Eucaristía en la conquista civilizadora de los pueblos guaraníticos; habló luego el señor Francisco Seeber Demaría sobre "La epopeya del Corpus, durante un siglo y medio de vida cristiana en las Reducciones" y el señor Juan Luis Moyano recitó una emotiva plegaria, acompañada por lejana y sentida melodía.

No es posible detallar la participación del Colegio en los actos realizados entre el 10 y 14 de octubre, ya que abrió sus puertas y hospedó a Prelados y Sacerdotes, caballeros y jóvenes, peregrinos de distintas regiones del mundo, especialmente del Paraguay, Chile y Uruguay. Las camarillas de los pupilos y las salas de estudio estaban repletas de huéspedes, y éstos lo propio que los Padres del Colegio y los alumnos todos, se volcaron con las ingentes multitudes de fieles en los jardines y avenidas de Palermo, pletóricos de fé y de entusiasmo. Sólo en una oportunidad, en la Misa y Comunión de los Niños, que tuvo lugar el día 11 de octubre, pudieron estar como reunidos en una sección de la Avenida Sarmiento todos los alumnos de los grados y primeros años del bachillerato. Aquellos niños y jóvenes del Colegio que tuvieron entonces la dicha de presenciar aquella eclosión de fé, superior a to-

dos los cálculos y a todos los optimismos, no olvidarán jamás lo que entonces contemplaron y ese recuerdo retemplará su fe en Dios y su devoción a la causa de Cristo y de su Iglesia.

7. Dos veces visitó el Colegio del Salvador durante los días del Congreso, el entonces Legado Pontificio, Su Eminencia el Cardenal Pacelli, y hoy Papa Pío XII. La primera visita fué el día 13 de octubre. Por breves minutos presidió una asamblea que en el salón de actos celebraba la colectividad española, presidida por el Primado de España, el señor Arzobispo de Toledo. La segunda fué propiamente la visita del Legado Pontifiico al Colegio. Llegó a las 6 de la tarde del día 15 de octubre de 1934. Fué recibido en la portería por el entonces Provincial de la Compañía, Padre Luis Parola, y por el entonces Rector del Colegio, Padre Matías Codina y los Padres todos del Colegio, y no pocos alumnos y exalumnos que se hallaban presentes en la galería del patio de entrada donde estaba congregada la comunidad y varios Padres y Hermanos de las otras casas, el R. P. Provincial dió a Su Eminencia la bienvenida con el siguiente discurso:

"Eminencia: Bienvenido seáis a esta vuestra casa, que es vuestra por ser de la Compañía de Jesús. En la imposibilidad de expresar a V. Eminencia todos los afectos que embargan nuestro corazón, en estos momentos breves pero preciosos que nos proporcionáis, diré solamente dos palabras en nombre de todos los hijos de la Compañía de Jesús de estas tierras sudamericanas. Una palabra de agradecimiento, otra de súplica. Os agradecemos la bendición que desde alta mar nos habéis enviado, augurio precioso de celestiales gracias. Os agradecemos la mención honorífica que en vuestro discurso inaugural habéis hecho de nuestros Mártires Misioneros, nuestros Padres en el espíritu y nuestros antecesores en el apostolado. Os agradecemos esta vuestra presencia entre nosotros, corona de hijos que rodean al Padre; y al veros así entre nosotros, espontáneamente brota del corazón la súplica evangélica *Mane nobiscum Domine*. Pero habéis de volver al lado del Padre común, que con tan señalada dignación os envió a nuestra tierra. Al ofrendarle el caudal de emociones, gratitud, afectos y triunfos espirituales del Congreso Eucarsítico, magníficamente realzado con vuestra presencia, decid Emmo. Señor, al Padre Santo que, en amor y adhesión a su persona, los jesuítas de aquí somos lo mismo que lo jesuítas de allá. Que los hijos de San Ignacio de estas regionales australes, aunque corporalmente los más distantes, sin embargo con el espíritu le están estrechamente unidos por el voto de obediencia pronunciado un día ante Jesús Sacramentado y que en este momento renuevan en presencia de su ilustre representante. Decidle que los jesuítas de estas tierras están a sus órdenes *ad bellanda proelia Domini;* que le ofrecen sus personas y casas,

sus alumnos, sus asociaciones y congregaciones. Decidle que los jesuítas de estas tierras no descansan en adiestrar al laicado para la Acción Católica, en su lucha por la extensión y afianzamiento del Reino de Cristo. Bendecidnos ahora, Eminentísimo Señor, a los hijos de San Ignacio, a nuestros Colegios y empresas apostólicas, y particularmente a nuestros Noviciados y casas de formación, para que *in dies merito augeamur et numero*, para la mayor gloria de Dios y de su santa Iglesia Católica".

Terminado el saludo del Padre Provincial, cuyos conceptos en varias ocasiones fueron especialmente aprobados por el Cardenal Legado, dió éste su bendición y un entusiasta *¡Viva la Compañía de Jesús!* y se dirigió hacia la iglesia. Al ir le dijo familiarmente al R. P. Provincial: "Pero *¿sabe usted que yo amo mucho a la Compañía?*" Llegado al presbiterio, oró devotísimamente ante el Santísimo y luego veneró la insigne reliquia del Beato Roque, que le fué presentada por el Padre Parola. La fotografía que reproduce este hecho histórico es de una unción y belleza singulares, como habrán podido comprobar cuantos la conocen. Con su reproducción honramos estas páginas.

Nos hemos referido a las dos visitas que hizo el Cardenal Legado al Colegio, aunque por motivos diversos, y hemos de recordar que el día 9 de octubre, al hacer su entrada triunfal en la ciudad, pasó por delante del Colegio, mientras todo el alumnado, uniformado, se hallaba en la vereda y ovacionaba al representante del Papa. Este saludó repetidas veces y bendijo ampliamente, en manera especial al enfrentar la puerta del Colegio donde estaban las autoridades de la Casa. Otro tanto sucedió el día 16 de octubre al ir Su Eminencia al puerto para regresar a Roma.

8. En el decurso de 1935 hubo tres actos de especial esplendor: el que se tuvo con ocasión del bimilenario de Horacio, el "Día del Oriente Cristiano" y el relacionado con la clausura del Año Santo.

De dos partes constaba el programa del homenaje a Horacio: 1. *El hombre - El filósofo - El poeta* - 2. *Su influencia mundial - Su influencia en la literatura castellana - Su influencia en la literatura argentina.*

Los jóvenes oradores fueron los alumnos Luis Gotelli, Enrique Spinedi, Eduardo Tiscornia, Jaime Potenze, Alejandro Gancedo y Luis M. Moreyra.

La celebración del Día del Oriente Cristiano tuvo dos actos,

uno literario - musical el día 19 de octubre y otro religioso el día 20 del mismo mes. El primero fué presidido por Monseñor Fortunato Devoto y por Monseñor Dionisio Tibiletti y ocuparon la tribuna primeramente los alumnos Luis Gotelli, Juan B. Poccard y Francisco Seeber, y después de ellos el entonces rector del Colegio, Padre Andrés Doglia. El día 20 fué la Misa en rito armenio, oficiada en la Iglesia del Salvador y a la que asistió todo el alumnado, y no pocos ex-alumnos.

Con anterioridad a estos actos, habíase realizado en los días 25, 26 y 27 de abril, la clausura del Año Santo de la Redención, en los que ocupó la cátedra sagrada el Padre José María Blanco. Solemne y concurrida, en forma extarordinaria, fué la procesión de la tarde del domingo 28 de abril, que partiendo de la Iglesia llegó hasta el Salón de Actos, donde el Padre Felipe Lérida dirigió la palabra a la inmensa concurrencia. A continuación el Padre Provincial Luis Parola dió la bendición con el Santísimo y la procesión regresó al templo.

Por su actuación extraordinaria durante el Año Jubilar de la Redención, a la que también nos hemos referido ya, el Consejo Pontificio creado en Roma para la celebración de dicho jubileo, otorgó al Padre Felipe Lérida, profesor del Colegio, un diploma de Honor, acompañado de la insignia de una Cruz de plata, con el título de *Benemérito.*

Este mismo Padre organizó, en mayo de 1936, la peregrinación de fieles que en el vapor General Artigas pasó a Santa Fe para participar en la coronación de la histórica imagen de Nuestra Señora de los Milagros. Un nutrido grupo de profesores, alumnos y exalumnos del Salvador participaron en estas suntuosas y simpáticas fiestas.

Con ocasión de celebrarse en 1936 el cuarto siglo de la fundación de la ciudad de Buenos Aires, el Colegio se asoció a esta efemérides histórica con un acto simpático en su simplicidad. El señor Tristán Achával Rodríguez disertó sobre la primera fundación, el señor Francisco Seeber se refirió a la participación que la iglesia tuvo en la obra de la conquista y civilización. Una nota graciosa y simpática fué el declamar, como lo hizo el señor José Antonio Sojo, unas octavas reales de Don Martín del Barco Centenera, sacadas del poema que publicó en 1601.

Como en agosto de ese año de 1936 se cumplía un siglo del

regresó de los Padres de la Compañía de Jesús a Buenos Aires, alumnos y ex-alumnos quisieron celebrar este centenario, y los Padres del Colegio quisieron valerse de esta oportunidad para dar gracias a Dios por todos los beneficios recibidos durante la centuria transcurrida, y para ello programaron festejos religiosos y literarios que se desarrollaron en el templo del colegio, en su salón de actos y en el histórico templo de San Ignacio. Un triduo eucarístico que concluyó con el solemne Te Deum entonado por el Eminentísimo Cardenal Copello, Arzobispo de Buenos Aires y Primado de la Iglesia Argentina, congregó en nuestra iglesia una nutrida concurrencia. El Padre Blanco que ocupó la cátedra sagrada los días 6, 7 y 8, expuso en tres conferencias, la actuación de la Compañía antes de su expulsión por Carlos III, las ansias de los pueblos por su restablecimiento, y los beneficios que ha reportado la vuelta de los jesuítas a nuestro país y a los países vecinos. Monseñor Gustavo Franceschi en un magistral discurso, expuso las razones de la acción de gracias que entonces se elevaban al Señor. Por la mañana del domingo 9 acompañados de sus amigos y exalumnos, con una nutrida representación de alumnos, se trasladaron los Padres de la Compañía, del Salvador, del Seminario Metropolitano y del Colegio Máximo de San Miguel, al histórico templo de San Ignacio, donde Monseñor Orzali, Arzobispo de Cuyo, ofició un solemne pontifical, coreado por la Schola del Seminario.

El sábado por la tarde, la Academia Literaria del Plata, con la colaboración artística de la Schola Cantorum del Seminario Metropolitano, interpretó un programa literario, que fué largamente aplaudido en todas sus partes, por una selecta concurrencia.

Ocupó el escenario el académico doctor Atilio Dell'Oro Maíni, que tuvo suspenso de su palabra fácil y erudita al auditorio. Conmemorando el restablecimiento de la Compañía en la República Argentina, espigó en los campos de la Historia Americana, los servicios prestados por los jesuítas a la cultura del indio, a las ciencias, al arte y a la religión, para concluir la razón del júbilo con que fueron recibidos en su vuelta a la patria, y los beneficios que para en adelante de ella se esperaban. Su meduloso discurso, interrumpido por las frecuentes muestras de aprobación del público, terminó en medio de una verdadera ovación.

Al día siguiente, después del pontifical celebrado en San Ignación, más de quinientos comensales rodearon a los Padres de la

Compañía en el almuerzo que se sirvió en el salón de actos del Colegio, presidido por el Excmo. señor Nuncio Apostólico, Monseñor Orzali, Monseñor Devoto y el Edecán del Excmo. señor Presidente de la República. El Padre Rector dió en breves palabras las gracias a los concurrentes al almuerzo.

En 1937 se tuvo un acto de Religión en conmemoración del cuarto Centenario de la muerte del Padre Gaspar Astete, autor del incomparable *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, y el Colegio participó en forma destacada en la gran demostración gimnástica de los Colegios Incorporados y los alumnos representaron en el salón, con aplauso general, el drama intitulado "El Misionero".

Aludiendo al Catecismo del Padre Astete, dijo el alumno Enrique Mazza [582]:

> Este libro era popular entre nuestros indios y era popular entre los niños porteños durante la época colonial. Prueba este aserto el que el P. José Rico cuando regresó de Europa en 1737 trajo consigo dos cajones que contenían 8.000 ejemplares del catecismo de Astete y lo comprueba el hecho de que una de las primeras publicaciones de la primera imprenta que funcionó en esta ciudad de Buenos Aires en 1781, fué el catecismo del P. Astete. El Sr. Antonio Santamarina posee el único ejemplar que se conoce de esta edición.
>
> El número de ejemplares que entonces se hicieron era de 10.960, y no obstante la escasa población argentina de aquellos tiempos, fué menester reeditar este precioso Catecismo en 1790.
>
> Después de los sucesos de Mayo, siguió el Catecismo irradiando luz en las escuelas y centros catequísticos argentinos. En 1817 volvió a reeditarse en Buenos Aires y tres años más tarde pedía Fray Miguel del Rosario a la Junta protectora de las escuelas de Córdoba que le remitieran catecismos, pero —y son sus palabras—, que sean de Astete por ser su explicación la más apta a la instrucción de los niños.
>
> Así se juzgaba el Catecismo de Astete en Buenos Aires y Córdoba a principios del siglo pasado y en todas las ciudades de la República ya que abundaron las ediciones hechas en Buenos Aires, Salta, Córdoba, Montevideo, Mendoza y Rosario. En 1882 se reeditó en Rosario por quinta vez.

El día 30 de octubre de ese mismo año 1937, con la presencia del General Justo, del doctor Manuel Villada Achával y otros muchos caballeros y personas conspicuas, se tuvo una demostración gimnástica de todos los Colegios de la Capital, en el Campo Hípico Argentino. Los alumnos del Salvador se destacaron por su disciplina y exactitud en los movimientos y evoluciones, de suerte que merecieron esta expresiva nota de felicitación de parte del Consejo Nacional de Educación Física:

La exhibición de gimnasia realizada el sábado 30 de octubre ppdo., ha permitido colocar en pública evidencia la atención e importancia que las direcciones de los colegios incorporados representados prestan a la cultura física, como rama de la educación general.

La educación y disciplina de esos jóvenes alumnos, que no obstante su número no dieron motivo a la menor observación, fué digna también del mejor elogio.

Todo ello, y la grata impresión recogida por las altas autoridades que prestigiaron el acto con su presencia, imponen el deber de dejar constancia de sus significados desde el doble punto de vista cultural físico y orgánico.

Al felicitar al señor Rector y por su intermedio a profesores y alumnos, formuló votos para que el éxito con que su colegio actuó en la fiesta, sea siempre el baluarte del instituto, para orgullo de sus dirigentes y bienestar y engrandecimiento de la Nación.

Reitérole las seguridades de mi mayor consideración y alta estima [583].

ADOLFO ARANA
General de Brigada, Presidente.

El festival de Gimnasia tuvo en 1942 todo el esplendor y corrección de los años anteriores, dentro del magnífico marco del Campo Atlético de Martínez, pero contó además con la presencia de tres Generales, uno ex-alumno del Salvador y los otros dos, del Colegio de la Inmaculada, de Santa Fe: los Generales Víctor Majó, Manuel Castrillón y Estanislao López, biznieto este último del insigne Brigadier del mismo nomber y apellido.

9. Las Academias de Literatura y de Declamación, aunque de vieja tradición en el Colegio, han sido instituciones de vida muy irregular ya que han sido ellas lo que sus directores han querido que fueran. Los hombres de la tesitura de los Jordán, de los Darner, de los Requena, de los Gambón y de los Marzal no florecen en todas las épocas, ni un Colegio, aunque sea de la índole del Salvador, tiene siempre la fortuna de contar con un captador de la belleza capaz de trasmitir su fuego sagrado a los jóvenes de nuestros días a quienes la superficialidad y la sensualidad dominantes inclinan a otros ideales.

En 1926 estaba el Padre Felipe Lérida al frente de ambas Academias y su labor fué tal que al sucederle en 1927 el Padre Leonardo Castellani halló a toda una pléyade de oradores, escritores y aun de poetas, entre ellos Alberto Caride y Emilio de Onrubia, Ramón Tristany y Ricardo Deffis, Carlos Scolpini y

Eduardo Ferrer. De este último es el siguiente soneto intitulado "El río", notable por su perfección externa y su concepto íntimo:

Con orgullo de bravo rey guerrero
desciende por su cauce el ancho río
desplegando su indómito albedrío
y su incivilidad de aventurero.

Y en su bramido ronco y altanero
unas veces veloz, otras tardío,
corre encantado de su loco brío
diciendo por doquier: "Aquí yo impero".

Infatigable en su tenaz carrera
barcarolas entona en la pradera,
con ronco ruido en la cascada estalla.

Y después que ha corrido por llanuras
y por bosques sin par. sus aguas puras
vierte en el hondo mar, y muere, y calla.

El señor Alberto J. Caride que fué el dinámico Presidente de la Academia de Literatura, así en la época del Padre Lérida como en la del Padre Castellani, compuso en briosos acentos una poesía intitulada "Bachilleres", de la que son estas estrofas:

Ya nos vamos, compañeros, terminada la jornada,
Como olímpicos atletas, con la frente coronada,
Embargados por la pena que sentimos al partir.

Nos llevamos un cariño cobijado en nuestro pecho,
Que al dolor de la partida lo sentimos hoy deshecho,
Que sereno en lo pasado, sufrirá en lo porvenir.

Ya dejamos el colegio que es de ciencia hermoso templo,
Donde padres nos educan con palabras, con ejemplo,
Nos enseñan como a hijos y nos muestran la virtud.
Nuestras dulces primaveras en sus muros han quedado,
Y en el día que salimos nos espera juventud.
Esas aulas que son arcas de recuerdos, de aflicciones,

Y de angustias que pasamos ignorando las lecciones,
Embargados por el miedo que produce no saber.

Qué momentos deliciosos de quebrantos e inquietudes,
Transcurridos en las clases con sus mil vicisitudes,
Que yo abarco, simplemente, con la idea de mi ayer.

Vicente Caride, hermano de Alberto, fué el Presidente de la Academia de Liteartura en 1929, cuando era su director el Padre Oscar Dreidemie, y sobresalían entre los académicos de enton-

ces los señores Antonio Rotondaro, Horacio Nazar, Angel García Carro y otros igualmente queridos de las musas. En 1930 el señor Luis González sucedió a Caride en la presidencia y formaban la Junta Directiva los académicos de mayor envergadura: Aníbal Rodríguez Loredo, Jorge Ortiz, Donal Fortín O'Farrell y Alberto García.

Desde 1931 hasta 1936 fué escasa la vitalidad de las Academias, no obstante el fervor literario y artístico que reinaba en las aulas escolares y lo patentizan los frutos literarios de los alumnos Jorge Basaldúa y Marcos de Estrada, Luis Muro y Dublio M. Ferro, Eloy Bassi y Pablo Olaciregui.

En 1927 el Padre Oscar Dreidemie volvió a tonificar la Academia de Literatura, secundado por los señores Enrique Smith, José Palma, Julio Quinterno, Gilberto Gallo, Jorge Zaefferer y Alfredo Freixas, a quienes suceden en 1938 los señores José Antonio Sojo, presidente, José Galleli, Juan Figueroa, Héctor Badino, Horacio Fano, Ramón Alcalde, Alfredo Ghirardelli y Marcelo O'Farrell, como vocales. El Padre Jorge Mesía dió nuevo impulso a las Academias de Literatura y Declamación desde 1940.

10. La tradición dramática inaugurada en los inicios de la vida del Colegio gracias al Padre Camilo Jordán, continuada después por el Padre Cándido Darner, intensificada más tarde por el Padre Juan Marzal, surgió en estos últimos años con singular pujanza, por obra del Padre Jorge Mesía y del señor Cesáreo M. Yñurrigarro, como recordaremos más adelante al referirnos a estos años postreros.

En 1937 y 1938, con anterioridad a la acción de los últimos nombrados, se representó el drama intitulado "El Misionero" y un segundo rotulado "El duelo de una raza". El 13 de noviembre de 1937 representaron "El Misionero" en el salón de actos del Salvador y lo repitieron el domingo 14 en el Colegio Máximo de San Miguel los noveles actores. "El renacer de una raza" se refería a las misiones jesuíticas del Paraguay y si todo el drama era bello y bien trabajado, el último episodio, la expulsión de los Misioneros en 1767, primaba por la intensidad del sentimiento.

En "El Misionero" actuaron los señores Jorge de Lassaletta, el Misionero; Julio César Gancedo, alias el Ingeniero Martínez;

Hermenegildo García Llorente, "el salvaje Ik"o Augusto Castillo, "el gaucho": Eduardo Squirru, "el desconocido", y otros varios como los alumnos Ricardo Mallo, Reinaldo Tettamanti y Alfredo Olivieri.

En "Duelo de una raza" hicieron de Misioneros los alumnos Miguel A. Acevedo y Angel Taffi, de Capitán los señores Ernesto Oviedo y José Soto, de Caciques Rafael Squirru y Rodolfo Colombo, de Gobernador el señor Francisco Mauro, de Angel el señor Manuel Bello, de soldados españoles los alumnos Roberto Melón Gil-Hugo Omar Feu, José Alegría, Alberto Grondona, Eduardo Grave y José Guerrero, y de indios los señores Enrique Pelliccetti, Raúl Guiscardo, José Salgado, Horacio Chiesa, Enrique Zubizarreta, Enrique María Cullen, Marcos Pío Antinori, Oscar Barni y José Augusto Frin. Así el éxito de este drama, como la aceptación que obtuvo del público el antes mencionado "El Misionero" se debió a la pericia y a la paciencia del Padre Enrique Klingkert que ensayó con habilidad a los jóvenes artistas.

11. No podemos ocuparnos integralmente de la vida colegial en el Salvador sin referirnos a los deportes y al atletismo que tienen hoy día tan grande cabida en todas las instituciones docentes y sin duda alguna que, no solo sobre el físico de los niños y jóvenes, pero aun sobre la moral de los mismos tienen los deportes, una enorme influencia. En primer término, el uso moderado de los deportes y del atletismo desarrollan magníficamente algunas cualidades morales. En segundo lugar pueden ser un medio contra ciertas inclinaciones viciosas de la juventud. En tercer lugar, el exceso en los deportes y en el atletismo puede conducir a grandes perjuicios así morales como intelectuales. En la pedagogía jesuítica la cultura física de los alumnos es una parte muy importante de su educación: *sit mens sana in corpore sano.* La Gimnasia reglamentaria en el Colegio, y los deportes en el mismo y sobre todo en el *Parque Atlético* no solo contribuyen a desarrollar y vigorizar el organismo, pero agudizan la facultad de comprensión, la rapidez mental, la confianza propia, el control propio y la subordinación individual. Todo esto pesa en la balanza de la educación. No se propone el Colegio del Salvador hacer atletas pero adopta y favorece los deportes y el atletismo tanto cuanto puedan ayudar a la formación integral de sus alumnos.

Este proceder de la Compañía está en la letra y en el espíritu de su pedagogía y son del Padre Juan Polanco, secretario de San Ignacio, unas constituciones que en los Colegios de la Compañía de Jesús se deben observar, en las que hallamos un capítulo dedicado a lo que hay que hacer para conservar la salud y fuerzas del cuerpo.

Kiddle y Schem escriben que "las escuelas de los siglos 16 y 17 eran generalmente monótonas y sin alegría en la educación de la juventud, pero los Jesuítas fueron en este punto unos reformadores sagaces" y un escritor en el *Fígaro* del 2 de junio de 1879 escribió, con toda razón, que "los juegos y las diversiones ocupan un lugar prominente en los Colegios de los Jesuítas. Consideran ellos que los patios son tan necesarios como los salones de estudio. Los prefectos en los tiempos de recreo exijen a los alumnos el que se den a los deportes y miran con malos ojos a los estáticos. Es curioso que dos jesuítas, los Padres de Nodaillac y Rousseau hayan escrito sendas historias del deporte. El atletismo es honrado y aconsejado en los Colegios de los Jesuítas. En tres de sus institutos de París, rue de Madrid, de Vaugirard y des Postes, más de cuatrocientos alumnos reciben instrucciones de los mejores instructores [584].

El Colegio del Salvador no ha quedado a la zaga de los Colegios Jesuíticos de París. Nos referimos ya, al ocuparnos del rectorado del Padre Castillejo, al Parque Atlético de Martínez y a su inauguración a 23 de junio de 1923. Vamos ahora a consignar las actividades deportivas de los alumnos del Colegio, no sin antes presentar a nuestros lectores una idea de lo que es aquel privilegiado campo de deportes.

Con el fin de levantar un internado fuera del radio urbano de la ciudad de Buenos Aires, determinó el Padre Añón, en la época en que era rector del Colegio, comprar un lote de terreno que sobre la barranca del Río de la Plata y en la vecina localidad de Martínez, poseía el doctor Emilio Lamarca. La compra se hizo efectiva a mediados de 1919. La vieja casa que había en ese predio fué modificada considerablemente en 1927, por el arquitecto Andrés Millé, y ampliada con una pequeña capilla, a la que se llevó el altar y las imágenes de lo que había sido otrora la capilla de los Congregantes, en el Colegio del Salvador, según hemos ya referido.

El lote en cuestión mide 70.000 metros cuadrados, y da frente por un lado al camino de automóviles o sea a la Avenida Aguirre; por el lado opuesto, es decir, al N. E. limita con el Río de la Plata, cruzándolo, antes, las vías del del F. C. C. A.; en su costado N. O. por la calle Alvear, y por el S. E. con propiedad particular. La ubicación al borde del estuario, sobre una barranca dominante, que se encuentra a 14.20 metros sobre el nivel del río y a 22.84 sobre el nivel del mar, y próximo a la Capital (17 kilómetros y al Tigre (11 kilómetros). estando además a 7 cuadras de la Estación Martínez, hace que el paraje, ya de suyo pintoresco y variado, tenga facilidades de comunicación.

El Padre Castillejo encargó al eminente ingeniero paisajista don Benito J. Carrasco el dibujar los planos y dirigir las variadas obras que se realizaron en la segunda mitad de 1922 y primera de 1923. Una firma especializada en deportes y ejercicios gimnásticos cooperó con el citado paisajista en la formación de este gran Parque Atlético.

Dilatados céspedes, sombreados en muchos puntos por arboledas, pistas bien soleadas; frontones de pelota; campos para foot-ball y tennis; pileta de natación y gimnasio, ofrecen variados entretenimientos a los deportistas, al propio tiempo que todo cuanto contemplan los ojos, desde los portones que dan acceso al Parque, hasta el barranco que se desliza hacia el río, eleva y educa. Puede en verdad decirse que el Parque de Martínez es un complemento de la educación escolar, ya que no se reduce a los músculos sino que llega hasta el sentido estético, al amor de la naturaleza en sus variadas formas.

Es el Parque un verdadero jardín botánico ya que existen allí plantas y árboles los más variados: Tipa, Plátano, Acacia, Julibrissin, Fresno, Sofora, Pino, Ciprés Lambertiano, Arce, Roble, Populus fastigiata, Olmo, Lagunaria, Caoba, Juníperus, Eucaliptus, Elaegnus, Abeto, Roble de hojas coloradas, Araucaria, Castaño, Ciprés piramidal, Cocos, Eugenia, Ligustrum tricolor, etc.

Todo el Parque quedó terminado en 1923 a excepción de la pileta de natación. Esta, sin embargo, y gracias a los esfuerzos del Padre Eduardo Troncoso se construyó en 1940. El Padre Castillejo la bendijo el día 1° de abril de 1943, y desde entonces es uno de los mayores atractivos del Parque. Mide 33 metros de largo y 15 de ancho, con profundidad variada.

Desde 1924 el Club Atlético del Salvador contó con su Asesor o Director, con su Presidente, con su Comisión Ejecutiva y con sus teams de Foo-ball, Basket-ball, Volley-Ball, Croquet, Lawn Tennis y Atletismo. En aquel primer año fueron asesores los Padres José Martí, Ismael Accensi y Ramón Ferreyra; en 1925 el Padre Cecilio Mártin reemplazó al Padre Accensi y el Hermano Ribas al Padre Ferreyra. Desde 1926 el Asesor es uno solo. El Padre Ignacio Arnalot en 1926 y 1927, el Padre Oscar Dreidemie desde 1928 hasta 1930, el Padre Hernán Irrázabal en 1931, el Padre Eduardo Troncoso desde 1932 hasta 1941.

No es posible citar a todos los Presidentes y Capitanes que desde entonces hasta la fecha han contribuído a dar vigor y realce al Club Atlético, pero hemos de consignar dos nombres íntimamente vinculados con los deportes en el Parque Atlético: el entonces señor Carlos K. Macadam, campeón de Rugby que adiestró a los alumnos en ese difícil y peligroso juego en los primeros meses de 1927 y el señor Miguel Bullrich, el intachable referee oficial en todos los grandes partidos de Foot-ball. Ambos ingresaron en la Compañía de Jesús en 1928, y el primero ha sido ministro del Colegio de Roehampton en Londres y el segundo es actualmente Prefecto General del Colegio de la Inmaculada en Santa Fe.

Los "records" del Colegio del Salvador en Atletismo son:
100 metros llanos, el Sr. Pedro Hita, 11" (1932).
200 metros llanos, el Sr. Horacio Fano, 22" (1936).
400 metros llanos, el Sr. Luis Muro, 54" (1932).
Disco, el Sr. Manuel Ruiz, 30,46 ms. (1932).
Jabalina, el Sr. Victorino Astorga, 40,40 ms. (1933).
Bala, el Sr. Jorge Bustillo, 10,90 ms. (1936).
Salto alto, el Sr. Bernardino Franqueira, 1,60 ms. (1937).
Salto triple ,el Sr. Pedro Hita, 11,72 ms. (1932).

Capítulo XIV

VIDA DE PIEDAD EN EL COLEGIO
(1900 - 1943)

1 — El Padre Espiritual del Colegio; 2 — La práctica de los Ejercicios Espirituales; 3 — El Apostolado de la Oración; 4 — Las Congregaciones Marianas; 5 — La Conferencia Vicentina; 6 — La Santa Infancia y la Propagación de la Fe; 7 — La Acción Católica.

1. De la vida de piedad en el Colegio poco podemos agregar a lo que ya llevamos dicho en un capítulo anterior. Esa vida de piedad, alma y nervio del Colegio desde 1868, ha sido substancialmente la misma, así en lo que se refiere a las prácticas de piedad colectivas como a las asociaciones piadosas o congregaciones que han existido en el Colegio, y a las que han pertenecido, en todos los tiempos, los alumnos mejores o los más deseosos de progresar en la vida espiritual.

No nos consta que antes de 1900 tuvieran los alumnos del Colegio su propio Padre Espiritual, esto es, un Padre cuyo oficio primario fuera atender a la vida espiritual en el Colegio y atender a los alumnos en todo lo referente al espíritu. En 1900 aparece ejerciendo este cargo, al propio tiempo que el de platiquero, el Padre Rafael Pérez, jesuíta guatemalteco que se hallaba en Buenos Aires desde el año anterior, ocupado en recoger materiales y escribir su historia de *La Compañía de Jesús restaurada en la República Argentina y Chile, el Uruguay y el Brasil,* obra seria y bien documentada que comenzó a publicar en Barcelona en 1906, pero que no vió terminada, por haber fallecido cuando corregía los primeros pliegos.

En 1901 es el Padre Masferrer quien ocupa el oficio que había estrenado, a lo menos oficialmente, el Padre Pérez, y lo ejerce hasta 1904. Nadie tenía ese cargo en 1905, pero al año siguiente lo tiene el Padre Martín Gómez y lo retiene hasta 1910. En 1911 le reemplaza el Padre Joaquín Capará, en 1914 el Padre Fermín Arnau, en 1916 el Padre Mariano Sánchez, en 1917 el Padre Salvador Franco, aunque en 1919 se dice que es él el Padre Espiritual, pero quien hace las pláticas a los alumnos es el Padre Arnau. En 1920 vuelve este Padre a ejercer el cargo de Padre Espiritual, si bien desde 1923 sólo tenía a su cuidado, a los alumnos mayores, estando los meno-

res al cuidado del Padre Juan Isern. El Padre Mariano Clavell sucedió a este Padre en 1927, y el Padre Luis Ibarrarán en 1929, y el Padre Enrique Najurieta en 1930. Al año siguiente eran dos los Padres Espirituales de los alumnos menores, ya que el Padre Najurieta sólo tenía a su cuidado a los de la 3ª y 5ª Brigada, y el Padre Francisco Javier Galarza los de la 4ª Brigada. En 1932 el Padre Luis Navarro era el único Padre Espiritual de los alumnos menores, y le reemplazó el Padre Najurieta en 1933.

En todos estos años desde 1920 siguió siendo Padre Espiritual de los alumnos mayores el Padre Fermín Arnau y, no obstante sus achaques y debilidades físicas y a pesar de sus tareas y ocupaciones de otra índole, fué un varón eximio en el arte de orientar a la juventud, y su palabra sólida, vigorosa, penetrante y agradable, siempre fué grata a los alumnos mayores cuyas fallas y dificultades conocía a fondo, y por quienes sentía una íntima y ostensible predilección.

2. Desde 1903, si no antes, venían haciendo anualmente los Ejercicios Espirituales, primero en Ramos Mejía y después en Martínez, los alumnos bachilleres, y en esta tarea fueron varones eximios así el Padre Masferrer a principios del siglo como el Padre Arnau en los tiempos más recientes. En 1933 y 1934 fué el Padre Mariano Castellano quien dió los Ejercicios a los Bachilleres, en la Quinta de Martínez, y en los años siguientes, primero en dicha Quinta y después en la Casa de Villa San Ignacio el Padre Delfín Grenón y el autor de esta *Historia del Colegio del Salvador*.

3. El Apostolado de la Oración ha existido entre los alumnos del Colegio desde fines del pasado siglo, aunque ha tenido sus vicisitudes de fervor y de decadencia, como acaece en todas las instituciones constituídas por jóvenes. En 1902 hallamos, por primera vez, a un Padre del Colegio con el cargo expreso de "Director del Apostolado de la Oración entre los alumnos", y ese no fué otro que el dinámico Padre Segismundo Masferrer.

Desde 1902 conocemos los nombres de los que fueron Presidentes del Apostolado de la Oración, como también los de quienes eran celadores en las diversas brigadas: José Belforte y los señores Rómulo Etcheverry Boneo, Cirilo Mullen, Miguel A. Vilar, Antonio Pérez, Ricardo Elizabe, Alejandro Virasoro y Ernesto Weigel

Muñoz en 1902; Manuel López y los señores Juan Sánchez, Mariano Olivares, José Miguens, Juan Mahón, José F. Oderigo, Alejandro Virasoro y Ricardo Arzeno en 1903; Carlos M. Squirru y los señores José C. Miguens, Vicente del Río, Enrique Caride, Horacio Martínez, Víctor Ventafridda, Luis Ayerza y Manuel Copello en 1906; Miguel Araoz y los señores Juan R. Beltrán, Cosme Llames, Carlos Díaz Arana, Enrique Pesquié, Octavio M. Pico, Víctor Tau e Ismael Alcacer en 1907; Alfredo Serantes y los señores Ricardo Mulleady, Juan Carlos Palacios ,Pedro Descroix, Alfredo Thompson, Juan F. Quiroga, Rafael Chaves y José A. Oría en 1908; Bruno García y los alumnos Jaime Berdaguer, Rodolfo Martínez, Carlos A. Leonardi, Víctor Ventafridda, Alberto Font Ezcurra, Rafael Maldonado y Héctor Ayerza en 1909; Alberto Bernard y los jóvenes Aldo Scotto, Rodolfo Aller Atucha, Demetrio Brusco, Pedro Tilli, Juan Campomar, Francisco Maurice y Diego Greenway en 1910; José Horta y los señores Carlos Trincavelli y Jorge N. Saravia, Juan de Dios Brusco, Juan E. Pessano, Arturo L. Salas, José Luis Molinari y Víctor E. Tau en 1911. En los años siguientes fueron Presidentes del Apostolado de la Oración los señores Pablo Fassina, Aldo V. Solari, Antonio S. Datteli, Juan Carlos García, Nilo Dardanelli Poccard, Carlos Favaro, Antonio Ruiz Saralegui, Eugenio Roza, José Miguel y Méndez Casariego, Ricardo Gené, Moisés Daniel Delfino, Jorge Manrique y Arístides Galofré.

En 1911 aparece al frente del Apostolado el Padre Joaquín Capará, y lo dirigió hasta 1914. Le sucedió en el cargo el Padre Fermín Arnau, pero en 1916 lo había dejado, sin que sepamos quién le reemplazó, si es que hubo alguien señalado a ese fin en el decurso de ese año. Desde 1917 hasta 1920 fué director el Padre Salvador Franco, y en ese postrer año volvió a asumir el cargo el ya mencionado Padre Arnau. Al año le sucede el Padre Tomás Alarcón, quien puso especial empeño y gran tesón así en la reorganización del Apostolado de la Oración entre los alumnos como en la buena marcha del mismo. Después del Padre Alarcón han sido muchos los directores, entre ellos los Padres Enrique Najurieta (1927-1928), Manuel Barrera (1929-1931), Luis Navarro (1932), Francisco Pruñonosa (1933-1934), Guillermo Furlong (1935), José Domenech (1936) y Juan Isern (1937-1940).

4. Han sido los presidentes del Apostolado desde 1927 los señores Fernando Lasalle (1927), Carlos Fiorito (1928), Vicente Caride (1929), Juan López Seco (1930), Luis María Carreras (1931), Luis Muro (1932), Miguel Angel Fiorito (1933), Jorge Fiorito (1934), Mario López Seco (1935), Alejandro Gancedo (1936), Pedro Tiesi (1937), Pastor Achaval Rodríguez (1938), Gotardo Pedemonte (1939), Julio Chiappe (1940) y Eduardo Squirru (1941).

De las Congregaciones de San Luis y San Estanislao para los internos y de San Juan Berchmans para medio-pupilos y externos, fueron presidentes Alfonso Poccard, Carlos Zerbini y Antonio Miguel en 1900, Eduardo Kenny, Luis Bentrón y Juan Tyrell en 1901, Alberto Serantes, Antonio U. Vilar, Antonio Pérez y Oscar López Cabanillas en 1902, Cirilo Mullen, José Polledo, Antonio Pérez y Héctor Fernández en 1903.

La vida de la Congregación fué lánguida durante los primeros años del siglo, debido sin duda a la natural apatía y sobradas distracciones en que vivían la mayor parte de los jóvenes porteños, y algo también a las múltiples ocupaciones que impedían a los directores dedicar a tan benemérita obra, toda la atención que se merecía.

El Padre Masferrer, primero como padre espiritual y después como rector dió un gran impulso a las Congregaciones, pues eran ya cuatro en número en 1903, y puso diversos Padres al frente de cada una. Desgraciadamente se dió preferencia al número sobre la calidad y se emprendieron obras de apostolado externo sin la necesaria o conveniente preparación espiritual o interna.

Como ya indicamos, eran cuatro las Congregaciones existentes en 1903, y hemos ya recordado a los jóvenes que eran en ese año los Presidentes de las mismas. La cuarta Congregación surgida en ese año se debió al Padre Juan Homs , director de la de San Juan Berchmans para Medio-pupilos y Externos, quien la dividió en dos, una para cada una de estas categorías, y ambas tan numerosas que apenas había alumno que no perteneciera a la una o a la otra. Tal vez a este fenómeno se debió el que los Catálogos de Alumnos, a partir de 1904, dejaran de consignar, como hasta entonces, la nómina de los Congregantes. Vuelven, sin embargo, a aparecer en los Catálogos posteriores a 1906, no obstante la extensión de sus listas.

En 1906 el Padre Juan Isern aparece como director de la Congregación de San Luis, y es su Presidente el Sr. Víctor Meaurio, y

el número de Congregantes llega a la suma de 136 miembros; más sereno o más justo, el Padre Juan Vives, que dirigió la de San Estanislao de Kostka, y cuyo presidente era Benigno Molina, sólo tenía 66 socios, mientras la de San Juan Berchmans dirigida por el Padre Pedro Cendra, y cuyo presidente era el señor Hipólito Brié, tenía 86 miembros.

Las Congregaciones del Colegio, a una con la de los Exalumnos, exteriorizaron en 1904, y en forma singularmente fervorosa, su adhesión a las fiestas cincuentenarias de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, como hemos recordado ya en otro capítulo de esta Historia.

Eran presidentes en 1907 los señores Manuel Copello, Alberto Bernard y Aurelio Arzeno y en 1908 los señores Pedro Alais, Alejandro Fourcade y César Cardini. En 1909 eran directores de las Congregaciones los Padres Martín Gómez, Juan Vives y Pedro Cendra, y eran sus presidentes respectivos Alfredo Thompson, Mario L. Olaciregui y Luis S. Gismondi. En 1910 volvió el Padre Isern a tomar la Congregación de San Luis y era su Presidente el Sr. Alberto Bernard, mientras que de las otras dos Congregaciones eran Presidentes, César Cardini y Atilio Dell'Oro Maini. Al Padre Cendra sucede en 1911 el Padre Luis Massegur, y los Presidentes ese año son Luis S. Gismondi, Bernardo N. Prebendí y Luis Tobino, mientras que en 1912, siendo los directores los mismos, fueron Preisdentes Atilio Dell'Oro Maini, Fermín T. Orfila y José Luis Molinari. Les suceden en 1913: Arturo L. Salas, Mateo Zumelzú y Carlos Alberto Piñero; en 1914 Ricardo E. Alais, Jorge F. Ollivier y Juan Mario Miravént y en 1916 José Luis Molinari, Carlos A. Queirolo y Rómulo Colmegna.

De la Congregación de María Inmaculada y San Juan Berchmans, compuesta por alumnos medio-pupilos y externos, escribía a 6 de mayo de 1917 su empeñoso director de entonces, el Padre Luis Massegur que había cinco secciones en la Congregación y que [585]

> después de tropezar con algunas pequeñas dificultades, inherentes a toda obra en sus comienzos, y más si es buena, empezaron por fin a funcionar regularmente las cinco el 1º de este mes; y no hay para qué negarlo, se han portado bien mis congregantes. Basta decir, que los datos publicados en el Nº 11 de *Pro Nostris* han sufrido notable modificación *in melius*, pues han aumentado los socios de cada sección en la forma que indica el siguiente cuadrito:

Laus Perennis	74
Culto Sabatino	75
Culto Eucarístico	59
Beneficencia	76
Propaganda Católica	73

Los del *Laus Perennis* han sido ya desde el primer día puntuales en hacer la cotidiana visita a la Virgen en la capilla, y casi siempre se agregan algunos que por devoción acompañan a los dos que están de turno.

Ya se tuvieron ayer prendidas en el altar de la Inmaculada las doce velas que, según el reglamento de la sección *Culto Sabatino*, se han de colocar cada sábado ante la imagen de María.

Merecen también alabanza los socios del *Culto Eucarístico*, por su puntualidad en venir al Colegio para comulgar y por el gusto con que lo hacen. *Por ahora se señalan* dos que por turno comulguen; pero cuatro o cinco congregantes más los acompañan, por devoción, a la Sagrada Mesa. El primer día comulgaron doce, número igual a las velas que ardían delante de la Virgen.

Los socios de la sección *Beneficencia* han comenzado ya a distribuir limosnas a los pobres que andan por las calles.

La sección *Propaganda Católica* se ha suscrito a *Páginas Escolares, Siglo de las Misiones, De Broma y de Veras, Granitos de Oro* (cien ejemplares semanales); *El Cruzado* (cien ejemplares semanales), *El Sembrador* (cien ejemplares semanales). Los socios me piden con insistencia hojas populares para repartir. Varios centenares de ellas se han distribuído ya por los balcones y puertas de las casas y aun entregado en las propias manos de los que transitan por las calles. Se han entregado también objetos piadosos para ser distribuídos a los niños y niñas que acuden al Catecismo de nuestra iglesia.

Entre 1917 y 1921 los Catálogos de los Alumnos prescinden nuevamente de las Congregaciones, pero se reanuda la tradición en este postrer año en el que aparecen dos Congregaciones, una formada por Pupilos y otra por Medio-pupilos y Externos. La primera, la de San Luis, tenía por director al Padre Fermín Arnau y por Presidente al Sr. Jorge B. Ferradás y la segunda, dirigida por el Padre Juan Vives, estaba bajo el patrocinio de San Juan Berchmans y tenía por Presidente al Sr. Marcelino Fernández Criado. Ferradás sigue siendo Presidente en 1922, y Miguel Angel Martínez sucede a Fernández Criado. En 1923 el Padre Felipe Lérida dirige las dos Congregaciones y son sus Presidentes Ernesto Aberg Cobo y José R. Pereyra Yraola, a quienes suceden en 1924 Martín Aberg Cobo y Alberto Caride. En 1925 el Padre Najurieta reemplaza al Padre Lérida en la Congregación de San Luis y es su Presidente el señor Carlos Funck Moreno, mientras que el Padre Lérida, en la de San

Juan Berchmans, tiene por Presidente al Sr. José M. Rodríguez Loredo. En 1926 vuelve el Padre Lérida a dirigir ambas Congregaciones y son sus Presidentes Juan Carlos Rocca Siri y Mariano Lasalle. Dirige ambas en 1927 el Padre Luis Massegur y son sus Presidentes Carlos Aberg Cobo y Heriberto Germán Fiorito. Los Padres Fermín Arnau y Enrique Najurieta están al frente de ambas Congregaciones en 1928, siendo Presidentes José M. Rodríguez Loredo y Pablo Olaciregui. Este último y el señor José María Llorrens son los Presidentes en 1929, mientras era director de ambas Congregaciones el Padre Luis G. Ibarrarán, a quien reemplazó en 1930 el Padre Najurieta. Este Padre nombró Presidentes por ese año a los jóvenes Juan Yalour y Ricardo Harriague.

En 1927 era director de esa Congregación y lo era también de la de la Inmaculada y San Luis Gonzaga el Padre Luis Massegur cuando el Nuncio Apostólico en la Argentina bendijo a 6 de octubre de ese año el monumento a María Santísima que los miembros de dichas Congregaciones erigieron en el Parque Atlético de Martínez. Este monumento de belleza y piedad se ideó y se ejecutó en tiempo del Padre Felipe Lérida y a iniciativa, y gracias a los empeños de este Padre. Es, sin duda, un monumento de exquisito arte que aumenta la belleza de tan bello parque y pone en él una nota intensa de cristiana piedad. Aunque el templete y columnata fué hecho en el país, la estatuta, que es una réplica de la de bronce existente en el patio de honor del Colegio, se trabajó en Italia.

A fines de 1930 la Federación de las Congregaciones Marianas celebró una Semana Mariana de la Juventud con una peregrinación al Santuario de Luján, con jornadas eucarísticas, con asambleas privadas de estudio y con un acto solemne de clausura que se tuvo en el Colegio. En todas estas reuniones participaron los Congregantes del mismo.

En 1934 la Congregación de Nuestra Señora y San Luis Gonzaga, integrada por los alumnos mayores, celebró con singular pompa sus Bodas de Oro: 1884-1934. El Padre Francisco Pruñonosa, director de esa Congregación, y su Presidente en ese año, el señor Federico Videla Escalada organizaron un triduo solemne, en el que predicó el Padre Fernando Pérez Acosta, y un atco literario-musical en el que se habría de dar a conocer los premiados en un concurso anunciado con anterioridad, para el que se habían obtenido valiosos premios. El Sr. Horacio J. Novoa conquistó el premio otorgado por

el Sr. Presidente de la Nación, el Sr. Alberto J. Fernández el donado por el Excmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires y el Sr. Juan B. Finazzi el ofrecido por el Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Otros premiados fueron los señores Alfonso M. Gerling, Manuel Menéndez, Enrique P. Harriague Coronado, José A. Jiménez, Osvaldo V. Ganchegui y Pedro M. Gil.

En septiembre 8 de 1943, y con ocasión de celebrar el Salvador su septuagésimo quinto aniversario en su ubicación actual, dicha Congregación obsequió al Colegio una placa conmemorativa que se colocó en el monumento a la Virgen situado en el patio de honor del Colegio. El Sr. Ricardo Va Larre, Presidente de la Congregación, hizo la entrega de la dicha placa, cuyo texto es el siguiente:

VIRGEN SIN MANCHA
MADRE Y REINA DE NUESTRAS CONGREGACIONES
DIOS TE SALVE
COBIJADOS EN LOS MUROS DE ESTE COLEGIO
NIDAL AFORTUNADO
DONDE YA EN NUESTRA INFANCIA
IRRADIARON TUS CARIÑOS DE MADRE
CON ALIENTOS DE VIDA
DULZURAS DE INOCENCIA Y ESPERANZAS DE CIELO
DONDE RECIBIDAS EN TU REINO PACIFICO
FORJARON SUS ARMAS PARA LUCHAR
LAS GENERACIONES DE QUINCE LUSTROS
1868 ——— 1943
TUS HIJOS DE LA CONGREGACION MAYOR
EN PERENNAL RECUERDO

Los Congregantes de Nuestra Señora y San Juan Berchmans asistieron a este acto y constituían, con los llamados Congregantes Mayores, la elevada cifra de 250 socios enrolados entre ambas entidades.

Como ya conignamos en otro capítulo, esta Congregación se fundó en 1890 y fué su primer director el Padre Miguel Infante. En 1893 le sucedió en el cargo el Padre Eduardo Brugier, en 1895 el Padre José Ferragud, en 1897 el Padre Cándido Darner, en 1898 el Padre Juan Isern, y en años posteriores los Padres Font, Juan Homs, Joaquín Gracia y Pedro Cendra, hasta que en 1911 se hizo cargo de ella en forma estable y empeñosa el Padre Luis Massegur, y la dirigió hasta 1917. El Padre Juan Vives se hizo cargo de ella en 1918 y el Padre Felipe Lérida desde 1919 hasta 1928. Con pos-

terioridad han dirigido esta Congregación los Padres Enrique Najurieta, Luis Ibarrarán, Luis Navarro, Juan Van Schilt, Eduardo Troncoso y Jorge Mesía.

La Congregación de San José, de la Escuela Primaria, también quiso testimoniar su gratitud al Colegio del Salvador con ocasión de celebrar éste su septuagésimo quinto aniversario. Al efecto hizo grabar una expresiva inscripción en el pedestal del monumento a Nuestra Señora, existente en el patio de honor del Colegio:

VIRGEN DE NAZARET
HIJA DEL TRABAJO
BRONCEADA POR LOS SOLES DE PALESTINA
TUS HIJOS PREDILECTOS
AGRUPADOS EN TU CONGREGACION
Y DE TU SANTO ESPOSO JOSE
NACIDA A LA SOMBRA TUTELAR DE ESTE COLEGIO
EN SU ESCUELA PRIMARIA
RECONOCIDOS A TU PROTECCION DE MADRE
YA MAS DE MEDIO SIGLO
TE RENUEVAN SU AFECTO AGRADECIDOS
E IMPLORAN TUS MEJORES BENDICIONES
PARA SUS CONGREGANTES
EN LAS BODAS DE DIAMANTE DE ESTE COLEGIO
1943

El señor Edelmiro Marino, en nombre de todos los Congregantes y alumnos de la Escuela Primaria reunidos en el mencionado patio, el día 8 de diciembre de ese año, hizo el ofrecimiento de esta placa al Colegio, y el rector del mismo, Padre Andrés F. Linari agradeció la demostración.

5. El 18 de mayo de 1913 se fundó, por segunda vez, la Conferencia Vicentina entre los alumnos del Colegio, y sabemos que en 1915 se había ya extinguido. En 1914, año de su mayor florecimiento, se formó una Junta Central y Juntas de Brigada, constituyendo la primera como Presidente, el Sr. José A. Peralta, como Secretario Raúl de Chapeaurouge, como Tesorero Luis Balbiani, y como Vocales los señores Aníbal I. Parma, Enrique Montes Caballero, Rodolfo Casarino y José Luis Arzeno. Constituían las Juntas de Brigada los señores José A. Peralta, Héctor L. Cavo, Pablo D. Tagliaferri, Aníbal I. Parma, Rodolfo O. Fernández, Julio López, Enrique Montes Caballero, Eduardo Angel Cevini, Carlos

I. Alchourrón, Luis Balziani, José L. Molinari, Ignacio Balbiani, Rodolfo Casarino, Juan J. Murtagh Langan, Adalberto Ramaugé, José Luis Arzeno, Carlos Alberto Olivari, Eduardo Saliba, Raúl de Chapeaurouge, Oscar V. Medina y Carlos Mesa.

Véase el informe que la Junta Central elevó a 4 de noviembre de 1914:

> Al finalizar el curso de 1914, nos es grato dejar constancia de los modestos trabajos realizados por nuestra Conferencia desde el día de su fundación, 18 de Mayo de 1913, hasta la fecha.
>
> Iniciada la idea, todos los alumnos del Colegio del Salvador se apresuraron a inscribirse en la Sociedad, la cual recibió, el 5 de Agosto de 1913, su Diploma de Agregación, expedido por el Presidente General, residente en París.
>
> Las colectas hechas en las brigadas han ascendido a la suma de pesos 1.990.60 m|n., y los donativos particulares de personas de fuera, a pesos 147.00 m|n., lo que da un total de entradas de $ 2.137.60 m|n.
>
> De esta cantidad, se han invertido $ 1.505.65 m|n. en alimentos para los pobres; $ 171.95 m|n., en ropas; y $ 60.00 m|n., entregado en dinero; lo que arroja un gasto total de $ 1.737.60 m|n. Queda, pues, un saldo de $ 400.00 m|n. a favor de la Conferencia.
>
> Los conferentes, por turno, han visitado, todos los domingos, a las diecinueve familias adoptadas por nuestra Conferencia y a los niños del Hospital; llevándoles, a aquéllas, los bonos y otros subsidios, y a éstos, ropa y algunos obsequios.
>
> Las Juntas de Brigada se han reunido con regularidad bajo la dirección de sus respectivos Prefectos, y la Junta General ha tenido, cada mes, su reunión particular, presidida por el R. P. Rector [José López].

6. La Santa Infancia ha existido en el Colegio desde fines del pasado siglo, a la par de la Obra de la Propagación de la Fe. A una y otra entidad alude con frecuencia el *Diario del Colegio*, como a 16 de mayo de 1896, día en el que se recogieron 100 pesos, entre los alumnos, para las misiones entre infieles. Las cantidades recaudadas a ese fin, en los años subsiguientes, variaron no poco: 179 pesos en 1897, 234 en 1900, 165 en 1905, 653 en 1910, 570 en 1915, 428 en 1920, 1.455 en 1925, 2.314 en 1930 y 1.352 en 1940. En ese postrer año, como en casi todos los antes mencionados, ha sido el Colegio de San José, de los Padres Bayoneses, el único que ha superado al Salvador en esta obra tan recomendada de la Santa Sede.

En 1938 se estableció en el Colegio del Salvador la Cruzada Eucarística, habiendo sido su primer director el Padre Juan Isern.

En 1941 le sucedió en el cargo el Padre Mauricio Escardó, en 1942 el Padre Jorge E. Mesía y en 1944 el Padre Marcos R. Pizzariello. Han sido presidentes, desde 1938 hasta el presente año de 1944 los alumnos Pastor Achával Rodríguez, Gotardo Pedemonte, Julio Chiappe, Eduardo Squirru, Juan José Lardizábal, David Klappenbach Gallo y Diego Velázquez.

7. El 23 de noviembre de 1928 el Episcopado Argentino determinó la fundación de la Acción Católica, en todo el país, y a principios de 1931 se constituyeron los diversos Consejos. Como en los primeros años sólo se fundaron los Centros Parroquiales, no los hubo en los Colegios. Fué en 1936 que éstos se fundaron y fué en 5 de junio del siguiente año que se oficializó el Centro Interno del Colegio del Salvador. Los alumnos Pablo Silvio Uberti y José A. Sojo fueron el primer presidente y el primer vicepresidente de dicho Centro, sucediéndoles en los siguientes años los señores José Rafael Serres y Gotardo Pedemonte, Jorge E. Martorell y Carlos Morea, Carlos J. Guerrero y Carlos Morea, Oscar R. Espeluse y Carlos J. Guerrero, Luis Ficocelli y José L. Morea, Juan H. Tramezzani y Carlos Alberto Aldanondo.

Capítulo XV

LOS MINISTERIOS ESPIRITUALES 1902 - 1940

1 — La predicación sagrada; 2 — Ejercicios Espirituales a Religiosas; 3 — La frecuencia de Sacramentos en la Iglesia del Salvador; 4 — La enseñanza del Catecismo; 5 — Ministerios del Padre Auweiler; 6 — Ministerios de los Padres Ochagavía y Arnau; 7 — En el Delta del Paraná; 8 — La Congregación de la Buena Muerte y el Apostolado de la Oración.

1. Como ya indicamos arriba, al referirnos a los ministerios espirituales ejercidios por los Padres del Colegio del Salvador, desde 1868 hasta fines del pasado siglo, siempre hubo algunos sacerdotes que, si bien moraban en el Colegio, no estaban destinados a la enseñanza sino al cuidado de la Iglesia y para el ejercicio del ministerio sacerdotal, aunque en algunas épocas del año, durante las vacaciones principalmente y en los días de Semana Santa, todos los Padres, aun los ocupados en las tareas escolares, dejaban de lado las mismas para ocuparse en predicar, dar Ejercicios Espirituales, salir a misionar a pueblos de la campaña, etc.

En 1899, por ejemplo, sabemos que el día de Viernes Santo, el Padre Rector predicó en el Colegio del Sagrado Corazón, de la calle Callao, el Padre Ferragud en casa, el Padre Aguilar en San Fernando, el Padre Font en La Piedad, el Padre Gambón en Balvanera, el Padre Guzmán en San Miguel, el Padre Evaristo Jordán en Témperley, el Padre Masferrer en Quilmes, el Padre Nicolay en San Justo y el Padre Ortells, en Monserrat. Y lo que sucedía a fines del pasado siglo fué acaeciendo en el presente, y así en 1901, en ese mismo día de la Semana Santa, hallamos al Padre Aguilar predicando en la Merced, el Padre Fanego en Balvanera, el Padre Lapalma en el Sagrado Corazón, el Padre Monserrat en Monserrat, el Padre Ochagavía en Liniers, el Padre Terol en Almagro y el Padre Vives en San Miguel.

2. Sería en verdad interminable la lista que pudiéramos presentar de las tandas de Ejercicios Espirituales, generalmente de ocho días, pero no pocas veces de un mes, dirigidas por los Padres del Colegio, durante los meses de verano. Así en 1905 el Padre Agui-

lar da una tanda a Maestras y otra a Religiosas; el Padre Vives una a las Esclavas, el Padre Fanego a las Religiosas de Almagro, el Padre Buil a las llamadas Azules, el Padre Evaristo Jordán a las Adoratrices; y puede decirse que en los meses de verano han sido siempre unas diez las tandas de Ejercicios dirigidas por los Padres del Colegio.

En el curso de 1902 dieron 59 tandas, 36 a seglares, 20 a Religiosas y 3 al Clero; en 1904 el total de tandas fué de 78: 58 a seglares, 16 a Religiosas y Religiosos y 4 al Clero; en 1905 se dieron 55 tandas; 61 tandas en 1906; 53 en 1907; en 1909 descendió su número a 27, en 1910 repuntó a 45, en 1912 fué de 37 y en 1913 de sólo 31 tandas. La apertura de la Residencia de Regina Martyrum y del Colegio Máximo, al propio tiempo que trajo una disminución en el personal del Colegio, produjo también una disminución en los ministerios sagrados ejercitados por Padres del Salvador, ya que en ellos han cooperado los Sacerdotes residentes en dichas casas también Jesuíticas.

En 1922, y con ocasión de celebrarse el tercer centenario de la canonización de San Ignacio de Loyola y de San Javier y el cuarto centenario de la composición del libro de los Ejercicios Espirituales, el Colegio del Salvador invitó al célebre Jesuíta español, Padre Alfonso Torres a venir a Buenos Aires.

Comenzó por dar los Ejercicios Espirituales en la Iglesia del Colegio a señoras y señoritas, con una concurrencia y constante asistencia, como jamás se había visto hasta entonces. Quedó plenamente justificada la medida que se hubo de tomar de exigir a la entrada de la iglesia la invitación rigurosamente personal. Para dar una idea aproximada del enorme concurso, que no disminuyó ningún día ni en ningún acto, bastará decir que las señoras, no sólo llenaron todas las naves y el crucero, sino también el amplio presbiterio, hasta llegar a la mesa del altar mayor.

El recogimiento y devoción de las Ejercitantes fué por todo extremo edificante. Y en todas partes de la ciudad sólo se oían alabanzas, así de la piedad de las señoras como del espíritu de fervor y elocuencia verdaderamente sagrada del Padre Alfonso Torres. Otro tanto debe decirse de los Ejercicios Espirituales dados a caballeros y jóvenes de carrera en la misma iglesia del Salvador y tal como se había anunciado en el programa de las Fiestas Ignacianas.

Véase lo que consigna un periódico de la ciudad el día 9 de noviembre de aquel año de 1922 [585]:

"Concluyeron ayer los Ejercicios Espirituales para caballeros, iniciados el 3 del corriente y que se venían realizando en la Iglesia del Salvador, estando las conferencias a cargo del eminente orador sagrado Padre Alfonso Torres S. J., reconocido como el primer orador sagrado con que cuenta en España la Compañía de Jesús.

Estas conferencias han constituído un verdadero acontecimiento. La oratoria del Padre Torres es sencillamente admirable. No se crea por eso que se entretiene en hacer gala de retórica. Es un maestro que dice su lección con claridad, con mucha sabiduría, poniendo en sus palabras una fuerza de persuasión extraordinaria. Más que al corazón se dirige al entendimiento y cuantos lo oyen quedan subyugados por la fuerza de su raciocinio. Convence aún a los más prevenidos en contra de sus enseñanzas.

Un auditorio crecidísimo ha venido escuchando las conferencias del P. Torres. Contamos ayer, a la salida del Salvador, a diez ex-ministros de la Nación, a varios legisladores, miembros de la magistratura, profesores universitarios, etc.".

Y es tanto más digno de ponderarse la numerosa asistencia de caballeros, por cuanto los Ejercicios tenían lugar en horas en que muchos de los caballeros no podían desatender sus ocupaciones.

En julio de 1926 llegó, por primera vez, a Buenos Aires, el Padre José A. de Laburu, cuya habilidad en dar los Ejercicios Espirituales es bien conocida y justamente apreciada. Repetidas veces, como del 6 al 12 de septiembre de 1937 predicó este Padre los Ejercicios abiertos a hombres en el salón de actos del Colegio. Eran dos conferencias radiadas, de 7 a 9 de la noche. La concurrencia fué siempre numerosa, oscilando alrededor de unos 3000 los que en el salón y patios adyacentes,y aun en la Capilla de los alumnos, seguían al orador. Generalmente terminaba el Padre Laburu las tandas con una misa, a media noche, igualmente concurrida. El mismo Padre, y dentro del Colegio, estrenó otra forma de dar los Ejercicios Espirituales a hombres y jóvenes, a quienes es imposible hacerlos en retiro absoluto y consagrando a ellos todo el espacio de tres o más días. La nueva forma es la de reunir a un grupo de 60 a 80 Ejercitantes, durante cinco o más días, y desde las 19 a las 23 horas. Se observa absoluto silencio y hay lectura durante la cena.

3. No obstante la merma, ya indicada, de sacerdotes en el

Colegio del Salvador, a raíz de la apertura de la Residencia de Regina, puede decirse que la frecuencia de sacramentos en la iglesia del Salvador, y el culto ejercido en la misma no ha decaído jamás. Tenemos a mano las cifras de las comuniones y confesiones correspondientes a los primeros años de este siglo: en 1902: 65.631 comuniones y 60.795 Confesiones; en 1904: 72.453 Comuniones y 47.100 Confesiones; en 1905: 100.199 Comuniones y 65.504 Confesiones; en 1906: 108.504 Comuniones y 76.185 Confesiones, y en 1907: 116.045 Comuniones y 73.517 Confesiones. Desde 1910 hasta 1934 el número de Comuniones repartidas en la Iglesia del Colegio osciló alrededor de los 130.000, pero desde el Congreso Eucarístico Internacional, que tuvo lugar en el transcurso de ese año, hasta el año pasado jamás ha bajado de los 165.000, y en más de un año, como en 1942, llegó a los 180.000.

4. Más arriba nos hemos referido a la fecha en que se estableció el Catecismo de los niños en la iglesia, y consignamos sus actividades en los primeros años de su funcionamiento. Nos hemos de referir ahora a su magnífico desarrollo, a principios de este siglo, gracias al talento inigualado para este ministerio tan difícil, con que Dios dotó al Padre Pedro Cendra.

Con fecha 26 de noviembre de 1908 escribía el Padre Eustaquio Zurbitu estas líneas referentes a la actividades catequísticas del Padre Cendra:

> A las diez y media se abre la entrada; las niñas con sus maestras entran inmediatamente en la iglesia, para colocarse en los bancos a ellas destinados; los niños se van reuniendo en uno de los grandes patios del Colegio, donde ya les esperan los correspondientes maestros, que poco a poco los van ordenando según las secciones. Además, para que el cambio no retrajese, antes atrajese más niños, se les prometió una gran rifa para aquel primer domingo. Dios fué sin duda quien inspiró la idea de hacer el Catecismo por la mañana, pues quiso El no salieran fallidas las más bellas esperanzas; porque, con admiración de todos, además de la gente mayor, que acudió en gran número, los niños del Catecismo llegaron a 700 aquel primer día.
>
> El número de asistencia de cada domingo oscilaba entre 1.100 y 1.300; están repartidos en 25 secciones de niñas y 20 de niños. Por no haber suficiente local en nuestro grandioso templo para tener cómodamente a tanto chico, las tres secciones de los mayores, que ahora se están preparando para hacer la primera comunión, se quedan durante la explicación del catecismo en los patios del Colegio, y pasan a la iglesia, para colocarse en el presbiterio cuando llega la hora de la misa. A ésta se toca a las

once y cuarto; durante la misma, se les enseña a todos el padrenuestro cantando, para que así se les grabe más; cantan también el "Alabado" y otros cánticos de Catecismo. Pero lo principal es la platiquita del P. Director, en la que siempre se tocan puntos capitales y verdades *de necessitate medii* para chicos y grandes.

Otra gran noticia se les anunció desde el púlpito que les entusiasmó no poco; se les dijo que el día que llegasen a 1.000 con constancia, se les prometía como premio una ida al Santuario de Luján gratuita, quedando exceptuados los chiquitines de las últimas secciones. A los cuatro domingos del anuncio llegaban a 1.350, con lo que ya se hicieron acreedores al premio, y se les dijo, sin señalarles el día, que nuestra Peregrinación o visita a Luján se verificaría.

Ahora se están preparando más de 400 (casi 500) entre niños y niñas para la primera comunión, que será el 18 del próximo Septiembre; se dará traje a todos los pobrecitos que para aquel día lo necesiten y el acto se hará con toda la solemnidad posible. Cuánto bien reciben estas pobres gentes con la enseñanza de la doctrina, pues abundan los chicos de 12 y 14 años que nunca se han confesado.

Celebrada la primera comunión, se tendrá la distribución de premios con que se cerrará el curso de Catecismo; se piensa hacer con toda esplendidez y magnificencia en uno de los patios del Colegio, al aire libre y con exposición de todos los premios, que serán muchos, porque a todos se dará algo. A Dios gracias, no faltan limosnas de gente buena con que se pueden cubrir todos los gastos [586].

En 1913, ya no estaba en el Colegio del Salvador el Padre Cendra, cuyas dotes catequísticas eran en verdad eximias, y aunque, después de su alejamiento, había el Catecismo decaído no poco, llegó nuevamente a surgir en 1913 conforme escribía en ese año el Padre Fernando Ochagavía al Padre Zoilo Villalón: [587]

"No puedo menos de comunicarle la grata noticia, de que el número de niños que asisten al catecismo de nuestra iglesia ha ido en aumento casi siempre, hasta el punto de llegar casi a triplicarse.

Se les procura atraer por diversos medios, especialmente facilitándoles el cambio de los vales y buscando objetos que les puedan interesar, como son, además de los piadosos, otros artísticos, juguetes, prendas de vestir, libros instructivos y amenos. Pero, entre los medios empleados para conseguir que asistan al catecismo y a la misa con plática que a él se sigue, evidentemente, el más eficaz ha sido el del cinematógrafo la tarde del domingo. Gracias a la generosidad cristiana de la Congregación de los exalumnos que paga el alquiler de las cintas y a la persona encargada de manejar el aparato (que no es otro que nuestro hábil Nicolás), podemos ofrecer gratis, a todos los niños que asisten a los actos de la mañana, estos tan apetecidos por ellos cuadros cinematográficos, que van alternados con la proyección de las láminas catequísticas de la Buena Prensa de París, con

su correspondiente explicación. Con este atractivo vienen al catecismo y a misa muchos que sin él no vendrían ni al uno ni al otro. Se ven ahora unos fachas de niños de la calle, dispuestos a enredar en cualquier parte. Sin embargo los hemos de aguantar todo lo que se pueda porque son los más necesitados.

5. En 1880 pasó a vivir en el Colegio del Salvador un varón insigne, a quien hemos mencionado ya varias veces, aunque sólo de pasada: el Padre Juan José Auweiler. Llegó al Salvador en 1878 y desde ese año hasta el de su deceso, acaecido en 1911, fué no sólo uno de los grandes y más asiduos confesores, con que contó la iglesia del Colegio, pero fué también el apóstol infatigable de los asilos y hospitales.

Todos los días, indefectiblemente, visitaba por la mañana y por la tarde, uno o más hospitales. Algunos recibían todas las semanas una visita fija, y la leprosería o aislamiento recibía dos. Esta fué la distribución constante del P. Auweiler, por espacio de treinta años.

Presentábase con puntualidad a la hora prefijada, en cada uno de sus hospitales o establecimientos de caridad. Para él no había vientos, ni lluvia, ni calores, ni fríos. Su norma fué en este punto invariable. Era inútil pensar en detenerle, aun en las horas de más excesivo calor en verano, así como en los días más crudos de invierno. Cuando una tormenta deshecha le impedía materialmente la salida del Colegio, era de ver cómo atisbaba el primer momento de calma para emprender la marcha. Diciéndole muchas veces los de casa y los de fuera de casa, porque salía con tiempo tan borrascoso, respondía sonriéndose: los enfermos también sufren en los días malos, y la muerte no se fija en ello para acometerlos.

Las religiosas del Buen Pastor atestiguan que en los primeros años de su instalación en el arrabal del Caballito, cuando las lluvias torrenciales del invierno convertían en un pantano lodoso los alrededores de su aislada morada, el Padre Auweiler era el único que acometía la hazaña de llegar hasta allí. Como también, cuando en verano y en las horas de un sol tropical, divisaban a lo lejos una persona que se acercaba envuelta por una nube de polvo, ya lo sabían, era el Padre Auweiler.

Con aire desembarazado y resuelto llegaba este Padre a su hospital o asilo. Era tan típica aquella alegría suya, apacible y tranquila, reflejada en su rostro, cuando ponía los pies en el um-

bral de la casa, que sólo el verlo ensanchaba el corazón, y hacía formar un alto concepto de su santidad. En todos los albergues del dolor era tan conocido, que todos los cerrojos se corrían así que le divisaban.

Lo primero que hacía entonces era presentarse a la Dirección, para averiguar si había algún enfermo de cuidado. Tomaba nota de la sala y del número, y allá se dirigía. Llegado al sitio, enteràbase por la Hermana sobre el estado del enfermo, si era católico, y si había pedido confesión. Según los informes preparaba su batería. Excusado es decir que los casos fáciles, es decir, aquellos en que el enfermo, dándose cuenta de su crítico estado, pedía los sacramentos, no serían los más. Tratándose de hombres descuidados, y cristianos de sólo nombre, lo común era tener que poner en juego todos los recursos de su celo para lograr salvarlos. Pero estos casos se complicaban a cada momento. Ignorábase a veces la lengua del enfermo, y entonces era de ver el ingenio y la paciencia del Padre para acertarla. Le hablaba en diferentes idiomas hasta notar que le arrancaba alguna señal de inteligencia. Estaba dado el gran paso. Empero la mayor de todas las dificultades, y que sin embargo se ofrecía cada día, era el ignorar si era católico o si estaba por lo menos bautizado. Y si a esto se agrega que no había instante que perder, y que no era fácil andar en busca de averiguaciones y documentos, compréndese que ésta fuese la más dolorosa de las incertidumbres en aquellos supremos momentos, de los que dependía la eternidad de un alma. El medio rápido de proporcionarse alguna luz, y que solía usar el Padre, era presentar ante los ojos del moribundo la imagen de Cristo crucificado, al que dirigía palabras de ternura. Si al verlo el enfermo se conmovía de algún modo o daba señales de querer besar el crucifijo, el problema estaba casi resuelto favorablemente: pero si lo rechazaba con obstinación era preciso cambiar rápidamente de táctica. En estos casos desesperados, por poco que el tiempo lo permitiese, aplicaba el Padre con resolución lo que podríamos llamar los últimos recursos de la moral, con los que llegaba hasta donde le permitía su industrioso celo. Sabía bien que pueden darse ignorancias inculpables, y que en aquella hora de la agonía se requiere muy buen pulso para no turbar inútilmente la buena fe de quien haya vivido en ella. Con esto, contentándose con una buena disposición general de parte del enfermo respecto de la verdad, con la contrición de sus culpas y

con un acto de fe en lo esencial, le administraba el bautismo si no era cristiano, o le encomendaba a la misericordia de Dios si era hereje, confiando que no rechazaría a aquella alma si de buena fe le buscaba.

En el Aislamiento de Buenos Aires, llamado generalmente "Hospital Francisco Javier Muñiz", era donde el Padre Auweiler tenía sus mayores consuelos. Durante muchos años, frecuentaba ese hogar del dolor dos veces a la semana. Era conocidísimo allí, y su amable presencia, en esas salas, adonde no van, ni se reciben visitas, producía el efecto de un enviado. Veíasele corretear de un pabellón a otro, y aquellos caminos tan bien cuidados, pero siempre tristes, como de un cementerio de vivos, parecían reanimarse y alegrarse al verle, porque, a la verdad, el Padre Auweiler llevaba consigo el ánimo y una alegría inefable.

Debióse a él que aquel hospital, perteneciente a la municipalidad, fuese confiado a las Religiosas Siervas de Jesús Sacramentado; pues habiéndolo visitado, observó que la asistencia debida a los enfermos se resentía notablemente en manos mercenarias y laicas. El, pues, las instaló, él trabajó con sus propias manos, limpiando y aderezando el local que debía ser la diminuta capilla, existente aun hoy; él lo bendijo el día 26 de octubre de 1894; él recibió allí a las Hermanas, y él dijo la primera misa; por eso su memoria es allí de santidad y bendición; por eso aquellas religiosas que reparten su vida entre limpiar cánceres, lepras y viruelas y adorar a Jesús Sacramentado, veneraron siempre al Padre Auweiler como a su Padre y hasta como a su fundador.

Con fecha 29 de agosto de 1901 escribió el Padre Auweiler una carta al entonces Superior Padre Antonio Garriga, y de ella vamos a transcribir unas cláusulas referentes a las conversiones de toda índole realizadas por él:

> Mis trabajos han sido siempre los de un operario de la Compañía. Habiendo observado que los habitantes de esta ciudad cosmopolita se componen de todas las nacionalidades de Europa, y que en las familias, y sobre todo en los hospitales, morían buen número de ellos sin recibir los auxilios de nuestra religión, por no haber quien entendiese los respectivos idiomas; me resolví a estudiar, *quantum satis*, las lenguas europeas que más se necesitan en esta capital, y algo asimismo del indio, polaco y árabe, con el fin de ayudar a sus habitantes en sus más principales necesidades espirituales. A medida que aprendí nuevos idiomas, pude hacer uso inmediato de ellos en los diversos hospitales de Buenos Aires, y no pocos enfermos, que sin esta precaución habrían quedado privados de los auxilios

de la iglesia, tuvieron la dicha de morir reconciliados con Dios nuestro Señor. El estudio de estos idiomas me ha facilitado también la conversión de unos 1.400 hombres en la provincia de Buenos Aires, habiendo además instruído y bautizado unos 550 indios, musulmanes y judíos; y aproximadamente 850 entre herejes y cismáticos de varias naciones [588].

6. Fallecido el Padre Auweiler en 1911, le sucedió en la obra de los hospitales el Padre Fernando Ochagavía, aunque limitando sus actividades casi exclusivamente al Hospital de Clínicas, y al que sigue visitando periódicamente desde 1910.

Si el Padre Ochagavía tomó a su cuidado el Hospital de Clínicas, el Padre Fermín Arnáu encargóse del Hospital Muñiz, de Buenos Aires, donde había en 1930 unos dos mil enfermos infecciosos. Farvorecido por el Director de dicho Hopsital, el exalumno Carlos Pico, pudo el Padre Arnáu penetrar sin reservas en esa mansión del dolor, y atender a los enfermos espiritualmente. Ya en 1931 predicó toda la Semana Santa a los leprosos y leprosas, en los jardines del Hospital, y en los mismos dijo la misa el Día de Pascua. En 1933 asistieron a la misa de esta misma festividad 600 enfermos de los distintos pabellones. A 11 de mayo de 1920, y con el fin de poder atender mejor a los enfermos, fundó el Padre Arnau el *Taller de Caridad de la Conferencia de San Juan Berchmans,* y a 13 de mayo de 1929 separó dicho taller de la Conferencia mencionada y creó la Asociación de San Juan Berchmans, y en el curso de 1933 se creó la *"Asociación de Caballeros de San Lázaro",* formada por exalumnos del Colegio del Salvador y del Colegio de la Inmaculada de Santa Fe. Esta Asociación tiene por objeto asistir moral y materialmente a los leprosos. Hasta el día de su santa muerte, 15 de agosto de 1940 fué el Hospital Muñiz con sus lacerados moradores la preocupación más íntima del Padre Arnau.

Recordaremos en este lugar cómo a 9 de setiembre de 1937, el Departamento Ejecutivo de la Municipalidad de Buenos Aires dictó un decreto en el que, después de reconocer y agradecer los servicios prestados en el Hospital Muñiz por el Padre Arnáu, designaba al mismo, Capellán Honorario de dicho Hospital.

He aquí el texto del decreto:

Septiembre 9 de 1937.

"Considerando que desde hace más de veintisiete años el R. P. Fermín Arnau, S. J., concurre asiduamente al Hospital Muñiz para prestar

asistencia religiosa a los enfermos —particularmente a los afectados de lepra— y habiendo desempeñado siempre esa digna misión con celo y dedicación apostólica; y que por ellos se ha hecho acreedor a la gratitud y al reconocimiento oficial, el Intendente Municipal Decreta: Artículo 1º Desígnase al R. P. Fermín Arnau, S. J., Capellán Honorario del Hospital Muñiz. — Art. 2º Comuníquese, etc. — (Fdo.) Vedia y Mitre — Dell'Oro Maini".

Un diario de la Capital comentó este decreto, a los pocos días de su publicación, con frases muy ciertas, algunas de las cuales merecen ser transcritas:

Más de un cuarto de siglo —veintisiete años dice el decreto— de esta labor silenciosa, no ha podido pasar desapercibido. Y aun cuando el P. Arnau no ha necesitado ni de la propaganda ni de estímulo humano para realizar la obra camenzada más o menos en 1909, por los PP. Cherta y Auweiler, S. J., a los que se unió el P. Arnau continuándola sin interrupción hasta el presente, no es menos reconfortante el ver cómo la gratitud oficial se manifiesta espontáneamente, para prestar reconocimiento a aquellas obras superiores de la caridad cristiana, como la que el P. Arnau viene desarrollando en la leprosería del H. Muñiz.

Desde los primeros años de la existencia del Colegio del Salvador fué la Penitenciaría, la misma que existe aún en la calle Las Heras, uno de los campos de apostolado de los Padres Jesuítas. Era aquella cárcel el único edificio que rompía en 1868, y aún en 1878, la línea del horizonte, cuando los Padres del Colegio volvían sus ojos al noroeste. Además de las visitas casi semanales a esa Penitenciaría solían los Padres dar una misión, anualmente, a todos los detenidos, y en esas ocasiones, como en 1876, iban hasta cinco o más sacerdotes para oír las confesiones.

En 1898 el Padre Ochagavía se refiere a este mismo apostolado, entre los presos, ejercitado por los Padres del Salvador a fines del pasado siglo, y el Padre Capará, en carta al Padre Pagés, suscrita en mayo de 1912, relataba los mismos y ya tradicionales ministerios en la Penitenciaría Nacional. En estos últimos años ha sido el Padre Felipe Lérida quien se ha dedicado nuevamente a ministerio tan difícil, no sólo en la ciudad de Buenos Aires sino también en las cárceles establecidas en otras poblaciones y regiones argentinas.

7. En 1903 vuelto de España el Padre Luis Isola fué destinado al Colegio del Salvador como Inspector de la Brigada de los Medio Pupilos mayores.

En 1904 además de prefecto de Brigada fué profesor de Historia de Oriente. Grecia y Roma y los años siguientes hasta agosto de 1910, fué Prefecto y profesor de Historia Universal, Idioma Italiano y Apologética en 4º y 5º año.

A fines ed agosto de 1910 fué a Montevideo y, con el Padre Francisco Costa, dió Misiones en el Departamento de Artigas, recorriendo desde Santa Rosa de Cuareim, el Norte del Uruguay. En el Salto, Belén, Sanjón, Lavalleja, Tres Cerros, Isla Cabello, Campamento, Santa Rosa, en San Eugenio, en Cuaró y Yacarey y otras poblaciones dió también Misiones con éxito consolador.

Pero la Obra Apostólica del Padre Isola, relacionada con el Colegio del Salvador es la Evangelización del Delta del Paraná, cuya superficie es de 30.000 kilómetros cuadrados. Sus pobladores que ascienden, según algunos, a más de 80.000 isleños, carecían de cultivo espiritual. El Padre Isola informado de esto, concibió misionar el Delta en tiempo de vacaciones.

Con la bendición de los superiores, con las facultades del Sr. Obispo, Monseñor Terrero, que gustoso las dió muy amplias, con una orden del Jefe de la Zona del Delta, el Almirante Blanco, que ponía a disposición del Padre Misionero, las lanchas y el personal marítimo de las islas, en el mes de enero vigilia de los Santos Reyes, y con el Padre Juan Marzal fué en una lancha de la prefectura al Paraná Miní, donde había una capilla dedicada al Corazón de Jesús, levantada el año 1908 por el Sr. Deleye, Cura de San Miguel, en Buenos Aires.

Esta Capilla fué como el cuartel general de operaciones Evangélicas. Los buenos isleños empezaron a frecuentar la Capilla en la cual el día de Reyes se dió comienzo a la Misión con consolador éxito de cosecha espiritual. Un mes duró la estadía allí de los Padres, que se renovaron cada semana. Después del Padre Marzal, fué el Padre Isern y luego el Padre Martín Gómez para ayudar al Padre Isola, el cual, después de un domingo al otro recorría las islas en las lanchas de la Prefectura que a su llamado acudían, daba Misiones volantes recorriendo los ríos y arroyos, que tenían más pobladores cosechando frutos de bendición, en la enseñanza del catecismo, en la administración de los sacramentos y en la celebración de la Santa Misa en parajes lejanos, con consuelo y satisfación del Padre y de los isleños, sobre todo en los días de Comunión.

Un mes duró la campaña espiritual y terminó el día 2 de febrero de aquel año de 1911 con una gran concurrencia de gente en la Capilla y una numerosa comunión que fué para muchos la primera de su vida. Con gran sentimiento de los Padres y de los pobres isleños, volvieron aquéllos al Colegio del Salvador el día siguiente, 3 de febrero, con la promesa que por Semana Santa volverían a las islas.

En efecto, el Sábado Santo el Padre Isola con el Padre Rafael Fanego, volvió al Miní, con el vapor *"La Fe"* del Sr. Rómulo Ayerza, donde estaba el Padre Montalba hacía algunos días. El Padre Fanego se instituyó en la Capilla, toda la semana, y el Padre Isola con el vapor *"La Fe"* fué al Guazú, a la isla del Almirante Alvarez de Toledo. Allí dió una breve Misión, atendido por el distinguido marino y su respetable familia, para luego pasar a Carabelas a la Isla de Don Juan Jaurreguiberry donde, con gran concurso de fieles, dió una fructuosa Misión terminando el día de Pascua con una numerosa Comunión. Aquí hay que hacer constar la generosidad de Don Rómulo Ayerza que ayudó al Padre para todos los gastos de las misiones, siendo él su mayor bienhechor e insigne cooperador, en la empresa misional del Delta.

A fines del 1910 fué el Padre Isola a Córdoba, como Misionero hatsa el año 1919 y a Mendoza hasta el 1922. dando constantemente Misiones, Ejercicios, etc., en todas las provincias, menos en Tucumán, y en los territorios del Chaco, Pampa, de los Andes, Misiones, y en las vecinas Repúblicas del Uruguay y Paraguay. A pesar de esa ruda labor, no olvidaba el Padre Isola a sus isleños, y en los meses de verano bajaba al Delta y evangelizaba aquellos habitantes, ayudándole, a las veces, los Padres del Salvador. Le acompañaron en sus misiones los Padres Franco, Isern, Crespi, Beguiriztain, y el mismo Padre Provincial José Llussá.

El año 1920 vino de Chile el Padre Carlos Leonhardt y tomó a su cargo la Capilla del Miní, donde acude todos los primeros domingos del mes. Ultimamente, nombrado Inspector de Religión en las escuelas del Delta, casi todas las semanas va a las islas y enseña el Catecismo y prepara para la primera comunión a los alumnos de casi 50 escuelas, con gran fruto espiritual de todos.

En 1924, el señor Don Rómulo Ayerza se enfermó gravemente y el Padre Isola acudió a su lado. Don Rómulo había pedido todos los Sacramentos, y el Padre tres noches le acompañó y

le administró el Agua de San Ignacio, y al tercer día, tuvo Don Rómulo una gran reacción, sanó rápidamente. Fué al Salvador y con el Padre Lloberola, entonces Provincial y con el entonces Obispo Mons. Alberti, después Arzobispo de La Plata, fundaron la Misión del Delta, oficialmente. Adquirió Don Rómulo una lancha y la obsequió al Padre Isola para las misiones del Delta, como gratitud a San Ignacio, por su rápida curación.

Se puso a la lancha el nombre de *"El Salvador"* y gracias a ella el Padre Isola lanzóse a extender en las islas la fe de Cristo. Solo unas veces, acompañado otras por el Padre Leonhardt o por otros Padres, recorrió todo el Delta porteño y entrerriano, desde San Nicolás de los Arroyos hasta el Río de La Plata, desde la costa de Buenos Aires hasta la costa oriental, dando Misiones, predicando, enseñando el catecismo, bautizando, confesando, administrando los Sacramentos a sanos y enfermos y moribundos, en lugares solitarios y poblados, protegido siempre por la Bondad Divina, en temporales, ciclones, tempestades, en calores grandes hasta alcanzar 47 grados centígrados y fríos intensos de 9 grados bajo cero en la lancha, haciendo salvatajes, algunos de los cuales fueron muy peligrosos.

Todas las semanas iba al Delta. Las excursiones. a veces, se alargaban hasta un mes y más, visitando los ríos del Norte, que son verdaderos desiertos de agua, donde las rancherías están muy separadas, y las islas son anegadizas, donde las aguas suben, a veces, hasta 10 y 12 metros e imposibilitan construir capillas. En esos parajes hay miles de isleños que sólo podrían oír misa en capillas flotantes. Esto movió al Padre Isola a llevar a cabo su proyecto de una iglesia flotante, que resolvía la dificultad de la evangelización del Delta; pues, tener una capilla flotante era tener tantas capillas cuantos eran los puntos donde echara anclas la Iglesia Flotante.

Este proyecto tuvo efecto con la adquisición del casco de un vapor que obsequió al Padre Isola el señor Luis Dodero, administrador de la Compañía Argentina de Navegación Nicolás Mihanovich. El presidente Justo, a pedido del Padre, dió orden que se construyera con ese casco la actual Capilla Flotante, *Cristo Rey*, en el astillero de Obras Públicas de la Nación. En agosto de 1936 el Sr. Nuncio Apostólico Monseñor Cortesi, la bendijo. El señor Presidente D. Agustín P. Justo y su esposa asistieron como padrinos, como también asistieron varios ministros de la Nación, ge-

nerales, almirantes, jefes del ejército y de la marina, senadores y diputados y lo más selecto de la sociedad y numeroso público que ascendió a 4.000 personas. Fué visitada la nave iglesia, en esos días, por más de 100.000 personas de toda índole y condición. Por falta de motores se halla dicha nave anclada en el puerto de Buenos Aires, teniendo que ser remolcada siempre que va y vuelve del Delta.

A la semana fué llevada a remolque al Delta y en varios lugares se celebró la Misa y se administraban los Sacramentos.

En ocasiones de las procesiones de Cristo Rey lucía la capilla flotante sus bellas líneas en las aguas del Delta. Notable y magnífica fué la procesión verificada en el puerto de Buenos Aires, donde en pos de la Nave Iglesia seguían muchos vapores con 15.000 embarcados, rezando y cantando con singular entusiasmo y devoción.

Podemos compendiar la labor del Padre Isola en el Delta, anotando que el número de sus misiones de 8 días, en las 6 capillas y en los 60 locales de misión que habilitó, ascendió a 120, de 3 días, 320 y las de un día a dos, 160. El Padre Leonhardt, en sólo el año 1941, hizo 50 viajes a la Capilla del Paraná, distante como tres horas de rápido vaporcito, desde el Tigre, y su celo en administrar los Sacramentos a los isleños no ha decaído en todo el cuarto de siglo que ha pasado desde que se hizo cargo de ministerio tan apostólico. De los afanes de ambos misioneros tenemos estas estadísticas elocuentes: los bautismos han sido 1.360, las confirmaciones 720, las confesiones a 18.700, las comuniones, 33.720, y los matrimonios han ascendido a 230.

Además de estos ministerios, ejercidos en el Delta, ha sido el Padre Isola uno de los Jesuítas que más han dado los Ejercicios Espirituales en Villa Brochero, Córdoba. Ascienden a 56 las tandas predicadas en el período de nueve años.

8. En la iglesia del Salvador, como anotamos en un capítulo precedente, se halla establecida desde 1889 la Congregación de la Buena Muerte, a la que se debe la fundación y la dirección de los *Centros Culturales Catequísticos Argentinos*, a los que nos referimos también en otro capítulo. Desde 1914, si no antes, hasta 1934 ha publicado esta Congregación su Memoria Anual y la nómina de sus Socios y Socias. Hasta 1908 dirigió esta institución el Padre Jordán y desde 1912 el Padre Pedro Colóm. Indicamos

arriba que a ella se debió la fundación de los Centros Culturales, pero hemos de agregar que, con anterioridad, fundó esa Congregación la *Sociedad Protectora de la Joven Sirvienta* y a este fin estableció un Colegio Asilo que puso al cuidado de las Hijas de María Inmaculada para el servicio doméstico.

El Apostolado de la Oración fué fundado, como dijimos más arriba, en la iglesia del Salvador, el día 29 de agosto de 1876 y sabemos que al año de su fundación contaba con 8.079 entre socios y socias, de los que 1200 comulgaban mensualmente. El "Catecismo de San Francisco Javier" es una obra de apostolado externo a cargo de esta institución, y de la que se puede decir que conserva toda la pujanza y eficiencia de sus mejores tiempos. Son también obras del Centro del Apostolado establecido en la iglesia del Colegio, el Catecismo y el Taller del Sagrado Corazón, fundado aquél el 28 de febrero de 1877 y éste el 19 de junio de 1930, por el entonces director del Apostolado, Padre Manuel Barrera. Como indicamós ya, habían precedido a este Padre en la dirección de esta institución los Padres Guarda, Aguilar, Olmedo, Masferrer y Colom Pedro y le han sucedido en la misma los Padres Lérida, Doglia y Ponce de León.

Capítulo XVI

FUNDACIONES ORIGINADAS O EXISTENTES EN EL COLEGIO DEL SALVADOR

1 — *La Escuela Gratuita para varones;* 2 — *La Escuela del Sagrado Corazón;* 3 — *Las Conferencias Vicentinas de Señoras;* 4 — *Caja Dotal para Obreras;* 5 — *La Sociedad de San Miguel;* 6 — *La "Biblioteca Científico-Filosófica y Popular";* 7 — *El "Centro Católico de Estudiantes";* 8 — *La "Facultad de Estudios Superiores";* 9 — *La "Liga de la Enseñanza Católica";* 10 — *Retiro Mensual para Sacerdotes;* 11 — *El Salvador y la U. P. C. A.;* 12 — *Ateneo de la Juventud y Cursos de Cultura;* 13 — *La revista* Criterio; 14 — *Los Centros Culturales Catequísticos;* 15 — *Los Amicales Argentina;* 16 — *El Consorcio de Médicos Católicos;* 17 — *Los "Canillitas" y los "Pregoneros";* 18 — *La Congregación de San Juan Berchmans, "El Hijo del Obrero" y la "Federación Obrera Masferrer".*

1. Vamos a consignar en esta capítulo algunas instituciones que se originaron en el Colegio del Salvador, o se desarrollan actualmente dentro del mismo.

En 1880, el entonces Superior de la Misión, Padre Baltasar Homs, como dispusiera de una casita situada en la esquina de Victoria y Sarandí, y dentro del predio que era posesión de Monseñor Escalada pero cuyo usufructo pertenecía a los Padres Jesuítas, la facilitó generosamente al maestro católico D. Alfonso Cebrián, con la única condición de que educara allí gratuitamente veinte alumnos. El maestro Cebrián abrió lo que se llamó pomposamente el "Colegio Victoria", contando en sus aulas como un centenar de niños. Esta Escuela no dependía del Salvador, pero el Padre Hernández, después de decirnos que existió desde 1880 hasta 1888, agrega que "el Colegio del Salvador la favoreció en cuanto le fué posible"[583].

Casi a continuación del Maestro Cebrián abrieron los Hermanos de La Salle su colegio en un ángulo del Salvador, y sabemos que una de las condiciones que puso el Rector del mismo fué el que tuvieran gratuitamente a 40 alumnos.

Cuando en 1899 se trasladó el Seminario Conciliar, de Regina Martyrum a Villa Devoto, quedaron para atender a la Iglesia de Regina cuatro Padres, quienes en vista de que gran parte del viejo edificio podría aprovecharse, fundando allí una Escuela gratuita, convinieron con el entonces rector del Colegio del Salvador en la

realización de tan buena obra. El Salvador se comprometió a sufragar los gastos.

Así se hizo efectivamente en 1902. El entonces superior de Regina, Padre Antonio Martorell, ayudado del Padre José Salvadó, como prefecto general, y con dos profesores, uno de 3er. grado y otro de ayudante, para adelantar a los niños más rezagados, inició la Escuela con 44 niños. "En el presente año de 1903, leemos en un Reglamento, sólo se admitirán niños para el tercer y cuarto grados, correspondientes a los de las Escuelas del Estado. En los años siguientes se admitirán para los grados superiores sucesivamente". El artículo primero de este Reglamento era bien explícito: "El objeto de este Colegio es poner al alcance de todas las familias, sin distinción de clases, una sólida instrucción unida a una cristiana educación, que haga de sus hijos su consuelo y alivio". En 1925 se reformó este Reglamento, y el artículo citado comenzaba en esta forma: "El fin de este Establecimiento de Enseñanza Primaria, bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús, es. . . etc.".

En 1903 y 1904 dirigió este Establecimiento de Enseñanza Primaria el Padre Francisco Gomis y supo dar al mismo un gran empuje, aumentando considerablemente el número de profesores como había aumentado el de los alumnos. En 1905, al ocupar el Padre Masferrer el rectorado del Colegio del Salvador creyó mejor que aquella Escuela costeada por el Colegio pasara al mismo, y le cedió el local que hasta 1899 había ocupado, dentro de la manzana del Salvador, y en la esquina Lavalle y Riobamba, el Colegio La Salle. El solar mide 37.50 metros de frente por 8.50 de fondo, y es el que actualmente ocupa.

Hasta 1922 dirigió la Escuela en este solar el Padre Pablo Banqué, quien supo, no obstante su delicada salud, conservar en muy buen pie la disciplina escolar y la aplicación. Reeditó los libritos de texto usados en el Ateneo de Manila, que tan provechosos han sido a los alumnos de esta y de otras escuelas de la República.

A la muerte del Padre Banqué, acaecida el 7 de julio de 1922, encargóse de la Escuela el ya recordado Padre Salvadó, que desde 1915 hacía de Padre Espiritual y era maestro de Religión en la misma. En 1923 entró a dirigir la Escuela el Padre Enrique Najurieta, y como hombre más joven y más en contacto con

la pedagogía moderna, la renovó en algunos aspectos, imprimiéndole un carácter muy propio del país. Para saludar la bandera, introdujo los tambores y las trompetas, y las marchas militares, y de vez en cuando llevaba a todo el alumnado a paseos campestres y deportivos. Fué también él quien puso el 1er. y el 6º grado, con sus respectivos profesores. Ya antes, había el Padre Banque transformado los exámenes que habían sido sólo privados en exámenes oficiales, con sus diplomas como tales. También había fundado el dicho Padre Banqué una Congregación de Nuestra Señora y San Luis Gonzaga, la que el Padre Najurieta encargó al Padre Salvadó, no bien tomó él la dirección de la Escuela.

El Padre Najurieta estuvo al frente de ella en 1923 y 1924, habiéndole sucedido en la dirección el Padre Justo Beguiriztain. Este Padre que estuvo al cuidado de la Escuela en 1925 y 1926 siguió las orientaciones que su predecesor había dado al colegito y otro tanto hizo el Padre Tomás Alarcón desde 1927 hasta 1930. Al siguiente año regresó el Padre Najurieta al Salvador y volvió a encargarse de la Escuela hasta su deceso, acaecido en los primeros días de febrero de 1944.

2. En la calle Ayacucho fundó la benemérita señorita María Avalle, de piadosa y aun santa memoria, la "Escuela del Sagrado Corazón de Jesús" para la educación de niñas, y la puso bajo los auspicios del Apostolado de la Oración, establecida en la iglesia del Salvador. Desde su fundación en 1906 hasta 1925 el Apostolado cuidó con solicitud de esta obra cultural, pero el 1º de mayo de ese año, la entregó a la dirección de las Religiosas Carmelitas de la Caridad, quienes, además de dicha Escuela, han establecido en el mismo local un prestigioso pensionado para señoritas.

3. En un capítulo anterior dijimos cómo las Conferencias de Señoras de San Vicente de Paúl fueron fundadas en la Argentina por obra del Padre Camilo Jordán, el día 29 de julio de 1889, y cómo la primera Conferencia se estableció en la Iglesia del Salvador.

Fué su primera presidenta la Sra. Isabel A. de Elortondo. El 14 de marzo de 1890, S. S. el Papa León XIII concedió a las Conferencias de la Argentina las mismas gracias e indulgencias de que gozan las de París.

En 1892 el superior Gobierno de la Nación otorgaba la personería jurídica al Consejo general, de quien dependen todas las Conferencias establecidas en la República.

Desde un principio dedicáronse las Conferencias a las visitas del pobre en su domicilio para enterarse bien de sus diversas necesidades y acordarles los socorros materiales que ellas demandaban, propendiendo siempre a la moralización de los hogares por medio de la virtud del trabajo.

Prueba elocuente de la simpática acogida que tuvieron las Conferencias en la República es la expansión que alcanzaron en el primer año de su existencia. Al terminar el año 1889 su estado era el siguiente:

En la capital, un Consejo general de 18 Conferencias: 2, en la Provincia de Buenos Aires; 6, en la de Córdoba; 2, en la de Santa Fe; 4, en la de San Juan; 3, en la de Catamarca.

Fué en aumento el número de Conferencias, y en 1892 se fundaron los Consejos particulares de Córdoba y Santa Fe; en 1893, el Consejo particular de Catamarca; en 1894, el de Salta, y en 1899, el de Tucumán, y sucesivamente otras Conferencias.

Grandes habían sido, y hasta sorprendentes los progresos de las Conferencias hasta fines del pasado siglo, gracias a los talentos y a la actividad del Padre Jordán, pero esos progresos fueron aun mayores desde principios de esta centuria, desde que las tomó a su cuidado el Padre Masferrer. Ya en 1914 pudo este dinámico y talentoso Jesuíta ofrecer estadísticas y noticias tan halagadoras como éstas:

> El Consejo general que tiene bajo su inmediata dependencia 36 Conferencias en la capital; 26, en la provincia de Buenos Aires; 5, en Corrientes; 4, en Mendoza; 2, en Entre Ríos,; 2, en La Rioja; 1, en Santiago del Estero, y 3, en los Territorios Nacionales, o sea un total de 78 Conferencias; y con mediata jurisdicción sobre 24 Conferencias que forman el Consejo particular de Córdoba; 11, que forman el de Santa Fe; 5, el de San Juan; 5, el de Tucumán; 4, el de Catamarca, y 5, el de Salta. Forman un conjunto de un Consejo general; 6 Consejos particulares con 132 Conferencias compuestas de más de 28.942 socias.
>
> Además de las Conferencias de señoras que tienen por misión visitar al pobre a domicilio y proporcionarle los socorros necesarios, hay las de señoritas aspirantes, llamadas Talleres, cuyo fin es hacer vestidos para los pobres socorridos por las Conferencias, para lo cual se reúnen una vez por semana en locales apropiados donde tienen instaladas sus máquinas y demás enseres para coser.

El Consejo general sostenía en 1914 diversas obras de carácter social como son la casa de Santa Felícitas (Pinzón 1480), escuela superior de economía doméstica (Tacuarí 1005), casa viudas vergonzantes (B. Mitre 3945), asilo San Vicente de Paul (Villa Devoto), Kindergarten y escuela-taller de Mar del Plata (Falucho esquina Catamarca) y el barrio obrero compuesto de 96 casas en Nueva Pompeya.

La historia del Salvador consigna complacida el recuerdo de todas estas instituciones que nacieron y progresaron gracias, principalmente sino únicamente, por la acción de dos varones eximios, ex-rectores ambos del mismo Colegio. Por esta razón vamos a detallar, a continuación, las obras que acabamos de recordar, no sin agregar que todas ellas existen en la actualidad y siguen dando frutos opimos:

En Santa Felícitas funcionaba la cocina económica para mil obreros a quienes por 20 centavos se les daba almuerzo abundante con café y leche, y allí se hallaban también otras dos obras:

El gran lavadero con instalaciones eléctricas modernas y los mayores adelantos de la industria. Se lavaban y planchaban hasta 20.000 piezas diarias.

En la Escuela doméstica especial se recibían internas desde 14 años de edad y se les proporcionaban clases de cocina, lavado higiénico, planchado artístico, costura, bordados, etc.

En el Taller Azucena Butteler se hacían toda clase de confecciones y bordados, ajuares de baby y de novios.

Una de las necesidades que más procuraba remediar el Consejo general era la de las jóvenes que alejadas por diversas circunstancias de la casa paterna se veían obligadas a sustentarse por sí mismas privadas del calor del hogar. Por esto en Santa Felícitas y en el instituto superior de economía doméstica de la calle Tacuarí 1005, tenía instalada lo que en lenguaje social se llama casa de familia u hogar para jóvenes empleadas y maestras. Esta institución no era sólo para facilitar con su moderada pensión el desenvolvimiento de la vida pecuniaria de la empleada o maestra, sino principalmente proporcionarle el calor del hogar que ampara su debilidad, que mantiene al abrigo de los peligros y de la contaminación del ambiente en que se desarrollan sus aptitudes y del cual no pueden prescindir en el medio en que actúan.

El reglamento interno que las regía estaba absolutamente ba-

sado en las conveniencias de las jóvenes; se les proporcionaba alojamiento amueblado, con ropas de uso general, en habitaciones a la calle, desayuno, almuerzo, te y comida, pudiendo ellas permanecer fuera del establecimiento hasta las nueve de la noche; gozaban completa libertad de acción, sin otra exigencia de parte de la sociedad que la de una conducta honorable, gozando de estos mismos beneficios, señoritas pertenecientes a otras creencias religiosas, que sin distinción ninguna, eran admitidas en esta casa de familia.

Con análogas ventajas, pero con una pensión más reducida aún, sin que influyera en ello absolutamente el trato, la calidad o cantidad de los alimentos, sino sólo en las habitaciones que eran en grandes dormitorios comunes, existía una similar institución para obreras.

En esta categoría había gran número que gozaban de estos beneficios absolutamente gratis, siendo ellas por el contrario remuneradas en sus trabajos manuales por el Consejo, de acuerdo con sus aptitudes.

El fin, sin embargo, de esta casa no era proporcionar beneficios absolutamente gratis a todas las obreras que querían entrar en ella. No había entendido nunca el Consejo establecer a base de limosna, sino a base de ayuda para la familia obrera; la limosna no podía ofrecerse sino a aquel que no podía trabajar por causas ajenas a su voluntad, de las cuales no podía librarse.

Por tanto, dar a una joven con mayores ventajas físicas y pecuniarias por 20 pesos, lo que en otra parte le costaría 40 ó 50 y remunerar por 1.50 por 100 más que en otra parte su trabajo, era una ayuda evidente: pero no era una limosna, porque no necesitaba de ella quien debía sentir el deber y había de acostumbrarse a retribuir, a medida de sus fuerzas, los beneficios que recibía. Semejantes instituciones en todas partes obligan a pagar, no hasta cubrir el gasto que cada una hace o dejar ganancias, porque entonces se convertirían en instituciones comerciales, sino como una enseñanza que les permite mantener la altivez a que debe acostumbrárselas, si se desea sacar de ellas elementos útiles para sí mismas y para el medio en que actuarán en el porvenir.

El Instituto Profesional de Economía Doméstica dirigido por las religiosas de Jesús María, proporcionaba enseñanza doméstica

completa, a saber: cocina, higiene, costura, corte, contabilidad, cultivo de la tierra y química casera, cuidado de niños y enfermos.

Curso de cocina para maestras, curso de cocina sencilla para empleadas, y curso de cocina fina para señoritas.

Asilo Liborio Novoa, donado por la señora Carolina D. de Novoa, a la memoria de su esposo, proporcionaba cómoda habitación para señoras viudas vergonzantes con hijos.

El *Asilo de San Vicente de Paul de Villa Devoto* educaba niñas menores de 14 años, a quienes proporcionaba escuela elemental doméstica. Talleres de costura, lencería, *confecciones*, bordados y tejidos de punto. Cursos domésticos profesionales.

Escuela-taller de Mar del Plata, donado por el Sr. Arturo Z. Paz, y Sra. Estanislada Anchorena; proporcionaba enseñanza doméstica especial y jardín de infantes.

Barrio obrero Nueva Pompeya. Proporcionaba casa que constaba de jardín y cuatro departamentos por 25 pesos mensuales. Se proporcionaba educación a los hijos de los obreros.

Las Conferencias tenían en 1914, en la capital 14 casas para pobres y 28 en la provincia que proporcionaban gratuitamente albergue a 1.061 personas. Tenía 9 hospitales en provincias con un lazareto para leprosos, 30 asilos en los que albergaba más de 2.000 asilados, 19 escuelas donde se educaban 2.615 niños y niñas, internos en unos establecimientos y externos en otros.

Contaban, además, las Conferencias con dos institutos muy importantes; uno de puericultura que sostenía el Consejo particular de Tucumán, y otro de sordomudos, la Conferencia de La Plata, así como dos casas de corrección para menores, una atendida por la Conferencia de Santiago del Estero y otra muy numerosa por la Conferencia de La Plata. Las Conferencias sostenían mensualmente con bonos que entregaban al hacer la visita a domicilio a 11.617 familias, según los datos suministrados por las planillas remitidas al Consejo por las mismas Conferencias.

Lo invertido por la sociedad en socorro de los pobres en los 25 años de existencia, pasaba de quince millones ciento noventa y nueve mil novecientos diez y siete pesos moneda nacional. Muy bien se podría aumentar en algunos millones esta suma, si se tiene en cuenta que muchas Conferencias carecían de datos relativos a los primeros años de su fundación, en que no había el orden que des-

pués hubo, de suerte que los 15.199.917 pesos, fué lo mínimo invetrido en el alivio de los pobres hasta 1914.

El Padre Segismundo Masferrer, bajo cuya inteligente y solicita dirección, tanto incremento adquirieron las Conferencias, fundó en 1913, y dependiente de ellas, unos centros catequísticos, a los que en el curso de 1914 asistían diariamente unos 500 niños. Como dichos centros estaban dentro del radio de la parroquia de Nueva Pompeya, la que está al cuidado de los Padres Capuchinos, fueron estos padres quienes más ayudaron al Padre Masferrer en esta santa obra.

Desde 1914 hasta 1924 la labor de las Vicentinas tomó un incremento tan sensible como consolador. En sólo la ciudad de Buenos Aires sostenían en este último año 64 Casas Asilos para pobres, 4 Dispensarios y Gotas de leche, 5 Consultorios externos, 1 Cocina para obreros, 11 Escuelas, 7 Talleres de aprendices, 5 Hospitales, 1 Lazareto. En el curso de ese año de 1924 repartieron en comestibles $ 316.392, en ropa y calzado 48.980, en alquileres 94.262, en escuelas y asilos 28.118, en socorros en efectivo 40.639, en pasajes 5.864, en máquinas de coser 3.299, en diversas obras de beneficencia 159.800. Entregaron 109.134 piezas de ropa, 6.453 pares de calzado, 2.139 camas y colchones, 72 máquinas de coser, 285 herramientas varias, 122 aparatos ortopédicos, 46.688 consultas y recetas médicas, y 653 pasajes. Fueron atendidas por las Conferencias: 7.887 hombres, 29.895 mujeres, 17.080 niños y 19.099 niñas.

En 1927, los 19 Consejos y las 158 Conferencias Vicentinas esparcidas por toda la República, (tanto había crecido el árbol sembrado por el Padre Jordán en 1889), socorrieron a 80.406 personas, con 1.014.984 bonos de pan, leche, carne y otros comestibles, y con 112.386 piezas de ropa, 5.125 pares de calzado, 1.169 camas, colchones y muebles diversos, 63 máquinas de coser, 328 planchas eléctricas y otras herramientas. Las consultas y recetas médicas ascendieron en sólo ese año a 113.114, y fueron 12.664 las personas internadas en hospitales y asilos. Los gastos del año ascendieron a 1.239.910 pesos.

El funcionamiento en ese año de la Casa de Santa Felícitas, la Cocina Popular para Obreros, el Instituto de Economía Doméstica, el Asilo de Villa Devoto, el Asilo de Viudas "Liborio No-

voa", el Asilo Infantil "Dopo Scuole", los Talleres y escuela Butteler, la Colonia Obrera de Nueva Pompeya y en Mar del Plata, la Escuela Taller, el Colegio de la Sagrada Familia y la Escuela Profesional de Mujeres, insumieron la suma de 716.736 pesos. Sólo el Consejo Superior de Señoritas, a cuyos Talleres pertenecían en ese año 2.870 socias activas, dedicadas a confeccionar ropa para los pobres, gastaron 139.891 pesos. El total de todos los gastos ascendieron en 1927 a 2.759.106 pesos.

Desde este año hasta la fecha, las Conferencias Vicentinas de Señoras no han decaído jamás, siendo su actual Director Espiritual General, sucesor de los Padres Jordán y Masferrer, el Padre Andrés Doglia, ex-profesor y ex-rector del Colegio del Salvador. En 1942 había 19 Consejos Particulares, 9 Comisiones Auxiliares, 132 Talleres de Señoritas y 212 Conferencias, cuyas socias que ascendían a 14.178, efectuaron en 1942, 505.676 visitas a los pobres, con los siguientes resultados:

en lo económico: 325.551 personas beneficiadas que corresponde a: 7.813 familias adoptadas, compuestas de 29.629 personas; socorrido a otras 107.427, procurado trabajo a 2.291 más; distribución de 2.086.335 bonos de pan, leche y otros comestibles; 163.490 piezas de ropa para vestir y cama; 12.097 pares de calzado; 447 lechos; 978 colchones y almohadas; 650 anteojos y aparatos ortopédicos; 267 máquinas de coser, y planchas eléctricas; 1.823 muebles y diversos objetos; y 815 pasajes;

en lo moral: 11.980 personas beneficiadas, con 1.021 matrimonios realizados; 963 hijos legitimados; 685 personas libradas del vicio; 3.307 bautismos; 5.022 primeras comuniones que contaron con 4.040 niños y 982 adultos;

en el terreno del dolor: 46.677 personas atendidas con la concesión de 270 entierros y 293 ataúdes; con la internación de 25.860 enfermos y 202.535 medicamentos y recetas;

en lo social: 121.468 personas a queines se han dispensado en los Comedores Obreros e Infantiles y en el Restaurant de la Liga de Protección a las Jóvenes, almuerzos y meriendas a 99.101 comensales; vivienda a 2.796; educación en colegios, asilos y talleres a 9.571; ropa y víveres con 96 repartos, que beneficiaron a más de 10.000 personas.

A los establecimientos de educación, sostenidos por las Conferencias hubo una concurrencia de 8.435 alumnos, de los que 1.136 eran aprendices en los talleres de artes domésticas. En los 13 hospitales se han atendido 15.127 enfermos, y en los 23 Consultorios Médicos, 9 Farmacias y 9 Dispensarios y Botiquines se atendieron

en 1942 a 217.662 personas. Tienen las Conferencias en construcción un inmenso y modernísimo Hospital "Roque González de Santa Cruz". Recordemos que desde 1917 es Presidenta del Consejo General de estas beneméritas Conferencias Vicentinas, la Señora Dolores de Anchorena de Elortondo, socia activa de las mismas desde 1891. El mismo año ingresaron otras dos Socias, también muy beneméritas, Elisa Alvear de Bosch y Julia Lacroze, y en 1892 María Celina Panthou de Onelli, y en 1893, Filomena Devoto de Devoto, para referirnos tan sólo a las que ingresaron a fines del pasado siglo.

4. Al benemérito P. Segismundo Masferrer se debe la fundación de la obra La Caja Dotal, muy en consonancia con las necesidades actuales de las obreras; pertenece al grupo de las obras de previsión social.

Su fin es remediar la necesidad de las pobres obreras, las que cobrando sus pequeños salarios, y no acostumbradas al ahorro bancario, fácilmente los gastan, sin tener en cuenta las necesidades de lo futuro, sin pensar siquiera en acumular un pequeño capital, que les ayude cuando deban constituir familia, mediante el matrimonio.

La inculcación de esta idea, mediante la práctica del ahorro, fomentada con premios en dinero, ha producido benéficos resultados. Su funcionamiento es el siguiente. La Caja Dotal funciona como un banco privado; en él depositan las obreras sus ahorros mensuales; por cada 5 pesos de la obrera la Caja Dotal les añade 1 más, de manera que si al fin del año la obrera deposita 3 pesos cada mes, su depósito no será de 36, sino 43. Es de advertir que el depósito máximo anual que puede gozar de este derecho es de 60 pesos; por otra parte los depósitos anteriores, sea cual sea su cantidad, gozan de un interés siempre superior al que les abonaría cualquier banco comercial. Las obreras pueden retirar su dinero siempre que les plazca. Actualmente hay más de 6.000 socias de la Caja Dotal con sus correspondientes libretas de ahorro. En razón de premios a los depósitos la Institución ha gastado más de 120.000, y los intereses pagados pasan de 720.000.

Pero además de este beneficio económico ofrece la Caja a las obreras otros muchos de índole superior. En casi todos los 16

Centros, distribuídos estratégicamente en diversos barrios de la ciudad se dan clases de diversa índole, desde las materias elementales a las analfabetas, y de la moral y religión, hasta los delicados conocimientos del canto y la declamación; hay especialmente, en muchos de ellos, clases de lenguas, dibujo, corte y confección, lencería, tejidos y escritura a máquina. Mirando por las más necesitadas ofrece también la Caja vacaciones enteramente pagas. Durante los últimos años han ido a pasarlas a una Estancia de la Señora María Unzué de Alvear, y desde hace dos años tiene una Colonia propia hecha construir de planta por la Sra. Adelia María Harilaos de Olmos; ambas señoras han sido las Presidentas de la obra, desde su fundación. En otro orden de necesidades, gozan las socias de consultorios médicos y jurídicos gratuitos, y de casas comerciales que acuerdan descuentos de consideración. En favor de las mismas obreras y de otras señoritas, aunque no sean socias de la Caja Dotal, tiene esta en propiedad dos casas hogares, con pensionados y restaurants sumamente económicos, provistos a la vez de buenas bibliotecas. De su eficacia se puede formar idea sabiendo que en el año del último balance, 1941, se sirvieron entre las dos casas no menos de 26.767 almuerzos.

Dentro del orden puramente material favorece también la Caja a las socias con ayuda especial en casos imprevistos, pero las atiende especialmente con favores cuando van a constituir familia cristiana. Además cuenta con panteón propio para las que lo soliciten.

Pero los principales favores pertenecen al orden religioso. Todos los años se les dan conferencias religiosas y morales, y varias veces han tenido tanda especial de Ejercicios Espirituales. Todos los años tienen un día especialmente consagrado a la Comunión Pascual, que hacen en común, con predicación del mismo Director espiritual, y desayuno en una de las casas de la Institución. Casi todos los años también se les invita a una Peregrinación a Luján, toda ella compuesta de socias de la Caja. Es de advertir que cuando se les invita a estas fiestas o actos, la Caja corre con todos los gastos de traslado.

No contenta la Caja Dotal con favorecer a las obreras, ha extendido sus actividades al terreno de la simple beneficencia pública, pero ordenada con caridad cristiana. Conocedora de que muchas

familias en barrios pobres de los suburbios carecen de los medios de obtener los necesarios alimentos, ha fundado últimamente algunas cocinas gratuitas. En ellas se da comida abundante y buena; los pobres, recomendados por la parroquia, por las conferencias vicentinas, o por personas de reconocida probidad, van a buscar para llevarla a sus casas, la comida caliente y el pan, según las porciones necesarias a cada familia; más aún, al llegar los primeros fríos de cada año, se les reparten también las ropas de abrigo que necesitan.

El espíritu con que trabaja la Caja Dotal, así en el cumplimiento de sus fines específicos, como en el de la beneficencia general es netamente cristiano, ya que hace sus obras en el sagrado silencio recomendado por el Evangelio.

5. El Padre Auweiler que, como dijimos, estuvo en continuo contacto con la gente del pueblo, sobre todo en los hospitales, concibió un vasto proyecto para proporcionar abundantes libros, y a los precios ínfimos, a tantas gentes ignorantes de las verdades católicas. Determinó fundar toda una asociación cuyo fin sería precisamente éste, y que habría de llamarse "Sociedad Propagación de Buenos Libros", y la puso bajo el patrocinio de San Miguel Arcángel, Príncipe celestial en las luchas contra el mal. El buen Padre Auweiler ideó su asociación con proporciones tan colosales que, según el artículo primero de sus estatutos, debía proponerse nada menos que *proporcionar sanas lecturas a todo el mundo.* Para conseguirlo debía esta sociedad "componer, imprimir y propagar buenos libros o folletos en todos sentidos y bajo toda forma, según las necesidades de los tiempos, facilitar su compra, distribuirlos gratis en los hospitales o a los pobres, cuando lo juzgare oportuno, y establecer bibliotecas católicas para el pueblo". Como móvil único de sus miembros les propone "la caridad y el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas"; y les recuerda "que todo cuanto hicieren en bien de la sociedad, tendrá su recompensa delante de Dios".

Un grupo de beneméritas señoras y señoritas formó en 1884 la junta fundadora de la sociedad; pero hasta 1889 no quedó constituída en regla y extendida por distintas provincias argentinas y uruguayas.

Dios la bendijo. Sin duda que no llegó a todo el florecimien-

to con que la soñara el espíritu magnánimo del fundador, pero es cierto que contribuyó en gran manera a la difusión del bien, dió impulso a otras similares y fué instrumento de la conversión de muchísimas almas. En 1901 tenía ya la Sociedad casa propia, con local para una regular biblioteca pública, capital suficiente para poder vivir y funcionar con sólo los propios intereses, y había publicado y difundido unos 700.000 ejemplares de libros encuadernados. Después de aquella fecha obtuvo la personería jurídica, y continuó publicando nuevos libros, de modo que al morir el P. Auweiler se aproximarían a 1.500.000 los ejemplares de obras escogidas diseminadas por esta sociedad. De alguno de estos libros llegaron a tirarse hasta cincuenta ediciones, cosa no vista en Sud América, y alguna de las ediciones llegó a 70.000 ejemplares.

En su incesante apostolado servíase él de sus libros ora para preparar, ora para completar o consolidar las conversiones de las almas; y uno de ellos, el titulado *Luz y tinieblas, o sea los principales errores contra la Religión a la luz de la fe y de la sana razón*, contiene, según declaración propia, "el método y los argumentos de que se valía en su ministerio para refutar y convertir a los incrédulos, liberales, judíos, anglicanos y protestantes de diversos sistemas heréticos".

La "Sociedad Propagación de Buenos Libros", llamada vulgarmente "Sociedad de San Miguel" ha sobrevivido a su fundador, y sigue hoy, como cincuenta años atrás, su noble y eficaz apostolado, aunque en algunas épocas ha estado como anquilosada e inactiva. En estos últimos tiempos ha llegado hasta editar obras de la extensión y categoría de la *Theologia Moralis* del Padre José Ubach, del *Manual de Teología Dogmática* del Padre Jesús Bujanda, sin contar obras de menores proporciones pero no menos apreciables como la *Moral Práctica* del Padre Luis Massegur, el *Texto de Religión* y la *Vida de Cristo para los niños*, de que es autor el Padre Remigio Vilariño.

El día en que se escriba la historia de las editoriales católicas, hoy, felizmente, abundantes y pletóricas de vitalidad, como lo comprueban las de Santa Catalina, Poblet, Difusión y otras, corresponderá a la Sociedad de San Miguel el primer capítulo en esa reseña y talvez la más heroica. Ciertamente surgió y se desarrolló

en una época de apatía e indiferencia hacia todo lo que fuera literatura religiosa.

En 1900, la misma Sociedad de San Miguel inició otra obra sumamente meritoria: la de contrastar la nefasta influencia de las escuelas protestantes con la fundación de escuelas católicas. Palermo, que era como la sede de las sectas, fué el primer barrio que contó con una escuela católica, abierta al lado del templo y escuela protestante. La señorita María Rosa Begorre que fué el alma de esta primera escuela tuvo el placer de verla prosperar de suerte que se convirtió en el Colegio del Carmen. A otras celosas mujeres, como la ya mencionada y como doña María Cristina Sagasta de Eguía, se debió la fundación de otras escuelas así dentro del radio central de la ciudad y en sus alrededores, como en Villa Ortúzar, Villa Urquiza, Villa Mazzini, Liniers, y en otras localidades. Aunque las dos secciones de esta institución, la Sociedad propagación de Buenos Aires y la Sociedad Protectora de Escuelas Católicas y Oratorios tuvieron desde sus orígenes, en 1884 y 1900 respectivamente, sus casas propias, tuvieron ambas su sede social en el Colegio del Salvador, como puede verse en todas las actas de las mismas.

6. En 1905 se propuso el Padre Masferrer editar una serie indefinida de folletos en los que se estudiaran los problemas científico-religiosos más en boga entre profesores y alumnos de las facultades universitarias, y al efecto fundó la "Biblioteca Científico-Filosófica y Popular", cuyo primer folleto sobre el darwinismo, intitulado "El Hijo del Mono", se publicó en agosto de aquel año. Mes a mes se publicó un folleto de 50 a 60 páginas en 8º mayor. A lo menos se llegaron a publicar 24 lucubraciones de la índole prefijada, de cada una de las cuales se hizo una tirada de más de quince mil ejemplares.

Colaboraron con el Padre Masferrer en la publicación de estas monografías apologéticas los Padres Joaquín Gracia, Vicente Gambón y Martín Gómez, profesores a la sazón en el Colegio.

Recordemos que la publicación de estos folletos se hizo en los Talleres de Alfa y Omega, imprenta, editorial y librería que la Congregación de Exalumnos había iniciado y protegido generosamente, pero cuyo desarrollo económico no fué, en manera alguna, halagüeño, ya que insumió cantidades respetables sin que se percibiera sus resultados culturales y religiosos.

7. Un grupo de jóvenes exalumnos del Salvador fundaron en agosto de 1909 el *Centro Católico de Estudiantes*, cuyas finalidades primordiales eran: fomentar el espíritu de unión y confraternidad entre los estudiantes católicos en general, propender a la creación de la Universidad Católica, fomentar el estudio de las cuestiones sociales y fomentar entre sus asociados la educación física. [584]

Los jóvenes que fundaron este Centro de meritoria como fecunda actuación entre 1910 y 1920, fueron Alfredo S. Thompson y Manuel S. Copello, exalumnos del Salvador, y Pedro Alcacer, exalumno de la Inmaculada de Santa Fe. Pedro Tilli, aun antes de egresar del Salvador en 1910 y Atilio Dell'Oro Maini, no bien egresó del mismo en 1912, no sólo ingresaron en este Centro sino que contribuyeron a vitalizarlo en forma muy sensible, como lo prueban no sólo la *Guía del Estudiante* cuya publicación inició en 1913 sino también la revista *Tribuna Universitaria* y, lo que es más, el cambio de frente que, gracias a la actuación firme y constante de un grupo de jóvenes selectos, se fué observando en las aulas universitarias respecto de las doctrinas y soluciones católicas, harto escarnecidas hasta entonces.

Anotemos, a fuer de justos, que el grupo de jóvenes que realizaron esta obra, estaban plena y generosamente secundados, alentados y dirigidos por el Padre Vicente Gambón.

8. Desde principios de este siglo planeaba el Padre Gambón y ambicionaba fundar un *Instituto de Estudios Superiores*, en el que los jóvenes argentinos pudieran adquirir una formación literaria y científica que no sólo los capacitara para una carrera o profesión sino que además les diera esa formación integralmente humana y católica que desgraciadamente no les es dado conseguir en los centros culturales que había entonces y hay hoy día.

En 1920 el entonces rector del Colegio, Padre Joaquín Añón, creyó posible realizar los deseos y aspiraciones del Padre Gambón y se dieron los primeros pasos para la fundación de una *Facultad de Estudios Superiores*, cuyo objetivo debía de ser: continuar y completar la obra educacional del Colegio, proporcionando una instrucción sólida y segura de la Filosofía y del Dogma, y ayudar a los alumnos universitarios en los estudios propios de su carrera.

Entre las materias a enseñarse había de haber:

Teología:	en	2	cursos	con	3	horas semanales
Ciencias religiosas:	,,	2	,,	,,	1	,, ,,
Filosofía:	,,	2	,,	,,	3	,, ,,
Latín:	,,	2	,,	,,	2	,, ,,
Sociología:	,,	2	,,	,,	1	,, ,,
Biología:	,,	2	,,	,,	1	,, ,,
Derecho Público Eclesiástico:	,,	1	,,	,,	2	,, ,,
Filosofía del Derecho:	,,	1	,,	,,	1	,, ,,
Historia de la Civilización:	,,	1	,,	,,	1	,, ,,
Deontología Médica:	,,	1	,,	,,	1	,, ,,
Astronomía y Geodesia:	,,	1	,,	,,	2	,, ,,
Física Cósmica:	,,	1	,,	,,	2	,, ,,

Se conferirían los títulos M. A. y Th. M., esto es, *Magister Artium* y *Theologíae Meritus*, y su expresión total sería: "M. A. (o Th. M.) Salvador Bs. As." Como no esperaba el Padre Añón que las Universidades argentinas reconocerían valor alguno a estos títulos, obtuvo de tres Universidades de los Estados Unidos, la de Fordam en Nueva York, la de Georgetown en Wáshington y la de Saint Louis, en la ciudad del mismo nombre, que los reconocieran.

Cuando ya tenía concluído e impreso el proyecto de Reglamento, envió el Padre Añón la siguiente circular a un grupo de personas de reconocida capacidad y experiencia:

Buenos Aires, 10 de Marzo de 1920.

Sr. D. ....

Distinguido Sr.:

Me es grato enviarle a V. copia del Reglamento proyectado para la implantación en este Colegio de estudios de extensión universitaria.

Mucho agradeceré a V. se sirva comunicarme, a la mayor brevedad, el juicio que en su elevado criterio le merecen las siguientes consideraciones:

1º ¿Qué opina V. acerca de la oportunidad, conveniencia y esperanzas de éxito de tal empresa?

2º ¿Qué le parece de la forma que se trata de darla, es decir, del número y clase de materias, de su repartición, importancia que se atribuye a cada una, de los títulos que se pretende conferir, etc.?

3º ¿Qué adiciones, supresiones, modificaciones le parece a V. convendría hacer al adjunto proyecto de Reglamento?

Ruégole se sirva añadir cualquier otra observación que la lectura del mismo le sugiera, en la seguridad de que le será muy agradecida.

Saludo a V. con la más distinguida consideración,

JOAQUIN AÑON
Rector del Colegio del Salvador

Entre los caballeros consultados, estaba el doctor Atilio Dell'Oro Maini, y tenemos a la vista el texto de su extenso informe suscrito en Buenos Aires, a 7 de abril de 1920. Merecen conocerse algunas de sus observaciones:

Buenos Aires, 7 de Abril de 1920.

Reverendo Padre Joaquín Añón

Mi distinguido Padre Rector:

Tengo el honor de acusar recibo de su atenta comunicación de fecha 10 de Marzo por la que Vd. se digna consultarme acerca de la implantación en mi inolvidable Colegio del Salvador, de la Facultad de Estudios Superiores. Ruego a Vd. quiera perdonar mi tardanza en contestarle en mérito de las excusas que verbalmente tuve oportunidad de presentarle. Al hacerlo no puedo menos de reiterarle mi agradecimiento por tan alto honor, al elegir mi persona para auscultar las necesidades y anhelos de la juventud a que pertenezco y a la cual tanto ha de beneficiar la feliz iniciativa.

No puede ser más oportuna y práctica, si se tiene en cuenta y en primera línea la *finalidad* perseguida y los *medios* previstos para realizarla.

Vivimos en una época de azoramiento e intensa desorientación, que desgraciadamente comprende también en términos generales a los católicos. La falta de una acción decidida, organizadora y constructiva proviene de una falla en la adhesión íntegra y activa a los principios fundamentales. Carecen estos últimos de toda expansión dinámica en aquellos que especulativamente los afirman, y hay que evitar a todo trance que esta falla aparezca también en la acción de la juventud que consciente de sus deberes, quiere realizar y cumplir una misión propulsora de grandes energías, tiene sed de aprender y deseos de innovar. Basta enunciar este hecho para comprender la necesidad urgente de garantizar ese esfuerzo y asegurar su eficacia por medio de una sólida preparación, de una verdadera cultura mental, capaz de evitar las desviaciones y los tanteos, tan frecuentes cuando no se ha tenido el cuidado de *formar fuertemente el criterio católico*, base y garantía de toda acción provechosa. Por eso creo en el éxito seguro de la iniciativa. Varios jóvenes en diversas ocasiones expresaron públicamente sus anhelos en ese sentido y cuando se creó el "Centro de Estudios Religiosos para Señoras y Señoritas" pensaron con acierto que para ellos no podría tardar en satisfacerse tan improrrogable necesidad.

Teniendo presente dichos fines surgen sin esfuerzo las materias, que como medios de realizarlos, han de enseñarse en el Instituto. Paréceme muy acertada la elección y distribución de las asignaturas previstas en el Proyecto. Naturalmente que su eficacia reside en la preparación de los programas, y sobre todo en los métodos didácticos que se empleen, en relación con las exigencias del espíritu actual contemporáneo, y especialmente con las de nuestra realidad social, tan inquieta como compleja.

Deseo, sin embargo, expresarle dos observaciones que, desde largo tiempo, durante mi carrera universitaria, sugiriéronme diversas reflexiones

relacionadas con el género de mis estudios. Por un lado, me han preocupado sobremanera el carácter empirista y exageradamente positivo de nuestra instrucción jurídica. Domina todavía a nuestra docencia cierto vago terror al *derecho natural*, motivado tal vez por los errores y exageraciones de las escuelas racionalistas, derivadas de los escritores del protestantismo. Una lamentable confusión ha estrechado, pues, el sistema de las relaciones jurídicas, falseando la interpretación de sus reglas y deteniendo el progreso de su ciencia, cuyos modernos moldes se quiebran al empuje de las graves cuestiones que hoy surgen en el terreno social y que imperiosamente exigen la luz de los grandes principios del *Derecho natural irreductible*. Todos los modernos conflictos no caben dentro de las limitadas prescripciones legales, desde el choque entre la conciencia individual y la ley, hasta los derechos del Estado en la educación de la niñez. Los problemas que la democracia plantea, sintetizados en el equilibrio que forzosamente debe establecerse entre el individuo y el Estado, dentro del reinado de la justicia social, corresponden todos al campo del derecho natural. A mi juicio es una materia que debe incluirse en el plan de estudios, y que si no puede ser con carácter independiente, puede incluirse en el programa de la *"filosofía del derecho"*. Permítome agregar, que siendo esa materia de tanta importancia, su estudio que goza de una inmerecida reputación de hastío, debe prestigiarse mediante la explicación de su descrédito, la delimitación exacta de su contenido y las razones de ser su renacimiento que ya saludaron eximios profesores de diversas tendencias como el P. Cathrein, Geny, Salleiles, Charmont, Bouglé.

Otra disciplina fundamental, indispensable para la formación del *criterio católico* a que más arriba me refería como finalidad esencial del Instituto, y cuya falta también deploré en mis estudios, es la del derecho canónico. Hace pocos meses leía yo, con motivo del nuevo Código, todo lo que nuestros modernos sistemas jurídicos deben a las normas sancionadas por la Iglesia para regir las relaciones privadas. Dejando de lado este aspecto, que sin embargo sería bueno y provechoso, que aunque sumariamente lo conocieran los estudiosos del derecho, quiero referirme especialmente al derecho público de la Iglesia. Es insospechable la ignorancia de la generalidad de los mismos católicos a este respecto. Nadie lo conoce, y a la Iglesia se la pretende juzgar y regir con normas ajenas a su propia constitución y desenvolvimiento. Si los tiempos que vienen son de lucha para Ella, bueno es que sus defensores conozcan sus derechos, para evitar si es posible aquella lucha, por la afirmación clara y precisa de los mismos, o para salvarlos incólumes si se pretende desconocerlos. Conservo en mi memoria un consejo que el Conde de Mun daba a la "Jeunesse Catholique": "estudiad bien a fondo, la constitución y la historia de la Iglesia: sólo así podréis admirarla y amarla". La juventud de mi patria debe también recoger ese consejo. Ahora bien, la "historia de la Iglesia" puede incluirse en la proyectada "historia de la civilización", y en cuanto al Derecho canónico me permito indicar como necesaria la creación de un curso independiente con una introducción dedicada a sus relaciones con el Derecho vigente, sobre todo en su aspecto privado, y lo restante —substancial en el programa— al derecho público de la Iglesia.

El éxito del Instituto depende además de un factor doble: la buena selección de los profesores y una adecuada atracción de alumnos. La juventud verdaderamente estudiosa es muy exigente con sus maestros. Estos deben saber amarla, comprenderla y orientarla. Para ello, es preciso que conozcan las inquietudes de su inteligencia, penetren en los medios en que se desenvuelve y actúa. Nada descorazona más que ver a un profesor, por sabio que sea, vivir en la región de sus especulaciones, ajeno por completo a los problemas para los cuales buscan una solución los que acuden a su Cátedra. Me limito, pues, a señalar brevemente una aspiración nuestra: que el profesor sea un descubridor de cualidades, un propulsor de energías, un creador de estímulos, un Director de esfuerzos. Con respecto a lo segundo — la atracción de alumnos,— ella puede lograrse, mediante un plan de estímulos y facilidades. El título académico no basta por más honorífico que se le suponga, especialmente en nuestro país, en que no es mucha la afición que ellos despiertan. Creo que no sería difícil gestionar y obtener ciertas ventajas importantes para los que puedan ostentarlos, en las universidades libres, europeas y americanas. Además, podrían establecerse becas para los mismos, ya sea creándolas en el Instituto, ya sea comprometiendo las de algunas Sociedades científicas y católicas. Se me ocurre que el Ateneo de la Juventud, una vez creado, podría destinar sus becas, a los que obtengan algunos de los títulos de la Facultad de Estudios Superiores.

En cuanto a las facilidades, creo conveniente dividir en dos cuotas la suscripción, y adelantar quince días la época de exámenes, aunque para ello debieran abrirse antes los cursos. Me induce a proponer esto último mi experiencia de estudiante, cuando cursaba simultáneamente mis estudios de la Facultad Oficial y en la Católica. Los meses de octubre y noviembre los estudiantes los dedican a la preparación de sus exámenes universitarios, hay que dejárselos libres, y así se fomentará el concurso a las pruebas finales del Instituto.

Deseo referirme, por fin, a otro punto que juzgo de importancia... En la primera sesión que este año celebró la Comisión Directiva de la Academia Literaria del Plata al oír al Dr. Padilla, su Presidente, mencionar la iniciativa de la creación del Instituto, expuse los temores que abrigaba de que ella afectara seriamente a la existencia y funcionamiento de la Academia. Sus mejores elementos lo serán también del Instituto, y mal podría exigirles un mayor trabajo del que este último les imponga. En una reunión celebrada hace algunos años, propuse la creación de cursos intensivos, teórico-prácticos confiados a buenos profesores, para iniciar un ciclo de verdadera formación intelectual y moral de nuestros jóvenes. No hay duda de que la iniciativa que se trata de llevar ahora a la práctica levantará el nivel de acción de la Academia, hoy un tanto decaído.

Me doy cuenta sin embargo de las razones que existen en favor de la actual constitución, tanto para el Colegio como para el mismo Instituto, y he pensado que la función de la Academia podría ejercerse sobre los elementos que han terminado sus cursos en la Facultad de Estudios Superiores, recogiendo el esfuerzo desplegado, congregando las energías y utili-

zándolas sistemáticamente en bien de los interesados y del país. Creo que no debe descuidarse ese período posterior de utilización. Si el Instituto formará una *élite*, una *selección* de elementos, cuidemos de organizarla, vinculando la Academia al Instituto y constituyéndola sobre las nuevas bases que para ese fin se juzguen convenientes. Los diplomas de la Facultad serían entonces el núcleo propulsor de la Academia y podrían levantar a ésta al ejercicio de una verdadera función docente y orientadora en nuestra patria.

Lamento haberme extendido, tal vez, demasiado. Es el entusiasmo de un joven ante un íntimo anhelo satisfecho. Gracias a Dios. Hago votos, mi querido Padre Rector para que el Espíritu Santo, ilumine la senda inexplorada que gracias a Vd. hoy se abre a los pasos inquietos y audaces pero seguros de una juventud que no aspira sino a servir a su Dios y a su Patria.

Siempre suyo afectísimo.

Atilio Dell' Oro Maini

Existía, es cierto, en Buenos Aires una Universidad Católica que hubiera podido llenar los objetivos que se proponía la Facultad de Estudios Superiores, pero por no poder otorgar títulos algunos válidos, había ido decayendo sensiblemente. A fines de 1918 el Consejo directivo de la misma renunció en pleno y en marzo de 1919 fué nombrado Rector Mons. Miguel de Andrea quien se empeñó tan noble como vanamente en dar vitalidad a obra tan simpática como necesaria.

En 1920 al planear el Padre Añón la creación de la Facultad de Estudios Superiores no pretendió ni creyó perjudicar en forma alguna la marcha tan incierta como precaria de la llamada Universidad Católica, pero a 3 de junio de ese mismo año publicaron los señores Obispos una Pastoral colectiva, seguida de una serie de resoluciones, una de las cuales decía así:

> Penetrados de la importancia de la obra de la Universidad Católica y la necesidad de su mayor desarrollo, los Prelados recomiendan con encarecimiento a las familias católicas prestarle todo el apoyo y protección que tan benéfica institución reclama.

Esta manifestación de los señores Obispos indujo a los Padres del Colegio del Salvador a encarpetar, a lo menos por entonces, el proyecto del Padre Gambón que, con tanto interés, deseaba llevar a la práctica el entusiasta Padre Añón.

Hoy, al cabo de un cuarto de siglo, es una realidad, a lo menos en parte, lo que aquellos dos hombres tanto ambicionaron, ya que desde julio de este año de 1944 funciona en el Colegio del Salvador el *Instituto Superior de Filosofía*, del que es director el mismo rector del Colegio, el Padre Andrés F. Linari, y es decano el Padre Enrique

B. Pita, ex-rector del Colegio Máximo de San Miguel, y son profesores, además del mencionado Padre Pita, los Padres Ismael Quiles, Fernando Pérez Acosta, Antonio Ennis, José Laburu, Juan Berro García, Avelino Gómez Ferreyra, Juan A. Bussolini, Alberto Bridarolli, Hugo de Achaval y otros. La preparación de los profesores, la índole de los programas, la categoría de los alumnos, los objetivos y medios del actual Instituto, responden por cierto, y en un todo a las tan razonables exigencias que exponía el doctor Atilio Dell'Oro Maini en la misiva que arriba hemos transcrito.

Otra institución que contó, desde sus orígenes, con el apoyo de los Jesuítas, en particular, con el de algunos Padres del Colegio del Salvador fué el llamado *Centro de Estudios Religiosos.* A la señorita Elena Isaac Boneo se debió la primera iniciativa y, después de Monseñor Fortunato Devoto, que fué Asesor de dicho Centro desde 1919 hasta 1941, nadie trabajó más que el Padre Corominas para la buena marcha del mismo. Si Monseñor Devoto fué el Asesor único durante los primeros veinte años, fueron Vice-asesores los Padres Juan Corominas, Antonio Alonso, Juan Marzal, Jorge Saravia y Hugo de Achaval y fueron profesores, además de algunos de los mencionados Vice-asesores, los Padres José A. de Laburu, Fernando Pérez Acosta, Enrique Pita, Antonio Ennis, Gabriel Palau, José Ubach, Telésforo Sosa y José María Ponce de León. Los cuatro últimos pertenecían al claustro del Salvador. Recordemos que cuando en 1919 se fundó este *Centro de Estudios Religiosos,* ningún otro de esa índole existía en Buenos Aires aunque después se han fundado otros análogos, entre los que se destaca el Instituto de Cultura Religiosa Superior, a cargo de la Compañía del Divino Maestro.

9. En 1907 fundóse en el Colegio del Salvador y gracias a los desvelos del Padre Juan Isern, la "Liga de la Enseñanza Católica". A 20 de octubre de ese mismo año 1097, habíase iniciado, y por iniciativa del mismo Padre, un Congreso Católico Nacional, cuya inauguración fué honrada con la asistencia del Sr. Internuncio, del Sr. Arzobispo y de los señores Obispos, doctores Terrero y Romero. En representación del Presidente de la República, asistió el teniente general Alvarez. Se clausuró el día 27 de octubre, y una de las conclusiones leídas y aprobadas entonces fué la formación de una confederación general de las instituciones

docentes católicas, al objeto de proveer a su legítima defensa y al fomento de la enseñanza religiosa.

Afortunadamente fué cosa fácil la tal confederación. Una gran asamblea celebrada en este Colegio el 1 de diciembre de 1907, a la que asistieron veinte Párrocos de esta capital, todos o casi todos los superiores y directores de colegios de religiosos o simplemente católicos, muchos representantes de los colegios de religiosas y de niñas y gran número de profesores particulares y oficiales, aun de los Institutos y de la Universidad, dió por constituída la *Liga de Enseñanza Católica,* aceptó los Estatutos elaborados de antemano por una comisión preparatoria y eligió de entre sus miembros el Comité Escolar Católico, el cual habría de tener para la Liga el carácter de la Comisión Directiva, con gran amplitud de poderes. Constituyeron este Comité sólo nueve personas, casi en su totalidad muy distinguidas, más un Consiliario eclesiástico nombrado por el Sr. Arzobispo, y por resolución del Comité Ejecutivo de las obras del Congreso debía tener su asiento en este Colegio del Salvador.

El Padre Isern, autor de la Liga y miembro del Comité Ejecutivo desde la formación del mismo, como ya anotamos al referirnos a la labor realizada por este Jesuíta, escribía con fecha 1º de febrero de 1909:

> Como se desprende de lo dicho, dado el carácter que inviste el Comité Escolar Católico, debía ocuparse inmediatamente en apoyar ante el Estado reclamaciones legales de las escuelas católicas, y de hacer que sea un hecho serio y formal la enseñanza religiosa en las escuelas oficiales. Al efecto, el Comité Escolar Católico ha contestado a innumerables consultas de las escuelas privadas; ha reglamentado y comenzado a establecer en todas las parroquias lo que se llama Comités Escolares Parroquiales, juntamente con las Asociaciones de las familias, que exigen el que los padres o tutores se comprometan a pedir la enseñanza religiosa para sus hijos o encargados y a vigilar a los maestros de los mismos; ha creado y dirige una revista catequista e ilustrada, titulada *Los Niños,* de tanta aceptación, que al mes de vida contaba ya con más de 10.000 suscripciones; prepara en el momento presente con documentos fehacientes y estudios jurídicos una porción de reclamaciones legales a favor de la enseñanza católica y libre; ha hecho gran propaganda impresa sobre este asunto y tiene un proyecto inmediato la convocación de un Congreso Pedagógico, la creación de una revista pedagógica y la formación de una oficina de Instrucción Católica. Tanto ha llamado la atención lo que en un solo año ha trabajado el Comité, que el Tercer Congreso Nacional Católico, celebrado en Córdoba de Tucumán, a fines de 1908, al llegar a este punto de la educación, alabó

la obra del Comité, hizo votos por su desarrollo y exhortó a todos a que le prestasen su apoyo para que se difundiese por toda la República [589].

La Liga y la revista *Los Niños*, a que alude el Padre Isern, en las líneas que preceden, tuvieron una vida efímera, ya que en 1911 ó en 1912 aquella Asociación, no obstante su necesaria existencia y no obstante la forma al parecer sensata y razonable con que se había establecido, dejó de existir por consunsión paulatina.

A la Liga, sin embargo, además de algunas iniciativas de tiro reducido, se debió la celebración de uno de los acontecimientos de mayor resonancia en los días del Centenario patrio de 1910. Nos referimos al Congreso Pedagógico promovido por la Liga y por su Comité, del cual, como escribía el Padre Lucio Lapalma, a 29 de junio de 1910, era el alma el Padre Isern", y agregaba "que todo el peso de su preparación hubo de cargar sobre los hombros de este Padre". [590]

Cuánto ha tenido que trabajar para llevarlo a feliz término, solo Dios lo sabe; mas puede estar satisfecho de su labor, puesto que el éxito ha resultado brillantísimo, cual nadie se hubiera atrevido a prometérselo. Amén de las reuniones privadas (a una sola de las cuales pude yo asistir), celebráronse tres sesiones públicas: la de apertura en nuestro Colegio del Salvador; la segunda en el de San José, de los PP. Bayoneses; y la de clausura en el de Salesianos de San Carlos. De las dos últimas nada puedo decir más que de oídas, pues, habiendo tenido lugar en días de lluvia y clase, hube de contentarme con leer las crónicas de los periódicos.

La primera, en que me hallé presente, celebróse el día 27 a eso de las cuatro de la tarde. El salón de actos del Salvador era aquella tarde un verdadero foco de luz, y el escenario ofrecía un espectáculo de carácter que podríamos llamar nuevo hasta entonces, pues presidía el acto un gran crucifijo de bronce sobredorado, que sobre artística peana de finísimos encajes, y como nadando en un piélago de eléctricas bombitas, se destacaba en el fondo del escenario, por detrás de la mesa de la presidencia. Ocupaban ésta Monseñor Duprat, elegido Presidente del Congreso por unanimidad en la sesión privada de aquella mañana, y los Vice-Presidentes 1º, Dr. Fuenzalida, Rector del Seminario de Santiago de Chile; 2º, Dr. Garzón Maceda, ex-ministro de Gobierno de Córdoba, y a quien se debe el decreto sobre enseñanza obligatoria de la Doctrina Cristiana en las escuelas públicas de aquella provincia; 3º, el Dr. Garro, Profesor (si no me engaño) de la Facultad de Derecho de esta capital; y 4º, el ilustre miembro de la Cámara de Apelaciones de La Plata, Dr. Prack, hombres todos de fuste. El P. Ruiz Amado, el Dr. O'Farrell y el Sr. Ursúa, Diputado al Congreso Nacional de Chile y Profesor de Economía Política en la Universidad Católica de Santiago, que habían de disertar, ocupaban también un sitio de honor en el escenario, a un lado y a otro de la pre-

sidencia. A la cabeza de los demás congresistas, núcleo selecto del magisterio y la intelectualidad católica de toda la República y algunos países vecinos, se hallaban el Sr. Internuncio, el Sr. Arzobispo, Monseñor Terrero y el famoso, hoy Obispo de la Serena, Monseñor Jara. La banda de los Salesianos de Almagro, colocada en el fondo de una de las galerías, abrió el acto con el Himno Nacional, que todo el mundo escuchó de pie, según costumbre, y lo amenizó después, ejecutando en los intermedios escogidas piezas.

El discurso del Dr. Prack, que fué el primero, correcto, galano, sustancioso y pronunciado con mucha dignidad: como Presidente del Comité organizador, dió cuenta en él de los trabajos realizados y de los fines con que aquel Congreso se había reunido, pasando luego a tratar de la necesidad de la enseñanza religiosa. El Dr. Garzón Maceda, que habló el tercero, aunque no de tan elegante y castizo estilo como el anterior, ni tan bien declamado, fué más científico y erudito, por las innumerables citas de que en él hizo gala el orador; la urgencia de establecer por base de la educación de la juventud la enseñanza religiosa y la injusticia del monopolio que en las escuelas quiere ejercer el Estado, constituyeron el tema de su discurso. Debía haber hablado también el Dr. O'Farrell, pero hubo de suprimirse su discurso por lo excesivamente largo del discurso del doctor Garzón.

Y digamos algo de la pieza oratoria del Padre Ruiz, que fué, según unánime confesión, la nota saliente de aquel día. Tomó por tema "La Educación del Patriotismo", y después de una introducción brillante y de un preámbulo profundamente filosófico, en que dejó sentada la verdadera noción del sentimiento patriótico, pasó a reseñar los medios más adecuados para formar en el corazón de la niñez y de la juventud el genuino patriotismo. El conocimiento de la historia patria, las artes plásticas, el cultivo de la literatura nacional, la bandera de la Patria, los uniformes militares, los desfiles de tropas, las marchas bélicas, los himnos y cánticos guerreros: tales fueron los principales tópicos que desarrolló. Cuanto se diga de lo puro de su dicción, de lo elegante y variado de su estilo, de lo perfecto de su forma y de lo profundo de su fondo, resultaría pálido al lado de la realidad. Ahí tendrán ocasión de leer su discurso cuando se publique, y verán que no exagero. Y como, a pesar de lo poco estético de la figura del Padre Ruiz cuando declama (él me perdone este piropo), lo hizo con un entusiasmo que casi estoy por llamar arrebatador y les estuvo tocando a los argentinos la tecla que mejor les podía sonar; ya puede imaginarse V. R. las salvas de aplausos que acompañaron el terminar de casi todos sus períodos. Tuvo arranques verdaderamente felices, como cuando al hablar de la bandera nacional, por ejemplo, dijo: "Yo de mí os puedo confesar, que cuantas veces la veo destacarse, siento correr por mis venas como un eléctrico flúido de dulcísima emoción, las lágrimas se me agolpan a los ojos y la sotana que llevo se me antoja una coraza". No es, pues, de extrañar que todo el auditorio estuviese como colgado de sus labios, exteriorizando en los semblantes los afectos que sus palabras les pro-

ducían en el alma, y dando a cada instante muestras marcadas de la más franca aprobación. Yo mismo, con ser persona interesada, no podía contenerme y palmoteaba como nunca he palmoteado en mi vida. En fin, para condensarlo todo en una sola frase: cuando otra cosa no hubiera hecho el Padre Ruiz en la Argentina, más que pronunciar este su primer discurso, hubiérase podido dar por muy bien empleado su viaje a ella.

Con este número debiera haber terminado aquella jornada del Congreso Pedagógico; pero estaba allí presente Monseñor Jara, ¿y quién se resiste a la tentación de escuchar su simpática palabra? Levantóse, en efecto, una voz general en todo el recinto, pidiéndole que hablase, y como él es tan galante y el improvisar le cuesta tan poco, no se hizo mucho de rogar y subió al proscenio. En otra ocasión recuerdo haber dado mi juicio respecto a las dotes oratorias del ilustre chileno ex-obispo de Ancud: esta es la segunda vez que le he oído improvisar, y creo no equivocarme si digo que aquí Monseñor Jara se superó a sí mismo. Uno de los principales resortes de que suele él valerse para cautivar tan por entero el corazón de sus oyentes, es el oportunísimo manejo de las circunstancias: ninguna de las que puedan servir para el logro de sus fines se escapa jamás a su perspicacia, y tan bien sabe presentarlas y con tal maestría enlazarlas unas con otras, que ni mandadas hacer de propósito. "Cuando yo penetraba, dijo, en este espléndido salón, estaba hablando un hijo de Ignacio: no podían faltar los soldados del gran Loyola en una liza en que se rompían lanzas en defensa de la niñez y de la juventud".

De las otras dos sesiones públicas prefiero no decir nada a tener que decir poco y a medias. Hablaron en ellas oradores de primera nota, y hasta dos señoras. ¿Conclusiones prácticas de tan sonado Congreso? podrá preguntar alguno. Lo que es conclusiones, las hubo a porrillo, según estilo de semejantes asambleas: hasta cerca de 60 se votaron; su práctica utilidad toca al tiempo revelárnosla. Algo se hará, sin duda, en esta materia, pues la ejecución queda librada al Comité Escolar Católico, asociación permanente y a la cual se deben ya no pocas buenas reformas en punto a enseñanza. Luchamos hoy más que nunca *pro aris et focis*, y conviene quemar hasta el último cartucho antes que dar la espalda al enemigo. De todos modos, el sumar las fuerzas de que disponemos y caldear de vez en cuando los espíritus por medio de esta clase de congresos, ya no es poco.

Al Padre Isern se debe también la fundación, en 1907, de la *Sociedad Española de la Virgen del Pilar,* cuyos fines son defender y promover los intereses católicos y sociales de los españoles residentes en la República Argentina". La autoridad eclesiástica aprobó los estatutos de esta asociación a 28 de agosto de 1908, y fué su primer Presidente el señor Félix Ortiz y San Pelayo. El Padre Juan Cherta sustituyó al Padre Isern, en carácter de Director Espiritual de esta Sociedad en 1909, y el Padre Masferrer a éste en 1912. Desde 1917 hasta 1920 ocupó este cargo el Padre

Vicente Gambón. Notemos que sólo en sus comienzos tuvo esta sociedad su sede en el Colegio del Salvador, ya que una vez organizada comenzó a funcionar en la Iglesia de Regina Martyrum.

10. Desde el 18 de mayo de 1911 tiene su sede en el Colegio del Salvador el llamado "Retiro Mensual para Sacerdotes", establecido en aquel año por Monseñor Antonio Espinosa, Arzobispo entonces de Buenos Aires, y que nunca ha cesado de tener lugar en su sede primitiva. Diversos Padres del Colegio han tenido desde entonces a su cargo las meditaciones que suelen tener los señores sacerdotes reunidos en estos días de retiro. Entre los Padres que han tenido a su cargo esta labor tan de la gloria de Dios, hemos de mencionar a los Padres Juan Cherta, Joaquín Capará, Pedro Colóm, Anselmo Aguilar, Segismundo Masferrer, Felipe Lérida y Hugo de Achával.

11. Con fecha 28 de abril de 1915, los señores Obispos de la Argentina suscribieron una pastoral colectiva aprobando la creación y los estatutos de la Unión Popular Católica Argentina, al estilo de la Unione Populare. Se dijo entonces, y se dice aun hoy día, que el inspirador e iniciador de esa obra fué el Padre Gabriel Paláu, del Colegio del Salvador. Hay exageración en ese aserto, como lo indicaba el mismo Padre Paláu en carta al Padre Alós. Carece de fecha, pero se publicó en 1920, y en ella leemos a propósito de la Unión Popular:

> El pensamiento de establecerla no es de ayer, y dígolo porque alguien ha supuesto que es iniciativa mía. Ya hace años que los Prelados, en una de sus reuniones trimestrales, trataron del asunto, con el objeto de coordinar las fuerzas católicas, y orientales [591].

Como es sabido, la U. P. C. A., comenzó por establecer tres Ligas: la Liga Argentina de Damas Católicas, la Liga Argentina Económico-Social y la Liga Argentina de la Juventud Católica. En la mencionada pastoral nombraron los Obispos a tres ex-alumnos para ocupar la Presidencia de la Junta Nacional, de la Liga Argentina Económico-Social y de la Junta Superior de la Liga de la Juventud, o sea, al Dr. Lorenzo Anadón, que cursó sus estudios en el Colegio de la Inmaculada, de Santa Fe, al Ingeniero Alejandro E. Bunge y al Dr. Atilio Dell'Oro Maini, ex-alumnos del Salvador. El inciso 7) decía así: Resolvemos de-

signar al R. P. Gabriel Paláu, S. J., para hacerse cargo del secretariado Nacional de la Unión Popular Católica Argentina, debiendo ponerse de acuerdo con la Junta Nacional para la integración del personal necesario".

Intimamente vinculado con la U. P. C. A. se halla la *Gran Colecta,* en la que el Padre Paláu tuvo actuación muy marcada ya que él fué quien esbozó las siete finalidades de aquella (Obra de independencia de los obreros..., Oficina Central de Servicios Sociales, la Mansión Popular..., la Universidad Obrera..., los Sindicatos y Cajas Rurales..., el Instituto Técnico Femenino y el Ateneo Social de la Juventud), finalidades que los señores Obispos aprobaron totalmente, aunque agregando una octava finalidad: el fomento de las instituciones existentes de fines similares.

Además del Padre Paláu actuaron en la labor de la Gran Colecta los Padres José Llussá, Joaquín Añón, Segismundo Masferrer, Lucio Papalma, Juan Isern y el autor de esta *Historia del Colegio del Salvador.* Recordemos, también, en este lugar, que los alumnos mismos del Colegio del Salvador, y con el fin de colaborar en la Gran Colecta, organizaron los llamados "teams", habiendo ascendido su óbolo a la suma de 2.702 pesos.

12. En las líneas que preceden nos hemos referido a lo que entonces se llamó Ateneo Social de la Juventud y hoy se denomina *Fundación Ateneo de la Juventud.* En los días del Congreso Eucarístico Internacional de 1931 bendijo el Cardenal Legado el magno edificio con que hoy cuenta el mencionado Ateneo, pero como lo manifestó en esa ocasión el doctor Atilio Dell'Oro Maini:

> La obra del Ateneo nació, Eminentísimo Señor, en los fervores del primer Congreso Eucarístico Nacional, realizado en 1916, por la acción de un grupo de hombres jóvenes, entonces casi adolescentes, que hoy os rodea con el pecho henchido de una emoción muy honda y verdadera...

Aludía el doctor Dell'Oro en estas palabras especialmente a los componentes del Primer Consejo Particular del Ateneo, quienes habían trabajado eficaz y tesoneramente en la realización de obra tan simpática como necesaria:

Presidente: Dr. Atilio Dell'Oro Maini, ex-alumno.
Vicepresidente: Dr. Tomás D. Casares.
Secretario. Dr. Frank K. Chevalier Boutell.

Tesorero: Sr. Juan Campomar, ex-alumno.
Vocales: Dr. Juan Antonio Bourdieu. Dr. Guillermo Basombrio, Ing. J. A. Jorge Mayol, Ing. Eduardo Saubidet Bilbao, exalumno, Ing. Rafael Ayerza, exalumno.

En el acto de la inaugüración del Ateneo dijo el doctor Atilio Dell'Oro Maini que la idea de su fundación había nacido con ocasión del Congreso Eucarístico Nacional de 1916, y es sabido que éste fué uno de los frutos del Congreso de la Juventud Católica Argentina, celebrada un año antes. Como dijimos al referirnos al P. Gambón, fué él no sólo el iniciador de ambos Congresos sino también el alma y nervio de los mismos, flanqueados por la Congregación Mayor, por la Academia Literaria del Plata y por la Sociedad de Ex-alumnos. Recordemos, además, que fueron Padres del Colegio del Salvador los primeros asesores eclesiásticos del Ateneo de la Juventud: los Padres Ignacio Iribarren y Telésforo Sosa.

El doctor Dell'Oro, a quien hay que considerar, y con toda justicia, como el fundador o principal promotor en la fundación del Ateneo, fué también, años antes, el iniciador de los *Cursos de Cultura Católica*. Para iniciar primero y desarrollar, después, obra que tanto bien ha hecho a favor de la sólida formación de los católicos laicos, deseosos de fundamentar sus creencias, contó el doctor Dell'Oro con la cooperación constante y valiosa de no pocos profesores del Salvador como los Padres José María Blanco, José María Ponce de León y Gabriel Paláu. Este Padre, y el Padre Azpiazu, dieron sendos ciclos de conferencias en los citados Cursos sobre Acción Católica, aun antes que la Jerarquía Argentina la hubiese implantado en nuestro país. Otro jesuíta, el Padre Fernando Pérez Acosta, fué Asesor de los Cursos desde 1931 hasta 1938 y fué en su tiempo que la señora Carolina Pombo de Barilari ofreció su casa de la calle Reconquista 572 para sede de esa institución.

13. Otra magna obra del doctor Dell'Oro, asesorado y estimulado por quienes fueron sus maestros y eran sus consejeros. fué la fundación en 1927 de la revista *Criterio*, cuyo primer número apareció el 8 de marzo del siguiente año. La dirección estuvo en los primeros años a cargo del doctor Dell'Oro quien contó con la colaboración de no pocos ex-alumnos así del Salvador como del Colegio de la Inmaculada, como el Dr. Faustino J. Legón, Alejandro E. Bunge, Juan F. Cafferata, Tomás A. Cullen, Ma-

nuel Gálvez, Carlos García Mata, Juan C. García Santillán, Gustavo Martínez Zuviría, Adolfo Mugica, José Ignacio Olmedo, Ernerto E. Padilla, César E. Pico, Juan Zorrilla de San Martín y otros no pocos.

En 1931 y 1932, después del Dr. Dell'Oro y con anterioridad a Mons. Gustavo J. Franceschi, estuvo al frente de la revista *Criterio,* el Padre José María Blanco, antiguo y benemérito profesor del Colegio del Salvador.

14. Se debe al Padre Pedro Colóm la fundación de los llamados *Centros Culturales Argentinos.* Ante el avance de la indiferencia religiosa en Buenos Aires, debida a la escuela laica. pensó el Padre Colóm fundar y mantener por medio de la Congregación de la Buena Muerte unos centros catequísticos en las proximidades de las escuelas del Estado y a las que pudieran ir los niños de las mismas así para completar sus conocimientos y hacer sus deberes, como, y era lo principal, para aprender el catecismo. Fundáronse los primeros *Centros Culturales* en 1919, y en 1923 eran ya ocho. En 1927 eran 12 en número, atendidos por 225 señoras y señoritas, llegando a 1247 y 2635 los niños y las niñas que, al salir de las escuelas fiscales, pasaban a dichos centros. Para la estabilidad y buena marcha de los mismos fundó el Padre Colóm "La Casa Social del Niño", la que puso a cargo de una Comunidad de Religiosas. Ellas corren con la atención y dirección de cada Centro, facilitando así la labor a niños y a catequistas. Recordaremos también que los Centros Culturales Argentinos con el fin tan loable de difundir el catecismo, hizo ediciones baratísimas del mismo. En 1921 publicó una edición de 100.000 ejemplares, y otra de igual número de ejemplares en 1922, y una tercera, también de 100.000 ejemplares en 1923.

15. El Padre Gabriel Paláu inició a mediados de 1925 la sociedad "Amical" o los "Amicales Argentinos", agrupaciones de católicos que tenían por fin el apostolado por la amistad y el compañerismo. Había grupos de "amicales", compuesto casi exclusivamente de abogados, otros de ingenieros, otros de empleados; grupos pequeños y selectos que habían de influenciar su ambiente y conquistar a las personas más aptas y capaces para el "amicalismo". Tenían sus reuniones mensuales de carácter social y festivo, se-

guidas de ordinario por una Hora Santa. Hasta 1927 dicha Sociedad Amicalista tuvo una actuación ruidosa, pero decayó y desapareció en el transcurso de ese mismo año.

16. El autor de esta *Historia del Colegio del Salvador*, durante una temporada que pasó en la Capital de Inglaterra, en el verano de 1925, pudo ver y admirar una magna reunión de los médicos católicos londinenses afiliados a la *Saint Luke's Guild*. Deseoso de ver fundada ésta, u análoga asociación, en la Argentina halló a un prestigioso médico y ex-alumno del Colegio, quien acariciaba idéntica fundación.

El doctor Miguel J. Petty, médico ilustre y cirujano de grande prestigio, además de católico de sólida ciencia y acendrada piedad, emprendió obra tan buena, secundado por otros tres exalumnos del Colegio, los doctores José Luis Molinari, Luis Ayerza y Juan Murtagh Langan. Gracias a estos ex-alumnos y a las dos iniciadores ya mencionados, el *Consorcio de Médicos Católicos* fué una realidad desde el día 29 de septiembre de 1929. Su primer Presidente lo fué el Dr. Petty, y su primer Asesor Eclesiástico el autor de estas líneas, a quien reemplazó, después, el Padre Fernando Pérez Acosta, actual Asesor.

Gracias a este talentoso jesuíta y a los sucesores del Doctor Petty en la presidencia, el Consorcio cuenta en Buenos Aires con más de 260 médicos y con más de mil entre los Consorcios fundados en las diversas ciudades argentinas, ya que existen filiales del de la Capital en Rosario, La Plata, Santa Fe, Córdoba, Tucumán, Salta, Catamarca, San Juan, Mendoza, Bahía Blanca y en otras varias poblaciones. Ha sido implantado también en Chile, Bolivia y el Paraguay, según los estatutos del Consorcio Argentino.

Es ciertametne consolador el bien que esta institución ha realizado en los círculos médicos, orientando e iluminando el criterio de los profesionales sobre los grandes problemas que se relacionan con la doctrina y moral católica, ya por medio de conferencias, ya por medio de sus publicaciones, sobre todo por la revista *Iatría*, dedicada al estudio de los temas médico-morales.

17. El Padre Laburu que en diversas épocas tuvo su sede en el Colegio del Salvador, y cuyos Ejercicios Espirituales han sido, y son, justamente apreciados por todas las clases sociales, y

sus conferencias científicas escuchadas y elogiadas por las personas cultas, fundó en 1926, sin pretenderlo, la simpática asociación de los "Canillitas". Cuando en dicho año dió el Padre Laburu los Ejercicios a señoras en el Colegio de las Esclavas, se refirió a las varias obras de caridad cristiana, a que pueden consagrar su tiempo y sus recursos muchas señoras y señoritas que malogran su vida en frivolidades mundanas, e hizo alusión a los diversos apostolados que podrían hacerse, como el de los llamados *canillitas* o vendedores de diarios.

Esta idea fué inmediatamente y generosamente recogida por las hermanas señoritas Sara y Raquel Quiroga, y ayudadas de otras almas generosas, decidieron convertirla en una realidad. Su sede social se halla en la calle Lavalle 1664, a dos cuadras del Salvador, y allí encuentran albergue, comida e instrucción religiosa unos 150 "canillitas".

En agosto de 1936, el mencionado Padre José A. de Laburu dió los Ejercicios Espirituales a caballeros y jóvenes en el Colegio del Salvador, con la concurrencia de siempre, pero con la particularidad, esa vez, de haber movido a un grupo de sus oyentes a fundar una entidad cuyo fin sería el dar a conocer la doctrina social de la Iglesia. Tal fué el génesis de los *Pregoneros Social Católicos*, cuyo principal organizador fué el exalumno, doctor Alfredo Fragueiro Olivera.

En torno a este joven se agruparon algunos alumnos de la cátedra de "Doctrina Social de la Iglesia", que dictaba Mons. Gustavo J. Franceschi en los Cursos de Cultura Católica y desde el primer momento fué este prestigioso sacerdote el Asesor General e inspirador de esta institución. Aprobada por la autoridad eclesiástica el 17 de diciembre de 1936, inició sus actividades, en forma potente y vigorosa, el día 18 de julio de 1937. Hemos de agregar que los Pregoneros no sólo tuvieron su génesis en el Salvador sino que también, a lo menos en los primeros años de su existencia, tuvieron su reunión mensual en la Iglesia de este Colegio.

Se debió al Padre Fermín Arnáu la fundación de la *Asociación de Caballeros de San Lázaro,* constituída por exalumnos del Salvador y de la Inmaculada de Santa Fe, y que tiene por objeto asistir moral y materialmente a los leprosos. Su fundación fué

a 16 de noviembre de 1933 y, según los estatutos, es una asociación que debe estar siempre en manos de la Compañía de Jesús.

También se debe, en alguna manera, a este Padre la fundación de la magnífica *Casa de Ejercicios Espirituales* que en el vecino pueblo de San Miguel, F.C.P., construyó la señora Carolina Pombo de Barilari. Fué dicho Padre uno de los consejeros más apreciados por dicha señora y en una de las salas de la mencionada Casa quiso testimoniar en expresiva placa su gratitud y reconocimiento al Padre Arnáu. Inaugurada dicha Casa en julio de 1941 no ha cesado en su labor y es ciertamente consolador el comprobar no solo la alta cifra de Ejercitantes que han hecho allí el retiro de tres, o más días, sino sobre todo las transformaciones que la gracia de Dios ha obrado en centenares de almas. Desde julio de 1941 hasta marzo de 1943 se habían dado 119 tandas de Ejercicios, 75 a caballeros y jóvenes, y 44 a señoras y señoritas, con un total de 3.194 Ejercitantes, de los que 1.940 eran hombres y 1.254 mujeres. En solo el último año, junio 1943 a junio 1944, las tandas fueron 47, de las que 30 fueron de varones, 748 en número, y 17 fueron de mujeres, 462 en número. El número de señores sacerdotes que han hecho allí los Ejercicios Espirituales, prescritos por el Código de Derecho Canónico, asciende a 131, y el número de personas religiosas a 277.

18. En el curso de 1928 se fundó en el Colegio del Salvador la *Congregación de Nuestra Señora de Luján y San Juan Berchmans,* constituída por alumnos de los Colegios Nacionales estatales. Un grupo de jóvenes que frecuentaban estos establecimientos laicos se reunieron por primera vez el 25 de marzo de 1928 y la Congregación fué erigida el 2 de julio del mismo año. Dos y aun tres veces al año ha tenido recepción de nuevos Congregantes, a partir de su fundación hasta 1943.

De su seno han surgido varias vocaciones religiosas y ha logrado 122 primeras comuniones de estudiantes, mayores de 17 años y 7 bautizos de jóvenes de igual edad. En 1928 y 1929 fué director de esta simpática Congregación el Padre Francisco Javier Galarza, su fundador. De 1930 a 1932 la dirigió el Padre Joaquín Añón, de 1933 a 1934 el Padre Eduardo Troncoso, en 1935 el Padre Furlong, en 1936 el Padre Ramón Ferreyra, y desde 1937 el mencionado Padre Galarza.

La Asociación "El Hijo del Obrero" nació en el Colegio el día 15 de agosto de 1932, con el nombre de "Centro de Protección a la Infancia", y se debió su fundación a la señora Julia Escalada de Videla, a la que secundaron los Padres José Domenech, primer Director, y Joaquín Añón. Se trata de una obra benéfica que trajo una concepción nueva dentro de la acción social, pues realiza su labor entre niños y jóvenes de familias obreras o necesitadas, dotados de aptitudes sobresalientes, que por falta de recursos no pueden desarrollarlas. La Institución les costea su educación y el aprendizaje de un oficio o profesión, abonándoles los libros, materiales de taller, matrículas, derechos de examen, ropa, transporte, etc., y los convierte así, al darles una sólida preparación técnica y una recta formación cristiana, en elementos útiles y constructivos, leales a la Patria y fieles a Dios. Al año de nacer, en 1933, la Obra cambió su nombre por el que actualmente lleva, habiendo sido designado Director el Padre Añón, quien le dió sus mejores energías, su talento claro, su consejo sano, su sabia experiencia y un cariño profundo, todo lo cual fué de enorme ayuda para el progreso de la misma. Más tarde contó con la dirección del Padre Andrés Doglia, nuevamente del Padre Añón y en la actualidad del Padre Andrés F. Linari, quien le ha dado todo su apoyo. Han ejercido la presidencia, después de la fundadora, que fué la presidenta inicial, la señorita María Esther Llambí y luego nuevamente la señora de Videla, que la desempeña actualmente. En sus pocos años de existencia, el crecimiento de la Institución ha sido tal, que el 2 de agosto de 1944 inauguró su sede propia en la calle Río Bamba al número 1036, sin alejarse por eso de la sombra paternal del Colegio, donde nació y al que sigue unida material y espiritualmente.

El día 27 de octubre de 1934, unos obreros que habían tratado más de cerca al Padre Masferrer y hecho, a lo menos algunos de ellos, los Ejercicios Espirituales bajo su dirección, fundaron la llamada *Federación Obrera Masferrer.* Cuenta en la actualidad con más de doscientos socios inscriptos y a las reuniones periódicas asisten alrededor de setenta, como también a la Comunión mensual reglamentaria. La piedad y el conocimiento de la doctrina católica, en particular de la doctrina social católica, es el objetivo de esta entidad que ha contado con la colaboración de los Padres Añón y Lérida y, en especial, con la asidua del Hermano Michelino.

En los primeros días del mes de enero del año del Señor de mil novecientos y cuarenta y cinco años terminóse de imprimir el postrer pliego de esta primera parte del segundo tomo de la *Historia del Colegio del Salvador.*

Así las láminas y dibujos, como los abundantes índices de materias y de personas, los hallará el lector al final de la segunda parte de este mismo tomo, cuya impresión se está terminando en la *Imprenta de San Pablo*, situada en la esquina sud-este de las calles Bartolomé Mitre y Paso, en esta ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires y Puerto de Santa María.